

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispanoamericana.

V

Biblioteca de Obras varias.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29; teléf. 14-30. Madrid.

CUADROS DE LA
HISTORIA MILITAR Y CIVIL DE VENEZUELA
DESDE EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE GUAYANA
HASTA LA BATALLA DE CARABOBO

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

OBRAS PUBLICADAS

I-II.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Bolívar y la emancipación de Sur-América.
Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas en 4.° Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno.

III.—MEMORIAS DE O'CONNOR sobre la *Independencia Americana.*
La obra en 4.°, en papel pluma. Precio: 5 pesetas.

IV.—MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.
Un volumen muy bien impreso, en 4.° Precio: 7,50 pesetas.

V.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.
Por el Capitán Rafael Sevilla.
Un volumen en 4.°, 5 pesetas.

VI-VII.—MEMORIAS DEL GENERAL GARCÍA CAMBA.
Para la historia de las armas españolas en el Perú.
Dos magníficos y gruesos volúmenes en 4.°, á todo lujo. Precio: 7,50 pesetas cada uno.

VIII.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DE LA LEGIÓN BRITÁNICA.
Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana.
Un volumen en 4.°, 4 pesetas.

IX.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Ultimos años de la vida pública de Bolívar.
Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolívar y la emancipación;* es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantos años.
En 4.° á todo lujo. Precio: 7,50 pesetas.

X.—DIARIO DE MARÍA GRAHAM.
San Martín.—Cochrane.—O'Higgins.
En 4.° á todo lujo. Precio: 7,50 pesetas.

XI.—MEMORIAS DEL REGENTE HEREDIA.
Monteverde.—Bolívar.—Boves.—Morillo.
Precio: 4,50 pesetas.

XII.—MEMORIAS DEL GENERAL RAFAEL URDANETA.
General en jefe y Encargado del gobierno de la Gran Colombia, 7,50

XIII.—MEMORIAS DE LORD COCHRANE.
Precio: 6 pesetas.

XIV.—MEMORIAS DE URQUINAONA.
Comisionado de la Regencia española al Nuevo reino de Granada.
Precio: 7 pesetas.

XV.—MEMORIAS DE WILLIAM BENNET STEVENSON.
Sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.
Precio: 5,50 pesetas.

XVI.—MEMORIAS PÓSTUMAS DEL GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ.
Precio: 8 pesetas.

XVII.—MEMORIAS DE FRAY SERVANDO TERESA DE MIER.
Precio: 8 pesetas.

XVIII.—LA CREACIÓN DE BOLIVIA, por Sabino Pinilla.
Precio: 7,50 pesetas.

XIX.—LA DICTADURA DE O'HIGGINS, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.
Precio: 7,50 pesetas.

XX.—HISTORIA DE VENEZUELA DESDE EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE GUAYANA HASTA LA BATALLA DE CARABOBO, por Lino Duarte Level.

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

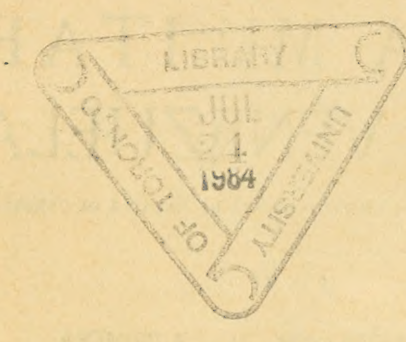
LINO DUARTE LEVEL

CUADROS DE LA HISTORIA MILITAR Y CIVIL DE VENEZUELA

DESDE EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE GUAYANA HASTA LA BATALLA DE CARABOBO

I.—LA CONQUISTA. II.—LA COLONIA. III.—LA PRIMERA PATRIA. IV—LAS DERROTAS. V.—GRANDES CAMPAÑAS VI.—CUADROS ANTIGUOS. VII.—FASTOS MILITARES

EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID
—
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25


LIBRARY
JUL
24
1984
OF TORONTO
UNIVERSITY

I

LA CONQUISTA DE GUAYANA (1)

I

Los aborígenes.

Para mejor apreciar los sucesos que vamos á narrar, es conveniente ante todo conocer á los indios que ocupaban el territorio de la Guayana al tiempo de la conquista. Los historiadores en general, sea porque todo lo viesen con marcada parcialidad, sea porque desde Colón traían ideas preconcebidas, no fueron escritores imparciales al tratar de los indios. Los padres Simón, Gumilla y Caulin, si bien dan minuciosos datos acerca de los primitivos pobladores, estos informes, así como sus observaciones y deducciones, sólo pueden ser atendidos

(1) Hay en la vida de los pueblos siglos de luz, tiempos en que el porvenir aparece radiante de ventura, y el presente lleno de promesas. El sacudimiento producido en Europa en el siglo XVI puede considerarse como el paso más agigantado que ha dado el mundo. Pareció entonces que acababa de rasgarse el velo que ocultaba la verdad; el dominio de lo imposible se creyó conquistado, el triunfo del hombre sobre la Naturaleza se consideró alcanzado, y la Humanidad, empujada violentamente hasta el delirio por la fiebre de los descubrimientos, tuvo tal confianza en sí misma y tal seguridad en su sabiduría, que no dudó de nada, y nada le pareció imposible.

Un fraile inventa la pólvora y su aplicación á la guerra acaba-

teniendo en cuenta el fanatismo religioso de la época. Ellos veían por todas partes la directa intervención de San Francisco ó San Ignacio: magistralmente asientan que en Trinidad se perdió una cosecha de cacao porque no pagaron los diezmos; que á un indio se le secó la mano porque amenazó pegarle á un fraile; hacen fastidiosas explicaciones para demostrar que los indios son descen-

ba de producir un cambio radical en la táctica militar del mundo y cambiáronse las reglas de la estrategia. Descubierta la imprenta, las ideas hallaron fácil medio de comunicación y los hombres se mostraban entusiasmados las primeras biblias salidas de las prensas de Guttenberg, y leían con la avidez del neófito aquel libro que hasta entonces sólo podían ver unos pocos privilegiados. Más tarde, un visionario, al parecer un iluminado, buscando un pasaje para la India se tropieza con un nuevo mundo. Este descubrimiento cambia por completo las ideas geográficas de fray Mauro, en su mapa de 1457, y pone en berlina á San Agustín y San Gregorio Naciaceno, que negaron la existencia de los antípodas, por ser contrarios á las Sagradas Escrituras.

Poco después, un hombre obscuro, Cortés, con un puñado de aventureros conquista un imperio soberbio, que, por su civilización, sus monumentos y sus instituciones, dijérase que el imperio de los Faraones tenía una ramificación del otro lado de los mares; luego conquista Pizarro al Perú, y el mundo queda absorto ante la riqueza de los incas. Más tarde el foco de luz de la Reforma devuelve al hombre su más preciosa facultad: la libertad del pensamiento, y, por último, Copérnico adivina el secreto de los astros, hace mover la tierra, da un puntapié á la astronomía de Ptolomeo, y asustado de su descubrimiento lo oculta hasta su muerte, temeroso de las persecuciones religiosas que más tarde se descargaron sobre Galileo cuando sostuvo la verdad del sistema de Copérnico. Galileo abjuró de éste, obligado por el fanatismo. La tierra, empero, siguió andando.

Y cuando la Europa se sentía conmovida por tan extraordinarios sucesos, unos labradores descubren casualmente las Catacumbas de Roma, que abrieron un capítulo nuevo en la historia del cristianismo y pusieron á la vista la vida doméstica de los primeros nazarenos, con sus dos únicos sacramentos, bautismo y comunión, y la representación de Cristo como el Buen Pastor.

Sintió entonces el hombre agigantarse su personalidad ante tantos prodigios realizados por el hombre, y creyó que Dios, cerrando la era de la obscuridad, ponía de manifiesto los misterios

dientes de los judíos. Miraban como odiosas prácticas de Satanás las acciones de los indios, porque para ellos todo cuanto no fuera ortodoxo era fea superstición y negra idolatría. No vieron á fondo el corazón de los aborígenes y no tuvieron en cuenta su estado primitivo para estudiar su carácter y sus acciones. Sus libros parecen hasta cierto punto algo así como los libros de la Caballería,

---

de la creación y asociaba la Humanidad á las grandezas del cielo.

El entusiasmo creó inmediatamente artistas, poetas y escritores; la ambición creó viajeros y conquistadores; la fe creó mártires y predicadores; una nueva religión se enfrentó á la antigua é hizo tambalear las creencias seculares. Copérnico había hecho andar á la tierra, y desde el momento en que la inmovilidad cesó de ser una ley material y moral, la Humanidad marchó atrevidamente hacia lo desconocido, y el genio hizo milagros en todos los ramos del saber y tocó á las puertas del Altísimo para conocer hasta la personalidad del mismo Dios y estudiar y analizar su obra.

Una nueva nacionalidad entró en el concierto de las grandes potencias: España. Venía al mundo armada y en actitud guerrera, como que durante tres siglos se había estado formando al calor de las batallas y amalgamándose al amparo de la fe. No conocía otras fuerzas que la espada y la cruz, y sólo en éstas tuvo confianza. En aquella nación no había ciudadanos, sino guerreros, ni más gloria que la militar, ni más ideal que el catolicismo. Se comprende fácilmente todo lo que pudo hacer un pueblo en una época en que el valor personal era el principal factor en la lucha. El mundo era aún de los valientes; los tercios iberos avasallaron cuanto se opuso á su paso, y faltó tierra donde cosechar laureles. Con plétora de gloria pensó en el oro, y al servicio de este metal puso la espada y la cruz. Esa trinidad fué omnipotente porque avasallaba el cuerpo y el alma. Ensangrentó y humilló á la Europa para vengarse del desprecio con que la vieron luchar sola con el musulmán. Expulsado éste, Colón la regaló un mundo donde había campo abierto para toda aspiración, para todo deseo.

El dominio del Orinoco, la posesión de Guayana, el descubrimiento de El Dorado era una trinidad fascinadora que embriagaba al genio aventurero de la época. Aquel inmenso río con sus fantásticas leyendas atraía á los hombres audaces como campo adecuado á la sed de glorias; aquel imperio velado entre las brumas de lo desconocido desafiaba la intrepidez española en su vertigi-

y los españoles, ayudados por Dios, en lucha tenaz con los indios, protegidos por el diablo. Además se cuidaron poco de las fechas y de las citas. Una cita falsa de fray Simón al fijar los límites á las Misiones Capuchinas en Guayana dió lugar á una rectificación por parte de Inglaterra, pues nuestro Gobierno se apoyaba en la frase «hasta el Esequibo», puesta por Simón, frase que no existía en el original. Los trabajos científicos posteriores han hecho mucha luz sobre los indios, sin negar á aquellos sacerdotes el valor clásico de sus trabajos.

---

noso afán por conseguir tierras; aquellas grandiosas ciudades, con templos soberbios, donde resplandecían las piedras preciosas, donde la plata era desdeñada, donde los ríos corrían entre arenas de oro y los magnates se vestían con oro en polvo, estaban allí cual mágicas sirenas, invitando á los valientes á gozar de sus caricias.

Y todo aquello existía en el fondo. La verdad estaba allí magnificada por la imaginación calenturienta de un siglo de transición que daba fe á cuanto saliese del molde de la realidad.

Abierta estaba la palestra, y los caballeros acudieron á tropel. Relatar este torneo de la conquista es el objeto de esta monografía.

Para mayor claridad la hemos dividido en cuatro partes: la primera es un estudio de los aborígenes de Guayana; la segunda trata del descubrimiento; la tercera, de la colonización, y la cuarta, de la obra realizada por los misioneros.

Fuera de la patria hemos escrito este trabajo. Cuando el recuerdo del hogar hacía nudo en nuestra garganta, buscábamos las apuntaciones que teníamos y les dábamos forma. El tiempo volaba porque corría con las brisas y los recuerdos de la tierra querida, y eran horas felices que pasaban fugaces en íntimos coloquios entre la madre lejana y el proscripto. En conciliábulos íntimos de familia se leían estas apuntaciones con piadoso recogimiento. Diríase que el pendón patrio nos arropaba, y nos sentíamos como poseídos de aquella plácida calma de los sueños despiertos. El trabajo parecía á todos magnífico, sublime, y entonces era esto, y mucho más, no por su valor real, sino por el imaginario que le daba nuestra fantasía; cada frase despertaba un recuerdo en el corazón, sentíamos el calor de la Patria, nos recogíamos en su seno á la manera que el creyente busca un consuelo ante el altar, y en nuestro apacible delirio veíamos la sonrisa de la Patria como recibiendo cariñosa de sus hijos desterrados aquel homenaje tan sencillo como sincero.—*Nueva York, Septiembre de 1908.*

Los estudios antropológicos modernos, las observaciones de viajeros ilustrados, la documentación oficial publicada últimamente sobre Guayana con motivo de nuestra controversia de límites, las memorias leídas en los congresos americanistas, los informes presentados á las diversas asociaciones etnográficas, las exploraciones y estudios hechos en regiones primitivas donde aún existen aborígenes y las obras antropológicas sobre la materia, han puesto á la vista un indio en Guayana enteramente diferente de aquel que creó la fantasía de los primeros castellanos, muchos de los cuales eran gente de poca ó ninguna instrucción.

Tiempo es de levantar esa raza de la cual descendemos, queramos ó no queramos, raza que fecundó la generación que nos dió una patria, patria que no hemos sabido levantar, y quién sabe si nuestros hijos no sabrán conservar.

Natural es creer que los grandes sistemas fluviales de la América del Sur determinaron el camino seguido por los primeros pobladores y marcaron el rumbo á las sucesivas emigraciones de tribus obligadas á cambiar de asiento, ya por la guerra, ya por necesidad de mayor territorio á causa del crecimiento de la población, ó bien por escasez de alimentos, causas que siempre determinan el cambio de hogar en los pueblos primitivos.

Las dos grandes hoyas del Amazonas y del Orinoco, con la altiplanicie de la Guayana que queda entre ellas, forman una gran faja de tierra, comunicada fácilmente entre sí por grandes arterias fluviales y extensas pampas ó sabanas. En esta inmensa zona hay ciertas subdivisiones creadas por la Naturaleza, resultado de la propia configuración del terreno: la Mesa de la Guayana, el valle del Bajo Amazonas, la Sierra divisoria de las aguas, son como otras tantas provincias englobadas en la zona de que nos ocupamos. Además las especiales peculiari-

dades del terreno crearon nuevas subdivisiones: el Delta del Orinoco, la llanura del Amazonas, las vertientes de la sierra Parima, las cabeceras del río Negro, son como puntos estratégicos adecuados para el aislamiento de las tribus para evitar el peligro de razas invasoras.

Indudablemente, los primeros pobladores de Guayana llegaron por los ríos, y por los ríos se extendieron, ramificándose por todas partes; las guerras inevitables entre ellos arrojaron al vencido lejos del vencedor, y aquél fué á poblar las alturas, para estar seguro y lejos de la comunicación fluvial.

Hay motivos, al parecer fundados, para creer que la raza de los *tipus* fué la primera pobladora de la América del Sur, bañada por el Atlántico; de esta raza se hace descender á los *arucas*, que son esencialmente suramericanos, por su origen y filiación. Los primeros exploradores los hallaron en los ríos de la Guayana, con colonias al Sur de la línea equinoccial. La avanzada meridional estaba en el Paraguay, entre los *guanos* y los *guaicuries;* en el Acre estaban los *caneguares;* en Matto Groso, los *guauras*, y por el Occidente fueron hasta Santa Marta y la Goajira, abrazando toda la hoya del Orinoco. Los *goajiros* fueron la única tribu suramericana que, convirtiéndose en pastoril, medio nómade, logró al mismo tiempo una organización más sólida, y á ello debe la conservación de su nacionalidad.

Los arucas dejaron huellas de su dominio en el Oriente de la América del Sur. El prefijo *güa* ú *oua*, que corresponde al *ah* de los mayas y al *güe* de los tupis, de donde tal vez viene, lo hallamos por todas partes en esta región. Su lengua fué estudiada en toda su pureza al tiempo de la conquista, y De Laet publicó un vocabulario obtenido en 1598.

Es crecido el número de palabras arucas que han tomado carta de nacionalidad como americanismos: *Ají*, *batea*, *caracol*, *conuco*, *hamaca*, *maíz*, *hico*, *sabana*, sin olvidar á *tabaco*, que no designaba la hoja de la planta,

que se llamaba *cohoba*, sino la pipa en que se fumaba. *Gua* significa dominio, posesión, protección, algo así como nuestro y hogar. Este prefijo se coloca al principio de la palabra *guajiro*, jefe de la tribu; en el medio de *Taguanes*, lugar de mujeres; *Churuguara*, lugar de piel obscura, ó al final de *cagua*, nuestro collar; *cubagua*, nuestro hueso; *aragua*, nuestro sitio. Tribus arucas fueron halladas por los descubridores en las islas Lucayas, y restos de ellas en las Antillas. Raleigh las encontró también en Trinidad, que ellos llamaban *Kairi*, isla.

Según Ehrenreich, el desenvolvimiento cultural de los arucas varía mucho, habiendo alcanzado alto grado en las grandes Antillas, donde dejaron notables esculturas en piedra. Sus ideas religiosas indican influencias ejercidas por las naciones de la América Central. También los arucas septentrionales del Continente suramericano tenían una cultura considerable y superaban á los demás indios industrialmente. Parece que fueron los inventores de la hamaca, los propagadores del cultivo del tabaco y del maíz; se dedicaron á la cerámica y fueron traficantes que llevaban sus productos á otras tribus, para cambiarlos por otros objetos.

El lenguaje aruca es el más diseminado en Sur-América, principiando al Sur con los *guanas* en las cabeceras del Paraguay y los *baures* y *moxos* en las alturas del Sur de Bolivia; y de allí se extendía casi continuamente hasta la Península de la Goajira, que es la tierra más al Norte del Continente. Pero no paran allí; las grandes y pequeñas Antillas, lo mismo que las Bahamas, fueron ocupadas por los arucas. (D. G. Brinton.)

Una nueva raza se presentó en el campo. *Los caribes.* Su verdadero nombre es *calina*, de donde salió *calinago*, *calibis*, *galibis*, y, por último, *caribe*, que al principio fué sinónimo de *caníbal*. ¿De dónde vinieron? Algunos piensan que de la Florida y Honduras; pero la mayoría de los que han estudiado á fondo el asunto, están de acuerdo en que vinieron del Sur del Continente meridional

de la América: su viaje está delineado con precisión desde la región comprendida entre los grados 10 y 11 de latitud Sur, viajando al Noroeste hasta la Guayana, entrando para ello por el bajo Amazonas al río Negro, luego al Orinoco por el Casiquiare. Á Colombia fueron por el Norte y Noroeste, yendo de Venezuela, y á Boyacá y Cundinamarca entraron por los afluentes del Magdalena y los tributarios del Orinoco. Además es un hecho indudable que los caribes de Venezuela invadieron y conquistaron las pequeñas Antillas, poco antes del descubrimiento, de manera que la invasión fué de Sur á Norte. Este hecho está comprobado con el testimonio de los mismos indios. Los caribes de las Antillas francesas creían ser descendientes de los *calibites* ó *galibis*, sus aliados y grandes amigos, habitantes de la América Meridional y vecinos de los arucas en Guayana. Contaban ellos que todos los caribes estaban sujetos á los arucas, y obedecían á su señor; pero que una parte de ellos, cansados del yugo, se sublevaron y se vinieron al Tabago, de donde ocuparon luego las otras Antillas, haciendo excursiones á Guayana á robarles las mujeres á los arucas; que á ejemplo de ellos otros caribes á su vez se sublevaron, vencieron á los arucas, los echaron al interior y se quedaron viviendo como señores de la tierra, teniendo constantes guerras con sus antiguos dominadores. (Poirey.) Los caribes de la Dominica decían que los arucas vivían en las islas; pero vinieron los caribes y acabaron con ellos, salvando sólo las mujeres, con quienes se casaron. Las arucas raptadas conservaban su lengua nativa, de modo que en las islas de Martinica, Guadalupe y Dominica hubo completa dualidad de idiomas al tiempo del descubrimiento, pues los hombres hablaban caribe y las mujeres aruca.

Adam encontró familias de esta raza al Sur del Amazonas en el Prauji-los Pimenteros-en Mato-Grosso-los Palmelas. Su avanzada más meridional fueron los Bacareis en el Xingú y el Paranatinga, y su idioma ha sido

estudiado en 1893 por Sternien. Al tiempo de la conquista apenas quedaban arucas en Venezuela, en Guayana, y eran los maipures, los bares en el Alto Orinoco, los mitua en el Inírida, los ativeros en el Atabapo, los achaguas en el Meta, y además los goagiros.

Los tipus, los arucas y los caribes, aunque pertenecientes á un grupo lingüístico igual, presentan, sin embargo, variedades somatológicas debidas á la circunstancia de estar ampliamente diseminados.

El *tatuage* de los caribes, especialmente el del rostro, lo encontramos en los indios del río Tocantines, Madera y Xingú, una raya azul á ambos lados de la cara desde el ojo hasta el principio de la boca. Además la identidad lingüística de las tribus de este tatuage con el caribe ha sido demostrada últimamente.

«Las tribus arucas, probablemente ocupan—dice Davis—la mayor parte de las tierras bajas de Venezuela, de donde fueron arrojados por los caribes, poco antes del descubrimiento, como lo fueron de las Antillas pequeñas. Esto último fué muy reciente, pues las mujeres cautivas aún hablaban aruca cuando llegaron los europeos. El caribe está diseminado más extensamente aun en el continente. En la época del descubrimiento se hallaban en las antillas pequeñas y en tierra firme, desde el Esequibo hasta el Golfo de Maracaibo, así como en todo el Orinoco y la parte Norte de Venezuela.»

Al tiempo de la conquista, lo que constituye hoy el territorio propiamente dicho de la Guayana venezolana hasta los raudales del Orinoco, estaba habitado por multitud de pequeñas tribus de indios, descendientes casi todas de los caribes, y por los caribes mismos.

Las principales tribus eran:

1.° Los *guaicas*, que vivían en las alturas y parte montañosa de la Parima, el Esequibo, el Cuyuní, el Demerara y el Pomarón.

2.° Los *guaraunos*, que moraban en el Delta del Orinoco.

3.° Los *pariagotos*, cuyo asiento fué el Imataca, entre las fuentes del Caroní y Cuyuní, y junto á los arucas.

4.° Los *guayanos*, que vivían en las costas del Caroní, entre Angostura, Yuruary y las fuentes del Imataca.

5.° Los *arucas*, que ocupaban las alturas entre el Orinoco y el Esequibo.

Eran los guaicas ó acaguais, la segunda tribu en importancia, de hábitos errantes, de estatura baja, pero capaz de soportar grandes fatigas. Eran buenos viajeros, y estaban en constante tráfico con las tribus de la costa y las del interior. Distinguíanse de los otros indios en la bondad con que trataban á la mujer: sólo usaban de severidad en los delitos de adulterio, y ella tenía voto consultivo en todos los asuntos internos de la familia. Tuvieron siempre profunda aversión á los negros, con quienes nunca mezclaron su sangre. (Mss. W. Hilhoru.)

Los guaraunos carecen de las cualidades guerreras de los caribes: la tribu, numerosa al tiempo del descubrimiento, quedó muy reducida á causa de haber emigrado gran parte en 1767 hacia el Barima, huyendo del mal trato de los conquistadores. Son hábiles pescadores, fabricantes de embarcaciones, y las mujeres hacen muy buenos cestos y hamacas. Tienen todos muy separados los dedos de los pies, lo que les facilita el andar por terrenos pantanosos: hablan muy de prisa, ríen mucho, diviértense más, tienen carácter afable, costumbres tranquilas y hábitos sedentarios. Son los indios más negros de Guayana; los que emigraron á la parte inglesa resultaron muy industriosos, tratados como fueron con dulzura, y contribuyeron más que ninguna otra tribu al laboreo de la caña de azúcar, pues eran apropiados para la agricultura, mientras que los que quedaron en el Delta del Orinoco aún permanecen en estado primitivo. Son amigos del licor, y cuando se embriagan son pendencieros y atrevidos. Son además muy útiles en las expediciones, por su inventiva para fabricar balsas y atravesar los ríos. Puede decirse que son casi anfibios. (Id.)

«Los guaranos — dice un informe de los misioneros—se sustentan con pescado: en lugar de pan usan del corazón de un árbol llamado *Ataguay*, que es como palma, y de esta misma hacen sus redes ó hamacas para dormir, y también sacan de él unos gusanos gruesos del tamaño de un pulgón, los cuales comen por mucho regalo.»

Los pariagotos, ó parias, parecen descender directamente de los arucas; los caribes los arrojaron de las alturas y vinieron á confundirse con los guayanos; raza tímida, dócil al yugo y de escasa inteligencia.

Eran los guayanos de carácter manso y con disposición á la vida de familia, muy hospitalarios y de buena índole. Recibieron cariñosamente á los españoles; pero á causa del mal trato que éstos les dieron, les hicieron cruda guerra y libraron sangrientos combates. Vencidos pronto por ser los que estaban más cerca de la costa, se sometieron antes que abandonar sus lares; eran muy amorosos con sus hijos y para obligarlos á vivir en poblado los conquistadores se hacían dueños de éstos.

Los arucas ó arauaks seguían en importancia á los guaicas, y eran los indios de mejor índole en América, los más dóciles, los más aseados y más fieles, pero á la vez inmorales, poco escrupulosos y sin espíritu guerrero. Los holandeses los utilizaron en las pesquerías y en la captura de los esclavos prófugos. Enemigos de los negros, se negaron siempre á trabajar junto con éstos. Tenían disposición para los trabajos agrícolas, pero les gustaba más el comercio; no huían al acercarse los blancos, y se untaban el pelo con manteca de tortuga para protegerse del sol. Eran las mujeres las mejor formadas. Aseadas, usaban el pelo al estilo catalán, formando un rollo que sujetaban sobre la cabeza con un alfiler grande, hecho generalmente de madera. Su docilidad y el conocimiento que adquirieron del uso de las armas de fuego fueron utilizados por los conquistadores holandeses en las expediciones de larga duración. No eran aptos para trabajos de mucha resistencia; se alimentaban principal-

mente de raíces y legumbres; eran buenos cazadores y malos pescadores. Su principal industria consistía en la construcción de arcos, flechas, juguetes, vasijas, hamacas y enseres domésticos de madera. Nunca fueron cultivadores de caña. Los holandeses los emplearon como contratistas de desmontes.

Los caribes eran la tribu más importante en Guayana. Ejercían cierta especie de dominación ó protectorado sobre las otras. Durante el período de la conquista fueron siempre el nervio de la resistencia y aun después de dominado el país continuaron teniendo precedencia como guerreros. Eran los dueños del tráfico de esclavos indios, y años hubo en que vendieron á los holandeses de 600 á 700. Sus campamentos eran simplemente una aglomeración de la familia, que formaba una parcialidad y ocupaba cierto espacio de terreno. Para 1770 los caribes abandonaron el Cuyuní y fueron á sentar sus reales en el Moroco, yendo algunas familias aún más al Este.

Son los caribes de constitución fuerte, piel bronceada, quemada por el sol, nariz pequeña, ojos obscuros, boca ancha armada de magnífica dentadura. Acostumbran teñirse las cejas con el jugo del caruto y las untan con una raya, para tener aspecto feroz, de que hacían gala. Se cortaban el pelo en forma de cerquillo como los frailes; se apretaban las piernas y brazos con ligaduras que hacían brotar la carne; se agujereaban la nariz y labios para usar pendientes; teñíanse el cuerpo de rojo con el jugo del Onoto; los altos personajes usaban el jugo de las hojas de esta planta, que da un olor parecido al benjuí. Las mujeres eran pequeñas, esbeltas, pero propensas á la obesidad; pelo abundante, carácter ligero, naturaleza fría, pechos pequeños y sostenidos, orejas graciosas. La hermosura del pelo era proverbial en Guayana y lo usaban suelto, lo que al decir de los viajeros les daba el aspecto de reinas con su andar majestuoso é indolente. Su belleza era de corta duración; rara vez tenían canas, y

menos dientes picados. No hacían caso de la virginidad y eran libres antes de casarse. La infidelidad conyugal casi no se conocía.

Las facciones físicas de los caribes se asemejan mucho á las de los arucas; pero aquéllos son más altos, más vigorosos y más esbeltos. Ambas tribus tienen la cabeza igualmente redonda y rectangular. El achatamiento de la frente de los caribes no era natural, sino efecto de vendajes aplicados á los niños con tal fin.

En lo general, los caribes y sus descendientes en Venezuela tenían los siguientes caracteres físicos: estatura regular, esbelta; cabeza redonda, frente angosta, color cobrizo tirando al blanco, pelo negro, grueso y laxo, sin canas, ojos bellos no muy grandes, pestañas largas y pobladas, lagrimal cerrado y sin la forma rasgada de los mexicanos ó chinos, poca o ninguna barba, manos y pies pequeños, y los huesos del carrillo muy prominentes. Aun cuando había muchos retacos, andaban siempre muy derechos.

Como se ve, hay cierta semejanza entre estos indios y los mongoles: ambos tienen la cara achatada y los carrillos salientes; pero se diferencian en los ojos, en el color del iris, que es obscuro en el mongol, con la córnea amarilla. La estatura es semejante en ambos; pero el mongol tiene las orejas más grandes que el indio.

Indudablemente, los indios pertenecen á la forma y clase piramidal que se asemeja á la raza mongólica; pero con caracteres distintivos bastante marcados, diferenciándose principalmente por la mayor estrechez y aplastamiento de la cabeza, caracteres éstos que siendo otro tanto aproximativos al tipo animal, hacen considerar al indio ocupando un lugar inferior en la escala, comparativamente con la mongólica, pero superior á la etiópica de forma aplastada.

También tienen nuestros indios otras semejanzas con la raza amarilla ó mongólica, y los lineamientos son tan marcados, que dan fundamento para creer que ambas

tienen un mismo origen: la forma de la cara, la nariz, á menudo aplastada, el color de la piel, la naturaleza del pelo, el poco desarrollo del cabello, son semejantes en una y otra. Y si bien es cierto que el aplastamiento del occiput lo hallamos igualmente en los africanos, hay diferencias esenciales por otros muchos respectos. Á su vez, la raza americana y la amarilla difieren en la preeminencia de la nariz convexa y relativamente fina del indio, la mayor estatura, el poco desarrollo de la cavidad pectoral y la menor expansión de las quijadas; signos característicos de las razas cruzadas, según Topinaud. Nos encontramos, pues, con que uno de los elementos característicos del indio acusa francamente origen asiático, mientras que tiene otros completamente especiales.

Según Thiersant, el cráneo caribe se parece al mongol y al turquestán, especialmente á los onigours antiguos, por la forma piramidal fuertemente pronunciada de la cabeza y la poca convexidad de la frente. Ésta es siempre en el caribe baja, estrecha y comprimida lateralmente, lo que acusa origen turaniense; y esto se compagina con el idioma caribe, que es lengua aglutinante, como lo son las de origen turan. Además tiene el caribe algo de la nariz convexa de los pueblos dominantes, lo cual hace sentir la mezcla de la raza caucasa con la mongola.

El sistema capilar es indudablemente mongol: visto al microscopio marca un corte redondo, mientras que el cabello europeo marca una elipse y el negro una elipse demasiado prolongada.

La conclusión, al parecer, lógica de todas estas características, es que la raza caribe es de origen mongólico: sobre un tronco amarillo se ha injertado una inmigración ario-tiraniense. El elemento scythio se hace sentir en la forma de la nariz.

Las armas de los caribes eran flechas, dardos y macanas. Las flechas tenían corte redondo de pulgada en pul-

gada, para que al penetrar en el cuerpo se rompiesen con el peso y quedase dentro el pedazo del proyectil. Eran los arcos de 2 á 2 $^1/_4$ metros de largo; el asta de la flecha era de una caña especial sin nudos, ligera y delgada. Eran certeros á un tiro de fusil y disparaban con una velocidad de una flecha cada tres segundos. Para combatir de firme se hincaban haciendo una genuflexión, se asentaban sobre el talón del pie derecho, y así disparaban sin mover los brazos, pues tendían las flechas en el suelo. Para cubrirse usaban un escudo como de un metro, forrado con piel de danta y asegurado en el brazo izquierdo. Sujetaban el arco con la mano izquierda y apoyaban el codo sobre la rodilla. Peleaban los caribes tal como lo hacían las tropas persas en los tiempos de Jerjes.

La macana era un pedazo de madera de corazón en forma de vara del tamaño de un metro con dos centímetros de ancho; tenía á un extremo dos filos, á semejanza de un remo y en el otro tenía un mango redondo.

El tambor era de madera, cuyo corazón era muy blando: extraído éste se cubrían los extremos del barril con tablas delgadas, que hacían las veces de parche. Su largo era cosa de 3 $^1/_2$ metros por 75 centímetros de diámetro; tenía dos ranuras como las del violín. Suspendíase á medio metro del suelo por medio de dos cuerdas y se tocaba con un mazo hecho de bejucos delgados y flexibles. Su sonido se oía á cosa de tres leguas.

La señal del combate la daba el jefe con un grito y á gritos se acometía al enemigo. Distinguíanse los caribes por su estrategia: eran maestros en las sorpresas, las emboscadas, las fugas fingidas y los ataques nocturnos.

Los caribes eran audaces: el jesuíta Cassiani dice lo siguiente: «Con los tigres se entendían, y ya se entienden todos los americanos que tienen ánimo: lo aguardan cuerpo á cuerpo y al tiempo de dar el veloz salto con que embiste el tigre, le previenen con cualquier golpe de flecha ó de dardo. El tigre, luego que se ve herido, deja al

enemigo y por natural inclinación acude á remediar su daño y saca el dardo ó flecha que le atormenta; en este tiempo, como está tan ocupado, deja que el hombre se llegue cerca y con cualquier palo ó lanza que le dé golpes en el espinazo, le tiene tan blando que se le quiebra y rinde inmediatamente, porque queda tan sin fuerza alguna el tigre que se deja degollar y hacer pedazos como si estuviese muerto, pues en realidad no tiene fuerzas de vivo. Esto en los indios era entretenimiento.»

No obstante que los arucas estaban reducidos por los caribes á muy estrechos límites, no teniendo en sus tierras alimento sobrado para la tribu, fabricaban artefactos que cambiaban á los vecinos, estableciéndose así un comercio interrumpido por las frecuentes guerras entre ellos. Los caribes recorrían los caños del Orinoco y mares adyacentes, en busca de sal, cuyo negocio tenían monopolizado. Además con los indios caberes del Alto Orinoco tenían el negocio del curare, que les daba buenos proventos. No usaban moneda alguna en sus transacciones.

La industria se reducía á tejidos de algodón y palmas para hacer *guayucos*, hamacas y pequeños chales; utensilios de madera, de barro cocido al sol y al fuego, instrumentos de agricultura, herramientas de piedra, embarcaciones, artefactos de bejuco y *caracoles* ó abalorios de piedras, metales y conchas. Fabricaban también licores y tisanas.

El cultivo del suelo estaba á cargo de la mujer; pero el hombre cortaba los árboles y hacía el desmonte del terreno. Para hacer las hachas escogían piedras duras achatadas y las labraban en forma de pera aplanada y bien afilada la superficie mayor; en la cuenca formada por los dos círculos hacían el engaste. Empotraban el hacha á un mango de madera hendido en un extremo y la sujetaban con cuerdas. Los cuños eran cinceles de piedras para rasgar los troncos y facilitar la obra de las hachas. Las azadas eran como anchos cinceles sujetos á

un mango. Las palas tenían la forma de remos ó canaletes y eran de madera.

El curare era preparado por los indios macusis en el Alto Orinoco y lo llamaban urari-ye, de donde los caribes hicieron *gurali*.

Eran los caribes grandes cazadores: enseñaban á los perros á parar la presa y á avisar al cazador. Tenían mucha estimación por los buenos perros cazadores; algunas parcialidades se dedicaban con provecho á adiestrarlos y enseñarlos. Generalmente sólo servían, según su raza, para perseguir una sola especie de cacería; pero había algunos que perseguían varios animales, y los indios conocían por el ladrido la clase de animal perseguido. Los mejores perros cazadores de tigres los traían del Orinoco arriba.

Con el jugo del moriche hacían un aguardiente al cual eran muy apegados. «Aturdidos con los golpes del tambor, que no cesa en todo el día, confusos con la desordenada música de flautas, al mediodía están fuera de de sí, sin poder encontrar la puerta, hechos un ovillo, unos quieren danzar, otros se quieren ir, otros pretenden vengarse de sus enemigos y riñen con los más amigos, unos duermen, otros se tienden y acaba en confusión desordenada lo que empezó por alegre festín.» (Gali.)

Hacían la cerveza *Paina* con cazabe tostado carbonizado que les servía de malta, y producían la fermentación masticándolo. Mezclaban luego todo con agua hirviendo, y obtenían á los dos días una bebida refrescante y con poco alcohol. El *Cassiri* equivalía al ron, y lo hacían con batatas.

Eran los utensilios y muebles domésticos vasijas de barro en forma de calabazas, que cocían al fuego y pintaban de negro; generalmente tenían un cuello para facilitar su manejo; una olla grande para hacer cerveza, varias calabazas de diferentes tamaños para cargar agua, *totumas* hechas con calabazas pequeñas cortadas en dos,

cucharas hechas del mismo fruto, cuchillos pequeños de piedra y budares hechos de barro, ó usaban una laja grande y delgada en vez de budare.

Rayaban la yuca en una piedra rugosa, y hacían las prensas ó sebucanes por el casabe, con palmas tejidas exactamente iguales á las que usaban los antiguos egipcios.

Servíanles de asiento troncos de árboles labrados convenientemente; la mesa la formaban con horquetas clavadas en el suelo, y luego varas delgadas, formando como un troje. Comían en el suelo, agachados alrededor del manjar, y tomaban los bocados con los dedos y unos después de otros, comenzando por los ancianos.

Dormían en la hamaca, una para cada persona. Servíales de manta la corteza de un árbol que produce una especie de cañamazo bastante grande para arroparse; los hombres dormían separados de las mujeres por una pequeña división hecha con cañas en la vivienda. Tenían las casas la forma angular de las moradas primitivas: el techo, de palma ó de paja, no llegaba hasta el suelo; cercábanlas con una empalizada como de metro y medio de alto; al frente había una enramada donde celebraban sus fiestas y reuniones.

Para cargar pesos usaban el cesto, llevado en la espalda y sujeto en la frente por medio de una faja. Cargaban los niños en una hamaca pequeña, terciada al hombro debajo del seno, de modo que el niño mamaba por sí solo cuando quería, toda vez que el seno materno le servía como de almohada.

Sus instrumentos de música eran la flauta, *tutú*, con tres agujeros; el *caramillo*, compuesto de seis carrizos, semejante á la flauta del dios Pan; la *maraca* era una calabaza pequeñita llena de agujeros y sujeta á un mango, y el *tambor*, parecido al de guerra, pero muy pequeño; No conocían la medida, y sus tonadas eran monótonas y repetidas. Sus bailes eran sencillos y nada tenían de inmoral; consistían en un balanceo cadencioso sobre uno y

otro pie, y vueltas más ó menos rápidas en diferentes actitudes, hasta que se sentían mareados. En sus reuniones generalmente contaban cuentos de aparecidos, sueños, fantasmas ó acciones heroicas de sus antepasados.

Para el adorno usaban una tinta azul extraída de una especie de manzana—*haguana*—que duraba diez días sin borrarse. Los niños no se pintaban.

Era su calendario una cuerda con 29 nudos, que correspondían al mes lunar, y contaban los años por las cabrillas.

Para pescar usaban la red, la flecha y el *barbasco*.

Producían el fuego con el roce rápido de dos maderos, uno duro y otro suave; el duro se hacía girar en forma de molinillo, sobre una ranura hecha en el suave, que se sostenía entre los dos pies.

Acostumbraban quemar, enterrar ó dejar secar los muertos. Los cementerios y restos humanos eran objeto de veneración. Al año se exhumaban los restos, y lavados y pintados se colocaban en un cesto en el cementerio; para limpiar los huesos los tiraban al río, para que los pescados hicieran este trabajo. La viuda, para honrar al marido, salía á veces con el cesto de huesos al hombro y lo colgaba en la puerta de la casa. Velaban el cadáver y lo lloraban con gritos y lamentaciones. Era signo del mayor respeto enterrar al muerto en su propia casa, que luego se abandonaba. La viuda podía casarse después de lavados los huesos del marido.

La poligamia se practicaba de la misma manera que lo hacían los Santos Patriarcas del pueblo escogido de Dios. La primera esposa era el ama de la casa, se sentaba á comer con el marido; pero cuando había huéspedes dirigía el servicio de la comida.

La costumbre de estar acostado el marido cuando la mujer tenía un hijo, obedecía á preceptos religiosos; era realmente una penitencia para evitar el daño del recién nacido. Cuando la mujer daba á luz se bañaba y seguía sus ocupaciones sin molestias subsiguientes. Era el parto

una función natural, sin ninguna incomodidad posterior. «Cuando nace un niño caribe—dice Du Treste—, la madre continúa sus trabajos; pero el padre se acuesta en su hamaca; allí se le somete á una dieta severa: después de cuarenta días, se invita á los parientes, quienes al llegar, y antes de comer hacen grandes cortaduras en la piel del desgraciado y le sacan sangre de todas las partes del cuerpo. Luego toman sesenta ú ochenta ajíes y los deslíen en agua, y con esta infusión lavan el cuerpo del marido, quien no debe lanzar un solo gemido.»

Las mujeres de la raza aruca eran más voluptuosas que las caribes.

«Ningún pueblo — dice Steddmann — puede ser más agradecido que el caribe, cuando se le trata con cortesía; pero no debemos olvidar que son en extremo vengativos, especialmente cuando creen que se les irroga alguna ofensa sin provocación de su parte.» Gumilla dice: «Son los caribes de buen arte, altos de cuerpo y bien hechos, hablan desde la primera vez con cualquiera con tanto desembarazo y satisfacción, como si fuera muy amigo y conocido... En materia de ardides y traiciones, son maestros aventajados... La nación caribe tiene su castigo señalado para los adúlteros á quienes la gente del pueblo quita la vida en la plaza pública.»

La sangre india desaparece á la cuarta generación de la mezcla con el europeo. De la primera mezcla sale el mestizo, y de la segunda el cuarterón. Clemente XII declaró que el hijo del cuarterón con el europeo debía reputarse y considerarse como blanco.

Las castas mestizas carecen de fisonomía é índoles particulares, tirando siempre á la madre. Del cruzamiento del indio y blanco, la casta es fina, esbelta y de contornos perfectos. No sucede lo mismo del indio con negro, porque esta última raza se sostiene siempre inclinada en la mezcla, con el pelo ensortijado y labios grandes. En cambio es más fuerte y de una robustez envidiable.

Estas castas cruzadas ocuparon durante la colonia po-

siciones sociales enteramente marcadas y separadas: primero los blancos, luego los indios y por último los negros; pero los matices resultantes de la mezcla fueron eliminando al indio, que se confundió con el blanco, quedando relegado el negro y sus mezclas, hasta que poco á poco fué desapareciendo á su vez el negro mezclado, y por último no fué el color de la piel lo que determinó el puesto social, siempre que aquél no fuese negro rematado; la posición política y el dinero fueron insensibilizando la retina en materia de castas.

En lo general las ideas religiosas de los caribes tenían por base la creencia de que todos los fenómenos de la economía animal eran producidos por la acción de un espíritu. Creían que todo sér animal tenia cuerpo y espíritu y los objetos vida y materia. Al Buen Espíritu le consideraban Creador y le creían Omnipotente, invisible y eterno; pero lo raro era que no le prestaban adoración en forma alguna, pues pensaban que después que hizo todo y ordenó todas las cosas, permanece tranquilo sin ocuparse de nada... «Y descansó el séptimo.»

Sorprende hallar tan terminantes ideas en pueblos primitivos.

Con lógica admirable desarrollaban su sistema religioso. Como no miraban al Buen Espíritu como á su protector, y no cabía en su imaginación que éste hiciese el mal ó permitiera que lo hiciesen, creían que eran los malos espíritus los que lo hacían, es decir, el espíritu de los hombres perversos que seguía haciendo el mal después de la muerte de éstos. La idea de creer á Dios incapaz de hacer el mal es admirable.

Temían á los malos espíritus y para evitar el mal procuraban tenerlos propicios; de ahí que fuesen esclavos de la superstición, como lo son todos aquellos que creen que los sucesos naturales no son la inevitable consecuencia del quebrantamiento de leyes naturales ó el resultado lógico de esas mismas leyes. Tenían los adivinos, que eran sacerdotes encargados de aplacar las iras del mal é

impedir que viniesen tribulaciones sobre la tribu. No tenían jerarquía espiritual. Creían en brujos, hechizos y hierbas malas.

El rey comisionó á fray Juan Martínez de Santa Cruz para estudiar las ideas religiosas de los indios caribes y arucas, y éste dice en su informe: «Su creencia es adorar el cielo porque dicen que en el cielo mayor está un gran Señor y una gran Señora, que los cría á ellos y envía las aguas á la tierra para que les críe todas las cosas y que el aruca que es bueno se va al lado de este gran Señor y el malo se va donde un espíritu maligno.» *Colección de Documentos para la Historia de Indias*, t. XXI, pág. 221.)

D. José Solano dice: «Los indios (Alto Orinoco) comprenden que hay un Dios muy bueno que quiere que los hombres lo sean, esto es, que no hagan mal y sí bien; pero no entienden que pueda ofenderles ni que les tiene destinado premio ó castigo. Dicen que hay otro Dios malo que es el que hace los males á los hombres, á éste le hacen sacrificios, azotándose rigurosamente unos á otros en las espaldas con un látigo como el del caballo de que obtienen muchas cicatrices, ó ya absteniéndose de fiestas, de comer ó de beber cerveza, para que no les haga daño en sus guerras, en sus cementeras, en sus pescas y en sus cazas. Tienen la idea de la inmortalidad del alma.» (*Viaje de Don J. Solano á la provincia de Guayana*, 1541-1561. Mss. Lenox Library.)

«Todos los indios de Guayana—dice Steddmann—creen en un Dios como el Supremo autor de todo bien y nunca inclinado á hacerles mal; pero adoran al demonio, á quien llaman *Yaguajú* para evitar que les haga mal, y á quien ellos culpan por los dolores, enfermedades, heridas y muertes que les afligen.»

Bancroft dice: «El principal atributo que estas tribus conceden á la Divinidad, es la benevolencia, y aun cuando le imputan el bien, nunca le atribuyen los males. Piensan ellos que el bien y mal son tan diferentes

como incompatibles entre sí que no pueden surgir de la misma fuente, y, por tanto, han instituído un orden de seres malignos subalternos, correspondiendo á nuestras generales ideas del Demonio.»

Adoraban, ó, mejor dicho, veneraban la Naturaleza, como madre fecunda y reproductora, y consideraban al Sol como al Supremo generador, y á la Luna como una emanación de éste. Era la Trinidad de la materia, cuya acción sentían y palpaban. Nada de ídolos; sus templos: el campo abierto; sus luminarias, la luna y las estrellas. Para congregarse tocaban el *Botuto*, instrumento sagrado, algo así como las campanas cristianas, del cual cuidaban los ancianos de la tribu, y sólo se tocaba en son de alarma, ó somatén, en los regocijos populares y en las ceremonias religiosas. Las mujeres estaban obligadas á no hablar en las fiestas del rito, como las cristianas, según el precepto de San Pablo.

Su vida primitiva les hizo comprender mucho antes que á los sabios modernos, que los animales hablaban, especialmente las aves, á las cuales consideraban más cerca del Creador.

Las ideas genesíacas de los indios las describe el jesuíta Galli, que estuvo de misionero en el Orinoco desde 1749 hasta 1767. Refiérese á los indios tamanacos; pero, en lo general, estas ideas eran seguidas por todos los indios de Guayana, Orinoco y el Caura. «Al tiempo de las grandes aguas, cuando sus antepasados tuvieron que recurrir á las canoas para escapar á la inundación, las olas del mar llegaron hasta el cerro de la Encaramada. Un hombre y una mujer se salvaron en un monte muy alto llamado Tamanaco, á orillas del Asivieri y arrojando detrás de ellos y por sobre sus cabezas las frutas de un árbol de moriche que había allí, vieron que las semillas contenidas en éstas producían hombres y mujeres que repoblaban la tierra.»

Amavalica, el padre de los tamanacos, el abuelo de los caribes, el fundador de la Humanidad, porque los tama-

nacos, como los judíos, se consideran el pueblo escogido por el Buen Espíritu, para poblar el mundo. Amavalica llegó en un buque cuando las grandes aguas, acompañado de su hermano y de sus hijas, desembarcó en la roca de Tepumeremo, donde grabó las figuras del Sol, supremo generador, y de los tigres y cocodrilos sujetos á su voluntad. Habitó por mucho tiempo en la caverna que existe en dicha roca, mientras su hermana Vochi le ayudó á dar á la tierra su presente forma. Las hijas de Amavalica eran de carácter errante, y para obligarlas á fijarse les paralizó las piernas y les ordenó que poblasen el país, hecho lo cual se embarcó en su buque con su hermano, y se fué al lugar de donde vino, prometiendo volver más tarde.

Como los tamanacos no consideran á Amavalica como á un Dios, se comprende que aquí se trata de un grande hombre, que llegó al país, reunió las tribus errantes, las obligó á fijarse, les dió leyes y creó la nacionalidad. Á su muerte la leyenda indígena le dió la forma de viaje de recreo.

Amavalica es el mismo Arimaca de los caribes, el Asevieri es el Cuchivero actual, el Ararat de los pueblos semíticos, el Tlalock de los mexicanos, el Nizir de los asirios. Tepumeremo es palabra tamanaca, Tepú (roca), mereme (pintada).

Los jeroglíficos indios se hallan en el Puerto de Cedeño en Caicara, en el cerro del Tirano, en San Rafael de Capuchinos frente á Cabruta, en la sabana que se extiende desde el cerro de Caricuma, hasta las orillas del Caura, que era habitado por tamanacos. En Guayana hay jeroglíficos en el camino de Sonora á Avechica en San Luis Ayma y en la Paragua. También los hay al Sur de la Encaramada, entre el 2° y 4° Norte, entre los ríos Orinoco, Casiquiare, Negro y Atabapo, y en las soledades de la Parima. Schomburgh encontró rocas protoncas en una zona continuada desde las orillas del Rupunuri, del Esequibo y la Cadena de Pacaraima hasta el Orino-

co y el Yupurá, en una extensión de más de ocho grados.

Es interesante hallar en el fondo de todo esto un sentimiento primitivo, pero muy filosófico. Aquellas semillas arrojadas que producen seres humanos, corre parejas con la repoblación del mundo por Noé y su familia. La venida futura del Amavalica es la esperanza eterna puesta por todas las religiones en el corazón de la Humanidad. El Mesías de los judíos, el Cristo de los cristianos. Ese diluvio que tropezamos por todas partes es el recuerdo de la separación de las aguas ó de la formación de los continentes. El nuevo Noé salvado de las aguas trae á la mente tradiciones venidas de otras partes muchos siglos antes que la Biblia. La descripción del diluvio hallada en las piedras de Sipara, en Babilonia, por el profesor francés Scheil, tiene fecha 2140 años antes de Jesucristo, es decir, muchos centenares de años antes que Moisés y más ó menos en los tiempos de Isaac y de Jacob. Probablemente de allí la tomó Moisés. Esta idea del diluvio era común á los indios de Sur-América. El adelantado Andagoya, que fué el primero que navegó el Pacífico, desde Panamá hasta el Perú, dice en la relación de su viaje en 1541, hablando del Darien: «Queriendo saber de estas gentes si tenían noticia alguna de Dios, se halló que tenían noticia del Diluvio de Noé y que se escapó en una canoa con su mujer é hijos y que después se había multiplicado el mundo de éstos; y que había en el cielo un Señor que ellos llaman Chipipipa y que hacía llover y las otras cosas que del cielo bajaban.» De los indios de Popayán dice el mismo adelantado: «Holgaban infinito oir las cosas de la Creación del mundo, porque ellos tienen noticia del Diluvio de Noé de la misma manera de que nosotros la teníamos. Y en esta Provincia otra ninguna noticia tenían, ni consideración de quien pudo mandar á las aguas que subiesen tanto, que se anegase la tierra.» (Col. Cuervo.)

En la relación de la conquista del nuevo reino de Granada, que se halla en la biblioteca de manuscritos

del Depósito Hidrográfico de Madrid, refiriéndose á los indios de Bogotá, se dice: «Cuanto á la inmortalidad del alma, créenla tan bárbara y confusamente, que no se puede, de lo que ellos dicen, colexir si en lo que ellos ponen la holganza y el descanso de los muertos es el mismo cuerpo ó el ánima, pues lo que ellos dicen es que (el que) acá no ha sido malo, sino bueno, que después de muerto tiene muy gran descanso y placer, y que el que ha sido malo, tiene muy gran trabajo porque le están dando muchos azotes.»

En la nación Achaguas, dice Gumilla, viene de padres á hijos la tradición del diluvio universal, que explican en estos términos: Sumersión general en la laguna general.

Poniendo á un lado la parte mitológica y fantástica que es inherente á todas las religiones, y desdeñando fórmulas y concepciones primitivas, propias de pueblos en la infancia, hallamos en el fondo ideas religiosas que pudieran ser de origen semítico. La concepción de Dios sigue la tendencia de antropomorfismo, que es lógica al tratarse de hombres incapaces de entrar en profundas especulaciones filosóficas, y la sola que podía concordar con los sentimientos del indio acostumbrado á juzgar solamente por el testimonio de los sentidos, y asombra encontrar aquel justo medio hábilmente expuesto por San Agustín, pues considerando al Buen Espíritu como invisible, le reverenciaban en el Sol como una de sus manifestaciones corporales y al cual creían con razón en relación con la Humanidad. Para ellos el Sol no era el Sér Supremo, sino algo así como una emanación de éste, como si dijéramos el Espíritu Santo de los católicos. Estas ideas tienen un sabor de los primeros tiempos del cristianismo, ó mejor dicho de las doctrinas de los esenios, donde parece que Jesús bebió las suyas, y destácase por eso allá entre las nubes de la leyenda la dualidad divina de los primeros cristianos.

El diluvio, conocido también de los chinos, los persas,

los hindus, los mexicanos y los fenicios, viene probablemente del pueblo mongólico.

La adoración del Sol, como fertilizador del Universo, es de origen caldeo, de donde vienen los adivinos y los brujos. La circunstancia de no tener los caribes ídolos de ninguna especie no tiene explicación satisfactoria, pues los mexicanos y peruanos y bogotanos los tenían.

Es difícil averiguar de dónde vinieron los primeros pobladores de Venezuela. Parece aceptable que algunos barcos mongoles chinos, scytas, y en general del Asia Oriental, recalaron por cualquier causa en las costas de la América, y es creíble que después de estar poblada ésta vinieron nuevas invasiones, especialmente por la costa occidental, las cuales fundaron los vastos imperios que hallaron los españoles, de modo que la civilización vino del Asia y Africa y fijó sus reales en diferentes puntos, independientes los unos de los otros; es decir, la inmigración no fué ocasional en esta segunda vez, sino un hecho pensado, quizás huyendo á persecuciones ú otras calamidades allá en el viejo mundo. Estas invasiones vinieron quizás del Egipto, del Japón, de la Sictia y de los demás pueblos nómades del Norte del Asia.

Esta hipótesis toma alguna consistencia si consideramos que la banda occidental del Continente tenía un grado de civilización mucho más avanzado que la oriental: que las inmigraciones conquistadoras vinieron á la América Meridional de Sur á Norte. Si la civilización entró por el estrecho de Berhing, lo natural habría sido civilizar á los Estados Unidos antes que México y Guatemala, y á Panamá antes que al Ecuador y Perú, saltando el litoral atlántico de Colombia para sentar sus reales en Popayán y Bogotá.

Ciertos hábitos caribes pudieran ser reminiscencias del otro continente. Lafitau observa que la costumbre de estar acostado el marido cuando la mujer daba á luz la practicaban los habitantes del Tibar y también los japoneses.

Los caribes mascan *betele*, preparándola con caracoles calcinados, como lo hacen los indios del Este, circunstancia anotada por P. Martyr en su Década 8.ª, cap. VI.

Los *tambores* caribes, en todo semejantes á los de los zupis, son iguales á los del primitivo Egipto. Los *canastos* y cestos son como los que fabricaban los egipcios cosa de tres mil años antes de Jesucristo.

Las *maracas* son idénticas al Sistro Egipcio que se halla en el Museo de Berlín. Las *canoas* son copia fiel de las de los fenicios y de los antiguos persas.

El uso del tabaco, según Ledyard, ha sido común á la raza roja ó mongola en todos los tiempos, y Bell afirma que en China existe desde época inmemorial. Mahoma aconsejaba que no fumasen, y es singular que al tabaco lo llamen los turcos *p'tin* y los tupies *tutun*.

También hay coincidencia entre el calendario muisca y el japonés.

Los indios caribes estaban en la edad de piedra, es decir, eran hombres capaces de satisfacer sus necesidades y darse gustos medianamente refinados, admiradores de lo bello, con pensamientos que se referían á otros mundos, con ideas y sentimientos religiosos ya avanzados, con un lenguaje bastante filosófico, en suma, ya á punto de saltar á la edad de hierro, que puede considerarse como la puerta de la civilización. El período de la conquista caribe estaba al terminarse cuando llegó el español.

La superioridad de los caribes era reconocida por las demás tribus. El director general del Esequibo dice el 21 de Febrero de 1769: «La nación de los caribes es tenida como noble entre los indios. Es muy bueno tenerlos por aliados ó amigos, porque prestan excelentes servicios; pero son enemigos formidables, capaces de mayor bravura y resistencia de lo que uno puede imaginarse. Cuando su jefe ó Gran Lechuza, viene á verme, todos ellos toman inmediatamente asiento y no beben ni comen sino lo que yo tengo y no me llaman sino hermano...

En el río arriba tienen varias aldeas de su nación, las cuales nunca han sido visitadas por los blancos. Están bien pobladas y sus habitantes obtienen lo que quieren por medio de aquellos de su nación que negocian con ellos. «Nosotros podemos contar con ellos en caso necesario.»

No se limitaron á Venezuela los caribes, sino que como un pulpo fueron extendiéndose á la Nueva Granada y la invadieron por todas partes; de modo que si la conquista hubiese demorado un siglo más, habría hallado de este lado del Continente un imperio caribe muy difícil de dominar.

Huellas del caribe hallamos por todas partes en Venezuela, excepto en La Goajira, que es tribu descendiente de los arucas. Su idioma era general, puede decirse, en el país, y tenía las mismas analogías en las raíces y formas que el sanscrito, abundante en calificativos, con cláusulas de extrema simplicidad, sin inflexiones, y con mucha de la aspereza y falta de expresión de la lengua mongólica, brusca, de sonidos rudos, acentuados, abundante en consonantes, especialmente la K y la X. No tiene el caribe la letra P. El idioma se pronuncia casi todo con los labios, poco con los dientes, y casi nada con la garganta. Además de los pronombres subjuntivos que generalmente se emplean como demostrativos, tiene varias series de pronombres inseparables que se unen á la oración relativa, á la partícula interrogativa, á los adverbios, á algunas conjunciones, etc. Tiene, pues, el caribe como las lenguas semíticas, el empleo acumulativo de afijos y prefijos, y de ahí cierta semejanza con el copto y el hebreo; del chino tiene la unión de partículas, sílabas, y á veces letras intercaladas con el objeto de despertar una idea, de la cual esa letra es la expresión dominante, y, por fin, como el alemán, es policompuesto, es decir, que usa sílabas ó letras unidas para expresar las palabras compuestas. Por estas razones se considera el caribe como un idioma polisintético; pero esto no auto-

riza á creer que haya puntos de contacto entre él y las otras lenguas de igual clase, porque no es posible medir el parentesco entre los idiomas por cierta comunidad en la presentación exterior. Entre el hebreo, el vasco y el caribe, que son polisintéticos, hay tal abismo que á nadie puede ocurrírsele llenar, lo mismo que entre el caribe y el madgiar que también lo son.

Bryan hace notar que hay muchas palabras caribes exactamente iguales y con la misma significación que tienen en los dialectos del Asia Oriental y cita las siguientes:

Hiani.	(su mujer).
Carbet.	(lugar de reunión).
Enca	(collar).
Huehue	(madera).
Nora	(mi piel).
Tubana ora.	(techo de la casa).
Barca.	(come).
Arca	(comer).
Nicheri	(mi nariz).

De paso observamos que los pronombres personales N., yo; B., tú, y L., él, son iguales en ambos idiomas, y hay también que tener presente, en contra de todo esto, que el caribe no es un idioma isolado ó monosilábico como el grupo indochino; pero es aglutinante como el ural, el altaico, el bantú, el dravidano ó el malayo, y no está lleno de inflexiones como el semítico ó el ariano.

La gran variedad de dialectos que hablaban las tribus venezolanas pueden reducirse á dos ó tres matrices, y entre éstas domina el caribe. Por esto los guías que llevaban los conquistadores podían hacerse entender de todas ellas, aun de las que, al parecer, hablaban lenguaje distinto. Era ello algo difícil al principio; pero tan luego como acostumbraban el oído á las inflexiones de la nueva lengua, les era fácil cambiar sus ideas. Se com-

prende la multiplicidad de lenguajes por la circunstancia de que se transmitían á viva voz. Cuando la familia era muy numerosa emigraba, á veces á lugares distantes; allí, con el tiempo, iba variando el acento, se creaban nuevas palabras, se introducían distintos giros y resultaba á la larga un dialecto à primera vista diferente del primitivo; á esto hay que agregar la influencia ejercida por las otras tribus, ya por el trato pacífico y comercial, bien por las alianzas temporales en caso de guerra, ya por los resultados de estas mismas guerras y también por los enlaces con mujeres de otras tribus, ya prisioneras, ya compradas ó trocadas.

Á pesar de esto, casi puede establecerse como regla general, resultado de profundos estudios en la materia, que todos los dialectos del caribe conservan siempre los pronombres primitivos, y especialmente los afijos de éste. Gracias á tal regla se puede seguir el trazo de la raza en toda la América.

Es difícil, si no imposible, hallar hoy indios caribes en toda su pureza aun en las selvas de toda la Guayana; el lenguaje ha cambiado mucho; generalmente usan la palabra inglesa *man* para designar al hombre, y dicen *papay*, *mamay*, por padre y madre. Nuestra comisión de límites con la Guayana inglesa halló dos parcialidades caribes bastante puras en las partes altas del Cuyuní, y, sin embargo, su lengua está mezclada con el macusi, que es el más común en los ríos tributarios del Esequibo.

Muchos dialectos de origen caribe han sido ya estudiados, y hay obras publicadas, que hemos consultado, sobre los siguientes, que se hablaban en Venezuela. Los guarapiches, en Maturín; los chaymas y cumanagotos, en Barcelona; los zamanagotos, en el Cuchivero; motilones, en el Zulia; carinacas, en el Caura, y maquivitares, en el Casiquiare. En las Guayanas tenemos los parivillanos y los macusis; los carrs y galibis en la Guayana francesa, y los arecunas y caribes en la inglesa.

Reminiscencias caribes subsisten entre nosotros por

todas partes. El afijo *car*, que equivale á cantidad; *cur*, que es poco; *ina*, que es pequeño; *guay*, que es posesivo, los hallamos dondequiera. También tenemos muchas palabras en que el afijo ó calificativo es conocido, como:

Tuna,	Agua;	Tuna-puy,	Quebrada seca.
Guara,	Río;	Guara-piche,	Río hediondo.
Guaica,	Jefe-arma;	Guaica-Macuto,	Cacique de Macuto.
Güere,	Mosca;	Güere-güere,	Muchas moscas.
Goto-Coto,	Tribu;	Paria-goto,	Tribu de Paria.
Apo,	Fuego;	Guari-apo,	Río caliente.
Atu,	Cascada;	Atu-res,	Sitio del salto.
Ani,	Familia,	Guay-ana,	Nuestra familia.
Ora,	Techo;	Car-ora,	Mucha palma para techo.
Coro,	Viento;	Cori-ana,	Pueblo ventoso.
Aro,	Sombra;	Ocu-m-are,	Fuente sombría.
Guare,	Hierba;	Guare-nas,	Hierbal.
Are,	Sitio;	Guan-are,	Sitio de miel.
Ama,	Camino;	Ama-curo,	Camino desierto.
Car,	Mucho;	Car-apo,	Muy caliente.
Cur,	Poco;	Cur-i-apo,	Poco cálido.
Nagua,	Loma;	Nagua-nagua,	Muchas lomas.
Icha,	Doncella;	Guar-icha,	Mi pupila.
Pacara,	Cesto;	Pacar-aima,	Montaña en forma de cesto.
Ira,	Salida;	Guai-ra,	Nuesta salida.
Ire,	Camino;	Guai-re,	Nuestro camino.

Es muy difícil conocer bien el idioma caribe, porque la intercalación ó cambio de una letra y supresión de otras da significado distinto á la palabra: *Ora* es techo; *are*, sitio. *Areora* debía ser sitio cubierto ó sombrío y se dice *aro*.

Usaban con frecuencia de símiles. *Atú* es agua que mana ó cae, *Ata* es bebida. *Ora* es piel y techo de casa. *Ana* es familia, poblado, comunidad, *liana* su hogar, su casa. *Oto* es pez grande, de donde salió *goto*, *coto*, gran cantidad, tribu. *Apo* es fuego ó conducto, *Ita* es sangre: *Itabo* es brazo de río, por la semejanza con las venas, llamadas también *Itabo*. *Iti* es árbol grande, y *Mur* es ali-

mento, de donde sacaron á *Muriti*, Moriche, por ser árbol grande que producía que comer.

En la unión de dos palabras intercalaban una consonante ó una *í*, buscando la eufonía, y decían Guatire en vez de Gua-are, nuestro sitio. *Be* es mucho, *Uma* es calor. *Bejuma* es muy caliente, *Guara* es agua corriente y *Are* es sitio. *Guaracarumbo* es sitio donde el agua es caliente. *Acu* es fuente, *Ata* bebida, y *Tácata* es fuente donde beben agua los viajeros.

La eliminación de letras ó sílabas, ó el cambio de ellas, da lugar en el caribe á varias figuras retóricas. Alféresis tenemos en *ebe-te*, que es cambio, y se escribe *bete*. *Tuoto*, pez, de donde viene *oto*. *Tigüin*, que es uno de donde sale *ogüin*. Apócopes encontramos en *güane*, miel, convertido en *guan*. Metátesis vemos en *meneca*, escoger, convertido en *meinca*. Síncopes hallamos en *kihiere*, manioco, que se dice *kiere: ekene*, animal, *kene*.

La adición de un afijo modifica el sentido de la palabra *ereba*, maíz; *erebali*, comida de maíz, de donde salió *erepa*, *arepa*.

La partícula *hua* ó *gua* es un pronombre personal y posesivo que significa propiedad, mio, á mí. *Ogua* significa tuyo, á ti. *Managua* á nosotros, *Yorocongua*. Vete á nuestro demonio. Pero hay muchas palabras en que el *gua* no es tal afijo. *Guacara* significa garza, *Guanape* es hierba, *Guaracaro* es frijol. Las letras *p* y *b*, *r* y *l*, *a* y *e*, *g* y *c* se confunden frecuentemente.

Es sumamente difícil encontrar el significado de muchas palabras compuestas por la intercalación de una letra para expresar una idea. *Ita* es sangre, *Are* es sitio, *Arita* campo de batalla, *Larita* el campo en que ellos pelearon, *Barita* el campo en que vosotros peleasteis, *Narita* el campo en que nosotros peleamos. *Tona* es agua, *Tonarita* batalla naval.

De los colores distinguían el blanco, el negro, amarillo y rojo: los demás los referían á algún objeto que les tuviese *Aro*, hoja; sombra equivale á verde.

Contaban hasta veinte con los dedos de las manos y los pies; en adelante usaban la expresión *mucho* moviendo rápidamente los dedos de las manos, costumbre que no es raro encontrar aún entre nosotros para expresar gran cantidad. Su sistema de numeración estaba fundado sobre el 5.

Caribes son nuestras *arepas*, nuestras *hallacas*, nuestros *budares*, *corotos zebucanes*, *canaríes*, *caraotas* (icorotas), *cunaguaros*, *guaricongos*, *bochinches*, *casabe*, *mapires*, *yare*, *cotoperís*, *morichal*, *curiara*, *canoa*, *onoto*, *corozo*, *cocuyo*, *pita*, *acure*, *mucura*, *terecay*, *guayuco* (uaicu), *báquira*, *guate*, *maraca*, *macana chorote*, *guarapo*, *huracán*, *ñame*.

Si profundizamos un poco nuestro actual modo de ser, ¿por qué dudar que del caribe hemos tomado varias de nuestras buenas y malas cualidades? El espíritu guerrero y levantisco, la falta de arraigo y hábitos sedentarios, el empeño de quererlo hacer todo en un día, el hábito de arreglar nuestras cuestiones á fuerza de palos, la falta de confianza en el camino legal, la honradez, ó sea probidad proverbial del pueblo, la afición al licor y á las fiestas, la repugnancia al robo y al asesinato premeditado, el respeto á los viejos, el orgullo y la facilidad para mentir, ¿de dónde nos vienen?

Más aún: es frecuente hallar lugares en que la esposa no viene á la mesa cuando hay un huésped, sino se queda en la cocina para vigilar el servicio y á veces para servir. Hay gentes que tienen miedo á hierbas malas y creen en brujos, si bien esto pudiera venir de los negros. Es asombrosa la prontitud con que nuestros campesinos adquieren gran familiaridad con quienes acaban de conocer. Todavía, en muchas casas del campo, la mujer tiene á su cargo trabajos fuertes, y siempre va á cortar leña. ¿De dónde nos viene todo esto?

Mucho se ha dicho acerca del canibalismo de los caribes en Venezuela. Es menester tomar con cautela el dicho de algunos españoles, porque estaba en la conveniencia de los conquistadores hacer aparecer á los

indios como caníbales, para poder hacerlos esclavos.

La reina Isabel cometió la primera falta contra los indios, sus protegidos, y fué causa de los males que éstos sufrieron. Por Real cédula de 30 de Octubre de 1503 condenó esta reina á los indios á la esclavitud.

«Doy licencia y facultad á todos é cualesquier personas que con mi mandado fueren así á las Islas é tierra firme del dicho mar Océano, que fasta agora están descubiertas como á los que fuesen á descobrir otras cualesquier islas é tierra firme, para que si todavía los dichos *caníbales* resistieren é non quisieren rescibir é acojer en sus tierras á los capitanes é gentes que por mí mandados fuesen á facer los dichos viajes é oirlos para ser doctrinados en las cosas de nuestra Santa Fe Católica, é estar á mi servicio é so mi obediencia, los puedan cautivar é cautiven para los llevar á las tierras é Islas donde fuesen é para que los puedan traer é traigan á estos mis reinos é Señoríos é á otras cualesquier partes é logares do quisieren, é por bien tovieren, pagándonos la parte que destos nos pertenezcan, é para que los puedan vender é aprovecharse dellos, sin que por ello cayan nin incurran en pena alguna.»

Fray Nicolás Dorante, gobernador de las islas y Tierra Firme, pidió á la corte que declarase cuáles eran los indios que podían ser reducidos á la esclavitud; á ello respondió la corte el 15 de Noviembre de 1505: «Por vuestra carta escrivys que allí es menester saber quales yndios son los que pueden cabtivar para que se puedan traher á esa Isla por esclavos para se servir dellos; los que se pueden cabtivar syno quysieren obedecer son los que se dizen canyvales». (Doc. 2.ª Serie; t. V, p. 110.)

Era menester, pues, declarar oficialmente quiénes eran los caníbales, y al efecto, el licenciado R. de Figueroa, juez de vara y justicia mayor de la Española, dictó un auto el 5 de Noviembre de 1510, refrendado por Pedro Ledezma, cuando todavía no había entrado ningún español al Orinoco. Dice así:

«Vista la instrucción de S. M. la Reina é Emperador en que me mandan, haber larga información de las islas é parte de fierra firme en que los indios pobladores dellas son caribes, é deben ser de los cristianos traídos é tenidos por esclavos é que de ello haga declaración... Fallo que debo declarar é declaro... á la Provincia de *Uriapari* (Guayana), la cual declaro ser de caribes, enemigos de los cristianos que comen carne humana... Á las quales dichas tierras de suso declaradas por de Caribes, debo declarar e declaro que los cristianos que fueren en aquellas partes... pueden ir é entrar e les tomar y prender é cabtivar é hacer guerra é tener e traer e poseer e vender por ser esclavos los indios que de las dichas tierras... así por caribes declarados pueden haber en cualquier manera. (Doc. T. II, p. 321).

Quedó aquí establecido que los caribes eran caníbales, que los de Guayana lo eran también, y lo más peregrino de todo esto es que Guayana no estaba aún descubierta.

El 30 de Junio de 1511 otra Real cédula autorizó á los vecinos de la Española y demás islas para hacer la guerra á los *caribes* y hacerlos esclavos porque hacían la guerra a los cristianos y comían gente. (Doc. T. V, página 258.)

El 25 de Julio del mismo año dispuso el rey lo siguiente: «Mando que agora é de aquí adelante todos e qualesquier indios que á la dicha ysla española se truxiese de otras yslas se le haga é se le ponga una señal en la pierna qual e de la manera que el almirante e oficiales paresciere.—Doña Juana. (Doc. T. V, pág. 271.)

Adoptóse como hierro la letra C, que significaba caníbal.

El 13 de Enero de 1532, una nueva cédula Real mandó que no se herrasen los indios por esclavos, aun cuando lo fuesen sin licencia real ó de la Casa de Contratación de Indias. (Doc. T. X., pág. 104.)

Es un hecho que la declaratoria de Figueroa estuvo

en vigor por mucho tiempo; con arreglo á ello se concedieron permisos para cautivar caribes al licenciado Villalobos, á Juan Ortiz, á Ayllón y á Cristóbal Lebrón. El 10 de Marzo de 1526 se otorgó concesión semejante á Diego de Illescas, con facultad de armar dos carabelas.

Ningún historiador ha dicho que los caribes de Venezuela se hubiesen comido á ningún español, y éstos eran sus mayores enemigos y nada generosos fueron con los caribes. El padre Caulín, que habla mal de éstos, no dice que fuesen caníbales. El padre Labat trae lo siguiente: «Los caribes, si bien quemaban á los prisioneros, no eran caníbales.» Humboldt dice: «Los caribes del Continente y los que habitaban las llanuras entre el Bajo Orinoco, el río Blanco, el Esequibo y las fuentes del Oyopoc tienen horror á comerse á los enemigos.» Todos los informes oficiales de los holandeses y muchos de los españoles asientan que los caribes vendían los prisioneros ó los conservaban como esclavos. El cacique de la nación Guaiquerí informó á Gumilla, «que había mantenido guerra largos años con la nación caribe y que, prevaleciendo ésta, mató y destrozó y llevó esclavos cuantos quiso; y si ellos se mantenían vivos era porque los caribes lo querían así, no por piedad, sino para tratarlos como esclavos, talándole sus sementeras y tomando sus frutos, así á la ida como á la vuelta de sus continuas navegaciones de Orinoco».

Castellanos dice lo siguiente:

Mas al fin fueron á provincia llana
Que llamaron caribes, tierra rasa,
No porque allí comiesen carne humana,
Más porque defendían bien su casa.

Los caribes acostumbraban adornar sus casas con las calaveras de los enemigos. Los españoles, al ver tales trofeos, creyeron que se comían los prisioneros y colocaban las cabezas como recuerdo.

Eran los caribes crueles en el combate, pero en la paz eran dulces y afables. No temían ni á los elementos. No había compasión para el vencido y gustaban del pillaje. En la paz castigaban severamente el robo, el asesinato y el adulterio, pero no consideraban la mentira como falta. Sus fiestas terminaban en bacanales y orgías. Eran soberbios, y engreídos con sus triunfos, decían con orgullo: *ana carina rote*, sólo los caribes son hombres; *amucon paparoro itoto manto*, todos los demás son esclavos nuestros. *Ytoto*, esclavo, se parece á *Ylota.*

Veamos qué hacían los caribes. Mataban, pillaban, bebían, quemaban y aniquilaban al enemigo; aprendieron en el acto á manejar el fusil y se hicieron temibles á los españoles, de ahí su mala fama. Y nosotros preguntamos: ¿Qué hacían los cruzados? ¿Qué hicieron los españoles con los moros? ¿Qué hicieron los conquistadores españoles? Es menester tener presente que estábamos en plena Edad Media y que los caribes estaban tres siglos más atrás. Fueron víctimas del tiempo y se ha qnerido dejar de ellos una memoria vergonzosa. Defendieron heroicamente su nacionalidad, como los españoles defendieron la suya de los árabes; aceptaron el reto á muerte de los conquistadores, lucharon como fieras, sufrieron todo género de torturas, para ellos se revivió el circo romano y fueron obligados á luchar con perros de presa, se les redujo á la esclavitud y se les herró como si fueran animales.

El obispo de Coro dice al rey, el 20 de Octubre de 1550: «Siendo justicia Juan de Villegas, fué á la provincia de Macarapana con ciertos soldados, llamó de paz ciertos principales, hasta número de seis, los cuales vinieron con mucha gran cantidad de indios, y á los dos principales hizo asar en una barbacoa y atadas sus naborias herró y vendió á trueque de vino, puercos y ropas á vecinos de la Margarita.» (Mss. Lenoss Ly, Col. Muñoz. T. LXXXV.)

Por las nombradas leyes de Burgos, expedidas el 27 de

Diciembre de 1512, se dió por sentado la indolencia de los indios y su depravación, y se declaró que lo mejor que podía hacerse con ellos era destruir sus pueblos y colocar á los indios en la vecindad de los españoles, porque así los aborígenes serían bien conducidos, así en el cuerpo como en el alma; se señaló el alimento que debía dárseles—yuca y ñame—, y un pedazo de tierra para que cultivaran lo que debían comer; debían trabajar en las minas cinco meses seguidos, luego se les permitía cultivar sus tierras durante cuarenta días, y trabajaban otros cinco meses en las minas. El salario que se les daba era *un peso oro por año* para comprar su ropa.

Esto era en síntesis lo que se llamaba *Encomiendas*, que perduraron hasta 1759, en que realmente fueron abolidas por Carlos III. Si el indio se sometía, iba á servir como esclavo en la encomienda; si resistía se le convertía en esclavo, y su mujer y sus hijos eran sirvientes obligados de los españoles, al tenor de la Real cédula de 20 de Febrero de 1534. Cada español podía tener hasta 300 indios en encomienda, según cédula Real de 22 de Febrero de 1512. (Doc. T. X, pág. 546.)

Pues aún se hizo más: los conquistadores herraban á cuanto indio encontraban, y de hecho le convertían en esclavo en Venezuela. Y fué tan grande el abuso, que para cortarlo el rey mandó al licenciado Angel López Cerato á poner en libertad á los indios mal habidos. «Si las personas que los tienen no mostrasen incontinenti título de cómo los tienen y poseen legítimamente, sin esperar más probança, ni a ver otro más titulo, y sinembargo de cualquier posesión que haya de servidumbre, ni que esté herrado, aunque no se pruebe cosa alguna por los indios y tengan carta de compra ú otros títulos de posesión de ellos, porque estos tales por la presunción que tienen de libertad en su favor, son libres como vasallos nuestros.» Á lo que respondió Cerato en 1545: «Es negocio muy trabajoso y odioso. Examinar de dónde y cómo vinieron, inposible. No hay más razón, ni más

títulos que estar herrados y la compra y posesión.» (Colección Muñoz. Ms. T. LXXXIV.)

Todo esto es poco. Él representante de Dios sobre la tierra necesitó medio siglo para saber que los indios eran seres racionales, y así lo declaró el papa Pablo III, en Breve de 10 de Junio de 1537.

Para juzgar imparcialmente á la raza caribe es menester verla hoy en las otras Guayanas, donde se les trató benévolamente, y oigamos el juicio de los extranjeros que los conocieron y trataron en la época de la conquista. «Son dulces y benignos—decía Porrey, en 1658—y son enemigos de la severidad. Libres de los cuidados de la vida, viven sin ambición, sin penas, sin inquietudes, sin deseos de adquirir honores ó riquezas, despreciando el oro y la plata, y contentos con lo que la naturaleza les prodigaba.» «Son amantes de la limpieza—dice Davis en 1666—y se bañan todos los días. Son generosos, hospitalarios y honestos.» Las Casas, dice: «Á Oviedo debe pesarle lo que ha escrito acerca de los indios: les ha levantado un falso testimonio contra ellos y les ha calumniado de todos modos. Estas infamias han corrido el mundo, porque basta que una mentira haya sido impresa para que todo el mundo la crea.» El marqués de Varinas, dice: «En qué nación ajena de toda política, se contará que en mi tiempo entrasen españoles á los llanos de Caracas, Sarare, Orú y márgenes del río Portuguesa á caza de indios como si fuesen javalíes, para servirse dellos, dándoles por esclavos, y los acolleraban en sartas de treinta y más personas con una precinta de cuero, y al que se cansaba, por no detenerse á desatar los demás le cortaban la cabeza al inocente indio. Yo lo he visto, y si me preguntan quién lo hacía, lo diré. Todo lo cual pasaba para saciar la codicia de dos Gobernadores que tenía V. M. en Mérida y Caracas, que daban estas licencias á los españoles por tres ó cuatro mil pesos por la facultad de la saca de indios en los llanos.» (Vaticinios sobre la pérdida de las Indias.) Don Antonio de

Ulloa, dice: «No podemos tratar de los indios sin quedar el ánimo conmovido, ni es posible detenerse en el asunto, sin dejar de llorar con lástima la miserable, infeliz y deplorable suerte de una nación que sin otro delito que el de la simplicidad, ni más motivo que una ignorancia natural, han venido á ser esclavos, y de una esclavitud tan oprobiosa, que comparativamente pueden llamarse dichosos aquellos africanos á quienes la fuerza y razón de las colonias han condenado á la presión servil, la suerte de éstos es envidiada con justa razón por aquéllos, que se llaman libres, y que los reyes han recomendado tanto para que sean mirados como tales, pues es mucho peor su estado de sujeción y miseria que la de aquéllos.»

Á los rigores de la conquista siguieron las epidemias. La difteria estalló en Cartagena en 1588 é invadió á Venezuela. Á los atacados del mal «cerrábanseles las fauces de manera que no daban pase del interior al aliento, ni del exterior al alimento, feneciendo la miserable vida entre las congoxas del ahogo». Luego la viruela que se hizo endémica en las riberas del Orinoco; más tarde, el sarampión que asoló las misiones, y por sobre de todo, el mal venéreo que enfermó toda la raza.

Vemos, pues, una raza de nobles cualidades, con todos los defectos de la ignorancia, la sencillez de los pueblos en la infancia y las pasiones de los hombres primitivos, frente á una nación que lejos de atraerlos arrasó con ellos. No fué una nación, que el Gobierno español fué benigno casi siempre, sino los conquistadores que, en lo general, fueron más salvajes que los indios, porque su proceder no tenía disculpa.

El caribe aceptó el reto á muerte; luchó con heroísmo, peleó con valor asombroso hasta que desapareció la raza. El último caribe que sucumbió defendiendo el suelo natal legó á la posteridad un ejemplo de firmeza, de energía y de constancia, que borra con los hechos la fama de indolentes que se ha querido dar á la raza.

Se les llamó mal agradecidos, porque no aceptaron gustosos un yugo cruel que se les imponía; faltos de inteligencia, porque acostumbrados á creer en un Dios bueno no comprendían que hubiese uno tan malo que les obligase á ser esclavos y á perder su nacionalidad; se les llamó seres inferiores, porque no creyeron que un hombre que se decía representante de Dios, les hubiese entregado á un rey de lejanas tierras, como si ellos fuesen una manada de carneros; se les tildó de incapaces de comprender los misterios de una religión nueva para ellos, y que iba hermanada con su esclavitud. Ellos no vieron en todo esto sino unos hombres con una cruz y una espada qne venían á exterminarlos; ¿qué otra cosa podían ver?

La raza caribe desapareció maldiciendo á España y á la cruz, que para ellos fué símbolo de yugo y no de redención. Sólo quedaron sin vida las mujeres y los niños, que no pudieron emigrar á las colonias vecinas en busca de liberlad.

De esos rezagados, de esos restos de una raza noble y valerosa, desciende el pueblo de Venezuela. Con las flechas de los caribes venció Piar en San Félix en 1817, é hizo independiente á Guayana.

II

El descubrimiento.

Colón en 1498 y Alonso de Ojeda con Américo Vespucio en 1499 no vieron el Orinoco: lo que les pareció un gran río era la apertura del golfo de Paria. El descubridor del Orinoco fué Vicente Yáñez Pinzón, quien lo visitó en 1500 y le dió el nombre de Río Dulce, por el sabor de sus aguas, nombre también dado al río Esequibo.

Apareció por primera vez este río en el mapa que publicó en 1529 Diego Ribero, cosmógrafo de Carlos V. En este mapa aparece colocado al Norte, hacia la parte superior, que hasta entonces se colocaba en la parte inferior. Es verdaderamente admirable la exactitud con que en él está demarcada la América. La copia que hemos visto mide una yarda de altura. El original está en la biblioteca de Weimar.

Diego de Ordaz, que acompañó á Cortés en la conquista de México, pidió al rey la concesión para descubrir y poblar la Guayana. El 4 de Diciembre de 1529, dice el Consejo de Indias: «El Capitán Diego de Ordaz ofrece descubrir y poblar á su costa desde Venezuela y Cabo de Vela que es la Gobernación de los Alemanes hasta el río Marañón, tierra que se tiene por muy rica. Parece que se tome el asiento que con el Capitán Pizarro, que es que lleve 250 hombres, se le dé la Gobernación por sus días, con el titulo de Adelantado y el sueldo que se

le dió á Pizarro y mas mil ducados de sueldo anual, librado todo en los provechos de la tierra. Oblígase á enviar á su costa, una carabela al río de Solís, donde está Caboto y también los que fueron en el armada de la Plata, que partió de la Coruña, que después que vino Caldera á pedir gente, no se ha sabido della. Con que se libre el pacto en los provechos de la tierra. Parece conveniente, y además se le de el Hábito de Santiago según suplica.» El rey puso el *Fiat* á esta opinión del Consejo. (Mss. Lenox Library.)

La concesión hecha á Ordaz, que dice Oviedo fué en 1530, comprendía desde el cabo Macarapana, límite de la concesión de los Welser, hasta el río Marañón, con un sueldo de 725.000 maravedíes al año. Ordaz, que tenía en México una renta de 6 á 7.000 pesos anuales, armó dos buques y tres carabelas y salió de San Lúcar el 20 de Octubre de 1530, con ánimo de entrar al Orinoco. Oviedo dice á este respecto: «El nombre de *Uyapari* qe los cristianos dan á este famoso río ove origen de los cristianos que con el Piloto Johan Barrio de Queixo habían ido á le descubrir desde Cubagua, que le llamaron así, antes que el Capitán Diego de Ordaz se ocupara en esta empresa.»

Ordaz recaló por el Marañón y luego fué al golfo de Paria, donde ocupó en la costa firme una casa construída por Sedeño, gobernador de Trinidad. Esta casa fué el origen de una serie de discordias entre éste y los conquistadores del Orinoco, por cuestión de jurisdicción sobre esta parte del golfo.

El 5 de Julio de 1531, dice la Audiencia de Santo Domingo al emperador: «Nos escriben de la Isla de Cubagua que en el mes de Abril pasado llegó al Golfo de Paria Diego de Ordaz con la nao *Capitana*, porque dice que no reconoció el río Marañón y no se osó meter en la tierra por los muchos bajos que salia á la mar, y dejó por allí tres carabelas que no se sabía dellas, y que como halló aquella casa en los límites, según dice, de su Go-

bernación, se apoderó della y de todo lo que allí tenía Sedeño, é hizo proceso contra él y le confiscó los bienes y dió mandamiento para le prender donde quiera que fuera. Ordenamos se concierte con los de Cubagua para con su ayuda entrar por el río *Aviapari*, que se dice ser gran cosa.» Á la vez dice á la emperatriz el obispo y presidente de Santo Domingo: «Ordaz no pobló en el Marañón y vino a Paria, do estaba un cacique llamado *Turiapari*, muy amigo de los españoles. Aunque esto no sea de su demarcación, convendría darle licencia para que lo pueble, y si él no acierta que lo hagan los de Cubagua.» (Mss. L. Liby.)

Ordaz entró al Orinoco en Junio de 1531. Jerónimo Dortal, que vino como tesorero, escribe al rey el 6 de Julio de 1532 lo siguiente, respecto á la expedición:

«Partimos de Paria, víspera de San Juan: llegamos al Puerto de Uriapari, que es tan afamado, en 4 días, que puede haber desde la mar por el río arriba hasta 45 leguas. Los que fueron y murieron lo dirá Ordaz. Se hizo aquel pueblo de paz, con algún castigo que fué necesario; era este pueblo de cosa de 200 buyos, y solo, que otro no había en aquella parte del río... porque no hubo mantenimiento y por ver la otra tierra, pasamos de la otra banda del río que dice Carau, con 200 hombres y 16 caballos, y quedó lo demás en el real de dicho pueblo en donde hicimos creer las provisiones de paz, y en una que quisieron matar ciertos cristianos convino hacer buen castigo. Después vimos toda aquella tierra en dos meses, y hecho que fué en Uyapari cierto navío para subir caballos el río arriba, nos partimos 200 hombres y 18 caballos, en demanda de buena tierra, según los indios nos decían, donde se anduvieron por el río arriba doscientas leguas largas hasta que no pudimos pasar por que el río nos atajó con peñas. Allí ovimos con unos indios una refriega y tomamos dos ó tres dellos para saber donde estábamos. Ellos eran Caribes. De las varias provincias que supimos el Gobernador dirá. No

quiso que nos detuviesemos á verlas, contra la opinión de muchos, siguiendo solo la de Alonzo Herrera, su Alguacil Mayor. Volvimos sin ver más del río y ninguna tierra buena para poblar, á Uriapari con gran trabajo porque el agua bajaba muy de recio. Volvimos á Paria, de donde salimos para dar en el Golfo de Cariaco, que es casi en los confines de los Alemanes. En dicho Cariaco tomamos nuevas de minas... para de allí buscar camino por tierra para poderse tratar el puerto de San Miguel de Paria, en el que quedó una villa hecha con su Alguacil y Regidor, y como cien personas entre hombres y mujeres, con harta importunidad, por no tener en la tierra provisiones de que se sustentar. Y ansi dejando hecha la villa dicha... vinieron la vuelta de Cariaco 180 hombres y 14 caballos, los demás quedaron en la villa, porque se ofreció estando para partir con un tiempo recio, dar en la costa dos navíos de los que habían de traer la dicha gente, y también porque el gobernador, no estaba muy bueno, envió toda su armada con su Alguacil Mayor al dicho golfo y él con otros 30 siguió en piraguas, y vino (aquel) con todo el aparejo necesario para poblar, y después vino el Gobernador, y yo con él, en 4 piraguas y 29 cristianos y no con poco peligro de la mar que estuvimos perdidos, ya quiso N. S. que llegáramos á Cumaná... Cuando llegamos á Paria de la entrada de Uriapari, hallamos ocho cristianos que vinieron de muy cerca del río Marañón, con un batel pequeño y nos dieron nuevas de como se perdieron los más que nos faltaban, donde, y como la tierra que hallaron.» (Mss. L. Ly.)

«Aunque los naturales se admiraron de ver aquellos tan grandes y nuevos navíos y gente tan peregrina que venía en ellos, no les fué causa de alteración ni ocasión de dejar el pueblo confiados en el gallardo brío que tenían y en su valentía y mucho número de gentes.» (Fray Simón.)

De esta relación aparece que Uriapari era un pueblo situado á 45 leguas de la boca del Orinoco, que debió

estar situado en el vértice Sur del Delta. Ordaz fué recibido pacíficamente por los indios, quienes le suministraron en abundancia «maíz, pescado, legumbre y varias raíces». Acampó algo distante del poblado y un día hubo una reyerta entre algunos soldados que fueron al pueblo y los indios, de cuyas resultas murieron cinco españoles: atacó entonces el pueblo y fué rechazado. En la noche los indios emigraron en masa, llevándose cuanto tenían y quemando el pueblo. Falto de provisiones, Ordaz pasó al otro lado del río, probablemente á Barrancas, que llamaban Carau, habitada por arucas. Despachó á Juan González hacia arriba y éste remontó el río hasta el Caroní, de donde trajo buenas nuevas de la tierra, por lo cual resolvió seguir su viaje, y como tuviese sospechas de los indios, los reunió en una casa grande y luego los hizo quemar vivos.

Ordaz remontó el Orinoco y llegó hasta Cabruta, donde tuvo un encuentro con los naturales: siguió luego por el mismo río hasta los raudales de Atures, de donde regresó á Paria sin hacer asiento alguno en el Orinoco.

Este río, que los tamanacos llamaron Orinoco (culebra enroscada), era conocido por los caribes y guayanos con el nombre de Uriapari, de donde los conquistadores sacaron Yuyupari, Yjupari, Urapari, Viapari. Los otomacos llamábanle Aparura. En el Alto Orinoco tenía el nombre de Baraguan, de dondo salió Paraguan. Según Alcedo se llamaba Iscante hasta el país de los tames, donde recibe por el Poniente los ríos Papaneme y Placencia; al entrarle el Meta se llama Barraguan.

El 12 de Mayo de 1532, dice al rey la Audiencia de Santo Domingo: «Pedro Ortiz de Matienza, Alcalde Mayor de Cubagua, escribe que Diego de Ordaz subió por el río Aviapari más de 200 leguas y que no halló tierra para poblar; que algunos de su gente se han venido á aquella isla, y dice que quedó en el río más de la gente muerta y perecida de hambre y enfermedades y otros se habían huido, prefiriendo quedar perdidos entre indios.»

El 3 de Julio de 1532, dice la Audiencia: «Después fué en demanda de su gente y apartó á Cubagua, cuyo Alcalde Mayor le hizo proceso, y lo trajo consigo y con Ordaz á ser juzgado en la Audiencia de Santo Domingo... En vista del proceso, los oidores le mandamos volver á su empresa, puesto que él decía hacía falta su persona, pero responde que su voluntad era notoria... que él quería ir á España á pedir remedio al Emperador.» El 12, dice la Audiencia: «En esta nao van aí Pedro Ortiz de Matienza, Alcalde Mayor de Cubagua, y el Comendador Diego de Ordaz, que habrá 15 días vinieron sobre lo acaecido en Cubagua. Vimos el proceso hecho por el Alcalde Mayor y lo hemos remitido á V. M. Exhortamos á Ordaz retornase á su Gobernación, ofreciéndole todo favor especial, teniendo nueva de que le venía más gente de España y respondió no tener aparejo para volver en persona.» (Mss. L. Ly.)

A su vez el gobernador de Cubagua informa el 20 de Mayo de 1532 que parte de las fuerzas de Ordaz llegó allí el 16 de Marzo en son de guerra y fué sometida, así como las dos carabelas y cuatro navíos de remo en que iban y que Ordaz llegó el 3 de Abril y se le siguió proceso. (Mss. L. Ly.)

Ordaz murió en el viaje á España, envenenado por Matienza, al decir de fray Simón.

Gerónimo Dortal escribió al rey desde Santo Domingo, el 28 de Enero de 1532, acerca de lo acaecido á su jefe, y concluye pidiéndole la merced de venir á conquistar el Orinoco. El rey le otorgó esta gracia, por lo cual se fué á España, donde organizó una expedición en dos naos con 150 hombres, con la cual se vino, dejando lista para seguirle una carabela al mando de Fernández de Aldenete. (Col. Doc. de I. T. XII, pág. 46).

Esta concesión «comenzaba en el Río Salado cerca del Golfo de Paria, hacia el oriente y se titulaba Gobernación de Golfo de Paria.» El río Salado servía de lindero entre ella y la capitulación otorgada á Juan Despes,

el 11 de Marzo de 1536, para conquistar la Nueva Andalucía. (Doc. I. 22, pág. 472). Dortal creyó que el río era el Neverí actual, conforme al mapa que sirvió para fijar los límites de su Gobernación. Más tarde, la Audiencia de Santo Domingo puso de manifiesto el error, y el licenciado Castañeda dice al rey el 22 de Julio de 1639, que «la pintura de las costas que V. M. mandó hacer al Cabildo de Cartagena se hizo desde el Golfo de Paria hasta abajo de Cartagena por dos pilotos é otras personas. Vista en esta Real Audiencia, consta el engaño de Dortal, que pretendía ser Neverí de su Gobernación, é dista della setenta leguas.» (Doc. T. I., pág. 560).

Francisco de Villanueva, tesorero de Dortal, dice al emperador el 30 de Octubre de 1534, lo que sigue:

«Llegué á dicho pueblo (Paria) el 13 de octubre 34 con el Gobernador Ortal el que trujo 150 hombres en 2 navíos con bastimentos, rescates y aparejo de guerra en mucha cantidad, médico cirujano y 2 sacerdotes. Todos buenos. Hallé los indios de guerra y que habían muerto ciertos cristianos, y 30 destos sanos y 7 dolientes, en una casa que está en esta provincia. Mañana 31 de octubre parte á Cabagua á traer ciertos bergantines y navíos de remos para subir río arriba, y deja aquí casi acabados otros muy al propio, y va á traer 120 hombres que dejó en una Nao en el río de Sevilla, que por no estar despachado al tiempo que se partió no la trujo consigo y sabe ser venida á dicha isla.» (Mss. L. Ly.)

La expedición al Orinoco fué confiada á Alonso de Herrera, que mandaba en Paria por nombramiento de Ordaz. Dortal da cuenta de ella en memorial dirigido al rey, el 24 de Diciembre de 1434, en estos términos:

«Y visto el estado en que estaba toda la gente, y habiendo noticia que mucha parte de ella estaba ausentada, y que se iba á la Provincia de *Viapari* que es 50 Leguas de un río arriba que tenían de pasar con mala intención para hacer de guerra como ellos estaban, le pareció que convenía darse mucha priesa y enviar alguna

gente á la dicha provincia para evitar que los indios no hiciesen lo que estos del Golfo y también para saber los secretos de la tierra, era por allí el camino y así dió toda la diligencia que pudo en efectuar lo que dice, porque dentro de 25 días que poco más estuvo en el golfo hizo cuatro bergantines á propósito de la entrada del río, y con ellos y en una carabela, en que fueron 6 caballos, despachó un Capitán con 160 hombres que fuera á la dicha provincia de *Viapari*, asaz bien mantenidos con biscochos y harina y otras cosas de Castilla y con una instrucción de lo que debían de hacer hasta que él llegara, y estando ya despachada la dicha armada, llegó un bergantín de la Isla de Cubagua, que puede estar cuarenta leguas del dicho golfo, á le dar aviso como el Capitán Aldenete, á quién él dejó en San Lucar casi despachado para venir en su seguimiento, era llegado á la dicha Isla con una Galera é le traía 130 hombres de guerra; y para los recojer y dar orden en otras cosas que cumplen al servicio de S. M. en la dicha Isla, habiendo dejado la orden necesaria á los que quedaban en la fortaleza, él vino á esta Isla Cubagua en donde agora está y fué á 13 días de noviembre, en donde halló al dicho capitán con la gente que tenía dicha.» (Mss. L. Ly.)

Para mayor claridad conviene advertir que Dortal (que así se firma) habla en este informe en tercera persona.

Herrera, al decir de Oviedo, empleó muchos meses para ir de Barima al Caroní, porque tuvo que construir buques chatos, pues los que llevó eran de mucho calado, por estar bajo el río: «halló á *Arucay* despoblado y se fué á *Carao* y de allí envió oro y algunos indios é grandes nuevas de la riqueza que se decía haber en Meta y escribió al Gobernador que se diese priesa para seguir la empresa. Más viendo que el Gobernador no venía hicieron una gran barca para 22 caballos y con ella y 6 bergantines se partió de Carao por un estero ó brazo del río, que entra en el Uyapary, al cual llamaron estero

de Meta y tardaron 20 días hasta llegar á la boca del estero y navegaron 250 Leguas y entraron las 7 naves por aquel estero y anduvieron 20 leguas en 40 días.»

Esta narración viene á confirmar que Carao, que es la actual Barrancas, estaba situado en un brazo del Orinoco y tardaron veinte días para llegar á este río, recorriendo una distancia de 10 leguas, y andando, según la relación, á razón de media legua por día. Herrera llegó a Cabruta, que entonces estaba situada en la ribera derecha del Orinoco, hizo las paces con esta tribu belicosa, atravesó el raudal de Carichama, entró por la boca del Meta y navegó este río hasta donde halló agua suficiente para navegar sus buques. En una refriega con los indios murió Herrera. Álvaro de Ordaz se hizo cargo de la expedición y regresó á Paria á los 18 meses de haber salido de allí, esto es, en Abril de 1536.

Los viajes de Ordaz y de Herrera hicieron mucho mal al nombre español. Correspondieron á la hospitalidad con que los recibieron los indios del Orinoco, con crueldades innecesarias, en su ciego empeño de conseguir oro. De allí provino el odio que los caribes tuvieron siempre á los españoles. Ya vemos con cuánta naturalidad habla Dortal de los castigos que convino hacer cuando fué con Ordaz. De Herrera dice Oviedo que «sabía mucho mejor como se mataban los indios que como se gobernaban».

Mientras Herrera subió el Orinoco, Dortal se fué al Neverí y en 30 de Noviembre de 1535 dice el rey: «Ahora 3 meses vine á poblar en el asiento del río Neverí, para por allí entrar al descubrimiento de Meta, pues por el río Aviapari no hovo lugar. Ya para entonces tenía noticia del fracaso de Herrera.» (Mss. L. Ly.)

Abandonado quedó el Orinoco, por la serie de contratiempos que sobrevinieron á Dortal. Seguiremos como hasta aquí dejando hablar á los empleados oficiales contemporáneos.

El 16 de Marzo de 1536 dicen desde Puerto Rico

los oficiales reales Francisco Manuel de Landa, Baltasar de Castro y Juan de Castellanos á la emperatriz lo siguiente: «Sedeño presentó cédula ante mi el Teniente, en que se le daba licencia para traer 200 hombres de Canarias, y con ellos y caballos hacer guerra á sangre y fuego á los caribes de la Trinidad, y que desde luego él ú otro pudiesen aquí armar y hacer la misma guerra. A consecuencia juntó Sedeño gente en dicha Colonia para descubrir la Provincia de *Meta*. Viendo su cautela escribimos á la Audiencia de Santo Domingo de do vino provisión que no fuese fuera los límites de su Gobernación, so pena de perder la mitad de sus bienes. Notifiqueselo y con todo prosigue su intento porque ya tiene en la tierra firme 50 caballos y 120 hombres, é agora él va con el remanente que serán otros 200 hombres y 100 caballos y está de camino que no tardará 20 días.» (Abbad: *Historia de Puerto Rico.*)

Posteriormente dice la misma autoridad: «A principios de julio 1536 salió Sedeño de Puerto Rico con tres navíos que conducen 150 hombres y 70 caballos, á más de la expedición que antes había enviado; llegó en 2 de agosto, se internó con su gente, sosteniendo vivísimas disputas con el Capitán Gerónimo de Ortal que decía se le entraba en los límites de su gobernación por la Provincia de Meta, y después de una vida llena de azares y aventuras, murió en los primeros meses del año 1538. Una destas aventuras tubo lugar con el Licenciado Frias, enviado como Juez entre él y Ortal por la Audiencia de la Española.» (Id.)

A su vez la Audiencia de Santo Domingo relata lo ocurrido con Frías en estos términos: «Llegado Frías, envió mensajero á Sedeño 60 leguas la tierra adentro. Viendo que los detenían entró con 60 de á pié, é caballo, é Sedeño le prendió é quebró la vara al Alguacil é le dió de palos, é al Escribano acuchillaron. Robaron armas, caballos, ropas é otros útiles de la gente del Licenciado é á él llevaron preso al real de Sedeño. Tan

gran desacato merecía pronto castigo y teniendo detenido á Castañeda le enviamos á ello, é de camino á San Juan, para poner paz entre los vecinos, cuyas diferencias tenían perdida aquella Isla, á Cubagua y la Margarita para tomar residencia á sus Justicias, componer su diferencias con Ortal é castigar los culpables en vender é herrar indios libres por esclavos en que había muchos abusos. Señalóse salario de dos mil maravedis por seis meses á costa de culpables. Fué á San Joan é pacificó la tierra, tomó residencia é cuentas en Cubagua, fué á tierra firme donde halló muerto á Sedeño, castigó algunos é nombró caudillo para seguir el descubrimiento.» (Id.)

Los oficiales de San Juan dicen al rey el 20 Junio de 1538, así: «Castañeda Juez de Comisión por el Audiencia, sobre el desasosiego de Sedeño, partió de aquí la Natividad próxima para Cubagua, de donde envió 50 hombres á Sedeño, por cuyos malos tratamientos estaba alzada la costa: hallaron su gente, 80 Leguas la tierra adentro, en fin de Cuaresma y que Sedeño era muerto 3 días antes. Obedecieron la provisión y enviaron á suplicar á Castañeda que por las nuevas buenas de la tierra les diese Capitán y Justicia en nombre de S. M. para seguir el descubrimiento. No sabemos más.» (Id.)

No parece que con la muerte de Sedeño las cosas mejoraron para Dortal, pues el 5 de Julio de 1539 dice al emperador, desde Santo Domingo, lo que sigue:

«El Licenciado Castañeda en lugar de castigar á los culpables en lo del difunto Sedeño, se juntó con éllos é tomo 100 hombres de á pié é 50 de á caballo de los míos con pensamiento de tiranizar á V. M. la tierra é á los particulares por sus haciendas. Yo he venido á seguimiento del por los daños que ha hecho á mí é á mi compañía é le seguiré hasta los pies de V. M. Está mandado se presente en la Corte, é lo difiere con mañas: afecta ciertas dolencias. Cuando él valla suplico no sea creído sin oir nuestros descargos. Yo me vuelvo á la tierra firme, donde quedó alguna gente mia esperando la nueva

de lo que habrán hecho los que estaban la tierra adentro cuando murió Sedeño. Casi un año que no sabemos dellos.» (Doc. de I., t. I., pág. 559.)

Castañeda da cuenta de su comisión en 22 de Julio de 1539 en estos términos: «Esta Audiencia me obligó á ir sobre Sedeño por la prisión del licenciado Frías. Llegado á Cubagua hallé que todos los indios de la Costa e Tierra firme estaban alzados por las crueldades que con ellos había hecho Ortal, que es el primero que entró, é después Sedeño. Hicieron muchos esclavos é los cargaron en navíos... Ortal cuando Frías robó cuanto pudo á la gente de Sedeño, luego trató mal la suya, é por eso le dejaron é se fueron muchos á los alemanes.» (Doc. de I., t. I, pág. 560.)

Oigamos ahora á Juan de Betanzas, escribano de la Audiencia de Santo Domingo, quien informa al Consejo Real de Indias sobre este asunto: «Yo fuí con Castañeda desde aquí por Escribano. Vile no guardar orden alguno: hacía favor a los que tomaba residencia. Siempre distraído de los negocios de su comisión, sólo entendía en fiestas é amores. Hízose amigo de los culpables, é solo condenó algunos rescatados. Diez y ocho meses ocupó infructuosamente é pudiera despachar en ocho con provecho. El vendió indios sin consultar los oficiales. En suma ha hecho mil maldades.» (Doc., t. I, pág. 564.)

Ortal fué sometido á juicio por la venta de los indios; pero, después de una detención de diez y ocho meses, fué puesto en libertad en Santo Domingo. Entonces desistió de toda idea de conquista y resolvió casarse. «Y como su intento fuese bueno—dice Oviedo—, así le dió Dios buena compañera, con una dueña, viuda, honrada, y virtuosa y en edad á su propósito, y que tenía que comer y en solo hacienda cuatro cuentos de maravedís, si bien fuí informado, con una honrada casa y seys mil vacas y otras haciendas bastantes á vivir en nuestra Cibdad de Santo Domingo de la Isla Española, y con más seguridad de salvarse que en compañía de tan

diferentes condiciones y obras de soldados, ni buscando aquellas fabulosas riquezas de Meta, puesto que aún aquello no está sabido del todo, ni lleva camino de saberse sin que cueste más vidas y haya más motines.»

Es un hecho que para entonces ya la Corte comprendía la importancia del Orinoco, puesto que el rey comisionó á fray Gregorio de Bateta para informarle acerca de las medidas que debían ponerse en práctica para asegurar el dominio de la Guayana. El fraile informó en 1540 al Supremo Consejo de Indias, que ante todo debía hacerse «asiento de un pueblo de cristianos en las riberas del río Orinoco en la provincia de Cauza ó en parte de la Guayana». (Doc., t. X, pág. 49. Este es el primer documento oficial en que se llama Guayana á la región del Orinoco.)

El fracaso de Dortal acabó con las tentativas de entrar al Orinoco, y por el momento nadie se ocupó del asunto, hasta que en 1660 el padre Sala vino de Trinidad acompañado de algunos indios y entró á Guayana por el Orinoco, desembarcando en las cercanías del Caroní; hizo viaje al interior y recogió algunas pepitas de oro, que él creyó eran ídolos, regresando á Trinidad. Animado por el éxito, organizó una segunda entrada en las mismas condiciones; pero los indios le dieron muerte al pasar el Caroní.

El 27 de Mayo de 1568 autorizó el rey á Diego Fernández de Cerpa para conquistar el Orinoco y la Guayana. Puede decirse que este es el primer acto oficial fijo y concreto relativo á esta provincia, pues los anteriores, si bien daban autorización para conquistar la tierra, era en términos tan vagos respecto de los límites de la conquista, que, como hemos visto, sólo produjeron disensiones entre los conquistadores, que se disputaban su respectiva jurisdicción.

La capitulación firmada expresa que era para la gobernación y población de las provincias de *Guayana* y *Caura* y las demás provincias que en la dicha gobernación en-

tran con 300 leguas de jurisdicción, y la descripción oficial del territorio, es como sigue: «La Gobernación de Cerpa, que llaman *Nueva Andalucía* y en lengua de indios *La Guayana*, conforme á los términos que se les asignó, es desde la isla de Margarita hasta el río Marañón que hay 300 leguas al Oriente y otras tantas Norte y Sur la tierra adentro, en que se incluyeron los indios Omaguas y Omegas con las Provincias de *El Dorado*, á la parte del Mediodía de esta Gobernación, en que cae por la costa la Provincia de *Macarapana* en los términos de Venezuela, en cuya comarca esté el *Morro* y los indios que llaman de *Piritu*, por donde van los límites de la Gobernación de *Venezuela*, y los indios Palenques, así llamados por una estacada con que se fortifican, y así mismo la Provincia de Cumaná, Norte Sur con la Margarita.» (Doc. T. IV, pág. 462, t. XV, pág. 438.)

Según la cédula Real, Cerpa debía traer á «las provincias de *Guayana*, el *Caura* y las demás provincias que entran en la Gobernación que ha de ser intitulada la *Nueva Andalucía* cuatro navíos armados y aderezados; dos de ellos de á 200 toneladas, y los otros dos de á ciento; y 500 hombres en ellos, los ciento de ellos casados y los demás gente del mar y guerra.» (Apuntes estadísticos de Cumaná.)

Cerpa tenía, según esta cédula, el título de gobernador y capitán general de por vida y por la vida de otro hijo y heredero, con un sueldo anual de 2.000 ducados.

Salía Cerpa de Santa María en la Semana Santa de 1569 con cuatro buques, 650 hombres, y más de 150 mujeres y niños, cuando estalló una insurrección en la gente que traía. El gobernador prendió á Cerpa, y mientras el asunto se resolvió en la corte pasaron cinco meses, de modo que la expedición se dió á la vela de San Lúcar en Agosto de aquel año, con un buque más comprado por Cerpa.

El 9 de Septiembre llegó á Margarita, y el 4 de Octubre desembarcó en Cumaná, donde fundó la ciudad de

este nombre el 24 de Noviembre. Lope de las Varillas nos ha dejado una relación del viaje de Cerpa, de la cual tomamos estos datos. En Cumaná supo que á la isla de Trinidad habían llegado dos navíos franceses «á tratar y contratar con los vecinos de aquella isla, como lo tienen por ordinaria costumbre, los cuales franceses dijeron habían estado quince días en el río *Yuriapari* con dos chalupas rescatando cajas de hachas y mucha cantidad de cuchillos y tonterías por águilas y caracories de oro fino y oro bajo, y que habían jurado venir otro año apercibidos de los dichos rescates para sacar de aquel río más de 50.000 pesos; dijeron habelles dado los indios en el tiempo que con ellos trataron, muchas frutas y cantidad de carne de venado y váquiras.» (Varillas, Mss., Lenox Ly.)

Cerpa trató de entrar al Orinoco por *Caboruto* (Cabruta) y tomó la vía de Barcelona y Píritu, muriendo en el año de 1570 en un encuentro con los indios cumanagotos y chacopatas. Un descendiente suyo, García Fernán dez de Cerpa, trató de continuar la conquista, pero también murió á poco.

Este fracaso, unido al de Pedro Malaver de Silva, que vino á conquistar las provincias limítrofes de *Omagua*, *Yoneguas* y *Quevandto* que se llamarían *Nueva Extremadura*, desalentó á los conquistadores, y por muchos años nadie fué al Orinoco, excepto los buques extranjeros que entraban clandestinamente á traficar con los indios.

Volvamos la vista al Nuevo Reino de Granada para explicar la venida del conquistador del Orinoco. El licenciado Gonzalo Ximenes de Quesada, después de haber conquistado á Bogotá, obtuvo del rey como premio de sus servicios y después de largas dilaciones y persecuciones de que fué víctima, algunas concesiones monetarias, encomiendas cuantiosas, y en 1568 se le hizo merced de «las conquistas y gobernación en las tierras que hay entre los dos ríos *Pauto* y *Papamene*, en la provincia

de los llanos que llaman de *Benecuela* ó *El Dorado* para él y sus herederos por dos vidas.» (Mss. Lenox Ly.)

Acerca de este río Papamene dice fray Simón: «Porque desde las márgenes del Orinoco que subiendo por él demora á la mano derecha hasta las tierras del río Papamene; que bajando por la provincia de Caguán, que está á las espaldas, desde Nuevo Reino entra en el mismo Orinoco cerca de sus bocas», y agrega «se le dió á Quesada la gobernación de la tierra de Pauto y Papamene, que es al Este y espaldas desde Reino que llaman *El Dorado.*» (Id.)

Estaba autorizado Quesada para nombrar persona que pudiese hacer á su nombre esta conquista, y como su edad le impedía hacerla personalmente, nombró en 1577 á Pedro Sánchez Mogamo para que entrase á conquistar «las tierras comprendidas entre los río Pauto y Papamene». Nada pudo hacer Mogamo, por carecer de dotes y recursos para la empresa.

Murió Quesada en 1579, sin dejar hijos, pues nunca fué casado, por lo cual instituyó por su heredero á Antonio de Berrío, casado con María de Oruña, hija de Andrea, hermana de Quesada, de cuyo matrimonio nació Fernando de Berrío. El padre de Antonio, llamado también Antonio, estaba cautivo de los moros en Argel, donde murió en 1581, y entonces su hijo Antonio se vino al Nuevo Reino y tomó posesión de la herencia de Quesada.

Berrío prosiguió la conquista del Dorado, y para asegurar mejor sus derechos hizo nuevas capitulaciones con la Real Andiencia de Santa Fe, para poder extender sus conquistas y descubrimientos «á la parte Norte de estas provincias, que se llamaba *Guayana* y la *Gran Manoa*», toda vez que no había impedimento en ir hasta las bocas del Orinoco y mares adyacentes, porque habiendo muerto Fernández de Cerpa, de hecho quedaba sin valor la capitulación firmada con éste». (Mss. Lx. Ly.) El rey aprobó la concesión en 1586.

Berrío se fué á Chita en 1583, que era una de sus Encomiendas, y allí organizó su primera expedición, con la cual pasó el Casanare, al que llamó Pauto, y llegó al Meta, al que puso por nombre Candelaria; siguió al Orinoco, el cual atravesó y tomo asiento para fundar, permaneciendo en este viaje hasta principios de 1586. De alli despachó á Hernando de Parra con ocho soldados en busca de socorros á Santa Fe, y la Audiencia despachó á Fulgencio de Meneses con 40 hombres en su auxilio. Este halló á Berrío ya en Casanare desalentado por la falta de subordinación de su gente, y regresaron todos á Chita, habiendo gastado diez y siete meses en el viaje. (Fray Simón, Mss. Ly.)

Un segundo viaje emprendió Berrío, y de él da cuenta al rey desde Margarita el 1.º de Enero de 1593, al hacerle la relación de su conquista. Dice así: «Llegado al Reino, volví de nuevo á pertrecharme y levanté gente y salí segunda vez y fuí más abajo que la primera, donde hallé las propias noticias y mayores, y tenté otras muchas vezes atravesar la Cordillera y la faldeé más de 200 leguas, y á toda esta largura no fué posible atravesarla, porque lo tenté muchas veces, por ser muy ancha, agre y montuosa, toda despoblada: hallé grandes ríos navegables y grandes noticias que el Orinoco abajo se descabesaba la cordillera, y estando haciendo piraguas para abajar el río, se me amotinó un Capitán y se huyó con la mayor parte de la gente, de manera que me fué fuerza salir tras él y no le pude alcanzar hasta el Reino, y en esta segunda vez tardé 28 meses.» (Archivo de Indias.—Pleitos 1.597—1.599.)

Con tenacidad asombrosa emprendió Berrío su tercer viaje, que relata al rey en estos términos: «Y quando salí (al Reino) hallé nuevas cédulas de S. M. que me animaron salir por tercera vez, la cual salí con más gente y mucho más aparato que las otras. Salí con 22 piraguas y mucha suma de caballos por tierra y con este campo llegué al gran río *Caraguan* que más abajo se llama *Ori-*

noco, y por allí tenté de nuevo atravesar la Cordillera por muchas partes y fize grandes diligencias para atravesalla, y no me fué posible, y visto esto probé á caminar el Orinoco abajo y tampoco me dió la tierra lugar, aunque me desviaba 10 y 12 Leguas del Río... ya en este tiempo se habían perdido las piraguas y huídoseme 34 españoles en tres cuadrillas llevando muchos caballos y habíaseme muerto todo el servicio y más de 30 españoles de una enfermedad casi como peste; y en este tiempo había 18 meses que había salido del Reino, y me faltaron los bastimentos y perdidas las piraguas, determiné hacer otras y matar los caballos que me quedaban para el sustento de la gente, y bajar el Orinoco abajo.» (Id.)

En el río halló Berrío unos caribes que le sirvieron de guía. «Llegaron conmigo estos Caribes al río Caroní y allí les dí de lo que traía y cartas para el Gobernador de la Margarita, pidiéndole me socorriese.» (Id.) Llegó al Caroní en Marzo de 1591.

Permaneció siete meses en su campamento en la costa occidental del Caroní, esperando estos auxilios y otros más que desde el Reino había solicitado del gobernador de Caracas, que era Diego de Osorio. Un reconocimiento practicado al interior dió por resultado la muerte de nueve españoles. Al fin quedó reducido á 45 soldados sin municiones y escasos de elementos. «Estaban casi ciegos—dice Berrío—de un asidente que dió de mal de ojos, y otros muy malos de otras enfermedades, y por esta ocasión y la tardanza del socorro... determinamos de salirnos y bajé el Orinoco abajo hasta la mar que sale por gran número de bocas y caños, tanto que aniega más de 200 leguas, y fuí á Trinidad»; donde fundó á San José de Oruña y lo participó al rey en estos términos: «También deseo sepa la población de la Trinidad y que fertil tierra es y que si Dios me ayuda á poblar la Guayana será la Trinidad la más rica contratación de las Indias.» (Id.)

De Trinidad fué Berrío á Margarita, donde llegó en

Octubre de 1591, y dijo al rey el 1.º de Enero de 1593: «Y por procurar este Gobernador por todas vías posibles estorbarme, no me acuda gente, no tengo acabada de descubrir y empezado á poblar la mayor grandeza y riqueza que tiene el mundo... Yo partiré de esta Margarita mañana con 14 ó 15 soldados que serán por todo 95 españoles, y esperanzas que Don Diego Osorio me embiará mas otros 20 ó 30 con los cuales, si vienen, saldré de la Trinidad con 70 españoles, dejando en ella 50, para la guardia de un fuerte que allí se ha hecho, y con estos y cantidad de rescates, probaré á entrar la tierra adentro de la Guayana por medio del principal *Morequito*, que tengo en mi poder, y de otros principales de la propia entrada que tengo por amigos... por estos medios y con rescates procuraré ver y saber lo que hay de la tierra adentro.» (Id.)

Al llegar Berrío á Trinidad despachó para Guayana á Domingo de Vera con el fin de explorar el territorio. Vera desembarcó en San Miguel á la margen oriental del Caroní, que era el asiento de Morequito, y para asegurar los derechos de Berrío tomó posesión de Guayana á nombre del rey, según consta en esta curiosa acta publicada por Schomburg en la Historia de Raleigh, y de la cual se halla un sumario en Inglaterra. *(Calendars of State Papers*, Domestic, 1591-1594, pág. 383.)

«En el río de Pato, por otro nombre Orinoco, cuya principal parte se llamaba Garismen, á 23 de Abril de 1593, Domingo de Vera, Maestre de Campo y General por Antonio de Berrío, Gobernador y Capitán General por nuestro Señor el Rey entre los ríos de Pato y Papamene, alias Orinoco, y Marañón, y de la Isla de Trinidad, ante mi, Rodrigo de Carranza, registrador en el mar, mandó á todos los soldados reunirse y ponerse en orden de batalla, Capitanes y soldados, y estando el Maestre de Campo en medio de ellos, les dijo: Señores Soldados y Capitanes U. U. saben hace largo tiempo que nuestro General Antonio de Berrío, en un viaje de 11

años, y un gasto de más de 100.000 pesos de oro, descubrió las nobles provincias de Guayana y Dorado; de las cuales tomó posesión para gobernarlas; más por falta de salud de su gente y de las municiones necesarias pasó á la isla de Margarita, y desde allí pobló la Trinidad. Más ahora me han enviado á mi á buscar y descubrir los medios más fáciles de entrar y poblar dichas provincias, por donde puedan mejor entrar en ellos los Campos y Ejércitos. En esta virtud yo entiendo hacerlo en nombre de su Magestad y de dicho Gobernador Antonio de Berrío, y en señal de eso requiero á U. Fran. Carrillo á que me ayude á levantar esta cruz que yace aqui en el suelo, que ellos pusieron en pié vuelta hacia el oriente; y los dichos Maestre de Campo, Capitanes y soldados, se arrodillaron é hicieron la debida reverencia á dicha cruz; y luego el Maestre de Campo tomó una vasija de agua y bebió, y tomó más y la arrojó sobre el suelo; también desenvainó su espada y cortó la yerba del suelo y las ramas de los árboles diciendo: Tomo esta posesión en nombre del Rey Don Felipe nuestro amo, y de su gobernador Antho de Berrío; y porque algunos ponen en duda esta posesión, le respondo que en estas nuestras acciones estuvo presente el Cacique ó principal Don Anto, por otro nombre Morequito, cuya era la tierra que consintió en ceder para esta posesión, de la cual se alegró, y prestó obediencia á nuestro señor Rey, y en su nombre al dicho Gobernador Antho de Berrío. Y dicho Maestre de Campo se arrodilló estando en libertad, y todos los Capitanes y soldados dijeron que la posesión estaba bien tomada, y que la defenderían con su vida, contra quienquiera que dijese lo contrario. Y dicho Maestre de Campo, teniendo en la mano la espada desnuda, me dijo: registrador que estás aquí presente, dame instrumento ó testimonio que me confirme en esta posesión que he tomado de esta tierra, por el gobernador Antho de Berrío y si es necesario, la tomaré de nuevo. Y os requiero á cuantos estáis presentes á que lo atestigüeis, y declaro

además que seguiré tomando posesión de todas estas tierras donde entraré. Así lo firmó. «Domingo de Vera».

»Ante mí, Rodrigo de Caranca, Registrador del Ejército».

El buque que conducía esta acta fué capturado por el Capitán George Popham, y los papeles que llevaba fueron entregados por éste al Consejo Privado de Inglaterra

Además, Vera dió cuenta al rey de esta toma de posesión en estos términos: «...Hasta que el año de 1593 concedió esta ventura á mí el Maestre de Campo, General de esta Jornada, que con 35 soldados hallé la entrada fácil y sin dificultad y anduve dentro de la tierra, que por parte donde yo entré la llaman *Guayana*, como de 35 leguas, en la cual ví muchas grandes poblaciones de indios bien dispuestos y proporcionados. Es muy rica de oro y los naturales me querían mostrar el lugar de donde lo sacan, más yo, por no mostrarme codicioso, no lo quise ver, diciendo que mi jornada no era buscar oro, sino hacer amistad con la gente de aquella tierra. Solo tomé 17 piezas de oro que traje á S. M. Diéronme relación de que siete jornadas más adentro hay infinita cantidad de oro.» (Doc. de I, t. VI, pág 561).

En oficio de 2 de Diciembre de 1594, Berrío da también cuenta al rey de esta toma de posesión por Vera, y agrega: «El crecimiento de la mar anega más de 40 leguas de tierra adentro y más de 250 leguas de costa, de manera que en tierra firme hasta agora no se hallaba puerto donde se pudiera hacer pueblo de españoles, ni donde descargar los navíos, y la gran noticia y provisiones son del río Caroní arriba.» (Arch. de Ind., 1597-1599.)

Vera regresó á Trinidad con su gente sin haber fundado población alguna en el Orinoco; pero sí entró en tratos amistosos con el cacique de Carapana y el de Topiaguari, cerca de las bocas del Caroní, habiéndose internado en su excursión cosa de diez leguas distantes de las tierras de este último cacique, según consta del acta de 4 de Mayo de 1593.

Al llegar á Trinidad halló á Berrío con muy poca gente para expedicionar sobre Guayana, por lo cual éste, en vista de los informes de Vera, envió á su hijo Fernando á traer algunos refuerzos del Nuevo Reino. Mientras tanto se convino en que algunos españoles, cosa de diez á lo más, viviesen en Carapana para cultivar la amistad de los indios. (Raleigh.)

Así las cosas recibió Berrío unos apuntamientos ó memoria acerca de *El Dorado*, escritos por Juan Martínez. Era éste un soldado perteneciente á la expedición de Malaver de Silva, y fué á caer en manos de los indios guayanos, quienes le trataron bien y con quienes estuvo muchos años. Al fin logró salir, fué á Trinidad, á Margarita y luego á Puerto Rico. En artículo de muerte entregó á su confesor la memoria en cuestión; el sacerdote la envió á Berrío. Todo esto está como envuelto en una atmósfera de leyenda, y lo probable es que haya sido pura estratagema de Vera, que era hombre amigo del espectáculo y lo grandioso y un gran embaucador, que veremos luego.

Sea de esto lo que fuere, la exaltación de los ánimos superó á cuanto pudiera creerse al hacerse públicos algunos párrafos de la memoria, y en especial aquel que decía así:

«Los *Guayanos* son muy adictos al licor y exceden en ello á todo otro pueblo. En sus fiestas, cuando el Emperador brinda con sus capitanes y tributarios, entran los criados y untan el cuerpo de éstos con un bálsamo blanco que llaman *Curcay* (currucay) y luego soplan sobre ellos oro en polvo por medio de caños huecos hasta que quedan brillantes de pies á cabeza y así adornados se sientan y beben por veintenas y centenas por cinco o seis días seguidos, y por haber visto esto y por la abundancia de oro que vi en la ciudad, las imágenes de oro en los templos, y las planchas, armaduras y escudos de oro que usan en sus guerras, llamé á aquella región *El Dorado.*»

Berrío despachó á Vera para España en busca de 400 hombres que juzgaba suficientes para la conquista de Guayana, y al efecto dice al rey el 2 de Diciembre de 1594 lo siguiente: «Del Nuevo Reino de Granada, donde envié á mi hijo, me empieza à bajar gente, la cual tengo situada en la provincia de Carapana, que es la entrada destas grandes provincias, y me escribe que él bajará con 150 ó más soldados, y vista la mucha gente que he menester para empezar á conquistar y poblar aquellas grandes provincias, y la poca que tengo, pues ni de los indios puedo valerme por la malicia de mis vecinos, escribo á V. M. suplicando se diere licencia para que se vendan 500 licencias de negros que V. M. me tiene echa merced, como parece por mi capitulación, para que lo producido de ellas, se convierta en gente y municiones para esta jornada, y bien que el tiempo se pasa, me ha parecido embiar á Domingo de Vera y Ibargoien que ha servido á V. M. de Maestre de Campo en esta jornada para que dé cuenta á V. M.» (Arch. de I., 1597 1599.)

El 12 de Febrero de 1595 llegó á Trinidad una expedición inglesa, al mando de Roberto Dudley, quien fué recibido como amigo por Berrío, lo que no obstó para que tomase posesión de la isla á nombre del rey de Inglaterra. Luego despachó una expedición al Orinoco, cuyo viaje refiere Dudley en estos términos:

«Mis hombres entraron en las tierras abiertas, cuyo río tiene el nombre de gran río del *Orinoco* y la tierra adentro se llama *Capulio*. Entraron en un río pequeño llamado *Cabota* (Delta del Orinoco, una de las conexiones laterales del Caño Manamo). El primero que hallaron fué el *Mano* (Manamo) en el Reino de los *Tiutuas* (Guaraunos), cuyo Rey les ofreció una canoa llena de oro y con tal fin despachó varios hombres en comisión, los que regresaron diciendo que Amargo, el Capitán de la Ciudad de *Orocoa* (Uracoa) y de la mina, no quiso darles nada y que si querían la respuesta fuesen ellos mismo. Al recibir este mensaje mis hombres fueron y se

encontraron con 100 hombres en canoas, quienes les dijeron, que por la fuerza sola recibirían golpes, pero que si llevaban hachas, cuchillos, etc., les aseguraban que tenían una mina de oro; que ellos sabían fundir, y estaban dispuestos á entrar en trato con los viajeros: como muestra de amistad, el Jefe le dió tres ó cuatro medias lunas hechas de oro y dos brazaletes de plata, y les habló de otra nación muy rica en la que se regaban el cuerpo con polvos de oro... Mis hombres estaban satisfechos y pensando que eran muy pocos para permanecer entre los salvajes, y estando para agotarse las provisiones regresaron á Trinidad, donde llegaron el 10 de Marzo de 1595.» (R. D. Voyage I. West Indies, 1594, 5. London, 1849.)

Se comprende que Dudley entró por el Macareo, pasó el Manamo y exploró la región del Maturín, situada al Oeste del caño Vagre.

Apenas salió Dudley de Trinidad cuando el 23 de Marzo ancló otra expedición inglesa compuesta de tres buques y al mando de sir Water Raleigh, quien desembarcó tropas, ocupó por la fuerza á San José é hizo preso á Berrío. Allí obtuvo aquél todos los datos que se tenían del viaje de Berrío, relación de Martínez y de la excursión de Dudley. Construyó buques chatos y entró por Manano, siguió por Macareo al Orinoco, remontó este río hasta el Caroní, exploró el caño Piacoa y la sierra de este nombre, donde halló oro. Salió al mar por Macareo. Publicó la relación de este viaje en 1596, bajo el nombre de *Discoverie of Guiana*, y de allí traducimos lo que sigue:

«Entré por una de las bocas principales del Orinoco, que son 9 en número que caen en la parte Norte, y 7 al Sur, y pasé al país de los *Tiutuas* (Guaraunos) que es un pueblo que en el verano hace sus casas en el suelo, y en el invierno sobre los árboles. Protestando lo que he visto y si digo que sobre aquel gran río Orinoco, en el cual navegué, y cuyos brazos corren y se dividen entre di-

versas naciones y países como dos mil millas al E. y O. y 800 N. y Sur, cualquier hombre puede ver tantos reinos y provincias como puede satisfacer cualquier deseo industrioso y la mayor parte de ellos ó son ricos en oro ó en otras mercancías: allí el soldado puede pelear por oro y pagarse por sí mismo con planchas de oro de un pie de ancho en vez de peniques: el Comandante que busca honores y abundancia puede hallar allí más bellas ciudades, más templos adornados con imágenes de oro, más sepulcros llenos de tesoros, que los que se hallan en México y Perú: el brillo de esta conquista eclipsará todas las proezas de la nación española...

»Desde *Aromaya* vino con nosotros un cacique llamado *Putima* (que fué quien mató nueve españoles de Berrío sobre el Caroní), quien quiso que nos quedáramos en el puerto de su país, prometiendo llevarnos á una montaña adyacente á su ciudad, que tiene piedras de color de oro, y así lo hizo, y después de haber pasado allí la noche, yo salí á la mañana con los más de los caballeros de mi compañía hacia el lado de la montaña, marchando por las bocas de un río llamado *Mana*, dejando á la derecha una ciudad llamada *Tuteritona*, perteneciente á la provincia de *Tarracoa* (Uracoa), de la cual *Guariaremagoto* es la principal. Después de esto hay otra caída hacia el sur en el valle de *Amarocapana*, que lleva el nombre de dicho valle, cuya llanura se extiende como 60 millas de largo E. y O. de tierra abierta y tan bellos campos como nunca han sido vistos por hombre alguno, con diversas montañuelas diseminadas aquí y allá por las orillas de los ríos y todo tan bien conservado como cualquiera floresta ó parque inglés. En cada lago ó río abundan los peces y las aves. De esta tierra *Iraparagoto* es el Señor.»

De Bry, que publicó su mapa en 1599, de acuerdo con las indicaciones de Raleigh, trae al río *Amaroapana* como tributario del Orinoco, cerca de su boca y por el Sur: síguele *Zoparaima*, luego las tierras de Morequito,

después el *Orocotama*, quedando al interior *Aromaya* y por el último el río *Caroní.* Según estas indicaciones, Aromaya son las sabanas de San Félix y Chirica: *Amarocapana* son las de Piacoa.

«Cerca de uno de los ríos—dice Raleigh—encontré cuarzos que quise romper, porque aparecían partículas de oro y no pude, por lo que saqué alguno con la punta del puñal. Y de esta piedra blanca vimos varios cerros y rocas en todas las partes de Guayana en que viajámos. Dejé al Cacique *Topiguari* un sirviente del capitán y un joven llamado Goodwin (Sparrey) porque ambos quisieron quedarse con los indios, y me llevé al hijo del Cacique para Inglaterra porque el me lo dió.»

El cuarzo fué examinado en Inglaterra por el contador del cuño en Goldsmith Hall, y se halló tal cantidad de oro, que más tarde dijo el rey Jacobo que no daba fe á esto, según su real criterio, por ser imposible que hubiese minas tan ricas en el mundo. Llevó además Raleigh un ídolo de oro que se inventarió años después al tomarse cuenta de sus bienes. Dice Raleigh que Berrío tenía diez hombres viviendo con los indios en Carapana.

Ido Raleigh, Berrío se vino á Guayana con los pocos recursos que tenía, pues con razón temió que los ingleses se apoderasen del Orinoco.

A principios del mismo año de 1595, el gobernador de Cumaná, Francisco de Vides, despachó á Felipe Santiago con algunos hombres para defender á la isla de Trinidad. Llevó además encargo de remontar el Orinoco y aprehender á los dos ingleses dejados por Raleigh.

Santiago hizo preso á Sparrey y lo remitió á España; al otro inglés se lo comió un tigre. De este viaje da cuenta al rey el tesorero real de Cumaná, el 18 de Abril de 1596, y agrega: «En la dicha costa del río Orinoco se encontraron el Capitán Felipe Santiago y el General Antonio de Berrío, donde tuvieron alguna diferencia sobre parecerle á cada uno estaba obligado á hacer población de la Isla de Trinidad, y al fin el Gobernador An-

tonio de Berrío se quedó con su gente en la dicha costa y el Capitán Felipe Santiago se vino con la suya á la dicha Isla de Trinidad.» (Arch. de I. Aud. S. Domingo, Consejo de Estado, 1588 á 1693; 54-4-13).

Santiago indicó á Montes el lugar aparente para fundar la ciudad en el Orinoco, y dice el 2 de Noviembre de 1595, lo que sigue: «Llegando á tierras de Guayana, pasada la Provincia de Morequito, como 2 leguas más arriba, tomando la tierra sobre la mano izquierda á la banda del Marañón, es buen sitio para hacer la primera población de españoles, y dicen no poderse hacer más cerca de la dicha boca en las tierras que quedan la costa abajo, por ser anegadizas, y aunque hay en ellas población de naturales, no podrían habitarla los españoles, ni conservar las suyas en ellas.» (Id.)

Montes dice después al rey, el 18 de Abril de 1596: «Por parecerme que es de gran consideración para el servicio de V. M. el poblarse la costa del río Orinoco, he llevado adelante la plática de ella y de la navegación de dicho río... Envío á V. M. un estado de la navegación de dicho río y de los mejores sitios de aquella costa.» (Id.)

Sea que Berrío tuviese conocimiento de las indicaciones de Santiago, ó fuese por su propia iniciativa, es lo cierto que á principios de 1696 fundó la primera población en el Orinoco, á la cual dió el nombre de Santo Thomé, una legua al Este de la boca del río Caroní y frente á la isla de Fajardo.

En los informes transmitidos por el embajador español en Londres al Gobierno de Madrid, acerca de Raleigh, dice: «Conviene asimismo advertir que en el camino que hizo riberas del río Orinoco el susodicho Releigh sólo pasó por dos borgajes ó lugares poblados uno llamado Amas y el otro Anepas... Agora (1596) envía Releigh allí á este navío (Keymis) para ver y reconocer si uviessen despues que se alló, allá fabricado los españoles alguna población ó caserios por ay y poder ir después allí

con las fuerzas y gentes que será menester.» (*Revista de archivos*, Mzo. 1902, pág. 216.)

Fray Simón dice que Santo Thomé fué fundada en 1591. Los datos anteriores prueban la verdad del aserto de Releigh cuando dijo que en 1595 no había población alguna española en el Orinoco.

Asientan algunos historiadores que la primera Santo Thomé fué fundada en 1576 cuando entraron allí los jesuítas Vergara y Llaury, quienes permanecieron en ella hasta 1579, en que el holandés Janson destruyó la ciudad. Al tratar de las misiones pondremos de manifiesto el error de tal aserto.

Sparrey fué puesto en libertad en España y publicó en Londres en 1602 una *Descripción de Trinidad y el Rico País de Guayana*, donde hemos leído lo siguiente:

«El País de *Curaa* en la Provincia de Guayana ó Manoa es donde están las minas de piedra blanca en cuyas minas hay mucho oro natural y fino, que los indios llaman Caracolí. El oro en estos lugares se halla entre las piedras como en venas, y yo tengo algunas así. En *Curaa* también hay oro en pequeños granos que se hallan en el lecho de los riachuelos ó quebradas y siempre consideré estos granos como oro fino. *Carabouco* está en tierra firme y *Muriquito* es el camino para ir á la rica Guayana ó Manoa.»

En 1596 mandó Releigh á Keymis á Guayana, quien llegó al Orinoco el 6 de Abril. Allí supo que Berrío había ejecutado al cacique Putijma; pero siguió viaje hasta Santo Thomé. «Llegamos—dice—al puerto de *Tupiguares*, donde los españoles han fundado una aldea como de 20 á 30 casas, la isla rocallosa y alta quo queda en el medio del río, frente á la boca del Caroní, es su fuerte de refugio, cuando se sienten inseguros en su pueblo, ó cuando tienen noticia de algún ataque contra ellos. Allí me informaron que había 10 buques y muchos españoles en *Trinidad*.»

Esta última noticia hizo regresar precipitadamente á

Keymis sin tocar en Trinidad. Los buques que estaban en Trinidad pertenecían á la expedición que traía Vera de España.

Al llegar Vera á la corte en 1595, vistió un traje de peregrino y se presentó como un apóstol del descubrimiento. Las relaciones que daba de El Dorado, el oro que mostraba, el informe de Martínez, el dicho de Berrío, todo esto corroborado por la pomposa obra de Raleigh, que acababa de publicarse, y, por último, las comunicaciones del gobernador de Cumaná, que pintaban al Orinoco como punto estratégico y comunicación natural con el nuevo reino, animaron á los hombres importantes de España á proteger y ayudar á Berrío en sus planes de conquista. El rey dió de su peculio 70.000 ducados oro; Sevilla contribuyó con cinco buques y 5.000 ducados; de todas partes acudieron gentes de todas clases á engancharse, y Vera, provisto de cuanto necesitó, salió el 23 de Febrero de 1596, del puerto de San Lúcar con 10 buques y cosa de 2.000 personas, entre ellas muchas mujeres y niños, 10 sacerdotes y 12 frailes. Además trajo cédula Real incorporando á Trinidad á Guayana para formar las dos una sola provincia.

Cuando llegó á esta isla el 16 de Abril, tomó posesión de ella. Luego despachó para La Guaira algunos buques con mercancías, que debían de venderse allí para emplear su producto en caballos y ganados, que debían seguir por tierra á Guayana. Berrío creyó ver en este envío á La Guaira algo no muy correcto de parte de Vera, y de allí comenzó su desagrado con él. Lo cierto es que de La Guaira no vino nada para Guayana. También despachó Vera para Caracas gran parte de la gente casada que venía con él, lo que también desaprobó su jefe.

Vera emprendió guerra con los indios de Trinidad y sufrió un descalabro. Embarcó 870 hombres y los mandó á Santo Thomé. Perdióse en las bocas una nave con 40 hombres y otra en que iban las provisiones, por

lo cual sufrieron hambre en la remontada del río. Vera se quedó en Trinidad.

Al llegar la expedición á Santo Thomé, tuvo que permanecer allí reponiéndose por algún tiempo. Vera dice al rey en carta de 27 de Octubre de 1597 lo que sigue: «Berrío mandó á Alvaro Jorge con tropas, y entró tierra adentro, donde los indios le regalaron y dieron de comer á todos los soldados, y como viejo y falta de virtud murió (Jorge) y muerto él hubo división en el mando entre los Capitanes y cada uno tenía valedores, hacen los agravios, empiezan á pedirles oro, tómanle las hijas y mujeres, y delante de sus hijos usan mal de ellas, dividen la gente sin orden ni concierto, piérdenles el respeto los indios y matan más de 350 hombres». (Arch. de Ind. 54-4-1).

Esta acción tuvo lugar en el cerro de Tutumas, entre la Paragua y el Caroní, y quedaron varias mujeres en poder de los indios.

«Sabida la muerte del Capitán, Alvaro Jorge—dice Vera—, envió el Gobernador al Sargento Mayor á gobernar la gente, cuando llegó allá allaba la gente tan amedrentada, que le forzó salir sin orden y concierto, y llegó á Santo Thomé, que es la ciudad que están poblando á la entrada de Guayana... Salida la gente tan medrosa y desbaratada, y tan sin pensar del principio de la tierra, estando tan descuidado el Gobernador y todos los demás, porque si no fuera tanta la maldad de los nuestros era imposible, porque había provisiones y partes donde fortificarse; luego empezaron á amotinarse de 20 y de 30 en 30, y se le echaron al río abajo, y á otros, visto esto, él les dió licencia, y como éllos no eran prácticos de los ríos y se dividen en tantas bocas, y los mantenimientos eran pocos, de toda esa gente que fue mucha, sólo tres personas salieron á salvamento, al cabo de siete meses, y parece que del sentimiento de la falta que hicieron al Gobernador las vacas y caballos que era el verdadero camino y derecho remedio, y pesadumbre

del gran disparate y desgracia, que por falta del Gobernador había sucedido, la tierra adentro, y considerando de que se atrasaba la jornada y buen suceso de élla, y otras cosas, le dió á él una enfermedad que le puso al riesgo de la vida, y se alivió algún tanto, hasta que plugo á Dios, llegó su hijo, Don Fernando de Oruña, y seis días después, llegado que fue, me dió aviso de su venida, y que sería bien dejase la mejor orden que pudiese en esta Isla y nos viésemos, y luego me partí para allá, donde hallé que ya había fallecido el Gobernador Antonio de Berrío, y Don Fernando su hijo había tomado posesión del Gobierno.» (Id.) Según informe del Consejo de Indias, fechado el 29 de Julio de 1615, Berrío murió en 1597, lo que concuerda con la relación de Vera.

Fernando Berrío administró con buen juicio la nueva colonia y bajo su mando se repuso de los males pasados y entró en camino de prosperidad. Para ello abrió el tráfico con los extranjeros, permitió que éstos comprasen á los indios el tabaco que sembraban y autorizó la captura y venta de los caribes que habitaban en Barima.

En 1598 llegó al Orinoco un buque holandés á traficar. A. Cabalian, que vino en esta expedición, presentó en 1599 una memoria de este viaje á los Estados generales, y de ella tomamos lo que sigue:

«El 28 de julio, nos preparamos para visitar el Orinoco con el buque de Jan van Leyen, de 36 toneladas dobles, más ó menos, y el bote de remos de Adriaen Reynderssen, siendo nuestra fuerza total cosa de cincuenta personas.

»El 29 salieron los dichos buques y personas juntos, río arriba, contra la fuerte corriente que tiene el río por este tiempo. Y viajamos guiados por los indios presentes, no más de 40 leguas en el espacio de 20 días hasta el lugar ó asiento donde están los españoles, llamado Santo Thomé, del cual Don Fernando de Berrío es Gobernador y también Marqués de Guayana, el Río Orino-

co y todas las costas no conquistadas hasta el Río Amazonas ó Marañón. Su fuerza consiste en cosa de 60 hombres de caballería y cien mosqueteros, que diariamente tratan de conquistar la tierra de oro de Guayana, pero no lo han logrado aún, por medio de las expediciones que han salido hasta ahora, ni por medio de la amistad, porque la tribu llamada Caribe, se les opone violentamente con sus armas... Habiendo negociado poco en el río con los indios y con los españoles salimos de común acuerdo de Santo Thomé el 13 de agosto, con la promesa expresa de los españoles de que vendrían de Trinidad á negociar con nosotros.» (De Jonge De Opkomst... 1153.)

Se ha querido hacer aparecer á Raleigh como un gran explorador del Orinoco, y él mismo se llama el descubridor de Guayana. Todo lo que hizo fué remontar el río hasta el Caroní lo que antes que él habían hecho Ordaz, Herrera, varios buques mercantes franceses que venían á negociar con los indios, el Padre Sala, y por último Berrío. Raleigh hizo una fantástica descripción de Guayana, y ni siquiera demarcó con exactitud el río Orinoco. Su mapa, cuyo original hemos visto en el Museo británico, traza un río á su capricho, con grandes afluentes hacia el lado Norte, y ciudades imaginarias, y, por último, el lago Parima, también imaginario.

En 1600 fundó Berrío la ciudad de Arias, y de ello da cuenta el 8 de Noviembre en estos términos: «Es el pedazo mejor de tierra que he visto en estas indias para ganado y pasto. Como U. S. sabe, en el primer alzamiento de los indios mataron á los españoles chapetones. Siendo tan fértil la tierra, se fundó la ciudad de Arias. Se alzaron los naturales y mataron al Alcalde, por lo cual emprendí seriamente su captura y castigo. A causa del dominio ejercido sobre ellos, y por la guerra que se les hizo, los naturales rehusaron cultivar la tierra y venir á la ciudad, y por este medio los españoles fueron echados de esta provincia, pues emplearon el hambre como la peor arma, porque no hay remedio contra ella.

Y con el fin de proseguir el descubrimiento, parece natural atraer la población á Santo Thomé, y hecho el descubrimiento, todo será restaurado, reconstruyendo la citada ciudad de Arias. (Arch. Sev., 54-4-9.)

Despoblada la ciudad dicha, Berrío emprendió una expedición en 1601, de la cual da cuenta al rey el 10 de Agosto de 1602, D. Diego Suárez de Amaya, gobernanador de Nueva Andalucía, en estos términos: «Salió el verano pasado á continuar su conquista y en busca del Río Dorado (que parece no puede hallarse nunca) dejando despoblada la ciudad de Arias... y tres veces intentó atravesar las filas de montañas inexploradas, detrás de las cuales, según informes que ha obtenido, está la tierra tan deseada por él... No pudiendo cruzar las montañas, viajó por otras provincias, retirándose á Santo Thomé. De allí fué á Trinidad, donde está al presente, reuniendo elementos para volver en busca de su conquista el verano próximo.» (Id.)

Esta excursión de Berrío fué bastante grande, según él mismo la relata. El capitán Martín Gómez salió de Arias en 1601 con más de 100 hombres y 200 caballos. Gómez llegó á Panacayas, catorce leguas distante de Arias, donde tuvo una refriega con los indios, por lo cual tuvo que replegar, por lo que salió Berrío en persona, abandonó los caballos y siguió por la falda de la montaña yendo por tierra y por agua, marchó cosa de doscientas treinta leguas, sin encontrar cómo pasar la montaña, hasta que llegó al río Cuchivero, donde halló como pasarla, pero no pudo hacerlo por falta de alimentos. Sin embargo, allí dejó su gente y vino á Trinidad en busca de recursos, de donde regresó, y el 12 de Noviembre de 1601 salió de Santo Thomé; pero el desaliento de sus tropas le obligó á regresar, después de haber explorado parte de la región del Caura. (Id.)

Pedro de Beltranilla, que vino con Vera, escribió al rey desde Margarita el 30 de Noviembre de 1609, lo que sigue: «Engañado como otros muchos de los embelesos

y embustes de Domingo de Vera, de las falsas noticias que dió de la tierra de Guayana y Dorado, dejé la propia mía y muchas comodidades que en ella tenía... Ay dos pueblos, el uno en la Trinidad y el otro en la provincia de Guayana que llaman Santo Thomé, que tendrá 60 habitantes: unos y otros se sustentan con los rescates que hacen con corsarios y los indios de presa que se traen á vender á esta Isla.»

Como hemos visto, los españoles no hacían excursiones al Sur de Santo Thomé, y esto, según Cabeliau, era debido al temor á los caribes. «Los españoles temen mucho á esta tribu y á sus flechas. Se conserva la tribu firme en el campo de batalla sin ceder, y hasta hoy siempre han salido victoriosos.» Berrío dirigió sus investigaciones hacia el Oeste, por la facilidad que le prestaba el Orinoco para el transporte.

Con el gobierno de Berrío puede decirse que el gran río estaba ya explorado y navegado. La comunicación con el Nuevo Reino se efectuaba periódicamente por el Meta: el tráfico comercial se estableció en el interior, por las vías fluviales. El español era señor del gran río, y se abría una nueva era: el desenvolvimiento y civilización de aquella inmensa región se imponía, y los conquistadores acometieron la nueva empresa con el mismo tesón conque habían descubierto el Orinoco.

III

La colonización.

Asentado de fijo el dominio español en el Orinoco, el comercio extranjero afluyó en busca de los productos naturales, que trocaba á los conquistadores por efectos de fácil salida entre los indios. Poco venía de España y esto muy caro. «La Holanda—dice Van Metersen, en su obra publicada en 1600—buscó en beneficio de su comercio el modo de abrir el comercio con las Indias Occidentales, y envió muchos buques, algunos muy grandes, á las islas desiertas en busca de sal. Trataron luego, al favor de este comercio de sal, de abrir negocios con las Indias Occidentales, sin pretender conquistas, sino sólo ganarse la amistad de los indios, y protegerlos contra los españoles, á quienes no quieren, y así entrar en tráfico con aquéllos, lo que desarrollará el comercio, pues los holandeses pueden vender sus efectos la mitad más barato que los españoles, á causa de los grandes impuestos y gravámenes de éstos.»

Pronto España intentó impedir este tráfico y Felipe III, en 25 de Abril y 11 de Mayo de 1605, dispuso «que ningún extranjero pueda tratar ni contratar en las Indias»; empero, no parece que Berrío hiciese caso de esta orden, pues el tráfico con los extranjeros siguió como antes, beneficiando á Santo Thomé.

El gobernador de Santa Fe, D. Juan de Borja, infor-

mó al rey acerca de la nueva colonia el 20 de Junio de 1608 en estos términos: «El precio de la quimera de acudir á la quimera de aquel descubrimiento, es la libre y licenciosa vida de los soldados, que sin tener yugo en lo espiritual ni temporal, corren á rienda suelta en todo género de vicios, de lo cual y de ser aquel sito acogida de delincuentes seglares, de clérigos irregulares y de frailes apóstatas y generalmente un sin número de gente perdida, no se puede esperar sino algún escándalo sedicioso, cuando después de hallar lo que buscan, ó se cansen de que no se descubra tan aina, de más de ser público que el mayor ceno que tienen es el de rescatar con los enemigos corsarios tan gruesa y continuamente que suben hasta el Reino las mercaderías por la encomienda del mismo Don Fernando Berrío.» (Arch. de I., 54-4-1.)

El 29 de Julio de 1610 el Consejo de Indias informó al rey que Berrío había dado entrada al puerto á los buques de guerra enemigos, de diferentes naciones, con los cuales entró en tráfico, y el 25 de Marzo de 1611 se dieron instrucciones á Sancho de Alquirza para ir á Trinidad á investigar la conducta de Berrío. Al llegar á Santo Thomé el 23 de Febrero de 1612, halló la población reducida á 40 vecinos. Acusó á Berrío de 38 cargos, siendo los principales que había comerciado con los flamencos y autorizado la venta de indios. Confesó el primer cargo, «alegando ser por la precisa necesidad, que en 16 años que había que estaba en el Gobierno padecía». Al dar cuenta del juicio dice Alquiza al rey desde Margarita el 13 de Junio de 1613: «Le condené á penas pecuniarias, y á privación perpetua de su oficio, y algunos cargos, por ser graves, y parecían por ellos merecer pena de muerte, remito á V. M.» (Ib.) Efectivamente: la Ordenanza de 15 de Noviembre de 1611, dictada por Felipe III, decía «que en ningún puerto de las Indias se admita trato con extranjeros, so pena de la vida y perdimento de bienes».

Alquiza se encargó del gobierno de Guayana, y dice

al rey en su informe desde Margarita: «En Guayana prohibí la siembra de tabaco por ogaño: hícelo por causa de que estando yo en Trinidad supe que Don Fernando Berrío y los vecinos de Guayana resgataron la cosecha de tabaco que tenían dentro almacenes con los enemigos.» (Id.) Á este respecto dice De Laet: «Durante este tiempo y aún anteriormente los ingleses así como los de nuestra nación habían hecho varios viajes en el río Orinoco y á la ciudad de Santo Thomé para negociar especialmente con tabaco, que los españoles cultivan allí muy bien, y no hay duda que los nuestros han subido el río, á veces en un año ocho ó diez navíos, que han tratado con el gobernador de Santo Thomé, hasta que el rey de España prohibió formalmente á los Españoles negociar con los extranjeros.»

Alquiza capturó un holandés capitán de uno de los buques que navegaban el Orinoco, en 1612, y obtuvo por su rescate dos cañones de á 15 con 16 quintales de pólvora y 24 balas. Esta fué la primera artillería que tuvo la colonia.

Concluída su comisión, Aquiza regresó á Cartagena en 1614, dejando encargado del Gobierno de Guayana á Antonio de Muxica Buitron, quien funcionaba como tal desde 1613.

Organizó Muxica, de acuerdo con Juan Tostado, que mandaba en Trinidad, una expedición sobre el río Correntino al mando de Melchor Cortés para destruir un fuerte que allí tenían los holandeses. Según informó el 30 de Mayo de 1614, «el fuerte fué destruído en agosto de 1613 quemaron en el fuerte los flamencos que en él habían capturaron un bote grande y un alijo y destru yeron todo el tabaco que habían plantado.» (Consejo de Indias, 54-4-1.)

Berrío logró salir bien de su juicio; pero el 20 de Noviembre de 1614 el Consejo de Indias le condenó á pérdida de su empleo y de sus bienes; el rey conmutó la sentencia, con la condición de no volver á Guayana. El

12 de Diciembre de 1615 fué nombrado gobernador de Guayana Diego de Palomeque, y el rey convino en que Berrío viniese con éste, para seguir á Bogotá, donde se le daría un puesto, y que pasado el término de los cuatro años de gobierno asignados á Palomeque, entraría Berrío á sucederlo. Ambos llegaron á Guayana en 1616 y Berrío siguió á Bogotá.

Entre otras instrucciones, Palomeque trajo orden para destruir las plantaciones de tabaco que estaban haciendo los enemigos, para lo cual debía auxiliarlo el gobernador de Puerto Rico, según aparece de la Real cédula de 12 de Diciembre de 1615. (Arch. de I., 152-1-12.)

La venida de Palomeque y las instrucciones que trajo obedecían á los temores de invasión y asiento de extranjeros en Guayana. En efecto: el 26 de Agosto de 1616 sir Walter Raleigh obtuvo del rey de Inglaterra autorización «para proceder al Sur y á aquellos países de América, no en poder de otras potencias, y para buscar aquellos artículos y producciones útiles para el comercio.» (Sir W. R. his. Apologie. London, 1650.)

Al favor de esta licencia, Raleigh, apoyado por sir Ralph Winwood, organizó una formidable expedición para Guayana. El rey estaba informado de todo, por el mismo Winwood, y á su vez imponía de lo que pasaba al embajador español. El Gobierno español hizo saber por medio de su embajador el conde de Godomar, que si Raleigh iba á su expedición con uno ó dos buques solamente, se le daría permiso para ello y sería suyo todo el oro que trajese de Guayana. Negóse Raleigh, y entonces el rey dió instrucciones á su representante en Madrid para asegurar al monarca que el Gobierno inglés tomaría especial cuidado de que la expedición de Raleigh no produjera ningún daño á España; más aún: se dió copia al rey de la relación, número de buques, tamaño y guarnición, de que se componía la expedición, cuyo documento había entregado Raleigh á Jaime I.

El 19 de Marzo de 1617 el rey de España comunicó lo

que pasaba á Puerto Rico y Bogotá, para que enviasen auxilios á Santo Thomé.

Salió Raleigh de Londres el 26 de Marzo de 1617 con 7 buques con 1.216 toneladadas, 431 hombres y 121 cañones, y en Plymouth se le incorporaron 7 buques más, con cosa de 500 hombres. Detenidos por vientos contrarios y otras dificultades imprevistas, la expedición no pudo salir al mar hasta el 19 de Agosto, y ancló en las costas de Guayana el 4 de Diciembre. Oigamos al mismo Raleigh: «(Día 10.) Embarqué mis hombres en 5 buques para el Orinoco, por todo 400 soldados y hombres de combate: los buques que mandé fueron *El Encounter*, mandado por el capitán Whitney, *El Suply,* del Capitán King, *El Pink*, de Robert Smith, Capitán Wollaston (*El Confidence*) y Capitán Hart. (*El Flying*) Sir Warham Sain Leger, á quien como mi Teniente, dí el mando de estas compañías, cayó enfermo en *Caliana*, y en su lugar como Teniente Mayor, nombré á mi sobrino Gregorio Raleigh. Las compañías de tierra fueron al mando del Capitán Parker, Capitán North, mi hijo Walter Raleigh, Capitán Horneurst, Capitán Hall y Capitán Chidley de 2.° El Capitán Keymis tenía el mando de las fuerzas de desembarco en el Río.» (*Diario de Navegación*, Museo Británico.)

Las instrucciones que llevó Keymis fueron éstas: «Deben ustedes estar juntos todo lo más posible, y la fuerza de desembarco se acampará entre la ciudad y la mina, si hay campamento cerca. Asegurados así, procederá U. á averiguar la profundidad y anchura de la mina, y si corresponde ó nó con nuestras esperanzas. Si U. encuentra que es rica, y los españoles le hacen la guerra, Walter queda encargado de rechazarlos, si está en sus manos, y de echarlos lo más lejos que se pueda. Si de los hoyos que se hagan resulta que la mina no es rica, tráigase uno ó dos canastos de cuarzo, para satisfacer á S. M. de que mi intento no era imaginario sino verdadero. Nunca dí seguridades ni podía darlas respecto á la riqueza de la

mina. Por otra parte, si U. encuentra que debe mandarse otro cuerpo grande de soldados al Orinoco, como me informa el Cacique de Caliana, y que el pasaje debe ser resforzado, de manera que sin manifiesto peligro de mi hijo y de los otros capitanes, U. no puede pasar á la mina, entonces tenga mucho cuidado donde desembarque, porque yo sé qué clase de gente lleva U. con excepción de algunos cuantos caballeros, y no quiero por nada en el mundo recibir un golpe de los españoles, en desdoro de nuestra nación.» (Letters-of W. R., edited-by Edward & Edwards; London, 1868.)

Al pasar la barra de Barima se vararon el *Encounter* y el *Confidence* y quedaron allí tres días. Según la versión inglesa, los otros buques llegaron á Yaya el 1.º de Enero de 1618 (según la versión española, el 12), y luego fondearon frente á lo que hoy es Barrancas. Un indio amigo llevó el parte á Santo Thomé. Palomeque se preparó á la defensa con los pocos hombres que tenía y dos piezas de artillería y dos pedreros.

Á las once del día los españoles vieron tres buques cerca de Punta de Araya, una legua arriba del río Guarguapo. Luego se acercó á tierra la carabela y en cinco lanchas desembarcó tropas cerca de la ensenada de Aruca, arriba de Aramaya. Suponiendo que esto era para llamar la atención, mientras le atacaban por agua, Palomeque mandó á Jerónimo de Grados á ocupar una posición distante tres tiros de mosquete al Oeste de la ciudad. Los ingleses rechazaron esta avanzada, vinieron de noche á la ciudad y la atacaron por dos flancos. Ocupado el cuartel, los españoles se hicieron fuertes en la iglesia, que estaba en un alto, y aspillearon las casas vecinas. El enemigo incendió las casas y los españoles se fueron al convento que quedaba al Este. También fueron echados de allí y la ciudad quedó en poder del enemigo. En la lucha murieron Palomeque, Monge, Ruiz y Nieto, y quedó herido otro oficial. Los alcaldes García de Aguilar y Juan de Lezana se retiraron aprovechando la

noche. «Los enfermos—dice fray Simón—y los impedidos para tomar las armas, fueron caminando á pié, dándoles fuerzas el miedo una legua hasta la boca del río que llaman Caroní, y entra al Orinoco, arriba de la ciudad. El capitán Grados los hizo pasar á la otra banda del Caroní. Al día siguiente partió Grados con algunos soldados á donde había dejado las mujeres y enfermos. y parándoles 3 leguas más arriba los puso en lugar secreto y seguro llamado *La Ceiba* donde hicieron algunas chozas.»

Hagamos notar que Santo Thomé estaba situada para la fecha de estos sucesos una legua más abajo de la boca del Caroní, y del lado arriba del río Guarguapo, que dista cosa de seis leguas al Este de lo que hoy es Guayana la vieja.

Al llegar los buques varados en la boca, Keymis armó tres botes y expedicionó río arriba hasta Cabruta; sondeó el río, entró en comunicación con los caribes y trató de fijarse en el Orinoco; pero no hallando buena voluntad en sus compañeros, regresó á Santo Thomé á los veinte días y, según fray Simón, se retiró con su gente el 29 de Enero, llevándose los cañones y las campanas de la iglesia de Santo Domingo, y del convento de San Francisco.

Veamos ahora la versión inglesa de estos sucesos, contada por los actores de ellos. Dice Raleigh en su defensa: «Parece que el Sargento Mayor Keymis y su gente se vieron obligados á cambiar su primera resolución, y que habiendo encontrado una ciudad española ó mejor dicho, una aldea construida 20 millas distante del lugar donde estaba Antonio de Berrío (el Gobernador capturado por mí en mi primer descubrimiento) y siendo su intención situar la expedición como á dos leguas de la mina, convinieron en desembarcar y acamparse entre la mina y la ciudad, sin imaginarse que estaban tan cerca de la ciudad, como efectivamente lo estaban. Pensaban pasar allí la noche, cuando fueron atacados por

los españoles, á quienes no habían visto, y á no ser por el valor de los capitanes y algunos otros valientes caballeros, hubieran sido despedazados. Para repeler este ataque, cargaron sobre los españoles y los siguieron hasta encontrarse con la ciudad, cuya existencia ignoraban, y allí fueron atacados por el Gobernador y cuatro ó cinco capitanes con sus fuerzas. Mi hijo no esperó los Mosqueteros, asaltó una compañía de alabarderos, y fué herido, pero avanzó sobre un capitán español llamado Erineta, espada en mano. Erineta cogió el fusil por el cañón y le asestó un golpe en la cara que le hizo caer: entonces Jhon Plesigton, sargento de las tropas de mi hijo, lo atacó con su alabarda. A este tiempo el Gobernador, Don Diego de Palomeque y el resto de los capitanes españoles habían muerto, y divididas sus tropas, se metieron en unas casas junto á la plaza del Mercado, donde con sus mosqueteros y arcabuces (las casas estaban aspilleradas) mataron é hirieron á los ingleses á su gusto, de modo que no hubo otro medio de salvarnos, que pegar fuego á las casas adyacentes, lo que hizo que todos los españoles corrieran hacia los montes y cerros cercanos, obligando á los ingleses á estar en constante alarma. Ocupada la población Keymis se preparó á buscar la mina, lo que ya estaba listo para hacer, según aparece de la carta que me escribió de su puño y letra y que inserto á continuación. Tomó consigo al Capitán Thornhurst, Master William Herbet, sir John Hambden y otros; pero al acercarse al banco donde pensaban desembarcar, recibió de los montes una granizada de balas, que mató dos de los compañeros, hirió seis y al Capitán Thornhurst, en la cabeza, de cuya herida murió tres meses después.» (Sir W. R. his. Apologie).

Raleigh, en carta de 21 de Marzo de 1618, dirigida desde St. Kitts á sir Ralph Windwood, dice así: «Di orden á cinco buques pequeños para ir al Orinoco, conducidos por el Capitán Keymis, en busca de la mina, y en estos cinco buques fueron cinco compañías de á 50 hom-

bres, bajo el mando del Capitán Park, y Capitán North, hermanos de Lord Mounteagle y Lord Worth, mi hijo mandaba la 3ª compañía... Cuando pasaron río arriba los españoles hicieron fuego con cañones y fusiles, por lo que las compañías se vieron forzadas á cargarlos y pronto los obligaron á abandonar la ciudad.» (Cartas de W. R., citadas.)

El capitán Charles Parker parece más verídico en su carta al capitán Alley. «Salimos de Caliana hacia el Orinoco...El Almirante y el Vicealmente (Sir Jhon Penington) con los otros buques grandes se fueron al puerto de Trinidad á esperar nuestro regreso. Estuvimos un mes remontando el Orinoco, al fin fondeamos como á una legua de Santo Thomé y á la una de la noche asaltamos la plaza donde perdimos al Capitán Raleigh y al Capitán Cosmos; pero el Capitán Raleigh (sobrino de Sr. W.) se perdió junto con los guías. El ataque fué ordenado así: el Capitán Cosmos, dejó el fondeadero como con 50 hombres: detrás vine yo con la primera división de tiradores: luego el Capitán Raleigh con una división de alabarderos, quienes, tan pronto como oyeron nuestros fuegos, cargaron, pero recibió un balazo que no le dió tiempo ni para pedir perdón á Dios. Tomamos la plaza sin más pérdida que dos de los cuales, uno fué Mr. Harrington, pariente de los Belford. Los españoles no eran fuertes, y desconociendo nuestras fuerzas huyeron, dejando al Gobernador con otros dos capitanes, que murieron con valor. El Gobernador era D. Diego Palomeque de Acuña, y estos eran el Capitán Santos y el Capitán Aniceto. Cuando estuvimos en posesión de la plaza, Keymis fué con varias personas á buscar la mina y anduvo de arriba y abajo 20 días, pero al fin nos convencimos de que todo era ilusión y que él era un maquiavelo, porque era falso con todos y odioso, tanto que no quiso vivir más, cuando se convenció de que no podía hacer más villanías. Marzo 22 de 1618.» (Brit. Muss. Mss. Haul 39, fol. 351.)

«Raleigh recibió mal á Keymis en Trinidad y éste se dió un tiro en el pecho, pero como la pistola era pequeña, la bala dió en una costilla y no le hizo grave mal; entonces se clavó un puñal en el costado: su hijo entró al camarote y lo halló tendido en la cama con mucha sangre y al volverle la cara lo encontró muerto.» (Carta de W. Raleigh á sir R. Windvood.)

El capitán North llegó á Inglaterra el 13 de Mayo y llevó la noticia del fracaso de Raleigh. Al saber lo ocurrido el embajador español pidió audiencia al rey, ofreciendo que cuanto tenía que decirle se lo diría en una palabra. Al estar en presencia de Jaime exclamó, con vehemencia: «¡Piratas, piratas, piratas!», y se retiró.

Al llegar Raleigh á Londres fué sometido á juicio en el mes de Julio. La Comisión que le juzgó hizo caso omiso de lo ocurrido en Guayana, pero para contentar á España se mandó cumplir la sentencia de muerte que pesaba sobre él desde Noviembre de 1603 y fué ejecutado el 29 de Octubre de 1618.

Muerto Palomeque, se encargó del mando el capitán Juan de Lezama, quien hostilizó al enemigo como pudo, ayudado por 60 indios. Retirado el inglés, se comenzó á reconstruir «en el mismo lugar donde estaba antes, y á causa del desamparo en que estaba se acordó, según dice el Cabildo de Santo Thomé, que Juan de Lezama fuese á la Audiencia del Nuevo Reino de Granada con el objeto de dar cuenta del suceso y pedir el envío de algunos soldados para la defensa.» (Mat. de Ind., parte I., c. 38 y 1.)

La Audiencia tuvo noticia de lo ocurrido el 9 de Abril y resolvió despachar á Fernando de Berrío á ocupar su puesto de gobernador, saliendo antes Diego Martín de Viana con algunas tropas. Al llegar éste á Santo Thomé el 19 de Agosto de 1618, halló allí un refuerzo enviado por el gobernador de Caracas, D. Francisco de la Hoz y Berrío, que era pariente cercano de Fernando.

Esta tropa iba mandada por el capitán Bernard de Brea. (Fray Simón. Mss. Lenox Ly.)

Berrío llegó el 11 de Mayo de 1619. La ciudad se construyó en el mismo punto en que estaba. Á este respecto dice el Cabildo: «Tornóse á reedificar la ciudad donde solía estar antes.» (Arc. Sev., Mat. del Gob. de las Ind., part. I, c. 38 y 1.)

Rápidamente progresó la Colonia bajo la administración de Berrío gracias al comercio de tabaco, el onoto, bálsamos, etc.; Santo Thomé llegó pronto á ser una ciudad importante, y sus producciones fueron conocidas en Inglaterra y en Holanda.

Á principios de 1629 emprendió Berrío una expedición al Alto Orinoco: llegó á los raudales de Atures, donde murió ahogado, regresando los 70 españoles que iban con él «vacíos de un todo y escarmentados del viaje». Alcedo dice que Berrío murió en 1622; pero el Berrío que murió en esta fecha también ahogado fué Francisco, que gobernó á Caracas hasta entonces y al volver á España pereció en la flota que se perdió en los Cayos de Mata, cumbre junto á La Habana.

Al estallar la guerra con Holanda, una escuadra de esta nación al mando de Peter Petersen Ahien vino á las Antillas y dominó el mar Caribe, después de haber destruído la flota española en la bahía de Matanzas el 8 de Septiembre de 1628. Venía esta flota de Vera Cruz al mando de D. Juan de Benavides Bazán, con gran cantidad de dinero para el rey de España. Aprovechándose de esta coyuntura la compañía de las Indias Occidentales envió una escuadrilla al Orinoco al mando del almirante Adrián Janson Pater. De Laet, que pertenecía á la compañía, refiere esta invasión así:

«Este río (el Orinoco) fué visitado y descrito exactamente por los nuestros el año de 1629 en que entraron allí bajo los auspicios de la Compañía de Indias Occidentales bajo el mando del Almirante Adrián Janson Pater... La ciudad de Santo Thomé está construída á Ori-

llas del río, al lado izquierdo, remontando y tiene casi un cuarto de legua de largo. Los de nuestro país llegaron allí el 11 de Diciembre de 1629, pero los habitantes no atreviéndose á esperar á los nuestros se habían huído de ella, después de haber quemado sus casas que eran en número de 130 á 140, construídas muy á la lijera: en el medio había una iglesia pequeña, y al extremo Oeste un convento de Franciscanos.»

Gumilla supone el suceso en 1579 y lo relata así:

«El Capitán Janson en 1579, so color de cobrar deudas, se puso á la vista de Guayana en una fragata armada en guerra, ocultando los soldados bajo la escotilla para que no los vieran y al anochecer asaltó, saqueó y pegó fuego al lugar. De los fundadores unos se refugiaron en Cumaná, otros se esforzaron en edificar la Guayana en el lugar que hoy tiene, diez leguas más abajo del Caroní, para cuyo resguardo se fundó el Castillo.» Gumilla confunde las fechas, pues en su obra cita á De Laet al referir el ataque y éste dice en su libro X, edición de 1630, que fué el 11 de Diciembre de 1629.

El error de Gumilla queda descubierto además con la palabra oficial. El marqués de Sofraga, virrey de Santa Fe, dice al rey el 8 de Julio de 1631 lo que sigue: «El 10 de Marzo de este año se recibieron en esta audiencia cartas de los Comandantes de Santo Thomás de Guayana y de Don Luis Monsalbe, Gobernador y Capitán General de aquella provincia, avisando como el año de 1629 llegó á aquel puerto una escuadra de nueve navíos de enemigos ingleses y olandeses, y echando mucha gente en tierra, trataron de tomar la dicha ciudad y apoderarse della, y hallándose los vecinos con poca gente y sin armas y por este respecto, indefensos, pusieron fuego á las casas y las quemaron con la hacienda que en ellas tenían y desampararon, retirándose al monte con sus familias y que habiéndose ido estos enemigos vinieron otros dos corsarios y presidiaron en los brazos y ca-

ños del Orinoco.» (A. de I.—Sevilla-Simancas. Aud. de Santa Fe. 72-3, 26.)

Existe en los archivos de La Haya un mapa del Orinoco fechado en 1629, indudablemente hecho por los invasores. Representa á Santo Thomé situada justamente debajo de la unión del Caroní con el Orinoco; es decir, en el mismo lugar en que la encontró Raleigh en 1618.

De Bogotá salió Juan de Campos con 50 hombres en Mayo de 1631. Al llegarle este auxilio Monsalbe resolvió reedificar á Santo Thomé á orillas del caño Usupamo, seis leguas más abajo de donde estaba antes. Se escogió este punto por la circunstancia de que había cerca una altura donde podía edificarse una fortaleza. La fecha de esta traslación—1632—nos la da el informe oficial enviado al rey por Juan López de Agurto, obispo de Puerto Rico, fechado en Trinidad el 23 de Febrero de 1634. «Habiendo don Francisco de Varte, Arzobispo del Nuevo Reino, dejado la Guayana, por lo distante que se hallaba y la imposibilidad de visitarla, se sirvió V. M. de encomendarla habrá 7 años al Obispo de Puerto Rico, que por la misma razón y por los peligros de mar y caribes no se atrevió á pasar á estas partes. Yo la vine á visitar, hallando la ciudad mudada hubo poco mas de un año, seis leguas distante de donde solía estar, por ser puerto mas cercano del Río Orinoco. Hallé sus moradores, que no pasan de 40, pobres, desnudos por haberles faltado el trato de tabaco, fruto con que se remediaban, y por no haberles venido mas ha de dos años naves de registro de esos Reinos.»

López Augurto fué electo obispo de Puerto Rico en 1630 y promovido á Caracas en 1635.

El sucesor de Monsalbe fué D. Cristóbal de Arana, quien estuvo en constante desacuerdo con el cabildo de en Santo Thomé, según éste informó al rey en Febrero de 1638. (A. de I., Aud. de S. Fe, 72-3-28.) Reemplazóle en el mando Diego López de Escobar, quien al llegar á Trinidad el 20 de Junio de 1636, sometió á juicio á

Arana, y le embargó sus bienes inclusive la plata labrada de su uso, con la cual parece que se quedó Escobar y por ello más tarde el rey lo mandó someter á juicio.

No creyó seguro el lugar escogido por Monsalbe para Santo Thomé, y se fijó en la margen izquierda del Caroní, diez leguas del lugar en que estaba; comenzó en 1637 la obra de la traslación. En esto se descubrió una mina de azogue cerca de Santo Thomé, lo cual puso en conocimiento de los holandeses, Jacques de Ousiel, que era secretario de aquélla y se hallaba en Trinidad. Los holandeses organizaron una expedición, de cuyo resultado se dió cuenta al rey en estos términos:

«El 22 de Julio de 1637, antes de amanecer dos horas, entraron tan de improviso y tan poderosos en dicha ciudad que la arruinó y saqueó dejándola tan pobre y desventurada así á los templos como al Gobernador y vecinos, que cuando fallece alguno le entierran sin mortaja porque no hay de que hacerla, y la mayor lástima, fué, Señor, que entre los demás despojos que hizo se llevó el Santisimo Sacramento, y quemó los templos y los Santos, y por milagro escapó la poca gente que había en la ciudad y el Gobernador... Algunos salieron heridos y en particular el Cura Vicario, que lo dejaron por muerto á garrotazos, que fué milagro de Dios que viviera, porque parecía un monstruo.» (Archivo de Indias, 54-4-1.)

El Cabildo de Guayana relata el hecho en Febrero de 1638 de esta manera: «Suplica á V. M. este Cabido se duela de tanta mujer y criaturas que aquí están aguardando la muerte á manos de bárbaros ynumanos, comedores de carne humana, y de ereges enemigos de Nuestra Fe Católica, y pues Dios fué servido de librar este pueblo de la toma de los enemigos Olandeses y Caribes y Arucas, que hicieron á 22 de Julio día de la Magdalena, que á no haber despachado el Señor Don Diego de Escobar todas las mujeres y criaturas y demas servicio á otro sitio que se eligió para poblarse por ser el en que estábamos tan poco guardado del enemigo, es cierto que

acabarían de una vez con tantos trabajos, porque dió la Armada una ora antes que amaneciera, tan de improviso, por no haber sido vistos ni sentidos por venir en piraguas toda la revueltos unos con otros, que cuando acudió á tomar las armas, ya toda la ciudad estaba cercada, y apoderados los flamencos del Cuerpo de guardia, dando gran carga de mosquetería y flechería, y empezaron á pegar fuego á las casas, que como son cubiertas de paja, fué menester muy poco para que ardiesen; fué milagro escapara el Gobernador, y los mas salieron mal heridos, y Dios por nuestros grandes pecados quiso que no se pudo remediar el consumir el Santísimo Sacramento, porque el Cura Vicario fué de los primeros que cayeron á macanasos y flechas, y así se llevaron el Relicario con su Custodia aquellos perros ereges y bárbaros... y el Capitán que ha hecho estas cosas se llama el Capitán Llanos, gran lenguaráz de Caribe y Aruca... todas las demás ymágenes quemaron y hisieron pedazos profanando los templos con millares maldades... y agora tenemos muchos avisos de que están haciendo gran gente y aparato de guerra con yntento de venir á acabarnos y llevarse todas las mujeres y matar todas las criaturas y poblaran en este río: viendo esto, y que las nuebas siempre son mas vibas, con acuerdo del Señor Gobernador dejamos el pueblo y emos elegido una montaña en un río que se llama Caroní, cercada de anegadizos, que no pueden entrar navíos hasta que V. M. nos socorra de gente y municiones.» (Ib., 94-4-16.)

Este capitán Llanos es, sin duda, el capitán Adriaen Janz, que era comandante del fuerte del Esequibo, donde permaneció hasta 1644.

De nuevo volvió el enemigo á Santo Thomé, según dice Escobar al rey desde Trinidad el 20 de Febrero de 1640. «Este año tres meses ha entrado en Guayana dos veces el enemigo con gruesa armada. El Teniente que allí estaba gobernando por mí quemó el lugar porque no se valiese del el enemigo. Retiróse al monte, donde pe-

leó haciendo mucho daño al enemigo y matándole mucha gente.» (Id.)

Al tener conocimiento de lo ocurrido en Guayana, la Audiencia de Santa Fe despachó al sargento mayor Diego Ruiz de Maldonado, con tropas, cañones, víveres y ornamentos de iglesia. De la relación que hizo de su viaje aparece que llegó á Santo Thomé el 11 de Noviembre de 1639 y halló esta población fundada del lado arriba del Caroní, pues al relatar su viaje á Trinidad, dice: «Y luego embarcados en las piraguas marcharon el río abajo pasando por la boca del Caroní, el cual es caudaloso y en sus riberas hay algunas estancias. Río abajo á una legua pasada la boca del Caroní es el paraxe del pueblo Viejo.» (Bib. Nac., Madrid, 180.)

Maldonado habla de una fundación de ganado que existía en la Horqueta, confluencia del Caroní con el Orinoco, donde se aprovisionó de carne.

Al decir de la Audiencia, Escobar empleó los refuerzos en capturar indios que fué á vender á Margarita y no se ocupó más de Guayana. Para remediar estos males firmó el rey una capitulación con Martín de Mendoza y Berrío el 8 de Marzo de 1641, quien de atrás venía solicitándola, alegando los antecedentes de su familia. La Corte esperó á que Escobar terminase su gobierno. Mendoza se obligó á construir dos fuertes capaces para 12 piezas de artillería y 100 soldados; á organizar una fuerza de 100 hombres que él pagaría, que unidos á otros 100 que le daría y pagaría el Gobierno español, formarían un Cuerpo, con el cual debía desalojar á los holandeses y echarlos del territorio de Trinidad y Guayana; á reedificar á Santo Thomé, y á reparar los perjuicios ocasionados por el enemigo en Trinidad. En cambio de estos servicios se le concedió la gobernación de Trinidad y Guayana por toda su vida, se le dieron cañones, armas y municiones, y se ordenó que las Cajas reales de Santa Fe le entregasen el dinero requerido para el pago de los 100 hombres.

Llegó Mendoza á Guayana el 30 de Agosto de 1642 y reedificó á Santo Thomé en el mismo sitio de donde la mudó Escobar, á orillas del río Usupamo, y para protegerla fundó el castillo de San Francisco sobre una roca y lo artilló con cuatro cañones de calibre pequeño y uno de á 15. A pesar de que la Corte no cumplió lo prometido, Mendoza arrojó á los holandeses de Punta de Galera en Trinidad, mantuvo á éstos en respeto y lo mismo á los indios, lo que dió por resultado la tranquilidad de la colonia.

Durante la administración de Mendoza se abrió la comunicación con el río Apure. El capitán Miguel de Ochagavía bajó de Barinas á Guayana. El rey le concedió varias franquicias en beneficio del comercio fluvial; pero nada hizo el agraciado, porque lo mataron los caribes en el Orinoco. *(Lim. con Col.* T. II, p. 285).

Mendoza murió en 1656, y se encargó del Gobierno el alcalde Cristóbal de Vera hasta 1658. Nombrado Pedro de Viedma gobernador, llegó á Guayana en Agosto de 1658 y así lo avisó al rey el 20 de Octubre. (A. de I. Año de S. Dom. 54-4-14).

Al llegar Viedma halló á Trinidad gobernada interinamente por Quirós, según nombramiento hecho por la Audiencia de Santo Domingo, mientras que en Santo Thomé estaba mandando Cristóbal de Vera, nombrado gobernador por la Audiencia de Santa Fe al tener noticia de la muerte de Mendoza. Cuando la Corte supo lo ocurrido, resolvió en 6 de Junio de 1662 que Trinidad y Guayana se agregasen al virreinato de Santa Fe en todo lo tocante á administración de justicia, hacienda y gobierno político y militar.

En 1660 tuvo lugar en Guayana un curioso movimiento revolucionario. Viedma estaba en Trinidad y gobernaba en Guayana Lucas Bravo de León, por muerte de Pedro Pradilla, alcalde ordinario. Y sucedió que en Agosto llegó allí un buque holandés al mando de Joan Hoofr, en busca de bastimentos. Al saberlo Viedma

ordenó que no se le recibiese. Los vecinos, los soldados y las autoridades, convocados á cabildo abierto por el procurador, acordaron que se recibiese el buque, desobedeciendo las órdenes de Viedma, fundándose en que necesitaban géneros, cuchillos, hachas, machetes, porque «hacía más de treinta años que allá no entraba navío de España». Insistió Viedma en que se cumpliesen sus órdenes, ofreciendo enviar géneros de Trinidad. No aceptaron los de Guayana, y amenazaron con desamparar al lugar, por lo cual vino el gobernador en Abril de 1661, embargó el buque y las mercancías, las adjudicó al Fisco y las puso á remate, dando la buena pro á Marcos Madroñero, quien no tuvo con qué pagarlas, por lo cual quedaron depositadas en poder de dos vecinos de Guayana. Al fin se pagó el valor de éstas y la ciudad se surtió de cuanto necesitaba; pero en vez de pagar su valor al dueño del buque, lo pagó al Fisco real. A ningún vecino se persiguió por estos sucesos. (Arch. de I. Simancas, 54-4-14.)

Viedma dió impulso á la navegación del Orinoco y Apure hasta Barinas, y como «los indios caribes del Caura domésticos encomendados á vecinos de la ciudad de Santo Thomé, unidos á los Guaiqueries, Mapoies y otras naciones se levantaron y mataron más de treinta personas entre vecinos de la ciudad y forasteros que iban en viaje para Barinas, Viedma organizó una expedición que guiada por él, castigó á los indios y los redujo á la obediencia». En este viaje el gobernador reconoció la conveniencia de levantar una fortificación en Angostura para poner en respeto á los indios del Caura, y así lo dijo al rey en su informe de 20 de Marzo de 1662. (Id. íd. íd. 54-4-14.)

En 1664 los ingleses tomaron y saquearon á Santo Thomé. Así aparece de la declaración rendida en Cartagena por Clemente Gunter, hermano del gobernador del Esequibo, de la cual tomamos lo siguiente: «que el 3 de junio salió para Guayana con aviso para Pedro de Vied-

ma, Gobernador, diciéndole que el inglés estaba para ir á robar aquella isla, y cuando llegó á la Guayana á darle este aviso, halló robado el pueblo de dicho inglés y la gente desnuda y al Gobernador Pedro de Viedma no le halló porque estaba en Trinidad, y los dichos vecinos le pidieron por amor de Dios enviara á Bauroma á su hermano para que les enviara un poco de ropa para vestirse, por andar todos desnudos y las mujeres en carne, con lo que el declarante envió la embarcación en que había venido, que era una piragua, al dicho Gobernador su hermano, á pedir le enviase unos pedazos de ropa de estamen y lienzos de olanda para vender y repartir entre aquella gente, como al efecto se la envió y repartió entre todos aquellos vecinos hasta 4 ó 6 mil pesos de hacienda.» (Sevilla. Escribanía de Caman. Legajo 600. Arch. de Indias.)

Según informe de Viedma fechado el 20 de Mayo de 1662, para esa fecha hacía treinta años que no llegaba buque de España á Santo Thomé.

El sucesor de Viedma fué José de Azpe y Zuñiga en 1665, y habiendo llegado Gunter á cobrar lo que se le debía por los efectos que trajo el año anterior, se le redujo á prisión y el 18 de Marzo le condenó el gobernador á la pérdida de sus bienes, su buque, los fusiles y un cañón que tenía á bordo, por el delito de haber violado las órdenes reales que prohibían á los extranjeros entrar al Orinoco. (Id.)

Sucedió á Zuñiga interinamente Juan B. Valdez. Esta familia Valdez perduró muchos años en Guayana y tres de sus miembros ocuparon altos puestos en la provincia. Así Valdez, como su antecesor, fueron sometidos á juicio por el nuevo gobernador Diego Jiménez de Aldana, que llegó á Guayana el 19 de Agosto de 1670. La administración de Aldana fué mala y arbitraria. Acusado ante la Corte, fué enviado preso á España, y al decir del gobernador del Esequibo, el 20 de Octubre de 1679 el nuevo gobernador reconoció la deuda de Gunter.

En el informe pasado por Aldana el 4 de Febrero de 1671, aparece que la ciudad de Santo Thomé se componía de «diez vecinos blancos, mulatos y mestizos, porque todo lo demás se ausentó fugitivo para la provincia de Venezuela». La guarnición constaba de 47 soldados.

La administración de Tiburcio de Azpe y Zuñiga, hermano de José, comenzó en 1677. Los franceses de las colonias ocuparon á Trinidad en 1682, «se hicieron dueños del Orinoco después de alguna resistencia de los de adentro, y después de la pérdida del Comandante y muchas personas de ambos lados. Tomaron preso al Gobernador de Trinidad en el viaje al Orinoco, pero obtuvieron poco botín; tienen en su apoyo muchos caribes de Copenore». (Beckman 18 Agosto, 1684.—La Haya, Breven, 1675-1696.)

A este respecto, dice Gumilla que Santo Thomé fué ocupado por un corsario francés «que á costa de varios mercantes de la Martinica se había armado... El y éllos quedaron destruidos, porque en Guayana no había otra cosa que saquear sino desdichas, y así su misma pobreza fué su mayor resguardo y defensa». Los españoles recuperaron el Orinoco en 1685.

A pesar de tantos males, la administración de Zuñiga fué benéfica para Guayana. A él le cabe el mérito de haber hecho presente al rey que era necesario cambiar de policía en Guayana y suspender la esclavitud de los indios, en lo que convino el rey. Además puso freno á los moradores y conquistadores, y apenas salidos los franceses, realizó su deseo de entregar á los misioneros la catequización de los indios.

Sucedió á Zuñiga el coronel Diego Suárez Ponce de León, quien gobernó hasta 1688, en que ocupó su puesto Sebastián Rotela. Al dar cuenta éste del estado de Guayana el 8 de Abril de 1690, dice al rey: «Y habiendo pasado á la Guayana por el mes de Noviembre de dicho año (88) entre siete vecinos de que se compone su

población y de algunos soldados del Castillo y los indios libres de los Pueblos de San Pedro de Maricagua y Santa María Magdalena del Caucao, que están en dicho territorio de la Guayana, hallé 32 indios é indias que estaban en esclavitud.»

Rotela sólo mandó tres años y sucedióle Francisco Meneses, quien navegó y reconoció el Alto Orinoco, puso de manifiesto la importancia estratégica de Angostura y la conveniencia de su fortificación y envió al rey el 29 de Agosto de 1694 el informe del capitán Francisco de Astiña, referente á este asunto. El rey, por cédula de 24 de Agosto de 1697, mandó al virrey de Santa Fe que estudiase la materia y resolviese lo conveniente respecto á la construcción de una fortaleza en el punto más conveniente del Orinoco.

La colonia moría con el siglo por falta de elementos. El Gobierno español la aislaba, no le permitía comerciar con los extranjeros, y allí no llegaban buques de la Península. Los holandeses ya no hacían el tráfico de indios esclavos y no compraban caballos; de manera que este comercio había decaído por completo. Y fué tanta la miseria que durante el gobierno de Felipe de Artieda, que entró á mandar en 1704, los misioneros se vieron en la necesidad de abandonar á Guayana, contra la voluntad del gobernador.

El 21 de Abril de 1711 entró á gobernar la provincia Cristóbal Félix de Guzmán, quien dice al rey que halló á Guayana «tan exhausta y indefensa que no se podía estar en la garita por arruinada y del mismo modo el Almacén, sin haber ni aun campana para tocar la guardia, y los infantes de la guarnición desnudos, sin alimento, y desmontada la Artillería».

Guzmán exploró el Orinoco hasta Angostura é informó al rey acerca de la conveniencia de fortificar este punto y construir allí una ciudad, y ofreció hacer ambas cosas á su costa si se le daba el gobierno de Cumaná por diez años y el grado de coronel, ofreciendo

una fianza de 20.000 pesos para responder del cumplimiento de su proposición.

Durante la administración de Pedro de Yarza, comenzada en 1716, llegaron á Guayana (1717) treinta familias enviadas de España; pero la carencia completa de medios de subsistencia las obligó á abandonar la provincia. El gobernador Diguja nos da una relación bien triste de lo que era Santo Thomé por estos tiempos.

«Hallábase la Provincia de Guayana en 1720—dice—subordinada á la de Trinidad, y sin otro pueblo que el fuerte de Guayana ó Santo Thomé situado á las orillas del Usapamo y con solo 20 ó 25 casuchas, ocupadas por otros tantos vecinos, destituidos de todo socorro humano, y en quienes no había suficiente voluntad ó fuerza para limpiar una parte del espeso monte que los cercaba, lo que hacía el lugar tan insalubre hasta hacerlo insoportable, y contribuye además á la grande falta de provisiones, dependiendo exclusivamente del pescado del Orinoco, tan dañino y que causa fiebres, alguna cazería menor y lo que producen las pequeñas plantaciones. No se atreven á ir á alguna distancia de la población por el gran riesgo que corren de caer en manos de los Caribes. La falta de alimentos apropiados y la rudeza del clima, tienen á todos estos pobres habitantes sin gozar de buena salud, ni aún por una hora. Las fortificaciones del Presidio consistían solo del Castillo de San Francisco, indefenso por sus endebles arruinadas murallas y de la falta de gente para manejar su corta artillería. Solo había cuatro ó seis cañones de pequeño calibre y uno de á 15, sin su correspondiente batería». (Arch. de I., 133-3-16.)

Al fin la Corte se ocupó seriamente de Guayana. Los misioneros volvieron con recursos, y apoyados eficazmente comenzaron su obra de catequización de los indios. El 22 de Julio de 1726 dispuso el rey la construcción de un castillo en la isla de Fajardo, en el Orinoco, y encargó de su construcción á D. Carlos de Sucre, que

era gobernador de Santiago de Cuba. A la vez fué nombrado Sucre «Gobernador del Castillo y de las Provincias que contiene el río Orinoco, tierras descubiertas y de las que fuesen allanando y pacificando». (Archivo general de Indias, 56-6-19.) En el mismo año solicitó Sucre que se le nombrase gobernador de la provincia de Cumaná, que estaba vacante.

El 30 de Junio de 1731 Sucre fué nombrado gobernador de Cumaná y fué separada Guayana de Trinidad, entrando á formar con Cumaná una sola provincia.

Entretanto, Bartolomé de Alduneta sucedió á Arredondo en el gobierno de Trinidad y Guayana, y murió en 1732.

Sucre se hizo cargo del gobierno de Cumaná el 18 de Agosto de 1733, y vino á Guayana en Marzo de 1734. Hallóse el nuevo gobernador con órdenes contradictorias acerca del fuerte. En Julio de 1724 mandó el rey que éste se construyese en Angostura. En 1728 dió igual orden el secretario de Estado D. Juan Patiño; en el año siguiente se mandaba fortificar á la isla de Fajardo; pero como Sucre traía facultad para escoger el sitio más aparente, optó por Santo Thomé como el punto más conveniente. Al llegar á Guayana pidió al gobernador del Esequibo 100 fusiles, 20 cañones de á 6 y de á 12 y 10 pedreros. Algo de esto recibió y con los soldados que trajo de Araya y los indios y vecinos construyó un muro para proteger el castillo, con lo cual lo creyó bastante fuerte para el caso.

Con Sucre vinieron varias familias que se fijaron en Santo Thomé. La limpia de los alrededores de la ciudad, efectuada entonces, mejoró las condiciones sanitarias, y la siembra de conucos en las cercanías produjo el bien inestimable de asegurar la subsistencia: fundóse un hato de ganado cerca de la ciudad, protegióse el cultivo de frutos menores, abrióse el camino para Barcelona y Cumaná, estableciose el servicio de prácticos en la barra, y Santo Thomé revivió, gracias á estas medidas y en espe-

cial á la cordialidad de las relaciones con la vecina colonia holandesa. El tráfico con ella fué permitido y ello dió vida á la población.

El 29 de Junio de 1740 tomó posesión del gobierno de Cumaná y Guayana Gregorio de Espinosa, en reemplazo de Sucre. En este año Santo Thomé pasó por una calamidad inesperada. Iturriaga relata al rey este peregrino suceso en los siguientes términos:

«El número pequeño de soldados y residentes (de Santo Thomé) que cuando se van al interior no dejan nada en sus cabañas y campamentos, dió ocasión á la audacia de un irlandés que al principio de la última guerra procedió con 60 marinos en un bergantín á la conquista de Guayana, y de hecho la conquistó: tomó el fuerte, se llevó algunos cañones, reventó y botó los otros, quemó la ciudad y dos Misiones, y se fué porque no halló nada que saquear». Diguja relata el hecho así: «Durante el mes de diciembre del mismo año de 40, el Presidio fué sorprendido por el ataque de un corsario inglés, que ocupó el cerro y logró con el fuego de sus mosquetes arrojar del Castillo de San Francisco los pocos hombres que lo guarnecían y apoderarse de él. Poco después el inglés atacó y saqueó la ciudad. Quemaron todas las casas y enviaron un destacamento á las misiones más cercanas, las que también destruyeron con el fuego. Hicieron todo el daño que pudieron al Castillo de San Francisco y luego se embarcaron y se fueron.»

«Al saber tal suceso, Espinosa envió un cuerpo de Milicias de Barcelona y mandó al Ingeniero Antonio Jordán para hacerse cargo del mando militar de Santo Thomé. Jordán pacificó los indios que se habían alzado, recogió los vecinos, se trajo los que estaban en los montes, y resolvió reedificar á Santo Thomé en el sitio donde hoy está lo que se llama Guayana la Vieja, porque no consideró conveniente para la defensa el sitio que ocupaba á orillas del Usapamo. La nueva Santo Thomé fué fundada á orillas del río Orinoco y en el punto más an-

gosto de éste, excepto Angostura, y cerca de las primeras bocas ó islas que comienzan á dividirlo» (Diguja.) «y á un tiro de fusil del fuerte de San Francisco y al Sur de la laguna de Baratillo» (Iturriaga.)

Muerto Jordán en 1741, Espinosa vino á Guayana en 1743 á estudiar la cuestión de la defensa de Santo Thomé, y opinó por la construcción de un fuerte en la isla de Limones, en la boca del canal opuesto al castillo de San Francisco; pero nada se hizo.

Para 1747 dice Iturriaga: «La ciudad de Santo Thomé, la única ciudad en el río Orinoco, se componía de 60 negros, mulatos y zambos residentes, y pocos blancos. Ellos y sus mujeres son indolentes, satisfechos con sus miserables cabañas por vivienda, con pescado y con el ron que hacen con la caña que les queda, después de satisfacer su pasión por el dulce.»

En Febrero de 1747 llegó á Guayana el gobernador Diego de Tabares, que había sucedido á Espinosa el año anterior. Trajo consigo al ingeniero Gaspar de Lara, quien opinó por la construcción del fuerte en Limones. Cuando vino el dinero para ello en 1753, se encontró que el terreno de Limones era deleznable y no se podía construir allí la fortificación proyectada, por lo cual se resolvió abandonar el proyecto y construir un fuerte del mismo lado del río en que estaba Santo Thomé. Este fuerte se llamó de San Diego ó El Padrastro.

En 1753 creó el rey la Comisión de Límites con Portugal en las fronteras del Amazonas y Orinoco. En ella vino D. José de Iturriaga, con el carácter de comandante general de poblaciones y de todo el río Orinoco. La Comisión llegó á Guayana en 1756. El gobernador Mateo Gual, sucesor de Tabares en 1753, fué acusado de no haber prestado su apoyo á la Comisión, por lo cual fué suspendido, sucediéndole Nicolás de Castro en 1757.

Castro hizo montar en el Castillo de San Francisco cuatro cañones de hierro de á 18, dos de á 12, tres de á ocho y uno de á 4, y trasladó al Padrastro la artille-

ria pequeña que estaba en San Francisco, con lo cual se consideró á Santo Thomé suficientemente defendida.

Vemos en lo general á las autoridades españolas ocuparse únicamente de la defensa militar de Santo Thomé, y es indudable que esto se logró desde la traslación efectuada por Jordán en 1741. Las administraciones de Gual y Castro, así como la de Diguja, que sucedió á Castro en 1759, fueron provechosas á Santo Thomé: atrajeron ellos algunos vecinos de Cumaná y Barcelona, los ayudaron en la fabricación de sus hogares, hicieron desmontar los alrededores de la ciudad, hicieron construir hornos de cal y alfarería é implantaron estas dos industrias. Pero á pesar de todo, se palpaba la imposibilidad de crear allí una ciudad importante, á causa del clima.

El 15 de Diciembre de 1761, D. Joseph Solano, de la Comisión de Límites, después de su viaje á Guayana, que duró desde 1754 hasta 1761, informó al rey en términos precisos acerca de la conveniencia de fundar la capital de Guayana en la Angostura del Orinoco, «porque la población antigua sólo tenía 450 hombres incluyendo la guarnición, el temple del país era malo, que las casas y la Iglesia eran de bahareque y cubierta de paja; que las tropas estaban expuestas en cualquier momento á ser insultadas: que el Padrastro podría fácilmente ser tomado por un golpe de mano del enemigo, y que no había cómo retener la Provincia, si tal sucediese: que las provisiones eran escasas y que la bien conocida navegación del Orinoco facilitaba el acceso á la localidad». (Mss. Lenox Lily.)

Veamos lo que era Santo Thomé para 1762. Según Diguja, «tenía 90 familias, 535 habitantes, inclusos 113 esclavos, 66 casas, 1 iglesia y 1.800 cabezas de ganado, con más una guarnición de 100 hombres. Las casas fueron valoradas en 29.200 pesos; el Cuartel en 4.000 pesos; el Convento en 4.000 pesos. Tenía la ciudad cosa de 28 á 30 *conucos* de frutas, legumbres, caña, etc., y se usaba

la caña para fabricar aguardiente y un azúcar de mala calidad llamado *papelón*, el único que se usa en las misiones. La producción de cacao de estos conucos era cosa de 6 á 8 fanegas.»

En cuanto á la seguridad individual, el mismo Diguja dice: «Se puede tener comunicación sin riesgo en todos los lugares del territorio sea en los llanos ó las montañas. Cualquier hombre ahora puede ir solo á Guayana sin temor de sufrir molestia de ninguna especie. No se ve ningún extranjero á los indios, ni ningún Jefe Caribe se ve fuera de su pueblo. Igual seguridad se nota en la comunicación por agua. La navegación en la costa del Golfo Triste á las bocas del Orinoco, y río arriba se hace libremente, y los que de ella se ocupan, pueden ir y venir sin tropiezos. Hay excelentes prácticos bien al corriente de cada localidad en el laberinto de las bocas del Orinoco.»

Por cédula Real de 27 de Mayo de 1762 se creó la provincia de Guayana, subordinada al virreinato de Santa Fe. El 4 de Junio fué nombrado D. Joaquín Moreno comandante interino de la nueva provincia, á quien se encomendó el traslado de la ciudad.

La Real orden de 5 de Junio que ordenó la fundación de Angostura (hoy Ciudad Bolívar) dice así: «Es el ánimo de S. M. que en la referida Angostura, distante de la actual ciudad, como 34 leguas arriba del Castillo, donde el Río Orinoco se estrecha á 800 varas se establezca U. y haga mudar allí todo el vecidario de la Guayana... Que separe U. la ciudad al margen meridional de la Angostura y desde luego haga conducir todos sus ganados y que se le den pastos de allí arriba. Que no permita U. hacer nuevas sementeras de víveres en las márgenes del Orinoco de la Angostura abajo, y que al mismo tiempo se retiren los indios de Suay con todos los ganados, luego que las obras de los fuertes estén concluídas, yendo á residir en la Angostura. Considerando que las ocupaciones y gastos de trasmigración de los Guayanos será cau-

sa de que mucho tiempo estén sin iglesia, les ha concedido S. M. cuatro mil pesos para su fábrica.»

Para facilitar esta traslación el rey nombró á Solano capitán general de las provincias de Venezuela, contiguas á la Guayana, y dispuso el 20 de Julio de 1763 que cualquier duda que pudiera ofrecerse respecto á la traslación de Angostura la resolviere Solano, «pues fué con su informe y dictamen que resolvió S. M. el cambio indicado».

Ya antes, en 21 de Septiembre de 1762, se dispuso que á las familias que vinieran á fijarse en la nueva ciudad además de suplírseles pan y carne, se les diesen terrenos para edificar sus casas, tierras de labor, y para fundaciones de ganado en sus nuevos asientos. (Mss. Lenox Lib.)

Comenzó la fundación de la ciudad el teniente don Francisco Gurgo en Febrero de 1764.

El 15 de Agosto de 1764 informó Moreno que la ciudad se había movido á Angostura; pero que los habitantes eran tan pobres que no tenían con qué pagar los gastos de su traslación y de construcción de sus nuevas moradas, y el rey acordó el 26 de Octubre de 1765 que estos gastos se hicieren por cuenta de las Cajas reales. (Mss. Lenox Lib.)

Trasladada la ciudad, prosperó ésta de un modo asombroso. Para 1769 tenía 540 habitantes, inclusive la tropa, y 20 sementeras para su subsistencia. El tráfico por el Apure hasta Barinas le dió gran vida y comercio, y la fundación de nuevos pueblos, así como el estado floreciente de las misiones desarrollaron rápidamente las fuentes de riqueza de la Guayana. En 1771 dice al rey, Solano, con fecha 22 de Enero, lo siguiente: «Según un estado dirigido por el Gobernador de la Provincia de Guayana, se deduce que desde el año de 1764 hasta el de 1770 asciende el aumento de la Provincia á 32 pueblos, 8.261 personas, 1.407 fanegadas de tierras cultivadas y 29.789 cabezas de ganado. La nueva ciudad de Guaya-

na se ha aumentado en 163 casas y edificios de mampostería.» (Id.)

A Moreno sucedió D. Juan Manuel Centurión, nombrado el 1.° de Mayo de 1766, y á consecuencia de divergencias respecto á jurisdicción, el rey declaró en 15 de Octubre de 1771 que la provincia de Guayana quedase bajo la dependencia y subordinación del virreinato de Santa Fe.

En carta de 5 de Febrero de 1771, S. M. da las gracias á Solano y le felicita «por los aumentos que ha tenido la nueva Ciudad y Provincia de Guayana desde que se encargó la traslación á la Angostura del Orinoco... y por las ventajas considerables que se han conseguido en la nueva población, haciendo por este motivo contener á los Holandeses del Esequibo en sus legítimos terrenos y libertar á otras naciones indias de las hostilidades de los bárbaros caribes». (Mss. Lenox Lib.)

La administración de Centurión fué beneficiosa para Guayana, y al relatar lo que hizo en bien de la provincia, preferimos insertar parte de su informe de 20 de Abril de 1771. «Pasé luego—dice al Rey—á los pueblos de Santa Ana y Monte Carmelo situados al Occidente del río Caroní, y á donde se trasmigraron y reunieron los cuatro pueblos mencionados arriba (Piacoa, Uyacua, Tipurúa y Unata) y los he hallado con 715 hombres sanos, alegres, nutridos y laboriosos, en lugar de 350 enfermos, tristes, hambrientos y desidiosos en que consistían los cuatro dichos pueblos antes de su traslación... Yo he podido á costa de incesantes diligencias y de algunos gastos sacar á la sociedad civil y cristiana 1.170 guaraunos que tengo poblados en las cercanías de esta capital en las aldeas de Orocopiche, Maruanta, y Buena Vista y las villas de Borbón y Carolina, donde se hallan.» Y en 1773 dice: «He empleado todo cuanto he podido en la conducción de 200 familias españolas que he reclutado en las Provincias de Caracas, Cumaná, Barinas y Margarita y en la fundación de 18 pueblos en esta

forma: Maruanta y Panapana á dos y cuatro leguas de esta ciudad, en el territorio de la Misión de Capuchinos catalanes, donde también se han hecho la inmigración de los pueblos de Monte Calvario y Santa Ana; en la reducción de los indios para el pueblo de Puedpa, y casi todos los costos de la fundación de Barceloneta en la Parana. En el territorio de la Misión Franciscana he fundado y adelantado los pueblos de Buenavista y Oro - copiche á una y dos leguas de esta ciudad y penetrado en el interior del país, he formado los pueblos de Guaipa, San Luis y San Vicente de Erevato, San Francisco de Iniquiare, Concepción, San Carlos de Caura: he auxiliado los de Tapaquire y Cerro del Mono, todos de indios, como igualmente las villas españolas de Borbón y Carolina, y he sostenido la de Ciudad Real para que no la arruinasen las continuas enfermedades de este último año. En el territorio que ocupaba la misión de jesuitas he fundado en el lugar sano y ventajoso la villa de Caicara con los indios y españoles del destruído pueblo de Cabruta de la Provincia de Caracas... Las villas de Borbón y Carolina han sido fundadas á solicitud mía, la primera por Don Francisco de Espinosa y la segunda por Don Francisco Villasana vecinos de esta Provincia.»

Además Centurión principió la construcción de la actual catedral de Ciudad Bolívar, según consta del informe del presbítero Andrés Castellón, cura rector y vicario, juez eclesiástico de Santo Thomé, fechado el 20 de Abril de 1771, que dice así: «De la misma suerte (Centurión) he dado principio y llevo con la mayor viveza y adelantamiento de la obra de una magnífica iglesia en esta capital de cuya fábrica y arquitectura se ven pocas en América, sin embargo de no alcanzar ni aun á la sexta parte de su costo los seis mil pesos que S. M. ha librado para esta obra.»

Á la Corte llegaron informes desfavorables á Centurión y á sus trabajos en Guayana, por lo cual el virrey de Santa Fe dispuso que el ingeniero real José Antonio

Espelius viniese á Guayana á informarse acerca del estado de la provincia. Éste dice en 14 de Junio de 1774: «En los restantes pueblos y villas de españoles y mixtos de Upata, Ciudad Real, y Real Corona, nada convienen las relaciones de Centurión con los informes de hombres verídicos que me dieron, de que solo existieron con la fuerza de los auxilios de la Expedición de Límites, y que la llamada Ciudad Real no es otra cosa que una rochela de cuatro infelices hombres de varias castas que han quedado encerrados y abstraídos de todo remedio.» (Límites. Mss. M. de R. E.)

Centurión informó además al rey acerca de la necesidad de permitir el comercio con las colonias inmediatas, toda vez que los ganados, maderas y otros frutos no podían llevarse á España y era indispensable traer los víveres de las Antillas, porque su cercanía á Guayana era un aliciente para este comercio. El rey permitió por cédula de 8 de Julio de 1776 que se pudiesen sacar los ganados y granos necesarios á la subsistencia de las colonias francesa , y al nombrar en 10 de Septiembre á Antonio de Pereda comandante de la provincia de Guayana se le dieron instrucciones para que «con ningún pretexto admita en los puertos de aquella Provincia embarcaciones extranjeras ni menos las habilite aunque sus vecinos aleguen que son propias». Tampoco había de permitir á los ingleses, holandeses, ni otros habitantes de las provincias extranjeras que arribasen ó fondeasen en los puertos de Guayana.

Á pesar de estas restricciones el comercio con las Antillas francesas dió vida á Guayana, no obstante la Real orden de 23 de Junio de 1777 que declaró no incluídos en el permiso anterior el cacao y las maderas, y que debía entenderse por granos únicamente el maíz y las legumbres.

Con la llegada de los inmigrados franceses que estaban en Granada y pasaron á Guayana al ocupar esta isla los ingleses, vino un gran elemento de vida á la provin-

cia. El rey permitió la entrada el 14 de Junio de 1777, y desde entonces subsistió en Angostura un valioso elemento social y comercial, representado por los franceses.

La cédula de 26 de Septiembre de 1777 ordenó la absoluta separación de la provincia de Guayana del virreinato de Santa Fe, y la mandó agregar por completo en lo gubernativo y militar á la Capitanía general de Venezuela, y en lo jurídico á la Audiencia de Santo Domingo. Para entonces tenía Guayana 80.261 habitantes, 1.407 fanegas de tierra labradas y 29.787 cabezas de ganado mayor.

En 1781 permitió el capitán general de Venezuela, con fecha 2 de Noviembre, á Esteban M. Noel, francés, exportar de Guayana un número de reses con la condición de retornar su producto en negros. Con este paso quedó de hecho abierto el comercio exterior en buques extranjeros, y los resultados no se hicieron esperar, pues la exportación de ganado creció tanto que alarmó á los habitantes y hubo de negarse más tarde una solicitud del gobernador de Guadalupe para extraer 6.000 reses para la colonia.

La administración de Miguel Marinon, comenzada en 1784, dió algún impulso al comercio de Guayana, especialmente en su tráfico con Barinas, que exportaba gran cantidad de tabaco.

Marinon, después de haber hecho ejecutar una exploración sobre el Cuyuní, comprendió la necesidad de establecer un fuerte en la unión de los ríos Curumo y Cuyuní para contener el avance de los holandeses, y se erigió un puesto militar en Cariya, que aseguró el dominio de ambos ríos.

En 1790 entró á gobernar á Guayana Luis Antonio Gil. Para entonces el cultivo del tabaco en Upata producía cosa de 600 pacas al año, y el ganado se estimaba en 220.000 cabezas; el tráfico directo con España era cada vez menor, de manera que sólo un buque llegó á Santo Tomé en 1777 y otro en Marzo de 1778.

A pesar de todo Guayana progresaba poco: la prohibición de cultivar las tierras desde Angostura hasta las bocas, en las márgenes del río, encarecía los víveres por los gastos de transporte; el temor á las invasiones por el Guyaní hacía insegura la vida en el interior por la eterna amenaza de los caribes, que para entonces manejaban el fusil á la perfección y eran hábiles tiradores, y, por último, las trabas comerciales, sujetas á la voluntad ó capricho del capitán general de Caracas, estancaban la producción y desanimaban toda empresa agrícola ó comercial.

Felizmente el rey dispuso el 24 de Noviembre de 1791 permitir la libre exportación de frutos y el comercio libre de negros, y luego, en Agosto 7 de 1792, se permitió la exportación, no sólo de los frutos de Guayana, sino los de otras provincias que saliesen por allí, y cayó luego la última barrera con el permiso concedido á José Afanados para exportar á las Antillas extranjeras 3.000 cueros de res. Abierto así ampliamente el tráfico con las colonias, hízose éste en buques pequeños que conducían cueros, carne salada, ganado y mulas, trayendo negros en retorno, que se vendían bien en Barinas, cambiados por tabaco y añil que se embarcaban para España.

Al comenzar el siglo XIX Guayana estaba gobernada por Felipe de Inciarte; los ingleses eran dueños de Trinidad, Tobago y el Esequibo, y la Inglaterra, en guerra con España, había declarado que estaba dispuesta á ayudar á Venezuela á independizarse de España. Estas ideas no hallaron eco en Guayana. Allí sólo había realistas; el espíritu público dominado por el elemento clerical era contrario á la emancipación; el carácter poco belicoso de sus habitantes les hacía retraerse de toda revuelta ó cosa parecida, y el poco contacto que tenía con Caracas alejaba de Guayana el espíritu autonómico y las nociones de libertad que ya germinaban en el centro del país. La colonia francesa era realista en Francia, y, naturalmente, rechazaba la república y las máximas

de la filosofía que conmovían al mundo. Puede decirse que Guayana vivía en un limbo político, abstraída é indiferente á todo, y sin otro lema que Dios y el rey.

Ocupada militarmente con tropas veteranas que tenían destacamentos en Río Negro, Gurior, Caura, Cuyuní y Sacupana y guarniciones en Guayana la Vieja y Angostura, venía Guayana viviendo como separada de la Capitanía general de Venezuela. Había en la índole de su población como un gran egoísmo, que la hacía ver con indiferencia todo lo que no fuese la provincia. Aferrada en sus ideas realistas, prestaba el curioso espectáculo de no ser un pueblo fanático, á pesar de la influencia de los clérigos. Unida su suerte al rey y á la Cruz, el espíritu escéptico de sus habitantes los preservaba de la intransigencia religiosa. Su proximidad y roce constante con las colonias vecinas, que eran protestantes, indudablemente infiltró el espíritu tolerante en la provincia. El rey le servía de apoyo contra los enemigos vecinos, y con la cruz apaciguaba al indio. Traficaba con aquéllos y negociaba con éste, guiado por el espíritu comercial de sus habitantes. «Sin casi población española, pues entre la criolla y europea de ambos sexos no excedía de doce almas, á excepción de las veinticinco mil de los naturales, que dependían de otra autoridad económica y gubernativa á la real», según dice el informe oficial de 31 de Octubre de 1819, relativo á la pérdida de la provincia en 1817, Guayana siguió siempre dócilmente las corrientes de sus mandatarios. Era por naturaleza amiga de la paz y la quietud. Se alarmaba con las revoluciones. Por miedo á lo desconocido para ella tomó las armas en 1811 y 12; pero luego se cruzó de brazos y dejó al rey que la defendiera.

A la verdad, no había tal provincia, sino una ciudad: Angostura. Sujeta á un subsidio que le venía primero de Santa Fe y luego de Caracas, y, agobiada por las trabas, no pudo desenvolverse y llevó vida vegetativa, á pesar de los cuantiosos elementos que tenía para su desarrollo

Así la encontraron los sucesos de 1810. Gobernaba á la sazón D. José Felipe de Inciarte, y tenía toda la provincia, para su custodia, tres compañías veteranas, una de Milicias blancas, una de Milicias pardas y una veterana de Artillería. Por todo, 345 plazas y 11 oficiales.

Angostura tenía de cinco á seis mil almas. Con una iglesia en fábrica, que servía de cementerio, y, según la descripción hecha por el ingeniero Mariano Aloys en 1810, tenía «obispo sin catedral; no tiene hospital, médicos ni boticas, y ha sido tal la desidia de su Gobierno, que en el momento mismo en que se vacunaron algunos centenares de individuos en la capital, dejó perder el pus, de forma que noventa y nueve por ciento de la población se halla sin haber recibido el beneficio de la vacuna».

Sus ingresos, según representación de la Junta superior, fechada el 13 de Julio de 1810, ascendían á reales 1.131.127, y sus gastos eran 2.660.423 reales, y para esa fecha debía 4.686.462 reales.

Creado el Obispado de Guayana en 20 de Mayo de 1790, fué su primer obispo el doctor Francisco de Ibarra, de 1792 á 1798; sucedióle el doctor José Antonio Mohedano, de 1801 á 1804, año en que murió, y el 8 de Noviembre de 1805 fué electo obispo el presbítero Buenaventura Cabello, quien se encargó como gobernador de la diócesis el 28 de Febrero de 1809. Nunca le llegaban las bulas.

Los sucesos de España alarmaron á Guayana, y los de Caracas, en 1810, produjeron gran sobresalto. Trece años hacía que Inciarte gobernaba, y había encono contra él por el poco interés que tomaba por la provincia. En Enero fueron electos alcaldes D. José de Heres y Juan Crisóstomo Roscio. Aquél realista y éste con ideas republicanas. Al primero lo apoyaba el comandante de Artillería D. Andrés de la Rua, y al segundo su yerno, el capitán Agustín Contasti. El choque entre los pardos y los blancos comenzó en Enero en cuyo mes se descu-

brió un proyecto de sublevación de aquéllos; pero Inciarte no dió importancia al asunto y todo quedó tranquilo.

Al llegar á manos de los alcaldes los primeros pliegos de la Junta de Caracas, «bastó esta circunstancia—según dice el informe oficial enviado á Morillo en 1815—para formarse Junta, en la que viéndose el Gobernador Don J. F. de Inciarte desamparado de los militares que concurrieron á ella, en especial por el Comandante de la Artillería, hizo dimisión de su empleo, y en seguidas se reunieron en la Sala Capitular, de todas las clases que quisieron citar, donde se erigió á pluralidad de votos una Junta Superior y un Comandante de Armas y un Intendente, cuyos dos empleos recayeron en dos hermanos, Don Matías y Don Félix Farreras, el primero Capitán de Infantería, para lo que se le dió el grado de Coronel, y el segundo Abogado, naturales de aquí».

La Junta quedó compuesta de Heres, Roscio, Carlos Godoy, doctor Nicolás Martínez, La Rua, Luis de Vergara, Francisco Rabago, fray Buenaventura de San Celenio y fray Bayes, siendo secretario Manuel Moreno.

El 1.° de Junio recibió el obispo Cabello la cédula de 24 de Febrero que anunciaba la instalación del Consejo de Regencia en Cádiz, las gacetas de la Regencia del 2 de Abril y varios otros periódicos de España; reunióse la Junta superior el 3 de Junio, y acordó que «deseando á nombre de la Provincia que representa dar una prueba de su fidelidad y amor á su legítimo Soberano, acordaron que sin pérdida de tiempo se reconociese solemnemente el expresado Consejo de Regencia, como único y legítimo depositario de la Soberanía del Señor Don Fernando VII, por todos los Cuerpos y Tribunales de esta Capital y sus Pueblos... Que se cante un *Tedeum* con misa de Espíritu Santo en acción de gracias por tan pláusible deliberación á que deberán asistir esta misma Junta Superior formada en cuerpo, y los demás Jefes y Tribunales de esta Capital; y finalmente, que se haga

salva triple y por la noche una iluminación general en toda la ciudad desde las siete hasta las diez, para todo lo cual se señala el domingo diez y siete del corriente».

Como se ve, Guayana, que el 10 de Mayo reconoció la Junta Suprema de Caracas, daba ahora un paso atrás y desconocía á ésta, para someterse á la Regencia, pero conservando su Junta superior.

El 12 de Julio la Junta dirigió una representación á la Regencia, en la cual pidió que se concediese á la provincia «la distinción y prerrogativa de voto en Cortes». Pretendió la Junta que Guayana se uniese á Barinas, separándolas de la dependencia de Caracas. Las Cortes se ocuparon del asunto; pero aunque la Regencia creía conveniente tal medida, nada se resolvió en el particular.

Á solicitud de varios vecinos de Angostura, la Junta resolvió en 26 de Octubre exigir á Iniciarte la entrega de «sus comisiones, órdenes y instrucciones originales y todo lo que tenga relativo al progreso y concesiones reales hechas á la Provincia, y si no lo hace se le declare violador de la Ley Real y enemigo común del Estado». Ya para entonces era secretario de la Junta Juan Vicente Cardozo. Iniciarte entregó lo que se le pedía, y se embarcó para la Florida, adonde había sido destinado por la Regencia.

Por aquel tiempo llegó á Guayana D. Ramón García con el carácter de asesor y auditor de Guerra, y luego, en unión de José Antonio Moreno, principió á trabajar por una reacción en favor de la Junta Suprema de Caracas. «Moreno—dice el informe ya citado—, el Alguacil Mayor Don Francisco Suárez y un N. Maneiro pariente del citado Gobernador Farreras, entre ocho y nueve de la noche del 26 de Diciembre de 1810, fueron por los cuarteles uno en pos de otro, haciendo creer á los blancos que en aquel momento iban á pasarlos á cuchillo los pardos y morenos, y á estos lo contrario. Con esta novedad se reunieron las autoridades en la puerta de la Casa de Gobierno, y la providencia que salio fue

la de un bando por las calles, custodiado de veinte y cinco pardos, con su Capitán Fermín Solá, autorizado por el Comandante de Armas D. Matías Farreras, el Intendente que hacía de Escribano, y el Gobernador Político, Auditor de Guerra, García, de Pregonero. Detrás iba el Comandante de Artillería D. José de Heres y D. Juan Luis de Vergara, el primero gritando: «Vivan los pardos», «Vivan los morenos y nada para los blancos». Este bando se apropió todas las facultades del Soberano; pues empezó á repartir empleos á roso y belloso, sin exceptuar clase, condición ni estado alguno y soltando de la carzel hasta los presos de maior consideración, de que se ha seguido graves perjuicios. Al siguiente día bien de mañana empezaron las enhorabuenas con golpe de música, y los pardos y morenos en pelotones con grandes vítores á los agraciados, notándose que no hubo uno de estos que dexase de ser sospechoso. En el mismo día se vió en la plaza fixado un Edicto en que el Auditor Gobernador Político se titulaba Brigadier de los Reales Exércitos y se cantó *Te-Deum* en acción de gracias. Conocido el ardid por los buenos vasallos del Rey, amenazan con las armas, y presentándose al Comandante de ellas, por medio de algunas personas de carácter, se presta á la prisión del Auditor y á la de sus principales secuaces; pero reasume en sí todas las facultades menos la Intendencia, y en las circunstancias más apuradas cede el mando por enfermo al Cabo Subalterno D. José de Chastre, que estaba aun más enfermo que él. De este golpe se escapó el Escribano D. Manuel Moreno por fingirse enfermo, y el Teniente de Escribano Don Juan Vizente Cardoso, no sé por qué. Para el escrutinio de los papeles de estos se nombró por el Gobierno, que lo servía Farreras, á D. José de Heres, y es muy regular que nada se hallase; menos los dos últimos y Maneyro, que con anticipación se puso en salvo; los restantes se remitieron á Puerto Rico."

En Julio de 1811 llegó á Guayana, con el carácter de

jefe militar, D. Lorenzo Fernández de la Hoz, enviado de Puerto Rico, á tiempo que los republicanos ocupaban á Soledad, donde montaron seis cañones y rompieron sus fuegos sobre Angostura. A la vez el general Moreno ocupó Santa Cruz, y Barrancas cayó también en manos de los patriotas. La Hoz tomó á Soledad el 6 de Septiembre y Moreno replegó. Marchó luego el jefe realista sobre Barrancas y fué derrotado en Sabana-rasa por 500 jinetes contrarios.

Los republicanos se hacen dueños del Orinoco y levantan una escuadrilla de 29 embarcaciones al mando de Esteves y Vidoc: atacan la enemiga y son rechazados, dejando en poder del contrario un esquife con dos cañones de á cuatro. Después de este rechazo los patriotas se hacen firmes en la ensenada de Sorondo.

Al año siguiente vuelve Moreno á tomar la ofensiva, pasa el Orinoco y fija su cuartel general á media legua de Angostura: traía 1.000 hombres escogidos, al mando de Solá; pero el 26 de Marzo, Chastre vence en Sorondo á la escuadrilla patriota y Solá emprende la retirada. El 11 de Abril es derrotado en la Ceiba, y perseguido de cerca, sólo pudo salvar unos cuantos soldados, pues la mayor parte de su tropa se rindió.

Tranquila quedó Guayana hasta 1813; pero ocupado por el enemigo el apostadero de Yaya, salió el gobernador Farrera con fuerzas fluviales y terrestres. Atacó al contrario en Yocore, provincia de Barcelona, y fué derrotado, quedando en el campo el jefe de las caballerías, D. Juan Soler.

La Regencia nombró en 1814 al capitán de navío don Juan de la Puente, gobernador de Guayana; pero fué hecho prisionero y conducido á Cumaná. Puesto en libertad por Boves, emprendió su viaje á Guayana con 60 hombres de custodia. Al llegar al Pao fué sorprendido por las caballerías enemigas y murió en la refriega.

Para 1815 estaba encargado del mando en Guayana D. Andrés de la Rúa. Al llegar Morillo á Venezuela des-

pachó á D. Nicolás Ceruti con tropas en auxilio de Guayana. Este llegó á Angostura en Junio con 200 infantes del batallón *Barbastro*, 700 hombres de caballería al mando de Salvador Gorrín, y 200 soldados del país y un cañón de campaña. A este tiempo Monagas y Cedeño tomaron á Moitaco con 800 jinetes y vinieron á los alrededores de Angostura, destacando un Cuerpo al mando de Morales para ocupar las Misiones. Ceruti ante todo embarcó á Farreras para Cumaná, y despachó para el cuartel general á La Rúa y á Antonio Fuscar, quienes estorbaban para sus planes personales.

Sale luego Gorrín y el 10 de Junio sorprende á Monagas y le obliga á retirarse con pérdidas. Ocupó éste á Barceloneta, donde se le incorporó Morales, de regreso de su infructuosa expedición. Atacólo Gorrín y lo derrotó; pero no se atrevió á perseguirlo, y Monagas, tranquilamente, pasó el Caura é invadió á Pueblo Nuevo, Caicara, Cuchivero y las misiones de la Encaramada y la Urbana, donde repuso sus pérdidas sin ser inquietado.

En Agosto organizó Ceruti una expedición sobre Caicara; pero los buques en que subía no pudieron remontar el río por la fuerza de la corriente y tuvo que regresar á Angostura, trayendo la peste de una fiebre maligna. Infestó la población y tuvo muchas bajas en las tropas españolas.

El nuevo gobernador, D. Lorenzo de Fitz Gerald, se encargó en 1816, y de seguidas abrió campaña sobre el Carura. Los capuchinos del Caroní le enviaron 400 indios flecheros y le organizaron un Cuerpo de 700 caballos entre Upata, Piacoa y Tispurna. El plan de Fitz Gerald era reconquistar á Caicara, Altagracia y Cuchivero y abrir el comercio fluvial del Apure, pues con la retirada de la escuadrilla de estos lugares «quedó enteramente abierta la comunicación entre los rebeldes de las provincias de Guayana, Barcelona y Caracas, al paso que quedaba interceptada la española con San Fernando y toda la provincia de Barinas». (Informe oficial so-

bre la pérdida de Guayana, 31 de Octubre de 1819.)

«Las operaciones ofensivas—dice el citado informe—que se propuso el Sr. Fitz Gerald emprender por fin del año de 1816, fué menester reducirlas á defensivas en la derecha de la línea del Caura ya por el paso de Piar como por la epidemia que el mismo año 16 afligió á la Capital y todas las dependencias.»

En efecto: Piar sorprendió el 29 de Diciembre un destacamento de Barbastro que custodiaba el paso del Carura llamado de los Negros. El 30 asaltó las trincheras del Paso Real. El 12 de Enero estaba frente á Angostura y el 18 asaltó, sin éxito, la plaza.

Piar dejó una fuerza al frente de la ciudad y marchó solo á las misiones.

El 23 de Febrero derrotó á José Torrealba y le obligó á refugiarse en Guayana la vieja, dejando todo el territorio en manos del jefe republicano.

Fitz Gerald nombró á Ceruti comandante político y militar de las fortalezas de Antigua Guayana; pero éste, el día 6 de Marzo puso preso al gobernador en el Palacio de Gobierno y lo embarcó para el cuartel general reemplazándolo en el mando el mismo Ceruti.

El 27 llegó La Torre en auxilio de Guayana, enviado por Morillo desde el Apure. Rápidamente embarcó 1.800 hombres, según dice el coronel Sevilla, y el 11 de Abril atacó resueltamente á Piar, que lo esperaba en San Félix. Apenas salvó La Torre un centenar de hombres de la derrota que recibió ese día. Ceruti fué hecho prisionero y pasado por las armas. Había contra él la enemiga por crueldad de sus procederes. Consta oficialmente de fuente española que Ceruti hizo pasar por las armas á muchos guayaneses en la Alameda de Angostura, sin forma ni juicio alguno.

Angostura fué evacuada el 18 de Julio. El 3 de Agosto fué abandonada la fortaleza de Guayana la Vieja.

Bajaba el Orinoco la escuadra española llevando las tropas, parques, caudales y emigrados. Se componía de

una corbeta, un bergantín, una polacra, tres goletas, una bombarda, un guairo y seis cañoneras, con un total de 90 cañones, entre ellos uno de á 24, uno de á 20, y seis de á 12, y custodiaba catorce transportes. Mandaba la escuadra Fernando Lizarza.

A poco de haber salido de Guayana la Vieja se encontró con la escuadra republicana al mando del almirante Brion. Componíase ésta de una corbeta, cuatro bergantines, dos goletas y cinco flecheras, con 31 cañones, entre ellos seis de á 18, uno de á 8 y un mortero. Apoyábase la escuadra en un fuerte construído en la isla de Cabrián que tenía seis cañones.

Los realistas forzaron el paso con grandes pérdidas: tres transportes, dos bergantines, una goleta, y una bombarda cayeron en manos de Brion. Lizarza salió herido.

La persecución fué activa y puede decirse que la escuadra se desbandó y los transportes fueron abandonados. Las seis cañoneras tomaron por el caño de Macareo. Los buques de guerra pasaron la barra del Orinoco el 5, y al salir al mar abrió sus fuegos contra ellos la escuadra contraria que venía en pos, un guayro y una goleta de guerra quedaron en manos de los patriotas. También fueron capturados la goleta *Monteverde*, en que iba el parque; el bergantín *Ismenia*, dos fraguas hospitales, y la goleta *Baquier*, en que llevaba Farreras 23.000 pesos. La goleta *Dolores*, en que iba el obispo de Guayana y el clero de Angostura, se varó en Orán y el obispo murió en Guacamaya. Arismendi capturó á los clérigos que eran realistas furibundos y logró convertirlos en buenos patriotas.

La conducta de la escuadra realista fué calificada en el informe oficial español de «ignominiosa retirada que ha dejado una mancha á la posteridad, cuando todos contestarán que obrando regularmente á pesar de todas sus ocurrencias, eran muy suficientes para haber concluído con la de Brión y sus limitadísimas fuerzas».

Oigamos ahora al gobernador Fitz Gerald, repuesto

por La Torre, y que en su informe oficial de 10 de Octubre de 1817 dice lo siguiente:

«Las circunstancias de la hambre que son bien notorias, nos precisaron á abandonar la capital y á trasladarnos al puerto de Antigua Guayana, donde con motivo de que nos estaba aguardando á dos horas de distancia la Escuadra de Brión, fué preciso armar del modo que se pudo, algunos buques mercantes para que con los de guerra protegieran el convoy. Pasamos, en efecto, por delante de la Escuadra enemiga, que nos estuvo haciendo un vivo fuego sin daño ninguno de nuestros buques, pero á poco se introdujo tal desorden en el convoy, y fue tal la absoluta falta de disposiciones en los que mandaban, que logró el enemigo apresar á su salvo cuantos buques quiso, habiendo sido uno de ellos el Bergantín *Ismenia* á bordo del cual se había embarcado parte del Hospital y 40 soldados útiles. En el mismo buque iba el Ministro Contador, Don Juan Sánchez, el Interventor de la Renta de Tabacos, Dr. Félix Farreras, varias familias particulares de las principales de Guayana, con sus caudales y tenía yo también la mayor parte de mi equipaje.» (*Reg. Pub.* Caracas, 1820. Letra B. N.° 25.)

El Libertador entró á Angostura el 11 de Julio de 1817.

GOBERNADORES DE GUAYANA

Antonio de Berrío	1586-1597	†.
Fernando de Berrío	1597-1612	Suspendido.
Sancho de Alquiza.....	1612-1613	
A. Muxica Buitrón.....	1613-1616	Interino como Alcalde.
Diego de Palomeque ...	1616-1618	†.
Juan de Lezama	1618-1618	Interino como Alcalde.
Gerónimo de Grados....	1618-1619	» » »
Fernando de Berrío....	1619-1629	†.
Juan de D. Valdez	1629-1630	Interino como Alcalde.
Luis de Monsalbe......	1630-1635	
Cristóbal de Arana.....	1635-1636	Acusado por el Cabildo
Diego López de Escobar.	1636-1642	Llegó 20 de Junio.

Martín de Mendoza y Berrío	1642-1656	†. Llegó 30 de Agosto.
Pedro de Padilla	1656-1657	Interino como Alcalde.
Cristóbal de Vera	1657-1658	» » »
Pedro de Viedma	1658-1664	Llegó en Agosto 1658.
J. de Azpe y Zuñiga	1665-1670	Se encargó al principio 1665.
Diego Ximenez de Aldana	1670-1677	Se encargó el 19 Agosto 1670.
Tiburcio de Azpe y Zuñiga	1677-1682	
Diego Suárez Ponce	1682-1687	
Sebastián Rotella	1687-1690	Sólo mandó 3 años.
Francisco de Meneses	1690-1696	
José de León y Echales	1696-1701	
Francisco Ruiz de Aguirre	1701-1706	
Felipe de Artieda	1706-1711	
Cristóbal F. de Guzmán	1711-1715	Llegó el 21 de Abril.
Pedro de Yarza	1715-1721	†.
Juan J. de Orvay	1721-1721	Interino como Alcalde.
Martín de Anda y Salazar	1721-1727	
Agustín de Arredondo	1727-1730	
Bartolomé de Aldunete	1730-1732	†.
J. J. de Orvay	1732-1733	Interino como Alcalde.

AGREGADA Á LA NUEVA ANDALUCÍA

Carlos de Sucre	1733-1740	Se encargó el 18 de Agosto.
G. Espinoza de los Monteros	1740-1745	» » 20 de Junio.
Diego de Tabares	1745-1753	» » 9 de Octubre.
Mateo Gual	1753-1757	» » 5 de Marzo.
Nicolás de Castro	1757-1759	
J. Diguja y V.	1759-1762	» » en Enero.

SEPARADA DE LA NUEVA ANDALUCÍA

J. Moreno de Mendoza	1762-1766	Nombrado 4 de Junio.
Manuel Centurión	1766-1776	Nombrado 1.° de Mayo.
José Linares	1776-1777	Interino.
Antonio de la Pereda	1777-1784	Nombrado en 1776.
Miguel Marinon	1785-1791	Llegó en Enero 1785.

Luis Antonio Gil......	1791-1797	
Felipe de Inciarte......	1797-1810	
José de Heres..........	1810-1810	
Matías Farreras..	1810-1812	
José de Chastre........	1812-1813	Interino.
Matías Farreras........	1813-1815	
Andrés de la Rua......	1815-1815	Interino.
Nicolás Ceruti.........	1815-1816	Llegó el 5 de Junio.
Lorenzo Fitz Gerald...	1816-1817	
Nicolás Ceruti.........	1817-1817	
Lorenzo Fitz Gerald...	1817-1817	Repuesto por La Torre.

IV

Las misiones.

Los resultados obtenidos por los conquistadores en Guayana hasta fines del siglo XVII no tuvieron nada de satisfactorios. Un siglo de estériles esfuerzos demostró que se llevaba un camino errado. El indio no era hijo del rigor, como se ha creído. No era una raza despreciable y falta de virilidad, como se pregonó en el mundo entero. La Guayana se despoblaba y los aborígenes vencidos buscaban asilo en las selvas ó emigraban al Esequibo, donde los holandeses les recibían como amigos y no como esclavos. El español quedó dueño del terreno que pisaba, y le rodeaba el desierto, la desolación. Menester era cambiar de rumbo, y éste lo marcaba el resultado obtenido en la Nueva Granada por los frailes franciscanos y en Cumaná y Barcelona.

Tímidos ensayos se habían hecho en Guayana, hermanando la Cruz con la espada; pero nada se logró. Era menester envainar la espada y dejar al misionero solo en su santa obra de catequización.

Veamos la obra del fraile desde el descubrimiento del Orinoco. Berrío trajo en su expedición á fray Domingo de Santa Águeda, quien dijo la primera misa en Guayana en 1591 y fundó un hospicio, que á la vez servía de hospedería, en Santo Thomé. También había venido con Berrío fray Francisco Carrillo, y otro más, que murió á

manos de los indios en la primera vez que quisieron los españoles penetrar al interior de Guayana.

Vera trajo en su expedición, en 1596, 10 padres y 12 franciscanos, de los cuales cinco siguieron con él á Santo Thomé y erigieron en convento el hospicio que allí existía, siendo Carrillo el primer prior de la comunidad, que estaba bajo la jurisdicción de Santa Fe. Nada de provecho hicieron estos frailes, y en 1617 pasó el convento á la jurisdicción de Caracas, llevándose á efecto esta entrega el 25 de Abril de 1618 en esta ciudad. Para entonces Raleigh había quemado el convento, y sólo quedaba en Santo Thomé el guardián, que era fray Juan de Moya, y el padre Lauro, que estaba paralítico y se quemó en una de las casas incendiadas por los invasores. De los sacerdotes que vinieron con Vera, dos murieron en el Delta, dos en el viaje á Trinidad, tres regresaron á Europa, tres franciscanos se fueron á Nueva Granada y uno murió quemado. Los otros tres padres se quedaron en Trinidad.

F. Berrío trajo en 1619 algunos frailes, reedificó el convento, que comenzó á funcionar en 1625, siendo prior el padre Maya, y volvió á quemarse el edificio en 1629, cuando el asalto de Pater. Mudada la población de Santo Tomé en 1632, consta que para 1634, cuando la visitó el obispo López, no había convento. En 1640 la iglesia de Santo Thomé fué erigida en abadía; pero parece que tal disposición no se llevó á efecto. (Alcedo.)

Mientras tanto la acción eclesiástica sobre los indios fué nula, y sólo vino á hacerse sentir en 1652, cuando el rey dispuso suspender las operaciones militares contra los indios y que se confiase á los misioneros la obra de civilizarlos. El gobernador D. Martín de Mendoza llamó inmediatamente el 29 de Septiembre al jesuíta Dionisio Mesland, francés, que estaba en Maturín, para que á nombre de su orden ejerciera su ministerio en Guayana, donde no había religioso alguno. (Pelleprat.)

Mesland fué el primero que emprendió en Guayana

seriamente la catequización de los indios; hizo venir otros jesuítas franceses de las colonias y logró formar dos poblaciones de indios; pero la Corte vió de mal modo su venida y pidió informes sobre el particular. Pedro de Viedma, gobernador, contestó en 1658: «en la ciudad de Santo Thomé está un religioso francés de la Compañía de Jesús en la conversión de los indios, al que el gobernador D. Martín de Mendoza, su antecesor, habiendo entendido que tenía fundación con sus compañeros y otra fundación en el río Guarapiche, que cae en la costa de tierra firme, entre la Guayana y Cumaná, le había llamado y llegó con otros cuatro franceses, lo que causó cuidado á los vecinos». Y agrega que halló al religioso en la enseñanza de los naturales (por falta de sacerdotes), el cual le pidió licencia para irse con la nación holandesa ó inglesa y se la denegó, y «advierte que si apresaba más sobre esto lo remitía al nuevo reino». Se comprende que Mesland no estaba satisfecho de Viedma, y que éste no gustaba del francés.

No paró aquí el incidente, pues el rey dijo al Consejo de Indias en 1662: «También me ha hecho reparo lo que se haya pasado sin mayor reconocimiento lo que se dice del pasaje á aquella parte de Dionisio Mislán con privilegio, según dice, concedido por S. S. y universal Inquisición de Roma, siendo esto una de las cosas que más se ha procurado excusar se introduzca, ni dar lugar á que ningún religioso se haya introducido con semejantes patentes en la enseñanza y doctrina de los indios», y el Consejo resolvió el 10 de Mayo del mismo año «que se de orden al dicho Diego de Egues (virey de Santa Fe) para que pueda haber á las manos al religioso de la Compañía de Jesús que pasó á la Trinidad y la Guayana y que se le recojan las bulas y papeles que haya llevado y que todo se remita á estos reinos con la seguridad que conviene». (Arch. de I.; consultas originales 1654-63; 147-5-25.)

Averiguado el caso, quedó de manifiesto que Mesland

era jesuíta, dependiente de la Congregación en las Antillas francesas, que fué al Guarapiche con licencia de las autoridades de Cumaná y nada tenía que hacer con la Inquisición. Mesland vino á Bogotá en 1664. Los otros tres compañeros murieron en Guayana. En sus *Cartas anuales* de 1652 dicen los jesuítas: «En la misión de Guayana, donde apenas escasa cosecha corresponde al trabajo, el Padre Andrés Ignacio, cabeza de aquella Misión, hombre de obediencia y heroico celo y que había hecho los cuatro votos, cayó en aquel glorioso y más destituído puesto.»

Las dos misiones fundadas por los jesuítas fueron San Pedro *Maricagua* y Santa Magdalena de *Caucao*. Según consta en oficio del gobernador Rotella dirigido al rey, Maricagua fué abandonada poco después de 1690, y Caucao existía en 1694 por estar cerca del Castillo.

En 1659 llegó á Guayana el jesuíta Antonio de Monteverde, quien siguió más tarde á Bogotá por el Orinoco y Casanare; y convencido de que convenía á su Orden fundar misiones en el Orinoco para unirlas á las que tenían en Casanare, «logró persuadir á la autoridad de Santa Fe de las ventajas que resultarían si la Compañía de Jesús tomase posesión de las misiones del Bajo Orinoco». «En tal virtud fueron enviados á Guayana los jesuítas Juan de Vergara y Francisco Ellauri en el año de 1664.» (Cassani.)

«Vergara y Ellauri—dice Borda—llegados á Casanare se embarcaron en el río de este nombre, pasaron al Meta y luego se confiaron al Orinoco... Cuando llegaron á Guayana encontraron unos soldados desnudos y hambrientos y desesperados á quienes nada se pagaba, y que sólo vivían de la casa, pues la colonia había sido incendiada por los Holandeses (1664). Vergara tomó el oficio de doctrinero y Ellauri empezó á catequizar sobre el territorio y sus habitantes, pero poco después de haber principiado sus penosas tareas, se sintió acometido de una fiebre que le detuvo en cama dos meses, al fin de los

cuales espiró, abandonado del mundo en Febrero de 1665. Vergara continuó en sus labores hasta el año siguiente (1666) en que se volvió á los llanos, trayendo noticias acerca de aquellos países, y la mala situación del presidio. Luego que se supo esta situación, se contrató el presidio de Guayana con el Gobierno de Santa Fe y el Provincial del nuevo Reino dispuso que con los soldados que iban á formarlo se embarcasen los PP. Vergara é Ignacio Cano llevando éste último el despacho de Cura en propiedad... Los indios volcaron la canoa en que iban los víveres y se fugaron... por lo que después de pasar muchas miserias regresaron á los llanos por orden recibida de Santa Fe.»

Antes de retirarse Vergara de Guayana entregó las misiones al dominico José Sampaio y al agustino Manuel de la Purificación, quienes las conservaron por algún tiempo. Sobre esto dice el gobernador Zarpe y Zuñiga el 9 de Septiembre de 1682, lo que sigue: «En la ciudad de Guayana hay dos aldeas de indios de la nación Paragotos, indios que han sido convertidos de los que vivían en aquellos contornos y están sujetos y poblados junto á las iglesias que se hicieron para doctrinarlos é instruirlos en las cosas de nuestra fe, y coadyuvan dellos los Padres de la Compañía de Jesús de la Provincia del Nuevo Reino de Granada, quienes los tenían por Misión.» (Strikland. Arch. Cap. de Roma).

Caulin dice que estos jesuítas fueron á Guayana en 1576 y estuvieron allí hasta 1579, en que el holandés Janson destruyó la ciudad, y que el padre Vergara se retiró á Casanare.

Este dicho de Caulin ha creado una Santo Thomé fundada en 1576 y quemada en 1579. Todo esto es un mito.

Los jesuítas, según Barrera, se establecieron por primera vez en el centro de Nueva Granada en 1598. Se lanzaron á los llanos de Casanare en 1628. «Y no bien descubiertas las tribus errantes... Vergara y Ellauri fue-

ron á morir á la frontera de la Guayana.» (*Boletín de Hisioria y Antigüedades.* Bogotá, n.° 2.)

Los jesuítas fueron autorizados por cédula de 30 de Diciembre de 1602 para fundar en la Nueva Granada. Los primeros misioneros llegaron á Cumaná en 1656 y á Bogotá en 1590. Por último, en el informe del virrey de la Pedroza, fechado el 5 de Mayo de 1723, hallamos lo siguiente: «En cumplimiento de esta orden la Compañía de Jesús formó la misión de los Llanos y luego pasó al Orinoco. Allí entraron á dicho río y sus orillas en 1681 los padres Ignacio Fiol... *Julián Vergara* y Agustín Campan que fundaron cinco pueblos.» (Arch. de I. 56-6-19.)

Se ve que Vergara, después de regresar de Guayana en 1666, volvió al Orinoco quince años después. Entonces murió. No es posible que hubiese estado en Guayana en 1575, es decir, un siglo antes.

Consta también en el libro de bautismos de Santo Thomé, correspondiente á los años de 1664 á 1686, cuyo libro se conservó en las misiones y dan testimonio de él Gumilla y el gobernador Diguja, y ambos mencionan que durante dichos años ejercieron su ministerio en Guayana Ignacio Yaury, Julián de Vergara, Dionisio Mesland, jesuítas; José Sampaio, dominico; Manuel de la Purificación, agustino, y además tres clérigos y un racionero.

Cassani, en su historia de la Provincia de Santa Fe de la Compañía de Jesús, publicada en 1741, dice que Vergara y Llaury salieron para Guayana en 1664. Berrío, en sus minuciosos informes al rey, fechados en 1593 y 1594, hace referencia á no haber hallado aún terreno seco donde poblar en Guayana y nunca menciona la tal Santo Thomé fundada en 1576. El informe oficial del prefecto de las Misiones del Caroni, fechado el 28 de Noviembre de 1773, dice así: «Los primeros operarios que vinieron á esta Provincia desde el año de 1664 hasta el de 1682, fueron, según consta de un libro antiguo de Baustismos que está en este archivo, 4 Jesuítas, 1 Do-

minico, 1 Candelario y 5 clérigos que fueron todos once curas sucesivos de la antigua Guayana y por falta de medios no pudieron hacer progreso alguno.» (Arch. Cap. de Roma.)

No es este el solo error de Caulin en materia de fechas. Dice que Ordaz fundó una ciudad en Guayana en 1541 y Ordaz murió en 1532. (Documentos de Ind., t. XII, pág. 46.) Dice que el rey autorizó á Fernández de Cerpa para conquistar la Guayana en 1578 y Cerpa estaba muerto para 1574. (Real Cédula de 7 de Noviembre. (Doc. de Ind., t. XXIII, pág. 207.)

Gumilla copió á Caulin en lo de Santo Thomé y dice que Ellauri y Vergara fueron á Guayana después de haber hecho muchos frutos en San José de Oruña, isla de Trinidad. San José de Oruña fué fundado en 1591.

Fernando Berrío, en 1602, no menciona tal ataque holandés, ni tal ciudad quemada en 1579. En el informe de Diego Ruiz Maldonado, escrito en 1639, hace éste una relación minuciosa de las veces que ha sido incendiada Trinidad y menciona el incendio de Santo Thomé por Raleigh y el de *Llanes* en tiempo de Escobar (1638). Nada dice de la Santo Thomé quemada por este mismo *Llanes* (Jans) en 1579. Felipe de Santiago, en su informe de 2 de Noviembre de 1595 señala el lugar aparente «para hacer el primer asiento de españoles» en el Orinoco. Natural es que hubiese dicho algo sobre la Santo Thomé de 1576, ya que en tal caso este había sido el primer asiento, y sí menciona varias aldeas de los naturales.

En 1650 llegaron á Granada cinco capuchinos aragoneses en momentos en que la isla caía en poder de los franceses, por lo cual siguieron á Cumaná, donde el gobernador Castellar los destinó á Píritu. En 1660 fueron llamados á España; pero el 26 de Octubre de 1662 dispuso el rey que volviesen á Cumaná, y que las misiones de Cumaná y Venezuela dependiesen de la Misión de Sevilla.

Continuemos nuestra narración.

Diez años permaneció Guayana sin trabajos de catequización. Los jesuítas no se ocuparon más de ella, visto lo cual por el gobernador Zuñiga, propuso al prefecto de las misiones de capuchinos de Cumaná, que enviase misiones á Guayana. Contestó el prefecto el 4 de Diciembre de 1677 que lo haría con gusto; pero carecía de religiosos, é insinuó la idea de que era mejor que el rey crease una Misión de capuchinos separada para atender á Guayana. Repitieron esta respuesta el 22 de Marzo de 1678, agregando que estaban dispuestos á hacerse cargo de las misiones de Guayana.

Antes de seguir adelante, el gobernador se dirigió en 1681 á la Audiencia de Santa Fe para obtener por su medio que los jesuítas vinieran á hacerse cargo de sus misiones desamparadas, ó renunciaran á ellas, pues mientras tanto nada podían hacer los capuchinos. En virtud de esta gestión, el superior de la Compañía de Jesús en Bogotá contestó el 17 de Junio de 1681 haciendo formal abandono de las misiones de Guayana por falta de religiosos con que a tenderlas. El gobernador Zuñiga pidió instrucciones á la Audiencia de Santa Fe acerca de lo que debía hacer, y el 16 de Abril de 1682 fué autorizado para enviar misioneros á Guayana y para catequizar á los indios, asignando á aquéllos el sueldo de 132 pesos al año, asignado por la ley.

El 3 de Septiembre llegaron á Trinidad los capuchinos Angel de Mataró y Pablo de Blanes. El gobernador Zuñiga logró hacerlos venir á Guayana el mismo año de 1682, y fueron los primeros capuchinos catalanes que entraron á catequizar á los indios (Strickland. Archivos capuchinos. Roma.) El rey, por Real cédula de 7 de Febrero de 1686, autorizó al misionero apostólico de Cumaná para establecer en Guayana una Misión separada, incluyendo en ella á Trinidad, y permitió la venida de 12 misioneros.

Diez capuchinos vinieron de Cataluña á completar la

Misión de Guayana. De ellos uno murió el 88 en una ranchería de indios, «tierra adentro de la Provincia», uno murió en Santo Thomé el año siguiente, y otro en 1704; dos mataron los indios, y los demás murieron en Trinidad, entre ellos cuatro que mataron los naturales. (Ib.)

Por cédula de 6 de Marzo de 1687 se dispuso que los indios que voluntariamente se convirtiesen al cristianismo no pagasen tributo alguno al Tesoro real durante veinte años, ni se pudiesen encomendar ni repartir.

Los misioneros fundaron los pueblos de *Cura*, *Currucay* y *Avechica* con indios guaicas. «En los quince años que corrieron hasta 1702 fundaron 3 pueblos en Guayana, éstos con los mayores trabajos y á costa de vidas que rendían á los repetidos esfuerzos de aquel malsano como desprevenido terreno.» (Caulin.) El informe del prefecto, fechado el 20 de Junio de 1694, dice así: «Al principio sólo dos Misiones se fundaron en Guayana, porque para entonces no había más lugares, porque los indios estaban muy adentro. Se fundó una Misión para ellos; pero se murió el misionero y hubo que desampararla por falta de sacerdote. La otra cerca del castillo se ha conservado y oigo que tiene 300 almas. El lugar es insalubre y la Misión tendrá que mudarse á otro lugar. Hace poco tiempo fueron 3 Misioneros con el objeto de concentrar los indios que viven en la montaña. Estos Misioneros fundaron dos Misiones, una tiene 500 y otra 400 almas.» (Arch. de Ind., 56-6-19.)

Por cédula de 15 de Agosto de 1708 se dispuso que los misioneros que estaban en Trinidad pusiesen los pueblos de indios en manos de curas doctrinarios y pasasen á ejercer su ministerio á Guayana, tal como lo había solicitado el gobernador. «Luego que dejaron los dichos pueblos los misioneros, considerando lo poco que podían adelantar la reducción en Guayana, sin el abrigo de algunas familias de españoles, pues en dicho presidio (Santo Thomé) no había más que doce, y éstas no

podían faltar del Castillo, pidieron permiso al Gobernador Don Felipe de Artieda para volverse á España y habiéndoselo negado, se embarcaron en una embarcación francesa de las muchas que andan en aquellas costas en donde se condujeron para España y consiguieron de S. M. una Real Cédula para que trajesen treinta familias de Islas Canarias y viniesen también 12 Religiosos para fomentar las Misiones de Guayana.... En la flota de Serrano vino hasta Puerto Rico en 1717 en compañía de una Misión nuestra (Caracas) una Misión de Guayana, y habiendo sido conducida á la Isla de Trinidad el Gobernador que de ella era Don Pedro de Yarza.... hizo que se quedaran allí algunos sacerdotes.» (Informe general de las misiones capuchinas. Agosto 20 1745. Asp., t. I., pág. 388.)

Con esta Misión llegaron las familias españolas, que debían ser socorridas con una subvención pagada por las reales cajas de Santa Fe y Caracas. Fundaron el pueblo de *Caroní* á orillas de este río y un poco al interior; enviaron luego sacerdotes á aquellas dos ciudades en busca de los recursos prometidos. Después de algunos meses, los emisarios volvieron con las manos vacías; el desaliento fué general; agotados los recursos, fué necesario abandonar la nueva población, y así se procedió, de acuerdo con el gobernador. Sus moradores regresaron unos á Trinidad y otros á Santo Thomé. «Los religiosos que estaban atendiendo á los indios de las Misiones del río *Caronich*, diez leguas de Guayana, con el abrigo de las familias de isleños, viéndose desamparados de ellas, y amenazados de los caribes, con consulta del gobernador D. Pedro de Yarza, desampararon el sitio y se retiraron unos á Guayana, otros á la Trinidad y los más se volvieron á España, viendo frustrados sus deseos y cerradas las puertas para la conversión de aquellos gentiles.» (Id.) El misionario que quedó en Santo Thomé se hizo cargo del curato de aquella iglesia, que continuó por muchos años á cargo de los capuchinos.

Este fracaso no desalentó á los capuchinos. El mayor enemigo que tenían era el hambre; la gran dificultad que había que vencer era la consecución de la subsistencia, sin necesidad de los indios. Después de algunos años de estudios resolvieron fundar antes que todo un hato de ganado, como base principal de los trabajos de catequización. Trajeron al efecto cien vacas obtenidas en Píritu, por medio de limosnas y con el eficaz auxilio de los padres observantes de allí, y en 1724 fundaron en *Suay* un hato que luego convirtieron en aldea, con algunos indios guayanos atraídos dulcemente y á quienes no se obligó á trabajar. Estaba situado el hato á dos leguas de Santo Thomé, y en el mismo sitio donde existió la ciudad de *Arias* fundada por F. Berrío. Recogidos los dispersos de *Caroní*, se dió principio el mismo año á la fundación del pueblo, que se daba la mano con *Amaruca*, fundada el mismo año también con guayanos. El 15 de Agosto de 1725 llegó la primera misión de la segunda época. Componíase de seis religiosos.

Á la verdad, en esta segunda intentona de los capuchinos, las circunstancias eran un tanto propicias. Los caribes habían abandonado el campo, la guerra intestina los devoraba: toda Guayana estaba en armas. En el alto Orinoco los *guaipunibos* devastaban el territorio del Río Negro; los *manatovitanos* luchaban tenazmente con los *merepizanos*, por la supremacía del país allende el Caura, y los *caberes* bajaron de las cabeceras del Orinoco á medirse con los *caribes*. Sangrienta fué la lucha entre estas dos naciones. Los caberes obtuvieron en 1720 una victoria decisiva en las costas del Caura, continuaron la persecución y alcanzaron á los caribes en las vueltas del Torno y del Infierno en el Orinoco; allí perecieron todos y apenas uno trajo á las tribus caribes de Guayana el desastre de su nación. Empero, no fué duradero el triunfo de Zeb, jefe de los caberes. Tenían un enemigo aguerrido y tenaz; encendida de nuevo la guerra durante cinco años, el caribe queda dueño del campo y sus con-

trarios diezmados buscaron refugio al lado de los *pamianocas*, en las regiones del Cuchivero. El vencedor quedó impotente, y para reponerse abandonó el territorio comprendido entre el Caroní y cabeceras del Yuruari.

Avanzaron los capuchinos y fundaron en 1727 el pueblo de Altagracia; el cacique *Yaguaria* lo asaltó, lo saqueó y lo quemó; pero gracias á la intervención del gobernador Arredondo, se hicieron las paces y el cacique convino en devolver los ornamentos y algunos otros efectos que se había llevado. El año anterior fundaron á *Yacuario.*

La viruela se presentó en 1728 y también hizo grandes estragos, y destruyó á Yacuario; habiendo invadido á las tribus no reducidas, cebóse en ellas y las dejó aniquiladas. Los capuchinos predicaron que era un castigo de Dios, y los indios, aunque incrédulos, no dejaron de impresionarse ante aquella peste tan horrorosa, y fueron más dóciles á la conversión. La segunda misión de seis religiosos llegó el 23 de Junio de este año.

En Febrero de 1729 llegó á Guayana el obispo francés Nicolás Gervais, obispo de Orrins, con bula del Papa para fundar un Seminario de indios y con el carácter de «vicario apostólico y comisario de las misiones de indios de Paria y el río Orinoco». El gobernador Arredondo se opuso á que el obispo ejerciese su ministerio, porque la bula no tenía la aprobación Real; el prelado se fué á Berbice, y de lo ocurrido se dió cuenta al rey el 18 de Mayo de 1729. El obispo, espíritu aventurero, concibió la peregrina idea de entrar solo al territorio de los indios, y auxiliado por el gobernador holandés desembarcó con unos pocos en la costa del río Aguirre, tributario del Orinoco en el Delta. En Noviembre del mismo año fué sacrificado con todos sus compañeros por los indios caribes, y así lo informó al rey el gobernador el 26 de Abril de 1730. (Arch. de I., 56-4-7.)

El año siguiente vino á Santo Thomé el obispo de Puerto Rico, y en su informe al rey, fechado el 13 de

Abril de 1731, dice lo siguiente: «En la Provincia del Dorado, solo hay un pueblo de españoles al cual asiste un religioso capuchino, y no se puede preveer hasta tanto que se de forma á señalarle cóngrua sustentación. Los demás pueblos son de indios que han conquistado aquellos religiosos, y por no haber más de cuatro no han fundado otros.»

El año de 1733 fundaron á *Cupapuy*, á 16 leguas de Santo Thomé. Estableciéronse allí pesquerías sobre el río Yuruary, que fueron de mucho provecho para la vida de las otras misiones, de manera que el siguiente año se fundó la Misión de *Altagracia*.

Surgieron divergencias acerca del territorio que correspondía á los capuchinos y á los jesuítas, pues éstos también estaban autorizados para fundar misiones en el Orinoco, según cédula de 10 de Mayo de 1716. El gobernador Sucre vino á Guayana en 1734, y el 20 de Mayo se firmó un pacto entre los contendientes, por el cual se estipuló lo siguiente: «Quedando los Reverendos Capuchinos para adelantar sus conversiones con el territorio y distrito que está entre la citada Angustura y la principal boca del Orinoco, donde los Misioneros se distribuirán entre éllos.» Nada se dice del Esequibo, contra lo que asienta fray Simón.

En 1735 se fundó á *Unata* con indios guaraúnos, y al año siguiente á *Tipure* con indios charmas y el 37 á *Pastora*, que era un hato de ganado. En ese año de 1736 llegó la tercera misión con 12 frailes. También llegaron 25 familias isleñas. En informe pasado al obispo Lozano, de Puerto Rico, que vino en visita á Cumaná el año 1639 por fray Benito de Moya, prefecto de los misioneros de Guayana, fechado en Suay el 16 de Noviembre de dicho año, se lee lo siguiente: «En quanto al estado de esta Provincia debo decir á Us. Illma., que es semejante al de un agonizante, sin fuerzas, sin medios ni remedios y vacilando entre muchos enemigos que la circumbalan: en fin es un retrato de desdichas, despreciada y olvidada y

su Iglesia en un todo pobrísima y desalinada. En lo perteneciente á nuestros Misioneros son ocho, sus indios pobladores 2.324, y el nuevo pueblo de los isleños, Nuestra Señora de la Candelaria de Upata.» (Arch. de Indias, 56-4-5.)

La cédula de 14 de Octubre de 1738 ordenó al gobernador abstenerse de ejecutar invasión alguna contra los caribes de Guayana en las cercanías de las misiones, á menos que éstos cometiesen robos, muertes, hostilidades de algún género ú otro acto alguno que obligase á hacerles la guerra, y por cédula de 21 de Junio de 1739 ésta no podía hacerse sino cuando la creyeren conveniente los misioneros, únicos encargados de atraer á los caribes á la vida cristiana.

Á dos leguas al interior de Santo Thomé, en 1740, se formó el pueblo de *Payaraima*, con indios guayanos, como avanzada y centro de producción de granos para las demás misiones.

«Con el establecimiento de las Misiones de Pastora y Altagracia—dice el gobernador Diguja—, los indios principiaron á cultivar la tierra en mayor escala, tal como se requería para el sostenimiento de los habitantes de las Ciudades y Aldeas. El sobrante se daba al Presidio y puede decirse que sin esta ayuda habría sido imposible defender la población de Santo Thomé si no hubiera sido posible á la gente que se ocupaba del tráfico en el Orinoco seguir sus negocios con tanta facilidad como lo hacían si no hubiera sido por el hecho de que hallaban allí abundante provisión de casabe y otros comestibles enviados al mercado por los misioneros. Si las misiones llegaren á dejar de enviar bastimentos por alguna circunstancia, perecería el Presidio. Las provisiones de otras partes saldrían muy costosas y sólo podían obtenerse en lugares muy distantes. Las provisiones suministradas al Presidio son casabe, maíz, arroz, frutas, aves y también jabón. Las misiones cerca del Orinoco no pueden dar nada al presidio por estar situadas en terre-

nos arenosos y estériles en absoluto: son más bien pescadores que agricultores.»

Según el informe del gobernador Espinoza de 30 de Septiembre de 1743, el estado de las misiones era el siguiente:

Suay, destruído por la viruela en 29; fué repoblada para ser quemada por los ingleses el 41; reedificada en 43, fué de nuevo atacada por la viruela, y sólo tenía entonces 130 habitantes.

Amaruca, fué diezmada por la viruela en 41, y sólo tenía 128 vecinos.

Caroni, sufrió la misma peste que Suay, y tenía 305 almas y un fuerte con cuatro cañones.

Altagracia, 439 habitantes y un fuerte.

Cupapuy, 537 almas y un fuerte con dos cañones.

Pastora, 83 habitantes, un fuerte y un hato.

Poyaraima, fué quemada por los ingleses en 1741.

Unata, fué quemada por los caribes en 1742, y también *Tipure*.

Había, por tanto, seis misiones en 1743. En 1745 llegó la cuarta misión, compuesta de ocho capuchinos, y en 1754, llegó la quinta con siete.

Veamos lo que había en 1761, según informe del prefecto de la Congregación, fechado el 26 de Febrero.

El Palmar, fundado en 1746 con parcagutes y caribes. Éstos se huyeron en masa y quedaron 350 de aquéllos.

Miamo, fundada en 48, fué asaltada por los caribes en 50, completamente quemada; reconstruída en 52, después de hecha la paz con estos indios, que consintieron en venir luego á poblarla atraídos por el cultivo del cacao, del tabaco y por el hato de ganado que allí se estableció.

Cumuri, *Tupuquen* y *Curumo*, fundados en 50, fueron destruídos ese año por los caribes.

Aguacagua, fundada en 53, muy decaída por la inconstancia de los guaicas.

Merecure, primer ensayo hecho en 1754 con sólo cari-

bes, á quienes se dieron plantaciones de cacao en 59; parte de los indios se fué en 59 con el cacique Tumatu á la cabeza, pero sin hacer daño á la población.

Yuruari se fundó con guaicas en 55, amigos de huirse, pero que ahora volvían y se sentían inclinados á la vida sedentaria.

Carapo se estableció también con caribes y sin tropa alguna en 56, con buenas plantaciones de algodón y de tabaco, fomentadas y cultivadas por aquéllos.

Avechica, comenzada de nuevo en 58 con guaicas á orillas del Supamo; pero á consecuencia de una reyerta entre aquéllos y los caribes, en la cual murió el cacique de éstos, los caribes, para vengarse, quemaron el pueblo en 59. Vuelto á reedificar en 61, se hicieron plantaciones de algodón y de tabaco, y fué, por fin, abandonada.

Guasipati fué comenzada en 60 con caribes, que fundaron un hato.

Puga se fundó en 60 con arucas, y *Calvario*, con guaraúnos, las cuales no progresaban por falta de provisiones.

Estas 15 misiones tenían 1.031 familias, 4.392 habitantes, 1.081 hombres de armas, 408 casas y tres iglesias El ganado ascendía á 14.000 cabezas.

En 1761 llegó la sexta Misión, compuesta de 11 capuchinos.

Las casas de todos los pueblos, dice el gobernador Diguja, están fabricadas en simetría con la extensión y comodidad suficiente para los indios. Las tres iglesias, aunque pobres, muy aseadas y bastante capaces, y lo mismo la casa de los padres, inmediata á la iglesia. Junto á la del padre hay un torreón hecho de madera y barro y cubierto de paja, donde tienen puestos dos ó tres pedreros. A dicho torreón, casa é iglesia, defiende una cerca de estacas, suficiente muro para la defensa de los caribes, para quienes sirven los pedreros si hay en el pueblo quien los maneje, y el ruido de éstos pone temor á los caribes y no se atreven á llegar al pueblo, y mu-

cho menos á la estacada que defiende el torreón, donde se guarecen las mujeres y los niños y aun los indios, si las fuerzas de los enemigos son superiores ó no dan lugar para ponerse en defensa con sus flechas.

El 15 de Mayo de 1765 llegó la séptima Misión á Santo Thomé con 11 misioneros, y el 20 de Junio dice á este respecto el provincial de la Orden: «Sólo el habernos mandado dos religiosos, legos, tejedor y carpinteros sin haberlos pedido nos ha maravillado algún poco, porque en esta Provincia abundan los tejedores y carpinteros. En las más de las Misiones hay telares que de continuo van, y vamos los religiosos vestidos de vaeta ó paño que aquí se hace, y los indios van vestidos de algodón que tejen. Los dos padres religiosos quedaron muy afligidos al verse engañados, pero los consolé con ofrecerles que haría una oficina común donde se fabricaría nuestro sayal y algodón para vestir los vaqueros del hato y á los negros del cacagual.» (Strickland. Archivos capuchinos de Roma.)

La fundación de Angostura en 1764 encontró grande oposición por parte de los capuchinos; pero á ello tuvieron que someterse y enviaron al gobernador trabajadores, víveres y demás recursos para la construcción de casas, y en especial para la edificación de la primera iglesia. Además el rey dispuso el 5 de Junio de 1762 que Suay fuese trasladada á Angostura, es decir, que la capital de las Misiones fuese también esta ciudad. Los misioneros lograron esquivar el cumplimiento de esta orden y el prefecto dice en su informe de 26 de Junio de 1665 lo que sigue: «Suay la avemos de mudar por orden del Rey por mal sana, querían que fuese á la Angostura, lo que no ha podido ser por no haber allá montes para hacer sus labranzas, y avemos resuelto de agregarle á esta Misión de Caroní, cuya avemos elegido por capital y viene á quedar en el intermedio de los Castillos de la Angostura y Guayana la vieja. Estamos actualmente fabricando la casa capitular y de Procuradu-

ría y tengo ya rematada la teja, á Dios gracias.» (Ib.)

Los misioneros fundaron en 1762 la villa de Upata con 10 familias canarias, y en 69 se comenzó á construir el fuerte de *Hipoqui* por disposición del gobernador Centurión, armado con seis cañones y ayudado eficazmente por los capuchinos que querían avanzar sus conquistas sobre el río Paragua. Este fuerte se convirtió luego en el pueblo español de *Barceloneta.*

En Febrero de 72 los religiosos organizaron una expedición para explotar las cabeceras del Paragua; pero antes de llegar á la Sierra de la Parima, los indios le dispersaron, y los que se salvaron vinieron á Barceloneta. (Ib.)

Llegó en 1773 la octava Misión con 12 capuchinos y la novena en 1784 con 15.

El estado de las misiones, según informe del gobernador Miramón fechado el 10 de Julio 1788, era el siguiente: «Las Misiones que doctrinan los Padres Capuchinos Catalanes consistentes de 13.000 indios de distintas naciones, situadas en la parte más importante, de mayor cuidado y fertilidad de este continente, sin embargo de su antigüedad, todavía se hallan en la clase de nuevas reducciones, y con esperanzas muy remotas de que lleguen al estado de civilización que se desea, por más que se fatiguen los religiosos en darles á conocer cuanto les importa la vida sociable y cristiana, pues no teniendo particular arraigo de bienes y contentándose con una corta labranza de maíz, casabe y algunas raíces para su preciso sustento, todo lo demás lo miran con repugnancia y como sujeción de que huyen cuanto pueden para entregarse al ocio y al libertinaje con no poco riesgo de los Misioneros que quieren contenerlos... Estas Misiones manejadas bajo el sistema económico que hasta el presente se ha seguido, sin que por esto sea según toda probabilidad, el más acertado, ni deje de tener que enmendar á mayor beneficio y utilidad común de la Provincia, son no obstante las más

bien provistas y las que se hallan mejor asistidas.»

Al final del siglo, además de las misiones mencionadas existen las otras 14 que siguen:

Caruachi, 1763.
Huysantano, 65.
Cumamo, 61.
Pracoa, 69.
Tupuquen, 70.
Las Bocas, 70.
Guri, 71.
Unata, 79.
Yavarapana, 79.
San Serafín, 79.
Cura, 82.
Currucay, 83.
Ayeaba, 85; y
Turmeremo, 88.

La misión de *Amaruca* se trasladó á Santa María del *Yacuario*, que fundada en 1726, fué á poco abandonada y ahora se repobló de nuevo. *Avechica* se repobló en 1783.

Estas 28 misiones tenían 15.908 almas. *Aguacagua* había sido abandonada.

Entremos ahora á estudiar las interioridades de las misiones, para lo cual hallamos detalles preciosos en el informe de E. Alvarado de fecha 20 de Abril de 1755.

Nunca cumplieron los misioneros de Guayana las Ordenanzas del superior aprobadas por el rey el 4 de Octubre de 1707 y que eran obligatorias para las Indias Occidentales. Algunas disposiciones eran realmente absurdas, dado el trabajo que tenían y las dificultades y sinsabores del oficio. Tales era el artículo 11, que los mandaba que se diesen azotes los lunes, miércoles y viernes de cada semana, para que el cuerpo no se rebelase contra el espíritu: otras, como el art. 12, prohibía que entrasen mujeres á las casas de los misioneros.

Debido á la imposibilidad de observar las horas canónicas con los coros, maitines, disciplinas y otras reglas de la Orden de San Francisco, los Papas León X y Adriano VI eximieron á los capuchinos de Guayana de la observancia de aquéllas, y los facultaron para hacer sus rezos en las horas que les fueron convenientes. Como no formaban una comunidad en el sentido canónico, el ayuno, las penitencias y demás mortificaciones pertenecientes á su carácter religioso quedaban al criterio de cada cual, sin serles obligatorio, lo mismo que la abstinencia y vigilia.

Al amanecer se levantaban al toque de Ave-María, rezaban las letanías, oraban un poco y luego decían la misa á las seis de la mañana. Al terminar ésta se llamaba á la iglesia á los indios: estaban obligados á venir los niños, las solteras y las casadas que sólo tenían un hijo. El rezo era en español y se reducía al Padrenuestro, Avemaría, Credo, Mandamientos y Artículos de la Fe: guiábalo el misionero ó un coadjutor, si lo había. Terminado el rezo, los frailes se dedicaban á ocupaciones domésticas ó á la lectura, según sus inclinaciones: almorzaban de once á doce y luego dormían la siesta.

En la tarde se llamaba de nuevo al rezo: en algunos pueblos se rezaba en dialecto pariagoto, para que los indios pudieran comprenderlo: pero lo interesante era que éstos lo supiesen de memoria, aun cuando no lo entendieran. El misionero ocupaba el resto de la tarde en asuntos económicos y en vigilar los indios recién convertidos.

Al obscurecer comía: á las nueve de la noche se tocaba Ánimas, y luego salía el misionero á dar una vuelta por el pueblo, para cerciorarse de que todo estaba en orden.

Vestían algunos trajes ligeros, otros de lana, y los más de tela cruda: todos usaban barba. La bula papal les señaló como ropa interior una camiseta que llamaban enjugador, con mangas cortas: andaban con las piernas desnudas y usaban pantuflas ó zapatos bajos en vez de san-

dalias. Eran muy aficionados á los animales, especialmente los monos y los loros; para viajar llevan botas altas, espuelas, un par de pistolas, un machete y el breviario.

Para catequizar una tribu salía la caravana con comida abundante, guayucos, hachas, machetes, cuchillos y regalos para las indias; llevaban indios que les servían de intérpretes y dos soldados; todos los de la comitiva iban armados. Los intérpretes se adelantaban á ofrecer la visita á la tribu; luego venía el misionero y hacía los regalos que sellaban la amistad. Hacían luego varias otras visitas hasta obtener resultado satisfactorio ó convencerse de que nada podía lograrse.

Cada tres años elegían prefecto en Capítulo. Las misiones dependían del principal de Andalucía y no de Cataluña. No podían adquirir propiedades; disponían, sí, del usufructo de ellas. Se mantenían los frailes con carne y legumbres.

Andando el tiempo se nombró un procurador y se creó un fondo común manejado por éste; á este fondo iba íntegro todo cuanto producían las misiones; el indio no tenía nada. El procurador vendía ó exportaba los frutos, daba á los frailes aquellos artículos que no se producían: como vestidos interiores, calzado, cebada, harina, vino, sal y otros items detallados en una partida aprobada por el superior; había además otro ramo de gastos en el cual se incluían hachas, cuchillos, machetes y otros artículos que se vendían ó daban á los indios, en pago de hamacas, cestas, ó su trabajo personal, ó el dinero que ganaban fuera.

Como en Saint-Thome, necesitaban peones para los trabajos y labranzas, suplíanlos los misioneros á un salario fijo que se entregaba á éste, recibiendo en cambio objetos que los indios necesitaban.

Los frailes fabricaban un extracto de la cascarilla ó corteza de Angostura, que era un tónico antifebrífugo. Se daba esta planta en Cupapuy, Upata y Altagracia.

Este medicamento se exportaba por cuenta de la comunidad.

Recibía cada misionero, según informe de fray Benito de la Garriga fechado el 14 de Octubre de 1773: «una ración anual del valor de unos ochenta pesos en géneros como coletas, ruanes, etc.; 3 hachas, 3 campuxanas, 3 azadas, 3 chafarotes, 12 docenas de cuchillos, 2 mazos de cuentas y las demás chucherias como agujas, espejos, cintas, para que pueda el Religioso hacer algunas limosnas, vestir muchachos, pagar lavandera, etc.: por esta razón se le da también á cada Religioso seis almudes de cacao, velas y sebo; y el jabón cada padre se lo hace en su casa. Además de esto siempre se ha acostumbrado dar á los Religiosos todo lo necesario para su personal, cuando lo ha pedido cada individuo y se le ha ofrecido la necesidad entre año, como hábito, hamaca, pañuelos, sandalias, papel, paños menores, tabaco en hoja, y hasta lo más mínimo que han pedido, á fin de que se mantenga cada uno en la vida común, y no tenga motivo de valerse de trapellas con seculares.»

El misionero era el jefe, el administrador y el juez. Tenía á sus órdenes alcaldes escogidos entre los indios, que eran á la vez jefes de policía. El castigo común era el cepo.

Veamos ahora lo que era una misión en el siglo pasado. Lavayesse, que las visitó á comienzos del siglo, describe así la de Cupapuy: «La Iglesia y la casa del misionero son grandes y bellas, pero sin lujo, adornada esta última con algunos retratos de los jesuítas. La aldea de los indios es un cuadrado en el cual cada familia india tiene su casa edificada de barro ó con ladrillos crudos, bien abrigada y con el techo cubierto de palmas, cada casa tiene al frente una pequeña galería, que contribuye á hacerla más fresca.»

Walker describe así la de Altagracia: «Se compone de una Iglesia, la casa del comandante y los almacenes que ocupan todo un lado de la plaza: enfrente están las ca-

bañas de los indios en número de 88, separadas unas de otras por un espacio de veinte pies en todas direcciones; están en filas de á once en cada una, construidas con barro y cubiertas con teja, tienen dos puertas iguales una al frente y otra detrás; como el techo sobresale á la calle, está sujeto por pilares, y forma una especie de corredor.»

Vamos ahora á la parte espiritual: «Para oir misa, los indios están todos de rodillas en dos filas con grandes rosarios en la mano. Al alzar pegan la cara al suelo y luego entonan un cántico, cuyo estribillo repiten algunos hombres. En la comunión, que á muy pocos se les permite recibir, se dan fuertes golpes de pecho. Los jóvenes y las mujeres parecen más recogidos que los viejos.» (Lavayesse.)

«Los indios—dice Walker—van á la Iglesia por la mañana y en la tarde á cantar cosas que no entienden. Nada se les da que se parezca á la instrucción.»

«En cuanto á instrucción religiosa me parece que está limitada á la observancia de las ceremonias que celebran los instructores católicos. Es cierto que los indios asisten puntualmente á ellas, pero los misioneros mismos no pueden alabarse de obtener de ellos otros adelantos religiosos.» (*Campaignes en Venezuela.)*

Entremos en la parte económica de la misión. Todos los indios estaban obligados á cultivar la tierra, y las indias á tejer telas ordinarias de algodón, hacer hamacas, velas, etc. Cuando no había trabajo en la misión se les permitía ir á trabajar en otra; pero tenían que volver, y si se fugaban se les castigaba severamente. Todos los productos agrícolas é industriales de los indios van á la bodega, y el padre hace la distribución según las necesidades de cada familia. La mitad del producto se destina para este objeto y el resto se divide en cinco partes: tres para el rey y dos para los misioneros. Estos reciben además dos reses mensuales para cada uno. Hecha la distribución de la parte de los indios, el sobrante, así

como el añil, algodón, etc., se vende ó se cambia por herramienta y ropa. Ningún indio fué comerciante. Los negociantes se establecían en la misión con permiso del misionero.

Para apreciar el resultado de los trabajos de los misioneros, oigamos lo que dice el gobernador Centurión en su informe de 1771: «Los misioneros no hacen mayores progresos en la reducción y población de los indios, porque éstos no hallan en las misiones la conveniencia del comercio, y padecen los inconvenientes de una sociedad reclusa, porque con el especioso pretexto de que no les engañen los españoles, impiden á los indios el comercio con éstos, y los miserables indios no teniendo á quien vender sus frutos, los dejan perder, y así se ve en esta provincia pueblos de más de cuarenta años de antigüedad, donde todavía están los indios desnudos y tan huraños como los mismos salvajes.» Y Diguja decía en 1761: «Algunos indios son ya cristianos, pero sin haberles podido quitar los muchos vicios comunes, y andan desnudos por la dificultad que hay en conseguir la ropa. Cuatro ó cinco pueblos de los más antiguos hay con los indios vestidos porque los frailes mandan á Guayana el casabe sobrante y compran ropa.»

Trató Centurión de poner bajo la jurisdicción civil á Caroní, Merecure, Calvario y Caruachi, y esto dió lugar á un gran pleito, en el cual triunfaron los capuchinos, pues el rey resolvió el 6 de Julio de 1774 que continuasen como estaban. Como muestra de gratitud, los misioneros ofrecieron á la corona 10.000 reses en 1777. El rey aceptó el regalo y mandó se distribuyese entre los habitantes de Guayana. Al decir del gobernador Marinon en 1788, hasta esa fecha no se había logrado que los frailes entregasen el ganado.

Por estos tiempos establecióse lo que se llamó «entradas», que era simplemente una cacería de indios, especialmente mujeres y niños, á quienes llevaban los misioneros á lugares distantes, donde se les obligaba á vivir.

Para ello se armaba la expedición, compuesta de indios ya reducidos y algunos soldados, y la dirigía un capuchino. Fray Mariano de Cervera describe una de sus muchas entradas en carta al provincial, fechada el 9 de Diciembre de 1787. «El año pasado—dice—fuí á las bocas del Orinoco á una Entrada de Guaraunos. Llevaba no más que dos soldados, y Guayanos del Caroní. Fué entrada buena y breve porque á pocos días tuve hecha la pesquería y me vine con 140 almas y todos llegaron acá, menos ocho que se me escaparon en San Antonio; si bien después se cojieron. A principios de este año fuí á otra entrada al río Cuyuní y me acompañó el Padre Antonio Matorrel con sus caribes de Cumano y no pudimos cojer sino 81 almas, por que el mismo día que nosotros salimos se escapó un Guaica de la Misión de Cura á dar aviso á los del monte, y los hallamos todos alborotados.» (Archivos capuchinos; Roma.)

Ya para esta época los misioneros campeaban de su cuenta. El gobernador Marinon dice al intendente de Caracas el 17 de Agosto de 1788: «Los Capuchinos están sin ninguna sujeción y me disputan mi autoridad y no reconocen los poderes del Primer Magistrado de esta Provincia, sino simplemente hacen lo que quieren... No tengo esperanzas de que estas Misiones sean permanentes, tanto por el conocimiento que tengo de las circunstancias referentes á su fundación, como por la localidad en que están situadas.»

Las disensiones internas entre los capuchinos no se hicieron esperar. En 1784 acordó el prefecto fundar el hato de Aycaba en las Sabanas de Cura. El año siguiente ordenó la creación de una Misión en aquel punto. En 1787 dispuso que el misionero de Altagracia mudase para ella los indios que allí tenía; éste se opuso, ocurrió al rey y la Corte le dió la razón. A propósito de este incidente el prefecto y conjueces dieron un informe al rey, fechado el 31 de Octubre de 1788, en el cual hallamos estos curiosos conceptos. «No satisface lo que dice

en la carta cuia copia incluío con la letra B, de que los indios no quieren ir. No satisface todo lo demás que en ella dice porque sabemos que los indios hacen lo que quiere el Padre Presidente de la Misión, máxime siendo como son aquellos indios guayanos, y entre estos los que siempre han sido más obedientes, que por otra parte sabemos el imperio con que los gobierna y los castigos que les da ó hace dar quando á él le conviene por estabilidad de su pueblo ó cuando algún indio le responde con arrogancia, y porque pues no les hizo castigar si le respondieron que no querían ir.» (Strickland. Arch. cap. de Roma.)

Muy lejos estamos ya, como vamos viendo, de aquella mansedumbre y bondad de alma de los misioneros. La décima Misión, con 10 misioneros, llegó á 1792.

El rey pidió informes acerca de las misiones al intendente de Caracas D. Esteban Fernández de León, quien dijo en 7 de Septiembre de 1797, «que sin embargo de ser tan antiguas las Misiones se hallan los indios tan rudos é ignorantes en la Religión y ramos de industria y materia civil como cuando salieron de los montes, y ni aun los dejan hablar lengua española». (Ib.) A ello contestó el prefecto el 30 de Septiembre de 1802 en estos términos: «Digo para probar lo contrario que el testigo de mayor excepción, que es el Illmo. Sr. Obispo actual, vió á su llegada á esta Provincia en su primer recibimiento en su venerable persona un acto religioso de cristiana civilización de nuestros indios, que puede S. S. Illma. con certeza inferir no estar los indios en nuestras misiones tan rudos é ignorantes en los conocimientos de la Religión como cuando salieron de los montes, y en ramos de industria puede ser que hayamos á proporción adelantado más que en la misma Capital de Guayana, pues habiendo Carpinteros, Herreros, Texeros y Zapateros, hay Curtidores y Texedores de lienzo, que no sabemos haya en Guayana, á lo menos telares, lo que está conexo con el ramo civil y el ramo industrial.

En quanto á hablar la lengua española á más de serlo el rezado por los Misioneros, jamás ó rara vez les hablan en otra lengua y por motivo de que la aprendan mejor se mortifican los religiosos en tener habitualmente diez ó doce muchachos en casa vistiéndoles y dándoles de comer, y tienen escuela de leer, música, etc., donde hay comodidad.» (Ib.)

No fué muy satisfactorio el informe del obispo doctor B. Cabello acerca de este viaje á las misiones escrito el 11 de Abril de 1807, pues dice así: «Luego que se hubo concluído la Misa del Religioso, apenas se habían retirado los indios á sus casas, cuando volvieron á parecer alborotando el pueblo con gritos y algazaras, todos borrachos, desnudos y horriblemente pintados de negro y colorado, de manera que nos hicieron temer alguna desgracia inesperada. Siendo aún más escandaloso lo que siguió á aquella bárbara diversión, y era un baile impúdico en el cual los indios mezclados con algunos españoles negros y zambos de las haciendas vecinas, después que habían embriagado á las indias las prostituían sin el menor rubor y abusaban de ellas públicamente á vista de los demás.» (Registro público de Caracas, 1807. Letra O, núm. 1.)

La última misión vino en 1802 y se componía de 14 misioneros.

Los capuchinos redujeron á los indios, los hicieron vivir en comunidad, crearon algo de vida sedentaria, les impusieron sus ceremonias religiosas sin hacérselas comprender; les prohibieron pintarse, les enseñaron á vestirse y algunos oficios mecánicos; suprimieron en el exterior las ideas supersticiosas de los indios; pero no pudieron ó no supieron destituir en el indio las nuevas ideas en lugar de las anteriores. El indio fué convertido en máquina: se atrofió su imaginación y desapareció la alegría infantil para ser sustituída por un espíritu taciturno; como no tenía voluntad propia se apagó la iniciativa; permaneció alejado de la civilización europea

por temor de que se corrompiese, y ni aun el idioma español pudo aprender.

Cuando el cristianismo quiso dominar, el paganismo tuvo que tomar de éste muchas de sus fórmulas exteriores, adaptándolas á las nuevas creencias y dándoles distinta significación. Los capuchinos no supieron poner un puente entre el niño indio y el hombre cristiano; por el contrario: cortaron por completo todo lazo de unión entre el pasado y el presente; no inculcaron al indio ideas sencillas, fáciles y á su alcance; del cristianismo se ocuparon poco; del catolicismo enseñaron las intransigencias de la época; creyeron que era mejor dominarlos por el miedo y le mostraron un Dios terrible, vengador, iracundo, severo, que le castigaba sus faltas sin piedad ni misericordia, y un infierno de candela y plomo derretido, con otras patrañas por el estilo. Además se les hizo creer desde el principio que Dios y misionero eran una misma cosa: que éste era el representante de aquél. Á tiempo que se le castigaba, si ofrecían siembras á la luna eclipsada, por creerla ofendida contra ellos, se les hacía creer que la ira del sacerdote era la ira de Dios. La personificación de la sublime idea cristiana en beneficio del clero era dogma de difícil comprensión para los indios. Veían en su infantil lógica á un hombre más temible y más poderoso que Dios. Mala táctica fué emplear el terror como resorte de enseñanza con aquellos niños. Cedían fácilmente á los principios cristianos, se reducían á la vida doméstica, aceptaban la hermandad, la bondad, la beniguidad, porque palpaban el beneficio; pero cuando aparecía el sacerdote amenazándole con castigos eternos, pailas de aceite hirviendo y plomo derretido, y suplicios que no tenían fin, el miedo se apoderaba de ellos, como pasa con los niños á quienes se duerme con cuentos de fantasmas y muertos, y el indio atemorizado venía á ser un cretino del sacerdote, quien entonces, le consideraba reducido y con su alma salvada.

Educado el indio bajo el yugo despótico del cacique,

vió en el sacerdote otro cacique con hábito. Conoció algunos sacerdotes mansos de corazón y llenos de bondad; pero nunca se les hizo entender que había un Dios sin odios ni rencores, dispuesto á perdonar, amante de las criaturas, cuidadoso de ellas y para quien sus faltas eran inherentes á su propia naturaleza. Se enseñó al indio á temer á Dios, no á amar á Dios. No se levantó á la mujer. Se formaron agrupaciones sin base, porque la base de la sociedad es la propiedad y el indio no tenía nada. Se pensó más en salvar almas para la otra vida que en formar hombres para ésta. Y no se diga que no había elementos: lo que faltó fué la idea que viniese á sustituir prácticamente á la primitiva del salvaje. Un día sonó el clarín de la independencia, y los indios del Caroní la llevaron en triunfo hasta el Perú, é inmortalizaron en Ayacucho el nombre de su batallón: Rifles.

¿Qué fué el indio en manos del misionero? Un ser débil, aplastado por el peso de una vida regulada como un reloj, sin libertad de acción, porque la confesión le ataba. Sus horas estaban distribuídas: todo lo consultaba con el padre, no se le permitía el raciocinio, sino la obediencia pasiva.

Este fué el grave error de los misioneros. Error disculpable por las ideas de aquellos tiempos. La natural aspiración del hombre es dirigir sus acciones y poseer algo. Desde el momento en que el indio no tenía propiedad y nada era suyo, poco le importaba el mundo. El espíritu sólo se levanta cuando el hombre se siente dueño y señor de algo. Es entonces cuando se crean las fuerzas productoras, únicas que hacen marchar á la humanidad, así en lo moral como en lo material.

El niño tiene sus juguetes suyos.

El perro tiene su hueso suyo.

Ambos defienden su propiedad,

El indio era menos que un niño, menos que un perro. Nada era suyo. El resultado lógico de semejante sistema tenía que ser el estancamiento de las fuentes del progre-

so, la paralización de las ideas, la nirvana del cerebro. Era el aplastamiento moral y material, la desperfección de la criatura, el salto atrás en la civilización.

Con mejor acierto procedieron los jesuítas en la Nueva Granada. Á los padres de familia indios se les repartían ciertas porciones de tierra en pleno uso para labrarlas y aprovecharse de su producto. Era esta una propiedad permanente y vitalicia, con todos los caracteres de un vínculo, que hacía á la familia propietaria.

Humboldt dice á este respeto: «Si el grande y útil establecimiento de las misiones americanas experimentase poco á poco los perfeccionamientos que varios Obispos han propuesto: si en lugar de reclutar los Misioneros al azar en los conventos de España, se educasen religiosos jóvenes en Seminarios ó Colegios de Misiones fundados en América, no serían necesarias expediciones militares. Sin las vejaciones de los militares y sin las incursiones hostiles de los monjes y sin las entradas y conquistas apostólicas los naturales no se habrían alejado de las costas del Orinoco. Cuando se abandone el sistema irracional de introducir el régimen conventual en las florestas y sabanas de América, y se deje gozar á los indios del fruto de su trabajo, y se les gobierne menos, es decir, no poniéndole trabas á cada instante á su libertad natural, los misioneros verán crecer rápidamente la esfera de su actividad que deberá ser la de la civilización humana.»

El desaparecimiento de las misiones, previsto desde 1788 por el gobernador Marinon en su informe de 4 de Agosto, no fué el resultado de la desaparición de los capuchinos, ni de la guerra de la independencia, sino de la falta de base para subsistir. La guerra fué más desastrosa en Cumaná y Barcelona, y las misiones no desaparecieron á pesar de la falta de sacerdotes: ello provino de que allí las misiones eran pueblos con derechos civiles y estaban fuera del dominio temporal de los frailes, tal como lo disponía la ley Real, que mandaba que

toda misión, después de veinte años de existencia, pasase á la jurisdicción de la autoridad civil. Los misioneros lograron eludir en Guayana el cumplimiento de esta Real orden.

Pero no tenemos derecho á ser severos con los misioneros. ¿Qué era un misionero? Para ordenarse un clérigo entonces en España necesitaba una renta para vivir, lo que suponía una posición desahogada. El clérigo era un hijo de familia acomodada. El fraile no estaba en iguales condiciones: como no necesitaba renta, era generalmente el hijo del artesano sin educación, rústico y vulgar, que habia vivido en una atmósfera tosca y baja: criado entre la plebe, en un ambiente grosero y fanático, cuando llegaba á ser fraile no sabia apreciar la nueva posición que tenía, y las ideas y modales de la niñez le acompañaban al convento. Allí sólo le daban de comer, de modo que tenía que mendigar entre sus parientes ó almas caritativas la ropa y el calzado, pues el convento le daba el hábito. El nuevo fraile tenía, por tanto, ideas muy reducidas acerca del mundo y la decencia, no siendo el aseo cualidad descollante entre ellos. Limitados sus estudios á lo preciso para ordenarse, carecía de conocimientos útiles, de nociones científicas, de ideas verdaderamente cristianas: la ociosidad del claustro le hacía amar la pereza, y en su cerebro sólo germinaban ideas de intolerancia y grosero fanatismo; es decir, del catolicismo sólo aprendían y practicaban la parte exterior é intransigente, pudiéramos decir la parte material, pues la falta de instrucción y las trabas de la inquisición le impedían ver la parte noble y bella del cristianismo y mucho menos analizarla, comprenderla y practicarla. De este almácigo salían los misioneros.

Veamos ahora cómo se reclutaban: «Casi todos los años llegaban de América Comisarios Misionarios de varias órdenes religiosas para llevar refuerzos á las comunidades de Ultramar: luego se internaban en las Provincias de la Península y daban principio al enganche

de estos religiosos, cuyas circunstancias borran la profanidad de esta expresión. Los refractarios que se negaban á clausura, los que desterrados de Comunidad en Comunidad eran el escándalo de la Provincia, y los que informados de la vida de sus correligionarios en el Perú y de las ventajas de la alternativa querían incorporarse á aquéllos para gozar éstas, acudían al Comisario de la Misión y se alistaban para pasar á las Indias. Completo el número eran llevados á Cádiz, donde el Gobernador de aquel puerto forzaba á los navieros para que los transportasen á los puertos de su destino. Aunque el Estado pagaba un tanto de pasaje por cada religioso, temían tanto los capitanes á esta especie de pasajeros, que preferían retardar su partida por algunos meses para librarse de ellos. Regularmente sucedía que los religiosos se empeñaban en ir en una embarcación, cuyo dueño ó capitán no los quería llevar, lo que precisaba frecuentemente al Gobernador á mandar guardias á bordo para compeler al capitán á recibir los Misioneros, ó forzar éstos con fuerza armada á embarcarse donde no querían ir.» (Ulloa. Nota.)

No eran, pues, culpables los misioneros: no había mala fe sino ignorancia y fanatismo. Si ellos mismos tenían la inteligencia atrofiada por ideas intransigentes, si allí no cabía nada que pareciese tolerancia, si al ver un holandés se espantaban como si viesen al demonio, y esto sólo porque era protestante, ¿cómo pretender que inculcasen otros preceptos á los indios? Hicieron lo que estaba á su alcance: no tenemos derecho para pedirles más. El cargo severo que podemos hacerle es la relajación en sus costumbres después de practicada la conversión de los indios. Como sucede generalmente en las comunidades, las reglas fueron cayendo en desuso, la vida ociosa produjo sus naturales efectos, la falta de vigilancia dió por resultado la molicie y los malos hábitos y se les acusó de glotones y libertinos, los dos pecados capitales de la vida contemplativa. Separados del mundo,

sin otro freno que su propia voluntad, sin otra ley que la que ellos mismos quisieran respetar, el clamor contra ellos fué general y las quejas llegaron hasta el trono.

D. José de Olazarra fué encargado de investigar acerca de los cargos que se hacían á los capuchinos, y en 1813 dió un informe que contiene los siguientes párrafos: «No contentos los Misioneros de ejercer un imperio espiritual y temporal exclusivo sobre estos infortunados, les conservan por el más extravagante capricho ó sea por su hidrópica ambición á las temporalidades y dominio en la ignorancia de nuestra sagrada religión. Los Capuchinos opulentos y ricos en medio de su recomendable método para fundar constituídos en señores de Vasallos, cuyas acciones se trasmiten de uno en otro... Tienen 17.892 almas en su jurisdicción con cuyas personas y bienes hacen cuanto les dicta su capricho. Sus comercios y opulencia son tan notorias, como agenas de la orden seráfica y de la ilustración del actual gobierno español. No pagan diezmos ni otra alguna contribución. Ultimamente, cuando todas las misiones que han excedido del término duplo acordado por la Ley de Indias en el mando económico y temporal de que hay alguna razón, después de ochenta y ocho años de fundadas algunas Misiones, sin que ninguna baje de 25 años, sin haber un indio de tantos millares nacidos en sociedad que sepa leer, escribir, contar y Doctrina Cristiana de Comunión.»

Las Cortes españolas acordaron en 13 de Septiembre de 1813 que todas las Misiones de Guayana se pusiesen bajo la autoridad del Ordinario Eclesiástico, «en virtud de los males que sufrían los habitantes así en lo moral como en lo político». (Asp. Vol. IV, p. 736).

Al cumplirse esta orden existían 27 misiones y dos pueblos con 21.246 habitantes.

El último documento oficial de los misioneros que hemos hallado es el informe de 13 de Octubre de 1816, firmado por el prefecto Fulgencio de Barcelona y diri-

gido al comisario general, y es propiamente un cuadro de las misiones: existían entonces 34 misioneros y seis enfermeros.

A principios de 1817 las misiones cayeron en poder de los republicanos. Había 35 capuchinos y seis enfermeros, de los cuales fueron capturados 30 religiosos y cuatro enfermeros. Los restantes se fugaron á Demerara. En la prisión murieron de viruelas ocho sacerdotes y dos enfermeros. El 2 de Mayo asumió el Libertador el mando de Guayana y el 5 llegó á Caroní: el 6 indicó al padre Blanco la conveniencia de trasladarlos á Tupuquen y Turmeremo, que eran misiones distantes, pues consideraba pernicioso el influjo de aquéllos sobre los indios. El 7 de Mayo el comandante militar de Caruachi, capitán Juan Camero, entregó á los señores coronel Jacinto Lara y capitán Juan de D. Monzón, así la plaza y guarnición como los capuchinos, en cumplimiento de las órdenes de Bolívar. Lara y Monzón habían venido á Guayana con el Libertador, y no formaban parte de las fuerzas de Piar. Los capuchinos fueron trasladados á orillas del río Caroní, y allí los mataron. Sea que estos dos oficiales cumpliesen instrucciones de su jefe, sea que hubiesen interpretado mal la orden que les diera Bolívar, éste asumió por completo la responsabilidad del hecho, puesto que los autores inmediatos no sufrieron castigo alguno, y no eran entonces hombres de tanta importancia como para que hubiera sido necesario contemporizar. En aquel entonces matar unos cuantos españoles era, si se quiere, obra meritoria, como en tiempos anteriores lo era en España matar moros. Aquéllos no eran sacerdotes, sino españoles hostiles: lo dicen sus mismos compañeros. En las honras celebradas á la memoria de los muertos en Barcelona de España el 10 de Junio de 1818, dice fray Nicolás de Vich desde la cátedra sagrada: «Los rebeldes insurgentes viendo la mucha resistencia y conociendo que la causa total de ella era el influjo de los Padres Misioneros, todos los años,

desde el principio de la insurrección, procuraban con los mayores esfuerzos invadir sus pueblos, pero siempre inútilmente pues dichos Padres tomaban las más justas medidas y enérgicos procederes, alarmando sus indios y abasteciendo las tropas de un todo y contribuyendo con caballos, víveres y utensilios de toda clase que permitía su posibilidad. Por este motivo se había acarreado aquella Comunidad la indignación de los rebeldes.»

La muerte de los capuchinos es uno de tantos incidentes de nuestra guerra de independencia, de los cuales poco se ocupaban los hombres de uno y otro bando. El hábito no había de salvarlos, porque se distinguieron en su hostilidad á los patriotas y fueron de hecho beligerantes y sujetos, por tanto, á las leyes de la guerra en aquellos tiempos.

Empero sobre la tumba de los capuchinos, Venezuela está obligada á depositar coronas de agradecimiento. Esos frailes salvaron la integridad de la Patria. En nuestra cuestión de límites con la Guayana inglesa, el único argumento sólido é incontestable que pudimos presentar para justificar nuestro derecho sobre Guayana fué la obra que allí hicieron los misioneros. A ellos les debemos no haberlo perdido todo. Hasta donde llegaron los religiosos en su misión evangélica puede decirse que llegaron nuestras fronteras. Al plantar la Cruz fijaron los linderos de Venezuela.

II

LA COLONIA

I

El marqués de Varinas.

Gabriel Fernández de Villalobos fué un hombre raro. Se formó solo y perteneció á esa falange de aventureros instruídos, inteligentes, astutos y audaces que venían de España á América en los tiempos coloniales en busca de fortuna. Su divisa era meterse en todo, dar consejos á quien no se los estaba pidiendo, y decir las cosas en términos tales, que del rey para abajo lastimó á todo el mundo.

Nacido en 1642 en la villa de Almendros (Cuenca), se vino niño á Cuba, en 1653, donde se colocó en un ingenio de azúcar. Luego sentó plaza de soldado, y fué en la expedición de Martín de Riva Agüero, corregidor de Cajamarca, y á la reducción de los indios jíbaros en 1655. Hecho prisionero en el Brasil, fué vendido como esclavo en Jamaica, de donde se fugó á Panamá. De allí le echó para Lima D. Juan Pérez de Guzmán. En 1671 se embarcó de aventurero en la armada que envió á Panamá el conde de Lemus, virrey del Perú. Sentó luego sus reales en Curaçao, donde estableció una gran agencia comercial, le dió verdadera organización al tráfico

con Venezuela y Cartagena, é hizo fortuna en corto tiempo, al decir de los jesuítas, vendiendo negros y comprando frutos que sacaba al contrabando. Con motivo del ensanche que tomaron sus negocios estuvo en Caracas y en Maracaibo, estudió al país, sus condiciones comerciales, facilidades para el tráfico, estado civil y económico, y demás particulares relativos al Gobierno interior. Era un gran observador y hombre de negocios y administración.

Su riqueza le abrió todas las puertas, y en todas se metió á escudriñar las interioridades de la colonia. Era generoso, mejor dicho, dadivoso, ostentoso, amigo de socorrer á las familias decentes que se hallaban necesitadas: gustábanles los amores escandalosos, pues tenía sus ribetes de Don Juan, gran emprendedor é íntimo amigo del almirante D. Félix González de León, capitán general de Caracas, y de su sucesor D. Fernando de Villegas. Al calor de esta protección se impuso de todos los detalles de la política y fué un personaje de grande influencia en Venezuela. Cuando vino de capitán general D. Francisco Dávila Orejón, las cosas cambiaron, porque éste informó al rey acerca de Villalobos, pintándole como hombre peligroso. El duque de Osuna estudió los antecedentes del sujeto y vió lo provechoso que sería para las cosas de las Indias que el rey le llamase á la corte y así lo proveyó S. M. (Archivo de Simancas, número 4135).

El fiscal de la Real Audiencia de Santo Domingo, don Diego de Acosta, le llamó «con muchos ofrecimientos—dice Villalobos—respecto de considerar que podía ser yo de algún modo útil por mis experiencias adquiridas en el decurso de 22 años, y no obstante el hallarme con el contratiempo de perder una nao con 300.000 pesos sobre Cartagena de las Indias, por participar á don Antonio de Vergara y Azgarate Gobernador en ínter, hallarme con dependencia de mercancías cuantiosas que se me estaban debiendo, á tan superior mandato no pude

dejar de resignarme con ciega obediencia». (Memorial del 1.º de Marzo de 1695).

Al llegar á Madrid en 1675, Villalobos desplegó un lujo extraordinario, dándose aires de capitán indiano y conocedor de las cosas de la América, por lo cual comenzó á mezclarse en el Consejo de Indias y pronto adquirió tal preponderancia, que el conde de Medellín, para salir de huésped tan entrometido, le hizo salir para Portugal.

Allí se hizo amigo de Maserah que era el ministro de España, y éste, temiendo que disgustado Villalobos se pasase á Francia y pusiese al servicio de esta nación todo el caudal de sus conocimientos, escribió en 1676 al Gobierno español, que era conveniente y útil traerse á Villalobos y ganárselo con mercedes reales.

En tal virtud se le expidió salvoconducto; se le asignó un sueldo pagado de los fondos secretos del rey y se le dió puesto en la Junta formada para conocer el valor de sus conocimientos, planes y propuestas de reformas.

La Junta se componía del duque de Medinaceli, el marqués de Mancera, que había sido virrey de Nueva España, D. Diego de Portugal y D. José de Avellaneda, y se reunió en casa del primero el año de 1677. En ella se trataron casi todos los puntos políticos y militares referentes á América y Villalobos dió su parecer, el cual fué admitido en muchas ocasiones.

Como lo interesante de esta consulta es para nosotros lo relativo á Venezuela, insertamos íntegras las opiniones de Villalobos y lo resuelto por la Junta.

«Sobre Caracas se propusieron muchos fraudes que se cometían en los registros y avalúos del cacao, y que se debía fabricar en La Guaira (que es su puerto principal) un fuerte con 100 plazas de dotación, cargando 6 reales en cada fanega de cacao, que importarían 10.000 pesos, en cada cuero un real, y llegaría á 1.000 pesos este derecho; en cada pipa de vino de Islas Canarias, 20 pesos, que importarían 4.000 pesos y lo mismo el aguardiente;

en cada botija de España 2 reales y montarían 1.000 pesos; y en cada petaca de tabaco 1 peso, cuyos derechos importarían 18.000 cada año; con lo cual se podría fabricar la fuerza y dotarse en adelante con un Castellano Militar y á provisión del rey. Y se acordó por la importancia de aquella Provincia hacer una plataforma con 6 ú 8 cañones que impidan el surgidero; y sobre los impuestos que se debían examinar los inconvenientes de su práctica. Propúsose que las encomiendas de aquella Provincia se aplicasen como en Campeche, para la dotación de su fuerza y de la Margarita de Maracaibo que necesitaban de presidio y se acordó que se aplicasen las encomiendas á estos fines, conforme fuesen vacando, hasta en la concurrente cantidad, quitando á los gobernadores la facultad de proveerlas, como se había hecho con el Virrey de Nueva España, siendo un Magistrado tan superior á todos; y sobre los fraudes de cacao se propuso que debiese un oficial real asistir en La Guaira y que allí con peso de cruz, se fondease el que viniese de Puerto Cabello en las fragatas, y que se criase un Contador Mayor y abriése feria de cacao por San Juan, sobre lo cual quedó indeciso el acuerdo. Propúsose también el fraude con el comercio de Curazao y se acordó estrechar las órdenes prohibitivas y que no se debían admitir á indulto los delitos de esta gravedad y consecuencia.»

De este informe resulta que para 1677, la exportación de cacao por el puerto de La Guaira se estimaba en 25.000 fanegas anuales; los cueros en 15.000 y el tabaco en 18.000 pacas.

Representó además Villalobos que uno de los mayores males que padecían las Indias era el excesivo número de conventos, que se habían apoderado de la mayor parte y de lo mejor de las haciendas, habiendo ciudad donde las tres cuartas partes de la propiedad eran bienes eclesiásticos. También propuso que las doctrinas se quitasen á los frailes y se diesen á los religiosos, porque apartados aquéllos de la clausura y de la religión, no la

guardaban en cosa alguna y no cuidaban de los indios como deben.

El resultado de esta Junta fué satisfactorio para Villalobos, pues la Corte, reconociendo sus méritos, le protegió, y le consideró como persona de consulta en asuntos de Indias.

Por cédula de 14 de Noviembre de 1682 se otorgó á Villalobos merced del hábito que escogiese. Eligió el de Santiago y se le expidió el título el 14 de Diciembre de dicho año; pero como no pagó los derechos, todavía para 1689, estaba en suspenso la merced.

Además concedió el rey á Villalobos el día 30 de Noviembre de 1686 el título de marqués de Barinas y Guana-Guanare. El beneficiado cambió la ortografía de este nombre y se llamó marqués de Varinas. Además se le ofrecieron otras mercedes si se casaba en España y fijaba allí su residencia.

Todas estas gracias fueron el resultado de su obra titulada *Vaticinios de la pérdida de las Indias*, en la que con una acuciosidad marcada puso de manifiesto la codicia de los empleados, la falta de justicia, el peculado, la crueldad y todos los demás vicios de los empleados españoles en América. Esta obra reveló una corrupción administrativa en todos los ramos; una mentira oficial sostenida por todas las autoridades; una farsa de administración cubriendo el dolo y el engaño, y ella explica por qué á pesar de la legislación española y las benignas cédulas reales, la América se consumía entre iniquidades y violencias, y encontramos hoy una enorme distancia entre la verdad oficial de aquellos tiempos y lo que realmente sucedía.

Hablando Villalobos sobre Caracas, dice lo siguiente: «¿En qué nación ajena de toda política se contará que en mi tiempo entrasen españoles á los llanos de Caracas, Sarare, Orú y márgenes del Río Portuguesa, á caza de indios (como si fueran jabalíes) para servirse de ellos dándoles por esclavos, y los acollaraban en sartas de 30

y más personas con un precinto de cuero y al que se cansaba, por no detenerse á desatar los demás, le cortaban la cabeza al inocente indio. (Yo lo he visto, y si pregunta quién lo hacía lo diré.) Todo lo cual pasaba para saciar la codicia de dos gobernadores que tenía V. M. en Mérida y Caracas, que daban estas licencias á los españoles por tres ó cuatro mil pesos por la facultad de la saca de indios de los llanos.»

Cómo andaba el Tesoro en Venezuela lo pinta el siguiente pasaje de Villalobos:

«En cierta ocasión benefició un sugeto una Tesorería para cuyo efecto me pidió le prestase cierta cantidad, y se la dí, si bien procuré disuadirle de ello. No obstante la benefició con el dinero y dentro de cuatro meses me lo pagó y aún otras diferentes cantidades. Admirándome yo mucho que en tan corto tiempo había satisfecho á sus acreedores, me dijo un día, que no teniendo más que un corto salario, no daría su ocupación por veinte mil pesos todos los años; á que le repliqué como podía hacer eso. Riyóse mucho, y me llevó á su casa y me dijo: «Vea V. M. si yo tengo razón ó no» y diciendo esto se quitó el sombrero y haciendo una cortesía muy profunda, dijo á la Caja donde estaba el Tesoro: «Préstame V. M. seis mil pesos.» Abrióla y sacó esta cantidad para emplearlos por su cuenta. Volvióse á mí, y dijo que en las Indias no había oficio mejor que el suyo.»

El marqués contrajo matrimonio con una hermana de D. Martín Madera de los Ríos y obtuvo el empleo de contador mayor de las provincias de Caracas y Maracaibo, con autorización para nombrar un teniente ó sustituto que lo desempeñase. Al efecto, designó para el puesto á Pedro de Arbibe, pero se le opusieron dificultades al nombrado y hubo de desistir de venir á Venezuela.

Poco duró la dicha del nuevo marqués; tenía un poderoso enemigo: los jesuítas, quienes comenzaron á informar mal al rey diciendo que era un gran farsante que

había entrado en tratos con el francés y el inglés para venderles el Darien, y otras cosas por el estilo. Además resultó que Villalobos se ensoberbeció con la buena acogida que le dió el duque de Medinaceli, é hizo ostentación de grandes intimidades con la monja Sor Mariana de la Cruz, hija del infante Don Fernando de Austria. Esto y sus impertinentes memoriales al rey dándolo consejo sobre todos produjeron su caída, y en 1688 fué residenciado en Cádiz.

Allí permaneció nuestro hombre hasta 1690, escribiendo al rey memoriales, consultas, advertencias sobre cuanto hay ya de política exterior, y aconsejándole que se casase: que cambiase de rumbos, que no vendiese la isla de Trinidad, como querían los ingleses. Indudablemente tenía algún buen amigo cerca del rey y de la reina que les aconsejaba paciencia para recibir tanta correspondencia, pues según dice el marqués en carta de 30 de Enero de 1639, pasaban de 800 las consultas y de 5.000 los pliegos de papel escritos en seis años.

Desde Cádiz logró que su cuñado D. Martín Madera de los Ríos y Alfaro viniese á Venezuela como contador mayor, donde le vemos en Caracas en Mayo 26 de 1697, instando por su retiro á España «para salir de los trabajos de los caminos y riesgos de enemigos é indios caribes». Y le dice á la marquesa de Varinas: «En el primer navío que salga de registro de este puerto para esos reinos, dejo orden se le remitan á V. S. unos zurrones de cacao, en cuya fruta se resuelven las grandezas de esta provincia, á que quería pasar mi hermano. Sin duda cuando estuvo en ella debía de ser otra, y que hoy no es ni aun sombra de lo que Su Señoría la representaba.»

Al fin la Corte se cansó del marqués de Varinas y ordenó su prisión en el castillo de Santa Catalina de Cádiz. De allí lo pasaron al presidio de Orán, de donde, ya viejo y casi ciego, se evadió el 8 de Febrero de 1698, refugiándose en Argel, donde los moros lo cautivaron.

Allí permaneció preso y logró representar al rey, pi-

diéndole ayuda para salir de la prisión. El Consejo de Estado dijo á este respecto el 14 de Septiembre de 1702: «El Consejo representa á V. M. que el marqués de Varinas tiene tan mal concepto que no haya materia para hacer aprecio de su representación.»

Abandonado quedó, pues, el marqués, y como no se tiene noticia de él posterior al acuerdo del Consejo, es probable que terminara sus días en la cautividad sarracena.

II

El marqués del Valle.

Señor de alcurnia y de dinero era don Francisco de Berroterán, maestro de campo, y con solar en las Provincias Vascongadas, y entroncado con las familias de Aranaz, Zamora, Gainza, Arigonendi y Otaze, según aparece de su título de nobleza. Además era rico, de buen corazón, de carácter apacible, de esmerada educación y nacido en Caracas.

Nombrado gobernador de Venezuela, vino á suceder al marqués de Casal en 1694.

Para entonces, Caracas era una ciudad en ruinas, efectos del terremoto del 11 de Junio de 1641, y pobre, á consecuencia de las malas cosechas. Regía la mitra el obispo de Baños, natural de Bogotá, quien por su mansedumbre de carácter y su amor á la instrucción dejó grata memoria en la naciente colonia.

Consta por Real cédula de 27 de Marzo de 1702, que Berroterán gobernó la colonia desde 1694 hasta 1699. (*Reg. Pub. 1702. B. 1.*)

Veamos lo que era Caracas en aquellos tiempos. Tenía sólo las plazas de Catedral, San Pablo y San Jacinto, su Palacio episcopal, donde está hoy, y el Seminario en el lugar que hoy ocupa el Palacio de Justicia, con su capilla de Santa Rosa, donde está actualmente el Concejo Municipal. El Ayuntamiento, que había sido principiado

por los años de 1660, donde hoy se halla el ministerio de Relaciones, era el único edificio público concluído para entonces, y uno de los muy pocos que había de dos pisos.

Los templos eran: Catedral con su torre de tres cuerpos concluída en 1674, pero faltándole la fachada y con el altar mayor al fondo, y en fábrica la parte contigua á la capilla mayor; Altagracia, elevada á viceparroquia en 1674; San Pablo, con torre de tres cuerpos, y San Mauricio, que había sido concedida por el cabildo en 1667 á los negros de la cofradía de San Juan Bautista, y, por último, la Merced, que aunque no terminado, era entonces el mejor templo, así por su solidez, como por su arquitectura. Había además los conventos de las Concepciones, San Francisco y San Jacinto y dos hospitales: el de Caridad, contiguo á San Pablo, y el de Mujeres junto á éste, á orillas del Caraota.

Como centro de recreo aristocrático existía el juego de pelota en la actual esquina de este nombre, que comunicaba por la sabana por el puentecito de Nicolás Puncet, fabricado por éste con el auxilio de los vecinos.

La pólvora estaba entonces depositada en un reducto construído en el centro de la calle y situado en la actual esquina de Salvador de León. Este fuerte, así como varios otros, fué hecho en tiempos del gobernador don Francisco de Alverro, para poner á Caracas en estado de defensa, con motivo del saqueo de Valencia por los franceses en 1677. Trasladada después la pólvora al actual polvorín, el reducto fué demolido. (*Reg. Pub. 1700. R. 2.*)

La carnicería estaba en El Algarrobo, hoy Puente Yáñez, «á orillas del río Catuche desta vanda», y el reducto estaba situado «en la calle que sigue de la plaza Real á la Carnicería.» Fué mandada construir ésta por Real orden de 1.° de Octubre de 1591 y tenía por delante una plaza de 80 varas de longitud y 115 de latitud. (Actas del Ayuntamiento, Abril 23 de 1753.)

Los edificios públicos eran la Cárcel Real en fábrica, en la actual esquina de la Casa Amarilla, mandada construir por cédula de 19 de Octubre de 1687; la Contaduría, actual Ministerio de Obras Públicas, también en construcción; el Polvorín actual, igualmente inconcluso, y el Cuartel de Santa Ana (La Trinidad), que estaba á medio hacer.

Era la mejor casa de Caracas la del marqués de Mijares, hoy club Concordia; seguíanle la de Berroterán entre San Jacinto y las Madrices, donde está hoy la zapatería de Boccardo; la de los Tovar, entre las Carmelitas y Llaguno, casi á la mitad de la cuadra; la de los Bolívar, en San Jacinto, etc., todas de un solo piso.

Surtíase de agua la ciudad tomándola de Catuche, donde el obispo Acuña hizo construir una represa y trajo el agua á la actual esquina de la Caja de Agua, de donde se distribuía á la ciudad por acequias descubiertas, hechas en el medio de la calle. Como recompensa de este servicio, el Palacio episcopal quedó exento de pagar el impuesto de agua limpia. Según consta de las actas del Cabildo de aquellos tiempos, diez acequias principales distribuían el agua en la ciudad.

Las calles, al decir de Oviedo, «como están empedradas, ni mantienen polvo, ni consienten lodos... las casas son tan dilatadas en los sitios, que casi todas tienen espaciosos patios, jardines y huertas, que regados con diferentes acequias que cruzan la ciudad, saliendo encañadas del río Catuche, producen tanta variedad de flores, que admira su abundancia todo el año».

En cambio, abundaban los ratones y las niguas, según Fray Simón.

La moralidad de Caracas era proverbial. «Las mujeres son hermosas con recato, y afables con señorío, tratandose con tal honestidad y tan gran recogimiento, que de milagro entre la gente ordinaria se ve alguna de cara blanca de vivir escandaloso, y esa suele ser venida de otras partes, recibiendo por castigo de su defecto el ul-

traje y desprecio con que la tratan las otras.» (Oviedo) Bueno es hacer constar que de 6.000 habitantes que tenía entonces Caracas, sólo 1.000 eran vecinos españoles y era «innumerable la multitud de negros y mulatos que la asisten». (Ib).

Venerábase en San Jacinto una imagen de la Virgen del Rosario, dádiva de Felipe II, que dió origen á las famosas precesiones del Rosario que salían con frecuencia acompañadas de música y cantantes. Los vecinos acudían á las puertas y pedían ya una Salve, ya un Avemaría, para la Virgen; deteníase la procesión, se cantaba lo pedido, se pagaba por ello; continuaba luego la Virgen de cuadra en cuadra haciendo estaciones y recogiendo dinero los cantantes.

Las fiestas oficiales principales eran la del apóstol Santiago, en que se jugaban toros y cañas en la plaza mayor y se sacaba el Estandarte Real; la de San Jorge, para la cual el Ayuntamiento nombraba quien recogiera limosnas para hacer la fiesta votiva, con motivo de ser el Santo abogado «contra un gusano que destruía las sementeras en 1594»; la de la Merced, abogada contra la plaga que atacaba al cacao, y nombrada por tal por el Ayuntamiento el 20 de Junio de 1638. Esta fiesta se debía celebrar «con cañas». Había además la de Santa Ana, acordada el 5 de Mayo de 1692, como abogada contra «la plaga de hormiguillas que se comen la madera»; la de San Mauricio, declarado abogado contra la langosta, por acta del Cabildo de 8 de Octubre de 1580; la de San Pablo, el 15 de Enero, acordada por el Cabildo en 1581, por haber cesado la viruela «después de un año de azote», y la de la Natividad, como homenaje á la Virgen.

Celebrábase también una fiesta á San Nicolás de Tolentino, abogado contra la plaga de ratones. Además había las fiestas de la Semana Santa, en que se veneraba en San Francisco la imagen de la Soledad, igual á la de la Victoria que se venera en Madrid, y un peda-

zo del Lignum Crucis, que había regalado al convento el gobernador Martín de Roble Villafaña.

En la Catedral tenían puestos fijos y permanentes los descendientes de los conquistadores y algunos magnates que los habían comprado después. Las damas mantuanas iban seguidas de mulaticas ó negras jóvenes que llevaban las sillas y la alfombra.

Como títulos nobiliarios sólo existía el de marqués de Mijares, otorgado á Juan de Solórzano en 1692. La riqueza de este señor consistía principalmente en un hato de ganados en Parayma, cerca del Pao, donde también tenían hatos los Tovares. Don Manuel de Tovar poseía uno en Las Cocuizas, cerca del río Pao. Además esta familia era dueña de los terrenos de La Vega, que llegaban hasta el Tartagal, ó sea nuestro actual Caroata.

Vemos por el acta del Ayuntamiento de 31 de Mayo de 1691, que Caracas tenía tres zapaterías, y como establecimientos públicos mercaderes, herreros, barberos, pintores, alabarderos, 24 pulperías, y una botica que había abierto en Septiembre de 1649 Marcos Portero, con la ayuda del Ayuntamiento y de los vecinos.

La organización municipal era patriarcal. El Ayuntamiento tenía un fondo especial llamado *pósito*, con el cual se compraban granos cuando faltaba la cosecha y se vendía al pueblo al costo. Conforme á la cédula de 24 de Abril de 1534, el regidor formaba todos los años un Arancel para «poner precios, pesos y medidas á los comestibles y otros que es costumbre vender en las plazas y pulperías de la ciudad». (Acta del Ayuntamiento, 31 de Enero de 1695.) Como detalle curioso diremos que hubo entonces á quien se le ocurriera establecer el monopolio de las pulperías; pero la idea fué desechada, porque no hubo quien hiciera el remate del ramo.

El regidor, sujeto á la aprobación del Ayuntamiento, escogía en Enero de cada año las personas á quienes se concedía el derecho de beneficiar ganado en Caracas y le señalaba á cada una el día del mes en que le tocaba

poner su pesa de venta. En aquellos tiempos eran pesadores de carne los hombres más encopetados de la colonia, y para pertenecer al gremio y obtener el derecho era menester comprobar que eran criadores descendientes de los primeros dueños de ganado. (*1698*, *Div. G. n.º 1. Reg. Pub.*) Vemos por el acta del Ayuntamiento de 14 de Enero de 1697, que los autorizados para pesar carne en ese año fueron, entre otros, el marqués de Mixares, Juan de Bolívar, Juan de Tovar, Francisco de Solórzano, Isabel María, Melchorana, Luisa y Francisca de Tovar, herederos de doña María de Solórzano, Bernardo y Alejandro Blanco, Francisco Herrera, Francisco Galindo, D. Juan Liendo, etc., y consta que los frailes del convento de San Jacinto solicitaron por medio de su superior que se les concedieran dos pesas de ganado, á lo que se negó el Ayuntamiento, porque los frailes no podían ejercer esta industria.

Y bueno es saber que el convento de San Jacinto no era tan pobre, que digamos. Tenía un capital de 41.000 pesos á censo: un tejar en la actual esquina de este nombre, una tejería en Anauco, un hato con 100 vacas en San Sebastián y 3.000 pesos en esclavos que trabajaban en el tejar y en la tejería. Eran 40 religiosos, tenían abiertas clases de Bachiller en Artes, Teología escolástica, Teología moral y Sagradas Escrituras. Comían casabe por pan, no bebían vino y se alumbraban con velas de sebo. *(Reg. Pub. 1698. B. n.º 1.)*

Acostumbrábase enterrar los muertos en los cementerios anexos á las iglesias, y en éstas mismas cuando eran personas de distinción. Donde más se enterraba era en los cementerios de Catedral, Altagracia y San Mauricio. El primer entierro en la ermita de Santa Rosalía de que hacen mención los libros parroquiales de la Catedral se verificó el 24 de Diciembre de 1696. Los entierros se hacían según la categoría del difunto. El de D. Pedro de Miranda, efectuado el 16 de Agosto de 1696, fué «cantado de cruz, sacristía y doce acompañantes».

Los bautismos de los blancos se hacían en una pila especial, distinta de la que se usaba para los negros y mulatos.

El nombramiento de Borroterán para capitán general fué recibido con inusitado entusiasmo en la colonia. Era caraqueño de nacimiento, y esto, como es natural, halagaba el sentimiento nacional. Venía, sin embargo, en malos tiempos. Caracas era víctima de la viruela.

De las actas del Ayuntamiento aparece que el Cabildo tuvo noticia el 29 de Julio de 1692, de que en «Morón, costa del mar», había aparecido la viruela; al dar cuenta del suceso el capitán general, añadió que había puesto vigilantes en los caminos de La Victoria y Carayaca. El Ayuntamiento, después de considerar debidamente el asunto, resolvió que se hiciese un novenario en públicas fiestas á Nuestra Señora del Rosario, trayéndola en procesión del convento de San Jacinto á la Catedral, «donde ha de ser traída con toda reverencia».

A pesar de esto, lentamente fué invadiendo la peste el centro de la República, y al año siguiente apareció en La Victoria. Esta vez el Ayuntamiento tomó otra clase de medidas: antes que todo mandó organizar un degredo en Aragua, donde recluir los enfermos y recoger los que estaban en los campos; luego prohibió el desembarque de negros esclavos que de África llegasen á La Guaira, lo que hace pensar que éstos trajeron la peste á Morón. El procurador D. Francisco Antonio de Bolívar pidió que se estableciese un cordón sanitario con La Victoria, y así se acordó. Además se mandó comprar maíz á Margarita, porque la cosecha se había perdido en el Centro, y como faltase la sal, se compró la que trajo un buque de Oriente y se distribuyó entre los necesitados.

Desgraciadamente el día 11 de Febrero de 1693 apareció en la cárcel real con viruelas un esclavo del presbítero Pedro de Vicuña, quien para curarlo se lo llevó á su casa, de donde luego lo llevaron al hospital de San

Pablo. (*Actas del Ayuntamiento.*) La peste se propagó rápidamente y se extendió á La Guaira y poblaciones cercanas, y fué tan seria la epidemia, que el 21 de Julio llegó al vecino puerto un buque cargado de negros, algunos de los cuales tenían viruelas, y se permitió que desembarcasen, porque considerábase inútil toda precaución por este respecto.

Apenas terminada la peste de las viruelas vino el vómito negro, y era tan violento el mal, que los atacados no podían recibir el Viático por la frecuencia de los vómitos, y morían sin este auxilio espiritual, según aparece de los libros parroquiales de la época. El Ayuntamiento acordó el 31 de Enero de 1694 que se dejase é hiciese transitar las reses por las calles, como medida higiénica. El obispo, por su parte, repitió el permiso concedido para comer carne en Cuaresma.

A la vez, y como medida política, se abrieron por el Gobierno la obras públicas con la continuación de la Casa Real y Contaduría, la reparación de la cárcel, la conclusión del polvorín, la reparación del camino de La Guaira y el estudio de las fortificaciones de Caracas. El Ayuntamiento prohibió la tala de montes en Catia, ordenó la limpieza y reparación de las acequias de agua limpia en la ciudad, el aseo en las carnicerías, y dictó algunas medidas respecto al beneficio del ganado.

En tan tristes circunstancias fué una bendición para Caracas la conducta del gobernador y la del obispo Baños. El prelado llenó admirablemente su misión espiritual, y en medio de la peste construyó la ermita de Santa Rosalía á extramuros de la ciudad para levantar el espíritu religioso y confortar los ánimos de los atribulados.

En cuanto á Berroterán, los documentos oficiales hablan muy alto en su favor. Allí leemos, con respecto á él, lo que sigue: «A lo que se añade la peste general de viruelas y vómito negro de que murió mucha gente, retirándose los más de ella á los campos, quedándose el di-

cho don Francisco de Berroterán en la ciudad asistiendo á las grandes necesidades de los enfermos y saliendo á los campos personalmente á cuidar de que se hiciesen sementeras, por la gran falta de trigo, y repartiendo su dinero y animando á los labradores para que no dejasen de sembrar maíz y yuca, y despachando á la Margarita, Cumaná, Cumanagotas y otras partes á comprar bastimentos por su dinero para tener abastecida esa ciudad de Caracas y La Guaira, sin más alteración en los precios que á como costaban aquellas provisiones.» (*Reg. Pub. Div. 1.702 B. 1.*)

Terminó al fin la peste, y he aquí que el 16 de Enero de 1696 se avisó al gobernador que en Martinica se alistaba una expedición contra La Guaira. Fué menester prepararse para la defensa y se fijó el 20 de Febrero para pasar revista á las tropas que habían de salir en caso necesario. Eran las milicias criollas, que ya para esa fecha estaban organizadas. En dicho día el capitán general pasó revista á 600 hombres distribuidos en seis compañías, así: blancos, capitán Francisco Galindo; blancos, capitán Pedro Pantoja; blancos, capitán Juan de Uribe; pardos libres, capitán Lázaro de Montes; pardos libres, capitán Alonso Piñango; y negros libres, capitán Juan de Porras. Los blancos y pardos estaban armados con escopetas y arcabuces; los negros con lanzas. (*Reg. Pub. 1.696, B. 2.*) Después de aquel aparato militar restablecióse la calma, y bien desprevenidos estaban en Caracas cuando el 28 de Octubre tres buques franceses llegaron á La Guaira, y en el mismo puerto apresaron al patache *La Margarita*, matando al capitán del buque.—(*Acta del Ayuntamiento.*)

Salió Berroterán inmediatamente para La Guaira con fuerzas; pero cuando llegó allí ya los franceses se habían ido. Con mala suerte anduvo esta vez el capitán general, pues al regresar cayó del caballo en que venía y estuvo en cama cosa de diez meses. (*Reg. Pub. 1702, B. 1.*)

Así en cama dispuso la formación del censo de Cara-

cas una vez acabada la peste y se encontró que sólo quedaban 6.000 almas. Emprendió luego el beneficio de las minas de Apa y Carapa, abandonadas por Alquiza desde 1606; pero después de infructuosos esfuerzos hubo de desistir de su intento, á pesar de haber hallado la veta perdida y las ruinas de las casas, porque fueron tantas las contradicciones y pleitos que se suscitaron con motivo del señorío de las tierras, que tuvo que abandonar la empresa.

Berroterán ayudó eficazmente al obispo Baños en el establecimiento y fábrica del Seminario de Caracas, y en 1696 tuvo la satisfacción de participar al rey que ya estaba perfeccionada la fábrica del Colegio de Santa Rosa; corrientes sus rentas, admitidos en él trece colegiales, con cátedras de Artes, Gramática, Teología y Moral, y pidió junto con el obispo se le concediese la facultad de que en él se pudiesen dar grados y admitirse cinco ó seis colegiales más, facultad que vino á ser concedida el 22 de Diciembre de 1721, es decir, veinticinco años después. (Asp., t. I, pág. 51.)

Fué Berroterán un buen magistrado, y al retirarse del Poder en 1669, pudo decir con satisfacción que había cumplido con su deber y hecho el bien de la colonia.

Como recompensa de sus servicios el rey le otorgó en Madrid el 22 de Octubre de 1703 el «título de Marqués del Valle de Santiago, á su favor y de sus hijos y sucesores en atención á la calidad, méritos y servicios como gobernador de la ciudad de Santiago de León de Caracas». Al mismo tiempo se le dió y canceló el título de vizconde del Valle de Santiago.

Volvió Berroterán á ser nombrado gobernador interino por la Audiencia de Santo Domingo en 1705, y estuvo hasta 1706, en que le sucedió D. Fernando de Rojas.

El último descendiente del marqués del Valle fué D.ª Socorro Berroterán, que casó con D. Francisco Rodríguez, marqués del Toro. Ambos murieron sin suce-

sión y el título se extinguió para el año de 1851 en Venezuela.

El original del título de marqués concedido á Berroterán en 1703 y la genealogía del agraciado han sido puestos en venta últimamente en Leipzig, Konigstrasse 29, por la suma de mil cuatrocientos marcos.

III

El gobernador Cañas.

En la serie cronológica de nuestros capitanes generales formada por los historiadores venezolanos no figuran los nombres de D. Juan José de Cañas, que fué gobernador de Venezuela de 1711 á 1714; D. Alberto de Bertodano, su sucesor, que gobernó desde 1715 hasta 1716, y don Marcos Betancourt y Castro, que tomó posesión en 1716. Tenemos, pues, tres gobernadores ignorados, tres mandatarios borrados de la lista de nuestros capitanes generales, tres autoridades condenadas á no existir, sin saberse por qué causa. Arístides Rojas menciona á Cañas, y se comprende que le conoció á fondo por la manera tan exacta como lo retrata. Alcedo dice con razón que fué nombrado en 1706.

Si Cañas hubiese sido uno de esos gobernantes que no dejan tras sí rastro alguno, ni bueno ni malo; si hubiera sido una autoridad insípida, un hombre sin iniciativa, pudiera pensarse que su misma insignificancia le hizo pasar por este mundo sin que nadie se ocupase de él. Pero el caso es enteramente distinto. Cañas fué un tirano, cruel, avaro, y por encima de todo detestaba á los caraqueños y nunca quiso tener intimidad con los mantuanos. Celoso de sus prerrogativas, tampoco se dió bien con el obispo Rincón, que entonces gobernaba las diócesis.

En cuanto á su sucesor, consta por Real cédula de 10 de Agosto de 1714, que se halla en las actas del Ayuntamiento, que «había gobernado cinco años las Provincias de la Nueva Andalucía y Cumanagotas», de donde fué promovido á la Capitanía general de Venezuela, y tampoco figura D. Alberto de Bertodano entre los gobernadores de Cumaná, habiendo sido el sucesor de Ramírez de Arellano.

En vista de estos hechos, y otros muchos que á cada paso van encontrando los que á estudiar nuestro pasado dedican sus ocios, penoso es convenir en que nuestra historia requiere estudios serios y profundos, para presentarla tal como es, muy diferente de lo que se nos ha enseñado. De paso digamos que tampoco figura entre nuestros gobernantes D. Andrés de Vera y Moscosso, mencionado por el obispo Navas Becerra en su pastoral de 12 de Septiembre de 1658.

Bien merece Cañas que le saquemos del olvido y lo hagamos conocer. Durante dos siglos se ha salvado del juicio de la Historia. Hoy le llega su día.

D. Juan Josef de Cañas y Merino era caballero de la Orden de Santiago y capitán del Ejército español. Había servido diez y seis años en el mar y siete en la Infantería y Caballería. Como se ve era un hombre de pocos alcances, que necesitó veintitrés años de servicio para ser capitán. Para recompensar su conducta en África, cuando el rey de Meguines atacó la fortaleza de Alcázar, y por la circunstancia de haberle regalado al rey 10.000 pesos, se le nombró capitán general de Venezuela por cédula de 8 de Octubre de 1706, para tomar posesión de su puesto cuando D. Fernando de Rojas terminase su período gubernativo.

El 6 de Julio de 1711 se encargó Cañas de la Capitanía general de Venezuela, según consta del acta del Ayuntamiento de esa fecha. Como los gobernantes tenían que dar fianza para responder de sus actos al seguírseles juicio cuando terminaban su período, Cañas presentó

como fiadores á D. Pedro de Ponte y á D. Felipe de Arteaga, que fueron aceptados por el Ayuntamiento en la sesión del 4 de Agosto.

Bien pronto dejóse sentir el nuevo mandatario por su conducta. Ávido de dinero, se le vió tranquilamente patrocinar el contrabando, con lo cual fué la constante pesadilla de los mercaderes. Dedicóse á la vez á perseguir las niñas huérfanas, dando un ejemplo de inmoralidad que causó profunda impresión en Caracas, acostumbrada hasta entonces á una moralidad ejemplar y á ver en sus mandatarios un dechado de buenas costumbres.

Buscó Cañas por sus compañeros toda la gente vulgar y viciosa, y desdeñando la sociedad de Caracas, tuvo trato social únicamente con la hez de la población blanca.

Su primer desagrado fué con el obispo Rincón, porque habiendo ido á la iglesia el capitán general, el predicador tomó sólo la venia del obispo para decir el sermón, prescindiendo de la autoridad civil. Como la razón estaba de su parte, el obispo tuvo que ceder después de una correspondencia un tanto destemplada. Por cédula de 12 de Abril, expedida en 1713 por la Audiencia de Santo Domingo, se ordenó que se cumpliesen las leyes sobre la materia, y el asunto pareció terminado; pero el 13 de Agosto del mismo año fué Cañas á la iglesia de las Concepciones y allí «le dió la paz un clérigo de Opa solamente y sin la beca de Colegial». Reclamó el capitán general contra esta falta de cortesía, y ello dió lugar á un juicio que á la larga resolvió el rey disponiendo que «se le de la paz al Obispo y al Capitán General: que si el Obispo está en el Coro salgan juntos dos eclesiásticos uno á llevarla al Obispo y otro al Capitán General, debiendo el clérigo ir de sobrepelliz y estola».

Siguió luego el pleito con los franciscanos, porque éstos tenían sembrado de plátanos el interior del convento y vendían los frutos á la población, así como los aguacates. Cañas encontró impropio de la Cofradía semejante comercio y mandó destruir toda la arboleda.

Resistieron los frailes, y el gobernador á la cabeza de la tropa y de unos cuantos indios armados de machetes marchó sobre el convento, después de haberle quitado el agua. Los árboles todos desaparecieron.

De la averiguación de este hecho resultó que los frailes tenían veinte matas de plátanos y una de aguacate. Y como el obispo hubiese tomado parte en favor de los padres, fueron tantas las molestias é incomodidades que Cañas le proporcionó, que tuvo que salir de Caracas bajo pretexto de visita pastoral, y no volvió á la capital sino después que Cañas hubo cesado en el Poder.

Son tan extraños lo sucesos que vamos á narrar, que sólo después de haberlos leído y releído en las actas del Ayuntamiento correspondientes al año de 1715, las hacemos conocer, ya que son hechos ignorados en el país.

La debilidad de Cañas eran las doncellas de corta edad. Para evitarse dificultades prefería las huérfanas, y llegado el momento atropellaba por todo y se robaba la joven. Aparece que Isabel Muñoz tenía una pupila que fué sacada de la casa por la policía y depositada en casa del complaciente D. José Montesino, donde la visitaba el gobernador. Más tarde D. Eugenio de Patrana le estorbó en ciertos galanteos, y para quitarlo de en medio lo puso preso, y con grillos lo mandó para las prisiones de La Guaira. Por último, su íntimo amigo Cristóbal de Retes le inspiró celos, y comiendo en su casa, junto con él, dispuso ponerlo preso y enviarlo también á La Guaira.

Trasladóse más tarde Cañas á La Guaira y allí hizo reunir todas las mujeres jóvenes, blancas y de mediana posición social que no fueran casadas. Una por una fueron puestas en confesión para que declarasen si habían cometido alguna falta contra la honestidad. Viendo que ninguna confesaba su pecado, sacó del bolsillo una cinta que dijo ser enviada por S. M. el rey, bendita por el Papa, y que tenía la virtud de hacer conocer la pureza

de las mujeres. Ante aquel talismán, que las pobres chicas creyeron tener tal poder, cada una fué confesando su falta en alta voz, antes que la cinta la denunciara. Qné se propusiera el señor gobernador con saber estas cosas no lo dice el expediente.

Cañas estableció en Caracas el juego de carreras de patos y gatos en la plaza de la Misericordia: convocábanse á los vecinos de los pueblos vecinos y era una gran fiesta aquella, y muy del gusto de los habitantes de Caracas. Apareció el gobernador á caballo, precedido de un clarín que anunciaba su venida: vestía traje flamenco, con adarga de reluciente cuero con guarniciones de plata y una lanza con banderola. Gustaba Cañas de este fausto de la Edad Media, y así paseaba las calles de la ciudad, llevando las insignias de su empleo.

Organizó el comercio clandestino con Caracas y puso tienda para vender los géneros introducidos de la vecina isla. Lo que parece que más asombraba á nuestros ediles era que «hasta la ropa que usaba Cañas era introducida al contrabando». Esto acusaba una falta de patriotismo inexplicable en aquellos tiempos.

Para obtener dinero creó nuevas contribuciones, y habiendo ido al Valle de la Pascua, organizó allí un impuesto personal sobre todos los terra-ocupantes y sobre los indios. Además se exigió el pago de patente para los mercaderes que se establecían en los campos.

Que aquel mandatario no estaba en su sano juicio lo prueba la guerra á muerte que llevó á efecto contra los árboles de Caracas. Ni un solo cují quedó en toda la ciudad, porque el olor que despedían le causaba desagrado.

Esto se consideró por unos como medida de aseo y limpieza de la ciudad, porque se creía que el cují era nocivo á la salud; otros vieron en esta medida un simple acto de salvajismo.

En Octubre de 1713 hizo que el Ayuntamiento nombrase para jueces de los Valles de las Costas y pueblos

foráneos á los principales señores de Caracas, con lo cual los obligó á ir á vivir á miserables aldeas y lugares destituídos de recursos y comodidades. El Cabildo dijo á todo que sí y principió á minar al gobernador, adormeciéndolo con la lisonja y ductilidad requeridas.

Formóse un Comité muy secreto, sumamente secreto, compuesto de los regidores Alejandro Blanco, Antonio Blanco, Diego Blanco y Juan de Urbina, y el alcalde ordinario Pedro de Solórzano. Estos señores organizaron la acusación contra Cañas, tomaron declaraciones, evacuaron pruebas y procedieron con tal sigilo, que Cañas ni siquiera tuvo leve sospecha de lo que ocurría.

Desenfrenadas sus pasiones, fué un verdadero tirano «que en siendo vecino, aun á los que no tenían delito ninguno, se les molestaba, se le castigaba, atropellaba, encadenaba y maltrataba sin más justificación que la mera suposición y lo que le dictaba su intrépido y cruel natural,» así dice el Ayuntamiento.

Ya para entonces los ayuntamientos en realidad no tenían otra prerrogativa que la de suplir las faltas del capitán general, ni otra autoridad que la de vigilar los asuntos de abasto público y repartir los solares. El gobernador era el todo y hacía y deshacía á su buen juicio lo que más convenía á la colonia. Leyendo las actas de esta Corporación en aquella época, nos encontramos con un grupo de hombres serios que se reunían periódicamente para no hacer nada; pues todo asunto de alguna importancia se pasaba al gobernador. El Cabildo sólo era soberano cuando se trataba de asistir á la iglesia, de hacer unas fiestas, una recepción oficial ó cosas por el estilo, y para repartirse entre sus parientes ó amigos el derecho de pesar carne. De autonomía municipal ni una sombra: los fondos de que disponía eran tan limitados, que no tenía con qué hacer la cárcel; su facultad para imponer contribuciones municipales era irrisoria, porque dependía del beneplácito del gobernador. De vez en

cuando daba alguna notación política y se quejaba al rey de los abusos de las autoridades, como pudiera hacerlo cualquier súbdito. Ocupábanse más de las competencias y ceremonial público que de los asuntos del Municipio, y era cuestión grave acordar á quién debía echarse la llave el Jueves Santo en cada iglesia, quiénes debían dirigir el juego de cañas en tal festividad religiosa, á quiénes tocaba recoger las limosnas para hacer la fiesta de San Jorge y cosas por el estilo. El empedrado de las calles lo disponía el capitán general, y todos los empleados municipales eran nombrados por éste. Pudiera, pues, decirse, que los ayuntamientos eran ya para la época de que nos ocupamos un simple Cuerpo decorativo, con el cual se entretenía la vanidad de los colonos. Por lo demás el espíritu religioso de la época hallaba campo abierto en estos cuerpos, y se consideraban muy felices los ediles cuando acordaban una fiesta de Iglesia, y se ensayaban en el sistema de pronunciamientos políticos, haciendo pronunciamientos religiosos en favor de tal ó cual Santo, creando culto á María bajo nuevas advocaciones y convirtiéndose en paladines cruzados para defender y sostener la Inmaculada Concepción de la Virgen, ó cuando les tocaba ejecutar órdenes del rey ó de la Audiencia, encantados de este acto de autoridad refleja, en el cual hacían el papel de meros instrumentos ejecutores.

El 22 de Septiembre de 1714 llegó á Caracas D. José Miguel Lozano Peralta, oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo, portador de la cédula Real de 10 de Agosto de 1714 que mandaba reducir á prisión al gobernador Cañas y remitirlo á España, declarando á la vez que no era llegado el caso de entrar á ocupar su puesto el sucesor que ya había sido nombrado desde 1709, quien debía entrar cuando se cumpliese el período para que Cañas fué nombrado, ó cuando éste muriese.

Peralta intimó orden de prisión al gobernador, le condujo personalmente á la cárcel real, donde le hizo poner

grillos y cadena, y Caracas y el Ayuntamiento supieron lo ocurrido después que todo estaba hecho. Los alcaldes Juan Luis Altamirano y Antonio de Ascanio se encargaron del gobierno de la colonia y el Cabildo dió las gracias al oidor «por el consuelo que ha recibido esta Ciudad y su provincia».

Peralta mandó poner en vigor la nueva cédula Real en favor de los vecinos de La Pascua, hizo que los alcaldes cambiasen los jueces de los pueblos para que volviesen á Caracas los hombres principales que ocupaban tales puestos, dictó algunas medidas contra el contrabando de Curaçao, y gracias á su discreción pronto quedó restablecida la calma en la colonia.

En 1.° de Enero de 1715 resultaron electos alcaldes el marqués de Mixares y Juan Julián de Ibarra, quienes entraron á ejercer el poder en la colonia.

Corto fué el mando de estos dos alcaldes, pues el 9 de Enero llegó á Caracas D. Alberto de Bertodano, nombrado gobernador interino de Venezuela, é inmediatamente se hizo cargo del mando.

Peralta entonces envió á España al gobernador Cañas, bajo partida de registro, hecho lo cual regresó á Santo Domingo. Cañas murió en España en 1715.

Bertodano gobernó en Venezuela hasta el 4 de Julio de 1716, en cuya fecha le sucedió D. Marcos Betancourt y Castro.

Por cédula 21 de Febrero de 1709 había sido nombrado Betancourt para suceder á Cañas cuando éste terminase su período, ó á Fernando de Rojas, antecesor de Cañas, si éste no le había sucedido ya. El nombramiento fué ratificado el 28 de Abril de 1709. No se citan en el nombramiento, ni los méritos, ni servicios del agraciado. Sólo se toma en consideración el haber dado al rey 8.000 pesos y ofrecido entregarle 2.000 pesos más, antes de encargase del puesto. Por lo visto, para ser gobernador de Venezuela había que dar al rey 10.000 pesos.

Betancourt llegó á Chuao el 22 de Junio de 1716 y

participó su nombramiento al cabildo: éste, en sesión extraordinaria de 4 de Julio, y después de haberse impuesto de las cédulas referentes á su nombramiento, le puso en posesión de su destino, después de haber entregado en las cajas reales los consabidos 2.000 pesos.

IV

El gobernador Portales.

En 1722 era gobernador de la Capitanía general de Venezuela D. Diego Portales, cuando se le ocurrió hacer un viaje al interior del país, y tuvo la peregrina idea de dejar encargado del Gobierno durante su ausencia al obispo D. Juan José de Escalona y Calatayud. Era el obispo un hombre de carácter fuerte, de intransigencia remarcable y de una tenacidad como pocos. No se había hecho querer de sus feligreses, á pesar de que fomentó la Universidad y era caritativo.

Aquella novedad en el gobierno de la colonia produjo un rompimiento entre el ayuntamiento y el gobernador, y naturalmente, con el obispo, que hizo causa común con Portales. La queja fué al rey, y éste por cédula de 17 de Enero de 1723 dispuso que cuando se ausentase el gobernador mandasen los alcaldes, como de atrás estaba dispuesto y se venía haciendo en virtud de lo dispuesto el 8 de Diciembre de 1560. Si bien Portales sostenía que esta cédula se refería á falta de gobernador antes de haberse proveído otro en su lugar, lo cual suponía falta absoluta, hubo de someterse á la voluntad real, pero quedó en pie el desacuerdo con el Ayuntamiento.

Poco después llegó á Caracas José Carreño, encargado para seguir el juicio de residencia al gobernador interino Alberto Bertodano, que mandó dos años, y Porta-

les estorbó el juicio con gran escándalo, por lo cual el Ayuntamiento arrestó á Portales, apoyado en esta ocasión por la Real Audiencia de Santa Fe. El rey, por cédula de 15 de Octubre de 1723, comisionó al obispo para poner en libertad á Portales.

A su vez, la Audiencia ordenó á Portales que no estorbase el juicio contra Bertodano. Así las cosas, reunióse el Cabildo el 1.° de Enero de 1724, para elegir nuevos alcaldes. No quiso Portales concurrir á la sesión, á pesar de que se le avisó al convento de San Francisco, donde se hallaba. El Cabildo estaba dividido: sostenían al gobernador, el regidor Cipriano de Landaeta, Diego de Landaeta, Blas José de Landaeta y José T. de Arteaga. Triunfó la oposición, y fueron electos alcaldes ordinarios Carlos de Herrera y Ruiz Fernández de Fuenmayor, y procurador, Fernando de Lovera.

Llamado Portales al Cabildo, se le leyó la orden de la Audiencia, respecto al encargo que tenía Carreño, y dijo en sesión del 13 de Enero, que «obedecía la orden con el respeto debido y acostumbrado, besándola y poniéndola sobre su cabeza como carta de su Rey y señor natural, y por cuanto fué detenido un correo que mandó, informando de las cavilaciones y novedades de Carreño y demás vecinos que luego que él fue repuesto de Gobernador, pasaron á refugiarse y conciliarse en el Convento de San Jacinto, siendo del Real servicio quietud pública y demás conveniente al gobierno de la Provincia, alterada con los más escandalosos é irregulares procederes del expresado Carreño y otros vecinos... mandó que los Alcaldes Ordinarios obedeciendo como deben y es de su obligación la Real Provisión de su Alteza, no pasen ni sean osados á pasar algunas diligencias que las de dar cuenta á Su Alteza, y mandar los autos é informes que el gobernador entregará para que Su Alteza se informe de todo», y el 28 de Enero reiteró Portales la orden anterior.

Guardó silencio el Cabildo; pero como Carreño, y pa-

rece que el Cabildo también, habían acusado á Portales por haber desterrado á Antonio Alvarez de Abreu, depuesto al contador José de Vega, querido extraer algunas personas de la iglesia de San Jacinto, amenazado á varias otras, y haber dicho cuando estuvo preso que el día que lo soltasen se revolcaria en la sangre de sus enemigos y se vengaría, por lo cual muchos estaban ocultos, la Real Audiencia de Santa Fe acordó el 23 de Diciembre de 1723 la prisión del gobernador y el embargo de sus bienes, y comunicó al Cabildo para cumplir este mandato. Nunca orden fué recibida con más gusto por los ediles, y leída en Cabildo el 24 de Febrero, salió el maestro de campo D. Ruiz Fernández de Fuenmayor acompañado del Cabildo, y Portales fué reducido á prisión por segunda vez. A la vez se leyó la orden al obispo para que no impidiese ni embarazase la prisión del gobernador, con el pretexto de la Real cédula de 15 de Octubre de 1723, recibida anteriormente para reponer á Portales.

Hecho esto se encargaron los alcaldes del gobierno y mandaron poner grillos al prisionero para mayor seguridad. Los frailes de San Francisco intervinieron diciendo que Portales estaba enfermo y sangrado y no podía resistir los grillos; los alcaldes contestaron que cuando se redujo á prisión al gobernador Cañas se le pusieron grillos y cadena, y á Portales sólo le habían puesto los grillos para mayor seguridad.

Luego se circuló la orden de la Audiencia de 31 de Enero de 1724, mandando á los oficiales y tropa que no obedeciesen á Portales y sí á los alcaldes.

Todo marchó perfectamente hasta que llegó á Caracas la cédula Real de 18 de Julio de 1724, en la cual se concedía al obispo amplia facultad para todo lo tocante al gobernador Portales, con inhibición de la Audiencia y mandaba se le pusiese en libertad y se le devolviesen sus bienes.

Con gran ansiedad se esperaba en Caracas la llegada

del obispo, que estaba en visita. El 1.º de Enero 1725 entraron á ejercer el poder los nuevos alcaldes Jerónimo de Rada y Miguel Renjifo Pimentel. El Cabildo se preparaba para la lucha y escogió para ello estos dos hombres, que eran personas de mucho valor y serenidad.

La lucha comenzó el 9 de Mayo, en cuyo día acordó el Cabildo lo siguiente: «Por cuanto vino el Obispo con el designio de reponer al Gobernador Portales, en virtud de Cédula de S. M. se suspenda su ejecución hasta que S. M. enterado de las causas de la prisión de Portales, resuelva.» A la vez se dirigió al obispo haciéndole presente «los daños, perjuicios y escándalos que traían la reposición de Portales.» El 14 de Mayo vino el obispo al Cabildo y con gran ceremonia y solemnidad hizo leer la cédula de 15 de Octubre de 1723. Los ediles sostenían que esa cédula se refería á la primera prisión del gobernador y nada tenía que hacer con los sucesos posteriores y por tener orden de prisión emanada de la Real Audiencia de Santa Fe. Para no aparecer violento se había convenido en que Portales, ya sin grillos, fuese trasladado al Palacio episcopal, donde permanecía como en prisión.

El 14, al salir el obispo, sus partidarios le formaron corte y se reunieron en la Plaza Mayor en son de amenaza. Sale entonces Portales, se pone á la cabeza del grupo, incorpóranse los amigos, se dan vivas al obispo y al gobernador. Aquello tomó todo el aspecto de una revolución popular. Era el primer ensayo que se hacía en la capital. Salieron las banderas y Portales fijó su cuartel general en el convento de San Francisco.

Los alcaldes estuvieron á la altura de las circunstancias. Tomaron la guardia de la cárcel, subieron á Altagracia, y por la Pelota llegaron á San Jacinto, muy engrosadas las filas con la incorporación de los amigos y partidarios; hecho esto, marcharon sobre el enemigo, que al ver que la cosa no era de juego y que ya los arcabuces

estaban preparados para el combate, se desbandaron y dejaron el campo en manos de la autoridad.

No se dió por vencido el obispo; insistió el 18 en reponer al gobernador, y ante la reiterada negativa del Cabildo, repuso á Portales en su puesto de gobernador el 27 de Mayo.

Aceptó el reto la Municipalidad, y el 29 de Mayo mandó que nadie obedeciese al funcionario repuesto. Todo Caracas estaba contra el obispo, y Portales tomó el partido de irse para Aragua á levantar fuerzas para hacerse obedecer. A la vez el prelado amenazó con censura eclesiástica. Nada pudo lograr, y la Municipalidad lo llamó á su seno para tratar el asunto, á lo que el prelado se negó, y viendo que nada obtenía por las buenas, dictó auto declarando que incurría en excomunión mayor *ipso facto*, incurriendo todo aquel que no reconociera á Portales, porque, dijo, «el eclesiástico está obligado á patrocinar con sus fuerzas espirituales al poder secular contra sus súbditos que proteramente le negaron la obediencia», y fijó en la puerta de la iglesia de Altagracia el edicto de excomunión contra Jerónimo de Rada, Renjifo Pimentel y Lorenzo Hernández de Mendoza.

El Cabildo contestó dando instrucciones al marqués del Valle Santiago, teniente general de las Milicias de la provincia y gobernador de las armas de ella, y á don Pedro José Arias Altamirano, sargento mayor de Caracas, para que «pasasen á cualquiera parte y lugares con la gente necesaria y embarazasen por todos los medios de derecho el que reconociesen al Gobernador Portales, y le prendiesen y remitiesen asegurado». El marqués, á pesar de ser menor de edad, reunió rápidamente 800 hombres, visto lo cual por Portales, tomó el partido de irse á Ocumare, donde se escondió, patrocinado por el obispo.

Al tener conocimiento la Corte de los sucesos de Caracas, expidió la cédula de 13 de Septiembre de 1825,

insistiendo en la reposición de Portales, «recomendándole por segunda vez» que nada sería tan del real agrado como que procurase correr bien con todos, sin dar lugar á que ninguno tuviese motivo de queja.

A pesar de esta nueva orden, el Cabildo siguió gobernando, sin reconocer al gobernador, y el 25 de Julio de 1726 renunciaron sus cargos los alcaldes y se encargó del Gobierno D. Domingo Antonio de Tovar, persona de carácter conciliador, que preparó el camino de una reconciliación entre Portales y el Cabildo. Efectuada ésta, vino por fin aquél á hacerse cargo del Gobierno el 15 de Julio, á contentamiento de todos, y sin que hubiese procedimientos de ninguna especie respecto á los sucesos pasados.

Así, unidos los dos poderes, se procedió de común acuerdo á fijar los egidos de Caracas en 1727 y se dió cumplimiento á lo dispuesto sobre la materia por el gobernador Osorio en 14 de Junio de 1594.

La Corte empezó por cédula de 26 de Enero de 1726; desaprobó el proceder del Cabildo, y así lo manifestó, «para que si no se contuviese en los términos que debía, se tomarían otras resoluciones». Al darse lectura á esta orden de 21 de Octubre de 1726, fué acatada, obedecida y cumplida sin oposición.

Así terminó este curioso incidente de nuestra vida colonial, en el cual cargó con toda la odiosidad el obispo, á cuya intransigencia y empeño de meterse en la política se atribuyó toda la culpa. Y en verdad que el prelado hizo algunas cosas pue ponían de manifiesto su ambición á mandar, tales como el curioso edicto en que amenazó con censura eclesiástica á los que matasen vacas para el consumo público.

El resultado del incidente ocurrido con Portales fué fatal para los cabildos en Venezuela. Al de Caracas se le fueron retirando los privilegios que tenía, hasta dejarlo reducido á meras funciones municipales. Se arregló la sucesión al mando; se autorizó al gobernador para nom-

brar justicias mayores, con lo cual se arrebató á los alcaldes el derecho exclusivo de administrar justicia; se procuró que no se aumentasen los cabildos y se autorizó á los gobernadores para nombrar tenientes justicias donde no había cabildos, que generalmente eran también jefes de las armas, de manera que los Ayuntamientos no podrán ya disponer de éstas, sino el capitán general.

La administración de Portales terminó en 1727. El año anterior Curaçao cayó en poder de los holandeses y creció el contrabando por Puerto Cabello, que debió su crecimiento á este comercio clandestino. Portales no tomó medida alguna eficaz para estorbarlo, y cuando quiso someter á la autoridad las barracas de negros holandeses que formaban aquel puerto, se opusieron y convirtieron á éste en el almacén general de las colonias en tierra firme y en asilo inmune para su tráfico. Para ello monopolizaron la compra del cacao, único fruto que exportaba Venezuela, y así absorbieron por completo el comercio de la colonia. Para remediar este mal se creó la compañía Guipuzcoana.

V

La Inquisición.

Al establecer en América el Tribunal del Santo Oficio, los reyes de España buscaron un aliado para el dominio de la tierra. La Inquisición perseguía los delitos contra la fe y contra el monarca, ejerciendo un poder absoluto en todas sus partes, porque sus juicios eran secretos, porque de ellos no había apelación y porque el reo estaba incomunicado de todos. Sus procederes eran harto reprobables: sus tendencias eran una valla formidable que impedía el progreso de las luces, con la prohibición de leer aquellcs libros que pudiesen ilustrar á los pueblos. Esta prohibición excitaba las denuncias y producía la falta absoluta de franqueza y expansión, aun en el seno del hogar, por el miedo al Santo Oficio; la conciencia estaba amordazada por temor á los autos de fe; la instrucción detenida por el miedo à los libros prohibidos; no existía la amistad expansiva, faltaban las dulzuras del trato social, porque todos temían que un chiste, una frase equívoca, una palabra de doble sentido, fuese causa de un proceso, del cual pocos salían ilesos.

El Tribunal residía en Cartagena de Indias desde 1611 y tenía jurisdicción sobre Santa Fe, Venezuela, Cuba y Puerto Rico. Se componía de dos inquisidores y un fiscal, que naturalmente eran de la península, y los alguaciles del caso. En las principales ciudades tenía jueces

delegados ó comisarios para instruir sus odiosos procesos. En cada silla episcopal suprimía una canonjía, para con su producto satisfacer los sueldos de los empleados inquisitoriales.

Había en Venezuela comisarios sin jurisdicción, encargados de informar acerca de los hechos que les fueren denunciados, y de remitir el proceso y el encausado á la Inquisición de Cartagena.

Los tribunales americanos de la Inquisición dependían de la Inquisición aragonesa, y por esta circunstancia se hallan en el archivo de Simancas, y no en el de Indias, todos los papeles relativos á las inquisiciones de México, Lima y Cartagena. Desde 1570 en adelante es difícil no encontrar en el archivo el nombre de alguno de los hombres que de algún modo figuraron en la colonia, con su respectivo proceso, en el cual se hallan descriptas su persona, origen, vida íntima, móviles secretos de sus actos y procedimientos, y hasta el modo de hablar y escribir. La circunstancia de no estar debidamente clasificada hace difícil el estudio de tan interesante colección. Allí está el catálogo impreso de oficio en 1790, por la Inquisición, para conocimiento de los pueblos de América, en el cual figuran los nombres de 5.400 obras reprobadas.

No tenemos razón ni motivo los venezolanos para quejarnos de la Inquisición. Sea que el espíritu del país fuese poco apegado á la intransigencia, fuese que le preocupasen poco las cuestiones de la fe, ó bien que los inquisidores que vinieron á Caracas no traían consigo las intransigencias del Santo Oficio, es lo cierto que lejos de distinguirse por un celo exagerado, fueron más bien unos hombres tranquilos, tolerantes y benévolos. Y fueron los inquisidores tan mansos, que hasta jugaban carnaval, y de seguro echaban su partida de solo ó de tresillo.

Establecido el Tribunal en Cartagena por cédula de 8 de Mayo de 1610, durante todo el tiempo que duró su

poder sólo tuvo que ocuparse de pocos casos contra la fe en Venezuela.

El primero fué en 1618 contra Luis de Quesada, sastre, que en Coro, comiendo con un cura, le dijo que cuando decía misa mentía. Fué desterrado de Indias después de seis años de prisión que duró la causa.

Siguió luego el de Ana Rodríguez de Villena, vecina de Cumaná, por echar la suerte de las habas y rezar la oración del ánima sola. Fué desterrada de Cumaná por sentencia de 25 de Marzo de 1638.

Fué el tercero en 1650 contra el Padre Juan Rivas, cura de Margarita, que vino á Barcelona y allí le convidó á celebrar el año nuevo el capitán de un buque inglés. Sentados en la mesa para esperar el año, ocupó la cabecera el Padre y bendijo la comida. Denunciado por haber celebrado la Pascua ocho días después de la nuestra, fué preso en 1653 y conducido á Cartagena, donde, probada su inocencia, fué absuelto el 6 de Junio de 1658. Apenas estuvo en prisión cinco años, por haberse metido á esperar el año nuevo con los ingleses. (MEDINA: *Historia del Tribunal del Santo Oficio de Cartagena.*)

El otro caso fué en 1668, en que fué capturado un holandés en los afluentes del Orinoco, con algunos ejemplares de una obra en español al parecer impresa en Holanda, titulada *Epístola á los peroleros*, que contenía un catecismo calvinista y una excitación á los colonos á retirar su obediencia á España y á unirse á Holanda. Como es fácil comprender, esto produjo no poca alarma en Guayana y Trinidad. Se dió parte inmediato á la Inquisición de Cartagena, la que volando avocó la causa y pidió al reo. Felizmente para el holandés, logró fugarse, y con esto terminó el proceso, siendo lo curioso que en él no figura el nombre del culpable. (Id.)

Un tanto más grave fué lo ocurrido en 1679. El obispo González de Acuña, al acto de conferir órdenes en Caracas, dijo que su intención era no ordenar á los que tuviesen sangre de mestizos ó mulatos, lo que produjo

un gran alboroto en la ciudad. El gobernador Alverro logró aplacar los ánimos con promesa de castigo. El provisor del Obispado denunció lo dicho por el obispo al comisario del Santo Oficio en Caracas, y el caso fué á la Inquisición de Cartagena, cuyo tribunal pasó el asunto al estudio de un jesuíta, un franciscano y un cura, quienes, conformes, opinaron que la proposición del obispo era temeraria, y así lo declaró la Inquisición.

Mucho más grave fué el caso que siguió y tuvo un término sangriento.

En el año de 1714 llegó á Caracas D. José Díaz Pimienta, pariente cercano, según decía, de Juan Díaz Pimienta, caballero de la Orden de Calatrava y gobernador de Cartagena, muerto en 1706. Era á la sazón capitán general de Venezuela D. Fernando de Rojas, quien recibió cordialmente á Díaz Pimienta.

Hacía poco tiempo (Marzo de 1713) que Inglaterra y España habían hecho una odiosa asociación para introducir negros en América: «para una mutua y recíproca utilidad á las dos Majestades y Vasallos de ambas coronas, se obligaba S. M. Británica á introducir en las Indias Occidentales de América pertenecientes á S. M. Católica, en el tiempo de 30 años, 144.000 negros, piezas de indias de ambos sexos y de todas edades».—Por cada negro de medida regular de siete cuartas, no siendo viejo ni con defectos, recibirá el rey de España 33 pesos, escudos de plata y un tercio de oro.

Este contrato cerraba á los particulares el negocio de negros, en extremo productivo, especialmente en Venezuela, donde se le había dado una forma ventajosa desde 1692, en que D. Francisco Martín de Guzmán, residente en Caracas, contrató por cinco años la introducción de esclavos en la colonia, pagando durante ellos la suma de 2.125.000 escudos de plata.

La situación comercial de Venezuela en sus relaciones con España era verdaderamente desastrosa. Todo el comercio se hacía con Curaçao y todo se explotaba, por

tanto, ilícitamente. De 1706 á 1721, ni un solo buque español mercante vino de la península con mercancías, ni en ésta se recibió un grano de cacao de la colonia. Fácil es concebir, por tanto, el vuelo que tomaría el negocio de esclavos con Curaçao desde que se firmó el contrato con Inglaterra.

Díaz Pimienta vió en esto una buena oportunidad para hacer dinero, y fijó sus reales en Puerto Cabello, donde de acuerdo con los negociantes de Curaçao estableció en toda forma el negocio de negros. Los resultados fueron satisfactorios y á principios de 1715 fué Díaz á Curaçao á visitar á sus socios, que, dicho sea de paso, eran hebreos.

Hay aquí una laguna en la vida de Díaz, imposible de colmar. La circunstancia de haberse quedado en la colonia, y la más grave aún de haberse convertido á la ley de Moisés, y de haber sido circuncidado con gran pompa el 21 de Mayo de 1715, da lugar á pensar que se enamoró de alguna hebrea, y cambió de religión para casarse con ella.

El año siguiente fué Díaz á Río Hacha, siempre en asuntos comerciales, cuando comenzaron sus desdichas. Un fraile le denunció al Santo Oficio de la Inquisición, diciendo que le conoció de religioso en Cuba, de donde se había fugado. Aprehendido se descubrió, en efecto, que se había ordenado sacerdote en 1708, que era religioso calzado del orden de Nuestra Señora de la Merced, hijo del convento de Santa María del Príncipe, en la isla de Cuba, de donde se había huído poco después.

Los Anales Eclesiásticos y Seculares de Sevilla nos dan todos los detalles de la vida de Díaz hasta su muerte.

Logró fugarse el preso; pero no pudo nadar por tener puestos los grillos, y fué capturado y remitido al Tribunal de la Inquisición de Cartagena.

De grandes influencias debió disponer Abraham Díaz Pimienta, que así se llamó después que cambió de reli-

gión, puesto que el Santo Tribunal le condenó solamente á «vestir con hábito de aspas, á abjurar públicamente, á suspensión de sus oficios sacerdotales y á cárcel perpetua en un convento de su Orden en España, con otras penitencias saludables», y consta que abjuró públicamente en Cartagena, el día 20 de Junio de 1717, en la iglesia de Santo Domingo, según carta de Gutiérrez de Escalante, fecha 4 de Abril de 1718.

En Agosto—dice el proceso—llegó á Cádiz y fué entregado al comisario del Santo Oficio, quien le puso preso en la cárcel eclesiástica. Logró fugarse de allí, pero con tal desgracia, que fué aprehendido en Jérez y depositado en el convento de su Orden en aquella ciudad. Volvió á fugarse, fué á Sevilla disfrazado y de allí pasó á Lisboa, para embarcarse para Holanda.

Se hace difícil creer lo que reza el proceso cuando asienta que ya al embarcarse «empezó á meditar sobre su mal estado é enevitable perdición, y determinó volverse á Sevilla y presentarse á la Inquisición, donde arrepentido confesase sus culpas é hiciese debida penitencia».

Llegó, en efecto, á Sevilla y «solicitó en el convento que le diesen un hábito para presentarse con decencia; mas, sorprendido por la Inquisición, lo llevaron á las cárceles del Tribunal». Siguiósele juicio y confesó todos los pormenores de su vida, pero no dijo que estaba circuncidado, ni que fuese casado.

Sometido á nuevo interrogatorio, dijo que era judío y afirmó su creencia en la ley mosaica, «en la cual se mantuvo á pesar de las sólidas reconvenciones que le hicieron». Descubrióse luego que había sido circuncidado, y esto acabó de perderle.

Abraham fué sentenciado el 22 de Julio de 1720. Se le declaró hereje apóstata y se le condenó á ser degradado y relajado al brazo secular.

Solemne fué el auto de fe que celebró el Tribunal de la Inquisición el 25 de Julio de 1720, en la iglesia del

real convento de San Pablo, en Sevilla. Entre los seis que fueron quemados iba Abraham.

En la mañana de aquel día salió Abraham montado en un burro, adornado de coraza con llamas, aspas y demás preseas que distinguían los reos del Santo Oficio. En el castillo de Triana, asiento de la Inquisición, se hallaba reunido el clero parroquial de Santa Ana, que salió en procesión solemne con cruz cubierta. Seguíale la Hermandad de San Pedro mártir, que se componía de los inquisidores, ministros y familiares de la institución, y de cuyos anales copiamos estos detalles. Llevaba la Hermandad la cruz cubierta con tafetán morado. De paso hagamos notar que en estos actos de barbarie se tenía el buen juicio de cubrir al Cristo, como para que su mansedumbre no formara contraste con el encono de los que obraban en su nombre.

Los reos iban acompañados del alguacil mayor y del alcaide de cárceles secretas, y así se dirigieron á la Puerta de Triana é iglesia de San Pablo, en donde en el presbiterio, al lado del Evangelio, ya los esperaban los inquisidores. Delante tenían una mesa con cubierta carmesí y á la derecha del Tribunal se situó el alcalde del crimen. En el mismo lado de la capilla mayor se colocó el estandarte de la Hermandad de San Pedro Mártir, y á su izquierda la cruz parroquial con los cirios apagados. El altar mayor sólo tenía seis velas amarillas.

En el centro de la iglesia se construyó una jaula y en ella metieron á los reos. Comenzó luego la misa y después del *Introito* se leyó la sentencia. Subió luego un sacerdote á la cátedra sagrada y pronunció un sermón alusivo al acto, en el cual demostró la justicia de la sentencia y lo saludable del castigo. Acto continuo sacaron los reos y continuó la misa. Terminada ésta, los inquisidores «se fueron en coche al castillo de Triana, donde vivían».

Los sentenciados fueron conducidos en procesión á la plaza de San Francisco, donde les esperaba el al-

calde del crimen, en el juzgado de los fieles ejecutores.

Continuaremos ocupándonos solamente de Abraham.

Subió el reo «á un decente tablado, al lado de la platería, donde fué degradado por fray José Esquivel, obispo auxiliar, y en seguida fray Jacinto de Mendoza le despojó del hábito religioso que había conservado en el auto, y fué luego entregado al brazo secular, cuyos ministros lo condujeron al juzgado de los tenientes y allí el mayor D. Alonso Begines de los Ríos, en vista del testimonio de la causa que se le había remitido, le sentenció á muerte de garrote y á ser quemado, cuya ejecución se suspendió hasta la tarde». (*Anales*, etc.)

Á las cinco de la tarde tomaron al reo los ministros de la justicia real y le condujeron al Prado de San Sebastián, donde había un cadalso hecho de piedra, llamado el Quemadero. Allí se le dió muerte, y después de esto le pusieron las insignias y capotillo que se ponían á los reos de la Inquisición, y luego fué quemado como estaba ordenado.

Leyendo las actas de este proceso se pone de manifiesto una constante contradicción en el carácter de Abraham, pues á veces rinde una declaración sumisa, en la que se muestra arrepentido y dispuesto á entrar en la obediencia á la Iglesia para salvar su alma, y luego dice todo lo contrario.

Después de este caso, la Inquisisión de Cartagena no tuvo ocasión de ocuparse de ningún asunto serio de fe en Venezuela. Apenas ocurrió el de la loca de la Merced, que no llegó á sus manos y que refiere el padre Navarrete en estos términos: «En este año de 1797 ha tomado á su cargo la justicia eclesiástica examinar y sacar á luz en esta ciudad de Caracas un ruidoso espíritu de una mujer, que viviendo detrás del Convento de N. S. de la Merced, había muchos años que tenía á la ciudad en expectación sin acabar de saber si era malo ó bueno el espíritu en que hacía y decía tales cosas, que engañaron á varios ministros que la dirigían; últimamente ha veni-

do á parar en espíritu de insubordinación, altanero y soberbio, haciendo hasta en la misma iglesia acciones de desprecio contra varios sacerdotes, aun por mostrarse á favor de su confesor. Manifestando ó queriendo aparecer espíritu de profecía asegurando á algunas personas visibles que no morirían de la enfermedad en que estaban, particularmente á una mujer blanca de la familia de los Zerezos, tía de éstos ó madrastra, y á un caballero Díaz. Este, por fin, con la confianza en esta profecía, ha muerto sin hacer testamento, y la otra pobre burlada, después de mucho padecer, vino á probar la misma muerte, prueba clara de aquel falso y embustero espíritu. La han sacado de su casa. La han puesto en el Hospital de la Parroquia de San Pablo; fue registrada su casa y papeles; se ha examinado la corta familia de sus sirvientes y domésticos; se han hecho las inquisiciones y pruebas correspondientes por el Tribunal Eclesiástico y se ha declarado por una mujer ilusa ó demente y de recalentada é ilusa imaginación.»

La Inquisición tuvo también que hacer con Miranda. Hallándose en Cádiz fué denunciado, y el Tribunal de Sevilla ofició á Cuba, con fecha 16 de Octubre de 1782: «Mandó V. A. por auto de 5 de Febrero de este año, fuese preso con embargo de bienes, se le siguiese su causa hasta su definitiva y al tiempo de su prisión se reconocieran las pinturas, libros y papeles que tuviese, recogiéndole los prohibidos» y como Miranda en ese tiempo había venido á Cuba como capitán del regimiento de Aragón, el Tribunal de Cartagena fué requerido para que se procediese á su captura. El Santo Oficio envió al comisario de la Habana orden de prisión, la cual fué devuelta con la nota «de que habiéndose puesto en un Castillo á dicho Miranda por orden de la Corte, á causa de diferentes sucesos en que había incurrido, el Marqués de Casa Cajigal, cuyo edecán era, «le dió escapada y se pasó á los americanos, por cuyo motivo no se ha verificado su arribo, ni se esperaba, y se juzga no tenga

efecto, respecto á que siendo de bastante consideración sus delitos huya del castigo que merezca».

No olvidó Miranda este cariño del Santo Oficio, y en sus consejos á O'Higgins le dice: «Ellos (los americanos) saben lo que es la Inquisición, y que las menores palabras y hechos son pesados en su balanza, en la que, así como se concede fácilmente indulgencia por los pecados de una conducta irregular, nunca se otorga al liberalismo en sus opiniones... No olvidéis ni la Inquisición ni sus espías, ni sus sotanas, ni sus suplicios.»

La Inquisición de Cartagena declaró á Miranda en 1807 «indigno de recibir pan, fuego, ni asilo en su propio suelo, por haberse rebelado contra su Rey y Señor» y el 13 de Octubre de 1810, fulminó excomunión mayor contra los «insurgentes».

Los insurgentes á su vez abolieron la Inquisición. Oigamos lo que á este respecto dice el padre Navarrete: «Oy día en el mes de Noviembre, el día once de dicho mes (año de 1811) se quitó y abolió en esta Cartagena de Indias, y en nuestra Caracas también se extinguió y abolió el día 22 de Febrero de este año 1812 y primero de nuestra independencia absoluta, según el decreto de nuestro gobierno inserto en las gacetas de febrero (N.° 392).

»Y en estos últimos tiempos ya la Santa Inquisición de España se había hecho odiosa á nuestra misma sana, santa y sencilla América, cristiana, católica y española, porque á la verdad se estaba valiendo la despótica Corona española de este Tribunal para adular á Francia, prohibiendo á todos las obras más excelentes que pregonaban al mundo las indignas operaciones y escritos de los impíos franceses.

»¡Santa Caracas y Santo tu Gobierno independiente que ya quitaste la Inquisición!»

VI

Un auto de fe.

El coronel Juan Guillelmi, caballero de la orden de Santiago y capitán general de Venezuela desde 1786 hasta 1792, y no hasta 1790, como asientan algunos historiadores, era un hombre quisquilloso, celoso de su autoridad y no muy amigo de la Inquisición ni de sus empleados.

Muy bien lo sabía D. Miguel Antonio Castro y Marrón, comisario del Santo Oficio de esta ciudad y su jurisdicción por la Inquisición de Cartagena; y excusado es decir que ambos personajes estaban constantemente en pugna y mirándose de reojo.

El comisario quería que la Santa Inquisición estuviese por encima de todo y de todos. Era un hombre ambicioso, intolerante, y con la intransigencia natural del fanatismo. Naturalmente no había de ser tan cándido como para enfrentársele el capitán general, que bien sabía que ello le acarrearía serias consecuencias. Se trataba solamente de esa lucha sorda, en la cual los adversarios se miraban sonreídos; pero cada uno espiaba al otro, buscando la oportunidad para darle un golpe. El gobernador quería que el Santo Oficio le guardase todos los miramientos debidos, que no se mezclase en el gobierno de la colonia, y sobre todo que no se le tratase con desprecio.

El obispo Martí, hombre de calma y de buen juicio, permaneció neutral en estas cuestiones, que apasionaron á Caracas en los años de 1789 y 1790.

Dos golpes había recibido ya el comisario de la Inquisición de manos del gobernador, que, dicho sea de paso, tenía las simpatías generales en sus querellas con el Santo Oficio. El uno fué en la causa por bigamia seguida á Juan Félix Lugo, en la cual Guillelmi no permitió que se avocase á ella la Inquisición; y el otro en la de Juan Perdomo, á quien el Santo Oficio mandó secuestrarle sus bienes en 1787, y el capitán general lo amparó conforme á la ley. Cada triunfo de éstos era celebrado y comentado en Caracas con fruición y entusiasmo, y es de suponer cómo estaría por dentro el comisario.

Pero hay que decir la verdad. No estaba tan sólo el buen inquisidor; de su parte estaban los frailes predicadores de San Jacinto, los isleños devotos del Rosario y toda la parroquia de Candelaria, que entonces era isleña en su mayoría. Tenía en su contra á los frailes de San Francisco, á la cofradía de negros de San Juan Bautista, que campeaba en San Mauricio, y á la poderosa cofradía de mulatos de Altagracia, que cuidaba de esta iglesia. Estas eran las fuerzas de combate. A retaguardia estaban con el gobernador todas las autoridades civiles y eclesiásticas y la flor y nata de la colonia.

Los más agresivos eran los mulatos de Altagracia, y el comisario velaba una oportunidad para darles una lección. Al fin se le presentó, y se aprovechó de ella con toda la vehemencia del caso. Pedro José Lovera, pardo, fué acusado de «hereje sacramentario». El comisario le puso la mano, lo llevó á la cárcel y le siguió juicio, pasando el expediente al Tribunal de Cartagena. Desde las rejas de la prisión real, hoy Casa Amarilla, presenció Lovera la procesión de San Sebastián, que sus compañeros sacaban de San Mauricio, única cosa que podían hacer por el desdichado que había caído en las manos del Santo Oficio.

El 11 de Septiembre de 1789, Lovera fué condenado por la Inquisición de Cartagena á un año de prisión con trabajo y á hacer penitencia. El comisario resolvió hacer un auto de fe público en el convento de San Jacinto el día 7 de Febrero de 1790, y al efecto dictó sus disposiciones, á fin de que la fiesta fuese solemne.

Conforme á la ley, el 6 se pregonó en las cuadras contiguas al convento la orden para que todos los vecinos barrieran sus casas. El comisario mandó recado de aviso al capitán general por conducto del presbítero Tomás Suárez de Navarro.

Eran las cinco de la tarde cuando éste llegó á la quinta del Real Amparo, que así se llamaba la casa de campo de los capitanes generales, «situada á medio cuarto de legua de la ciudad». El gobernador Guillelmi estaba en manos del peluquero, «que lo estaba peinando», y recibió al sacerdote con su habitual cortesía. Ya sospechaba de lo que se trataba, pues en Caracas no se hablaba sino del auto de fe. No quiso el padre Suárez decir á lo que iba, por ser asunto secreto y estar delante el peluquero, por lo cual se retiró sin cumplir su encargo y sin pedirle el auxilio civil para la ejecución de la sentencia.

El comisario resolvió jugar el todo por el todo y hacer su auto de fe sin tocar para nada con el gobernador. Como el reo era del Santo Oficio, estaba á su orden, y al efecto dictó un auto por el cual comisionó al alguacil mayor del Santo Oficio, Marcos Hernán Marrero, para que al amanecer sacara al reo de la cárcel y lo llevara á San Jacinto. El auto dice así: «y en caso de que el dicho Gobernador no quiera dar dicho auxilio ó se excuse valiéndose de frívolos pretextos, executaréis nuestra orden sin pérdida de tiempo, por estar ya prevenidas las cosas y citados los ministros para penitenciar dicho reo, yendo á dicha Real Cárcel, acompañado de dos familiares del Santo Oficio para la condución de dicho reo, captivando primero la venia del alcaide de la Cárcel á quien haréis saber nuestra orden. (*Reg. Pub. Quejas 1790 E. N.º 1.*)

La iglesia de San Jacinto estaba repleta de gente el domingo 7 en la mañana, como que era cosa nueva para los habitantes de Caracas el espectáculo que iba á tener lugar en las naves del templo. La Cofradía del Rosario estaba tendida en una de las naves. Los frailes predicadores, en larga fila, ocupaban el lado del Evangelio, como era de ritual. Vacíos estaban los asientos del Cabildo Metropolitano y los del Ayuntamiento. No consta en las actas que este Cuerpo hubiese sido invitado á la ceremonia, lo que hace creer que el comisario hizo su auto entre frailes y devotos. A la izquierda del altar mayor estaba sentado el comisario del Santo Oficio, teniendo delante una alfombra sin almohada, y á su lado los oficiales de la Inquisición sentados en un banco cubierto con una alfombra, como lo mandaban las leyes de Indias.

El reo apareció sin sambenito ni cuerda. Se le leyó la sentencia que le condenaba *de levi* por el delito de blasfemia sacramental, á un año de cárcel con trabajo, á penitencia pública y á ejercicios espirituales y confesión general.

Arrodillado en el centro de la iglesia, hizo penitencia pública, luego profesión de fe católica, y, por último, el juramento de no incurrir más en el delito de blasfemia.

El auto de fe resultó un fracaso por la clase de gente que asistió. Ni fué el obispo, ni los canónigos, ni el alférez real, ni la gente decente. Los pulperos estaban en mayoría. El reo era un pobre diablo que repitió cuanto le dijeron y luego se lo llevaron de la iglesia, se dijo la misa, y asunto concluído.

No quiso Caracas asociarse á aquella ceremonia inquisitorial. Frescos estaban aún los recuerdos de las grandes fiestas que habían tenido lugar en Diciembre anterior con motivo de la jura de Carlos IV. Aún estaban en pie los tablados levantados en la Plaza Mayor, para las justas y juegos de toros habidos con motivo de la proclamación del nuevo rey, y quiso demostrar sus ideas avanzadas en materia de tolerancia.

Lovera fué conducido al hospital de San Pablo; recibiéronle allí, bajo promesa de que iría luego la orden del capitán general. En la tarde fué el padre Suárez, cura de la iglesia de aquel nombre, á hacer entrega formal del reo al mayordomo del establecimiento, para que lo catequizara, lo confesara, lo hiciera rezar y le pusiera un grillete. El mayordomo no quiso recibirlo, porque no trajo orden escrita del gobernador, único que tenía fafacultad para el caso, por lo cual, á las seis de la tarde volvió el reo á la Cárcel Real á disposición del gobernador, quien pasado unos días dispuso que cumpliese su condena sin grillete, como sirviente del hospital de San Pablo, y fuera de la intervención del Santo Oficio.

Ahora le tocaba su turno al capitán general. El 4 de Marzo elevó su queja al Consejo de Indias contra el comisario, por aquello del recado que le llevó el padre Suárez, lo que consideró como un desacato á su autoridad, que requería un desagravio.

Además desconoció el carácter que se había arrogado Marrero, de alguacil mayor del Santo Oficio, porque no había tal empleo en Caracas. Comenzaba, pues, una de aquellas constantes querellas de etiqueta que tanto preocupaban á los colonos, pero que en esta ocasión envolvía una lección que se quería dar al representante del Santo Oficio. Al saber lo ocurrido, la Inquisición de Cartagena quiso parar el golpe, dando excusas al capitán general y la correspondiente suave reprimenda al comisario; pero el gobernador contestó que el asunto estaba ya en la Corte y que nada había que hacer en el asunto. Insistió el Santo Oficio y dijo al capitán general en 9 de Octubre que había dado inmediatamente providencias para que el comisario «ciñese las suyas con toda reflexión y madurez y con la atención y urbanidad que exige el carácter y representación de usted», y que ahora reiteraba dichas órdenes.

El 21 de Julio el Consejo de Indias pidió informes acerca de cuál era la práctica seguida en Caracas en ca-

sos semejantes. Los escribanos D. Francisco Buenaventura Terrero, Juan Domingo Fernández, José Manuel de los Reyes, Manuel de Terreros y Francisco de Paúl, informaron que nunca se había presentado caso semejante con la Inquisición. Las autoridades y jueces dijeron que era práctica pedir los auxilios á la autoridad por medio de un oficio y no por recado. El rey dió la razón al gobernador, y por cédula de 17 de Febrero de 1792 dispuso que «en las causas de fé debía ir personalmente el comisario á pedir los auxilios que necesite del gobernador y en las públicas deben pasársele los autos originales.

El 8 de Mayo de 1792 pasó copia de esta cédula el gobernador Guillelmi al comisario del Santo Oficio, exigiéndole el recibo de ella, y el 1.° de Junio le contestó el comisario.

Así terminó este curioso incidente de nuestra vida colonial, que dió por resultado la sumisión de la Inquisición á la potestad civil y dió fin á la lucha que venía de atrás entre las dos potestades.

La administración de Guillelmi fué fecunda en bienes para Venezuela. Establecióse en su tiempo (1786) la Real Audiencia y Cancillería, centro de jurisdicción civil y criminal de la colonia; la Superintendencia Real, que venía á completar el plan fiscal del ministro Galves, y que era así como una autonomía municipal; y, por último, se puso freno á la Inquisición y se le domesticó de tal manera, que no hizo daño alguno en Venezuela.

Según certificación del Cabildo, gobernó Guillelmi á Venezuela desde el 13 de Febrero de 1786 hasta el 1.° de Octubre de 1792, y por Real cédula de 19 de Noviembre de 1795 se le declaró «bueno, recto y celoso ministro, desinteresado, exacto en el cumplimiento de sus obligaciones y dign o de los mayores elogios».

VII

La Academia de Matemáticas.

Las rivalidades que existían latentes entre las corporaciones de la colonia; los celos entre ellas por cuestiones de autoridad, y la ojeriza, á veces manifestada contra el engrandecimiento de alguna de ellas, influyeron mucho en las grandes dificultades con que tropezó en Caracas la creación de la Academia de Matemáticas.

La iniciativa para el establecimiento de ella corresponde á D. Agustín de la Torre, rector de la Universidad, quien en 1790 presentó al Claustro un informe destinado á promover el establecimiento de una cátedra de Matemáticas en Caracas. Comenzóse entonces á substanciar el expediente, con una lentitud inexplicable en nuestros tiempos, y fué sólo el 24 de Noviembre de 1794 cuando el Claustro pleno dictó resolución en el asunto, y dispuso pasar todo lo actuado al Real Consulado, recomendando la materia y pidiendo que este cuerpo lo tomase bajo su protección.

No prestó atención alguna el Consulado á lo resuelto por la Universidad. Como veremos más tarde, él quería establecer la cátedra bajo su dirección, y lo mismo quería la Universidad. Nada se hizo, porque esta institución carecía de fondos.

Tres años después, el doctor José Antonio Felipe

Borjes, rector de la Universidad, ofició al Consulado el 14 de Diciembre de 1797, insistiendo en el primitivo acuerdo del Claustro. El Real Consulado permaneció retraído y el asunto quedó abandonado.

Un nuevo factor entró luego en la lucha. Era el obispo fray Juan Antonio de Viana, que quería que la cátedra se estableciese en el Seminario y fuese dirigida por un fraile. El capitán general D. Pedro Carbonell apoyó al obispo, y conseguidos los recursos, fray Francisco de Andújar, capuchino, abrió una Academia de Matemáticas en una casa particular el 24 de Junio de 1798, y en 12 de Julio lo participó así el padre Andújar al Consulado y le pidió un auxilio monetario para la compra de instrumentos y para que el Instituto pudiera enseñar alumnos pobres «que no podían contribuir con el estipendio con que contribuían los demás».

El doctor Arístides Rojas dice á este respecto: «En 1785 el Padre Andujar, Capuchino aragonés de mucha erudición, propuso al Capitán General interino don Manuel González regentar gratis una Cátedra de Matemáticas, con el único objeto de aclimatar en el país este ramo de los conocimientos humanos. Por el momento acordó el Gobernador, con la reserva de que fuese apoyado por el Monarca de España.»

Como hemos visto, las cosas pasaron en 1798, y era gobernador D. Pedro Carbonell.

La instalación de la cátedra alarmó al Consulado y á la Universidad, y los obligó á aliarse contra el Seminario. Al efecto, pasada la solicitud del padre Andújar al estudio del síndico D. Martín de Herrera, éste informó el 8 de Octubre del mismo año acerca del asunto, proponiendo á la Junta del Consulado: 1.º, que se creara una Academia de Matemáticas dotada con 1.000 pesos anuales para sueldo del director, y se auxiliase con 3.000 pesos para comprar instrumentos y libros; 2.º, que la cátedra se proveyese por oposición rigurosa; 3.º, que la Universidad formase el plan de estudio y diese los pasos

necesarios para obtener la aprobación real; 4.°, que no siendo bastante una clase para la enseñanza de las diversas materias que componen las Matemáticas, quedase á cargo de la Universidad el establecimiento de las demás que fueren necesarias, y proporcionase ésta el local para la cátedra. Por este acuerdo se descartó la pretensión del padre Andújar.

El 10 de Octubre pidió la Junta á la Universidad «un ejemplar de las reales disposiciones que se tenía entendido le habían sido comunicadas para el establecimiento en ella de la Cátedra de Matemáticas», y el 16 contestó el rector manifestando que «hasta entonces no había dimanado de la Soberanía Real disposición alguna en el particular».

Este informe del rector, fechado en 1798, contradice el Informe Estadístico de la Universidad Central, fechado el 8 de Diciembre de 1872 y suscripto por los doctores José de Jesús Lucena, Fernando Figueredo y Teófilo Rodríguez, en el cual se asienta que en 4 de Octubre de 1784 se dispuso por Real cédula «el establecimiento de una Cátedra de Matemáticas elementales y mixtas, distribuída su enseñanza en términos de poder conferirse grados en esta Ciencia». No se explica cómo el rector de la Universidad ignorase tal cédula en 1798, ni tampoco se comprende cómo el rey, en su cédula de 5 de Septiembre de 1786, al fijar sueldo á las cátedras de la Universidad no mencionase la de Matemáticas.

La Junta aprobó en todas sus partes el plan propuesto por el síndico, y, en consecuencia, pasó el expediente á la Universidad para que siguiese su curso legal, y transcribió el informe del síndico al vicepatrono real (capitán general), para solicitar la Real aprobación. Según consta en el acta de la Junta, el expediente pasó á la Universidad el 26 de Octubre de 1798.

Terció de nuevo el obispo y ofreció «proporcionar salas para la enseñanza de las Matemáticas», á tiempo que la Universidad pedía que el Real Consulado hiciese efec-

tiva la dotación de la cátedra y que ella se entendería en todo lo demás.

No parece que el Real Consulado viese con agrado las pretensiones de la Universidad, que quería que el Consulado pagase y no se mezclara más en el asunto, ni el deseo del obispo de traerse la cátedra para el Seminario. El criterio del real cuerpo era distinto y muy lógico: puesto que él pagaba la cátedra con sus fondos, era natural que él fuese quien la dirigiera. La Universidad quería dirigirla, pero no tenía dinero para pagarla; el obispo se conformaba con el clavo del jesuíta: traerla para el Seminario, como el primer paso para quedarse con ella. Tratóse el asunto muy detenidamente en la sesión del 11 de Diciembre de dicho año de 1798, y acordó el Real Consulado «que el Catedrático de Matemáticas se hiciese venir de España, abonándosele los gastos de su viaje y un sueldo de 1.000 pesos anuales y 1.000 pesos más de gratificación: que se destinasen 3.000 pesos para comprar instrumentos, libros y demás necesarios: que el catedrático lo haría venir el Consulado, el cual proporcionaría también casa, atendida la estrechez del Seminario». Más tarde, el 18 de Septiembre, la Junta aumentó el sueldo del catedrático á 2.000 pesos anuales. Por estos acuerdos quedaban sin intervención directa en el asunto la Universidad y el Seminario.

Para parar este golpe se obtuvo en Abril de 1799 que el capitán general aprobase oficialmente el plan acordado por el Real Consulado en Octubre del año anterior, por el cual la cátedra quedaba bajo la jurisdicción de la Universidad, y apoyado en esta resolución, este instituto lo participó al Consulado «reservándose ella tratar más después acerca del plan de estudios y firmar el informe que debía enviarse á Su Majestad, pidiéndole el permiso para abrir la Cátedra».

Ya para entonces la Academia del padre Andújar había desaparecido y el padre dirigió una nota el 18 de Febrero de 1799 al síndico Fernando de Monteverde, co-

municándole varios descubrimientos que había hecho en la Mineralogía y reino vegetal, recordando su solicitud anterior. De todo se dió cuenta á la Junta, la cual dispuso ocuparse nuevamente de la cuestión cátedra, y al efecto el 4 de Marzo pidió el informe del Ayuntamiento. Este cuerpo declaró en 6 de Junio «la necesidad y utilidad del establecimiento». El resto del año lo pasó también la Universidad sustanciando el expediente, y de ello se dió cuenta á la Junta en sesión de 11 de Diciembre.

Hasta aquí vemos vegetando el pensamiento iniciado en 1790. Todo el mundo oficial acoge la idea con entusiasmo, cada cuerpo la quiere para sí, y, en resumen, nada práctico se hace.

El 29 de Abril de 1800 vuelve la Universidad á excitar á la Junta á que resuelva hacer efectiva la creación de la cátedra. Movía entonces el asunto Humboldt, quien hallando buena voluntad en Caracas, dióle gran impulso á la idea, y le hizo entrar práctico y científico.

El 20 de Mayo de 1800 la Junta, después de «meditada y reflexionada la materia con la madurez que corresponde y merece su gravedad, pues se trata nada menos que establecer la perpetua enseñanza de una ciencia cuyos conocimientos serán la base de la felicidad de estas provincias, las más bellas y ricas en productos naturales y las que perfeccionando su Agricultura, Artes, Industrias y Comercio, las elevarán al lugar que les es debido; considerando que, á pesar de todo lo tratado y acordado en este expediente, no podrá conseguirse el fin propuesto si sólo se instruyese la juventud en las Matemáticas, según los principios elementales, conforme á los cuales se divide y se mide un terreno, la altura de un monte, ó se construye alguna máquina, y que para lograrlo es necesario que se le comuniquen también los conocimientos relativos á la Agricultura y á las Artes; que se enseñe al mismo tiempo que las Matemáticas, Arquitectura rural, Fortificación, etc.; el modo de beneficiar añil, la azúcar,

el café; de fabricar el ladrillo, etc.; las cualidades de las tierras, la utilidad que debe sacarse de una producción vegetal, de un jugo, de una raíz y sobre el valor de un mineral que pueda descubrirse, lo cual persuade á que deben fundarse dos cátedras: una de Matemáticas y otra de Química, ó Física experimental... que sería muy conveniente se fundase una Academia donde separadamente, con toda independencia se enseñasen estas ciencias, bajo la inmediata protección de este Cuerpo, en lugar de una Cátedra, como estaba acordado, según se practica en muchos puntos de Europa... acordó, separándose de todo lo determinado por la Junta anterior en cuanto al establecimiento de una Cátedra de Matemáticas en el Colegio Seminario, que se funde por este Real Consulado á costa de sus fondos, y bajo su inmediata autoridad y proteccion una Academia donde se enseñen gratuitamente las Matemáticas y Física-Química aplicada á la Agricultura y á las Artes, á toda persona notoriamente blanca y de sana reputación que quiera aprenderlas en una casa proporcionada que se tomará para el efecto». También acordó la Junta que se trajesen de España dos profesores con el sueldo de mil quinientos fuertes anuales, que se les pagasen los gastos de viaje y pudiesen vivir si querían en la casa de la Academia; que se erogasen tres mil pesos para que con conocimientos de los profesores se compraran instrumentos, libros y demás que fuese preciso traer: que el Consulado formularía el plan de estudios y reglamentos para gobierno de la Academia, de acuerdo con los profesores; que bajo la dirección de éstos se harían las modificaciones que requiriese la casa destinada por la Academia, y, por último, que se diese cuenta de lo acordado á la Universidad, indicándoles las razones que tuvo el Consulado para mudar el plan del establecimiento y se pidiera la aprobación de S. M. al «establecimiento de esta Academia por el beneficio y utilidad que resultará á estas Provincias en que se fomente por medio de la enseñanza de esta ciencia, su

Agricultura, Industrias, Artes y Comercio, cuyo objeto se encarga tanto á este Real Consulado en la Real Cédula de su erección.»

Notamos de paso que los términos del acuerdo del Real Consulado coinciden hasta en las palabras, con la correspondencia de Humboldt referente al asunto durante su estada en Venezuela, lo que demuestra que el acuerdo de la Junta fué obra inspirada por el sabio alemán.

Animada la Junta por el interés de hacer efectiva la creación de la Academia, encargó el 26 de Mayo á don Gonzalo María de Orea y á D. Agustín González, residentes en Cádiz, para solicitar en España los profesores que debían venir á regentar el Instituto, tan pronto como el Rey aprobase la creación.

La solicitud fué elevada al monarca directamente, prescindiendo de la Universidad y del Seminario. Puesto que el Consulado pagaba, él creyó que podía fundar la Academia. La Universidad quería una cátedra dirigida por ella y pagada por el Consulado: el obispo quería la cátedra en el Seminario pagada por el Consulado y regentada por el clero. Natural es creer que todo esto iría á España, puesto que la Corte no dictó resolución alguna en el particular.

Tres años después, el 28 de Febrero de 1803, vuelve la Universidad á gestionar el asunto ante el Consulado. Èste contestó el 15 de Abril que la materia estaba resuelta y terminada por su parte desde el 20 de Mayo de 1800, y al efecto pasó á aquel Instituto copia de lo conducente. Á la vez reiteró á S. M. el pedido del beneplácito real para la creación de la Academia, y se encargó de agenciar el asunto D. Narciso Sáenz de Azofra, agente del Consulado de Madrid.

La Universidad, por su parte, se dirigió también al rey, pidiéndole la erección de la cátedra, mientras que el capitán general tomó por su lado interés que se resolviese el asunto en Madrid. Mientras tanto no había

enseñanza alguna de Matemáticas en Caracas ni había cátedra de Matemáticas creada en 1784, como dice Azpurúa en los Anales de Venezuela.

Se encontró, pues, la Corte en un grave apuro, pues naturalmente ella no quería descontentar á la Universidad, ni disgustar al Seminario, ni menos desautorizar al Real Consulado.

Es indudable que estos factores influyeron en el ánimo de los ministros de Carlos IV para resolver desfavorablemente la solicitud.

Trece años de trabajo, de esfuerzos particulares, de iniciativa oficial y de celos mezquinos, fueron echados al olvido con una plumada real. El ministro anunció lisa y llanamente que S. M. no había prestado su aprobación á la creación de la cátedra de Matemáticas. Hay que convenir en que la fórmula era un poco brusca; pero á la vez es menester no olvidar las causas que lo produjeron para impartir en justicia la responsabilidad entre las Corporaciones coloniales y el Gobierno español. Hasta hoy toda la culpa de lo ocurrido se ha echado en hombros del rey; la frase «no conviene ilustrar á los americanos» la repite como un anatema contra España y una prueba del poco interés que tenía la Metrópoli por el adelanto intelectual de Venezuela.

En justicia no era esta clase de instrucción á la que se oponía la corona, puesto que ella en nada intervenía con las ideas político-religiosas del tiempo, de las cuales sí era muy celosa la Metropóli. Al contrario, por Real orden de 20 de Noviembre de 1799 se dispuso quo el Consulado pudiese emplear en los caminos otros ingenieros que los reales y luego prohibió en 30 de Septiembre de 1801 que se empleasen los ingenieros que estaban en servicio militar.

Se ve, pues, que el criterio español en este punto era bastante liberal, y leyendo el libro de Actas del Real Consulado de Caracas llevado en los años de 1799 y 1803 por el secretario Antonio Soublette, hemos encon-

trado todos estos datos oficiales que dan nueva luz en el asunto de la cátedra de Matemáticas, y si no se disculpan, por lo menos explican las razones en que se fundó el rey para un acto hasta hoy incomprensible y causa de cargos severos en todas partes.

VII

1801—El año terrible—1801

El tratado de alianza celebrado entre España y Francia en 1796 produjo la guerra con Inglaterra. Con la ocupación de Trinidad á principios del año siguiente, los ingleses fueron dueños del Mar Caribe, y el comercio de las colonias con la madre Patria sufrió trastornos considerables. Para remediar estos males, España permitió el 18 de Noviembre de 1797 que los buques neutrales pudiesen hacer el comercio de América, pero con la condición de llevar á España los cargamentos que sacaran de las colonias. Es decir: se podía importar de los países amigos, pero sólo se podía exportar para la Península. De ahí que esta medida, á la cual se han atribuído brillantes resultados para Venezuela, no produjera en el hecho grandes ventajas á la colonia.

Además, el comercio de la madre Patria se resintió de una medida que les arrebataba el privilegio del tráfico con las colonias, puesto que los productos españoles no podían luchar ni en precio, ni muchos de ellos en calidad, con los extranjeros, y tanto trabajó que al fin obtuvo el 18 de Febrero de 1800 la Real cédula que de nuevo prohibió aquel comercio, y anuló todos los permisos que se hubieran concedido en América para traficar con puertos neutrales.

Perdidas las cosechas en 1798, y muy malas las de

1799, los frutos menores escasearon de tal manera que el Ayuntamiento dictó un acuerdo el 20 de Junio de este año, excitando á los comerciantes á importar cereales de las Antillas neutrales y amigas. El Real Consulado fué más allá el 26 del dicho mes, pues concedió autorización para traer cereales, con ciertas ventajas para los introductores, y mandó fijar este acuerdo en Caracas y La Guaira; pero habiéndose opuesto á ello el primer comandante de este puerto, todo quedó en suspenso.

El malestar era general y el gobernador Vasconcelos se encontraba con el espectro de la miseria en la colonia. Para empeorar la situación, el país so conmovió con la tentativa de sublevación que debía estallar en Maracaibo el 19 de Mayo, pero que fué descubierta y cortada en tiempo oportuno. Agravaba además el estado de la capital, la circunstancia de haber afluído á Caracas una gran cantidad de gente de baja clase venida de Trinidad, mal hallada con el cambio de dominación de esta isla, ocupada por los ingleses desde 1797. Estos inmigrados carecían en lo general de recursos y lo malo era que no les gustaba trabajar.

Aún peor fué el año de 1800 y pavorosa fué la situación del año de 1801, llamado con razón el año terrible. Caracas presentaba un aspecto verdaderamente triste. La hierba crecía tranquilamente en las calles, «no había limpieza ni aseo en las calles—dice el capitán general el 28 de Enero de 1801—ni en los parques de la ciudad y el abasto y provisión de víveres estaba abandonado.»

El capitán general Vasconcelos, asociado al intendente Juan Vicente Arce, abrió de nuevo en 20 de Mayo los puertos de Venezuela al comercio con los neutrales modificando la cédula de 1797, pues no se impuso á los buques la obligación de llevar á la Metrópoli los cargamentos de retorno; pero se limitó esta gracia por un año, ó hasta la paz, si se ajustaba antes, como, en efecto, sucedió.

A pesar de esta medida, y por las circunstancias mis-

mas de la guerra, unida á la escasez de las lluvias en la provincia de Caracas, la situación no mejoró en nada, pues consta en el acta de la sesión del Consulado de 25 de Noviembre de 1801, que el maíz cuyo valor era de ocho á diez reales fanega, se vendía entonces de ocho á diez pesos, y que no había ñames, batatas, auyamas, plátanos, ni cambures, con que suplir la falta del pan.

El tráfico con las colonias sólo había beneficiado á Barcelona y Cumaná, que se surtían de todo cuanto necesitaban, introduciéndolo de contrabando; pero la falta de buques impedía á los agricultores del centro exportar sus escasas cosechas.

Los ingleses en esta guerra no hicieron daño á los puertos; se limitaron á estorbar el comercio español, á la vez que procuraron dar salida á sus productos por medio del contrabando, lo cual les fué en extremo fácil en Oriente, por la proximidad de Trinidad, que rápidamente se convirtió en un gran depósito de mercancías inglesas. Mediante una pequeña suma los buques españoles podían ir á Trinidad, descargar los frutos y traer todos los géneros que quisiesen, porque allí se les daban las mercancías á crédito. El contrabando se organizó de esta manera: los barcos se despachaban en Barcelona y Cumaná para Guadalupe, única colonia extranjera que hasta entonces no había caído en poder de los ingleses; los cruceros ingleses protegían el buque así despachado, y el tráfico se hacía sin peligro alguno, dando buenas ganancias, que se distribuían convenientemente, tocando, como era natural, su buena parte á las autoridades.

Con La Guaira no se podía hacer este negocio, porque el capitán general lo perseguía sin descanso, y al tener conocimiento de lo que pasaba en Oriente, cerró al tráfico el comercio con Guadalupe, con lo cual cortó el mal de raíz, si bien las plazas de Oriente estaban repletas de mercancías.

Como vamos viendo, Caracas sufría por todos respectos, porque no podía surtirse del exterior, por lo cual

por primera y única vez se vió obligada á traer mercancías y víveres de Barcelona y Cumaná, pues los cruceros ingleses no dejaban pasar para España ni aun los correos. El 20 de Febrero de 1799 llegó un correo de España «que hacía un año y dos meses que no venía». (Presbítero Navarrete.)

Como si tantas calamidades no bastasen, la cédula Real de 3 de Agosto de 1801 dió al traste con las prerrogativas de los blancos. Con un poco de dinero se podía legitimar un hijo, ser hidalgo, tener un título de Castilla sin necesidad de expresar el servicio que hubiere hecho el interesado, tener el distintivo de Don, y, por último, con cosa de 1.000 reales se blanqueaba un negro. Fácil es suponer la consternación que tal medida produjo en la colonia, dadas las preocupaciones sociales de entonces. Y cuenta que para entonces los pardos ya habían empezado á hacerse blancos y dominaban en la milicia; y con tristeza decía el Ayuntamiento: «Las milicias de pardos, sólo sirven para alimentar su soberbia y confundir las personas, como que muchas veces, adornado un oficial de su uniforme, dragones y espada, con un poco de color en la cara, se usurpa obsequios equivocados que elevan su pensamiento á otros objetos más altos y entretenidos en las ciudades y pueblos con el motivo de ejercicios y disciplina militar, se desdeñan de cultivar los campos, abandonan la agricultura á solo el trabajo de los blancos y negros esclavos, confían su subsistencia á las artes mecánicas, en que al paso que son árbitros del precio de sus obras, nunca procuran afinarse, y en la vejez ó en cualquiera otro impedimento se entregan á la ociosidad, á la mendicidad y á la miseria.»

El 7 de Diciembre de 1801 se recibió en Caracas la noticia de estar ajustada la paz entre España, Francia é Inglaterra, y el 23 dice el prior del Consulado: «Habiendo cesado con la paz el motivo del entorpecimiento de los progresos de todos los ramos de agricultura que deben constituir la riqueza de esta provincia, por el

cual se habían ya reducido las cosechas de algunos preciosos frutos á menos de la mitad de lo que antes eran por la falta de despacho, originado de la dificultad de las exportaciones, llegó á imposibilitar á los cultivadores de seguir sus labranzas, nos hallamos en el caso de promover cuantos arbitrios dicte el celo de nuestro intento á efecto de que se restablezcan unas pérdidas de tanto valor con la mayor prontitud posible.»

Durante este tiempo, y por virtud de la falta de trabajo en los campos, ó por ser escasa la remuneración, afluyeron los desocupados á Caracas, unos en busca de trabajo y todos en busca de alimento. La toma de Curaçao por los ingleses aisló más á la colonia, de modo que el comercio languideció y Vasconcelos tuvo que perseguir á los malos vasallos que clandestinamente frecuentan las costas y les llevan ganados y víveres (á los enemigos) por el vil interés de la ganancia que les ofrecen.» A todo esto se agregaba «que inflamado el espíritu de partido, hallaban puerto franco é influían poderosamente la calumnia, el chisme, la mala fe y la desconfianza». Y por sobre tantos males el espectro de la miseria se cernía sobre Caracas.

La situación llegó á ser tan alarmante, que el día 23 de Diciembre de 1801, víspera de Navidad, se celebró extraordinariamente una Junta de Gobierno en el Real Consulado, para ocuparse de este asunto. Asistieron á ella el prior D. Vicente Linares, los cónsulos Nicolás Toro y Pedro Ignacio de Aguerrevere, los conciliarios Juan N. de Rivas, Mariano Campins, Martín Xeres y Antonio Díaz Flores, el síndico Juan Bautista de Oruezagamí y el secretario Antonio Soublette.

Considerada detenidamente la horrible situación de Caracas, el prior la sintetizó en estos términos: «La primera falta que debe repararse es la de los operarios para las faenas campestres y elaboración de los frutos; pues aún en el limitado actual estado de las cosechas, no se encuentra quien las sirva cumplidamente, ni

por una exhorbitante paga, no obstante la abundancia que hay de gente holgazana, la cual habituada en su miseria, sin más ocupación que la de mendigar, nada echa menos con tal de no sujetarse al más suave trabajo y de conservar su delincuente independencia á costa de la piedad de sus biehechores y quizá de otros árbitros menos razonables, con evidente perjuicio de la sociedad y del Estado mismo. En esta capital no bajarán de diez mil personas las que viven sin algún ejercicio capaz de producirle lo necesario á su subsistencia, respecto á que los mendigos públicos se juntan mil y doscientos en el Palacio Episcopal todos los sábados de cada semana, entre los cuales habrá muy pocos impedidos para el trabajo, y siendo excesivo el número de vergonzantes que piden su limosna de noche, no sería extraño que averiguándose por medio de los Alcaldes de Barrio este asunto resulte calificado que la mitad de la población de ella se mantiene á expensas de la otra mitad; infiérese pues el alivio que éstos sentirían si se les exonerase de una carga tan molesta.»

El Real Consulado, después de estudiar detenidamente el asunto, adoptó un plan general para remediar el mal. Es curioso cómo pudo ocurrírsele à los mandatarios en aquellos tiempos, en que aún no se conocían los principios modernos de las leyes del trabajo.

Vamos á presentar los lineamientos generales del plan, lo que de paso da una idea de cómo se manejaban los asuntos municipales en tiempos coloniales.

Lo primero que se dispuso fué «recoger los mendigos en la puerta del Palacio del Ilustrísimo Señor Obispo el día que se señale, y subsecuentemente en todos los parajes á que esa gente acude por la limosna, aprehendiéndose á cuantos se hallen, y examinándose con la detención necesaria por medio de facultativos en la presencia de un Juez, y en consecuencia se declarará cuáles son los impedidos para el trabajo del campo, á los cuales recogidos en la Casa de Misericordia se dará la ocupa-

ción á que estén aptos». Además se dispuso que á los que no cupiesen en la Casa de Misericordia se les diese un permiso especial para poder mendigar en las calles, bajo ciertas formalidades.

Respecto de los vagos, es un extremo interesante encontrar con que el Real Consulado hace más de un siglo, plantease de una manera tan precisa la colonización interior obligatoria, que tan brillantes resultados ha dado en Suiza y Holanda y que hoy se ensaya con éxito en otros países. «Se les destinará á los pueblos cuyas campiñas tengan falta de trabajadores, remitiéndolos á los Tenientes Justicias Mayores con las convenientes órdenes para que los coloquen en las haciendas y labranzas que los necesiten, pero con la especial recomendación de que se les trate con humanidad y se les incline con dulzura á amar el trabajo.»

La Junta se ocupó además del salario que debía darse á estos trabajadores forzados. «El fundamento de esta regulación consiste en lo justo del cálculo en que se repute el costo de la mantención diaria, variando á proporción de la alteración de precios en la carne, maíz y papelón, á cuya virtud unas veces puede mantenerse la peonada con solo el costo de un real por cabeza, y en otras excede de dos reales; puede fijarse para todo tiempo la reputación de uno y medio reales al día por la mantención de cada individuo. Sentado este principio servirá de base al ajustamiento de la paga á los peones bisoños que no venzan en el día la tarea acostumbrada, entendiéndose que el valor de éstas para con ellos ha de ser el mismo que se haya convenido con los muy trabajadores respecto á que no se paga á cada cual sino el trabajo que haga, por ejemplo, si en un trabajo de jornal á tres reales mantenido, no venciese el bisoño sino la tercera parte de la tarea al día, no habría ganado otra cosa, que su comida, y si media tarea, habría ganado tres cuartillos de real en plata y á este modo, puede gobernarse en la cojida del café, á cierto precio la fanega sin

mantención». Se les debía dar á los peones «almuerzo comida y cena, sea el ajuste de jornal por tres reales, ó sea por dos como muchas veces es corriente, y aunque al propietario le cueste mucho esta transacción, se da por bien servido si ajusta por un real las tres comidas del peón á destajo, á quien no está obligado á mantener».

El capitán general aceptó el plan. Recogiéronse los mendigos, y en cuanto á los vagos, cuando éstos supieron lo que les esperaba se fueron todos de Caracas, á trabajar por su gusto antes que hacerlo por la fuerza. Pero al salir el último vago, dijérase que sacudió el polvo de sus *cotizas*, y que de ese polvo renació la semilla de los vagos y sentó sus reales en la capital.

Libre ésta de bocas inútiles, fué menester proveer de víveres á la ciudad, que urgentemente los necesitaba. El arbitrio á que ocurrió el capitán general estuvo bien combinado y mejor ejecutado, á la vez que fué provechoso para los que tomaron parte en la negociación.

Lo primero que se hizo fué prohibir la entrada á La Guaira de todo buque extranjero que viniese á cargar frutos para la exportación, y señaló un corto plazo para que saliesen los que estaban anclados en el puerto. Fácil es imaginarse la grita que produciría semejante medida. El 5 de Enero de 1802 reclamó contra ella el Ayuntamiento, el 8 lo hizo también el Real Consulado y el deán y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral. El gobernador sostuvo su resolución, y en términos corteses dijo á los reclamantes que no sabían de lo que estaban hablando, y que ya verían pronto todos los males conjurados.

En efecto: días después celebró el capitán general un contrato con los Sres. Robinson, Philips y Córser, por el cual éstos compraban al Gobierno 40.000 pacas de tabaco que había en los almacenes reales, y se les permitía á ellos únicamente traer buques extranjeros á La Guaira con víveres de las Antillas y exportar el tabaco.

Para redondear la negociación, la Intendencia prohibió más después guiar de cabotaje á La Guaira las mercancías importadas durante la guerra en las demás provincias de Venezuela, y el capitán general restableció el comercio con Guadalupe.

Los contratistas abastecieron á Caracas rápidamente de cuanto se necesitaba y también de cuanto podía necesitarse en el porvenir trayéndolo de las Antillas. El Real Consulado no veía con buenos ojos esta gran negociación y procuraba estorbarla en cuanto estuviese á su alcance; para ello ocurrió de nuevo al capitán general, diciéndole «que la Provincia estaba abastecida de lo necesario á su consumo por medio del contrato del Tabaco; y teniendo presente que cualesquiera introducciones extranjeras de efectos que inmediatamente no contribuyan al fomento de la agricultura como el dinero, negros ó herramientas de labor, han de abrazar necesariamente los progresos de ésta é imposibilitar el comercio de la Metrópoli», era conveniente dar por terminado el contrato, aun cuando los contratistas no habían acabado de sacar todo el tabaco.

El capitán general, en vista de esta solicitud, resolvió todo lo contrario de lo que se le pedía: prorrogó el contrato y extendió á 50.000 pacas el tabaco que podían exportar los contratistas.

Parece que el negocio, á más del monopolio, gozaba de ciertos favores en lo que respecta á los derechos de importación, y hasta se decía que el intendente tenía parte en las utilidades de la empresa. El Consulado, que, como hemos visto, era enemigo del monopolio, se hizo cargo de los rumores públicos, y en vista de una solicitud que le dirigieron los apoderados del comercio quejándose de los perjuicios que les ocasionaba la importación de mercancías hecha en mejores condiciones por los contratistas del tabaco, elevó sus quejas al capitán general en términos un tanto fuertes, á lo que contestó éste en una comunicación muy entonada y categó-

rica, y claramente dijo al Consulado que acusaciones tan graves como esas no se hacían sin tener las pruebas, y esperaba se las presentasen si las tenían, que él sabía lo que estaba haciendo, y sus actos estaban aprobados por el rey, y que «en cuanto á la contrata de tabaco, conducta de los contratistas, tiempos de sus extracciones y consecuencias que se hayan seguido ó sigan al Real erario, al comercio y á la Agricultura, nada tiene que intervenir el Consulado ni corresponde á sus facultades».

El Real Consulado, en vista de esta contestación, acordó el 25 de Octubre de 1802 «que se comunique á los apoderados del comercio copia de dichos oficios y de esta acta para su inteligencia».

El mal fué conjurado, y en España encontraron tan bueno el remedio, que dos años más tarde el príncipe de la Paz hizo un convenio con su cuñado, concediéndole el privilegio para abastecer de harinas á las colonias, seguramente para que no se repitiera la falta de pan que se había experimentado en Caracas.

III

LA PRIMERA PATRIA

I

La independencia de Venezuela.—Causas externas.

Para poder apreciar debidamente el movimiento separatista de Venezuela es necesario poner de manifiesto las causas externas que influyeron en él, porque esas causas vienen á ser las generadoras, las que provocaron el sentimiento de la independencia en la sociedad, las que mostraron el camino que había que seguir, las que empujaron á las clases dirigentes, descorriendo el velo de lo desconocido y enseñando el remedio único al malestar general.

Esos tres factores fueron:

1. La situación de España en sus relaciones con Venezuela.
2. La independencia de los Estados Unidos.
3. La acción de Inglaterra.

La decadencia de la madre Patria había debilitado los lazos de unión con las colonias. Los titánicos esfuerzos de Carlos III para levantar á España no dieron resultados: su empeño en regularizar el orden político, administrativo y económico fracasó ante lo adelantado del mal, y al fin de sus días el monarca pudo convencerse de

que la enfermedad que padecía la Monarquía era de aquellas que resisten á todo tratamiento humano. Carlos IV, de triste memoria, se limitó á contemplar la profundidad del abismo y á vivir de los recuerdos de la pasada grandeza.

La ruina de España era el resultado de una serie de lamentables errores de sus mandatarios, en que la nación no tuvo parte, dada al sistema político de la Monarquía. La voluntad del soberano era absoluta y los españoles estaban obligados á respetarla con sumisión. La expulsión de los moros mató el comercio exterior de España y su industria agrícola y manufacturera; Colón remedió el mal dándole el Nuevo Mundo y las minas más ricas de oro y plata conocidas. Esto produjo un cambio de dirección en el comercio: las empresas vinieron á la América y durante un siglo sólo surcaron por el Océano las flotas de España y de Portugal.

Pero esta brillante situación traía consigo una serie de males en que nadie pensó; y fué el primero crear para la parte más audaz, más enérgica y más llena de vida de la población española una nueva patria que ofrecía vasto campo á toda aspiración, aun cuando fuese ilegítima. Para poblar de tres millones de blancos á la América hubieron de salir de la Península muchos millones de españoles; se desdeñó el suelo patrio, se abandonaron las industrias, y para poder alimentar las colonias que tanto oro le daban, ya que su agricultura y sus industrias declinaban cada día más, tuvo España que recurrir al extranjero por todo lo que reclamaba la América y que debían haberlo producido en su propio suelo; de manera que recibía los metales del Nuevo Mundo y los enviaba fuera para comprar las mercaderías que había que mandarles. Fué un simple almacén en vez de ser la metrópoli del comercio de la América. El país, su mezquina agricultura, sus decaídas fábricas, eran simples espectadores de estas transacciones, sin tomar casi parte alguna en ellas. Así, la riqueza entraba á España por

una puerta y salía por la otra, é iba á beneficiar á los vecinos, sin que relativamente quedase algo á España que compensara la constante inmigración de brazos que la debilitaban cada día más.

Descansaba el orden comercial español en Venezuela sobre tres bases fundamentales. Aislamiento comercial, reglamentación de cultivos y monopolio comercial.

El aislamiento comercial era entonces un principio adoptado por todas las naciones colonizadoras de Europa. No era, pues, España una excepción odiosa.

Tampoco podían comerciar las colonias entre sí. Por cédula publicada en la *Gaceta Oficial* de México de 4 de Octubre de 1804 prohibía expresamente el comercio de vinos, aguardiente, vinagres, aceite de olivas, pasas y almendras del Perú, con Venezuela, México y Nueva España, y prohibía el cultivo de la viña en toda la América.

La riqueza pública estaba en manos de los criollos, y éstos, naturalmente, veían con desagrado todo aquello que entrabara su libertad de acción comercial. Permitióse el comercio libre con los neutrales en 1797; pero los negociantes de Cádiz se quejaron y el permiso fué suspendido en Venezuela en 1800: la miseria pública obligó á otorgarlo en 1801; pero á su vez cesó cuando la paz de Amiens, para renovarse en 1805, y terminó con la paz con Inglaterra.

Pero el peor de los males fué el monopolio comercial que sufrió Venezuela. Tan odioso llegó á ser el proceder de la Compañía Guipuzcoana, fundada en 1728, que produjo la revolución de 1749.

Es verdad que esta Compañía dió ensanche al comercio con España, comercio que antes se hacía con las Antillas; pero la absorción completa de todas las transacciones produjo el natural malestar económico que trae consigo el monopolio. Los cultivos libres tropezaban con la traba de la Compañía, á la cual tenían que venderse los frutos: como éstos eran la garantía de los adelantos

en dinero, sólo la Compañía podía hacerlos con seguridad: los almacenes de ésta eran los que vendían más, porque daban crédito á los agricultores para pagarse con los productos de las cosechas.

La reglamentación del cultivo de tabaco fué en extremo perjudicial, sobre todo para la provincia de Barinas, y á esta causa debe atribuirse la acogida cordial que tuvo allí la revolución del 19 de Abril. En 1777 se estancó el cultivo, y esta disposición entró en vigor en 1779. Para hacerlo cumplir se organizaron cuerpos de vigilantes que recorrían el país registrando las casas, deteniendo á los viajeros, arrestando á los labriegos, todo por meras presunciones, y fueron tantas las trabas, que en Barinas el cultivo no fué lucrativo como antes y los hombres importantes de aquella provincia sufrieron en sus intereses.

El aislamiento comercial y el estanco del tabaco fueron los factores del contrabando. Para no perder su fruto y obtener lo que necesitaban para su consumo, los venezolanos ocurrieron al comercio clandestino.

El resultado de todo esto fué que Venezuela vivió siempre condenada á ser explotada por alguno. Lo fué por los holandeses hasta 1728, en que pasó á manos de la Compañía Guipuzcoana; pasó luego á la Compañía de Filipinas, y en 1780 se puso en vigor la cédula de comercio libre, con la prohibición de comerciar con extranjeros en buques extranjeros, y con la obligación de habilitarse y salir de ciertos puertos españoles habilitados para ello; de manera que el tal comercio libre sólo sirvió para beneficiar algunas provincias españolas, puesto que siempre Venezuela quedó obligada á comprar de segunda mano en España las mercancías extranjeras que no tenía la Metrópoli.

Por otra parte, las flotas contrabandistas en roce con toda la costa venezolana traían con sus mercancías, desde las biblias hasta los libros enciclopédicos franceses; poco á poco fueron sabiendo los criollos que España

no era la primera nación del mundo, como se les había hecho creer; que había otros pueblos en que el ciudadano entraba y salía libremente, sin trabas odiosas; que los hombres allí disponían de su dinero en transacciones con todo el mundo, sin que la autoridad tuviese otra cosa que hacer que protegerlos; que comerciaban libremente, cultivaban libremente y veían remunerado el fruto de sus trabajos. De allí surgía naturalmente una comparación poco favorable á España. El malestar económico era una lima sorda que iba rompiendo los lazos que unían á la colonia con la madre Patria. Naturalmente, dados estos antecedentes sentíase un desconsuelo inexplicable, las creencias vacilaban poco á poco, surgía la duda en los unos, la indiferencia en los otros, y en todos algo así como un deseo de una cosa que nadie podía precisar; cada cual creía que su remedio era el único que mejoraría la situación, y no se encontraban dos pareceres iguales ni sobre las causas ni sobre el modo de remediar sus efectos. Luego se atribuía todo lo malo que sucedía al actual orden de cosas: cada uno, sin pensarlo y aun sin quererlo, lanzaba inconscientemente una piedra al edificio, y se experimentaba cierto bienestar al relatar los males presentes, para compararlos con los de otros tiempos que se reputaban como mejores, y por último venía el desconsuelo de la impotencia, para al día siguiente volver á tratarse el mismo tema.

A principios del siglo pasado la propiedad urbana y rural estaba en manos de los criollos: tenían los españoles en sus manos el comercio y el poder. De modo que puede decirse que casi la totalidad de la fortuna pública estaba en el bolsillo de una clase de hombres, y la suma de poder en manos de la otra. El conflicto era inevitable; pero, como sucede siempre, los hombres del poder, á trueque de conservar por lo menos una parte, contemporizaban con los ricos y de este modo los alentaban en su camino. Lo que se quería era la libertad económica, que también pedían los españoles en España.

No fueron, pues, las ideas políticas, casi del todo desconocidas en Venezuela, las que prepararon el camino de la emancipación. Las clases elevadas de la población criolla habían adquirido bienestar, y surgió naturalmente la lucha entre los intereses económicos, primero contra los monopolios y trabas del cultivo y luego contra una legislación que impedía el desarrollo y ensanche comercial y obligaba á tener el capital estancado y el numerario enterrado por falta de campo donde moverse con libertad. La pugna entre los ricos y las autoridades se manifestaba á cada paso, no por cuestiones políticas, sino por asuntos económicos. La nobleza de Caracas en cuerpo protestó su adhesión al rey en más de una ocasión, y luego preparó la caída de Emparam.

Relajados económicamente los lazos de unión entre España y la colonia, fácil era su rompimiento al presentarse una causa cualquiera.

La independencia de los Estados Unidos de América fué un golpe mortal para el dogma religioso de la dependencia de los vasallos de los reyes. Se había enseñado á los venezolanos que los reyes podían hacer todo lo que querían, según el Eclesiastés, que participaban del poder divino y eran Dioses, según David; que sólo Dios tenía acción para castigarlos, según San Jerónimo. Se les dijo con San Pedro: «Perseverad en la sumisión al rey», y con San Crisóstomo: «el rey tiene la imagen de Dios», y con el Apóstol: «el que resiste á las potestades resiste á Dios», de manera que la dependencia del vasallo al rey era un dogma, y ahora el hecho de ir España á la guerra en apoyo de las colonias inglesas, demostraba que con la independencia de ellas no se pecaba contra la religión, no se atacaba á Dios, no se ofendía el dogma católico. España misma desautorizó el principio de unión entre Dios y el rey. El vasallaje del colono ya no era una imposición del cielo, puesto que ese vasallaje se rompía con la ayuda de dos naciones eminentemente católicas: Francia y España, y luego se hacían todos esta

reflexión: si en opinión de los reyes de España los colonos de Norte-América podían declararse independientes y romper el yugo de Inglaterra, ¿por qué no podrían hacerlo los vasallos del rey de España en iguales circunstancias?

Quedaba quebrantado el dogma de la soberanía por derecho divino, y de hecho surgía el problema de la separación en la conciencia de las clases superiores, que tenían algunas nociones de la igualdad y que habían leído libros que predicaban la doctrina. Planteado quedó el axioma. Todos los hombres son iguales. ¿Por qué ha de haber vasallos sin derechos y sujetos á una dominación especial? La lección práctica que les daban las colonias de Norte-América vino á ser para los venezolanos de la clase ilustrada una esperanza para remediar los males de que se quejaban.

Para resistir á Napoleón, la España había creado juntas. Trabajo costó á la Central sobreponerse á las demás, y para lograrlo formuló el raro proyecto de Constitución de la Monarquía, por supuesto sin monarca, porque el monarca estaba con Napoleón. Así y todo, la Junta venció las resistencias locales, porque había unidad de miras y de opiniones. Para atraerse á los americanos se les dió representación en las Cortes. Con esto España sentaba el principio de que las colonias eran iguales á las provincias.

La situación era ésta: No había rey. En Venezuela se odiaba á los franceses porque atacaban la religión. No se pensaba en separarse de España.

Por de pronto la aspiración general era la igualdad. Si España, en el conflicto que venía atravesando, buscó la salvación por medio de juntas que gobernasen en nombre del soberano cautivo, lo natural era que las colonias hicieran otro tanto. Siendo los americanos iguales á los españoles, pues claro se está que podían coadyuvar á la salvación de la Monarquía del mismo modo que los peninsulares. Se trataba simplemente de igualdad de

derechos. Caracas buscaba la autonomía, el gobierno propio, para salvarse del peligro. Fué un error negársela en 1808, cuando aún existía el amor por el soberano, y sus derechos inspiraban afecto y adhesión. En vez de hacerlo las autoridades de la colonia, reconocieron la Junta central de Sevilla.

Veamos ahora la influencia de Inglaterra en los sucesos de Venezuela. La política inglesa se manifiesta siempre por una constancia y una suave tenacidad para lograr un fin, llevado con tal persistencia, que parece como si una sola persona la guiara eternamente. Si es necesario se cambian las formas, pero el fin es el mismo. La ocupación de Trinidad obedecía al pensamiento de acaparar el comercio con Venezuela y dominar el Orinoco como punto estratégico para entrar al Continente. Cada conquista inglesa era un nuevo punto de apoyo, con el doble objeto de extender el comercio y facilitar las futuras conquistas de territorio. La América estaba llamada á ser un gran imperio inglés arrebatado á la España, si no se hubiese atravesado Napoleón y obligado á Inglaterra á sostener lucha tenaz con este guerrero y luego á aliarse con España. «Estas provincias—dice el capitán general de Venezuela el 13 de Julio de 1801—, que tienen casi á la vista las colonias extranjeras y que padecen el trastorno que causa la perniciosa vecindad de los ingleses, dueños de todas estas Antillas, y por consiguiente, de los puntos mejor situados para emprehender sus expediciones, extender sus máximas, y apoyar con su ejemplo y diligencias sus proyectos de introducir la independencia, son las que más se acercan al peligro.»

El fracaso de la expedición de Miranda, apoyada por Inglaterra, estorbó el plan inglés en su ataque contra Venezuela y Buenos Aires al mismo tiempo. Esas expediciones no fueron sino la realización de los planes presentados á Pitt en 1803 y 1804. En 1807, Wellesley el futuro duque de Wellington, propuso al Gobierno el ataque de Tierra Firme con el desembarco de 10.000 en Ma-

racaibo, Guayana y Margarita, y el plan fué aceptado, contándose con Miranda. En Junio de 1808 se resolvió la expedición, dirigida por Wellesley, y ya á punto de zarpar, vino el alzamiento de España contra Napoleón y su alianza de aquélla con Inglaterra. Á pesar de esto, el 6 de Junio se le mandó dar de nuevo una pensión á Miranda, y Wellesley le notificó que esperase el resultado de la guerra de España; además se le dijo que continuase entendiéndose con el Gobierno por medio del general Stewar. Lord Bexley en carta á Hodgson, fecha 27 de Enero de 1814, refiriéndose á estos sucesos, dice: «Después de la salida de Wellesley para España, los oficiales ingleses trataron de convertir á Miranda en instrumento para calmar los ánimos de sus compatriotas y prevenir disenciones entre ellos y la madre patria.»

Pero al mismo tiempo, en Agosto 19 de 1808, Miranda informó á lord Castlereagh el plan que había propuesto al marqués del Toro y Cabildo de Caracas. Este plan fué visto en Venezuela como hecho de acuerdo con Inglaterra. «Ruego á Us.—dice Miranda—encarecidamente que (el Cabildo) asuma, como Cuerpo municipal representativo el Gobierno de la Provincia y que envíe á esta Capital sin demora alguna, personas autorizadas capaces de manejar un asunto de tal magnitud que puedan trazar un plan con este Gobierno que deba llevarse á cabo para la seguridad y destino futuro del nuevo Mundo, evitando tomar resoluciones hostiles, ni celebrar alianzas ofensivas.» Tal fué lo que se hizo en Caracas el 19 de Abril de 1810: creación de una Junta, nada de resoluciones hostiles y el envío á Londres de Bolívar y López Méndez.

Tenemos, pues, á Inglaterra convertida en la protectora de los intereses venezolanos y siguiendo una política de respetuosa consideración para las colonias españolas. Todos vieron en Miranda el protegido de Inglaterra, y el eco de las opiniones del Gobierno inglés. Su palabra fué oída, no como patriota, sino como el intermedia-

rio entre Venezuela y la Gran Bretaña; se creía que había un trabajo oculto en favor de Venezuela, cuyo secreto conocía Miranda: de ahí que poco á poco fuese tomando cuerpo la creencia de que se podía contar con Inglaterra para la emancipación de Venezuela. Ella vendría á ser la Egida protectora de las nuevas naciones, y se interpondría entre España y ellas para evitar que ésta las aplastase.

Mientras tanto, ¿cuál era el verdadero papel de Inglaterra? La invasión de Miranda había demostrado la debilidad de la defensa del poder español en Venezuela. Al haber encontrado el invasor un poco de cooperación de parte de sus habitantes, es seguro que habría triunfado. Quedaba probado, pues, que todo dependía del querer de los habitantes del país. Todo se reducía, pues, á llevarlos á ese camino, y para ello el primer paso era inspirarles confianza y hacerles comprender que en Trinidad tenían una base segura para sus agresiones en tierra firme.

Mientras había paz entre España é Inglaterra, esta nación perseguía con tesón el ensanche de su comercio con Venezuela, y cuando había guerra se recurría al contrabando en grande escala, pues no dejaba de hacerse en tiempo de paz y á alentar á Miranda en sus planes. Así al parecer este factor de nuestra emancipación, siempre dispuesto á mediar en la contienda, siempre atento á sus intereses comerciales, venía día tras día proclamando el principio de igualdad comercial que le era necesario para el ensanche de su tráfico.

La doctrina de comercio libre se fué arraigando firmemente en el ánimo de las clases acomodadas en Venezuela. Las limitadas concesiones que se hacían en este sentido por los capitanes generales no bastaban para remediar las necesidades que se experimentaban: es verdad que podían venir buques extranjeros á Cumaná, Guayana, Margarita y Maracaibo á cargar frutos; pero sólo podían importar dinero, harina, manteca y aceite, y

este comercio debía hacerse «con las precauciones más rigurosas para evitar excesos». Además las constantes guerras de España producían cambios frecuentes en las pequeñas concesiones que se hacían para remediar los males del momento.

España tenía necesidad del apoyo de Inglaterra para luchar contra Napoleón, y para obtenerlo se veía obligada á hacerle concesiones comerciales. De ellas se aprovechaba Trinidad para extender su tráfico con Venezuela.

A su vez los venezolanos volvían sus ojos á Inglaterra, porque ésta era la eterna rival de Francia, que era el enemigo común. Se buscaba á Inglaterra y se le creía tentar con la extensión del comercio y la promesa de nuevos mercados.

Solicitada así por unos y por otros, la Gran Bretaña desempeñó el papel poco honroso de mostrarse aliada de España en la Península y hostil en América, fomentando ideas que favorecían su comercio en perjuicio de la madre Patria, y sembrando la semilla de la independencia.

Su influencia en Venezuela produjo la idea de la igualdad entre el criollo y el español. Los intereses comerciales y el roce con los ingleses crearon rápidamente la noción de la igualdad; y como se reconocía al rey, á la Metrópoli y el yugo colonial y la religión, la doctrina se deslizaba fácilmente, y tenía adeptos por todas partes y arraigaba en el corazón de los venezolanos. Comercio libre significaba tráfico libre, negocios libres, transacciones libres, y para esto se necesitaba que extranjeros, españoles y criollos fuesen iguales.

Lo raro de esto es la influencia distinta que estas ideas ejercieron en Venezuela. En Guayana produjeron la indiferencia y el anseatismo: un gran egoísmo dominaba allí: salvarse ellos y cuidarse poco de los demás: los vizcaínos se imponían con sus ideas de aislamiento porque convenía á sus intereses. A Barinas llegaban las mismas

ideas y fomentaban el espíritu de un cambio radical. Allí las clases acomodadas sufrían económicamente, con el monopolio del tabaco y las trabas comerciales que las condenaban á ser tributarias de los vizcaínos de Guayana. Los cumaneses, de genio vivo é inquieto, fueron apóstoles decididos de la igualdad y la comunicaron á los taciturnos barceloneses, que á su vez se creyeron iguales, y en primera ocasión rompieron los lazos que los unían á Cumaná, de cuya provincia formaban parte.

En Caracas se fué por otro lado: tras la igualdad se vislumbró el dominio de los mantuanos caraqueños unidos á los ricos caraqueños. Era menester salir de los españoles para mandar los criollos de la capital. A la oligarquía española se sustituía la oligarquía caraqueña; la provincia se tendría que incorporar á lo que la Metrópoli venezolana hiciera. Se trabajó en Caracas, por Caracas y para Caracas.

Coro y Maracaibo fueron realistas decididos. En Mérida el clero, excepto el obispo, fué resueltamente adicto á un cambio y aceptó la doctrina de la igualdad predicada por Jesús, y más tarde demostró canónicamente al obispo que podía jurar la independencia, á pesar de sus juramentos anteriores.

Valencia era un nido de frailes y beatas, y, por lo tanto, su lema fué Dios y el Rey.

Al estallar los sucesos de 1808 en España, Venezuela hizo alarde de lealtad al rey. Perdida la España, los hombres importantes de Caracas pensaron que para salvarse de la catástrofe era menester que Venezuela se gobernase por sí sola en nombre de Fernando VII, como lo estaba haciendo la pequeña parte de España no dominada por Napoleón; en una palabra: se aspiraba á la autonomía, á que los venezolanos fueran iguales á los españoles. Fué después de saboreado el gobierno propio que naturalmente surgió la idea de independencia, y ésta tomó creces, porque la colonia se sintió herida en su dignidad por la conducta impolítica de la Regencia de

España. La independencia pudo haberse retardado si se hubiesen hecho algunas concesiones y si se hubiese comprendido el verdadero carácter de los sucesos que se desarrollaron no sólo en Venezuela, sino en toda la América.

La influencia de la Revolución francesa en Venezuela fué sumamente secundaria. Las ideas de aquélla no encontraron aceptación, porque chocaban contra las creencias religiosas, y así vemos que después del 19 de Abril de 1810, las publicaciones hechas en la *Gaceta de Caracas* sobre tolerancia religiosa produjeron tal impresión desagradable, que no hubo un solo venezolano que las defendiese.

La entrada de Napoleón en España en 1808 fué la chispa que produjo el incendio en América; pero los combustibles se venían hacinando de atrás y provenían en gran parte de las tres fuentes que hemos indicado como factores externos de nuestra emancipación.

II

El 19 de Abril en Cumaná.

En la segunda quincena de Abril de 1810 llegaron á Cumaná los dos españoles D. Francisco de Paula Moreno, capitán de Ejército, y D. José Antonio Illas, comerciante, diputados ambos de la Junta de Caracas, con pliegos y las correspondientes instrucciones para poner á Cumaná en el mismo pie y sentido en que se hallaba la capital después del movimiento del 19 de Abril. Estos enviados dijeron que España estaba perdida y que la Costa Firme debía ponerse á cubierto de la dominación francesa.

D. Francisco Illas, español, hermano del comisionado de Caracas y alcalde segundo de Cumaná, se puso de acuerdo con el segundo jefe, cabo subalterno y teniente del Rey, D. Miguel Correa, español, y con el oficial de Infantería Carlos Winet, un inglés, y en la madrugada del 26 de Abril se apoderaron del castillo de San Antonio, única fuerza que había entonces en la ciudad. Al amanecer, Illas «intimó la rendición al gobernador Eusebio Escudero, colombiano de nacimiento, como hijo de Cartagena, y le dió la ley porque se halló vendido, y además era tan necio y cruel como cobarde» (1).

Escudero, viéndose en tal situación, convino en cuanto se le exigió, y preparado todo se señaló el 27 de

(1) Level de Goda: *Memorias* (inéditas).

Abril para darle forma legal al movimiento, que tenía el carácter de sostenedor de los derechos de Fernando VII.

El 27 de Abril el Ayuntamiento se juntó en Cabildo extraordinario á las nueve de la mañana, para abrir el pliego que por manos de sus diputados le había dirigido la Suprema Junta de Venezuela. Impuesto del contenido de éste, se convocó á Cabildo abierto, al cual fueron llamados el gobernador y las principales autoridades. Leído que fué el oficio del Ayuntamiento de Caracas, y el acta de la Junta Suprema, todos los concurrentes prestaron el juramento de fidelidad y obediencia á este Cuerpo capitular, que representaba á Fernando VII y su legítima sucesión, y los sagrados derechos de la religión, y «para continuar lo conveniente al nuevo gobierno, la tranquilidad pública y demás providencias que debían acordarse», firmaron todos los presentes el acta levantada con tal fin.

Terminada la sesión, se reunieron el Ayuntamiento, los firmantes del acta y el pueblo, y procedieron juntos á nombrar al brigadier Don Juan Manuel Cagigal para que ilustrase con sus superiores conocimientos en cuanto fuese más conforme al mejor orden y establecimiento por lo que respecta á las armas, y luego se nombraron diputados por los diferentes gremios de la población.

Estos nombramientos se hicieron por aclamación. El pueblo pedía el candidato y puede decirse que imponía su voluntad. Hallábase á la cabeza de los ciudadanos José Francisco Bermúdez, quien llevaba la voz ante la Junta. «El pueblo pide», decía Bermúdez cada vez que querían algo. De allí le vino el sobrenombre de *pueblo* con que se le distinguió en la guerra de la Independencia.

La Junta quedó constituída así: D. Francisco Javier Mayz, presidente y alcalde de primer voto; D. Francisco Illas y Ferrer, vicepresidente y alcalde de segundo

voto; D. José Ramírez Guerra, alférez real, regidor decano; D. Jerónimo Martínez, alcalde mayor provincial; D. Francisco Sánchez, alguacil mayor; D. José de Jesús de Alcalá, síndico procurador general; D. Manuel Millán, fiel ejecutor; D. Domingo Mayz Brito, alcalde de la Santa Hermandad; D. Juan Manuel Cagigal, comandante general de armas; D. Andrés A. Callejón, diputado del clero y estado eclesiástico; doctor D. Mariano de la Cova, diputado del público; D. Juan Manuel de Tejada, del comercio; D. Juan Bermúdez de Castro, del gremio de labradores; D. Pedro Mejía, representante de los pardos y morenos, y capitán Juan José de Flores, diputado del Cuerpo Veterano y Milicias blancas.

Terminada la elección el pueblo pidió el castigo de teniente gobernador D. José Joaquín Maroto, á quien odiaban en Cumaná. Acordóse su separación del empleo; pero esto no satisfizo, y resolvieron los vecinos hacerse justicia propia. Para salvarle la vida, el alcalde primero, D. Francisco J. Mayz, le redujo á prisión y le mandó al castillo de San Antonio, entrando á sucederle en el puesto el Dr. Juan Martínez.

Todos estos actos los presenciaba el gobernador Escudero, quien desde la víspera había manifestado que lo que él quería era que lo dejasen embarcar. Reiteró sus deseos el 27, pidiendo que se le diese una embarcación para irse con su familia, insistiendo en su renuncia, por lo cual el ilustre Cabildo «se vió en la precisión de acordar y reasumir el mando de la Provincia». El acta de estos graves sucesos la firmó Escudero, ante José Antonio Ramírez, que era el secretario del Cabildo. Esta Junta se llamó «Suprema Junta Provincial de Gobierno establecida en Cumaná á nombre de S. M. el señor Don Fernando VII»: sus actos eran rubricados por sus miembros, y ejecutados por los dos alcaldes, D. Francisco Javier Mayz, que fué electo presidente, y D. Francisco Illas y Ferrer, que era el vicepresidente.

El movimiento de Cumaná no produjo persecuciones

de ninguna especie: la prisión de Maroto, fué al decir de Level de Goda, «porque estaba corrompiendo con insolencia la moral pública, que en Cumaná era entonces muy pura, deprimiendo desvergonzadamente la virtud antigua y honor delicado de una casa de respeto que ahora tuvo la proporción de medio desahogarse por conducto de Francisco Javier Mayz, individuo de la misma casa y Presidente de la Junta Suprema; y siempre sería de admirar la generosidad de ésta, ó al menos la de aquél, en no haber quitado á Maroto la vida en venganza, como lo tuvo en su mano y como de corazón á una voz lo deseaba toda la Provincia en castigo de su administración pésima, vejatoria y criminal, sin respeto á personas ni al escándalo. Y puedo decir que todos vieron con placer la novedad por el mero hecho de ver por ella quitado del medio á Maroto».

El 30 de Abril se recibió por la Junta por medio de los comisarios D. José María Sucre y D. José Antonio Anzoátegui una proclama, oficio y acta celebrada en Barcelona, en que participaba el Cabildo haber instalado allí otra Junta provisional gubernativa de aquella provincia independiente de Cumaná á quien estaba sujeta antes. La Junta de Cumaná acordó que se reconociese por ahora en calidad de tal la Junta gubernativa, por lo que interesaba á la seguridad de la Nueva Andalucía y Nueva Barcelona, sujetándose á la decisión de la Superioridad, que correspondía el punto relativo á la independencia de Barcelona de Cumaná.

Españoles y venezolanos marchaban unidos y la provincia permaneció tranquila. La Junta nombró á Cagigal mariscal de campo de los Reales ejércitos y comandante general de las tropas del distrito de Cumaná. Desgraciadamente la unión duró poco. A fines de Mayo llegó á Cumaná un correo con pliegos de la Junta de Caracas, en los cuales ésta transmitía la comunicación pasada por ella el 20 de Mayo al marqués de las Hormazas, que era en el hecho el desconocimiento del Consejo de la

Regencia de España. La Junta excitaba á la de Cumaná á que se adhiriese á este acto. Una vez entrado por este camino, como entró, no fué posible la unión entre españoles y venezolanos. Cagigal renunció el puesto que ocupaba y se fué á Puerto Rico. Más tarde se separó Correa, y el 30 de Junio entregó el mando del batallón Veterano de Cunamá, y en general todos los catalanes siguieron á estos dos jefes.

En el seno mismo de la Junta surgió pronto la división con motivo de la creación de dos batallones, uno de milicias disciplinadas de pardos de Cumaná, que se confió á D. Dionisio Sánchez Gordón, como primer jefe, y á Manuel Villapol, como segundo, y otro de milicias disciplinadas de blancos regido por D. Francisco Javier Mayz y Diego Vallenilla. El batallón Veterano se hallaba al mando de F. González Moreno y Martín Coronado. Estaban, pues, las armas en manos de los patriotas, y la Junta entró de lleno en el camino revolucionario.

En esa Junta se destacan dos figuras que pudieran decirse el genio del bien y el del mal, ó mejor, el mártir y el verdugo—Callejón y Tejada—, representantes de las dos ideas que entran en la lucha. Era Tejada un español comerciante y rico, que había gastado dinero en reparar el puente sobre el Manzanares, y una suma considerable en concluir la cárcel. Era además prestamista y adelantaba fondos á los agricultores. Se le estimaba y respetaba por su carácter afable. Separado de la Junta por sus opiniones realistas, permaneció en su casa, sin ser molestado, y más tarde, aunque se le creyó comprometido en la conspiración de los catalanes el 5 de Marzo de 1811 á causa de su intimidad con Salvador del Hoyo, no se procedió contra él. Cuando Cumaná reconoció el Gobierno español el 23 de Agosto de 1812, Tejada volvió á aparecer en la escena política; pero esta vez sólo respiraba venganza. Unido al canario José Antonio Gómez, alcanzó de Monteverde el envío de Zerberiz, de Zoazola y de Antoñanzas á Cumaná. Jamás pudo caer

sobre un pueblo una trinidad más execrable. El día de las represalias llegó pronto, cuando Mariño ocupó á Cumaná el 2 de Agosto de 1813. Fugitivo Tejada, vino á La Guaira ignorante de lo que en el Centro había sucedido. Preso por los patriotas fué enviado á Cumaná, de donde con instancia lo pidierou, y apenas llegó fué fusilado en El Barbudo.

Volvamos la vista á Castellón. Aquel sacerdote anciano que apenas podía cargar con sus setenta años, había sido cura y vicario de Guayana en 1771 y vino á Cumaná para 1774 á ser teniente cura de la parroquia, sucediendo en 1776 á D. Sebastián del Conde, que era el propietario. Para fines del siglo era además examinador sinodal. Treinta años de servicios en la iglesia de Cumaná le habían granjeado la estimación general; era propiamente el pastor de aquel rebaño, el sér más respetado bajo todos conceptos. Se le llevó á la Junta como una lumbrera de la Iglesia, como una figura venerada, como un lazo de unión entre la revolución y el clero. Su misión fué de paz y de mansedumbre, y era sabido de todos los buenos resultados que obtuvo en favor de la clemencia para con los revolucionarios del 5 de Marzo. De su retiro, tranquilo y apacible, á que había vuelto al disolverse la Junta, le sacó Zerberiz el 15 de Diciembre de 1812 á las once de la noche. Remitido á La Guaira, á pesar de hallarse enfermo, murió en las bóvedas el 25 de Enero de 1813, y fué sepultado el día siguiente en el presbiterio de la iglesia de esta ciudad. «En la sumaria que se formó después—dice Heredia—convinieron todos los testigos en que había sido partidario de la revolución; pero que después del establecimiento del Gobierno legítimo había seguido una conducta prudente y retirada, cual convenía á su estado. Este hombre delicado y septuagenario murió al rigor de aquella tropelía apenas llegó á las bóvedas de La Guaira. Previendo yo el peligro de que así sucediera, hice que la Audiencia enviara orden de ponerlo en libertad, luego que tuve aviso de su

llegada; pero cuando se recibió por expreso ya había fallecido.» Más de un mes tardó en llegar á conocimiento de Heredia la prisión del presbitero Callejón, y para mayor sarcasmo se formó una sumaria después de su muerte.

La onda revolucionaria lleva á Tejada á morir á la vista de la ciudad, que le recibió hospitalariamente y le trató con cariño, cariño que pagó llevando á su seno quienes la anegaron en sangre. Cada lágrima derramada en Cumaná durante este período de la guerra á muerte era una maldición contra Tejada y Gómez. La conducta de Tejada era tanto más reprochable cuanto que al instalarse la Junta hacía gala de americanismo diciendo en ella: «Ya cambié de nación y estoy contento» (1).

Castellón, el mártir, reposa en su casa: en la Casa del Señor. La sepultura cristiana cubre al santo varón.

---

(1) Level de Goda: *Memorias* (inéditas).

III

La declaratoria de la independencia.

Era el 3 de Julio de 1811. El Congreso de las Provincias Unidas de Venezuela, convocado para sostener los derechos de Fernando VII, había sido arrastrado por las corrientes políticas hasta el punto de entrar á ocuparse ese día de la declaratoria de la independencia de Venezuela.

Era el Congreso un cuerpo heterogéneo, que surgía en momentos en que el país no había entrado por un rumbo fijo y descubierto. Mientras la masa de la población era realista, enemiga de la República y adversa á toda innovación, el clero predicaba la sumisión al trono y la cátedra del Espíritu Santo lanzaba á los cuatro vientos el precepto divino de que «desagradaba á Dios la rebelión de los pueblos contra sus príncipes, por malos que éstos puedan ser»; mientras que la juventud instruída, la clase social más elevada oriunda del país, leía con avidez las obras de los filósofos franceses y respiraba una atmósfera de libertad al estudiar la historia de los Estados Unidos de Norte-América.

La lucha, sorda al principio, había tomado proporciones considerables y presentaba el curioso fenómeno de un pueblo que quería ser leal á su soberano y aliarse en su defensa, y un trono que, habiendo perdido todo, me-

nos el orgullo, no quería aliados del lado acá de los mares, sino vasallos y esclavos.

España empujaba á Venezuela por el camino de la rebelión, lastimándola en su dignidad, negándole el derecho de derramar su sangre en defensa del trono, oponiéndose á que los americanos fuesen ó pudiesen ser españoles.

Había, pues, dos corrientes igualmente poderosas, siendo lo grave que los que aspiraban á la libertad y á tener una patria, tenían forzosamente que emitir y apoyar ideas políticas que entonces chocaban abiertamente con la religión, tal como se entendía y practicaba en Venezuela. Afilióse, por tanto, del lado realista la masa pasiva de la población, que era realmente contraria á los republicanos, tanto por el ambiente en que había crecido, como por considerarlos herejes y enemigos de Dios, porque Dios y el trono eran entonces una misma cosa. Sostenía esta creencia el clero, como era natural, y el elemento español, como fácilmente se comprende. Tenían los contrarios un aliado poderoso en los pocos extranjeros que había en el país, quienes predicaban ideas de libertad, de igualdad y de fraternidad, que era la trinidad de los derechos del hombre y hacía milagros palpables en Europa y los Estados Unidos; pero la fuerza principal estribaba en el estado del país, que quería un cambio, sin saber cuál fuese; que se sentía mal, sin poder explicar la causa; que ansiaba por algo distinto, y á la vez temía lo desconocido y reculaba ante los pasos demasiado violentos; la tierra estaba abonada; pero aunque no podía producir el fruto completo de la libertad, sí daba flores, que la presagiaban. El espíritu público en Venezuela era siempre muy inclinado á la política; las clases elevadas venían de atrás siguiendo el hilo de los sucesos en el mundo; gustaban más ser militares que frailes; su carácter vivo les hacía ser en el fondo algo incrédulos en materias clericales, incredulidad necesaria en la vida social, llena de galanteos, lujo y dan-

zas, teatros, que tenían que chocar con la prédica de los sacerdotes, y poco á poco fueron convirtiéndose aquéllas en los campeones de la oposición contra el obscurantismo, contra el fanatismo religioso y luego contra la tiranía, de manera que los capitanes generales halagaban lo que se llamaba entonces los *mantuanos*, que llevaban este nombre porque las señoras podían usar mantos en la iglesia, á diferencia de la otra clase que llamaríamos plebeyos, que sólo usaban paños. Cuando el capitán general era un hombre anciano y entregado á la Iglesia, estaba el clero por encima y resplandecían las rogaciones, letanías y procesiones: la fiesta del Rosario en San Jacinto era entonces el grande acontecimiento de la época; pero cuando aquél era joven y sociable, se cambiaban las fiestas y padecía eclipse parcial el elemento clerical, y el teatro y los bailes eran los grandes sucesos de la Colonia.

El mantuanismo en Venezuela se componía de los criollos blancos, de origen español, con humos de nobleza, y, en realidad, la parte más rica del país, la más ilustrada y la que más pesaba así en la política como en la sociedad. Constituía propiamente una oligarquía intransigente y exclusivista en todo lo que se relaciona con las castas, pero en política tenía ideas liberales avanzadas, muy avanzadas para la época. Eran amigos de innovaciones, fáciles para adaptarse á los adelantos del siglo, inclinados al militarismo y listos y despiertos. Despreciaban al negro por sobre todas las cosas; luego seguían los españoles palurdos, los catalanes incultos, los canarios labriegos y todos aquéllos que ejercían las artes mecánicas, oficios menores y comercio de víveres. Este elemento español formaba casa aparte, y sólo los altos empleados se codeaban con los mantuanos. Amaban éstos los pergaminos y el abolengo, para estar por encima de los españoles de baja ralea y de los negros. Con los criollos blancos no mantuanos se entendían muy bien y cultivaban buenas relaciones sociales, de manera que en

realidad los mantuanos dirigían á los blancos de orilla, dominaban á los negros que eran sus esclavos, y disponían á su gusto las masas populares nacidas en el país.

Que el mantuanismo casi en su totalidad tomó asiento en las filas de la independencia es un hecho que no puede ponerse en duda. Sin ellos habría sido imposible la emancipación: fué la gran fuerza del movimiento, fué el alma, el cerebro y el brazo directivo.

El 14 de Agosto de 1810, el Gobierno dictó un decreto que tenía por objeto fomentar y promover el espíritu de asociación: la juventud de Caracas y los hombres de luces, unidos á los mantuanos dueños de las tierras y del dinero, formaron lo que se llamó Sociedad Patriótica, que al principio sólo se ocupó de asuntos económicos, y en especial de aquellos que se rozaban con la Agricultura; más tarde Espejo, secundando las ideas de Miranda, dió á la Sociedad el carácter de un club político, é incorporó á su seno muchos hombres influyentes del país y un valioso contingente de hombres blancos de luces, en su mayor parte abogados, y algunos pardos inteligentes y audaces, elemento muy conveniente, tanto desde el punto de vista político como social.

Torrente, al hablar de la Sociedad Patriótica, dice que eran «jóvenes díscolos y bulliciosos, que alucinados por los venenosos ejemplos de la revolución francesa y encantados con la lisonjera perspectiva de apoderarse de los empleos de los españoles, fueron una de las clases que dieron mayor impulso á la independencia de la América... Clase bastante numerosa que contaba ascendientes respetables que con sus virtudes y prudente economía habían adquirido fortunas respetables».

El Ayuntamiento de Caracas, en memorial de 3 de Octubre de 1812 describe así la citada asociación:

«Un joven fanático y embriagado de todo el entusiasmo republicano, con más presunción que talento, y más locura que discernimiento, fué el autor y el patriarca de esta sociedad, que principió por muy pocos prosélitos y

que después llegó á ser la más grande asamblea de todos los que por el interés, la ambición, el temor, la vanidad ó el genio de la revolución, querían llevar el nombre de patriotas: conocidos por su ignorancia, por su brutalidad ó por su irreligión, no tenían más que hacerse instalar en este club, para ser el hombre virtuoso por excelencia. El crédito de esta sociedad creció mucho más, y su funesto influjo se hizo más temible desde que algunos hombres que imponían al vulgo por el concepto de su sabiduría, arrastrados de su vanidad y de su ambición se dejaron conducir á ella por sus necios aduladores. El oidor honorario D. Francisco Espejo, electo presidente de esta sociedad, consagró todos sus desvelos á fomentar y sostener las pasiones de los socios; los aturdía con su afectada elocuencia, adoptaba todos sus delirios y suministraba continuamente abundante pábulo al fuego revolucionario de aquel volcán desolador.»

Oigamos ahora el juicio que formó de esta sociedad el inglés Robert Semple, que visitó á Caracas en 1811: «Hay en Caracas una asamblea heterogénea que se llama Sociedad Patriótica, que celebra reuniones periódicas para discurrir sobre asuntos políticos, y frecuentemente trata con poca reserva los actos, ó lo que según ella debe ejecutarse por el Gobierno. Un considerable número de franceses son miembros de esta sociedad, y allí figuran de una manera conspicua. De ello resulta que tiene grandes marcas de origen francés y grandes afinidades con el memorable Club de los Jacobinos tanto en la rudeza y en la extravagancia de los discursos que se pronuncian con frecuencia, como en su influencia sobre las determinaciones del gobierno. Como 6 meses después de su llegada, Miranda fué electo presidente, é inmediatamente introdujo como miembros á cuatro mulatos, con gran satisfacción de los amantes de la igualdad... Nada hay más que decir de la composición de este Club, ni causará sorpresa saber que la conducta de Inglaterra sea con frecuencia materia de ataques. Y es tanto su poder, que

poco antes de la declaratoria de la independencia se permitió á un Diputado de ella pronunciar ante el Congreso una larga filípica contra los tiranos de los mares. Es difícil imputar semejante proceder, tan impolítico por parte del Congreso á otra causa sino al temor de ofender á la Sociedad Patriótica con una negativa. En nuestro país después de los ejemplos que hemos visto de la perniciosa influencia de los Club políticos constituídos de esta manera, no hay para qué decir nada más acerca de la Sociedad Patriótica de Caracas. Su poder ya es grande, y son inciertos los resultados que producirá, aunque no sería extraño que viniese á convertirse en mero instrumento en las manos de un ambicioso astuto. Al principio hizo violentas peticiones contra los miembros de la primera Junta de Gobierno, sin obtener otros resultados que el de pronunciar unos cuantos discursos.»

Por su parte Roscio la describe así: «Velorio patriótico ó jugadores de gobierno, semejantes, á los muchachos que remedan las juras, los avances, los ensayos militares, las maromas y volatines, los diablitos y gigantes, las tarascas y otras funciones religiosas y profanas.»

Apartando de estos juicios el encono de las pasiones del momento y la repulsión de los ingleses hacia los franceses, y el encono contra Miranda, puede apreciarse con sano criterio á la Sociedad Patriótica, teniendo en cuenta lo que hizo y el papel que desempeñó en nuestra emancipación.

Cuando los débiles vacilaban y los tímidos se escondían, quedaba sólo en pie la Sociedad Patriótica, que poseída de un ardor y de una entereza admirables vino á ser el ariete que día y noche batía el trono español en Venezuela. Compuesta de jóvenes, tenía toda la impetuosidad de la juventud: allí estaban Muñoz Tébar, odiado del clero porque el 19 de Abril de 1810 colgó la sotana para servir á la patria; Peña, á quien el gobernador de Trinidad acababa de expulsar por tramas revolucionarias; los dos Carabaño, que habían de ser descuartizados

más tarde; el otro Carabaño, de fácil palabra y espíritu audaz; Coto Paúl, el tribuno apocalíptico, el cíclope de la independencia; Espejo, que había de borrar en el cadalso sus debilidades con Monteverde; García de Sena, que con su muerte en La Puerta acalla las murmuraciones con motivo de su retirada de Barinas; Lorenzo Buroz, primera víctima de la independencia, Vicente, Venancio y Pedro Buroz, los niños mártires; Vicente Salias, que bautizó á los españoles con el apodo de godos; Rafael Jugo, alma de las logias masónicas; Juan y Nepomuceno Jugo, futuros mártires de la causa; Sanz, el futuro secretario de Miranda, que va á morir á Urica á manos de las huestes de Boves; Tejera, de figura repugnante, pero cultivador de las letras, que debía de morir ahogado; Yanes, el historiador vizcaíno; Angel Salamo, llamado después Alamo; Ribas, el vencedor de La Victoria, cuya cabeza fué puesta en una jaula en Caracas; Andrés Moreno, que venía de Puerto Rico con la marca de los grillos que allí le pusieron los españoles; Bolívar, el futuro Libertador, y Miranda, en cuyas manos flotaba entonces el poder de las tormentas.

Y detrás de la Sociedad Patriótica estaba el Club de los sin Camisa, instalado por su presidente, Andrés Moreno, en su propia casa, donde se cantaban las canciones patrióticas de la época compuestas por Landaeta.

Ambas sociedades crearon una fuerza viva de desconfianzas y de rencillas, porque de todo se alarmaban, y nada era bastante en el camino de la libertad y de la independencia. Sin detenerse empujaban al pueblo á la emancipación, estimulaban á los poderes nacionales, y eran en realidad el gran motor de la política. La Sociedad Patriótica, nacida al calor de las circunstancias, estaba llamada á desaparecer por agotamiento. El terremoto de 1812 fué su muerte. Monteverde su sepulturero.

La primera manifestación pública de la Sociedad Patriótica fué el 19 de Abril de 1811.

En cuerpo paseó las calles de Caracas, con estandartes y emblemas patrióticos; muchas personas notables se asociaron al cortejo, y el acto resultó imponente. Miranda, que era el presidente, iba á la cabeza llevando un gran pendón amarillo, que desde entonces vino á ser la divisa de los republicanos, en contraposición á la de los españoles, que era roja. Los retratos del rey de España y los emblemas del poder español fueron arrancados y destruídos; por primera vez se gritó en las calles: «Abajo el tirano.» «Abajo los españoles.» Los estudiantes quemaron los retratos de Fernando VII, y la reacción contra la madre Patria entró francamente en las vías de hecho.

El Gobierno, animado de un espíritu verdaderamente patriótico, dejóse arrastrar por la opinión pública, y formó con la Sociedad Patriótica.

Aquel fué el principio de la independencia. En el discurso que pronunció en la plaza principal, Antonio Muñoz Tébar definió bien claro la situación. «Hoy, señores, es el natalicio de la Revolución. Termina un año perdido en sueños de amor por el esclavo de Bonaparte. ¡Que principie ya el año primero de la independencia y de la libertad. Por todo podemos comenzar como comencemos por la independencia!»

Aquella demostración revistió todos los caracteres de una revolución pacífica. Un grupo de indios venidos de las cercanías fué objeto de especiales atenciones, y engalanados con cintas amarillas, azules y rojas pasearon la ciudad, representando la libertad de una raza. Teatros á la ligera fueron levantados en las plazas y en ellos se cantaban patrióticas canciones y se representaron piezas alusivas al acto. La ciudad se adornó con sus mejores galas y en la noche hubo iluminación general. Por doquiera una inscripción, un emblema, un estandarte, símbolo del rompimiento con España, y el grito atronador de «Abajo el tirano» se repetía cada vez con mayor entusiasmo.

El Ayuntamiento de Caracas relata así los sucesos ocurridos:

«Bajo su dirección ó autoridad (Espejo) se cometieron los escándalos y las infamias que horrorizaron á esta ciudad el 19 de Abril de 1811, cuando entre los brutales excesos de la gula y apoderados de todo el furor de las bacantes del paganismo corrían estos insensatos por las calles y las plazas insultando el augusto nombre de Fernando, maldiciendo la heroica nación que le sostiene con su sangre y aclamando una independencia injusta y temeraria que ellos habían ya decretado en sus sesiones. El pueblo, entretanto, más honesto y circunspecto, se ocultaba por no ser testigo de tanta insensatez, y Caracas ofreció en este día, por la segunda vez, un contraste bien sensible de su moderación y de sus virtudes, capaz de haber avergonzado otros hombres menos impudentes, El Congreso quiso corregir estos excesos cometidos el 19 de Abril y escarmentar á sus autores, pero como la Sociedad Patriótica con todo el apoyo del Gobierno revolucionario, éste se hallaba enteramente sometido á sus caprichos y obligado á disimular sus desórdenes. El Congreso fué burlado en sus providencias, los miembros que quisieron sostenerlo fueron execrados, y el cuerpo entero se concilió desde entonces el odio irreconciliable de este Club furibundo, que insolentado más con este triunfo trató en adelante no sólo de rivalizar con él su poder, sino de oprimirle y tiranizarle.»

Aquel día usaron los patriotas la escarapela tricolor, con los colores de la nueva nacionalidad, y el país entró de lleno en el camino de la separación de la madre Patria.

Nuestra emancipación data del 19 de Abril de 1811. Ese día escribió el pueblo el acta de la independencia, que firmó el Congreso el 5 de Julio del mismo año. Hasta entonces nuestro pabellón era el español, nuestro señor el rey de España; ambos vinieron abajo el 19 de Abril de 1811. El pueblo, factor nuevo en la política del país, creó ese día la nacionalidad venezolana.

Parejo con la Sociedad Patriótica surgía un aliado secreto: la masonería; institución siempre al servicio de la dignidad humana, bajo cualquier forma que se le pretenda ultrajar. Su secreto le hacía más temible, y, en efecto, bien pronto tuvo ramificaciones en las principales ciudades de la República. El espíritu innovador de la época se prestaba mucho á los conciliábulos ocultos, á los trabajos velados, y era una novedad que atraía, aquellas ceremonias que se decían pavorosas, y aquel carácter de héroes y mártires que exigía á sus adeptos la masonería. Si no hizo todo lo que entonces se esperó de ella, no puede negársele el mérito de haber establecido en sus logias la trinidad de los derechos del hombre y el juramento del odio eterno á los tiranos y á la tiranía, á la vez que unió á los hombres de ideas liberales y de buena voluntad.

Cuando la Junta Suprema convocó el Congreso, la situación era ambigua, y, naturalmente, este cuerpo resultó híbrido en su composición. Había en él muchos hombres honrados: muy pocos militares, escaso número de hombres de acción y casi completa totalidad de caracteres firmes, incapaces de una felonía; el grupo de hombres de seso y calma lo capitaneaba Roscio, y á él estaban afiliados Bermúdez, Cova y los orientales; con los timoratos está Hernández; con los austeros, Peñalver; con los resueltos, Miranda, Ramírez, Toro, Álamo, Cabrera y sobre todos Delgado, que fué el único que comprendió lo que iba á sobrevenir y aceptó sin vacilar el sacrificio; con los demagogos está Sala, que se espanta ante los tronos, y, detalle curioso, entre los moderados figura Briceño, el mismo Briceño que más tarde habría de hacer efectiva la guerra á muerte. Entre tantos hombres dignos formaba casa aparte el clero, representado por nueve sacerdotes. Luis Ignacio de Mendoza, vicepresidente, diputado por Obispos; Salvador Delgado, diputado por Nirgua; Juan Antonio Díaz Argote, por Villa de Cura; Luis J. de Cazorla, por Valencia; José

Vicente Unda, por Guanare; Juan Nepomuceno de Quintana, por Achaguas; Ignacio Fernández, por Barinas; Ramón Ignacio Méndez, por Guasdalito, y Manuel Vicente de Maya, por La Grita, miembros del Congreso.

Las elecciones se hicieron con perfecto orden y «por el influjo del clero—dice Heredia—y de los propietarios juiciosos recayeron casi generalmente en los hombres más distinguidos por su ciencia y probidad, aunque no se pudo evitar la entrada de Miranda y otros semejantes».

Apenas instalado el Congreso se halló entre dos corrientes: la una que lo arrastraba á la independencia capitaneada por Miranda y empujada por Coto Paúl, y la otra, moderada, que temía la imposibilidad de reprimir los ardores de una juventud fogosa y más que todo los excesos de la plebe y de la gente de color. Esperaba este grupo que el tiempo produjera el cansancio y las cosas volvieran á su antiguo estado por medio de un avenimiento pacífico con la corona. A la cabeza de esta partida estaba Felipe Fermín Paúl y con él formó el clero, no tanto por su oposición á la independencia, cuanto por el temor de que ésta implantase las ideas de la revolución francesa que había traído Miranda: formaban parte de este grupo Francisco Hernández, Alcalá, Bermúdez.

La publicación de algunos artículos sobre tolerancia religiosa hecha por el inglés Burke en la *Gaceta de Caracas* produjo grande alarma en el clero y las gentes ignorantes, de modo que llegó hasta acusarse al Gobierno de ateo. Este incidente, de bastante gravedad en aquellas circunstancias, dividió y apasionó mucho los ánimos y echó tales raíces, que más tarde hizo derramar mucha sangre y fué causa de terribles persecuciones. Como de atrás y por orden del Gobierno se venía discutiendo en la *Gaceta* y en hojas sueltas la conveniencia ó necesidad de la emancipación, resultó que en el ánimo de la generalidad ésta se hallaba unida á la tolerancia reli-

giosa, de manera que la independencia venía según el criterio de los más, á herir á Dios y al rey. Esta dualidad era el grave obstáculo con que las gentes ignorantes y el clero tropezaban para apoyar el movimiento separatista. No era, pues, amor al rey sino amor á Dios lo que ganaba á los que hacían la oposición á cambio tan radical.

La Socieda Patriótica, por otra parte, abrió sus puertas francamente á todos aquellos hombres que jamás se habían prometido alternar con los que no eran de su clase; una concurrencia extraordinaria de artesanos, de ociosos y de gente de la canalla asistía con la mayor ansia á oir las lecciones incendiarias que aquellos demagogos daban al pueblo con tono de suficiencia sobre la religión, los derechos del hombre, la autoridad del pueblo y principalmente sobre la necesidad de establecer un sistema democrático fundado no en aquella igualdad bien entendida y equitativa, hija de la razón y de la ley, sino regulada por aquel nivel sangriento que la mano cruel de los sanculotes corrió sobre la Francia desgraciada. El vulgo ignorante adoptaba ciegamente las ideas de este plan, que tanto lisonjeaba su amor propio; la seducción se vió por este medio más universal y funesta; la aristocracia fué declarada un crimen de Estado; el clero como amante de los privilegios de su rango fué ya mirado con todo el horror que inspiraba á los demócratas un cuerpo que propendía á mantener la tiranía de las distinciones.» (El Ayuntamiento de Caracas, Octubre 3 de 1812.)

Vacilaba el Congreso y tenía fundadas razones para ello: el paso era grave, considerado desde el punto de vista político, porque iba á lanzar el país á una guerra cuyo término no era fácil de prever; y desde el punto de vista religioso era atacar creencias arraigadas y que formaban la base de la sociedad; pero había algo más: la personalidad de Miranda era temida por los más en el Congreso: unos á causa de sus nexos con la revolución francesa, de la cual era hijo; otros por su carácter alta-

nero y dominante, de que había dado pruebas en su rompimiento con el Poder ejecutivo, hasta el punto de no levantar su copa jamás para darle las gracias por las demostraciones oficiales de que fué objeto.

Fuera del Congreso teníamos al clero de Caracas, presidido por el arzobispo Coll y Prat, que había tomado parte en la conspiración de Linares; los catalanes, colonia numerosa y rica é ignorante, acostumbrada á ver la tierra como propiedad suya, y considerando como un ladrón el que pretendiese robársela; y la política gobernante, sin ver al porvenir y mostrando un lamentable descuido en los preparativos militares que las circunstancias exigían imperiosamente.

La lucha se había concentrado propiamente entre dos factores: el clero y la Sociedad Patriótica, y alrededor de estos estandartes se fueron afiliando las diferentes agrupaciones, preparándose para la defensa los unos y la otra para el ataque. Dios y el rey fué la divisa del clero. Igualdad é independencia fué la de la Sociedad Patriótica.

Pero valga la verdad: el clero no tenía razón en mezclar á Dios en el asunto. El hecho fué que se asustó ante las tendencias de las doctrinas democráticas emitidas en la *Gaceta*, y en masa protestó contra ellas, por considerarlas ofensivas á Dios. Y cuenta que sólo se recomendaba en ellas la tolerancia y libertad de cultos. En lo político el clero á su vez estaba dividido con respecto á la separación de la madre Patria. Mientras el de Caracas temía tal paso, por lo que en su concepto pugnaba con la religión, el de Mérida entró de lleno en el camino de la emancipación, separándose del obispo, que en vano quería arrastrarlo al otro lado; el obispo milanés era español y los canónigos eran venezolanos; cuatro de éstos entraron á formar parte del Ejecutivo del Estado. En Cumaná y Barcelona el clero formó resueltamente desde el principio del lado de los patriotas, mientras que en Valencia, donde la mayoría era española, tomó puesto en

las filas realistas: en Guayana y Coro el clero fué en extremo realista; en Maracaibo fué peor la cosa, pues los mantuanos, los españoles y el clero se unieron para combatir un orden de cosas que amenazaba medirlos con una misma vara: la de la igualdad. En el Guárico, desde el vicario hasta el último cura, todos fueron patriotas, todos eran venezolanos, todos fueron expulsados más tarde.

Lo que dividía realmente al clero no era sólo la nacionalidad, ni las ideas acerca de la emancipación, sino las creencias religiosas. El sacerdote fanático, cegado por las retrógradas doctrinas políticas de los Santos Padres, que repetía con Santo Tomás, que la obediencia es una virtud moral; que sostenía con el Eclesiastés, que todo hombre inferior debe estar sujeto á su superior; con San Pedro, que manda sujeción y obediencia á todo hombre que tiene poder sobre los demás; con San Pablo, que dice: cualquiera que resista á las potestades resiste á Dios; con el sexto Concilio de Toledo, que declaró que en los dominios de España no se consentirían sino vasallos católicos; con San Anacleto, que predica que si alguno mira con odio al príncipe, sea tenido por infame ó sufrirá pena de muerte, ese era realista, hubiese ó no nacido en Venezuela, y así vemos más tarde á dos sacerdotes venezolanos formando parte de la Junta calificadora de insurgentes creada por Monteverde. En cambio, los clérigos de ideas avanzadas, los que separaban las cosas humanas de las divinas, los que veían en el rey un amo y no un representante de Dios, los que comprendían que la tolerancia era máxima de Jesús y miraban en el porvenir una patria libre y religiosa, esos eran partidarios de la independencia, porque eran venezolanos, pues, naturalmente, ningún sacerdote español fué amigo de la emancipación.

El clero, como institución, es partidario de los gobiernos que lo dejan ejercer su ministerio y le prestan su apoyo así moral como material y político. De ahí que siem-

pre está al lado de los grandes tiranos y rara vez junto con las democracias efectivas, porque éstas, por su propia naturaleza, son ajenas al obscurantismo del clero y á la esclavitud del pensamiento.

Tal era el estado de los ánimos cuando los hombres políticos encontraron que para salir de la situación en que se encontraba el país, lo mejor era romper abiertamente los lazos más ficticios que reales que desde el 19 de Abril lo unían á la madre Patria. Ya se había tratado la cuestión en el Congreso después de los sucesos del 19 de Abril de 1811, pero no de una manera terminante, sino más bien incidental. Esta vez un partido poderoso en el seno del Cuerpo planteaba la cuestión con toda la audacia que requerían las circunstancias. Abierta la sesión del 3, el presidente Domínguez puso en discusión la materia.

El Dr. José Luis de Cabrera dice que estando ya de hecho en posesión de nuestra independencia, debe procederse á la declaración legal. Cova, sin oponerse abiertamente, cree necesario entenderse antes con Inglaterra y los Estados Unidos. Peñalver exclama: «Declaremos nuestra absoluta independencia y nos pondremos en estado de arreglar nuestros intereses sin ambigüedades ni compromisos.» Toro secunda estas ideas; pero Hernández cree más prudente continuar como estaban, pues abandonando el nombre de Fernando VII se exponían á una repulsa activa de Inglaterra y se alarmaban los pueblos, incapaces aún de alcanzar los bienes de la independencia. «Nada tenemos que aventurar—le dice Ramírez—; esperar que nos brinden socorros es demasiado pretender.» Alamo cree que la independencia debe decretarse desde luego. La discusión languidecía, porque el Congreso permanecía frío y circunspecto; era necesario moverlo, levantar el espíritu, sacarlo de aquel estado de indiferencia, precursor de una negativa.

Miranda viene á la palestra, su voz de girondino halló eco simpático en la barra del Cuerpo, ocupada por los

miembros de la Sociedad Patriótica: su voz se perdió entre los vivas y aplausos, y apenas se oían frases interrumpidas. «Debemos ser independientes.» «Es menester correr los riesgos y gozar de las ventajas.» Aquella palabra solemne llevó la convicción á los unos, la energía á los otros. La batalla estaba ganada: la independencia era un hecho: oponerse al torrente era peligroso, dada la excitación de los ánimos...

Pónese entonces de pie el presbítero Dr. Manuel Vicente Maya, diputado por La Grita y maestro doctor en Derecho civil, en cánones y en Teología: había sido electo rector de la Universidad de Caracas el 11 de Enero. Sus opiniones eran conocidas y no las ocultaba. Al levantarse se vió venir la tempestad, y en el corto silencio que precedió cada cual se recogió, esperando la descarga. Con voz fuerte y clara dijo: «Varias veces se ha discutido el asunto, he alegado muchas razones que me persuaden no deber declararse la independencia. Nuestra convocatoria fué para formar un Cuerpo conservador de los derechos de Fernando VII. Mis instrucciones me prohiben por varias razones acceder por ahora á la declaratoria de la independencia...»

Imposible era continuar; el rumor que acogió las primeras palabras del orador había ido creciendo en las barras hasta convertirse en grito desenfrenado; todos hablaban á la vez, todos vociferaban. Aquí una exclamación destemplada, allí un desahogo patriótico y el tumulto crecía más y más. «¡Abajo los godos!», grita Salas. «¡No más tronos!», repetían los estudiantes: Sobre aquel mal de voces corría la voz de trueno de Coto Paúl. «¡Queremos ser libres ó morir!...» Varios diputados se acercan á Maya para exhortarle á que no continúe. Quintana viene en su auxilio, y con marcado desdén contesta á Miranda y á Roscio, que tratan de demostrarle que es imposible retroceder. Bolívar, con voz aguda y chillona, increpa desde la barra á los diputados tímidos. Ustáriz pasea su mirada de sordo por aquella

tempestad que veía sin oir. Sigue entretanto la grita. Maya, pálido, vuelve la vista hacia el presidente para invocar la inmunidad parlamentaria. Se adelanta Miranda y se le interpone el presbítero Ramón I. Méndez, cruzándose varias palabras, y Méndez, airado, levanta la mano para dar de bofetadas al girondino; la escena fué rápida y violenta: interpónense algunos diputados, todos se levantan y el Congreso por un instante se convierte en un campo de Agramante. La barra, como espantada de su obra, guarda silencio, y aprovechándose de él, Rodríguez se hace oir y logra restablecer la calma.

Maya continúa con voz reposada: «Fuera de esta consideración general tengo la especial de mis comitentes expresa en las credenciales que me han dirigido en forma auténtica y las que en una de ellas se contraen á este caso de la independencia, prohibiéndome por varias razones que expresan, acceder por ahora á su declaratoria.»

«La independencia se impone», grita en las barras Coto Paúl, y un trueno de aplausos hace temblar el recinto del Congreso. Peña deja luego oir su voz para soltar aquella imprudente frase: «Si el Congreso no sanciona la independencia, la haremos nosotros.»

«Hay por lo visto dos Congresos—continuó Maya— y nosotros nada tenemos que hacer aquí.» Sentóse el orador y esta vez el silencio general demostró que aquel hombre se había impuesto por la entereza de su carácter. El eco de su voz resonaba como un grito apocalíptico y pavoroso, como la voz profética de Daniel, como el anatema del Arcángel contra los que faltaban á su juramento. Considerábase entonces el juramento como cosa sagrada que ataba al hombre, sirviendo Dios de testigo. Maya contuvo el carro de la independencia, y, á semejanza de Josué, detuvo su curso por un día.

Era la segunda vez que ésta se encontraba con Maya atravesado en su camino: el 19 de Abril de 1810 pidió

el Cabildo al arzobispo que nombrase dos diputados por el clero. Presentáronse Maya y Quintana. La incorporación de estos dos hombres en el Cabildo era peligrosa, por ser partidarios de Emparan. Cortóse el nudo, nombrándose de hecho á Madariaga y á Francisco J. Ribas, diputados por el clero y por el pueblo. Así se salvó una dificultad que entonces no había cómo evitar. Es que Maya representaba un Cuerpo al cual se temía: el clero. Detrás de aquella protesta se veía á la Iglesia Católica, que venía desde atrás unida al trono, como formando los eslabones de la cadena con que estaba atada la América española. La Cruz venía á interponerse entre el cetro real y el cetro popular.

Para el sacerdote la independencia debía ser un rompimiento, no sólo con el rey, sino con Dios. ¿No era acaso el rey el ungido del Señor? ¿No había sido el Papa Alejandro VI quien por la bula de 14 de Mayo de 1493 había concedido á los reyes de España el dominio directo y útil de la América? La voz de Maya era el grito de guerra entre la Patria y el Altar. Al nacer la República ya tenía delante la sotana. No era un hombre, era una fuerza la que se plantaba frente á la revolución. El peligro estaba allí palpable, á la vista de todos, bajo el hábito de aquel sacerdote.

Yánez pronuncia un largo y fastidioso discurso en favor de la independencia. No eran los momentos de largas peroraciones, sino de rasgos brillantes y cortos. El orador quedó muy por debajo en su respuesta á Maya. Ortiz ocupa la tribuna y tampoco pudo dominar la situación: sigue luego Alcalá con las componendas del miedo. Salas produce una diversión con su sentencia política: «La independencia es la abolición del Gobierno Monárquico.» La palabra de Roscio viene á empeorar la situación, pues si bien no ve inconveniente en la independencia, cree que Maracaibo, Coro y Guayana se alejarían de los independientes, y teme que los pueblos sean influídos por falsas ideas. Yánez le contesta sin ventaja

alguna. Miranda combate á Maya y llama sofística su argumentación. Pagola trata de levantar los ánimos; pero á pesar de sus esfuerzos languidecía la discusión. No era posible decidir al Congreso. Diríase que viendo al porvenir temblaba ante la inmensa responsabilidad que contraía el empujar al país á una guerra con España. Nada tememos por nosotros, podían decir aquellos hombres; temblamos por la Patria, por vosotros y por vuestros hijos.

La sesión terminó sin haberse resuelto nada; pero se vió de manifiesto que existía un partido resuelto á pasar por encima de todo, á trueque de obtener la independencia. Oigamos al Ayuntamiento de Caracas dando cuenta al rey y el 3 de Octubre de 1812 de las sesiones del Congreso. «Las discusiones acaloradas sobre la materia, la fuerza de las razones que se oponían al partido de la independencia, la resistencia de algunos miembros del Congreso á declararla, el retiro de los que no esperaban sacar un partido razonable sino tal vez una desgracia personal por ser ya demasiado sospechosos á los facciosos, todo esto puso en cuidado á la Sociedad acerca del éxito. El tumulto crecia por momentos á las puertas del Congreso; los socios se presentaban á la vista armados y con la más descarada franqueza, protestan al presidente que les reconviene este exceso, que se arman para defender su independencia contra todos los que no la querían».

La lucha comenzaba ahora en otro terreno. Reunida la *Sociedad Patriótica* en la noche del 3, resolvió llevar adelante sus ideas de emancipación y acordó pedir permiso al Congreso para que Peña leyese en la sesión del 4 el discurso pronunciado esa noche, pero á la vez acogió las ideas de Bolívar, reducidas á declarar que la Sociedad respetaba al Congreso, pero que éste debía oir á la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios.

Al amanecer del 4, Caracas estaba en pie. Los grupos

recorrían las calles alentando á los tímidos y extendiendo la propaganda en favor de la independencia. Abierta la sesión del Congreso se acordó tenerla secreta en vista de lo sucedido el día 3. «El presidente—dice el acta—trajo á consideración algunos pequeños excesos cometidos por algunos de los espectadores en la sesión anterior, poco dignos del respeto debido al Cuerpo y perjudiciales á la libertad que debían tener sus miembros para decir su opinión, y se acordó comisionar al presidente para que á nombre del Congreso hiciera presente á los mismos espectadores lo desagradable que había sido su conducta». Se convino luego en acceder á la solicitud de la *Sociedad Patriótica* y la sesión continuó pública.

A esa sesión no asistieron Ustáriz, Méndez, de Guasdualito, Ribas y Delgado.

Introducido el doctor Miguel Peña, leyó su discurso, especie de arenga revolucionaria en que declaraba que la poca ó ninguna ilustración de los pueblos sobre un hecho tan importante no era un obstáculo para la declaratoria de la independencia. «La quiere Caracas, con aquel vigor patriótico que saben inspirar los conocimientos, la ilustración y el deseo de la libertad. La capital, que es la que forma la opinión pública y á cuya imperiosa voz sucumbre gustosa la masa general del pueblo».

Desde el momento en que el Congreso permitió que la Sociedad Patriótica tuviese voz en el seno del Cuerpo, ya no era posible retroceder. Caracas se imponía, como siempre se ha impuesto en los momentos críticos. Es un fenómeno curioso lo que pasa con esta ciudad en la política. Quien la juzga superficialmente la considera como una cortesana, que vive halagando al mandatario, amiga de fiestas, de placeres y sin cuidarse de lo que aquél haga. Debajo de esa capa de bohemia existe siempre latente el fermento del sacrificio, del heroísmo y del patriotismo, y un día la llamada cortesana empuña una bandera y rápida derriba situaciones, abate tronos, arro-

ja tiranos, y luego celebra entre cantos y danzas el renacimiento de la libertad.

Tal sucedió en la independencia y razón tuvo Peña para decirlo al Congreso. Este Cuerpo acordó el 4 que el presidente se acercara al Poder ejecutivo para inquirir si juzgaba que debía declararse la independencia, atendidas las circunstancias en que se hallaba el país.

En la mañana del viernes 5 ya podía considerarse como un hecho la declaratoria de la independencia. El día anterior era el 4 de Julio, aniversario de la de los Estados Unidos, y en la noche Caracas celebró con delirio aquella fecha magna, á la que esta vez iba unido el triunfo alcanzado en el Congreso. Bandas de música recorrieron las calles con la bandera americana, las casas de los patriotas se iluminaron en la noche, y la ciudad presentó el aspecto de gala y fiesta que le daba una fisonomía particular, en vísperas de sacrificio. Los tres colores del futuro pabellón iban separados en este paseo, como esperando que el Congreso los uniera el día siguiente.

Abierta la sesión matutina del 5, sin la asistencia de Ustáriz, presbítero Méndez, de Guasdualito, presbítero Mendoza y Quintana y Gabriel de Ponte, se dió cuenta de la respuesta del Poder ejecutivo, concebida en estos términos: «Cuanto antes, para destruir la ambigüedad de la situación.» Miranda habla y concluye con aquel profético dilema de: «ó la vida para siempre, ó el sacrificio de todos nosotros por la felicidad de la patria».

Cabrera reclamó la asistencia de los ausentes y se acordó citarlos ó que dieran sus excusas. Sólo Méndez concurrió á virtud de esta citación.

Después de algunos discursos procedióse á votar la independencia, en medio del mayor orden y con la solemnidad del caso. Cuando le tocó su turno de votar á Maya, dijo estas palabras: «Creo prematura la independencia en estos momentos. Para descargo de mi conciencia, presento el artículo de mis instrucciones que me lo

:8

prohibe expresamente.» El presidente Domínguez mandó dar lectura al documento citado por Maya, y éste pidió que su testimonio constase en el acta.

El presbítero Delgado acepta el sacrificio en estos términos: «No me dejo seducir y alucinar precipitadamente de los bienes que se créen tan inmediatos é inseparables de la independencia, pero la creo conveniente.»

El presbítero Unda dice con voz solemne: «Suscribo á nombre de Guanare á la independencia absoluta de Venezuela.»

El presbítero Cazorla: «El juramento á Fernando VII era lo que me hacía vacilar, pero los discursos me han convencido de que es tiempo de declarar la independencia.»

El presbítero Fernández Peña, así como el presbítero Díaz Argote, permanecen callados y no votan.

El presbítero Méndez, de Guasdualito, dijo: «Seríamos refractarios del juramento conque nos hemos obligado á conservar los derechos de Fernando VII por un acto libre y espontáneo al instalarse el Congreso. Mi religión me prohibe faltar á los juramentos... Desconocemos en público lo que hemos venido proclamando desde el 19 de abril, es decir, que reconocemos y conservamos los derechos dè Fernando VII. No se me crea personalmente opuesto á la independencia.»

El resultado de la votación fué el siguiente: consta que 30 diputados estuvieron en favor de la declaratoria de la independencia; dos se negaron, que fueron los presbíteros Maya y Méndez; dos diputados no asistieron á ninguna de las sesiones en que se trató el asunto; Luis Ribas Tovar, diputado por Caracas, y Domingo Alvarado, por Barquisimeto; cuatro que no asistieron por enfermos á la sesión del 5 se excusaron: Ustáriz, Ponte y los presbíteros Mendoza y Quintana, y tres que no consta si asistieron y cómo votaron: Juan Pablo Pacheco, de Trujillo, y los presbíteros Fernández Peña y Díaz Argote.

Apenas votada la independencia, se publicó en Cara-

cas. «Esta publicación—dice el presbítero Juan A. Navarrete, testigo ocular (1)—fué sin los bandos del Gobierno, porque se hizo sólo provisionalmente por satisfacer el deseo y el entusiasmo de los señores patriotas y del pueblo, que lo mismo fué verlo sancionado que pedirlo publicado. Mas la publicación solemne con la autoridad del Gobierno se hizo el día 14 del mismo mes, domingo, día de San Buenaventura, con bendición de banderas en la Catedral y repique de campanas en las iglesias.

Este acto del día 5 en la tarde fué más bien una demostración popular. Los retratos de Fernando VII que estaban en las oficinas públicas cayeron despedazados; la bandera tricolor de Miranda fué paseada por las calles; se pronunciaron discursos en las esquinas, y, como era natural, no faltaron sus invectivas y amenazas contra los españoles. El Gobierno no tomó parte alguna en esta manifestación.

Según el programa oficial, se dió un repique general en todas las iglesias de la capital el domingo 14, se hizo una salva por las tropas al acto de la publicación, se enarboló la bandera nacional en el cuartel de San Carlos, se mandó iluminar la ciudad por tres noches «sin profusión ni gastos importunos», se recibió el juramento á la tropa y se mandó que todos los ciudadanos usaran escarapela y divisa de la confederación, «compuesta de los colores azul celeste al centro, amarillo y encarnado á las circunferencias, guardando en ella uniformidad». El 16 se cantó un *Te Deum* en la Santa Iglesia Metropolitana y se mandó además que todos los cuerpos políticos, eclesiásticos y militares prestasen el juramento, que sería el acto característico de la naturalización y calidad de ciudadano de cada persona, para lo cual se llevaría un registro abierto por veinte días, pasados los cuales se enviaría á la Secretaría de Estado para ser archivado.

(1) Libro manuscrito de la Biblioteca Nacional.

La *Gaceta* de Caracas del martes 16 de Julio de 1811, número 41, tomo I, inserta el acta de la independencia suscrita por cuarenta y un diputados, faltando sólo las firmas de Ribas Tovar y Alvarado.

Ese documento se presta á dudas, porque consta en las actas del Congreso el acta de la independencia suscrita por los diputados que el 17 de Agosto se hallaban presentes en la sesión de ese día, y porque el nombre de Gabriel de Ponte fué colocado en el acta original después del 13 de Julio, pues aparece que no puede firmar por la herida que recibió en Valencia con posterioridad á esta fecha. Además el orden en que están colocadas las firmas en la publicación hecha en la *Gaceta* es distinto del que tienen en el acta del Congreso.

En ésta no aparecen las firmas de Fernando Toro, diputado por Caracas, que votó por ella el 3 de Julio y no consta su asistencia á las sesiones del 4 y 5; Briceño de Pedraza, que asistió el 5 y pidió la independencia á nombre de Barinas; el presbítero Méndez, de Guasdualito, que fué opuesto á la independencia, y Juan Pablo Pacheco, de Trujillo, que no consta si asistió ó no á las sesiones del 3, 4 y 5.

Veamos ahora cuál fué la suerte de los sacerdotes que asistieron al Congreso y cómo fueron recompensados por España y de qué manera se condujo con ellos la nueva nación.

Maya siguió con los realistas, ocupando puesto entre ellos. A la muerte del doctor Juan Vicente Echeverría, canónigo magistral de la S. I. M., aspira al puesto el presbítero Dr. Maya, y Monteverde, por resolución de 23 de Junio de 1813, ordena promover un justificativo para informar á S. M. sobre el mérito, cualidades personales, idoneidad y conducta de Maya. Del justificativo quedó comprobado que este sacerdote «lejos de tener la más leve parte en la revolución, fué decididamente opuesto á tan detestables proyectos, por lo cual tuvo que sufrir varias incomodidades y disgustos».

Maya fué gobernador del Arzobispado en 1816 y murió siendo canónigo magistral de la Catedral de Caracas.

Algunos meses más tarde el presbítero Ramón I. Méndez escribió á D. José Francisco Heredia, decano de la Real Audiencia lo siguiente: «Fuí arrancado súbitamente de Barinas, colocado en un macho cuyas orejas exhalaban un olor pestilencial, maniatado con esposas, llevado y traído como un criminal hasta Puerto Cabello, donde me soterraron en una bóveda con un par de grillos. Después fuí trasladado á uno de los pontones que por nombre tenía el de *Dolores,* conforme á los que se padecen en aquel lugar. Todo esto después de haber sido el antagonista de Miranda en el Congreso y aún antes de que pusiera los pies en Venezuela, como que resistía abiertamente su venida, grado y sueldo, y cuanto maquinaba, en término de haber estado un día para sacudirle en la misma sala un par de cogotazos, que sería lo más que me podría aguantar. También me opuse abiertamente á la declaración de independencia.»

De la prisión á que le redujeron los españoles salió Méndez para el campamento patriota. En 1821 va al Congreso de Colombia como senador, cuyo puesto pierde por haberle dado en plena Cámara dos bofetadas al senador Diego Fernández Gómez. En 1827 fué nombrado arzobispo de Caracas y expulsado en 1830, murió en la Nueva Granada en 1839.

Quintana va en 1814 en comisión del Gobierno colonial ante el rey de España, y se ahogó en el viaje.

Cazorla murió en Febrero de 1812.

Mendoza emigró á Nueva Granada; prisionero en Arauca permaneció como diputado al Congreso de Cúcuta; electo miembro del Congreso de Bogotá en 1823, no pudo asistir por el mal estado de su salud. Murió en 1828, siendo deán de la Catedral de Mérida.

Unda, al calor de la enseñanza pública logra evitar las persecuciones de los realistas y se apartó por completo

de la política. Fué electo obispo de Mérida en 1836 y murió cuatro años después.

Fernández Peña fué arzobispo de Caracas en 1841 y muere en 1849.

Delgado y Díaz Argote desaparecen de la escena y vuelven á ejercer sus curatos de Nirgua y villa de Cura. Sacerdotes mansos é inofensivos, la ola de las persecuciones no llegó hasta ellos.

¿Qué fué del resto de los miembros del Congreso de 1811?

En el transcurso de la guerra vemos aquí y más allá erguirse la figura de los hombres del 5 de Julio: de allí salieron mártires, guerreros, tribunos, caudillos, políticos y periodistas, todos fueron leales á su bandera y á ella consagraron por completo su existencia. Empinados sobre sus firmes convicciones, esclavos dignos del deber, agigantados por la paternidad de la nueva nacionalidad, cada uno de ellos aceptó las consecuencias de su proceder y se sometió á la suerte que le designaron los acontecimientos. La mayor parte de ellos fueron servidores ignorados, pero grandes, en medio del olvido. Y cuando el 18 de Noviembre de 1814 pronunciaba el doctor Felipe Fermín Paúl el panegírico de Fernando VII en la iglesia de San Francisco y claudicaba de sus opiniones políticas, para convertirse en vasallo español, sus antiguos compañeros de Congreso le miraron con lástima, porque en el pecho de aquellos patricios no cabía el odio ni el rencor, y el dolor mismo estaba supeditado por el sentimiento de la benevolencia. Puesto que eran los padres de la Patria, sabían perdonar y disculpar.

IV

LAS DERROTAS

I

La Puerta.

(15 de Junio de 1814.)

La primera victoria de Carabobo, alcanzada el 28 de Mayo de 1814, no fué decisiva para los republicanos. Verdad es que allí quedó destruído el ejército realista al mando de Cagigal y que en Occidente no quedaba ningún cuerpo organizado sosteniendo la bandera española; pero esto era una ventaja pasajera, porque el peligro grande, inminente, estaba en el Centro.

Desgraciadamente, nadie lo comprendió así en aquellos momentos y no se sacó de la victoria el fruto que pudo obtenerse. Bolívar dividió el ejército en tres cuerpos destinados á obrar en territorios distantes. Urdaneta con su división siguió persiguiendo á Cagigal y tomó rumbo á Barquisimeto. Mariño vino al centro á hacer frente á Boves, que estaba en las llanuras del Guárico, y Ribas marchó á Caracas. Nadie pensó en que Boves, después de sus recientes fracasos, se rehiciese, puede decirse, en horas, y levantase repentinamente un ejército formidable en pocos días; de allí que las caballerías patriotas fueran descuidadas, se sustrajeran las mejores

bestias, y no estuviesen en aptitud de llenar su cometido en el resto de la campaña. Así lo confiesa el coronel Blanco.

La tempestad se condensaba en las llanuras del Guárico. Había allí un hombre á la altura de la situación: Boves. Tenía el jefe realista todas las dotes del guerrero semi-salvaje. Con perfecto conocimiento del terreno y de los hombres, con un valor temerario, con osadía sin igual, actividad desconocida hasta entonces, y con el dón de mando aparente para el pueblo: era el caudillo de los Llanos y el nervio de la guerra á muerte. Á su voz surgían los ejércitos, volaban los voluntarios y morían los que se mostraban siquiera reacios á seguir la bandera real. Á todo esto hay que agregar con el historiador español Heredia: «era cruel por instinto y á sangre fria». Sólo tuvo dos virtudes: el agradecimiento y la sobriedad. Con un carácter dominante, apoyado por el terror que inspiraba, le fué fácil adquirir predominio absoluto sobre la gente de color. No fué brillante, sino terrible.

Era Bolívar un militar de otra escuela y el menos aparente para luchar con Boves. «Su manera de hacer la guerra—dice Mollien—, sus largas marchas para alcanzar al enemigo, la celeridad con que recorre distancias inmensas para encontrarlo, dan más bien la idea de que Bolívar es un partidario audaz en vez de un general hábil para movilizar las masas.»

Boves unía á la actividad asombrosa un golpe de vista militar muy certero: su táctica estaba siempre basada en dos puntos: engañar al enemigo y traerlo á combatirlo donde él quería. Como su fuerza principal era la Caballería, escogía el terreno despejado, donde ésta pudiese obrar por los flancos. Fué sin quererlo el gran maestro de los patriotas; con sus constantes victorias puso de manifiesto todo el partido que se podía sacar de la Caballería, y demostró que la Infantería era inferior á campo raso. Su sistema de avances rápidos por los flancos sobre los infantes fué pronto aprendido en Oriente por los

republicanos y ensayado por primera vez por Ribas en Urica, que había vencido á Boves en La Victoria el 12 de Febrero.

Páez era el único de nuestros generales que puede compararse á Boves como militar. Boves le era superior en el manejo de las grandes masas, en la dirección de las batallas y en obtener mayor ventaja de todo incidente; pero inferior en las sorpresas, en las cargas bruscas é inesperadas y en los ardides de la emboscada. El uno era un general, el otro un gran guerrillero, incomparablemente superior en la guerra defensiva, mientras Boves lo era en la ofensiva.

Declarada la guerra á muerte por Bolívar en su proclama de 15 de Junio de 1813, Boves aceptó audazmente el reto, y en circular de 1.º de Noviembre manda á castigar á los patriotas con la muerte, «en la inteligencia de que sólo un *Creo* se les dará para que encomienden su alma al Creador».

Al paso que va creciendo la figura de Bolívar en Occidente, crece en los llanos la de Boves. Representantes de una idea distinta, arrastran tras sí las masas populares y las seducen. Traído en alas de la victoria, Bolívar deja á un lado el Congreso de la Nueva Granada, asume en Venezuela el Poder independiente y acepta el título de Libertador que le dan unos cuantos partidarios en Caracas. Boves olvida sus deberes para con el Gobierno español, pone á un lado á Cagigal y se hace por sí el jefe de Venezuela. Ambos vienen ungidos por el éxito, y tanto España como el Congreso granadino aceptaron los hechos consumados y dieron la razón al vencedor.

Bolívar y Boves se miran de frente por primera vez en San Mateo el 28 de Febrero; la herida de Boves obliga á éste á levantar el campo; vuelve á la carga el 20 de Marzo, y la explosión del parque republicano en la casa solariega de San Mateo le hace retirarse, convencido de que nada podía contra aquellas posiciones.

Con rapidez repone sus pérdidas, y apenas disipado el humo de Carabobo, aparece con un ejército en marcha sobre Caracas. Mariño se le interpone en Villa de Cura con 1.500 infantes, 700 caballos y 100 artilleros con ocho piezas de campaña y un obús de nueve pulgadas.

Para esta época la masa general de la población era realista; los labriegos y campesinos se alistaban con más gusto en las filas españolas que en las republicanas. Á pesar de todos los esfuerzos los ejércitos patriotas no llenaban sus bajas con tanta facilidad como sus contrarios. El servicio de espionaje era gratuito en el campo español y nulo en el republicano. Mariño y Bolívar no sabían el número ni clase de fuerzas que traía Boves, mientras que éste estaba enterado de las de su contrario.

El 6 de Junio el ejército republicano quedó organizado así:

General en jefe, Santiago Mariño; jefe de Estado Mayor, general García de Sena; jefe del Centro, J. Francisco Bermúdez; secretario de Guerra, Ramón Machado; jefe del batallón *Cumaná*, Antonio M. Freites; jefe del batallón *Aragua,* Manuel Aldao; jefe del batallón *Barcelona*, Manuel A. Lobatón; primer jefe del ala izquierda, Agustín Arrioja; segundo jefe del ala izquierda, Casimiro Isaba; jefe de la reserva, Manuel Isaba; jefe de la Artillería, Diego Jalón.

La Caballería constaba de tres cuerpos: *Barcelona*, regido por Francisco Carvajal y Lorenzo R. Romero; *Maturín*, por Andrés Rojas y Jesús Barreto, y *Alto Llano*, por José T. Monagas y M. Cedeño.

La organización de la Caballería de Boves no estaba sujeta á la ordenanza. Cada escuadrón se componía de los vecinos del pueblo cuyo nombre llevaba, fuese cual fuese su número; así *Guayabal* sólo tenía 200 hombres y *Tiznados* sumaba 600. Esta organización producía la emulación entre los cuerpos, provechosa por el buen éxito de las operaciones. Tenía Boves como segundo á Morales, y su ejército constaba de 5.000 lanceros y 3.000

infantes, divididos éstos en tres cuerpos mandados por Ramón González, Manuel Machado y Guía Calderón. El Cuerpo selecto de Infantería era la columna *Cazadores*, fuerte de 800 hombres y al mando de Rafael López. Las tropas realistas llevaban divisa blanca, que de lejos se confundía con la amarilla de los patriotas.

Boves escogió detenidamente el campo de *La Puerta* como el más á propósito para esperar á Mariño, y fué un error de éste librar batalla en un teatro donde la Caballería enemiga, superior en mucho á la patriota, podía maniobrar holgadamente. Además Boves conocía el terreno, como que el 3 de Febrero había derrotado allí á Campo Elías.

Al saber Bolívar que Boves se acercaba, resolvió venir personalmente al teatro de la guerra. Comprendía que allí se iban á decidir los destinos de la Patria, y era necesaria una victoria para galvanizar el cadáver de la República y de la gloria de su caudillo.

¡Sí! Venezuela agonizaba entre dos grandes males: sus hijos realistas y sus hijos republicanos. Unos y otros la ahogaban en sangre. Los decretos de aquellos aciagos tiempos parecían inspirados por satánicas pasiones. «Se repetirá el toque de alarma á las cuatro de la tarde de este día—dice Ribas en su bando de 15 de Noviembre de 1813—, y todo aquel que no se presente en la Plaza Mayor ó en el cantón Capuchinos, y se le encontrare en la calle ó en su casa, será pasado por las armas sin más que tres horas de capilla», y Boves dice el 23 de Mayo de 1814 al justicia mayor de Camatagua: «Trate usted de reunir toda la gente útil que se halla por los campos, y el que no comparezca á la voz del Rey se tendrá por traidor y se le pasará por las armas.» Boves promete premiar á sus compañeros con los bienes de los enemigos del rey, y así lo dice en circular de 1.º de Noviembre de 1813. Bolívar el 25 de Enero de 1814 confisca las propiedades de los españoles. Boves autoriza el saqueo: otro tanto hacían los patriotas, según dice el coronel

Ricaurte en su informe al Congreso de la Nueva Granada.

Y no faltaba el patriotismo en uno y otro bando: los criadores llevaban sus rebaños enteros al ejército de Boves, al simple pedido del jefe realista; los hacendados, los tenderos y todo el que tenía una propiedad, contribuía al sostenimiento del ejército republicano, cumpliendo las órdenes de Bolívar. Parte de la esclavitud sembraba frutos menores para las tropas patriotas. Más tarde se obligó á cambiar el dinero por moneda macuquina. La contribución de sangre fué general en uno y otro bando; agotados los jóvenes, entraron los viejos; ni aun los seminaristas escaparon en Caracas: de 85 que había en 1813, apenas quedan seis en Marzo de 1814, y en Julio sólo había uno; todos los demás eran soldados.

No era un encono político, era un odio sin nombre. «Reitero mi juramento—dice Ribas en 21 de Febrero de 1814—y ofrezco que no perdonaré medios de castigar y exterminar esta raza maldita»; y al día siguiente dice Arismendi: «Os juro, caraqueños, que yo, horrorizado de tantas maldades, no perdonaré jamás á ningún español enemigo: su sangre será vertida por mis órdenes, seguro de que el Libertador se halla animado de los mismos deseos.» Boves no amenazaba, pero «acababa á lanzadas con los sospechosos de los pueblos. Lo eran, en su concepto, los criollos blancos, y así se hizo el ídolo de la gente de color, á la cual adulaba, con la esperanza de ver destruída la casta dominante y con la libertad del saqueo». (Heredia.)

El anuncio de la venida de Boves fué como la trompeta del juicio final: el terror, como onda eléctrica corrió por los valles de Aragua y lo que hoy se llama Carabobo y vino á Caracas; las poblaciones emigraban en masa hacia Valencia y la capital, entonando letanías por el camino, como para hacer más pavoroso aquel cuadro de desolación.

En su tránsito, Bolívar hubo más de una vez de dete-

nerse para dejar pasar aquellas procesiones de la desgracia, que le miraban con ojos espantados, en que iba mezclada la esperanza con el reproche de ser el autor de tan tremenda calamidad.

A dos leguas de la Villa de Cura, en el antiguo camino real de San Sebastián, y antes de bifurcarse el camino de San Juan de los Morros, se halla una pequeña llanura cortada por las ondulaciones del terreno y cercada por montes no tupidos y cerritos no pequeños. Tanto á la entrada como á la salida hay un paso estrecho con alturas á los lados, de escasa vegetación. Estos pasos están cortados por los riachuelos, Semen á la entrada de Villa de Cura, y La Puerta, á la salida por el llano. Para entrar á la planicie hay que bajar un plano inclinado, atravesar la quebrada y subir al lado opuesto. Corre el Guárico hacia la parte Sur. Después de La Puerta hay otra planicie que corta el camino para San Juan.

Boves ocupó la quebrada de La Puerta y la llanura, dejando libre la entrada por el camino de Villa de Cura: extendió su Infantería apoyada en la quebrada, ocultó parte de su Caballería en las sinuosidades de la planicie y el grueso principal lo situó en la sabana, á su retaguardia. Mariño ocupó la entrada, pasó el Semen y guarneció las alturas del paso: en el abra del camino colocó á *Aragua*, la Artillería en las colinas de la izquierda, y apoyada en éstas y las de la derecha situó el resto de la Infantería, mientras la Caballería fué puesta en los montes á la izquierda del camino. Como posición defensiva, la ocupada por Mariño era excelente, porque no podía ser flanqueada; era difícil la entrada de frente é inutilizaba la Caballería enemiga por falta de campo donde evolucionar. Boves, con buen golpe de vista, resolvió atraerlo á la llanura, para tenerlo á merced de sus lanceros y su plan de batalla fué conducente á este fin.

En la mañana del 15 de Junio de 1814 llegó el Libertador al campamento, acompañado de sus secretarios y Estado Mayor, y se hizo cargo del ejército. Bolívar—

dice el coronel J. F. Blanco—«no tuvo dificultad para empeñar el combate, sin embargo de que el general Mariño opinaba se excusase, pues en concepto del primero, era imposible que al extenuado ejército de Boves hubiese podido llegarle el refuerzo de tropas y municiones que se le reunió en el breve término que había transcurrido después de la acción de Carabobo. Una desigualdad tan grande de fuerzas y el equivocado cálculo que los antecedentes sucesos habían hecho formar sobre las del enemigo, produjo inevitablemente la pérdida de la acción de La Puerta».

Austria dice, por el contrario, que el Libertador quiso variar el plan de la acción; pero cuando llegó ya estaba empeñado el combate. Sea lo que fuere, es un hecho que los patriotas ignoraban el grueso de las tropas que tenían al frente. Torrente, Montenegro y Baralt fijan este guarismo en 5.000 jinetes y 3.000 infantes. Austria señala 3.000 jinetes y 2.000 infantes, y Bolívar, después de la batalla, dice á Ribas que Boves sólo tenía 800 infantes y mil y pico de caballos.

Rotos los fuegos, la Infantería realista avanzó resueltamente sobre *Aragua*, que sostuvo el choque formado en columna. Las montoneras de Boves se estrellaban contra el disciplinado batallón, y retrocedían para volver á la carga con más furia. La Artillería barría la llanura y obligaba á los realistas á replegar á su resguardada posición. Carga López con sus *cazadores*, y llega cerca de la Artillería; pero se vió obligado á retroceder, dejando tendida gran parte de su afamada tropa. Bolívar vió ganada la batalla y ordenó una carga de la Caballería. Esta fué débil, indecisa y sin resultado. Si hubiera cargado de firme se habría descubierto el plan de Boves. Impaciente el Libertador, ordena una carga general, y cae en el lazo tendido por su enemigo.

Marcha *Aragua* de frente, y se le ordena desplegarse en alas para abrazar la llanura; síguele *Barcelona* en columna, cerrando el flanco izquierdo de los patriotas, á

tiempo que *Cumaná* toma el lado derecho. Al llegar á la quebrada de La Puerta el enemigo se hace firme en la loma que está detrás de ella. Al mismo tiempo surgen tres grandes cuerpos de Caballería realista y caen á la sabana inesperadamente, entrando por el flanco izquierdo patriota y cargando sobre la Caballería enemiga, que sólo piensa en salvarse. Rápidamente intenta resistirle *Barcelona*, pero sucumbe cogido entre dos masas de lanceros. *Aragua*, empeñado en romper el frente, es á su vez atacado por un costado; su extensa formación le impide oponer seria resistencia y desaparece bajo las patas de los caballos de Boves; el pánico se apodera de los patriotas y todos piensan en huir. La Artillería cae en manos de los contrarios, felizmente ya agotados los pertrechos. Monagas y Cedeño, apenas con un centenar de jinetes, salen camino de Villa de Cura.

Mientras esto pasaba, *Cumaná* se forma en cuadro apoyado en una ondulación del terreno, teniendo á su retaguardia el Guárico. Boves ordena su destrucción; aquel duelo á muerte concentra la atención del ejército español y se suspende la persecución de los fugitivos; rechazados los jinetes españoles, el batallón emprende su retirada en correcta formación. Aquel cuerpo así perdido entre el bosque de lanzas enemigas, marchando sereno al sacrificio, y agrupado al pie de su bandera, era la imagen de la Patria, coronada por el martirio; del humo de sus fusiles salía el incienso de la inmortalidad; sus divisas amarillas brillaban con los rayos de un sol de verano y semejaban dorados laureles que ornaban la frente de aquellos héroes; sembrado quedaba el camino que llevaba, con los cadáveres de los que caían, y al avanzar pisaba los muertos españoles que dejaba el enemigo en las repetidas cargas. En vano esperó un amago siquiera de nuestra Caballería; cuando se acabaron los pertrechos, *Cumaná* hincó rodilla en tierra y resolvió vender cara la vida. Asaltado por dos cuerpos de Caballería, fué roto el cuadro y consumóse el sacrificio. Frei-

tes, viéndolo todo perdido, se levanta la tapa de los sesos y cae al pie de su bandera. Los realistas respetaron su cadáver, y López le hizo dar sepultura.

A las dos de la tarde, mil cadáveres republicanos quedaron en el campo, entre ellos García de Sena, Aldao, Freites, Lobatón, Muñoz Tébar, Mendiri, el teniente coronel Pablo Silvestre y los comandantes Pablo Agüero y Gregorio Angel, estos tres últimos de la Nueva Granada. También murió fusilado por Boves el teniente coronel Pedro Sucre, hermano del mariscal.

Bolívar hace recaer la culpa de este desastre sobre la Caballería, y dice á Ribas horas después lo siguiente: «A las dos de la tarde de ese día ha huído cobardemente nuestra caballería en la acción de La Puerta... La infantería se ha batido como acostumbra *divinamente*... De cuantos golpes ha recibido la Patria, ninguno es más pequeño que éste, pero ninguno es más fatal.» Boves relata su triunfo así: «Los rebeldes, enemigos de la humanidad, han sido derrotados completamente en La Puerta al mando de los titulados generales Bolívar y Mariño. 3.000 fusiles, 9 piezas de cañón, entre ellas un obús de 9 pulgadas con todo lo demás de guerra, cayó en mi poder, como también su almacén de municiones que tenían en Villa de Cura.»

Con el último disparo de La Puerta comenzaron los funerales de la Patria. Caracas fué abandonada, veinte mil personas de todas edades corrieron en pos del ejército ó emigraron. Ochocientos hambrientos llegaron á Saint-Thomas mendigando pan y un abrigo. Eran en su mayor parte mujeres y niños. Un auxilio oportuno del Gobierno español salvó á aquellos desgraciados, y de Puerto Rico les enviaron socorros.

Una espantosa procesión de gentes extenuadas por el hambre, bandadas de mujeres á medio vestir, centenares de infelices macilentos por las fiebres, enjambres de niños sucios que nadie sabía de dónde salían y quiénes eran, ni cómo vivían, ni cuándo morían: tal fué

el resultado de este fúnebre éxodo al llegar á Barcelona. La fiebre tifoidea vino, cual benigna diosa, á aliviar con la muerte tan espantosa miseria.

La sangre ahogaba la República. El nombre del Libertador se hundía en el fango de las derrotas y en el desprestigio de los errores. La escuela de la adversidad habría de enseñar á Bolívar todo lo que para entonces ignoraba y que necesitaba para redimir un pueblo. Entraba ahora á estudiar en la práctica escuela de los desengaños todo aquello que sólo había visto á través del prisma de la lisonja y el oropel del éxito.

La Puerta es el comienzo de la línea divisoria entre las dos corrientes de la época. Muerta la Patria, sólo queda en pie Boves, representando el sistema colonial y del vasallaje. La victoria le coronaba de sangrientos laureles; el pueblo le adoraba con terror; las masas se sentían fascinadas por aquel ángel exterminador.

Empero, la semilla de la emancipación estaba sembrada y regada con sangre. Toda causa noble, así cultivada, produce frutos de bendición.

II

URICA

(Diciembre 5 de 1814.)

Día tras día van llegando á Cumaná los restos de la emigración salida de Caracas en el mes de Julio. El relato de sus desgracias, á la vez que enternece el corazón de los orientales, hace nacer el miedo á Boves y sus terribles lanceros.

Vienen luego los derrotados de Aragua, dándolo todo por perdido, y llega Bolívar con restos de tropas decaídas y agotadas. No era posible la defensa de Cumaná: tenía que quedar abandonada á su propia suerte, y así se anunció por bando. La ciudad tembló de indignación, y Bolívar y Mariño fueron las víctimas de la desesperación de un pueblo á quien se dejaba á merced de un enemigo implacable.

El 25 de Agosto la ciudad quedó desguarnecida y sin gobierno. El 29 se reunieron en la plazuela del Puente los catalanes realistas, presididos por D. Agustín Coll, que había sido segundo alcalde en tiempos de Antoñanzas, y acordaron que tomase el mando de la plaza don Juan de la Puente, nombrado gobernador de Guayana, pero que habiendo sido hecho prisionero por los patriotas, se hallaba detenido en un convento.

Poco después tomó el mando de la plaza el capitán Pineda, nombrado con tal carácter por Boves.

Habían desaparecido de la escena política las dos figuras más culminantes del campo republicano: Mariño y Bolívar. Elevados ambos por la voluntad popular y por las circunstancias y sostenidos por el éxito, cuando éste se tornó en desgracia, los dioses cayeron.

Los hechos hacían creer que aquellos dos hombres no estaban á la altura de las circunstancias, porque no supieron vencer. En aquel inmenso cataclismo no había más ley que la del éxito. El que no daba resultados debía apartarse: el que se dejaba derrotar debía desaparecer. Los mandos dependían únicamente de la voluntad de los demás. El reconocimiento de un jefe no podía ser permanente, sino, por el contrario, muy transitorio. Ninguno estaba ungido por la ley ni por la voluntad nacional, sino por el querer de sus adeptos. Como no había organización genuina del voto público, sino simplemente un pacto provisorio de reconocimiento del jefe, claro se está que ese pacto podía ser roto á voluntad por cualquiera de las partes.

Dadas las circunstancias del momento, era natural que los pueblos buscasen ante todo su salvación. Bolívar entonces no tenía ni los laureles de la victoria, ni la reputación del militar, ni las dotes sobresalientes que imponen y seducen. A Mariño se le acusaba ya de su eterna falta: la vacilación. Y los tiempos no eran de espera, ni de adhesión incondicional. Puesto que Bolívar y Mariño no habían dado los resultados necesarios, era menester que vinieran otros hombres á ver si los daban.

No había, pues, ni ambición al mando, ni insubordinación, sino únicamente la ley suprema de la propia conservación. El cambio se imponía. Otros hombres debían venir á la escena, á ver si salvaban la Patria, ya que los dos caudillos la habían dejado morir en sus manos.

¿Quién podía negar que Bolívar fué la causa del desastre? Dividió su ejército después del triunfo de Carabobo y se dejó batir en detal. Ignoró la fuerza del enemigo y se dejó destruir en La Puerta. Aragua fué un sa-

crificio tan imprudente como innecesario. Que servía á la Patria de buena fe, que á ella consagraba todo cuanto tenía, todo esto es verdad; pero los demás jefes hacían otro tanto. No era esa la cuestión. Era simplemente de competencia individual, mejor dicho, de resultados.

Después de todo, tan ambicioso pudiera ser el que se empeña en retener un mando que no es legal, sino hijo de la voluntad de sus adeptos, cuando éstos cambian de opinión, como el que aspira á sucederle.

No era posible arrastrar á las masas, levantar el espíritu público, electrizar las muchedumbres con un general derrotado y fugitivo y otro general símbolo de la indecisión. El uno había perdido su reputación y el otro su nombre como caudillo oriental. Todos los generales venezolanos habían sido derrotados por Boves. Los jinetes del Apure y del Guárico occidental, conocidos con nombre de *yabajeros*, es decir, del Llano abajo, inspiraban tal respeto con sus *sillas vaqueras*, que las caballerías patriotas, con sus *bridones*, no consideraban fácil tarea habérselas con ellos. La figura de Ribas surgía en aquellos momentos como la única esperanza. Había vencido á Boves en La Victoria. Vencedor de Boves en aquellos momentos, era una gloria, un nombre, una esperanza. Ribas aclamado aceptó el puesto de jefe del ejército de Occidente y Piar tomó el mando del de Oriente. Así lo dice el mismo Ribas en carta del 19 de Septiembre, desde Cariaco, al Sr. Martín Tobar. Bolívar y Mariño salían del país al mismo tiempo.

Con la rapidez, hija, puede decirse, de la desesperación, crea Ribas un cuerpo de tropas y espera á Morales en Maturín el 12 de Septiembre. Allí se luchó, no sólo para repeler al enemigo, sino para quitarle los fusiles, de que carecía el jefe republicano. Logrado este objeto, surgió rápidamente un nuevo ejército lleno de fe y engreído por el triunfo.

El plan de campaña concebido por Ribas lo revela como un buen estratégico. Batir rápidamente á Morales

é impedir su unión á Boves. Al efecto, marcha Piar con 800 hombres sobre Cumaná á organizar fuerzas que debían converger sobre Urica, donde estaba Morales. Piar, en vez de hacerlo así, esperó á Boves en el Salado ya, con 2.000 hombres, y fué derrotado y destruído su ejército el 16 de Octubre. El jefe español marchó luego sobre Urica.

Ribas tuvo entonces que dividir sus fuerzas entre Maturín y Areo. Bermúdez, con 2.000 hombres, pretende contener la marcha de Boves en los Magueyes el 9 de Noviembre y también es derrotado. La unión de los dos jefes realistas se verificó luego sin estorbo.

Salta á la vista el error de Ribas al dividir su ejército, cuando lo indicado era una marcha rápida sobre Urica y derrotar á Morales antes de que llegara Boves. Tal fué el plan de Ribas; pero tuvo que adoptar el otro, obligado por la terquedad de Bermúdez, que impuso su opinión de marchar por Caicara y San Félix para esperar á Boves en la tierra montuosa.

Perdióse la campaña por culpa de Piar, que no debió empeñar acción en Cumaná, sino replegar con su lucida división á Maturín, y por culpa de Bermúdez con su marcha á los Magueyes, sin cuidarse de Ribas.

La falta de disciplina produjo la pérdida del ejército. El mal venía de atrás, y hasta entonces ni Bolívar, ni Mariño, ni Ribas fueron obedecidos cual lo imponían las circunstancias. No había disciplina militar en el campo republicano.

Unidos Boves y Morales, y con un ejército compacto, en el cual una disciplina cimentada con salvaje severidad daba una gran superioridad al bando realista, todas las probabilidades de triunfo estaban de este lado. Valor, decisión, audacia, serenidad y tesón, lo había igual en ambos bandos, como que todos eran venezolanos.

Ribas resolvió jugar el todo por el todo y atacar á Boves en Urica. El plan halla oposición entre los jefes, que preferían esperarle en Maturín. Muchos se niegan á se-

guirle. Cede Bermúdez, y el ejército emprende marcha desde Maturín al encuentro de Boves.

Llevaba el jefe republicano por segundo á Bermúdez y sus fuerzas, constantes de 4.227 hombres: de ellos, 1.200 eran infantes, que formaban los batallones *Barcelona*, al mando de Paz Castillo y Agustín Anzoátegui, y *Maturín*, regido por Andrés Rojas y Eusebio Castillo; media brigada de Artillería con tres piezas, al mando de Azcue, y tres regimientos de Caballería, uno bajo las órdenes de Zaraza y Luis Calderón; otro con Tadeo Monagas y Cedeño á la cabeza, y el tercero, regido por Barreto y Hernández.

Tenía Boves por segundo á Morales, y sus fuerzas constaban de 1.200 infantes, que formaban los batallones *3.° del Rey y Cazadores*, al mando de Gorrín y Rafael de López, y 4.000 caballos, formando cuatro regimientos mandados por Alejo Morales, Pedro Celestino Quintana, Nicolás López y Manuel Baca. Boves tenía un tren de capellanes y ocupaba el puesto de vicario del ejército el presbítero José Ambrosio Llamozas. El comisario de guerra era José María Correa.

Pernoctó Ribas el 4 de Diciembre de 1814 en el Banco de los Calzadillas, teniendo sus avanzadas hasta la quebrada de Carapa y exploradores hasta el río Amana. Allí tuvo conocimiento de la superioridad del enemigo; pero era tarde para retroceder.

Está situada Urica en una planicie cortada al Norte por el río Amana. Al Este tiene una ciénega producida por los desbordes de una quebrada que corre de Sur á Norte y cae en el Amana. Al Sur quedan las lomas de la viuda Paula. Para entrar viniendo del Banco de los Calzadillas, hay que seguir por el camino real, pasando la ciénaga por un puente, distante del pueblo cosa de 1.500 varas. El terreno entre la población y la ciénaga tiene esta extensión y es sólido. También puede entrarse por el Sur salvando las cabeceras de la quebrada y tomando las faldas de la loma de Doña Paula.

Boves colocó su Infantería en dos líneas paralelas, apoyada en el puente, y cubrió sus alas con dos regimientos de Caballería; otro regimiento vigilaba los farallones del Amana, y la reserva, con Morales, quedó al extremo occidental de la población.

Situó Ribas la Infantería en los chaparrales que por el Oeste cortan la sabana de Urica: la Artillería dominaba el camino real y el puente. Ocupó Barreto la sabana como cuerpo de reserva. Zaraza desfiló á entrar por las lomas de Doña Paula, para caer sobre el ala derecha enemiga, y Monagas, faldeando el Amana, debía caer de flanco sobre el ala izquierda, á tiempo que la Infantería forzaría el puente. La operación por las alas tenía que ser rápida é impetuosa para que diese resultado. Lo interesante era destruir la Caballería.

Para poder apreciar muchos hechos de armas de nuestra independencia es menester tener presente que las caballerías no pasaban de ser unas montoneras, guiadas generalmente por hombres de un valor extraordinario. Las cargas eran como una avalancha; pero no eran consistentes, y la derrota se manifestaba con la misma facilidad del ataque. Esto explica por qué no se medía el número de los jinetes contrarios en uno y otro bando.

Zaraza se puso á la cabeza del escuadrón *Rompelíneas*, fuerte de 206 hombres de Chaguaramas, y avanzó al galope sobre el enemigo. Boves le opuso á *Tiznados*, que constaba de 500 hombres, y tenía fama y nombre en el ejército realista. No pudo resistir éste el empuje del contrario y replegó á la primera carga. Boves, indignado, se pone á la cabeza del cuerpo y lo trae al combate; empéñase la lucha, el caudillo realista brega desesperadamente, y una lanza republicana le atraviesa el corazón y le saca muerto de la silla: muere sin saberse tal desgracia en el campo realista. Empuja Zaraza, desorganiza el contrario, y como torrente desbordado avanza, llevando el desorden por todo el flanco derecho de los contrarios.

Por el ancho surco de muertos que dejan las lanzas de

Zaraza entra todo el regimiento de su mando, y cual río desbordado ocupan la parte Sur de Urica y llegan hasta la plaza principal. El campo de batalla estaba en poder de los republicanos, y sólo se combatía fuera de poblado, entre la población y el río Amana. El regimiento realista, comandado por Alejo Morales, estaba destruído. Vuelve entonces Zaraza sobre el nuevo campo de batalla; pero Nicolás López le estorba el paso con sus aguerridos escuadrones. En vano trata de romperlo; carga tras carga es rechazado en las angostas calles del poblado, y por algún tiempo ambas fuerzas se miran sin combatir.

Menos afortunado Monagas, su vanguardia equivoca el camino y cae en los pantanos de la ciénaga, donde á su pesar pierde un tiempo precioso. Morales se apercibe de lo que le pasa y avanza sobre él por un flanco, obligándolo á retroceder en desorden. Cuando esto sucedía, la Infantería se batía desesperadamente sin resultado sobre el puente. Envuelto Monagas, busca refugio en el chaparral, perseguido por Morales, y ambos cuerpos, en vertiginosa carrera, caen sobre Barreto y lo desorganizan instantáneamente.

Á la voz de «estamos cortados» la Infantería retrocede; la Caballería patriota huye vergonzosamente. El batallón *Maturín* logra salir del campo, perdiendo la mitad de su gente; pero *Barcelona*, al llegar al río Amana se encuentra con Morales, que le estorba el paso. Aquel cuerpo, el más disciplinado de Oriente, y con una brillante oficialidad, forma el cuadro y avanza como una masa lentamente sobre las caballerías realistas, llevándose de pecho cuanto encuentra en su camino. Viene Gorrín con los infantes del *3.° del Rey* y muerde el polvo al primer asalto. Acude López con sus aguerridos *Cazadores* y también repliega ante los certeros disparos de *Barcelona*. Trae Morales rápidamente los Cuerpos de Quintana y Baca y cerca completamente á *Barcelona*. Aprovecha hábilmente Zaraza estos momentos para salir de la posi-

ción insostenible en que se hallaba, y rompiendo las filas enemigas logra salir por donde entró, dejando como 500 jinetes tendidos en el campo. Trata de traer al combate la Caballería patriota, pero ésta está ya lejos del campo de batalla.

Mientras tanto *Barcelona* resiste como una mole, así á las lanzas enemigas, como á las bayonetas de los infantes realistas. Nada puede lograr romper aquel cuadro de acero, que presentaba el soberbio espectáculo de un cuerpo condenado á permanecer como enclavado en la tierra, sin poder ya avanzar porque tenía que romper el cuadro para atravesar el río Amana, ni retroceder, porque fuerzas infinitamente superiores se lo impedían.

Desgraciadamente la Artillería patriota cayó en manos del contrario y abrió sus fuegos sobre el cuerpo republicano. Á semejanza de una fortaleza de piedra, las balas de cañón batieron en brecha. Los surcos hechos por ésta eran rellenados por seres vivientes, y cuando Paz Castillo comprendió que era imposible resistir, mandó avanzar. Cae el bravo jefe en aquel instante, y Anzoátegui dió aquella terrífica orden que luego fué la divisa de los orientales. «Morir matando.» Cual fieras cayeron sobre Gorrín, y casi sin disparar un tiro dejaron en esqueleto el batallón que mandaba; pero en este momento le caen encima todas las lanzas realistas, y de los 600 hombres de que constaba el Cuerpo, sólo salvó 20 Anzoátegui, que á guerra galana pasó el río.

La pérdida de la batalla de Urica se debe al error de Ribas en inutilizar la Caballería de Barreto, ya que el combate debió decidirlo esta arma. Además, la Infantería debió coronar las alturas de las lomas de Doña Paula, donde dominaba el campo de batalla, y estaba á cubierto de las cargas de la Caballería.

Puesto que el plan de ataque era de envolvimiento por las alas, natural era que aumentase todo lo posible los efectos del tiro, lo cual dada una extensión á la línea, que facilitaba el movimiento de las alas é impedía al

enemigo todo movimiento de penetración, porque era fácil converger los fuegos sobre el punto amenazado. Así habría podido la Infantería defender con sus disparos á Zaraza y despejarle su frente.

El campo de batalla de Urica se parece algo al de Carabobo. Una sola entrada de fácil defensa. En Urica, Ribas estrelló su Infantería y Artillería contra la entrada, y vemos que en Carabobo Bolívar flanqueó la posición y los cuerpos todos entraron por el flanco. Probó Bolívar ser más táctico que Ribas. Si la Infantería hubiese entrado detrás de Zaraza, á pesar del rechazo de Monagas, habría podido ganarse la batalla. Es, por otra parte, inconcebible cómo Barreto, al ver venir á Monagas en desorden, le espera á pie firme, cuando lo natural era abrirle el campo para que los derrotados no le desorganizaran sus filas.

Urica fué uno de esos combates en que ambos combatientes quedan en el campo: los españoles perdieron á Boves, que era el todo de la causa realista. Los patriotas perdieron cuanto tenían. Pero era más difícil reponer á Boves que organizar un nuevo ejército republicano. Además, muerto Boves, quedaba como huérfana esa gran masa de población guerrera que seguía sus banderas. Diez y nueve mil hombres tenía bajo sus órdenes cuando murió y de ellos movilizaba 12.000 para la campaña. Todos eran venezolanos. Todos organizados por él. Esas lanzas mal halladas sin su jefe, pronto trocarán las banderolas blancas por las amarillas, y traerán al campo patriota un contigente, sin el cual no hubiera podido hacerse la independencia.

Como un titán terrífico que sucumbe, Boves cae en un campo sembrado de 1.500 venezolanos republicanos y 800 venezolanos realistas. Allí quedaron muertos de las filas patriotas los coroneles Paz Castillo, Eusebio Castillo, Antonio Flores, Carlos Sánchez y los comandantes Francisco Carbajal, Pedro Salias, Santiago Quintana, Domingo Urbaneja, Miguel Ramos y Luis Rojas.

Sangre granadina fué vertida también en Urica y allí quedaron los coroneles Rafael Prada, José Ramón Santos y Juan Ignacio Trujillo y comandantes Aquilino Rendón y Andrés Quijano. Allí murió Sanz.

Boves fué enterrado debajo del actual campanario de la iglesia de Urica, que entonces era el altar mayor. Aún se conserva allí el misal en que se dijo la misa por su alma y la campana que dobló en sus funerales.

El epílogo de Urica fué Maturín el 11 de Diciembre, y á fines del año terrible.

Fierro daba gracias á Dios por haber concluído la revolución.

Sobre el campo de batalla Morales se hace reconocer por acta levantada en Urica como comandante general del Ejército. Quiso heredar á Boves, pero no tenía las cualidades requeridas para el caso. Siete oficiales de su ejército se niegan á seguirle y el sanguinario jefe los hace decapitar en la misma plaza, y envió sus cabezas á Quero, gobernador de Caracas, para que las fijara en parajes públicos, «haciendo ó dejando traslucir la amenaza de pasar sin demora á contener iguales intrigas que suponía existir allí contra su autoridad». (Heredia.)

El 15 de Diciembre, Morales comunicó al intendente general que había asumido su nuevo empleo y añadió: «Y espero haga US. entender á los individuos de su mando que he tomado posesión de comandante general del Ejército.»

Desconocido el capitán general, desconocida la Real Audiencia, campeaba solo Morales como jefe, si bien las divisiones que mandaban Calzada y Salomón reconocían á Cagigal. Quero, hechura de Boves, y Dato, su brazo derecho en Valencia, tampoco se sometieron al dominio de su sucesor, y la guerra entre los realistas estaba á punto de estallar, cuando se tuvo aviso de que venía la expedición de Morillo, y Morales reconoció á Cagigal.

En los libros parroquiales de la Catedral de Caracas se halla la siguiente partida de defunción:

«En la ciudad de Caracas á los 13 días del mes de Diciembre de 1814, de orden del Señor Provisor Vicario General de este Arzobispado, Doctor Don Rafael de Escalona, consecuente al encargo que por disposición del Gobierno le hizo Don Juan Nepomuceno Quero, di sepultura eclesiástica en el Cementerio de esta Santa Iglesia Metropolitana, como á las doce de la noche y con la mayor reserva á siete cabezas de otros tantos sugetos que en calidad de reos fueron decapitados en el Oriente por Sentencia del Señor Don Jph. Tomás Morales, comandante general de aquel Ejército por muerte de su primero el Señor Don Tomás Boves y remitidas á ésta, como lo certifico.—Antonio González (Cura Rector del Sagrario de la Santa Iglesia Metropolitana).»

El 31 de Diciembre fué muerto Ribas por los españoles en Tucupido. Su cabeza, frita en aceite, fué llevada á Barcelona el 3 de Febrero y la trajo á Caracas el capitán Pedro Celestino Quintana.

En la *Gaceta de Caracas*, núm. 7, correspondiente al 15 de Marzo de 1815, se haya la siguiente noticia oficial:

«Ayer á las 12 del día, formados en la Plaza Mayor (Plaza Bolívar) los batallones del Rey y la Corona, dos escuadrones de caballería y una brigada de Artillería, se colocó en la horca, la cabeza del llamado General José Félix Ribas, llegada la noche antes de Barcelona, puesto en ella el mismo gorro encarnado con que se hizo aquí distinguir en el tiempo de su triunvirato.»

De la Plaza Mayor, la cabeza de Ribas fué trasladada «á la entrada que llaman de la Pastora, hasta que el General Morillo la mandó quitar en septiembre de 1817 cuando hizo la solemne publicación del indulto que concedió SM. por su matrimonio». (Heredia.)

III

El Semen.

(15 de Marzo de 1818.)

La campaña de 1818 fué admirablemente concebida, pero mal ejecutada. Un avance rápido y audaz sobre el centro: una invasión inesperada sobre ricas comarcas de donde el enemigo sacaba sus recursos y subsistencias, un cambio violento del teatro de operaciones trasladado á los lugares de mayores recursos y más poblados, y, por último, la guerra ofensiva que hacía comprender toda la potencia del partido, todo esto significaba aquella campaña, que por momentos desconcertó al enemigo, lo hizo retroceder, puede decirse en fuga, y dejó en manos de Bolívar todo el centro de la República.

Iniciada con rapidez inesperada, Morillo recibió una verdadera sorpresa el 12 de Febrero, al ser atacado en Calabozo, donde fué encerrado. Falto de subsistencias en la plaza, era seguro que tenía que salir á campo raso, donde las caballerías patriotas llevaban la mejor parte. El Cuerpo que quedó observando al enemigo en la plaza y del cual dependía el éxito de las operaciones, mandado por Iribarren, se descuidó, y Morillo pudo salir de la plaza sin ser sentido el 15 en la noche, dirigiéndose por la Uriosa á la ribera izquierda del Guárico, buscando El Sombrero. Iribarren supo lo ocurrido el día siguiente, y Bolívar cometió el error de ir sobre Calabozo en vez de

seguir tras de Morillo. Allí supo el camino que llevaba éste y marchó sobre la Uriosa. La Caballería alcanzó al español á las cuatro de la tarde; pero la Infantería se extravió en el camino y no pudo entrar en combate.

Libróse batalla el 16 á orillas del Guárico, al pie de El Sombrero; pero los realistas quedaron dueños de la posición que ocupaban, y en la noche continuaron su hábil retirada hasta el 23, en cuyo día llegaron á Villa de Cura sin ser inquietados. Morillo sólo tenía dos batallones de *Navarra*, dos de *Unión* y uno de *Castilla*, que sumaban cosa de 3.000 infantes, sin Caballería, pues el regimiento de *Húsares* de Fernando VII, junto con tres compañías de *Navarra*, fué destruído en Calabozo. Bolívar llevaba seis batallones de Infantería con 2.000 soldados, 2.600 jinetes y cuatro piezas de Artillería.

La campaña estaba perdida para el Libertador. El ejército de Morillo debió perecer en Calabozo primero, porque el hambre lo obligaba á salir á la sabana, y luego en su retirada. Desde que los realistas pisaron la parte montañosa eran superiores al contrario; la supremacía de los republicanos estaba en la Caballería, y ésta era ineficaz en la serranía. Seguir adelante era inutilizar los caballos al pisar las piedras, puesto que no venían herrados.

Pensó Páez con muy buen juicio que no debía avanzarse, sino permanecer en el terreno ocupado, situar el cuartel general en Calabozo, expedicionar sobre San Fernando y levantar fuerzas en el Guárico. Bolívar prefirió avanzar hasta Ortiz, porque creyó que este punto era preferible á Calabozo para sus operaciones sobre el centro de la República. Bolívar quería la guerra ofensiva y Páez la defensiva. Hubiese ó no desagrado entre estos jefes, es el hecho que Páez marchó para San Fernando con el batallón *Apure* y todas sus caballerías en mal estado, excepto la brigada de Jenaro Vázquez, que luego se desertó en parte.

Debilitadas las tropas de Bolívar, el avance al centro

era peligroso, y así opinó Urdaneta, que llegó al cuartel general el 27. Creía este jefe que lo mejor era seguir el plan de Páez y obligar á Morillo á ir á buscar á los patriotas en los llanos, donde éstos tenían la ventaja de sus caballerías. Bolívar avanzó y ocupó á La Victoria y Maracay, creyendo encerrar á Morillo en Puerto Cabello.

Mientras tanto Morillo toma la ofensiva y marcha de Valencia por ambos lados de La Laguna, ocupa á La Cabrera y rápidamente sigue sobre Maracay, á tiempo que La Torre se hace fuerte en Las Cocuizas, camino de La Victoria á Caracas. Amenazado á la vez por tres lados, la posición de La Victoria era insostenible, y fué menester salir rápidamente del centro adonde convergían los cuerpos enemigos. El 15 de Marzo, después de una marcha forzada, llegó Bolívar con su ejército á Villa de Cura. Á las dos de la mañana se supo que el enemigo estaba sobre la plaza. Inmediatamente se movió el ejército, y al amanecer se hizo alto en el Semen.

Á dos leguas de Villa de Cura y en unas sabanetas acampó la Caballería, y luego la Infantería hasta cerca de la Quebrada de Semen. Á poco se tuvo aviso del avance del enemigo, y se ejecutó la difícil operación de pasar á retaguardia la Caballería, quedando la Infantería en posición para el combate.

Tenía Bolívar bajo sus órdenes las tropas siguientes: *La Guardia*, al mando de Anzoátegui, compuesta de los batallones: *Línea* ó *Fusileros*, al mando del teniente coronel Francisco Pigott, y *Cazadores*, regido por José María Navarro, siendo mayor del cuerpo Mariano Plaza. *Valeroso*, á las órdenes de Fernando Carpio. *Barlovento*, á las de José María Ponce, y *Barcelona*, á las de José G. Lugo. La Caballería constaba de tres brigadas al mando de Monagas, Zaraza y Vázquez. Era Soublette el jefe de E. M. G.; Santander, subjefe; P. Briceño Méndez, secretario general; Diego Ibarra, primer edecán. El Estado Mayor General estaba organizado conforme al Decreto de 24 de Septiembre de 1817 y eran ayudantes

Manuel Manrique, Manfredo Bertolagi, Fernando Galindo y Mateo Salcedo, y figuraba como agregado á éste James Rooke, que comandaba el grupo de oficiales ingleses que formaban la guardia de honor de Bolívar. Total, 1.500 infantes y 1.000 jinetes.

Las fuerzas realistas que entraron al combate fué la *División Vanguardia*, al mando de Morales, compuesta de dos escuadrones de Caballería. *Guías* y *Dragones*, sumando 300 hombres; el batallón *Barinas*, con 800 plazas, y *Cazadores*, con 500. Más después vino Morillo con el batallón *Unión*, fuerte de 900 soldados, y *Pardos de Valencia,* con 600 hombres, y un escuadrón de Artillería montado, con 100 hombres. Total, 3.200.

Los regimientos españoles traían uniformes casi nuevos que les habían venido recientemente de Caracas. La Caballería llevaba banderolas rojas y azules, y blanco y azul era el uniforme de los jinetes.

Entre las tropas republicanas, pésimamente vestidas, había algunas que tenían por único uniforme cobijas desgarradas que llevaban en forma de manta. El armamento era pésimo: muchos fusiles carecían de batería, y los soldados de retaguardia iban armados con una bayoneta en forma de lanza enastada. El parque estaba custodiado por indios armados de flechas; las bandas se reducían á tambores y algunos pífanos. Bolívar vestía chaqueta azul con brademburgos rojos y tres líneas de botones dorados formando una pirámide, pantalón de paño azul y alpargatas. La oficialidad vestía una camisa hecha de pañuelos diversos, con mangas largas, pantalones anchos de lienzo y sombrero de cogollo con plumas amarillas. Aunque casi todos iban descalzos, á ninguno le faltaba las espuelas de plata ó de cobre: la cabeza y parte de la cara iban cubiertos con pañuelos de seda ó algodón, para mitigar los ardores del sol.

El ejército republicano ocupó la Sabana de La Puerta, que queda después de pasada la quebrada del Semen. El terreno era accidentado; pero había bastante campo para

maniobrar la Infantería. Como la planicie corría suavemente hacia la serranía, de donde salían las vertientes de la quebrada, y por la parte opuesta ó de abajo estrechaban el campo varios sanjones, no eran fácil las maniobras de la Caballería. No había otra entrada que por el pasaje que ofrecía la quebrada en el camino real, que corría en una hondonada, de modo que para pasarla había que bajar y luego subir.

Los republicanos tomaron las siguientes posiciones: Anzoátegui, con *La Guardia*, se sitúa en el ala derecha, dando frente al Sómen; en el paso estaba *Valeroso* con Torres, y á la izquierda *Barlovento* y *Barcelona*, al mando de Valdez. La Artillería se hallaba á retaguardia, así: Vázquez en el centro, Monagas á la derecha y Zaraza á la izquierda. Urdaneta dirigió la batalla.

Morales destinó á *Barinas* con los *Dragones* á entrar por el camino real, forzando el paso del riachuelo, á tiempo que *Victoria*, con los *Guías*, marchaba á ocupar las colinas que dominaban la derecha de los patriotas. Toda la mañana se pasó en encuentros parciales: Morales quería ganar tiempo, esperando la llegada de Morillo con refuerzos. Al medio día se trabó el combate formal en la quebrada, cuando *Barinas* atacó de firme. La lucha fué tenaz, y los adversarios pasaron y repasaron la quebrada, luchando cuerpo á cuerpo. Entró en combate parte de *Victoria*, cayendo sobre *La Guardia;* pero acudió en su auxilio *Barlovento* y cargó Monagas por el flanco, y el campo quedó por los republicanos. Voló Morales con el resto de *Victoria*, rechazó á *Fusileros*, y, reuniendo á *Barinas*, esperó al enemigo en la llanura. Allí cayeron sobre él *Valeroso*, *Barcelona* y *Fusileros*, y el combate fué tan de cerca, que se incendiaron las banderas de los batallones y los vestidos de los combatientes. Entonces Urdaneta hizo cargar á Vázquez con sus jinetes, quienes no pudiendo pasar el barranco á causa de los muertos, echaron pie á tierra, y á tiempo que la Infantería cargaba á la bayoneta, los jinetes cargaban á la

lanza. El choque fué espantoso y decisivo. Asaltada la casa en que Morales se apoyó, y entrando en acción toda la Infantería patriota, el enemigo huyó, dejándolo todo en el campo. Empréndese la persecución: una carga de *Dragones* contiene á Vázquez; pero ya había pasado á caballo Monagas, y la derrota se hizo general. Envueltos perseguidos y perseguidores, corren veloces sobre Villa de Cura; Urdaneta, Valdez y Torres quedaban heridos.

En aquel momento entra al combate Morillo. Carga *Unión* y contiene á los patriotas, sorprendidos por este ataque inesperado; sigue luego *Pardos de Valencia*, y ambos obligan al enemigo á retroceder en formación nada correcta. Comprende Morillo lo que pasa, y con el escuadrón de Artillería, que conducía, carga en persona por el centro y divide al contrario fácilmente. Convergen luego las fuerzas, pasa *Unión* el Sémen, vuelan unos cajones de pertrecho á retaguardia, y el ejército patriota pierde la victoria obtenida y sufre tremenda derrota. Acobardada la Caballería, emprende la fuga sin disputar el terreno.

Bolívar perdió casi por completo su Infantería y su archivo y el del Estado Mayor, 900 fusiles, 100 cargas de municiones y cosa de 2.000 caballos. En el campo quedaron 400 muertos y 40 oficiales y cosa de 500 heridos.

Morillo tuvo también muchas bajas, estimándose en 300, y otros tantos heridos, muertos, y recibiendo él un lanzaso, que paralizó las operaciones y dió tiempo al Libertador á recoger algunos dispersos y sacar del campo algunos heridos, sin ser perseguido con la actividad del caso.

Esta campaña de 1818, tan tristemente concluída, pudo haber tenido distinto desenlace si Páez hubiese obrado con más actividad.

El 22 de Febrero se separó del cuartel general, ofreciendo enviar inmediatamente algunos escuadrones re-

montados é incorporarse al ejército tan luego ocupase á San Fernando. El 24 le recuerda Bolívar su oferta; el 26 le dice: «No se detenga US.; vuele á reunírseme, para que aprovechemos los momentos en que la fortuna parece que no halaga. No habiendo en Barinas más enemigo que en San Fernando, reducida ésta, nada queda que hacer á US. sino correr á incorporarse.» Al salir de Villa de Cura, el 6 de Marzo, despachó a Cedeño á buscar á Páez, cuyo concurso era indispensable. «Sin reunirnos—le dice Bolívar—exponemos la suerte de la República».

El 7 fué ocupado San Fernando. Tuvo tiempo de sobra para estar el 15 en Villa de Cura, como lo tuvo Zaraza. Páez vino á llegar al Rastro el 21 con 2.100 hombres entre Infantería y Caballería. Para disculparse Páez dice que se movió cuando Bolívar «le participó de La Victoria que necesitaba de pronto auxilio, porque se creía en una situación muy comprometida. Esta comunicación fué la primera noticia que tuve de su marcha á Caracas». Pero Páez, en su oficio de 2 de Marzo, acusa recibo á Bolívar de sus oficios de 24 y 26, en que le dice que son inútiles las tropas que obran sobre San Fernando y le ofrece enviarle dentro de tres días dos escuadrones, y le agrega que al tomar á San Fernando marchará rápidamente á su lado. Bolívar, en su carta del 26, le habla de la necesidad de encerrar á Morillo en Puerto Cabello é irlo á buscar á Villa de Cura, para batirlo.

Pero esta campaña fué para Bolívar de gran enseñanza. Primero le abrió los ojos acerca de su verdadera posición y comprendió que carecía de autoridad y que esa falta de poder hacía imposible la guerra. Entonces meditó seriamente sobre la reunión de un Congreso que representase al país y fuese el soberano, como lo ofreció en Haity y lo ratificó en Margarita, como lo pidiera Piar y como con tanta insistencia se lo recomendaba Peñalver. En segundo lugar sufrió un desengaño terrible. Creía que á su nombre y al anuncio de su presencia en su amada provincia de Caracas volarían los pueblos á alis-

tarse bajo sus banderas. Su asombro no tuvo límites cuando vió que en el Guárico se recordaban con horror los procedimientos de los patriotas en 1813 y 14 y los consideraban como el azote de los pueblos; que á proporción que avanzaba las gentes huían de él; que al llegar á Villa de Cura se encontró en el desierto, de manera que no era posible llenar las bajas del ejército, y en Caracas fué tal el pánico que produjo su venida, que todo el mundo, inclusas las autoridades españolas, huyeron é La Guaira para embarcarse, abandonándolo todo, hasta los caudales de la Real Hacienda. Caracas, la debilidad de Bolívar, era entonces realista, y las fuerzas destacadas en la Cabrera no tuvieron el más leve aviso de la venida de Morillo, quien gracias á este silencio pudo sorprenderlas y destruirlas cuando tomó la ofensiva.

Su propio pariente Feliciano Palacios dice, junto con otros, lo siguiente: «En muy pocas horas y como por un movimiento eléctrico la población de la capital en masa se arrojó sobre las playas de La Guaira; casi todos los hombres y mujeres de todas edades y clases abandonaron su patria, sus bienes, su descanso por huir de esa detestable república y buscar el Gobierno de su Rey. Todos los pueblos adonde llegó la terrible noticia abandonaron también sus habitaciones para ocultarse en los montes.»

En el Sémen se cubrió de gloria la oficialidad inglesa. Como tributo de admiración queremos consignar sus nombres: Tenientes coroneles James Rooke, F. Pigotti, mayor Trewren; capitanes Guillermo Smith, Winship, Bellerbeck, Bristow, Hankin y Mc. Mullen; tenientes Hew, Lindon y Brathwaite; alféreces Hopirood y Browne. De éstos, sólo quedaron sanos Pigott, Trewren y Smith; fueron heridos Rooke, Mc. Mullen y Browne. Todos los demás murieron en el campo de batalla.

El Sémen levantó á Bolívar en el ánimo de los soldados, que nunca antes le habían visto pelear. Fué quizás la única batalla en que hizo gala de temerario arrojo.

Pudiera creerse que esto era para que Páez y sus tropas supieran que no conocía el miedo, puesto que en aquellos tiempos no se reconocía otro mérito que el valor personal.

La relación que hace un oficial inglés que asistió al combate es interesante: «Mientras había diversos encuentros entre los dos ejércitos en las orillas del riachuelo que los separaba, Bolívar recorría la línea de batalla, dirigiendo palabras de aliento á cada regimiento á tiempo que pasaba por delante de él, teniendo cuidado de dejar á cada cuerpo tres ó cuatro oficiales extranjeros, recomendando que se obedeciese ciegamente á éstos. Por la primera vez después que veníamos en retirada se había quitado su esclavina larga, y parecía haber salido del aire abatido que no había podido ocultar á nuestros ojos. En vez de casco pesado llevaba un ligero gorro de cuero de tigre, y parecía muy animado. Portaba su arma ordinaria, una pequeña lanza con una banderola en la cual estaba escrita su divisa amenazante (*Libertad ó Muerte*), y este no era un vano arreo militar, pues antes de terminar el combate tuvo que hacer uso de ella muchas veces para su defensa personal. Cuando la acción se generalizó, Bolívar se dejaba ver en todos los puntos del combate, haciendo esfuerzos increíbles para cambiar la fortuna, que desde el principio de la lucha se pronunciaba contra nosotros. En una ocasión atravesó con su lanza el abanderado de un batallón suyo que se retiraba. Luego cogió el pabellón y lo arrojó en medio de las filas enemigas, hacia las cuales corrió gritando á sus soldados que le siguieran á recuperarlo. En efecto: lo tomaron después de una carga impetuosa que ejecutaron bajo la dirección de algunos extranjeros que allí perdieron la vida, pero al fin se vieron obligados á ceder á tropas superiores en número y disciplina. El teniente coronel Rooke, que siempre estuvo al lado de Bolívar durante la batalla y que fué herido dos veces, me dijo luego que él creía que Bolívar había perdido el juicio, ó que

buscaba la muerte, tanto era el poco cuidado que hacía de su persona.

Ese alarde de valor personal fué como una revelación para el ejército republicano. Acostumbrado á mirar á Bolívar como hombre de pluma, ahora todos tenían que reconocerle como un hombre de guerra. Aquella lanza chorreando sangre pregonaba el arrojo del que la llevaba, y decía á los llaneros que aquel jefe era digno de respeto, porque era *guapo*.

La campaña de 1818 demostró las brillantes cualidades militares de Morillo. Su atrevida retirada de Calabozo y la serenidad con que la efectuó enaltecen al general. Asombra la rapidez con que tomó la ofensiva y lo bien que dirigió las operaciones que condujeron á la batalla decisiva de El Sémen. Su valor personal, su ataque brusco é inesperado y su arrojo salvaron al ejército español y convirtieron en victoria una derrota ya consumada. Bien ganado estaba el título de marqués de La Puerta que le dió el rey de España.

V

GRANDES CAMPAÑAS

I

Las campañas de 1819.

En los últimos días de 1818 Morillo hizo publicar oficialmente en Caracas y en las Antillas un estado de fuerza que acusaba una existencia de 17.000 hombres sobre las armas sosteniendo las banderas del rey en Venezuela. Esta fuerza era de tropas venezolanas, y en ella no se hallaba incluída la tercera división, que, según el jefe español, consta de 4.900 hombres, y estaba en Nueva Granada.

Componíanse estas fuerzas, según O'Leary, de:

13 Batallones de Infantería......... ..	10.800
10 Escuadrones de Caballería	1.700
3 Compañías de Artillería...........	300
Marinos.........................	300
	13.100

Estos Cuerpos, disciplinados y con oficialidad europea, tenían muchos reclutas de Santa Fe y aun del mismo Venezuela. Había además los siguientes cuerpos, enteramente formados con hijos del país, con oficiales europeos y criollos:

Leales corianos, fuerte de	700
Cachirí, reorganizado en Puerto Cabello	400
Columna de Reyes Vargas, en Siquisique	700
Pardos de Valencia	800
	2.600
En la escuadra y escuadrilla	600
	3.200
Campos volantes y destacamentos	700
	3.900

que unidos á los 13.100 veteranos forman el total de 17.000 hombres de que disponía Morillo en 1819.

Estaba distribuído este ejército así:

Ejército de Apure, al cual pasa revista Morillo en San Fernando el 30 de Enero de 1819:

7 *Batallones de Infantería*	5.700
2 *Regimientos de Caballería* con 13 escuadrones	1.300
Total	7.000

Cuarta división en Cumaná, según Sevilla	1.800
Fuerzas de Arana, en Onoto, etc., etc	1.550
Una compañía de *Barbastro*, en Barcelona	100
Burgos y artilleros, en Caracas	800
Maracaibo y el Castillo	700
Leales Corianos, en Coro	700
Reyes Vargas, en Barquisimeto	700
Artilleros y Depósito, en Puerto Cabello	300
Cachirí, en marcha para Oriente	400
Valencia	300
La Victoria	100
En San Felipe	300
Escuadrilla de Guerrero	200
Escuadra	400
	15.300

y el resto de 1.700 hombres distribuídos en destacamentos que cubrían á Tacarigua, los valles del Tuy, Choroní y la costa de Coro, y Campos Volantes que mantenían expedita la comunicación en los campamentos españoles.

En la entrevista que tuvo Morillo con Bolívar en 1820, le dijo que había emprendido la campaña de Apure con 7.000 hombres, y así lo dice Páez.

Ocupaba el ejército español á toda la Capitanía general de Venezuela, con la excepción de la isla de Margarita, la provincia de Guayana, lo que hoy es Estado Apure, y Maturín.

La escuadra se componía de tres corbetas, dos bergantines, cuatro goletas y varias flecheras.

Oigamos á Morillo dando cuenta del estado del ejército al ministro de la Guerra al comenzar el año de 1819: «La asombrosa actividad con que se trabajó el invierno pasado, reemplazando las bajas del ejército, creando como por milagro nuestra destruída caballería, organizando nuevos cuerpos y haciendo venir hombres del reino de Santa Fe, para aumentar la fuerza de los europeos, me puso al abrir la campaña, luego que cesaron las aguas, en estado de reunir el Ejército sobre el Apure bajo un pie respetable y marchar al enemigo seguro de la victoria.»

El ejército venezolano constaba de las tropas siguientes:

Tenía Páez, según estado de fuerza que envió al Libertador el 28 de Diciembre de 1818, 1.400 hombres de Caballería y 10.000 caballos en potrero. Se le incorporó Cedeño con 600 jinetes, según dice Bolívar, y esto da un total de 2.000 hombres de Caballería, en cuya cifra están acordes todos los historiadores.

Anzoátegui llegó á San Fernando el 24 de Noviembre con dos batallones de Infantería que sumaban 1.000 hombres; allí incorporó el batallón *Páez*, fuerte de 500 hombres de Barinas, y, por último, Bolívar llegó á la boca de Arauca el 14 de Enero de 1819 con otros dos batallones, que no bajaban de 1.000 hombres. Total: 2.500 infantes. O'Leary fija esta fuerza en cinco batallones con 2.000 hombres, á que, sin duda, estaba reducida al comenzar la campaña.

En Oriente había 400 hombres en Cumanacoa; 100 en Maturín; 300 en San Francisco; 500 en Margarita; 500 en Angostura y 100 en Guayana la Vieja.

La escuadra republicana, superior á la realista en Artillería, se componía de una corbeta, dos bergantines y cuatro goletas, con 792 hombres, según el estado de fuerza de 25 de Enero de 1819.

La escuadrilla marítima y fluvial, con una tripulación de 500 hombres.

Tenía, pues, Bolívar cosa de 7.200 hombres para hacer frente á los 17.000 de Morillo.

El ejército de Occidente fué organizado el 20 de Enero así: Páez, ascendido á general de división, tomó el mando de la Caballería; Anzoátegui, con igual graduación, entró á mandar la Infantería; el coronel Salóm fué el jefe de la Artillería, y el Dr. Toley jefe de los hospitales.

Bolívar llegó al Apure, teniendo á Urdaneta como jefe de Estado Mayor General, y pasó revista al ejército el 16 de Enero en San Juan de Payara. He aquí sus impresiones: «He visto maniobrar 2.000 caballos y nada me han dejado que apetecer. Aquel ejército está bajo el pie de disciplina y subordinación lo más estricta. Reina en él un entusiasmo que yo no puedo explicar, y anhela por medirse con los realistas como el bien supremo.» *(Oficio á Brión, Enero 30).*

La suerte de la Patria iba á librarse en las llanuras del Apure, y todas las esperanzas estaban puestas en Páez, y todas las miradas fijas en las afamadas caballerías que mandaba. En aquellos momentos Páez era la patria. Bolívar así lo comprendió, y con gusto y tesón marcado le proveyó de cuanto estuvo á su alcance para el éxito de la campaña, no omitiendo esfuerzo alguno en este sentido.

Desacertado fué Morillo en su expedición sobre el Apure, y tiene razón Torrente al decir que la actividad de los realistas era la más imponente para llevar sobre

Guayana una expedición, cuyo éxito no fuera dudoso.

Por otra parte, la táctica empleada por los españoles en esta campaña era la menos adecuada para el caso. Consistía ésta en un avance de frente con todo el grueso del ejército. Páez, con admirable acierto comprende la inferioridad de su Infantería, y fía el éxito de la campaña en su Caballería. «Evitaré una acción campal cuanto me sea posible—dice á Bolívar el 16 de Diciembre de 1818—, y en caso de darla lo haré sólo con la Caballería, para conservar nuestra Infantería, que ni en número ni en pericia militar puede contrarrestar á la del enemigo... En nada pienso yo menos—dice el 19—que comprometer una acción general; comprometeré la Caballería, auxiliado de mi Artillería volante, después que por continuos movimientos haya aniquilado los caballos contrarios y conseguido alguna otra ventaja por pequeña que sea; entonces no temeré su número, ni sus formaciones de Infantería, la cual aunque no pueda adquirir su destrucción, al menos nada podrá obrar en mi contra, hallándose falta de Caballería.»

Con especial insistencia desarrolló Páez su buen concebido plan, y sólo experimentó un revés cuando por orden de Bolívar la Infantería atacó la española en La Gamarra. En todo lo demás, Páez acosó día y noche al enemigo, le alejó las subsistencias y lo aisló. A esta guerra se prestaba mucho el terreno llano, en que la planicie hace horizonte. El intento de Páez fué llevar á Morillo á los desiertos de Cariben, donde habría perecido todo el ejército español. Imposibilitado el jefe realista de separar su Caballería, pues ni aun coger ganado le era permitido, sus constantes pérdidas, la falta de subsistencias unida á las fiebres y á las inclemencias del clima, le diezmaron sus tropas. Oigamos al mismo Morillo en oficio de 28 de Febrero. «Desde que dejamos la villa de Calabozo, hemos estado constantemente marchando por desiertos, exhaustos de todo recurso é imposibilitados de recibirlos, por la dificultad de los trans-

portes é interceptación de las comunicaciones. Los continuos pasos de ríos y de caños, atravesando días enteros pantanos á lodazales, con el agua hasta la cintura, unido al escaso y miserable alimento del soldado en los arenales ardientes del llano, ha ocasionado muchos enfermos de gravedad, y son muchos hombres los heridos por las rayas y mordeduras de los pescados llamados caribes y tembladores, siendo hasta ocho los devorados por los caimanes.»

Así le entretuvo Páez, y en las Queseras del Medio le demostró la superioridad de sus caballerías. «Las aguas y el invierno se presentaron con la entrada de Mayo, anegando las sabanas y haciendo intransitables los ríos é innumerables caños de este territorio—dice Morillo el 12 de Mayo—. A las inundaciones acompañaban las enfermedades de calenturas y disenterías, y fué ya preciso buscar las poblaciones para asistir los enfermos y conservar los sanos reparándoles de sus fatigas.»

La campaña fué un desastre para el español. Desastre material representado por la pérdida casi total de las caballerías y casi de mil infantes; desastre moral por el mal éxito de ella, fracaso previsto por muchos de los militares que opinaron que era lo mejor marchar sobre Guayana. En Apure se jugó en 1819 la suerte de la Patria, y Páez con su estrategia especial y su táctica brusca é inesperada, venció un enemigo tres veces superior. Tuvo dos buenos aliados: el terreno y las aguas. De ambos supo sacar todo el partido deseado. Si hubiera expuesto su ejército á una batalla, un revés cualquiera habría hecho dudoso el triunfo de la independencia, dado las circunstancias del momento. Fué Páez más grande en el Apure que en Carabobo. Aquí no hubo sino el valor homérico: allí el talento del militar, la sagacidad del guerrero, la audacia de los ataques parciales y la constante movilidad, todo lo cual requería dotes especiales.

Mientras Páez salvaba á la causa en Apure resuelve Bolívar su campaña sobre la Nueva Granada.

Desde 1813 Bolívar comprendió que la suerte de la Nueva Granada estaba unida á la de Venezuela, y el 4 de Marzo decía en Cúcuta: «La suerte de la Nueva Granada está íntimamente ligada con la de Venezuela. Si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también.» Este mismo pensamiento se manifiesta de tiempo en tiempo como una idea fija grabada en el ánimo del Libertador. En 1815 dice en Jamaica: «La Nueva Granada se unirá con Venezuela. Esta nación se llamará Colombia, como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio.»

Á la vista tenemos en nuestro archivo un despacho militar expedido por Bolívar en Los Cayos de San Luis el 15 de Marzo de 1816, en el cual se titula capitán general de los ejércitos de Venezuela y de la Nueva Granada, y con este título le da á reconocer Arismendi en Margarita el 30 de Mayo. Mas después, el 12 de Junio, dice el Libertador al almirante de Barbadas: «Encargado por mis conciudadanos para libertarlos de la tiranía del Gobierno español en Venezuela y la Nueva Granada creo en mi deber participar á V. E. mi arribo á estas costas.» (Curúpano.)

Para Enero de 1817 le vemos dando órdenes para procurar la unión de los dos ejércitos de Venezuela y Nueva Granada, y Páez le dice el 18 de Febrero: «Cuando llegó á mi noticia que V. E., con abundantes recursos, se había dejado ver en las costas de Venezuela para continuar la guerra contra los españoles, mis esperanzas se multiplicaron al considerar tan inmediata la libertad de Venezuela y la de la Nueva Granada.» Y al comunicarle Bolívar la destrucción de la escuadra española en el Orinoco, le dice el 15 de Septiembre: «Este golpe decisivo sobre la Marina enemiga nos da una preponderancia eterna y fija irrevocablemente el destino de Guayana, Barinas y aun de la Nueva Granada.»

La correspondencia oficial y particular de Casanare, fechada en Junio y Julio de 1818, y la exposición del

comisionado que enviaron á Bolívar las autoridades civiles y militares de aquella provincia le inspiraron la resolución de aprovechar la más bella ocasión para emprender con buen suceso la libertad de la Nueva Granada, y despachó en Agosto á Santander para Casanare con recursos y elementos de guerra para reconcentrar las guerrillas patriotas y organizar una división que moverá y dirigirá según las instrucciones que le comunicó. La operación que intentaba Bolívar sobre Nueva Granada, según dice á Páez el 19 de Agosto, debía «necesariamente producir tanto á aquélla como á Venezuela incalculables ventajas... Logramos poner á Morillo en la alternativa ó de evacuar á Venezuela para marchar sobre el reino ó de ver perdido enteramente éste, sin que saque otro fruto que perecer de hambre en las plazas fuertes donde se refugie y arruinar su nación para aumentar sus tropas, ó de salir á los llanos á buscarnos, donde infaliblemente será destruído».

Apenas retirado Morillo de Apure, cuando el 14 de Mayo de 1819 trajo Lara pliegos de Santander, en que le daba cuenta del pie respetable de su división, el apoyo de la opinión del país á la causa libertadora y el número de enemigos que había que combatir. Inmediatamente se dictaron las órdenes para la reconcentración del ejército en Setenta; pero es singular que el 18 de Mayo, al contestar á Santander, se le dijese que el plan de Bolívar era ocupar á la provincia de Barinas, y el 20 se le mandó reconcentrar sus fuerzas para ejecutar Bolívar la operación que meditaba sobre la Nueva Granada. Parece indudable que se quiso engañar al enemigo haciéndole creer en una marcha sobre La Torre, que ocupaba á Barinas.

Muy raro es también que habiendo sabido Morillo desde el 12 de Mayo el plan de Bolívar, no hubiese prevenido el golpe. En oficio al ministro de la Guerra dice Morillo: «Bolívar se situó en Guasdualito, población que se halla en los confines de Venezuela, á doce jornadas de

los llanos de Casanare, en cuyo punto ha reunido toda su Infantería, y se dispone á seguir al nuevo reino de Granada, á operar en combinación del cabecilla Santander, que manda en Chire y en Pore», y el 2 de Julio le dice desde Calabozo: «Cuantas noticias se han indagado á la Provincia de Barinas y Costas del Apure convienen en el movimiento que ha emprendido aquel cabecilla desde Guasdualito. Reuniéndose en Chire con el caudillo Santander, podrá disponer de una fuerza de más de 3.000 hombres, suficiente para penetrar por la Cordillera al interior del reino y llegarse tal vez hasta la capital.» Morillo envió á La Torre á hacerse cargo del ejército en la Nueva Granada, llevando algunas fuerzas de Barinas; pero estas órdenes no se llevaron á efecto, y La Torre no pasó de Cúcuta.

Al abrirse la campaña, los bandos contendientes ocupaban las siguientes posiciones en la Nueva Granada:

El ejército español que quedó en el reino, según dice Enrile al ministro de la Guerra en 19 de Junio de 1817, constaba de cuatro batallones venezolanos, dos colombianos y tres españoles. Total, 7.000 infantes, más 400 jinetes. Para 1819, y según estado de fuerza enviado por Santander el 19 de Enero, el total de tropas españolas era 9.880, de las cuales había 1.600 hombres en Quito y Popayán, de modo que en el teatro de la guerra existían 8.200 hombres, distribuídos así:

En Cartagena, *León* (español) con plazas........ ...		1.000
»	» cuatro comp. de *Albuera* (españoles)..	400
»	» artilleros...	100

En Santa Marta, dos compañías del *Rey*, al mando de Ramón Pérez, y 400 urbanos. Total, 600. En Mompox estaba el resto de *Albuera* y una compañía del *Rey;* total, 700, al mando de La Rus. En Bogotá había sólo 400 hombres de *Aragón* y Plá tenía el resto del cuerpo, 600 hombres, cubriendo el Valle de Tenza. Francisco Ji-

ménez ocupaba el Socorro con el batallón *Tambo*, fuerte de 700 plazas. Esto da un total de 4.500 hombres.

Barreiro tenía á sus inmediatas órdenes el resto de la tercera división, fuerte de 3.700, de los cuales 400 eran jinetes.

Bolívar tenía cuatro batallones venezolanos é ingleses con 1.300 hombres y dos regimientos de Caballería con siete escuadrones de 100 plazas cada uno. Llevaba, por tanto, 2.000 hombres. Santander le recibió con dos batallones y dos escuadrones de Caballería, sumando 1.200 hombres. El total del ejército era, por tanto, 3.400 plazas. Esta cifra concuerda con las que fijan O'Leary y Montenegro, con poca diferencia.

El plan de Bolívar, adoptado en el pueblo de Setenta, consistía en avanzar rápidamente, llevándose de pecho cuanto encontrase de frente. Sabía que sus fuerzas eran superiores en calidad á las del enemigo, que la mayor parte de éstas eran reclutas venezolanos que no pelearían gustosos contra sus hermanos y que el espíritu público estaba decidido en favor de la independencia. Este plan era muy adecuado al carácter de Bolívar y probablemente en él se inspiró Mitre cuando dice que en el sistema de guerra de aquél, «el instinto preside á los combates y la inspiración á los movimientos, alcanzando al fin la victoria por la audacia de las concepciones, el ímpetu de los ataques y la constancia incontrastable en los reveses.»

Así, mientras Morillo tomaba cuarteles de invierno por haber entrado la estación de las lluvias, Bolívar marcha casi diariamente con el agua á la cintura, cruza ríos como el Arauca, deja el camino sembrado de enfermos é inútiles y llega á Pore, capital de la provincia de Casanare, el 22 de Junio. Siete días después tuvo noticia el virrey Samano de que Bolívar se acercaba á la cordillera de Sogamozo.

Barreiro, ya prevenido, ocupó con 300 hombres á Paya. Este fué el primer error del jefe realista. La posición

era tan formidable, que si él hubiese estado allí con su ejército, Bolívar no habría podido pasar. Un oficial falto de valor la abandonó al acercarse el enemigo y le dejó libre el camino de la Nueva Granada. En Paya se repuso el ejército, y aquel fácil triunfo le dió tal confianza, que no dudó ya del éxito.

Retirado el enemigo de Paya, ocupó á Labranza Grande. Barreiro fijó su cuartel general en Sogamoso, donde tenía 1.600 hombres. Además situó 500 hombres en el camino por Labranza Grande, único que consideró practicable en la estación, y descuidó el otro camino al través del Páramo de Pisba, que creyó insuperable. Por allí pasó el ejército republicano, y el 5 de Julio la vanguardia ocupó á Socha, ya en la provincia de Tunja, con inmensa sorpresa del enemigo, que ni siquiera tenía noticia de la marcha del ejército por aquella vía.

Por correos interceptados sabía Bolívar los planes militares del enemigo, sus posiciones y las fuerzas de que disponía. Ninguna inquietud le causaba lo que tenía al frente. Su temor era el ejército español en Venezuela. Páez no pudo ocupar á Cúcuta y ofreció obrar sobre Pedraza, operación que aprobó Bolívar el 30 de Junio. Esta diversión hubiera obligado á Morillo á distraer fuerzas, que era lo importante por el momento; pero Páez no pudo ejecutarla.

Al saber el movimiento de Bolívar, Barreiro vino sobre los Corrales de Bonza, donde el enemigo había destruído un destacamento realista el 7. El 10 replegó sobre Peña de Topaga, y Bolívar replegó también á Tasco.

El 11 tomó la ofensiva el jefe realista, pasó el río Gameza, pero al ver que Santander avanzaba, se retiró sobre la Peña de Tópaga. Abiertos los fuegos, los republicanos pasaron el río por el puente, desalojando de allí al contrario, visto lo cual el jefe realista se hizo fuerte en los Molinos, cuya posición respetó el contrario. El plan de Barreiro consistía en esquivar un combate,

para dar tiempo á que se le incorporasen las fuerzas que venían en su auxilio.

Un hábil movimiento de flanco sobre Santa Rosa puso á los patriotas en posesión del Valle de Sogamoso y de abrir comunicaciones con el Socorro y Pamplona, á la vez que obligó á Barreiro á replegar sobre Tunja, ocupando los Molinos de Bonza, posición fuerte que Bolívar no pensó en forzar.

Un segundo movimiento de flanco por el camino del Salitre de Paipa amenazó la retaguardia de Barreiro, quien al observar el movimiento enemigo vino rápidamente á interponérsele en las alturas del Pantano de Vargas. Los dos ejércitos se encontraron el 25. Reñido fué el encuentro; dos veces la victoria estuvo de parte de los realistas; pero una carga de Caballería dirigida por Rondón salvó al ejército republicano. Al día siguiente ambos contendientes replegaban á sus antiguas posiciones de antes de la batalla, y ambos estaban, puede decirse impotentes.

Considerada desde el punto de vista militar, la batalla de Vargas decidió de la campaña de la Nueva Granada. No fué un combate decisivo en el sentido material de la lucha; pero cambió la situación de los combatientes y obligó al español á estar á la defensiva, que era lo peor que pudo haber hecho en aquellas circunstancias.

Si Barreiro hubiese atacado á Bolívar el día siguiente de Vargas, todas las probabilidades eran de que lo destruiría. No pudo hacerlo, porque quedó tan quebrantado del combate, que no estaba en posición de moverse. Esto dió tiempo á Bolívar, que era lo urgente é indispensable por el momento.

Repuestas las tropas de Bolívar con los voluntarios y reclutas que llegaban al campamento, tomó la ofensiva el 3 de Agosto. El movimiento de Bolívar fué tan atrevido que desconcertó al contrario.

Ocupaba Barreiro la confluencia de los caminos de Tunja y el Socorro: el contrario marchó hacia el Soco-

rro, en la noche pasó el puente de Paipa y acampó á la orilla derecha del río Sogamoso. Frente á frente estuvieron los contendores el día 4. En la tarde el republicano repasó el puente y emprendió la retirada; pero á las ocho de la noche contramarchó sobre Tunja por el camino de Toca. Con gran sorpresa de Barreiro, al amanecer del 5 se halló con que Tunja estaba en manos de su enemigo. Rápidamente marchó sobre esta plaza por el camino principal de Paipa y descansó, en la tarde, en el llano de la Paja, para continuar luego por el páramo de Cambita, entrando á esta plaza el 7. Estaba á legua y media de Tunja. Para el jefe realista era menester á todo trance abrir sus comunicaciones con la capital é interponerse entre Bolívar y Santa Fe. Reunida una Junta de guerra se resolvió atacar al jefe republicano, porque de lo contrario se entraría en Santa Fe, donde apenas había una escasa guarnición, que no pasaba de 400 hombres. El 7 marchó por el camino de Samacá á pasar el puente de Boyacá.

Tres caminos hay de Paipa para Bogotá. El mejor pasa por Tunja, y estaba en manos de Bolívar: el otro pasa al Oeste, y está separado de aquella ciudad por una alta fila. Éste fué el que tomó Barreiro. Ambos caminos se juntan en el puente sobre el río Boyacá, que es vadeable y cuyas orillas están cubiertas de monte espeso. Á ambos lados del puente y del río se levantan cerros de difícil acceso, y más aún bajo fuegos enemigos. Al llegar al puente Barreiro creyó tener al frente un cuerpo de observación. Era Bolívar, que conociendo su intención vino de Tunja al puente á impedirle el paso. No se apuró en su marcha el jefe realista, sino que se detuvo á almorzar, y cuando atravesó el puente su vanguardia vió con gran sorpresa que el enemigo ocupaba con su Infantería una altura que dominaba una posición.

Tenía Barreiro 3.000 hombres, pues se le había incorporado Loño con el tercero de Numancia y tres piezas de

Artillería. Roto los fuegos, la vanguardia realista fué obligada á repasar el puente. Quiso el español intentar un movimiento sobre su derecha y no pudo lograrlo: entonces se estuvo á la defensiva, formando sobre una altura coronada por la Artillería y con cuerpos de Caballería á los costados. La acción se concentró sobre el puente atacado por Santander y defendido por Jiménez. Ambos conservaron sus posiciones, cada uno á la cabeza del puente. Á este tiempo dos cuerpos marcharon sobre los realistas, y el del centro, despreciando los fuegos del flanco izquierdo contrario, atacó el grupo principal. Rudo y corto fué el combate, porque la Caballería republicana encontró vado en la parte baja del río y cayó sobre un flanco y la retaguardia de los españoles, empeñada en la defensa del puente y del ataque republicano. Perdió Barreiro la posición, pero intentó defenderse en cercana altura. No pudo lograrlo porque parte de su Caballería huyó acobardada. En vano trató gallardamente otro Cuerpo de jinetes de contener la derrota, pues fué completamente despedazado. Jiménez flaqueó al ver perdida la batalla y trató de retirarse, dejando libre el puente. Santander entró rápidamente y con una carga por la izquierda consumó la derrota del español. No era posible retirarse, porque tres masas convergían sobre él y Barreiro, Jiménez y todo el ejército español se rindió. Apenas algunos cuantos se salvaron vía de Venta Quemada.

Si el jefe realista hubiese sostenido el combate en la parte baja, y concentrando su defensa únicamente en los cerros, habría tenido en su favor la posición, y habría podido retirarse á Bogotá. Su Artillería le fué de poca utilidad, porque á la primera carga de la Legión Británica le fué arrebatada.

El 11 de Agosto ocupó Bolívar á Bogotá. Al fin realizaba el jefe republicano una campaña tal como cuadraba á su temperamento. Un avance rápido, marchas atrevidas é inesperadas, ataque brusco y concentración del

ejército sobre un punto dado. Tal fué la campaña de 1819. Aleccionado por la experiencia, ya no viene Bolívar á estrellarse contra lo que tiene al frente. Con mirada cierta ve el punto frágil, maniobra admirablemente y hace cambiar de posición al contrario, hasta interceptarlo y obligarlo á un combate en que las ventajas de la posición colocaban al enemigo en difícil situación, pues al comenzar el combate la vanguardia patriota atacaba por retaguardia la columna realista que llegaba al puente, y coronaban los republicanos la altura que domina la posición contraria.

Las grandes dificultades materiales que Bolívar tuvo que vencer en su campaña de 1819, á consecuencia de la estación y malos caminos y la casi falta de subsistencias, dan á esta marcha un carácter de extraordinaria audacia y mayor tenacidad.

Ya frente al enemigo, la falsa retirada del 3 de Agosto, para caer inesperadamente sobre Tunja, es un movimiento estratégico admirable, porque dejó á retaguardia al enemigo, y se interpuso Bolívar entre éste y la capital. Esa marcha le dió el triunfo.

Sucediéronse en esta campaña los movimientos tan inesperadamente, la situación del ejército patriota era tan aislada y su número tan reducido, que para realizarla se necesitó una audacia sin límites y una serenidad inconcebible. Aquel cuerpo republicano estaba condenado á desaparecer si retrocedía; su divisa era: ¡adelante!, pero no era una marcha ciega, fatalista, sino el avance meditado, estudiado y ejecutado con perfecta precisión. El valor, el ímpetu, el empuje homérico, estaban subordinados á la astucia, á la inteligencia y al genio. Es sorprendente cómo Bolívar absorbía y se hacía suya la experiencia y las demás cualidades de sus tenientes y cuanto aprendía en la práctica escuela de la guerra.

Vió á Páez en el Apure y con él aprendió la guerra de ardides y engaños y el movimiento de cuerpos ligeros de Caballería sobre los flancos. El combate de la Gamarra

le enseñó á ser cauto en el ataque. El fracaso de 1818 le enseñó á avanzar siempre con cautela. La Puerta le demostró la necesidad de oficiales de Infantería, y en 1819 empleó todos los ingleses que tomaron servicio en la causa realista, con lo cual los batallones adquirieron la consistencia requerida. Por primera vez en Boyacá, Bolívar no compromete toda su fuerza desde el principio de la batalla y los batallones *Tunja* y *Socorro* aparecieron en el campo al decidirse la batalla, cubriendo el flanco derecho.

Hablando de esta campaña, dice Morillo al ministro de la Guerra el 12 de Septiembre de 1819 lo siguiente: «Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates.»

Y Mollien se expresa así: «Ya Bolívar no era un oscuro partidario. Salirse de entre las manos de Morillo, ocupar la capital del reino, echar de allí á los representantes del rey, derrotar con unos cuantos salvajes ocho mil hombres de tropas disciplinadas, elevaron al vencedor en Boyacá, á un puesto respetable en la opinión pública.»

El virrey Samano, en parte oficial de 12 de Agosto, dice así: «Se ve que todo lo erró dicho Comandante General (Barreiro). Engañó à éste Bolívar pues con un movimiento de su ejército ni previsto ni observado, tomó la retaguardia de Barreiro ocupando á Tunja y quitándole la comunicación con la Capital, provocando además á Barreiro con su aparente dirección á la Capital, á que los siguiera y teniéndole prevenidas emboscadas lo esperó en el camino proyectado y lo despedazó, habiendo sido la acción el 7 del corriente en la casa de teja ó sea de postas de Tunja, que está pasado esta para Santa Fe.»

Consideradas las dos campañas de 1819 desde el punto científico, presentan el curioso fenómeno de que ambas son enteramente distintas. En la de Apure el nervio de la resistencia era la Caballería, y Páez, con verdadera

precisión militar, desarrolló una táctica especial, sacando partido del terreno y aspirando á cansar al enemigo para contener sus planes ofensivos. Vió con ojo certero el flaco del contrario, y por allí le atacó. El fracaso de Morillo en Apure tuvo inmensa resonancia en Venezuela, y el efecto moral en los pueblos fué decisivo en favor de la independencia. En la de la Nueva Granada, por el contrario, toda se fió á la Infantería, y Bolívar empleó la táctica del ataque de un flanco y la conversión de los fuegos sobre ese lado. De frente la lucha fué de grandes resultados, porque Santander inutilizó la división de Jiménez, con lo cual se debilitaron los flancos. Todas las energías obraron sobre una ala, y allí cayeron grandes masas. Era la táctica de Napoleón, inspirada quizás por los oficiales ingleses, que la habían aprendido con Wellington. Jiménez quedó aislado, y cuando quiso retirarse no pudo hacerlo. El ejército español fué cercado y tuvo que rendirse.

Morillo vió claro el peligro, pero él no podía ir personalmente á la Nueva Granada, porque perdía á Venezuela. Le faltó un general, porque La Torre no cumplía sus órdenes y se detuvo en Cúcuta, cuando debió seguir rápidamente en auxilio de Barreiro; tuvo tiempo para ello, y por lo menos habría salvado á Bogotá.

II

Campaña de 1821.

Al romperse las hostilidades entre Colombia y España el 28 de Abril de 1821, los campos contendores ocupaban en Venezuela las siguientes posiciones: Los realistas dominaban la gran herradura formada por las provincias de Coro, punto extremo de su línea occidental, Barquisimeto, Guanare, Guárico, Valencia, Aragua y Caracas. Tenían además un pie firme en Cumaná y Carúpano. Cubrían estas posiones 12.000 hombres.

La línea divisoria entre los dos campos comenzaba en el Unare, seguía por el Guanape y Manapire al Orinoco, luego por el Apure y Santo Domingo hasta Barinas, para seguir á Boconó y continuar por la divisoria entre la provincia de Caracas y Trujillo.

El ejército realista ocupaba los siguientes cuarteles: La vanguardia, al mando de Morales, tenía su cuartel general en Calabozo, y constaba de los regimientos *Rey* y *Guías*, con *800 jinetes del país;* el regimiento español de *Húsares*, fuerte de 400 plazas; varios Campos Volantes criollos con *200 hombres* y el batallón *Burgos*, fuerte de *600 infantes. Total: 2.000 hombres.*

La segunda división, al mando de Calzada, tenía su cuartel general en Ortiz, y se componía del tercer *Batallón del Reg*, con *800 plazas.*

La Torre mandaba la primera división, acantonada en

San Carlos y compuesta de *Barbastro*, con 500 plazas; *Valencey*, 825, é *Infante*, 300. Á esta división pertenecía *Hostalrich*, con 500 soldados, que estaba fraccionado en Barlovento y Tacarigua, al Oriente de Caracas.

Tello tenía á sus órdenes la tercera división, compuesta de *Príncipe* (Blancos de Valencia), 600, *2.° de Valencey*, 600 pardos, distribuídos entre Araure y San Carlos.

Caturla, con la cuarta división, ocupaba á Cumaná y litoral. Componíase ésta del *2.° de Granada*, reducido á 250 hombres; *Cachirí*, 720; una compañía de *Granaderos de Navarra* con 180 hombres, dos compañías de *Barbastro* con 200 plazas y 250 *Veteranos*.

Tenía Herrera la quinta división entre Araure y Ospino, compuesta de *Navarra*, 600; *Barinas*, 350; *Dragones*, 200; *Destacamentos*, 200. Total: 1.350 plazas.

Según publicación hecha entonces en Caracas y reproducida en el *Curaçaosche Courant*, de donde tomamos estas cifras, el ejército disponible para entrar en campaña alcanzaba á 7.825 plazas, sin contar las guarniciones.

Á todas estas fuerzas debemos agregar *La Reina*, con 600 hombres, bajo las órdenes de Correa, que custodiaba á Caracas y La Guaira; *1.° del Rey*, con 800 hombres que tenía Miyares en Coro; *2.° del Rey*, con 500 hombres, que guarnecía á San Felipe al mando de Lorenzo, y 600 veteranos de Artillería y zapadores que formaban la guarnición de Puerto Cabello, y cosa de 500 hombres distribuídos en campos volantes establecidos en el Tuy, Mariches y San Casimiro, lo que da el total de las fuerzas realistas en 12.000 hombres, que es la cifra que da Torrente en su historia de la revolución suramericana.

De estas tropas eran criollas los batallones de Infanría *2.° de Valencey*, *Barinas*, *Reina*, *Príncipe*, *Cachirí*, *2.°* y *3.° del Rey*, los regimientos de Caballería *Rey* y *Guías*, los destacamentos de este arma y además los Campos Volantes. Es decir, 4.170 infantes de línea y 500

milicianos y 1.200 jinetes. Total 5.870 hombres, casi la mitad del ejército realista. Por una feliz coincidencia ninguno de ellos peleó en Carabobo, aunque sí estuvieron los jinetes.

Los realistas dominaban la parte más poblada y más rica de Venezuela y también la más montañosa. Eran dueños del mar y podían con facilidad auxiliarse los cuerpos entre sí, excepto la cuarta división, que estaba en Cumaná y quedaba aislada, aunque con comunicación marítima, pero á gran distancia del teatro de las operaciones.

Ocupaban los patriotas la gran faja circunvaladora de las posiciones contrarias, comenzando en Maturín, Barcelona, Guayana y Apure, para darse la mano en la Cordillera... La posición era más estratégica porque las tropas estaban al abrigo de toda sorpresa del otro lado del Orinoco y del Apure; podían movilizarse rápidamente, así por tierra como por la inmensa red fluvial; tenían facilidad para recibir parque por esta vía y recursos de la Nueva Granada, á la vez que estaban en capacidad de atacar por los flancos más convenientes. La cuarta división no podía estorbar sus operaciones en Oriente. Además tenían los republicanos á Margarita, que les servía de escala para comunicarse con el exterior. Como los llanos de Apure, Barinas y Barcelona estaban en poder de los colombianos, tenían asegurada la carne que constituía el alimento de sus tropas y los caballos para remontar sus caballerías. De ambas cosas no estaban abundantes los realistas y sus caballerías carecían de bestias de repuesto.

El Orinoco estaba dominado por la fortaleza de Guayana la Vieja, y en los ríos Apure y Santo Domingo tenían los patriotas una escuadrilla que les aseguraba la comunicación y el transporte entre Angostura, el Apure y Barinas.

Las fuerzas colombianas que obraban en Venezuela durante la campaña de 1821 consistían en 6.500 hom-

bres, que, según O'Leary, llegaron á Carabobo 1.000, con los cuales, según Soublette, vino Bermúdez del Oriente; 600, con los cuales se le incorporó Arismendi en Capayita; 1.500 hombres, que al mando de Cruz Carrillo obraron sobre San Felipe, según dice el Libertador.

Total, 9.600 soldados que entraron en campaña. Á esto hay que agregar las guarniciones de Angostura y Maracaibo, fuertes de 600, las caballerías de Monagas en Barcelona, que eran 400 jinetes; 500 hombres que, al decir de Montenegro, reunió en Caucagua el coronel Macero; cosa de 400 soldados que formaban los Campos Volantes del Llano, y 500 hombres que custodiaban á Margarita, lo que da un total de 12.000 hombres. De manera que las fuerzas contendientes estaban equilibradas en número.

La Infantería española era superior por su disciplina. Usaban ambos beligerantes el fusil de piedra de un alcance máximo de 200 metros, grueso calibre y bala de á 19 en libra. Esta arma era defectuosa en la estación lluviosa, y débil para luchar contra la Caballería, á memos que una disciplina muy correcta diese cohesión á la Infantería.

La Caballería patriota era decididamente superir á la española. Los jinetes del país cargaban primero en escuadrones cerrados y luego se dividían en grupos de 15 á 20 hombres al mando de un oficial, y convertían el combate en lucha cuerpo á cuerpo, en la cual la Infantería enemiga sólo tenía para su defensa la bayoneta, de menor alcance que la lanza contraria.

La organización militar de los contendientes era casi igual: la unidad táctica era el batallón, compuesto en el ejército español de una compañía de granaderos con 64 plazas y ocho de fusileros, cada una con 80 plazas. El batallón colombiano se componía de una compañía de cazadores, una de granaderos y seis de fusileros, cada una con 100 soldados. Los patriotas tenían además cuer-

pos sueltos de tiradores, que hacían el servicio de la recolección de víveres.

La Artillería no desempeñaba gran papel en la lucha, y puede decirse que estaba confinada á la defensa de las plazas fuertes.

La Infantería patriota carecía de oficiales, de manera que era menester improvisarlos, lo que daba poca consistencia al batallón, si bien esta falta se suplía con el valor personal y el entusiasmo del sectario.

La nueva táctica se puso en vigor en el ejército colombiano en 1817. Los Estados Mayores fueron establecidos el 24 de Septiembre, y el 4 de Octubre envió Bolívar á Páez dos volúmenes de la nueva táctica para la instrucción y disciplina de los batallones. Tres batallones formaban una brigada, y dos brigadas una división.

Las tropas españolas vinieron organizadas en regimientos de dos batallones. Las brigadas constaban de cuatro batallones sujetos á las Ordenanzas de 1716 y al Tratado de Táctica de 1808, que modificó los tratados IV y V de aquéllas, reimpreso en Caracas. El pie de fuerza del regimiento debía ser 1.377 plazas. Posteriormente se suprimieron los regimientos y quedaron sólo batallones y divisiones.

La Caballería española se organizó en regimientos de varios escuadrones, cada uno con tres compañías de á 40 hombres. Los regimientos colombianos se componían de tres escuadrones, cada uno con tres compañías de á 50 hombres. El arma de ambas fuerzas era la lanza, aunque algunos cuerpos usaban también la pistola y la carabina. Regíase la Caballería realista por el reglamento de maniobras. Las caballerías colombianas cogieron un ejemplar de éste que tenía el regimiento de *Húsares* en 1817, y las fuerzas de Páez lo adoptaron para el manejo de esta arma.

Los españoles seguían las prescripciones del arte militar de Federico II, que tenían por base de su táctica ser el más fuerte en un punto dado. Lo malo de esta

táctica era que se necesitaba que ese punto fuese el bueno. En sus batallas no se apartaban del orden lineal, y comprometían el grueso del ejército sin reserva disponible de consideración y sin apoyos extremos, lo que presentaba puntos vulnerables en sus alas; de modo que para vencerlos bastaba cargar sobre alguna de éstas y arrollarla ó envolverla. En campo abierto esto era más fácil aún por la superioridad de la Caballería venezolana.

En el combate atacaban el frente enemigo con fuerzas superiores, ó sea el grueso del ejército; lo que si bien les permitía conservar unidas las tropas y libres de asaltos de la Caballería, tenía el inconveniente de que al encontrar fuerte resistencia la carga decaía por falta de reservas que diesen nuevo ímpetu al combate.

Los patriotas, por falta de almacenes tenían que fraccionar su ejército para poder subsistir, y de allí surgieron las divisiones activas que llamaron columnas, que eran órganos independientes y relativamente fuertes, que podían vivir, marchar y combatir con sus propios medios. Á la pesadez española oponían una movilidad singular y la necesidad los obligó á adivinar la táctica de Moltke.

El frente patriota no presentaba nunca en el combate una barrera inflexible, sino una serie de cuerpos separados, entre los cuales podía maniobrar la Caballería. Era un frente eslabonado. Los tiradores ó cazadores obraban por los flancos, casi independientemente, porque el espíritu de iniciativa y la confianza que inspiraban el valor personal del soldado permitía dejarlos entregados á sí propios. Se escogía el cuerpo de vanguardia, de modo que pudiese desempeñar íntegramente su papel. Componíase éste de lo mejor del ejército, de aquellas tropas y jefes en quienes se tenía la seguridad de que opondrían fuerza de resistencia encarnizada y desesperada obstinación, animados por el entusiasmo y la idea de la Patria. Nunca comprometían toda su fuerza en el primer empuje; la batalla dejaba de ser un acto global, único, brusco,

decisivo, para convertirse en varias batallas en que los esfuerzos parciales se destacaban, se modulaban, se combinaban y sólo cuando el enemigo se desorganizaba, daban la carga decisiva. Casi siempre peleaban á la defensiva, y tomaban la ofensiva cuando estaba quebrantado el enemigo. La escasez de municiones les imponía la gran regla militar de la economía de las fuerzas.

Los españoles, orgullosos de su nombre, adoptaban en el combate el orden lineal, sin fijarse en que esto les impedía el escalonamiento en profundidad indispensable para alimentar el fuego. Su formación de combate era defectuosa para la época. Consistía en colocar la Infantería de frente en dos líneas: la primera en batalla y la segunda en columnas con cazadores y Caballería en las alas. Generalmente la reserva era inadecuada por su pequeñez. Aferrados los realistas en la idea de la superioridad del soldado español, é imbuídos por las reglas de la táctica prusiana, trataban siempre de convertir la batalla en cargas á la bayoneta, marchando la fuerza hasta tiro de pistola, y después de una descarga calaban bayoneta y cargaban de firme. Este plan daba resultado cuando la Infantería contraria no estaba bien defendida por la Caballería ó por la posición; pues cuando lo estaba, la resistencia daba tiempo á que los jinetes cargasen por los flancos y desorganizasen la Infantería sin darle tiempo á formar el cuadro, empeñada como estaba en el combate de frente.

La táctica patriota se fundaba, por tanto, en resistir á la defensiva el primer choque á pie firme, para dar lugar á que la Caballería cargase por los flancos ó por retaguardia. De ahí que los españoles estuviesen siempre muy cuidadosos con la retaguardia, y á veces no sacaban todas las ventajas que debían de sus victorias, por temor de un ataque repentino al perseguir al enemigo.

Mientras la Caballería realista fué superior á la venezolana, es decir, hasta 1815, fácil fué á los españoles la victoria contra los infantes, faltos de disciplina. Cuando

cambió este estado de cosas vinieron de la Península batallones disciplinados y acostumbrados á las fatigas de la guerra, y gracias á ellos se pudo contener á las caballerías republicanas. Por su parte los soldados patriotas comenzaron á ser disciplinados por oficiales ingleses, y esto contrabalanceó en parte la superioridad del infante español. Además éste sufría mucho en las marchas, por las inclemencias de un clima al cual no estaba acostumbrado.

Las fiebres diezmaban continuamente las tropas de uno y otro bando, de manera que constantemente había que llenar las bajas é instruir reclutas.

Como se comprende fácilmente, las batallas no podían ser de larga duración; pero sí muy sangrientas. En ellas era muy difícil y peligroso un cambio de frente ó de posiciones bajo los fuegos del enemigo, por la cercanía en que estaban los contendores. No se debía, sin grave exposición, una vez empeñada la lucha, ni variar el plan de ataque, ni ejecutar lentos movimientos de flanco de alguna duración, pues la batalla estaba decidida antes de ejecutarlos.

Las marchas de las tropas estaban, puede decirse, subordinadas á la existencia del agua; de modo que las jornadas estaban como marcadas de antemano. Ninguno de los contendientes tenía organizado un servicio de seguridad que mereciera tal nombre, limitándose á un espionaje cercano, sin extender convenientemente el radio de los reconocimientos. La Caballería, que podía haber llenado este vacío, no lo hacía por falta de una organización adecuada de este servicio; de manera que en lo general nunca se tenían noticias positivas de los movimientos del enemigo, considerándose una gran ventaja cuando se sabían con algunas horas de tiempo.

El sistema de reconocimiento era también desconocido: tampoco se destacaban fuerzas exploradoras, pudiendo decirse que uno y otro bando sólo sabían lo que podían obtener por medio de espías escogidos entre la gen-

te del pueblo, incapaces de apreciar un número de tropas, ni la situación militar de éstas.

El estado general de las tropas realistas no era satisfactorio; los cuadros de los batallones europeos habían sido llenados con reclutas del país, lo que producía heterogeneidad en los cuerpos; el estado moral del ejército distaba de ser bueno, los soldados estaban cansados de una guerra cuyo fin no veían, se les había prometido que regresarían á España después de tres años de servicio y este plazo estaba cumplido desde 1818. Los sueldos estaban atrasados, y para dar de comer á la tropa se recogieron desde 1820 en adelante donativos de víveres, granos, ropa y dinero en todos los pueblos de Venezuela.

Como si esto no bastase, el desacuerdo entre Morales y La Torre era demasiado conocido, y las intrigas consiguientes habían quebrantado la disciplina, hasta el caso de que, según dice Montenegro, las tropas estuvieron á punto de irse á las manos en el mismo campo de Carabobo, pocos días antes de librarse allí la batalla. Además los realistas se descuidaron durante el armisticio, y el rompimiento de las hostilidades les halló, puede decirse, desprevenidos para la lucha. En el campo de Carabobo llegaron á faltar las subsistencias, porque no se hizo oportunamente acopio de ganado, cosa relativamente fácil para entonces.

Las tropas republicanas venían bien vestidas, bien alimentadas, pues para ello bastaba la carne; traían los laureles de las victorias obtenidas en Nueva Granada, no había disensiones ni rivalidades, la autoridad de Bolívar era acatada sin vacilaciones, se tenía entonces fe en su genio, se le consideraba un hombre superior, y el ejército tenía toda la cohesión necesaria para la lucha que emprendía.

Los republicanos tenían tres grandes campos de concentración donde formar sus ejércitos. Angostura, adonde iban los infantes del Oriente, y los jinetes de Barce-

celona. Apure, donde se aglomeraban las caballerías del llano, y Cúcuta, que era el cuartel general de las tropas que se reclutaban en la cordillera y en Nueva Granada. Aprovecharon hábilmente el armisticio para completar sus batallones, introducir municiones y armamento, disciplinar las tropas y darle al ejército una verdadera organización militar.

He aquí los puntos principales del admirable plan para la admirable campaña de 1821:

4.° El ejército de Oriente por Orituco ó por donde el vicepresidente de Venezuela crea más conveniente, invadirá á Caracas y la tomará á principios de Junio.

6.° El ejército de Occidente, á las órdenes del general Páez, pasara el Apure el 26 de Mayo, ocupará el llano y seguidamente invadirá los Valles de Aragua.

8.° La Guardia se concentrará en Barinas por Mayo... amenazará á Guanare, San Carlos y Valencia.

9.° Si los ejércitos de Oriente y Occidente obtuvieren suceso, la guardia irá adelantando sus posiciones hasta Valencia.

12.° Si los enemigos concentraren sus fuerzas en un solo cuerpo, como naturalmente será, en los Valles de Aragua ó Valencia el territorio que ocupen, el ejército de Occidente puede venir á unirse á la Guardia para obrar juntos.

13.° Concentrado todo el ejército español y reunido el ejército de Occidente á la Guardia, no admite duda que será aquél batido, perdida ya su moral, el territorio, los recursos y siendo inferior en gran número.

14.° Si el ejército de Oriente, al mando del general Bermúdez, y la expedición del general Arismendi se reunieren, las operaciones se ejecutarán concertadas por entrambos jefes y su objeto primero será ocupar á Caracas contra todos los obstáculos.

Tomó Bolívar la ofensiva con la ocupación de Guanare al romperse las hostilidades, y para el 14 de Mayo fijó allí su cuartel general. Al mismo tiempo salió de

Trujillo una división de 1.500 hombres, al mando de Carrillo sobre Carora, Tocuyo y Barquisimeto.

Cinco cuerpos de ejército venían moviéndose en combinación. Bermúdez, que traía instrucciones de moverse sobre el centro el 28 de Abril y ocupar á Caracas á más tardar el 15 de Mayo. Bolívar creyó con razón que esta operación era decisiva, y el 24 de Abril asumió la responsabilidad, eximiendo de ella á Bermúdez, caso de tener mal suceso.

Urdaneta, que venía de Maracaibo sobre Coro, debía reunirse con Carrillo en Barquisimeto; Páez, que venía por vía de Barinas á unirse á Bolívar, y éste, que marchaba sobre San Carlos.

Brillante fué la marcha de Bermúdez. Batió al enemigo en el Guapo, Chuspita y Guatire, arrolló cuanto encontró á su paso y ocupó á Caracas el 14 de Mayo. Fácil es comprender el desconcierto que semejante ataque produjo en el ánimo de La Torre, con sólo tener en cuenta que el jefe realista pensó destruir á Bolívar en Portugueza, mientras Correa contenía á Bermúdez, y Morales tenía en jaque á Páez, á quien suponía vendría por Calabozo.

Bermúdez invadió los Valles de Aragua el 18 y venció en El Consejo el 20. Morales vino sobre el jefe oriental, y después del combate de Márquez el 24, le obligó á retroceder, abandonando á Caracas el 26, para ser batido el 28 en el Rodeo. Ignorante por completo de los movimientos de Bolívar, Soublette creyó que Bolívar había sido batido y se retiró al Oriente con Bermúdez. Bolívar supo lo ocurrido el 6 de Junio, dió las gracias á Bermúdez y le ascendió á general en jefe.

Mientras se desarrollaban estos sucesos, Páez se movió tranquilamente de Apure el 11 de Mayo para Barinas á ejecutar su marcha sobre Guanare.

La Torre resolvió mientras tanto batir á Bolívar entre Acarigua y Ospino, y para ello desocupó á Guanare la 5.ª división, acantonándose en Araure, donde situó

también la 3.ª, reconcentrando en San Carlos la 1.ª y 2.ª Dado este plan de operaciones, no debió abandonar á Ospino, que era su punto de observación, y las tropas que ocupaban á San Carlos debieron situarse entre Acarigua y el río Guache, donde tenía elementos de subsistencia y campo abierto para librar una batalla antes de que Páez se incorporara al Libertador. En Araure supo La Torre los sucesos de Caracas el día 20 de Mayo y retrocedió á San Carlos. Allí en Junta de guerra se resolvió que estando prevenido por Real orden conservar á Puerto Cabello, quedasen la 3.ª y 5.ª división en Araure para cubrir los movimientos, y que todo el ejército se reconcentrase en Valencia, replegando lentamente los cuerpos que estaban en Araure. Nada pudo ser más desacertado que este nuevo plan. Dejaba al enemigo todo el Occidente; se le daba tiempo para concentrarse donde quisiera: sus movimientos estaban cubiertos y podía organizar nuevas tropas en el territorio que dominaba. Si de lo que se trataba era de defender á Puerto Cabello, su guarnición bastaba y no había razón para abandonar la línea estratégica de Araure á San Carlos.

Bolívar aprovechóse de las faltas del contrario: avanzó sobre Ospino, adonde entró el 28, y llegó á Araure el 30, pues el ejército español había para esa fecha replegado á Carabobo. Á este tiempo llegaba Páez á Tucupido el 31. Urdaneta, que entró el 1.º á territorio enemigo, salió de Coro el 28, y Carrillo ocupó á Barquisimeto el 25.

El 2 de Junio llegó Bolívar á San Carlos. Como muy bien dijo á Urdaneta, los enemigos le dieron tiempo para todo y no tuvo urgente necesidad de la incorporación de aquél al ejército. Allí esperó el Libertador hasta el 12, en que llegó Páez, y el 16 las fuerzas de Urdaneta, por haber quedado éste enfermo en Barquisimeto.

Bolívar avanzó demasiado y su situación en San Carlos fué peligrosa en los días corridos del 1.º al 12 de Junio, La Torre, ya desembarazado de todo cuidado por

Caracas, pudo y debió tomar la ofensiva, con lo cual el enemigo habría tenido que retroceder, abandonando á San Carlos, y si hubiese marchado rápidamente, hasta pudo haberlo batido en su retirada. No se escapó este plan á alguien; pero La Torre lo rechazó, alegando falta de subsistencias. Es un hecho que el servicio de Proveeduría estaba desorganizado en el ejército español, de manera que las operaciones militares estaban embargadas por la cuestión alimentos; pero ello pudo remediarse escogiendo á San Carlos como cuartel general, donde era fácil la recolección de ganados.

Al salir Bolívar de este cuidado por estar ya cerca la división de Páez, dispuso el 11 de Junio que Carrillo, con una división de 1.500 hombres, formada con parte de las fuerzas de Urdaneta y las tropas de Barquisimeto, marchase sobre San Felipe, para seguir luego á Nirgua y Montalbán y cruzar la serranía, para caer á Tinaquillo.

Muy conveniente era esta diversión, porque obligaba á La Torre á cubrir á Puerto Cabello por el Cambur ó por el Palito, donde fácilmente podía desembocar Carrillo con su columna.

Mientras tanto el ejército colombiano ocupó el 20 á Tinaco y el 23 á Tinaquillo.

Al saber La Torre la invasión de Carrillo, y creyendo que no sería atacado tan pronto, porque suponía que Páez aún no se había incorporado á Bolívar, cometió el error de destacar á Tello el 21 con dos batallones y un escuadrón, pertenecientes á la 5.ª división, en auxilio de Lorenzo, cuando lo que indicaba el buen juicio era hacer replegar á éste sobre las trincheras por Canoabo y Chirgua, que estaba libre.

El campo de Carabobo es una llanura situada casi al Sur de Valencia, á 14 millas distante de esta ciudad. La planicie es vasta y despejada, apenas interrumpida por pequeñas colinas. Está separada de la Sabana de Taguanes, que le queda al suroeste por la serranía de las Tres

Hermanas, que forman el Portachuelo del Naipe en el camino que conduce á Tinaquillo. La separa de la sabana del Pao, con la cual linda por el Sur, una faja de tierra que con facilidad se abre y forma grietas. Al Oriente corre el río Paito, y en la mitad de la sabana se unían los dos caminos que conducían el uno á Tinaquillo y San Carlos, y el otro al Pao. La entrada por la vía de San Carlos era una abra estrecha formada al Oeste, y que daba salida al Naipe.

El camino era angosto, por entre cerros, subiendo y bajando las alturas de las Tres Hermanas. Al Oeste del abra y antes de llegar á ésta, arranca del camino real la Pica de la Mona, que es una vereda que subiendo por la cima de un montecillo da á una quebrada del mismo nombre que limita á Carabobo por el Oeste. La vereda era angosta y fragosa, y en extremo difícil la bajada á la quebrada, porque era muy pendiente, además de estar dominada por los cerros del abra. Para subir á la sabana, el camino era escarpado y muy inclinado, y la salida era frente á una colina que le dominaba por completo, aunque á alguna distancia. Como la cumbre de esta colina era plana, podían con ventaja moverse las fuerzas que la ocupasen.

Chesterton, que asistió á la batalla, dice: «En el campo de Carababo sólo hay tres casas distantes una de la otra en una planicie grande y desnuda», y el coronel Douane agrega: «Si un militar buscase un campo de batalla para un cuerpo de 10.000 hombres, no encontraría uno mejor que este. Viniendo de Tocuyito después de haber cruzado el río Guataparo, el terreno tiene una subida suave y á alguna distancia es plano y se divisa una quebrada al través de las sombras de verdura: esta quebrada está seca en el verano; pero se desborda con las lluvias. Al cruzarla, la subida es más pendiente que la bajada, y al llegar al borde del barranco aparece el campo de Carabobo, ascendiendo como un cuarto de milla en dirección Sur. Al frente, el terreno va bajando por

media milla hasta llegar al centro del campo donde hay una planicie de 3 á 400 yardas para luego subir abruptamente, formando como plataformas sucesivas que se levantan cubiertas por montes espesos y arbustos incultos, y más lejos los árboles menos tupidos y luego la floresta profunda y obscura subiendo hasta la cumbre de la montaña: á la derecha, ó sea al Oeste, hay un descenso más rápido y como á media milla de la entrada por Guataparo hay un río seco como de 50 pies de ancho y 4 de profundidad, cuyos barrancos exhiben una masa de piedras angulares que abruptamente se levantan desde el fondo del río, cubiertas de raíces y yerba en cortes perpendiculares: detrás de este río y como á 180 yardas comienza una hilera de cerros cubiertos de verdura que semejan un gran campo de heno, y detrás la montaña oscura y profunda.»

El ejército realista al mando de La Torre, ascendía á 5.000 hombres, 3.500 infantes y 1.500 caballos. Los batallones habían sido completados con reclutas del país y tenían 700 plazas, excepto *Infante* que sólo tenía 500. *Hostalrich* había llenado sus bajas en los combates de Caracas y también estaba completo, y *Valencey* tenía 900 plazas.

La Caballería de Morales estaba desmoralizada y era marcada la falta de cordialidad en las relaciones entre este jefe y La Torre.

Cubría el camino de San Carlos *Valencey*, al mando de Tomás García. Estaba tendido á la izquierda de la entrada á la sabana. A la derecha del abra estaba *Barbastro*, mandado por Juan Cini. Un poco á retaguardia, apoyado en un matorral poco espeso, se situó á *Hostalrich*, comandado por Francisco Illas. *Infante*, que sólo tenía soldados del país, ocupaba el camino del Pao, en el punto en que corta el de Valencia á San Carlos, y á retaguardia en este camino se hallaba colocado *Burgos*. Dos cañones de campaña cerraban la entrada del abra del camino para San Carlos.

La Caballería estaba situada en la sabana de Tocuyito, detrás del río Guataparo, cosa de dos leguas de Carabobo.

Si bien el campo de Carabobo desde el punto de vista militar es una buena posición para maniobrar 10.000 hombres, tiene el inconveniente de que puede ser desechado fácilmente por Tinaquillo á Bejuma para venir por Chirgua á caer á Las Trincheras, entre Valencia y Puerto Cabello, con lo cual queda cortada la base del ejército y amenazada su retaguardia.

Además la ocupación de una posición sin puntos de apoyo extremos expone al ejército á un ataque de flanco. Al cargar el enemigo violentamente sobre un ala, la envuelve ó arrolla con facilidad; así mutilado el contrario, es incapaz de maniobrar y es batido en detal. Para obtener este resultado hay dos caminos: ó bien se ataca resueltamente el frente, mientras parte de la reserva cae como un bloque sobre el ala designada, ya debilitada por la lucha, y la arrolla, ó bien se ataca desde el principio y de firme esta ala por fuerzas superiores, mientras el resto del ejército amenaza de frente é impide al enemigo socorrer con todas sus tropas el ala atacada, obligándole á dividir sus fuerzas, lo que trae por resultado la derrota. El primer modo de acción impone la maniobra rápida, que es fácil cuando se combate en orden lineal, pero difícil en campo quebrado ó donde los caminos son angostos, como en las entradas á Carabobo. El segundo modo tiene la ventaja de que permite entrar á pelear sólo una parte del ejército, quedando una gran reserva disponible, y se combate sin disminuir la compactación del grueso de las tropas. Para esta evolución es indispensable una marcha de flanco, ocultada por el grueso del ejército, por lo cual se impone la necesidad de cuerpos escogidos, y sumo cuidado en la ejecución, pues de ella depende el éxito de la batalla. La operación es muy delicada y es peligrosa hacerla con tropas colecticias.

Escoger La Torre un punto demasiado fuerte como lo era el abra de la entrada á la sabana, no era del todo ventajoso, atendiendo á que el enemigo, en vez de perder su fuerza atacándolo, trataría de flanquearlo amenazando su línea de comunicaciones. Además la ocupación de la posición obliga á permanecer inactivo y á la defensiva, esperando el avance contrario para conocer sus miras, lo que da por resultado que las masas se mueven con tardanza. La Torre creyó que la Caballería, á la vez que cuidaba su flanco izquierdo, le servía para el contra-ataque una vez quebrantado el enemigo; pero la Caballería, lo que cubría realmente, dada su posición, era la retaguardia de Carabobo y no la entrada por el Pao.

Indudablemente Bolívar había estudiado la táctica de Napoleón y aplicó correctamente sus reglas en Carabobo, modificando así los principios del rey de Prusia. En efecto: entrabó la libertad de acción de La Torre, fijándolo en Carabobo; reservó sus movimientos, desplegando sólo un número pequeño de sus fuerzas; recordando á Austerlitz, ordena á Páez con su división que haga solo frente al enemigo, para tener tiempo de traer otros cuerpos al campo de batalla, mientras el enemigo ocupa el suyo en destruir á Páez; atrae al enemigo á combatir donde él quiere y no donde le esperaba; le obliga á cambiar de frente bajo las fuerzas, y, por último, le pone en la necesidad de dividir sus fuerzas para custodiar tres puntos por donde espera el ataque, lo que facilita su batida en detal.

La Torre hizo mal en encerrarse en Carabobo, cuando debió disputar el terreno con ventajas desde Tinaquillo, donde tenía las posiciones del Barniz, Tres Hermanas, El Naipe y Buenavista, todas ellas con agua y pasto.

No debió colocar sus tropas aglomeradas sobre la abra, punto de fácil defensa y que siempre daría lugar para reforzarlo durante el ataque. Inutilizó allí el mejor cuerpo de su ejército.

Hizo peor aún en destacar una división sobre el Yara-

cuy en vísperas de la batalla, con lo cual debilitó su ejército.

Por último, cometió cuatro grandes faltas, que revelan su impericia y falta de los más triviales conocimientos de la castrametación. La principal fué no haber hecho un estudio del campamento en los muchos días que permaneció en Carabobo. Si lo hubiera hecho habría sabido la existencia de la Pica de la Mona y fácilmente habría cubierto esta entrada. Fué la segunda no cubrir sus flancos con tiradores, con lo cual hubiera evitado la sorpresa que recibió al ver el enemigo en la sabana, por donde menos lo esperaba. La tercera fué colocar la Caballería y dejarla allí el día de la batalla á dos leguas distante del lugar del combate, cuando lo natural era que ocupase la sabana del Pao en su conjunción con Carabobo. La última falta fué mucho más grave: abandonar la altura de Buenavista y el desfiladero de este nombre, donde con mediano esfuerzo hubiera podido detener al enemigo.

Contar con que Bolívar viniese á estrellarse brutalmente contra aquella abra angosta y bien defendida que daba entrada al campo viniendo de Tinaquillo, era una verdadera candidez. La Torre esperó el ataque por el lado del Pao y tomó sus precauciones por este lado, pero dividió sus fuerzas para defender el abra, cosa que pudo haber hecho con sólo un batallón, dejando así una fuerte reserva disponible. Además, si tal era el plan de defensa, no debió abandonar á Buenavista para obligar al contrario á entrar por el Pao, cuyo camino era de fácil defensa, por ser muy quebrado y cubierto de árboles y monte, donde una pequeña fuerza bien colocada hubiera contenido una mucho mayor.

Bolívar resolvió entrar á la sabana por el flanco derecho enemigo, que con razón consideró débil. El ejército formó cortina al frente del abra, mientras la primera división, al mando de Páez, ejecutó rápidamente una marcha de flanco, bajo los fuegos de la Artillería enemi-

ga; siguió por la quebrada de la Mona y luego por una pica que ancharon los zapadores desembocó á vista de la sabana un batallón escogido (*Apure*, al mando de Torres), y causó una sorpresa al enemigo, siendo lo más grave que La Torre, creyendo que la marcha de la primera división enemiga era sólo para llamarle la atención, se movió de Carabobo, hacia la sabana del Pao, con *Burgos*, y esperó allí el ataque enemigo.

La primera división marchó durante dos horas y media, puede decirse abriendo camino, hasta que súbitamente llegó á la cumbre de una colina donde se divisaba el campo de Carabobo á cosa de dos millas de distancia. Un exceso de arrojo les hizo avanzar de frente, y al bajar la Infantería encontró, aunque tarde, que la distancia era mayor que la que se imaginaban. Veinticinco minutos tardaron en llegar al pie de la colina, y se encontraron con un pequeño valle y luego la quebrada, de modo que al llegar á ésta se hallaba á 150 pies más bajo que el nivel de la planicie, ya ocupada por fuerzas enemigas que venían á disputarle la entrada. Si Páez hubiese tenido conocimiento del terreno, habría marchado oculto un poco más al Norte, hasta llegar á la altura de la fila, y habría descendido, á caer á retaguardia del enemigo, siempre dominándolo. El éxito de la batalla estuvo un momento dudoso, á causa del movimiento precipitado de la primera división.

La Torre comprende á medias el movimiento del contrario, pero siempre temeroso por el abra, y por el camino del Pao, deja inactivos sus mejores batallones y con *Burgos* cae sobre *Apure*, que acababa de trepar la altura y entrar á la sabana, fuerte de 800 hombres, por habérsele incorporado los zapadores de los demás cuerpos, que habían venido á abrir la pica. Al ceder el terreno los patriotas, viene *Británico*, regido por Ferrier; rodilla en tierra resiste al enemigo y da tiempo á *Apure* para rehacerse y á que entren al campo las caballerías de la primera división. Aun así, la disciplina española

contuvo á los jinetes y los desordenó. Era el momento decisivo para traer al combate á *Valencey*, que estaba cerca custodiando el abra; pero La Torre no lo aprovechó y dió tiempo á que se organizara la Infantería de la primera división y á que entraran las caballerías y más tarde parte de la segunda y tercera divisiones, por una nueva senda paralela á la que trajo la primera. Los realistas quedaron divididos y fueron batidos en detal, sin que *Valencey* y *Hostalrich* hubiesen disparado un solo tiro. Morales abandona el campo sin tomar parte en la lucha, pues apenas hizo un tímido ensayo con cosa de 500 jinetes, y esto para proteger la retirada, pues propiamente no hubo acción decisiva por parte de la Caballería española. *Valencey* forma el cuadro y se retira gallardamente, resistiendo á casi todo el ejército enemigo. Esta retirada prueba que si en lugar de permanecer inactivo custodiando un abra de suyo defendida hubiese tomado parte en la lucha, las cosas habrían resultado probablemente de un modo distinto.

El resultado de la batalla de Carabobo fué decisivo. Caracas, Valencia, Cumaná, La Guaira cayeron en manos de los colombianos, y á los españoles sólo les quedó la plaza fuerte de Puerto Cabello. La lucha tomó desde entonces el carácter de una agonía.

La Torre era un general que no tenía la superioridad de Morillo para mandar en jefe. Lo que hizo después Morales demostró que era superior á aquél en este sentido. La Torre no tuvo ni la visión, ni la firmeza, ni menos la prontitud para aprovechar las circunstancias. No fué muy apto para manejar grandes masas y tenía un jefe de Estado Mayor (Montenegro) poco apto para el puesto. Por eso se peleó en Carabobo; por eso se perdió la batalla.

Á pesar de cuanto hemos dicho, la disciplina española triunfó sobre los errores de los jefes. El honor español no se hundió en Carabobo, sino que salió triunfante con *Valencey*.

En Carabobo quedó palmariamente demostrada la superioridad de una Infantería disciplinada. Salvó á *Valencey* en su retirada su admirable disciplina: salvó la situación, desde el punto de vista de los republicanos, la perfecta disciplina de *Británico*. *Apure* pudo resistir tanto tiempo contra fuerzas muy superiores, porque los soldados barineses de que se componía habían recibido en el Llano una sabia enseñanza militar. Aquel día se midieron tropas colombianas, bien organizadas, contra las veteranas legiones españolas. La Infantería colombiana demostró allí su poder y entró á ser digna rival de su enemigo.

El éxito de la campaña de 1821 no fué el producto de la fortuna ó de la buena suerte, ni de la audacia, como la de 1819. Ella se estudió con frialdad, se meditó en todos sus detalles, se ejecutó sobre un plan fijo, con término y objeto indicados de antemano, con movimientos combinados científicamente y hasta se indicó el lugar en que se daría la batalla final. Bolívar transformó su gloria de caudillo por la de guerrero. Sólo Bolívar podía entonces llevar á cabo tan estratégica concepción, porque él era el centro y la voluntad que daba unidad á los esfuerzos populares. Comprendió que había pasado el tiempo de la guerra primitiva y que era necesario hacerla con ciencia más que con valor; que pelear á ciegas, marchar á la ventura, atacar gallardamente y fiarlo todo al arrojo, eran axiomas de otros tiempos; que no era general de un ejército el que peleaba como un capitán de compañía, sino el que dirigía el combate, y lo dirigía con pericia; que era la ciencia y la inteligencia las que guiaban á la espada, y no el valor personal.

VI

CUADROS ANTIGUOS

I

El armisticio.

Según los cuadros de fuerzas recibidos en el Ministerio de la Guerra en Madrid al comenzar el año de 1820 el ejército español que ocupaba á Venezuela constaba de las tropas siguientes:

Infantería expedicionaria..................	5.811	plazas.
Caballería ídem........................	426	»
Veteranos del país, Infantería y Caballería..	6.080	»
Milicianos.	125	»
	12.442	»

Además tenía empadronados 6.000 caballos.

Había, por último, cosa de 1.000 hombres distribuídos en campos volantes, guarniciones y retenes, compuestos de tropas del país, con oficiales españoles.

Los realistas eran dueños de toda Venezuela, con excepción de la isla de Margarita, la provincia de Guayana y parte de Barinas; es decir, el Apure. La Torre, con la tercera división, fuerte de 1.200 hombres, tenía su cuartel general en Tovar, y sus avanzadas llegaban á Bailadores, vigilando á Cúcuta. Morales, con 2.000 caballos,

300 infantes y una batería de Artillería, que formaban la segunda división, llamada vanguardia, ocupaba á Calabozo para tener en jaque á Páez. Real, con 1.300 hombres que componían la quinta división, ocupaba á Guanare, dándose la mano con La Torre. Morillo, con 2.500 hombres, se extendía desde Valencia, y el Pao hasta San Carlos y Araure, con su cuartel general en el Tocuyo. Cires, con la cuarta división, compuesta de 1.300 hombres, cubría á Cumaná, Carúpano y Güiria. Arana, con el carácter de comandante de los Llanos de Barcelona, extendía el radio de su acción hasta Río Chico y tenía á sus órdenes 1.600 soldados. Maracaibo estaba defendida por una columna de 300 hombres veteranos y 500 soldados del país, y era su gobernador el coronel Montenegro Colón. En Coro había 700 soldados con Inchauspe; y en Caracas, La Guaira y Puerto Cabello, guarniciones que formaban un total de 1.200 hombres. El Tuy y la parte Oriental del Guárico eran recorridos constantemente por Campos Volantes formados de tropas del país.

Aunque hacía años que estas tropas no recibían sueldo, sostenía la moral del ejército el prestigio de Morillo y la fe que en él se tenía. Así como la independencia estaba encarnada en la persona de Bolívar, la causa del rey lo estaba en Morillo. A su rededor se agrupaban los españoles que vivían en Venezuela, y un círculo no despreciable de venezolanos que seguían leal y tenazmente las banderas españolas y ocupaban puestos importantes en la administración de la colonia. El clero reconciliado con Morillo era realista en Caracas y el centro, y patriota en Oriente, en la Cordillera y en el Sur de Occidente, distinguiéndose el de Valencia por su exaltado realismo, en oposición al patriotismo del de Mérida. En cuanto á la masa del país, desde la muerte de Boves, en 1814, se venía efectuando en el pueblo un cambio de opinión, y ya comprendía que Dios y el rey eran dos cosas distintas, y que contrario á lo que se le había inculcado desde niño, se podía atacar al rey sin ofender á Dios, y no ha-

cer caso de las ideas políticas del cura, sin lastimar por eso á la religión católica. Quebrantadas así las antiguas creencias religiosas, el dominio absoluto del sacerdote se estrellaba ante el amor á la Patria. Además el elemento pardo vió en la guerra el camino de la igualdad, y como el venezolano le trataba con consideración y el español con desprecio, acudió á alistarse en las filas patriotas, donde halló á muchos de sus compañeros ocupando puestos distinguidos en el ejército.

Debido á este cambio en las corrientes de la opinión, la causa de la independencia era hasta cierto punto preponderante en Venezuela, y la iniciativa particular comenzaba á manifestarse de una manera ostensible. Morillo lo confiesa así, en oficio al ministro de Guerra, fechado en 29 de Marzo: «Con la disminución de nuestras fuerzas y recursos y el aumento de las de los enemigos, podrá formarse (S. M.) una idea aproximada de nuestra situación. Todavía esta sería más soportable si en lo moral no hubiese un influjo tan pernicioso y corruptivo. La opinión pública ha cambiado de una manera asombrosa aun en los pueblos más decididos por la causa del Rey.» En efecto: en oficio de 8 de Agosto confiesa Morillo que en los tres meses anteriores había tenido el ejército más de 800 deserciones.

En cambio, la situación militar de los patriotas no era satisfactoria. Las fuerzas que tenía Páez en Apure no pasaban de 1.400 caballos en malísimo estado. Su excursión por Barinas fué de resultados adversos, por la deserción que sufrió, la falta de comida y el estropeo de los caballos, de manera que tuvo que replegar á Achaguas y abandonar á Guasdualito. La Infantería que pasó revista en Achaguas el 7 de Enero montaba á 1.314 plazas disponibles. Urdaneta, que reemplazó á Salom en el mando de las tropas acantonadas en San Cristóbal, sólo encontró, según oficio de 21 de Enero, 1.200 fusileros.

El Oriente había quedado desguarnecido con las salidas de tropas para el aumento del ejército de Páez.

Además el espíritu de provincialismo daba lugar á frecuentes divisiones, que traían por resultado que los cuerpos se disolvían inesperadamente. Había un núcleo de 600 hombres que tenía Arismendi en Maturín; Monagas permanecía en Onoto con algunos pequeños cuerpos de Caballería, que no pasaban de 500 soldados, y Rojas, en la provincia de Cumaná, disponía de cosa de 200 infantes. Margarita tenía un buen pie de fuerza extranjera de 500 hombres. No disponían, por tanto, los republicanos de más de 6.000 hombres, y no había fusiles para armar nuevos infantes.

Felizmente, Morillo creía al contrario poderoso. Aseguraba al ministro de Guerra el 10 de Febrero de 1820 que Bolívar bajaba con 4.000 hombres por Casanare y San Camilo; que Urdaneta marchaba sobre La Torre con 2.500 hombres; que Páez, con los ingleses, unido á Mariño, disponía de 4.000 hombres, y que en Margarita había 1.000 ingleses más. Y concluye así: «En tan críticos momentos yo no he podido hacer otra cosa que reconcentrar las fuerzas del Ejército de mi mando y evitar en lo posible una acción contra enemigos tan superiores, dando tiempo á la llegada de la expedición que espero sin tardanza.» Ya antes había dicho al Gobierno el 1.° de Diciembre de 1819, al saber la invasión de Páez á Barinas, lo que sigue: «En esta situación que va á dejar el destino de estas provincias á la merced de un batalla, cuyo éxito es bastante dudoso, atendiendo á la desigualdad con que debe librarse el combate por nuestra parte, sólo espero que el accidente feliz que ha retardado el tiempo de abrirse la campaña (las lluvias) me proporcione la llegada de los auxilios que espero de la Península, que son los únicos que pueden salvar estas posesiones de la terrible crisis en que se hallan.»

Morillo estaba completamente desanimado y desesperanzado. Desde el 7 de Marzo de 1816 había dicho á la Corte que el peligro estaba en la ocupación de Guayana y Margarita por los insurgentes. Perdidas ambas pro-

vincias para España, trató en 1819 de dar un golpe á Páez allá en sus campamentos del otro lado del Apure. «Los sucesos de esta campaña—dijo al ministro de Guerra el 12 de Mayo—no han podido ser á pesar de mis esfuerzos, tan ventajosos y decisivos como yo hubiera deseado»; y más tarde, en 12 de Septiembre, calificó de efímeros sus resultados. Convencido de que necesitaba refuerzos para dominar la situación, los pide esta vez con urgencia. Creía que le bastaban 4.000 hombres y unos cuantos buques de guerra. La pérdida de Cundinamarca y la destrucción de la tercera división de Boyacá le hacen enviar á su ayudante, el coronel León Ortega, á pedir tropas á España el 12 de Septiembre. Ya para entonces necesitaba de 7 á 8.000 hombres más, y así lo dice al ministro de Guerra el 24 de Septiembre desde el Tinaco. Muy explícito había sido Morillo el 1.° de Diciembre en Barquisimeto cuando, reiterando el pedido de tropas, le dice: «y esta es la única esperanza que me queda para volver otra vez á la actitud imponente con que debe hacerse la guerra».

En el mar la situación de los españoles era desastrosa. «El estado de la Real Hacienda en estas provincias—dice Morillo al Gobierno el 1.° de Diciembre de 1819—no ha permitido solicitar más auxilios de los que se han suministrado á la marina, que, sin embargo, en proporción al Ejército ha tenido muchos más recursos, y todas estas circunstancias nos han reducido á tal impotencia en el mar, que nuestros puertos y costas están enteramente á merced de los piratas.»

Toda la correspondencia de Morillo revela un perfecto conocimiento de lo grave de su posición y un gran error de apreciación respecto al número de fuerzas contrarias. Además faltaba la unidad y buena armonía entre los españoles, y de ello se queja Morillo en oficio de 20 de Marzo, dirigido al ministro de Guerra: «Por una fatalidad inconcebible—dice—no hay aquella unión que debería distinguir á las autoridades del Rey en este

hemisferio, las cuales, haciendo entrar en sus providencias, resentimientos y miras personales, no saben acallar sus agravios para salvar las posesiones españolas que se hallan inminentemente amenazadas, sin más razón que no les están encargadas, como si pertenecieran á otro soberano, y por la triste satisfacción de no contribuir á las glorias de otro Jefe.»

No era Morillo un general á la altura de tan delicada situación: porque á más de un general se necesitaba un político con poder para hacer concesiones, y ni tenía ejército ni tenía facultades para esto último. Veamos quién era Morillo. Huyendo de la casa paterna por temor á un castigo, sentó plaza de soldado de Marina á los trece años. Soldado durante siete años y sargento diez años, hizo luego carrera como guerrillero en la guerra de España contra Francia. Hizo la guerra de partidas, emboscadas, encuentros inesperados, marchas rápidas y otras operaciones semejantes, de corta duración y en limitado campo de acción. Cuando mandó una división obró siempre subordinado, de modo que puede decirse que no ejerció la guerra científica, nunca dirigida por él. Como no tuvo escuela, carecía de la audacia de las combinaciones y apenas tenía las imperfectas nociones de la táctica de Federico, única conocida entonces en España. Era un soldado que sólo tenía fe en el empuje brutal de la tropa. Combatía para destruir de frente lo que se le oponía, y al extender su radio de acción no era como resultado de movimientos estratégicos, sino de simple avance. Además seguía el sistema fatal de defender plazas, lo que debilitaba su ejército. Su campaña de 1819 sobre el Apure, tan estudiada y tan preparada, prueba su falta de criterio militar, al pretender dominar los inmensos llanos sin Caballería suficiente y adecuada para ello, cuando lo indicado era hacer lo que hizo después: encerrar á Páez é inutizarlo en sus campamentos, cortándole la comunicación con Guayana, para lo cual le bastaba dominar los ríos Apure y Arauca, cosa que estab a

á su alcance. Fué errada la táctica de cordones, que consiste en atacar al enemigo á la vez en todos sus puntos, considerando este método como el más aparente para inspirar la creencia en la superioridad de la fuerza ofensiva. No aprendió con Carnot á obrar siempre sobre las alas, ni trató nunca de tenerlas divididas. Cinco años de lucha le habían enseñado á conocer á fondo la índole de los pueblos de Venezuela y de la Nueva Granada y creyó siempre que la conquista de ésta era cuestión de un paseo militar, mientras que halló tenaz resistencia en Venezuela, principalmente en el Oriente y el Apure. Como la provincia de Caracas aceptaba la dominación española atemorizada por lo que había sufrido, no le inspiraba cuidado el centro del país.

Cometió el grave error en 1819 de emprender la campaña de Apure, cuando lo indicado era tener en jaque á Páez y ocupar á todo trance á Guayana. Esta campaña le demostró que no bastaba avanzar y avanzar para dominar un territorio enemigo, y con buen juicio resolvió aislar á Páez para obligarle á salir de sus reales. Efectivamente, éste quiso romper el cerco por Barinas y fué desgraciado en su operación. Desde entonces ambos contendientes adoptaron el sistema de la prudencia y se limitaron á conservar sus posiciones. La guerra fué rutinera: á cada cuerpo colombiano opuso Morillo uno español, guardó las entradas y las posiciones. Sus marchas no tuvieron otro objeto que la defensa, nunca la agresión. Insensiblemente se fué aislando, é ignorando el estado del enemigo, diríase que esta ignorancia le hizo abultar enormemente las fuerzas contrarias.

Perdió un tiempo precioso en 1819, que pudo aprovechar á principios de 1820, precisamente en la época aparente para una campaña. La operación indicada era formar una masa compacta, conducirla rápidamente más allá del Orinoco, sorprender al enemigo, que no le esperaba, apoderarse de Angostura y cortar por completo los recursos del exterior, tan necesarios para las tro-

pas de Bolívar. Así como Morillo pasó el Arauca á vista del enemigo, forzando el paso del Caujaral y pasando el río en seis canoas que condujo desde San Fernando á la cola de los caballos, pudo pasar el Orinoco por donde hubiese querido. La memoria del E. M. G. sobre la reconquista de Guayana explicaba la operación en todos sus detalles y sólo se necesitaba para ella 3.000 hombres. Morillo estaba persuadido de que esto era indispensable para dar el golpe de gracia á Bolívar, y es inconcebible por qué no lo ejecutó en 1820, sobre todo después que Arana hizo en Marzo una marcha sobre Santa Clara en Barcelona, y pudo convencerse de que no había enemigo serio á su frente y que en Soledad apenas estaban 200 hombres al mando de Cedeño, mientras que Monagas sólo disponía de 400 jinetes.

Morillo perdió la calma y se imaginó que Bolívar se le venía encima con un inmenso ejército de la Nueva Granada, y otro inmenso ejército de ingleses, que hacía subir á 5.000 plazas. Esperó, pues, el ataque por este lado, y á un simple amago del enemigo repliega Real con la quinta división, abandona á Barinas y se viene á Guanare. No se explica por qué Morillo no se sostuvo antes en Cúcuta ó San Cristóbal, donde era fácil la defensa, é interceptaba al enemigo con Angostura. Aun suponiendo que juzgase equivocadamente el número de la fuerza contraria y la creyese superior, no debió nunca evacuar á Cúcuta ni menos ordenar á La Torre que conservase su división sin comprometerla. Cuando éste evacuó á Cúcuta y se retiró al Chama, creyó que el enemigo tenía 2.500 hombres; pudo, pues, haber resistido en San Cristóbal con sus 1.400 hombres veteranos y no abandonar el Táchira, donde podía fácilmente ser reforzado por Real.

Y es tanto más inexplicable la conducta de Morillo cuanto que, capturado el asistente del coronel Rondón que llevaba á Páez los pliegos é instrucciones y plan de campaña acordado por Bolívar en Febrero, el jefe espa-

ñol se enteró por boca del mismo jefe enemigo de la situación verdadera de su contrario y el estado de sus tropas; y La Torre le envió el 19 de Febrero una noticia detallada del ejército enemigo y le dice que apenas le quedaban á éste mil y pico de hombres de tropa regular, lo cual era la verdad. Páez no debía inspirarle serio temor, toda vez que tenía á su frente á Morales, que podía fácilmente estorbarle cualquiera operación fuera del Apure. Visto estaba y era harto conocido que Páez era temible del otro lado de este río; pero del lado de acá estaba en iguales condiciones á Morales, y su derrota en Cojedes había convencido á los españoles de que no era invencible, apreciación que fué confirmada en el asalto de La Cruz.

En el Oriente, Arana se aniquilaba inútilmente en correrías, marchas y contramarchas sin objeto ni plan fijo. Sólo se tenía en mira recorrer constantemente el territorio, creyendo que así se aseguraba su dominio, sin atreverse á ocupar á Soledad para amenazar á Angostura, operación fácil y sin peligro.

La situación del Libertador al principiar el año era crítica. Había extendido mucho su radio de acción y tuvo que distraer fuerzas considerables para acabar de dominar á la Nueva Granada. No había un solo cuerpo de tropas en que apoyarse desde Bogotá hasta Cúcuta, de manera que un revés cualquiera daba por resultado la pérdida de Nueva Granada. Bolívar conocía bien la situación, y dice el 31 de Enero que marchaba á Cúcuta, «no tanto á activar las operaciones como á evitar un desastre... No es creíble—agrega—la falta que nos hacen las armas tanto para el Apure como para Cundinamarca. Mientras éstas no lleguen y se acostumbren los batallones de reclutas á su manejo, nada se puede emprender». Esto explica por qué apenas ocupó La Torre el puente de Chama cuando Urdaneta, que había avanzado hasta Bailadores, replegó sobre San Cristóbal. Esta retirada convenció á La Torre de la inferioridad del enemigo y

quiso avanzar, pero no pudo hacerlo, obedeciendo sus instrucciones.

Los planes de campaña de Bolívar en 1820 revelan la incertidumbre. Como en 1818, danse órdenes y contraórdenes con frecuencia, fíjanse movimientos estratégicos y marchas imposibles de realizar, y se disponen operaciones sabiendo que no pueden ejecutarse. Probablemente se quiso con esto sostener el espíritu de la causa con la esperanza de una campaña decisiva, inmediata, ó se trató simplemente de hacerlo creer al enemigo.

Sólo así puede explicarse que el 14 de Febrero se diera orden á Páez para que si el enemigo avanzaba sobre Occidente, batiese todos los cuerpos que había en la provincia de Caracas, ocupase esta ciudad y luego entrase por Trujillo y Mérida, tomándole la espalda, y si marchaba el enemigo al Oriente, ocupase siempre á Caracas. Según esto, el plan de campaña era «defenderse Bolívar con prudencia en la Nueva Granada y atacarle con audacia con Páez». Así lo dice á Urdaneta el 7 de Marzo, y ya antes, el 14 de Febrero, dice á Santander: «El General Páez está pronto para ejecutar esta operación luego que tenga la primera noticia; yo tengo la mayor confianza de que lo hará con el mayor acierto y suceso, tanto por su actividad y valor como por la hermosura del Ejército de su mando.»

El Libertador sabía por el estado de fuerza de 7 de Enero, que sólo había en Apure la *Legión Británica*, que tenía 108 hombres disponibles, y *Apure* que contaba 327 soldados, pues los demás cuerpos de Infantería habían marchado á Cúcuta, y sabía también que las caballerías de Páez estaban en tan mal estado que no era posible contar con ellas en todo el año de 1820. Páez, pues, no podía hacer otra cosa sino permanecer prudentemente en Apure, para servir de amenaza á Morales.

En Marzo 8 fija Bolívar de Mayo á Junio para abrir operaciones sobre Venezuela, sin haber recibido el armamento, que principió á llegar en Abril 20. Avisa á Páez

que en Mayo sería dueño de la provincia de Mérida, y le ordena que el 1.° de Junio pase el Apure, éntre en la provincia de Caracas, bata al enemigo que la ocupe y busque á Morillo dondequiera que esté. Mientras tanto, Bolívar obraría con prudencia «para no perder á la Nueva Granada».

El 13 de Abril se ordena á Bermúdez que defienda el territorio libre de la provincia de Caracas, Cumaná y Barcelona, moleste al enemigo con guerrillas y cubra á Guayana. Disposición muy acertada y la única que podía cumplir Bermúdez por el momento. Para entonces tenía Bolívar en el Táchira 1.800 hombres, que componían la Guardia y 700 que formaban la columna del coronel J. Briceño. Para el 30 ya había cesado todo temor de ataque por parte de Morillo, pues se sabía en el cuartel general que había desistido de toda operación sobre la Nueva Granada y que había tomado cuarteles de invierno en Barinas, Barquisimeto y Calabozo. Á este respecto dice Bolívar á Santander en igual fecha: «Si Morillo no se cree bastante fuerte para buscarme, tampoco aceptará la batalla que le ofrezco, y de consiguiente nuestra campaña sería muy larga, extremadamente penosa y el resultado el más incierto y aventurado, así por las dificultades que presenta la estación como por las desventajas que tendríamos siempre en las posiciones y recursos de subsistencia.» Tenemos, pues, á ambos contendientes adoptando la defensiva.

Sin embargo, en Mayo 6 recibe Plaza la orden de retirarse de La Grita sobre Guasdualito si La Torre avanza, y abandonar á San Cristóbal y á Táriba al sentir el movimiento del jefe español. No había, por tanto, intención de ocupar á Mérida en Mayo, como se había dicho á Páez, á pesar de que las fuerzas de Bolívar eran superiores á las de La Torre.

Muy oportuna fué entonces hacer, como se hizo, una diversión sobre Santa Marta para amenazar á Maracaibo. Lara fué encargado de ella, y como Río Hacha había

sido ocupada por la expedición salida de Margarita. Morillo se alarmó y reforzó á Maracaibo con 400 hombres. La desocupación de Río Hacha á causa del motín de la Legión Irlandesa, tranquilizó pronto al jefe español por este flanco.

La inacción de La Torre permitió á Urdaneta entrar por Guasdualito, Río-frío y San Joseíto con cerca de 2.000 fusiles venidos de Guayana con el teniente coronel Gómez. Urdaneta salió de Achaguas el 2 de Mayo, de vía de San Camilo.

Ya en Junio 9, se piensa atacar á Morillo, y previendo que al sufrir los españoles algún revés se vean forzados á abandonar á Caracas, se ordena á Soublette que organice en Guayana en los meses de invierno una división que obre sobre las costas de La Guaira, á tiempo que Bolívar se mueve sobre el jefe realista.

La Torre á su vez hace un avance y ocupa á La Grita, con su división. Al mismo tiempo, 22 de Junio, consulta Bolívar á Páez si podrán moverse en Julio, Agosto y Septiembre, y se le ordena que si se cree bastante fuerte, marche sobre Calabozo, sobre Barinas ó sobre Guanare, avisándolo al cuartel general para cooperar con él y combinar Bolívar y Páez el movimiento. Es decir, las marchas del Libertador estaban sujetas á las de Páez, pues se le autorizaba para emprender las operaciones en la dirección que él creyese más conveniente.

El 3 de Julio decía Bolívar: «Nuestra situación y la del enemigo en Venezuela en nada ha variado ni tiene nada de interesante.»

A su vez decía Morillo el día 4: «Al Ministro de Guerra.—Ya no existe la tercera parte de las tropas que conduje á estos países, y el pequeño resto que ha sobrevivido se encuentra en tal grado de miseria y pobreza que sólo puede concebirse por quien tenga idea del atraso que experimentan en sus haberes... Abandonados de este modo á nuestra propia suerte, en países asolados que cada vez se han ido arruinando más por consecuencia

de los males que sufren, muy particularmente desde que perdimos á Guayana, con que se destruyó la provincia de Barinas y la capital de Santa Fe, que nos privó de los socorros del Reino, ningún General de cuantos han mandado los Ejércitos españoles, ha podido verse en iguales compromisos á los míos.»

Tal era el estado de las cosas cuando comenzaron las negociaciones de paz solicitadas por España. Suspendiéronse las hostilidades entre las fuerzas de Bolívar y La Torre por treinta días, á contar del 6 de Julio; siendo la línea divisoria entre los contendientes, el puente de La Grita.

Aun cuando Páez no estaba comprendido en la suspensión de armas, se le recomendó el 18 de Julio, que no emprendiese ni ejecutase nada que pudiera comprometer las armas á una función de guerra que le fuese desfavorable.

La negociación de paz no dió resultado, y Morillo, al dar cuenta de ello al Gobierno el 26 de Julio, dice así: «Es un delirio, á mi entender, persuadirse que esta parte de la América quiera unirse á ese Hemisferio adoptando la Constitución política de la monarquía española. Ya otra vez se ha publicado aquí la Constitución y nunca se ha combatido con mayor encarnizamiento, porque los americanos disidentes no han peleado como he dicho para mejorar el sistema de gobierno, y es un error creer que sean capaces jamás de convenir en unirse á la Metrópoli. Ellos no quieren ser españoles... la absoluta independencia ó la guerra, es él solo arbitrio que nos dejan escojer. Volveremos á ella otra vez según las instrucciones comunicadas por V. E.; pero, ¿cuál será su pronto resultado en nuestro estado actual? Es, por cierto, bien lamentable y conocido, y nadie duda del funesto término de nuestros esfuerzos. Yo no puedo responder á la nación ni al Rey de las desgracias que van á seguirse; ni es empresa al alcance humano vencer tan insuperables obstáculos en un país donde al mismo tiempo

se necesita cambiar el antiguo sistema político, sacar recursos para vivir y combatir con los que se empeñan en ser nuestros enemigos.»

El 8 de Agosto traza Bolívar un nuevo plan de campaña. Urdaneta debía marchar el 1.° de Octubre á ocupar á Mérida, para luego unirse á Páez, que debía estar listo para pasar el Apure el 1.° de Noviembre. Todas las tropas que pudieran sacarse del Oriente y de Guayana vendrían inmediatamente al Apure, así como todas las armas que había en Guayana.

Se anulaba el movimiento ordenado á Soublette sobre La Guaira, y ahora se le ordenaba que el ejército de Guayana viniese al Apure. El Libertador entraría por Occidente con los cuerpos de Montilla y Lara que obraban sobre Cartagena y Santa Marta, que se había perdido, mientras que Sucre permanecería en Cúcuta. Contaba Bolívar reconcentrar en Apure 4.000 hombres, todos los cuales debían pasar el Apure por Apurito, á más tardar el 1.° de Noviembre, para venir á Guanare á unirse con el general en jefe. Urdaneta quedaba hecho cargo de las tropas reconcentradas en Apure y de ejecutar la marcha ordenada. Se trataba, por tanto, de un avance de dos grandes cuerpos sobre Guanare.

Cuatro días después, el 12 de Agosto, se cambia de plan. Urdaneta no irá á Mérida, ni tampoco al Apure. Reconcentradas todas las fuerzas acantonadas desde Bogotá á San Cristóbal, Urdaneta tomará el mando de ellas, que Bolívar calcula en 6.000 hombres, seguirá á Guanare, donde se le incorporará Páez, y reunidas todas las fuerzas, marchará contra el enemigo á destruirlo y á ocupar el país que posee. Si las tropas de Guayana no hubiesen llegado al Apure para fines de Octubre, debían obrar por la provincia de Caracas por la parte de Calabozo.

Según este plan, sólo en el caso de no llegar á tiempo el ejército de Guayana, habría dos cuerpos en movimiento; en caso contrario, sólo uno. Bolívar calcu-

laba estar él en Guanare con la división Lara, alrededor del 6 de Noviembre.

El 29 de Agosto se cambia totalmente el plan anterior desde Turbaco; un cuerpo de ejército, compuesto de la primera brigada de *La Guardia* y el batallón *Tiradores*, y una columna de Infantería al mando de Urdaneta, irán por San Camilo á unirse á Páez; el resto de la Guardia quedará con Sucre (que llegó á San Cristóbal el 28, con un gran parque), cubriendo el Norte de la Nueva Granada. Urdaneta esperará órdenes en Mantecal, Guasdualito ó Achaguas, y Páez no pasará el Apure hasta que no se le indique. Es decir, acantonamiento de fuerzas en Apure y el Táchira. Los cuerpos de Lara y Montilla quedaban obrando sobre Cartagena y Santa Marta.

El 30 se cambian los acantonamientos de las fuerzas, y Plaza, con su brigada de *La Guardia* y *Tiradores*, marcha á Guasdalito á esperar órdenes. Los demás cuerpos vuelven á sus antiguos cuarteles de San Cristóbal hacia Bogotá.

Mientras tanto el enemigo ha permanecido en sus mismas posiciones, sin emprender movimiento alguno. Por el contrario, apenas concluído el armisticio de treinta días, La Torre se retiró hacia Mérida, donde fijó su cuartel general.

El 12 de Septiembre, desde Río de Oro suspende Bolívar las órdenes de marcha anteriores y manda que *La Guardia* permanezca en San Cristóbal y los demás cuerpos se acantonen donde crea Urdaneta que es más conveniente para su subsistencia.

En Septiembre se encargó Tello de la división que mandaba La Torre, y éste vino á Caracas llamado por Morillo, á consecuencia del cambio político efectuado en España. Antes de separarse La Torre de Mérida suspendió allí el imperio de la Constitución y puso la provincia bajo el mando militar.

En el mismo mes llegó Bolívar á Cúcuta. Sucre salió á recibirle: al verle preguntó O'Leary quién era ese mal

jinete que se acercaba. «Es—dijo el Libertador—uno de los mejores oficiales del Ejército, reune los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom: por extraño que parezca no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto á sacarle á luz, persuadido de que algún día me rivalizará.»

Entró desde entonces Sucre á ser unas veces ministro de la Guerra, y como tal le vemos figurar en Octubre y Noviembre, y otras jefe de Estado Mayor General.

Con la llegada de Sucre á estos puestos coincide un cambio completo así en la política militar como en las operaciones de la guerra. El Libertador, que había rechazado todo arreglo con España que no tuviese por base el reconocimiento de la independencia, varía de modo de pensar, y el 21 de Septiembre propone aceptar el armisticio que Morillo le había ofrecido en Julio.

Al mismo tiempo marchan tres cuerpos á ocupar rápidamente á Mérida y á Trujillo, y se activan las operaciones sobre Santa Marta. Salta á la vista que el plan era hacerse dueño de las tres provincias, para cuando viniese la suspensión de las hostilidades quedasen en poder de Bolívar, como en efecto sucedió.

Al sentir el movimiento sobre Trujillo, Morillo dice al ministro de Guerra el 15 de Octubre: «Reducido el terreno que ocupan las armas nacionales á muy estrechos límites, en términos que habiendo evacuado el Brigadier Real la ciudad de Guanare, para no ser cortado por las fuerzas enemigas que llegaron á Trujillo, queda abandonada la provincia de Barinas y una gran parte de la de Caracas hasta San Carlos, donde se repliega dicho jefe.»

Entonces fué Páez el gran cuidado del jefe español, y como Morales hubiese aumentado sus fuerzas á 3.000 hombres, situados en Calabozo, se le ordenó estar pronto, y en caso de que Páez se incorporase á Bolívar vi-

niese á reforzar el ejército en San Carlos para contener sus progresos. (Oficio de 15 de Octubre al ministro de la Guerra.)

A la vez ordenó el Libertador el 22 de Septiembre que el ejército de Oriente, al mando de Bermúdez, se moviese en Noviembre sobre Caracas por el Tuy y Ocumare, procurando ocupar la capital. Podía Bermúdez invadir por Orituco ú otra dirección, según las circunstancias. Esta vez era hacedera la operación encomendada á Bermúdez, porque la sublevación del batallón *Clarines*, compuesto de criollos, ocurrida en Junio, y el haberse pasado á las filas republicanas casi toda la columna de Arana, compuesta también de naturales del país, el pronunciamiento de Tucupido y Valle de la Pascua, el del comandante Hilario Torrealba en el Potrero, la ocupación de Güere por Monagas, habían reducido de tal modo el ejército español, que la evacuación de Barcelona era esperada por momentos. Ordenóse á Páez dirigir sus operaciones conforme á las circunstancias.

El 9 de Octubre se dieron las órdenes de marcha á todos los cuerpos, ya ocupado Trujillo por el ejército patriota, y se señaló á Páez el 15 de Noviembre para estar en Guanare; pero como éste manifestó no poder moverse hasta el 15 de Diciembre por el mal estado de sus caballerías, se propuso la apertura de la campaña, con tanta mayor razón cuanto que se tuvo avisos de la venida de nuevos comisionados de Morillo á tratar del armisticio, ya aceptado por éste.

En efecto: para el caudillo español el armisticio era el único camino para salvar su personalidad. Basta leer su comunicación al ministro de Guerra, fechada el 28 de Septiembre en Caracas, para apreciar el triste estado del ejército español: «La opinión ha cambiado simultáneamente y muchos de los pueblos que jamás habían titubeado en su lealtad han corrido veloces á ponerse á las órdenes de aquellos mismos que odiaban y tenían por sus más crueles enemigos... La seducción y el engaño

han cundido hasta en los cuerpos de este Ejército. Esta desagradable ocurrencia (lo sucedido al coronel Arana) y otras que me temo, junto con la sublevación del Batallón ligero de Clarines en Carúpano, deserción completa de los cantones armados de Potrero y Güere y su incorporación á las bandas enemigas, me deja poseído del más triste dolor por la suerte que espera á los valientes de este Ejército que no les queda más recurso que perecer sin la grata esperanza de dar á la nación el fruto de su último sacrificio... Todo presenta el aspecto más temible y desagradable.»

Tantas y tan reiteradas veces había presentado Morillo su renuncia, que al fin la Corte se la admitió el 13 de Septiembre y nombró para sucederle á La Torre; pero como se hallaba en el Tocuyo, ocupado en ajustar el armisticio, resolvió dar término á la negociación para luego entregar el mando.

Entretanto, la situación se presentó aún más difícil con la deposición del gobernador realista en Maracaibo. La libertad de imprenta proclamada por la Constitución dió ocasión, según Morillo, á que «un cierto número de hombres malignos por carácter y perturbadores por costumbre, comenzaron á abusar de esta santa y benéfica libertad publicando escritos subversivos á la clase de pardos y morenos de Venezuela, que es casi toda su población y casi todo el Ejército... Parecía que se trataba de hacer perder en el ejército y en los pueblos el respeto á la autoridad».

Más aún la situación militar se empeoraba. Dejemos hablar á Morillo al ministro de Guerra el 15 de Octubre; dice así: «La 3.ª División de este Ejército que ocupaba el pueblo de Bailadores, se ha visto obligada á replegarse hasta el Tocuyo con alguna pérdida, perseguida por las fuerzas de Bolívar que con 3.000 hombres de infantería y alguna caballería ha bajado desde los valles de Cúcuta para invadir estas provincias y ha llegado sin obstáculo alguno hasta las inmediaciones de dicha ciu-

dad. Sobre su marcha ha recibido las aclamaciones de los pueblos y se le han reunido sus habitantes y las compañías veteranas que guarnecían las ciudades de Mérida y Trujillo, aumentándose con ellas y los paisanos armados el número de los invasores hasta el punto de no poder oponérsele resistencia alguna». Más aún: Barcelona fué ocupada por Monagas y el paso de Tacarigua fué forzado por los republicanos, por lo que dijo Morillo el 15 de Octubre al ministro de Guerra: «están á la vez los enemigos á las puertas de la capital de Caracas y amenazando ocupar el pequeño territorio de los valles de Aragua y las plazas de Cumaná, Guaira y Puerto Cabello, que es el que dominamos actualmente».

Y para colmar la medida, el Congreso americano había reconocido á los gobiernos americanos, y el coronel Reyes Vargas, que tantos servicios había prestado á España y que sostenía la causa en Barquisimeto, acababa de tomar servicio en las filas republicanas.

Bajo tan tristes circunstancias se comprende que Morillo, ya listo para embarcarse, por estar relevado del mando, hubiese convenido en un armisticio de seis meses, que establecía la terrible condición de que durante él no se podrían desembarcar tropas españolas en Colombia, cuando él sabía mejor que nadie que sin un refuerzo de seis á ocho mil soldados no era posible dominar la situación, y, por lo tanto, el armisticio consumaba la ruina del Poder español en esta parte del Continente.

El armisticio fué firmado el 25 de Noviembre y ratificado el 26. Bolívar, á pesar del tono que usó con Morillo durante las negociaciones, «no se hallaba en condiciones favorables para asumir la ofensiva, tanto por la debilidad de sus fuerzas, que apenas bastarían á defender el país que recientemente había ocupado (Mérida y Trujillo) como por la falta de municiones... La caballería patriota estaba muy estropeada y no había como remontarla; para el servicio de avanzadas se tenía que

emplear los caballos de los oficiales.» *(O'Leary*; t. II, pág. 51.)

El 3 de Diciembre se encargó La Torre del mando del ejército en Barquisimeto, y Morillo se despidió de las tropas y anunció su regreso á España. La noticia produjo en Caracas profunda impresión y fueron grandes los esfuerzos que se hicieron para que difiriese su viaje. La separación de Morillo significaba para los venezolanos realistas su inmediata ruina. Todos ellos se vieron perdidos y las corporaciones hicieron manifestaciones que demostraban el temor de que estaban poseídas. Subió de punto el terror cuando se supo que Morillo no vendría á Caracas, sino se embarcaría en Puerto Cabello.

Oigamos al doctor Felipe Fermín Paúl, en carta á Morillo, fechada en Caracas el 4 de Diciembre de 1820: «Es inexplicable, mi amado y respetado general, la sensación que todo este pueblo ha recibido con la noticia de que usted parte para España. Discurren todos asegurando que en Bolívar se ha hecho naturaleza la perfidia y la maquinación, y bajo este principio, que no es fácil refutar, juzgan que les va á faltar el apoyo de su seguridad, que creen es usted exclusivamente. Me parece indispensable convencer á la viva voz á estas corporaciones, y me parece político y justo que así se haga, puesto que este lugar es la capital y acaba de dar tantos y tan elocuentes testimonios de amor al orden, al Gobierno legítimo y particularmente á la persona de usted. La salida se verificará; será con todo el honor que corresponde, y estas primeras corporaciones, quedarán contentas y consoladas. Haga usted sus serias meditaciones sobre este punto y se me irrogaría un agravio imperdonable, si se creyese que por no incomodarme en ir á Valencia por tierra ó á Puerto Cabello por mar, sugeriría estas reflexiones. El que venga á La Guaira el buque es cosa fácil, y mis observaciones son hijas del deseo que me anima de que usted concluya la obra del modo

más digno á su carácter y persona y del íntimo conocimiento que tenga del genio y carácter de estos pueblos.» (*Estudio biográfico documentado del teniente general don Pablo Morillo.* Madrid, 1908; t. IV, pág. 339.)

Veamos ahora lo que dice Torrente: «Era falta de generosidad y de gratitud hacia los fieles realistas de Venezuela dejar de complacerlos en lo que pedían con sobra de títulos, fundados en su mismo amor de que tenían dadas tantas pruebas y en este último y más brillante rasgo de ilimitada confianza y distinguida consideración hacia su persona, sin la cual daban por irremediable su ruina.»

Nada pudo alterar la resolución de Morillo y el 16 de Diciembre dice á Morales desde Puerto Cabello: «Estoy aguardando al doctor Paúl que debe llegar hoy, y tal vez mañana me daré á la vela.» Efectivamente, el 17 se embarcó con Paúl, Caparros y algunos pocos amigos más.

Morillo vió perdida la situación y se retiró oportunamente. Fué muy franco y muy explícito con su Gobierno y se le dejó desamparado. Dadas las circunstancias, él no pudo hacer otra cosa. Cuánto debió sufrir el altivo español al convencerse de su fracaso, lo revela su despedida, tan sentida como conmovedora, al separarse del batallón Valencey, que desde su creación le acompañó en la Península, y más que amargura debió experimentar al ver que las 800 plazas de que se componía, la mayor parte eran venezolanos, pues los españoles habían perecido. (Oficio al M. de Guerra, Abril 15.)

II

El motín de la Legión Irlandesa.

Acuartelada se hallaba la *Legión Irlandesa* en Enero de 1820, y constaba, según el estado de fuerzas fechado el 7 de dicho mes, de un teniente coronel, que era Juan Blosset; cinco capitanes, seis tenientes, dos subtenientes, un corneta y 133 de tropa.

Estas fuerzas disminuían cada día á causa del clima y de las privaciones á que se veían sometidas. En 9 de Mayo Blosset hace saber al jefe supremo que las tropas inglesas no recibían por ración sino una malísima carne, sin pan ni ron, que mucha parte de ellas estaba sin calzones y algunas sin ropa absolutamente; que la moneda que se les pagaba no corría sino con un descuento espantoso, y, por último, que los víveres mandados venir de Angostura para su subsistencia, como son la harina y el ron, se vendían escandalosamente en el Caujaral por el comandante Mora. En 25 de Mayo Bolívar llamó seriamente la atención de Páez sobre esto y le encargó que lo remediara en el acto.

Para cortar el mal dispuso Páez, entre otras cosas, el recibo obligatorio de la moneda. Era ésta una emisión hecha por el jefe de los llanos. «Había reunido—dice un oficial inglés—una considerable cantidad de plata vieja haciendo uso de los estribos, vainas de espadas y otros artículos de equipo militar quitados al enemigo y toda

la plata que pudo quitarle á los particulares y á las iglesias. A esto se agregó una cuarta parte de cobre. El metal heterogéneo que resultó de esta mezcla no era de los más brillantes; pero tenía curso en toda la provincia de Barinas.»

La vida era penosa. «Nuestras diversiones—dice el mismo oficial—mientras estuvimos en Achaguas eran necesariamente muy reducidas, porque el estado fangoso de las sabanas no nos permitía hacer la menor excursión ni á pie ni á caballo. Páez no excusaba cuanto podía, para que nuestra permanencia en Achaguas no nos pareciera desprovista de distracciones y comodidades. Recuerdo, entre otras atenciones que tuvo por nosotros, el hecho de poner á nuestra disposición un establo de vacas de leche. Cuantas veces podía conseguir aguardiente, daba un gran baile y bailaba con constante perseverancia desde la primera contradanza hasta la última. Otras veces hacía traer á la plaza una madrina de caballos salvajes y mandaba á sus oficiales y soldados que los amansaran. Páez es un magnífico jinete.» (*Campagnies et Croisières dans les Etats Unis de Venezuela*).

Es un hecho que Páez tuvo siempre gran deferencia por sus amigos los ingleses, como él los llamaba. En el roce con ellos principió á civilizarse el caudillo de los llanos, y desde la llegada de estos aliados al cuartel general, Páez introdujo á su mesa el uso del cuchillo y el tenedor.

Su intimidad con Wilson estuvo á punto de perderlo. Terminada fatalmente la campaña de 1818, Bolívar, antes de regresar á Agostura en 24 de Mayo, puso á escoger á los extranjeros el quedarse con Páez ó regresar á aquella plaza. Hippisley, que mandaba el primer regimiento de húsares, declaró que acompañaría á Bolívar; pero la oficialidad se opuso á tal determinación, y de acuerdo los húsares con la Artillería, mandada por Ferrier resolvieron quedarse. Esto produjo una división en los cuerpos extranjeros, y Bolívar, para terminarla, dejó

ambos cuerpos al cargo de Wilson y se llevó á Hippisley, á quien acompañaron nueve oficiales, 22 sargentos y un corneta.

El regimiento de Hippisley se llamaba primer regimiento de Húsares de Venezuela; el de Wilson se llamaba Húsares Rojos, á causa del color del uniforme; el de Campbell se llamó Tiradores. El primero de Húsares constaba de un coronel, un teniente coronel, dos mayores, ocho capitanes, 16 tenientes, ocho cornetas, 40 sargentos primeros y 32 de brigada; total, 108. Estos cuerpos y la Artillería no tenían soldados extranjeros y formaban un total de 450 entre oficiales y sargentos.

En Angostura dispuso Montilla, á la llegada de los cuerpos, que prestasen juramento de fidelidad á las banderas de la República; los oficiales subalternos de Wilson se negaron, si antes no se les pagaban sus sueldos. Montilla los redujo á prisión; pero intervino Hippisley y el asunto se arregló satisfactoriamente para el Gobierno patriota.

En la mañana del 25 de Mayo pasa Páez una revista de todas sus tropas, en el lugar denominado El Paradero, en San Fernando.

Algunos días después dió Wilson un almuerzo á Páez, donde se brindó por éste y por sus glorias. Entonces Wilson propuso proclamar á Páez capitán general del ejército, y aprobada la idea se señaló día para verificarlo. Efectivamente, llegado éste, á las cuatro de la tarde se reunieron todos los jefes, trayendo el mayor número de llaneros, y después de algunos ejercicios ejecutados por éstos, se presentó Páez rodeado de su Estado Mayor: allí se le reconoció por capitán general y se firmó el acta; pero en la noche Pumar hizo observar á Páez que aquel procedimiento no era correcto, resolvió no seguir adelante, y vino Wilson á Guayana de acuerdo con Páez. Al llegar á Angostura el comisionado fué reducido á prisión y sometido á consejo de guerra.

Enviado preso á Guayana la Vieja, fué luego dado de baja y pasaportado para el exterior.

Conviene conocer la opinión de los ingleses acerca de este incidente. Uno de los oficiales de Wilson dice así: «Antes de efectuar su regreso á Achaguas, Páez quiso pasar una revista á sus tropas. Fué en esta ocasión cuando los oficiales del Estado Mayor de los diferentes cuerpos, se reunieron y proyectaron conferir á Páez el título de Capitán General que habían tomado Bolívar, Mariño y Mc Gregor en señal de la confianza que tenía en ellos el ejército. Esta proposición fué hecha á Páez y no produjo descontento alguno, pero nunca se puso en ejecución.»

Hablando Hippisley de este suceso dice lo siguiente: «A mi llegada á Londres tuve una conferencia con López Méndez en presencia de Mr. Walton. Estos dos individuos me dieron detalle sobre la conducta horrible de Wilson y me relataron actos de mala fe con tantos pormenores que era casi imposible creer que el relato que me hacían era enteramente falso, ó siquiera exagerado. Walton mismo manifestó que él había seguido toda la correspondencia cruzada entre el Coronel Wilson y el Secretario de la Embajada Española en Londres y que tenía las pruebas de que Wilson había recicido sumas de dinero por este conducto para sostener la causa de los realistas.»

Ahora oigamos á Urdaneta:

«El Coronel Henrique Wilson... no sé si por carácter ó por miras que concibiese de mejorar, se propuso alentar á los descontentos y dió impulso á un plan de desconocer al General Bolívar y elevar al grado superior en la milicia y el mando general del país al General Páez, aunque no contase decididamente con la adquiescencia de éste. Muchos de los Jefes patriotas entraron en ello (entre ellos Justo Briceño y el Coronel Concha, granadino) y me parece que llegó el negocio hasta hacerse un pronunciamiento, del que impuesto Bolívar, lo

desaprobó abiertamente, dió órdenes enérgicas, reprendió á algunos, y habiendo bajado Wilson á Guayana á ganar en secreto partido para su causa, fué arrestado y se le mandó juzgar. Wilson, después de un breve juicio, fué despedido del servicio y echado del país... Esta revolución de Wilson fué seria. Toda la oficialidad de Apure hizo una acta formal. Las tropas se formaron en gran parada, y se les leyó un bando, por el cual se establecía el reconocimiento de Páez en la forma dicha. Este jefe y Wilson se dieron recíprocamente comidas.»

Páez dice que en el mes de Agosto las tropas de San Fernando le nombraron general en jefe, mientras él estaba en Achaguas, ajeno de lo que estaba pasando, y que al saberlo se embarcó para San Fernando. Al llegar allí desaprobó el acto y dispuso que Wilson saliera para Angostura á presentarse á Bolívar.

O'Leary, que estaba allí, dice que Páez pasó revista á su cuerpo al día siguiente de salido Bolívar, y algunos días después convidó Wilson á Páez á comer, y esa tarde se convino en proclamar á Páez capitán general. Agrega que Wilson fué á Angostura en viaje para Inglaterra á levantar un cuerpo de tropas, á cuyo efecto Páez le dió licencia y cartas de recomendación para Bolívar.

Coordinando las fechas encontramos, según el Diario del ejército, que Bolívar salió de San Fernando el 24 de Mayo, y llegó á Angostura el 5 de Junio, á las nueve: de manera que gastó doce días en el viaje. Según el mismo Diario, Wilson llegó á Angostura en una lancha el 22 de Junio; de manera que debió salir de San Fernando en la primera semana del mes. El 23 se intimó orden de arresto por el jefe de E. M. General. El 25 se comunicó á Páez la prisión y sometimiento á juicio del coronel Wilson, y esta comunicación la condujo el capitán Borges, junto con 200 vestuarios de paño, compuestos de chaqueta encarnada, pantalón azul, camisa y morrión, destinados para la *Legión Irlandesa*. El 4 de Agosto Wilson «fué

trasladado á una fortaleza de Guayana la Vieja para sufrir su castigo».

Además, Páez no mandó á Bolívar el acta en cuestión, puesto que éste le dice en oficio de 25 de Junio: «Para que el juicio (de Wilson) tenga todas las formalidades legales, me remitirá US. en la primera oportunidad una representación ó acta firmada por algunos de los principales jefes del Ejército que US. manda en que nombran ó piden á US. por Capitán General.»

A principios de Junio llega á Apure Power con ciento y pico de irlandeses. La mayor parte de esta tropa, ni estaba muy instruída ni observaba muy exacta disciplina, y así lo comunica el ministro interino de Guerra desde Angostura el 20 de Mayo.

Reunidos todos los extranjeros, fueron debidamente organizados con los jefes siguientes: John Blosset, comandante en jefe; John Deighton, comandante de la Caballeria; Rafael Farrier, de la Artillería; William Davey, teniente coronel, comandante de la Infantería, y Brook Young, teniente coronel, comandante de la Infantería ligera, según aparece de la representación dirigida al Libertador el 25 de Agosto. Power quedó como jefe de los irlandeses.

Páez pidió al Libertador los despachos militares para la oficialidad, y éste contestó en 24 de Septiembre que vendrían en primera oportunidad; pero negó el de general que pedía Power, á quien no reconoció sino el grado de teniente coronel; y como estas tropas auxiliares presentaban serias dificultades, porque era imposible sostenerlas con todas las comodidades á que estaban acostumbradas, ni podía cumplirse la oferta que se les había hecho al engancharlas, dispuso Bolívar en la misma fecha que no se admitieran en adelante nuevas tropas ni oficiales extranjeros al servicio de la República.

Existía profundo desagrado entre la oficialidad y su jefe el coronel Blosset. Todos atribuían á éste el miserable estado en que se hallaban y la falta de raciones.

Como Achaguas es una población pequeña, los oficiales y soldados estaban muy mal alojados. Faltábales el pan, las legumbres, y sobre todo el licor. Tramóse un motín para desconocer á Blosset, y se fijó el día de San Simón para verificarlo. Como el calor era excesivo, las tropas hacían ejercicio á las cinco de la tarde, y como el 28 de Octubre caía en domingo, y el sábado era día de descanso para los soldados, se resolvió que ese día no hubiera ejercicio. A pesar de esto, al dar las cinco los soldados de la Legión salieron de sus cuarteles armados, y se formaron en la calle, gritando que no querían ser mandados por su coronel y pidiendo otro jefe, aun cuando fuese del país. La oficialidad trató en vano de apaciguarlos, y como entre éstos se hallaba el teniente coronel Young, á quien odiaban particularmente, cayeron sobre él y le dieron cuatro bayonetazos, hiriéndole mortalmente. Al tener noticia Blosset de lo que pasaba, se presentó armado al frente de los amotinados, con el objeto de someterlos. Apenas les habló se vió rodeado de aquéllos, y á duras penas pudo salvar la vida, gracias á la intervención de algunos oficiales. En este momento llegó Páez con la espada desnuda: sin detenerse avanzó sobre los amotinados, mató tres, y se le quebró la espada al poner fuera de combate al cuarto. Entonces agarró por el brazo á dos de los más exaltados y los sacó fuera de las filas y les dió orden de prisión. Este acto de arrojo incomprensible contuvo á los revoltosos y les hizo someterse humildemente, volviendo en el acto á sus cuarteles. Un teniente y tres soldados ingleses, que se señalaron como los más sediciosos, fueron arrestados en la noche y fusilados al día siguiente, sin previo juicio. (Ducoudray.)

Al tener noticia el Libertador de lo ocurrido, aprobó el proceder de Páez, y en 5 de Marzo de 1821 reiteró esa aprobación en los términos siguientes: «Que siendo tan extraordinario el suceso de la Legión Irlandesa y habiéndose visto US. en el caso de hacer uso de las facultades que la Ordenanza concede al General en Jefe de

un Ejército para contener, reprimir y castigar las sediciones en las tropas, S. E. aprobó desde Bogotá las medidas enérgicas que US. adoptó para hacer entrar en su deber á aquellos sediciosos, sosteniendo el decoro del Gobierno y de las armas de la República.»

Pero no terminó aquí este triste incidente. Reunidos en la noche en la morada de Páez todos los jefes para celebrar el santo de Bolívar, Blosset invitó á Power á tomar un vaso de licor, invitación á que éste se negó cortésmente. Blosset, que había tomado bastante, se dió por ofendido y pidió satisfacción; intervino Páez, y el asunto pareció terminado. Después del fusilamiento de que hemos hecho mención, Blosset, seguido de dos testigos, se presentó á Power á reclamar la satisfacción pedida, y á pesar de la poca voluntad de éste para batirse, por no considerar el asunto de tanta importancia como para ello, no fué posible rehusar el duelo, y pocos momentos después se verificó á la pistola, quedando muerto Blosset. Páez arrestó á Power y á los testigos y los envió al cuartel general, donde fueron juzgados en consejo de guerra y absueltos de toda culpa.

La Legión Irlandesa fué disuelta. Con sus soldados se mandó formar el batallón *Británico* á las órdenes del coronel Rafael Farrier, siendo segundo jefe el mayor Guillermo Davey, y todos los demás oficiales que no tuvieron colocación efectiva en el batallón fueron enviados por Casanare á disposición del vicepresidente de la República, en cumplimiento de la orden librada por el Libertador en 18 de Enero de 1821.

III

Maracaibo.

Para el año de 1819 gobernaba á Maracaibo D. Manuel Junquito y Baquerizo. Había sido este señor gobernador intendente de Chapa, donde dejó ingratos recuerdos, según se evidencia de la exposición presentada á las Cortes por el presbítero Fernando Antonio Dávila, diputado por Chapa en 1821. Oigamos al diputado: «En el año 14 representé á S. M. exponiéndole los perjuicios que causaba á la Provincia, y la opresión en que la mantenía con motivo de los monopolios y contrabandos en que se ocupaban sus parientes y el propio intendente, echando mano al efecto hasta de los caudales de la Hacienda pública y de los dineros depositados allí. Esto, no obstante, Junquito, luego de llegado su sucesor, sin aguardar licencia ni pasaporte, dejando allá hasta ahora al benemérito hacendado que se constituyó fiador suyo para que tomase posesión del Gobierno é Intendencia, y adeudándole, como aún le adeuda, á cierto comerciante de la capital la cantidad de cuatro mil pesos fuerte, pasó á esta Corte donde se infiere que le dispensarían el juicio de residencia para darle el Gobierno de Maracaibo.»

Esta misma política siguió Junquito en su nuevo puesto. Asociado al contador D. José Ruiz de Monroy, continuó sus especulaciones mercantiles, en las cuales tomaron parte Campis, Ramírez, Jugo, Añez, Monroy, Benítez, Moreno y Briceño.

Y aconteció que, con motivo de la introducción de un barco cargado de géneros de contrabando, en cuyo negocio tenía Junquito la mayor parte, el capitán general de Venezuela se vió obligado á separarlo del mando, á procesarlo y reducirlo á estrecha prisión, á instigaciones de D. Feliciano Montenegro Colón, quien se encargó de la gobernación de Maracaibo el 11 de Noviembre de 1819. Ya para entonces la ciudad había comenzado á sentir los efectos de la guerra, pues desde el 6 de Octubre el comercio se vió reducido al recinto de su población: hubo mes en que sólo entraron del exterior tres ó cuatro buques en lastre á cargar palo de mora, y como Cúcuta estaba en poder de los independientes, el tráfico por este lado estaba cerrado y fué necesario sostener cinco buques en el Catacumbo y Zulia para contener las incursiones patriotas.

Montenegro se encontró en una posición bastante falsa, porque le faltó por completo el apoyo de la clase elevada, única que tenía elementos de acción en todo sentido. Como tropas tenía el batallón Veterano, que las Cortes elevaron á regimiento el año de 1812, á solicitud del diputado Ruiz. Lo mandaba el coronel Jaime Moreno y estaba acuartelado en una casa situada en la Cruz Verde. Había además un cuerpo de milicias creado en virtud de órdenes de Correa de 15 de Abril y 18 de Mayo de 1819, y que actualmente disciplinaban algunos oficiales de *Barbastro* venidos con tal fin. Este Cuerpo era regido por el teniente coronel D. Felipe Quintana.

Considerando Montenegro que estas milicias blancas eran de poco valor para la guerra, por ser de la ciudad de Maracaibo, cuyos hijos hasta entonces tenían fama de no ser hombres de armas, obtuvo del capitán general en 18 de Enero de 1820 la orden para reformar el Cuerpo y reemplazarlo por uno de Caballería é Infantería de pardos organizado en Perijá y Sinamaica. Así se verificó el 28 de Abril, pasando al batallón Vete-

rano los blancos disciplinados que había en las milicias. Como era natural, este acto le enajenó la voluntad del teniente coronel Quintana, y en general de todos los blancos, quienes pusieron el grito en el cielo contra el hombre que venía á levantar el elemento de color, tenido en menos allí como en toda la República.

Montenegro aceptó el reto é hizo abrir sumario para averiguar la parte que tomaron los socios de Junquito en el «escandaloso desfalco que sufrieron las cajas nacionales en Maracaibo» (1).

Intervino el obispo D. Rafael Lazo de la Vega; pero el gobernador no le atendió y le puso á raya, limitando sus atribuciones á lo estrictamente legal y negándole toda intervención en los asuntos políticos. Esto á su vez produjo una nueva escisión, pues parte del clero siguió el camino del prelado y otra porción apoyó á Montenegro. El obispo se fué para Trujillo, donde expidió el 10 de Julio una pastoral en la cual se quejaba del proceder de la autoridad de Maracaibo.

Aquella situación era insostenible. No se necesitaba gran penetración para comprender que sólo faltaba allí una chispa para producir el incendio. Mientras tanto, Montenegro aumentaba el cuerpo de pardos día por día, daba á éstos preponderancia y participación en la cosa pública y contenía con mano fuerte el orgullo de los blancos.

La lucha quedó netamente definida entre las dos castas: aquí los catalanes y vizcaínos, que hicieron causa común con todos los demás peninsulares y se pusieron al servicio de las familias influyentes de la localidad, movidos por su aversión á la raza negra; del otro lado, los soldados aguerridos de Perijá y Sinamaica, unidos á

(1) Los detalles de estos sucesos los tomamos del manifiesto publicado por Montenegro el 2 de Octubre de 1820, impreso en Caracas por Juan Gutiérrez, y de dos folletos más publicados en aquella época sobre el asunto. Estos documentos fueron parte del archivo del Sr. Eduardo López Rivas.

los criollos de color, que por espíritu de defensa propia buscaron el apoyo de la autoridad para defenderse de sus constantes opresores. Allí no había lucha de partidos, sino simplemente de razas. Y era tan acentuada la brega y tan apasionado el combate, que las señoras principales de Maracaibo se convirtieron en corifeos de propaganda y arrastraron á sus maridos, á sus amigos, á sus servidumbres en el camino que habían tomado.

El 4 de Mayo dispuso el general en jefe que la columna de *Cazadores* al mando del teniente coronel Antonio Valcárcel fuese á Maracaibo para seguir por tierra á Río Hacha. La llegada de este cuerpo dió superioridad al partido antagonista de Montenegro y se hicieron trabajos para que no siguiese á su destino, demorándose día tras día la salida para Río Hacha.

Así las cosas llegó el 20 de Junio de 1820, día señalado para el juramento de la Constitución. El Ayuntamiento fué poco generoso en los gastos de la celebración de este acto, y Montenegro se distinguió por lo contrario. Después del acto militar, los concurrentes asistieron á un obsequio preparado por el gobernador.

Para dar más solemnidad al acto vinieron á Maracaibo varios oficiales en representación de las fuerzas de Sinamaica y Perijá y fueron también invitados al obsequio. Mas al entrar al salón de recibo, tanto el alcalde Fernández como el teniente coronel Miguel José Gómez, se opusieron á que se les sirviese en la misma mesa en que se les servía á los blancos. Como era natural, esto produjo un serio altercado con Montenegro, que terminó por la retirada voluntaria de los pardos, quienes no creyéndose seguros en Maracaibo, se fueron inmediatamente á sus campamentos.

Montenegro dió orden inmediata para que vinieran á la ciudad los cuerpos acantonados en Perijá y Sinamaica; dispuso que en el acto saliese para Río Hacha la columna de *Cazadores*, y se preparó para hacer entrar por el camino legal á los blancos de Maracaibo.

Éstos anduvieron más ligero que su contendor; Valcárcel, al amanecer del día 21, declaró ante el Cabildo que no podía seguir su marcha, por carecer de recursos. El alcalde se declaró protector de la columna. El batallón de blancos permaneció acuartelado. En vista de semejante proceder Montenegro tomó el partido de embarcarse para los Puertos de Altagracia ese mismo día, acompañado de los tenientes coroneles Miguel Antonio Baralt y José María Urdaneta Molero. Antes de partir nombró al teniente coronel Francisco Delgado comandante militar de Maracaibo.

Esta fuga fué un triunfo para el partido de los blancos y se celebró en la noche con una música costeada por las familias Ramírez y Monroy. La música recorrió las calles de la ciudad y fué también una demostración contra los pardos, pues se les prodigaron insultos y amenazas.

Reunido el Cabildo, Delgado confraternizó con este cuerpo, y, en consecuencia, se acordó impedir toda comunicación con Montenegro; se le notificó que debía separarse á seis leguas de distancia de Maracaibo, y para sostener esta determinación se armaron buques que fueron á cruzar frente á los Puertos de Altagracia.

El 26 de Junio el Cabildo acusó á Montenegro ante el capitán general.

Del sumario levantado contra él aparecen como cargos principales:

1.° Que se apropiaba el producto de los pasaportes, que montaba á cosa de 1.500 pesos al mes, impuesto que fué abolido por el Cuerpo municipal;

2.° «que acariciaba á los pardos, habiendo permitido á los oficiales del batallón de Pardos que se refrescasen en su casa el día del juramento de la Constitución, mezclados con los blancos»; y

3.° «que habia hecho sacar en procesión á la *Santa Reliquia* y la había invocado para que nos librara de la tiranía».

Este último acto fué calificado de impiedad grave y necesitaba un desagravio. Al efecto varias señoras devotas de la ciudad invitaron por esquelas á una fiesta en la iglesia. Verificóse el 30 de Julio, y fué dedicada en homenaje á la *Santa Reliquia*. El orador sagrado fué el canónigo D. José Olivares, y el sermón fué una serie de cargos contra Montenegro, entrando en todo género de detalles y explicaciones. Y fué tan vehemente el canónigo, que el guardián del convento de San Francisco publicó un folleto contestando algunos cargos y haciendo resaltar la poca unción evangélica del orador.

Vino á Caracas el gobernador á defender su causa; Morillo dispuso someterlo á juicio, y más tarde se suspendió la causa y Montenegro pasó al Estado Mayor General con el carácter de primer ayudante general del Estado Mayor del Ejército Pacificador. La caída de Montenegro volvió á dar razón á su antecesor Junquito, quien, vindicado de todos los cargos que se le habían hecho anteriormente, fué repuesto en su destino á fines del año y se preparaba para volver á la gobernación, cuando los sucesos ocurridos en Maracaibo le impidieron realizar su viaje.

Mientras tanto los maracaiberos se sintieron fuertes por sí propios; se acostumbraron pronto á gobernarse por sí mismos y observaron que en la lucha no había que contar para nada con nuevos auxilios de España. Se encontraron, pues, solos, y viendo que Morillo seguía la misma política de Montenegro, de atraer á los pardos, para lo cual había declarado que todos los que tomasen puesto en las filas realistas serían considerados como ciudadanos españoles, insensiblemente fueron separándose de la madre Patria y encontraron que, dadas las circunstancias, natural era que Maracaibo entrase á ser republicana por medio de un golpe rápido que evitase la lucha en la provincia y que no produjera desórdenes ni precauciones de ninguna especie. El espíritu de provincialismo, tan arraigado allí, hizo que todos tomasen

un mismo camino para salvar su tierra natal de los horrores de la guerra.

Poco á poco fué acentuándose la unión entre los antiguos contendientes, para la cual bastaba invocar el nombre de la patria común. Los blancos, pasado el primer momento, buscaron atraerse los pardos, y éstos, que sólo aspiraban á que no se les maltratase ni vejase, aceptaron de buen grado el llamamiento de sus contendores. El provincialismo dominó por completo, y á fines del año reinaba la mayor cordialidad entre unos y otros. Cada bando puso algo de su parte y bajo la egida patriarcal del jefe político, D. Felipe Casanova, verificóse la reconciliación de los maracaiberos, y fué fácil hacerlos entrar á todos por un mismo camino. Por de pronto no convenía la vuelta de Junquito, porque era sabido que venía animado contra los que habían tomado parte en su prisión. Ante la idea de las persecuciones se resolvió precipitar los sucesos y se entró de lleno en el camino revolucionario.

Dos obstáculos había para ello. Era el primero las tropas de línea al mando de Valcárcel. Se componían éstas de la columna *Cazadores*, de un escuadrón de Caballería al mando de Esteban Díaz, y los restos de las tropas de Sánchez Lima, derrotadas en Santa Marta. El segundo obstáculo era el coronel Francisco Delgado, gobernador de la ciudad. Tanto éste como sus hermanos José María y Juan Nepomuceno, habían recibido del rey distinciones, recompensas y títulos de nobleza en premios de servicios prestados por su padre en tiempos anteriores; pero el otro hermano, Juan Evangelista, había tomado parte en las filas republicanas desde el principio de la guerra. El influjo de éste sobre los otros fué decisivo, y aquéllos, olvidando sus deberes, se prestaron á todo. Juan Evangelista falsificó una orden de La Torre para Valcárcel, llamándolo con sus fuerzas al cuartel general. Un portugués llamado Diego de Morloy y Pinto, que había sido administrador de Correos, puso á la orden

los sellos del Correo, y Valcárcel, aún conociendo el mal que resultaba de su salida, la obedeció, y con toda la fuerza de línea se marchó á los puertos de Altagracia el 27 de Enero de 1821. Y como faltase dinero para raciones de esta columna, el general Rafael Urdaneta, jefe de la Guardia Republicana, entregó 4.000 pesos con tal fin. Quedaba sólo el Cuerpo de milicias, del cual una parte, regida por el ayudante de plaza D. José Nicolás Guerra, estaba en el compiot, y de la otra se encargó Juan Evangelista Delgado, con 50 patriotas puestos á su servicio. A D. Joaquín Villasmil se le mandó ocupar el Principal y el Ayuntamiento.

Á las seis de la mañana del 28 de Enero de 1821 estaba dado el golpe con el mayor orden y sin obstáculo alguno, hábilmente dirigido por D. Domingo B. Briceño y encabezado por la parte notable de la ciudad, que vino así á seguir predominando, no ya por la alcurnia de su cuna, sino por los sacrificios de sangre y dinero que hizo en favor de la independencia.

Proclamada ésta, se eligieron sin distinción de colores los miembros para el Cabildo, los jueces y en general todas las autoridades, así civiles como militares.

Un levantado espíritu de patriotismo guió á los maracaiberos en su transformación política, y dejó sentadas las bases de la perfecta igualdad civil, que más tarde tan útil le ha sido.

Francisco Delgado sobrevivió á su obra. Un año después caía bajo la cuchilla española en la villa del Zulia, junto con su hermano Juan Nepomuceno.

Torrente es severo con Montenegro, y al tratar de estos sucesos dice así: «Había Maracaibo sufrido varias vicisitudes desde que hubo sido depuesto á fines de 1819 su fiel Gobernador Don Manuel Junquito por el desleal comportamiento del Coronel Don Feliciano Montenegro; quien detenido en aquel punto á consecuencia de la derrota de Bocayá, logró quitar el mando al citado Junquito y encargarse de él interinamenle. Las justas recla-

maciones del propietario fueron oídas por el General en Jefe y el interino hubo de sufrir todos los trámites de un juicio que supo eludir, sin embargo, á fuerza de intrigas, y de una mal entendida protección que halló de parte de los Jefes Superiores.»

Digamos para terminar que vuelto Junquito á su puesto cuando Maracaibo cayó de nuevo en poder de los realistas, se distinguió por la sistemática persecución ejercida contra sus antiguos amigos. Y fué tan cruel que hizo salir á la viuda de Moreno, tan sólo porque habiendo dejado en poder de su marido un baúl con un uniforme y otros vestidos, éste lo entregó á los patriotas por orden del general Clemente. Y no contento aún, demandó á la viuda ausente por el valor de aquellos efectos. Este curioso expediente, como varios otros por demanda propuesta por Junquito contra sus antiguos amigos, se hallan en el Archivo del registro de Maracaibo.

VII

FASTOS MILITARES

LOS BATALLONES DE «LA GUARDIA»

La España fué un soldado. Como se formó peleando, sólo tenía fe en el combate. Siempre con el arma al hombro y la espada desenvainada, no encontró nunca otra fórmula que la de la guerra, para resolver todo problema que se le presentaba. Sus teorías estaban viciadas por el atavismo producido por el humo de la pólvora; sus doctrinas no entraban por la persuasión, sino al filo de la espada; sus máximas iban siempre apoyadas por las bayonetas. De allí que al presentarse la América pidiendo independencia, España, que tanto acababa de luchar por sostener la suya, vió en esta aspiración del Nuevo Mundo un campo para pelear, y vinieron los batallones aguerridos á seguir su tarea en las colonias rebeldes.

Los hijos, con idénticas inclinaciones á los padres, aprendieron pronto el manejo del fusil y las reglas de la estrategia, puesto que el valor les venía de herencia. Llegó un día en que la América toda fué soldado. En el desfile de las interminables legiones libertadoras de la América Latina brilla como una constelación de fuego, de grandeza, de heroísmo y de victoria, el Cuerpo que recibió el nombre de *La Guardia*. Relatar la vida de los batallones que lo compusieron, entre los cuales *Carabobo*, *Rifles*, *Vencedor*, *Granaderos*, *Anzoátegui*, *Tiradores*, *Caracas* y *Voltígeros* fueron en su mayor parte venezolanos, es presentar á las nuevas generaciones el carácter patrio

impreso en cada uno de esos Cuerpos, que por circunstancias especiales tenían fisonomías distintas, hábitos contrarios, y manera de ser propia, si bien todos ellos eran semejantes en el conjunto.

Difícil es la tarea por falta de datos precisos. De ahí que nuestra obra diste mucho de ser completa. Otros vendrán á corregir los errores y á ampliar el trabajo, y á la larga, siguiendo este método en todos los ramos de nuestra Historia, tendremos verdadera *Historia Patria*, ya que hasta hoy apenas existe un compendio de ella.

I

Rifles.

El primer batallón de *La Guardia* se llamó *Rifles*. Formado en su origen por ingleses, alemanes y venezolanos, en el curso de la guerra fué poco á poco desapareciendo el elemento extranjero para dar lugar al nacional, siendo lo más curioso que la oficialidad del Cuerpo, en su mayor parte exótica, se aclimató tan bien en el país, que hasta sus costumbres fueron olvidadas para adoptar las de Venezuela, asimilándose perfectamente á nuestro modo de ser.

Rifles fué el batallón más aguerrido, el más osado, el más resistente en el combate; fuera de allí, el más desordenado, el más levantisco, el más tormentoso. Representa perfectamente el carácter nacional. Gallardo en la lid, magnífico en el combate, abnegado hasta el sacrificio, pero con un heroísmo petulante, sufrido como el que más, presenta de un golpe todas las cualidades de los venezolanos, resaltando á la vez el espíritu desordenado, descontentadizo, revoltoso y pendenciero, pero todo hecho con distinción y con nobleza.

Rifles fué el terror de los pueblos del Sur; pero un azote simpático, ocurrente y digno de perdón. No descendían sus oficiales al robo, ni sus soldados al saqueo; pero allí se comía bien y se bebía mejor, aunque fuera necesario empeñar un uniforme, que á última hora se sa-

caba sin pagar nada. No había baile en que *Rifles* no hiciera alguna calaverada, ni cantina donde no campease como dueño. El rapto era moneda corriente, el duelo con ó sin testigos era plato ordinario; una cuchillada, asunto de poca importancia. Cuando la oficialidad asistía á la iglesia, las buenas almas salían escandalizadas de la irreverencia, y el pobre sacerdote no se atrevía á llamar al orden á aquellos guerreros convertidos en Don Juanes. Mientras el capitán hacía el amor á la dama, el asistente se dejaba querer por la doncella. ¡Ay del que por su mala suerte viniese á estorbar aquel idilio!

En el momento del peligro *Rifles* era simplemente sublime. Veamos su historia.

El 13 de Agosto de 1818 dispuso el Libertador en Angostura que el general J. A. Anzoátegui marchase á las misiones del Caroní, llevando consigo los *rifleros* que mandaba el teniente coronel Francisco Pigott, y que este Cuerpo sirviese de base á un batallón que llevaría el nombre de *Rifles* y formaría parte de *La Guardia*, en vez de *Cazadores de Honor*, que estaba señalado en la organización de aquélla.

Rifles fué completado con indios de Upata, Altagracia y Cupapuy, y el 20 de Septiembre llegó á Angostura. El 21 le pasó revista el Libertador en la Alameda, y el 22 salió para el Apure. Las fiebres del Llano acabaron pronto con el batallón, de manera que para Enero de 1819 apenas tenía en pie cosa de 100 hombres. Aumentadas sus filas con reclutas venidos de Upata, salió á la campaña de ese año. El 27 de Marzo entró al fuego por primera vez en *La Gamarra*. *Rifles* marchó por el camino real hasta la casa que ocupaba el coronel español Pereira con el *Regimiento de La Unión*. Aunque sorprendido, el enemigo hizo obstinada resistencia. *Rifles* no pudo soportar el fuego y replegó: faltóle serenidad para conservar el terreno conquistado y sostenerse contra un enemigo á quien no veía, por estar emboscado, y como Páez cayese durante la acción con un ataque de epilep-

sia ó cosa parecida, los realistas pudieron retirarse y cruzar el río sin ser inquietados. El batallón fué objeto de burla, y los pobres indios del Caroní sufrieron la rechifla de los llaneros del Apure.

El 19 de Abril fondeó en Angostura la fragata *Héroe* con 192 hombres, al mando de Arturo Sandes. Venían de Inglaterra y pertenecían á la expedición contratada con Elsom, quien pidió para Sandes el grado de mayor, que le fué concedido. La tropa siguió para Apure el 25. Allí se reunieron á 130 hombres llegados á Venezuela en Marzo de 1818, al mando del coronel Campbell y á 20 oficiales que trajo Mac Donal, y se formó un cuerpo llamado *Rifles ingleses*, al cual se unieron después los restos de los 120 rifleros que trajo Uzlar á Margarita en 1819. Ambos *Rifles* hicieron la campaña de la Nueva Granada.

En *Gámeza*, el 11 de Julio entra *Rifles* venezolano al combate por segunda vez, dirigido por oficialidad extranjera. Bajo los fuegos cruzados y vivos del enemigo atravesó con admirable serenidad el puente, apoyando á *Cazadores*. El batallón quedó rehabilitado y comenzó la vida de la gloria y de las grandes acciones.

El 25 tenía en *Pantano de Vargas* una posición desventajosa, empeorada por haber ocupado el enemigo el ala izquierda, débilmente defendida por Santander. Acometidos *Rifles* y *Barcelona* de frente y de costado, cedieron después de heroica resistencia y le abrieron paso sin perder su formación. Más tarde, cuando Rondón decidió la victoria con su memorable carga, los dos cuerpos volvieron al campo y fué entonces imposible á los realistas resistir el avance combinado.

No había tiempo para descansar. El 8 de Agosto en *Boyacá*, *Rifles* contiene el ataque del enemigo sobre la derecha y obliga á un batallón realista á retirarse de la cañada en que se había desplegado en guerrilla. Envueltos los españoles, los dos *Rifles* avanzan sin cesar como un torrente, y el soldado Pedro Martínez, de la primera

compañía del batallón venezolano, hizo prisionero á Barreiro, comandante general del ejército de Nueva Granada. Por decreto del mismo día los dos *Rifles* fueron premiados con el escudo de *Boyacá*, y entraron á formar un solo Cuerpo bajo el mando de Sandes, siendo su segundo el teniente coronel Miguel Crespo.

Ocupada Bogotá, *Rifles* mereció el honor de que el Libertador colocase en su bandera la corona de laurel que le fué presentada el día de su entrada triunfal á aquella capital.

El nuevo batallón aumentó su fuerza á 500 plazas y siguió al Socorro. En su marcha por Girón, Piedecuesta y Cacota de la Matanza, dejó tan triste rastro, que Bolívar dice á su jefe el 20 de Octubre desde Pamplona: «Las quejas que he recibido contra la mala conducta y desórdenes que cometen en los pueblos de ese cantón los soldados de ese batallón, me tienen muy incomodado y sumamente sentido, al ver que los venezolanos no solamente desacreditan la bandera á que pertenecen, sino también á su país. Encargo, pues, á usted que con el mayor interés trate de corregir estos excesos que tanto ofenden la moderación de los pueblos y el honor de las armas de la República, estableciendo la más rígida disciplina y castigando severamente los delincuentes.»

Al comenzar el año de 1820 encontramos á *Rifles* ocupando á La Grita y Bailadores, como Cuerpo avanzado sobre el enemigo de Venezuela. El 15 de Mayo sale para la campaña de Maracaibo dirigida por Lara. El capellán del Cuerpo, presbítero Marcelino Castro, no pudo seguir á causa de sus males, y Bolívar lo recomendó al arzobispo de Bogotá para que le diese un puesto adecuado.

Constaba entonces el batallón de ocho compañías, mandadas así: primera, capitán Carlos Ramírez; segunda, Tomás Wright; tercera, Tomás Duxbury; cuarta, Philam; quinta, Fatherstontaugh; sexta, Santiago Loedel; séptima, Luis Mogassi, y octava, Romero. Servían de ayudantes los tenientes José T. Portocarrero y Cuello.

El abanderado era el subteniente Delgado; Sandes el primer jefe; segundo era el teniente coronel Manuel León, y el mayor era Peacoke.

El 10 de Noviembre de 1820, en el combate de *La Ciénega, Rifles* tomó por asalto las baterías que defendían al pueblo viejo de Santa Marta; allí quedaron heridos Sandes, León, Peacoke, Philam y Romero. En esta plaza permaneció el batallón reponiendo sus pérdidas.

El 3 de Marzo de 1821 sale *Rifles* para Maracaibo. Una parte del Cuerpo fué por tierra desde Río-Hacha á combatir los goajiros, y sufrió mucho á causa de las guerrillas del coronel Gómez, que había abrazado la causa republicana y luego se pasó á la realista. La otra parte de *Rifles* se embarcó en la goleta de guerra *Independencia*, al mando del capitán R. Beluche. Este buque se varó en la barra de Maracaibo, donde perdió mucho tiempo, de manera que el batallón no salió con Urdaneta para la campaña del Centro, y vino á incorporársele en Pedregal, siguiendo á Barquisimeto, de donde continuó con Rangel á San Carlos, en cuyo pueblo volvió á las filas de *La Guardia*, para asistir á la batalla de Carabobo el 24 de Junio de 1821.

Escasa parte tuvo *Rifles* en esta jornada; siguió luego á Puerto Cabello, de donde fué relevado por *Apure* el 2 de Julio para ir á la campaña de Coro bajo la dirección del coronel Justo Briceño. Nuevas órdenes le hacen seguir de Carora, el 18 de Agosto, para Maracaibo con el Libertador. De aquí sale el 17 de Septiembre para Río-Hacha, por la Goajira, adonde llegó á principios de Octubre, para continuar por mar á Santa Marta y seguir á Popayán, á cuya plaza entró el 15 de Febrero de 1822. Llevaba de mayor á Ricardo Roe, y había entrado á mandar la cuarta compañía el capitán Rudecindo Silva.

El 7 de Abril *Rifles* decide la batalla de *Bomboná*. Torres atacó por el centro y la izquierda, buscando la muerte, lastimado por una frase de Bolívar al romperse los fuegos; cayó y le sucede Carvajal, quien renueva in-

útilmente la carga y queda herido en el campo. *Rifles*, con Valdez, gana la cumbre que domina la posición del enemigo y facilita el ataque decisivo de *Vencedor*. El parte de la batalla dice así: «Mientras tanto el General Valdez, pie á tierra, con la audacia y el talento militar que siempre lo han distinguido, trepaba por las faldas del Volcán con el batallón *Rifles*, por donde era realmente imposible. Las tropas para subir tenían que clavar las bayonetas para poderse apoyar y dar un paso adelante. Esta falda estaba defendida por tres compañías selectas del batallón *Aragón*, pero nuestros *Rifles*, que fueron en este día superiores á sí mismos, sin disparar un tiro, cargando á la bayoneta, dispersaron, mataron, ó hirieron á estas tres compañías que á culatazos pudieron defenderse. La primera y segunda de *Rifles*, á las órdenes de sus bravos capitanes, Tenientes Coroneles graduados Ramírez y Wright, lograron al fin coronar la cima de la posición enemiga, mientras el resto del batallón, por la dificultad del terreno, con más lentitud seguía el mismo movimiento... A los talentos y virtudes militares del señor General Valdez, debe la República esta victoria, como también al invencible batallón *Rifles*, y á los señores Coroneles Barreto y Sandes y Tenientes Coroneles Ramírez y Wright...

»El batallón *Rifles*, más dichoso que los otros, apenas tuvo 55 muertos y heridos, entre los primeros debemos hacer una particular mención del capitán Fatherstontaugh, que, sable en mano, se abrió paso entre los enemigos, y recibió la muerte de un bayonetazo.» El puesto de este bravo capitán fué ocupado por Guillermo Fergunson. Era abanderado del batallón el teniente Domingo Delgado. El 17 de Junio entró *Rifles* á Quito. Era el cuerpo más disciplinado y mejor organizado de la República, y llevaba con orgullo el sobrenombre de *Bomboná* que le dió el Libertador por su brillante conducta en esta batalla. Constaba sólo de 600 hombres, y habían entrado á sus filas en el curso de su vida militar 22.000

reclutas. Las balas enemigas, las enfermedades y la deserción habían dado cuenta de todos los que faltaban.

Sublevado Pasto, defienden tres compañías de *Rifles* el 24 de Noviembre la cuchilla de *Taindala*, y fueron rechazadas. Un mes después, Sucre se hallaba en el mismo lugar con tropas de refuerzo. El coronel Sandes, dice el parte oficial, pidió para *Rifles* el honor de vencer donde antes habían sido rechazadas tres de sus compañías, y teniendo á la vanguardia las intrépidas segunda y quinta (Wright y Fergunson) no dudó del suceso... El movimiento continuó siempre con velocidad, y vencida una mitad de la altura, llegó toda la fuerza del enemigo á defenderla; pero aturdido por la rapidez de la marcha y desconcertado ya, fué completamente derrotado.»

Vuelve el batallón á Quito á reponerse y eleva el número de sus tropas á 1.000 hombres, para seguir al Perú, vía de Guayaquil, el 12 de Abril de 1823. Era mayor Tomás Duxbury y mandaba la primera compañía Portocarrero, ya repuesto de la herida que recibió en Taindala; la segunda, Wright; la tercera, Esteban Durán; la cuarta, Joaquín Balmes, en reemplazo de Silva, á quien se dió licencia absoluta el 15 de Marzo; la quinta, Fergunson; la sexta, Mogassi; la séptima, José Ramón Telles; la octava, Diego Whittle; la novena, Tomás Woodberry, y la décima, José Alcalá. Al avisar la salida de *Rifles*, dice el secretario del Libertador al general Valdez lo siguiente: «Previene también S. E. que en el campo de U. S. reine la más severa disciplina y que con el batallón de *Rifles* se tenga la mayor vigilancia para que no cometa ningún género de faltas, ni excesos, pues este batallón como U. S. sabe, es el que tiene peores costumbres y el que es más indulgentemente tratado por sus jefes.»

No estaba contento Sucre con el mayor de este Cuerpo, y en 13 de Julio de 1823 pide al Libertador el envío de un mayor criollo que necesitaba con urgencia.

Evacuada Lima, *Rifles* fué el Cuerpo de confianza para

sostener el Callao, si bien Sucre no estaba satisfecho de su conducta. «Esta noche—escribe á Bolívar el 25 de Junio—me ha dicho el General Valdez que tiene una representación del Coronel Sandes, pidiendo ir á campaña á la cabeza de *Voltigeros*, y me he empeñado en concederlo, porque Delgado puesto al mando de *Rifles*, aunque sea provisionalmente, le dará orden á este cuerpo, que es lástima esté poco arreglado, siendo tan buena su gente; pero parece, según me ha dicho el General Valdez, que Sandes está convencido que por esa deferencia que él tiene hacia sus soldados, no puede darles tono.» En ello no convino el Libertador, y cuando llegó á Lima, salió *Rifles* formando parte de la división de retaguardia que mandaba Lara. Acuartelado en Huamachuco, este jefe da cuenta al Libertador de los muchos, graves y repetidos desórdenes de *Rifles* y de haber arrestado á Fergunson por haberle faltado á Sandes, é insultado desde el calabozo al mismo Lara. Había un complot de los oficiales para no formar el día señalado para pagar la tropa, y esto provenía de que los capitanes de compañías querían que se les diese á ellos el dinero para hacer la distribución entre los soldados. Sometido á juicio Fergunson el 27 de Enero de 1824, el consejo de guerra le condenó el 22 de Marzo á seis meses de prisión y pérdida de su empleo.

El Libertador no aprobó la sentencia y Fergunson volvió á su puesto; pero poco después pasó á *Voltígeros*.

A su vez Sandes tiene su choque con el provisor del Obispado de Trujillo por irreverencias cometidas en la iglesia. Quejóse éste al Libertador en Enero, y Bolívar manda á Sucre que ponga pronto remedio al incidente. En Abril se separó Wright del Cuerpo.

Rifles no tuvo reposo en la campaña de 1824. El 6 de Octubre queda Sucre á la cabeza del ejército unido y el Libertador le deja por únicas instrucciones «hacer la guerra á los enemigos con todo el suceso posible».

El 2 de Diciembre llegó el ejército á Matará, á tiem-

po que los realistas ocuparon la altura. La posición era mala, y Sucre ordenó la retirada hacia Huamanga, para lo cual se debía atravesar la quebrada de *Corpahuaico.* Al amanecer del día 3 las divisiones de Córdova y La Mar y Sucre, con el Estado Mayor, la habían pasado sin novedad. Quedaba á retaguardia Lara con su Cuerpo, el parque, dos cañones y las caballerías.

Los batallones realistas *Cantabria*, *1.° del Imperial*, *Centro* y *Castro*, que formaban la división de vanguardia, al mando de Valdez, y un regimiento de Caballería aparecieron de repente para impedirles el paso. No era posible socorro alguno. Oigamos á Lara: «El batallón *Rifles*, que venía encargado de cien cargas de cartuchos, y sin un solo arriero, las abandonó y entró á pelear; como este Cuerpo les llamó la atención por su derecha, pude yo hacer que bajasen y pasasen la quebrada las sesenta cargas de cartucho de las dos divisiones, los cuerpos *Vencedor* y *Vargas* y una sola pieza de Artillería, porque estaba bien montada, esto es, la menos mala, y para hacer que se retirase *Rifles* coloqué á *Vargas* en una altura que cruzó sus fuegos sobre el enemigo, trayéndome con *Rifles* nueve prisioneros, entre ellos un teniente español, y dieciséis cargas de cartucho del enemigo, con las que repuse las municiones gastadas. Es verdad que se perdió la tercera parte de *Rifles* entre muertos, prisioneros y dispersos, pero salvé el Ejército, porque salvé la División, noventa cargas de 4.000 cartuchos y toda la Caballería Pernocté esa noche á más de media legua de las dos Divisiones. A las nueve de la noche se me presentó el General Sucre con la mayor tristeza, porque creyó perdida la División, todo el parque y todas las caballerías del Ejército; pero cuando fué informado de lo que había pasado y que el enemigo había quedado escarmentado, revivió su espíritu.» Tres horas duró aquel combate, en que quedaron 300 hombres, la mayor parte de *Rifles.*

El coronel Manuel A. López, ayudante del Estado

Mayor libertador, refiere el suceso así: «Cuando la retaguardia llegó al principio de la bajada para caer á la Quebrada, toda la caballería, sus madrinas de mulas y caballos y el parque general se hallaban agolpados en masa, porque no podía bajar sino desfilando de uno en uno, por lo estrecho del camino, y tuvo que detenerse largo rato. El Batallón *Rifles* (cuyo comandante en nada pensaba menos que en batirse) venía desfilando en la cabeza y á la izquierda con sus fusiles enfundados y sin carga. A la primera voz empezó á subir la loma por compañías, quitando las fundas y cargando sobre la marcha; pero cuando iba llegando á la cumbre, el enemigo, que descendía de ella, cargó sobre él, y apenas pudo al principio sostenerse con vigor; luego, esforzándose un poco, logró subir á la cima, donde sostuvo un fuego vivo hasta que pasaron parte de la caballería y la infantería de retaguardia; mas no le fué posible resistir al mayor número, que en todas direcciones le cargaba y poco tiempo después fué arrollado, descendiendo parte del Batallón por una peña de bastante altura al lado de la quebrada, perdiendo en este encuentro la mitad de su gente y al mayor del Batallón (Duxbury), que peleando cuerpo á cuerpo, con su sable en la mano, terminó su existencia. El General Lara destacó la compañía de cazadores de *Vargas* para proteger sus restos, que lograron pasar bajo sus fuegos.»

El parte de Sucre dice así:

«Esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones *Vargas*, *Vencedores* y *Rifles*, que cubrían la retaguardia con el General Lara, pero los dos primeros pudieron cargarse á la derecha, sirviéndose de sus armas para abrirse paso, y *Rifles*, en una posición tan desventajosa, tuvo que sufrir los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas; más, desplegando la serenidad é intrepidez que ha distinguido siempre á este cuerpo, pudo salvarse. Este desgraciado encuentro... es el que ha valido al Perú su libertad.» Además de Duxbu-

ry, murieron los tenientes Colmenares y Ramírez, y quedaron heridos Alcalá y seis oficiales.

El 9, en *Ayacucho*, *Rifles* estuvo en la reserva, tocándole reforzar los campos que vacilaban; pues su misión era reparar cualquier desgracia. Sus compañías iban donde quiera que había un peligro.

Tocóle á este Cuerpo como trofeo de la victoria, uno de los mejores cuerpos de banda española, que le fué incorporado por orden de Sucre.

El Congreso de Colombia dispuso el 11 de Febrero de 1825 que el Libertador «presentase á su nombre los sentimientos de gratitud nacional al esforzado batallón *Rifles*, que antes quiso ser despedazado en su mayor parte que ceder por un momento á la fuerza superior del enemigo en el campo de Huamanguilla.»

Ascendido Sandes á general, entró Portocarrero á ser jefe del batallón, siendo segundo el teniente coronel Diego Whittle. *Rifles* llegó al Cuzco el 16 de Enero de 1825, y sigue á la Paz, y por último á Arequipa, donde pasa el resto del año. Repuesto de sus pérdidas y cambiados los soldados peruanos que tenía por venezolanos de *Vargas*, constaba entonces de 802 plazas, divididas en seis compañías, mandadas así: primera, Guillermo Harris; segunda, Miller Halowes; tercera, Francisco Rodríguez; cuarta, Joaquín Balmes; quinta, Antonio Divisa; y sexta, B. G. Paredes. Con esta organización baja al Callao, embarcándose en Arequipa el 27 de Septiembre de 1826, y queda en Lima formando parte de la tercera división colombiana, á las órdenes de Lara. Fergunson pasó á la división del Perú.

Encabezada por Bustamante, la división se sublevó el 26 de Enero de 1827. *Rifles* prende á Portocarrero, Whittle, Harris, Halowes y Rodríguez. Sólo Balmes, Divisa y Paredes tomaron parte en el motín. El batallón viene á Guayaquil y después de marchas infructuosas Flores logra hacerlo volver al deber y prender á Bustamante.

Para Octubre se hallaba de guarnición en aquella plaza, y según informa Flores, estaba en regular disciplina; pero no era Cuerpo aparente para guarnecer un país amigo, porque á pesar de los repetidos castigos, las quejas no cesaban. Mandábalo Guillermo Harris, y era el segundo Ramón Madrid. Los capitanes Divisa y Paredes regresaron al Perú, por lo cual fueron declarados desertores el 4 de Enero de 1828. Constaba el Cuerpo de 350 plazas. Flores, que desconfiaba de este batallón, lo embarcó para Alausi. En la marcha tuvo gran deserción y aquél pidió su reforma, «porque era un Cuerpo peligroso, siempre inmoral y siempre el espantajo de los pueblos, y parecía que la corrupción estaba en todas sus clases, menos en muy pocos de sus oficiales».

La guerra del Perú contra Colombia rehabilitó á *Rifles*. Perteneció á la primera división al mando de L. Urdaneta. La vanguardia del ejército encontró al enemigo en el *Portete de Tarquí* el 27 de Febrero de 1829, á las tres y tres cuartos de la madrugada. Flores se puso á la cabeza de *Rifles* y entró por la izquierda tan bruscamente, que á pesar del horroroso fuego que se hacía de los cerros y colinas, dió tiempo á que *Yaguacho* entrara con *Caracas*. Estos tres últimos batallones destruyeron toda la Infantería peruana. *Tarquí* fué el último campo de batalla de *Rifles*, y en él se distinguieron los capitanes de compañía Jorge Lack, Manuel Bravo y Francisco Sotillo. Allí puede decirse que murió el valeroso batallón. Sus reliquias constantes, apenas de un centenar de hombres, después de la retirada de Guayaquil llegaron á Vinces el 6 de Mayo. Con aquel cuadro se reorganizó el Cuerpo, incorporándosele todos los venezolanos que había sueltos en el Ecuador ó en los otros cuerpos, y cuando en Octubre salió para Popayán era un batallón nuevo y completamente venezolano.

En 1830, en lucha Venezuela para separarse de Colombia, *Rifles* vino con la división *Boyacá* á ponerse al servicio del Gobierno venezolano. El 27 de Mayo salió

de Pamplona para Cúcuta, constante de dos jefes, 26 oficiales y 381 soldados. Era el primer jefe Luciano Soto y el segundo Juan Antonio Aguado. Recibido por Mariño siguió hasta San Carlos, donde se le mandó detener. El Congreso de Venezuela acordó el 9 de Julio que *Rifles* fuese reformado y su fuerza refundida en otros cuerpos si el Poder ejecutivo creía conveniente esto último. Mariño se interpone en vano para salvarlo alegando su incorporación al Ejército en virtud de un pacto cumplido por ambas partes; el Congreso insistió el 28 de Julio en su determinación y el coronel Juan José Conde fué comisionado para desarmar á *Rifles*, lo que verificó en San Carlos en el mismo mes de Julio. Su bandera, la bandera de *Bomboná* y *Ayacucho*, fué quemada en la plaza principal de dicha ciudad por la oficialidad del batallón.

Tal fué el fin de aquel célebre Cuerpo, el más antiguo de los de la Independencia, el que hizo más campañas y derramó su sangre en La Gamarra, Gámeza, Vargas, Boyacá, La Ciénaga, La Goagira, Carabobo, Bomboná, Taindala, Pasto, Corpahuáico, Ayacucho y Tarqui. Su divisa pudo ser: «El primero en el combate, el último en el cuartel.»

II

Granaderos.

No busquéis en el batallón *Granaderos* aquellos rasgos característicos de nuestra raza. Su divisa no fué la gloria, sino el cumplimiento del deber. Fué un Cuerpo serio, honrado, circunspecto. Diríase que Monagas y Plaza primero y luego Uzlar le inspiraron todas sus bellas cualidades y le enseñaron el camino digno y circunspecto de los hombres para quienes el respeto propio es el punto de mira de todas sus acciones. Nada de fiestas, trofeos, arcos, recepciones, música ni demostraciones parecidas para *Granaderos*. Era un Cuerpo que imponía respeto por su seriedad y hasta por su flema. Vivió vida honrada y no tuvo una sola mancha en su historia: fué el único que no faltó nunca á la disciplina. Peleó como bueno, con la tranquilidad que imprime la virtud. Sufrió sin quejarse, y nunca creyó que esto merecía otra recompensa que su sueldo. En su carrera de campaña tuvo sólo dos jefes: Plaza y Uzlar. Dos caracteres serios, metódicos, ordenados y en quienes el sentimiento de la honradez estaba, puede decirse, filtrado en todas sus acciones. Así fué *Granaderos*. Su historia es sencilla, á la vez que admirable. Fué un Cuerpo modelo.

En Julio de 1818 propuso Anzoátegui al Libertador organizar dos batallones de Infantería y un cuerpo de zapadores que formarían *La Guardia de Honor*. Apro-

bado el pensamiento, se hizo una gran recluta en las misiones de Caroní, y con ella realizó su idea el coronel Anzoátegui. Llamóse uno de los batallones *Granaderos*, y el 21 de Octubre le pasó revista el Libertador en Angostura, embarcándolo el siguiente día para el Apure. El 8 de Noviembre fué reorganizado en Caicara, reduciéndolo á cuatro compañías, bajo el mando del teniente coronel Ambrosio Plaza.

Nombrado el general José Tadeo Monagas gobernador y comandante general de la provincia de Barcelona, recibió instrucciones del Libertador en 22 de Septiembre de 1817 para levantar un batallón de 500 plazas con el nombre de *Barcelona*, cuyo Cuerpo formaría parte de la división que obraba á las órdenes de Monagas. Para el 1.° de Noviembre esta orden estaba cumplida, y servían de base al nuevo Cuerpo los salvados de la «Casa Fuerte», engrosados con los voluntarios del patriota barrio de «El Arroyo» en la ciudad de Barcelona.

El 17 de Diciembre llegó el batallón á San Diego, al mando del teniente coronel José Gabriel Lugo para seguir la campaña del Apure. En El Palmar se le incorporaron varios oficiales, sargentos y cabos entendidos en el manejo de los giros y el fusil, quienes fueron enviados por el general Pedro León Torres por orden del Libertador para disciplinar el batallón. Estos instructores fueron sacados de *Granaderos*.

En 1818 combatió *Barcelona* en las misiones de Calabozo el 12 de Febrero. El ejército entero batió palmas á aquel Cuerpo, á quien se confió la difícil operación de marchar entre el enemigo y la ciudad de Calabozo para cortarlo. Aquella marcha fué admirable; desfiló *Barcelona* al pasitrote, perfectamente unido, sin perder un instante su correcta formación, y con la disciplina de un Cuerpo europeo. Las tropas españolas le tuvieron por un Cuerpo inglés venido en auxilio de los patriotas. El Boletín dice así: «Este movimiento tan vivo, fue tan al caso, que al llegar al bosque y desplegar en guerrilla

los cazadores y primera compañía, arrollar su infantería y cubrir de espanto su caballería por el vivo fuego, fue todo uno.»

El 16 de Febrero entra al fuego de nuevo en el paso del Guárico. El 16 de Marzo vuelve al combate en Sémen, á la bayoneta esta vez, y se le quema la bandera, conservando el asta como reliquia veneranda, hasta que el Libertador le concede un nuevo pabellón. Terminada la campaña regresó al Apure, donde repuso sus pérdidas con el batallón *Granaderos*, que le fué incorporado allí. Separado Lugo entró Ambrosio Plaza á regir el batallón.

Abierta la campaña de 1819 en la Nueva Granada, *Barcelona* vence en *Gámeza* en 11 de Julio; en *Pantano de Vargas* el 25, y en *Boyacá* el 8 de Agosto. En esta jornada tocóle con otros Cuerpos de *La Guardia* cargar por el centro al mando de Anzoátegui, y rindió el Cuerpo principal del enemigo.

Ocupada Bogotá, desaparece el nombre de *Barcelona* y revive el de *Granaderos* de *La Guardia,* regido por Plaza, siendo mayor el teniente coronel Pedro Celis. Allí se transforma el Cuerpo, y para Octubre constaba de 1.000 plazas. Su equipo era completo, su armamento escogido y su vestuario de lujo, porque Santander tomó empeño especial en que fuese un Cuerpo lucido, porque le había destinado para la guarnición de aquella capital, siempre al mando de Plaza. Ascendido Plaza en 1820 á segundo jefe de *La Guardia*, *Granaderos* vino á San Cristóbal, al mando del coronel Francisco de Paula Vélez. Roto el armisticio en Abril de 1821, marchó á Barinas, formando parte de la primera brigada de *La Guardia*. Ya al marchar para el centro se enfermó Vélez, y siguió hecho cargo del Cuerpo el teniente coronel Pedro Celis. Era capitán encargado del detall José María Pirela; mandaba la primera compañía desde el 24 de Julio de 1819, el capitán Martín Franco; la segunda, Miguel Zárraga; la tercera, Juan de D. Manzaneque; la

cuarta, Narciso Gonell; la quinta, Ramón Durandegui, y la sexta, Ramón Soto.

En Carabobo tocóle á *Granaderos* la gloria de alcanzar á *Valencey* á la entrada de Valencia; le hizo abandonar los dos cañones que traía, y lo obligó á replegar sobre Puerto Cabello, dejando libre aquella ciudad, que en el acto fué ocupada por el batallón republicano, siguiendo más tarde á Caracas con el Libertador, donde entró el 29 de Junio, á las once de la noche.

El 11 de Agosto fué nombrado el coronel Juan Uzlar primer jefe de *Granaderos*, y por disposición de Bolívar, este Cuerpo fué organizado «con hombres de alta é igual talla, á fin de formar un Batallón brillante y lucido, digno del jefe que lo mandaba». Refundióse al efecto en *Granaderos* el batallón *Vargas*, y se pasaron á *Boyacá* y *Tiradores* todos los granadinos que había en él, quedando sólo venezolanos, y en su mayor parte trujillanos y barquisimetanos.

Así organizado marchó al asedio de Puerto Cabello, permaneciendo entre esta ciudad y Valencia todo el año de 1821. Era capitán de la primera compañía J. M. Pirela.

El 26 de Febrero de 1822 combatió en *Vigirima;* el 8 de Marzo en *Patanemo*, y por una marcha atrevida entró á ocupar el valle que se extiende desde el pie de *El Vigía*, donde peleó bizarramente el 14 de Abril, hasta Paso Real y San Esteban, con sus avanzadas en el pueblo externo de la plaza. Para sostener esta posición era menester combatir día y noche. Aquella vida produjo, primero, la peste de calenturas, y luego, el vómito negro. Aun así, continuaron las tropas el asedio, y el reducto de Solano fué asaltado y tomado el 16 de Abril, á tiempo que el *Anzoátegui* ocupó á Borburata el 17. Pero fué menester levantar el sitio, y todas estas posiciones fueron abandonadas, retirándose el ejército á Naguanagua en buscá de clima más benigno. En Agosto vuelven las tropas al combate y vencen, el 10, en *Agua Caliente;* el 11,

en *Sabana de La Guardia;* el 12, en *Naguanagua*, y el 17, en el *Mirador de Solano*.

El coronel Duane, que lo vió en 1822, lo describe así:

«Este cuerpo se considera el mejor en el servicio y se distingue por su valor en el combate y su comportamiento en el cuartel, así como por su generoso espíritu de cuerpo: Cuando marcha presenta cierta semejanza con los cuerpos Spahis Patan del Ejército de Bengala. La mayor parte de los soldados tienen 5 pies y 10 pulgadas, algunos 6 pies y al parecer ninguno menor de 5 pies 8 pulgadas. La mayor parte son trigueños, dos entre diez son de color oscuro, y uno ó dos en cada compañía tienen el pelo rizado: estos parecen que se han escogido á causa de su estatura y robustez. En ninguna parte del mundo tiene el pueblo más forma atlética, muscular y mejor conformada que en Colombia. Los granaderos parecen escogidos para modelo: en el hecho es un cuerpo escogido. Tienen el pelo suelto, negro y encrespado, facciones generalmente hermosas, aspecto cuidadoso y ninguno aparece ser mayor de 25 años, ni menos de 18. Puede haber algunos más jóvenes y otros hasta de 30, pero la mayor parte de los soldados colombiano son menores de 20. Los granaderos son un cuerpo notable é imponente: nunca vi otro compuesto de hombres tan sanos, tan fuertes y de formas tan atléticas. Su uniforme de gala tiene capota alta en forma de mitra con brademburgo con borlas grandes y cordones de plata como los granaderos franceses, con una granada dorada en la frente, é igual adorno llevan en el cuello y en vueltas. Su disciplina es una modificación de las tácticas inglesa y prusiana; y sus movimientos de tiempo triple les dan un aire gracioso y les prepara para el paso largo.»

En 1824 *Granaderos* vuelve al asedio del *Mirador de Solano*, que se rinde el 24 de Abril y sigue estrechando el sitio hasta el 8 de Noviembre, en que fué asaltada la plaza. Páez tomó bajo su inmediato mando una compañía de *Granaderos*, y al romper el fuego hizo con ella un

amago sobre la línea exterior de la ciudad; pero el entusiasmo de esta compañía fué tan grande viendo comprometidos sus compañeros en la plaza, que vino sobre la casa fuerte, y muchos habían tocado ya los parapetos, cuando Páez le hizo retirar por haber comprendido que ya la columna que atacaba la población por otro lado era dueña de la plaza. Efectivamente, la guarnición de la línea exterior se rindió á poco á *Granaderos*.

Terminada la guerra se separó Uzlar del servicio militar y entró Celis á mandar el batallón, teniendo de segundo al teniente coronel Pedro J. Murgueza. Este cuerpo quedó en guarnición de Puerto Cabello, y vino á ser propiedad del general Páez, al decir de Soublette al Libertador en carta de 20 de Enero de 1826. En el año de 1825 se ocupó *Granaderos* de la facción de Güires, bajo las órdenes de Iribarren, siendo el capitán N. Gonell el encargado del detalle.

Cuando Páez se declaró en rebelión contra Colombia y contra el Libertador, *Granaderos*, lejos de seguirle, sustrajo la plaza de Puerto Cabello de la obediencia al caudillo infidente el 21 de Noviembre de 1826. Regíalo accidentalmente el teniente coronel Simón García, que era segundo del Cuerpo, por haber pasado Muguerza á otro puesto. Celis, que era el primer jefe, se hallaba en Valencia, y Gonell había pasado á *Anzoátegui*.

A principio de 1827, *Granaderos* fué reorganizado bajo el mando del coronel Trinidad Portocarrero, siendo el mayor Rafael Romero y García encargado del detall. Destinado á la guarnición de Valencia permaneció allí hasta el mes de Junio, en que se embarcó en Puerto Cabello para el Magdalena, de donde siguió á Bogotá. En Septiembre fué destinado á Maracaibo, en cuya plaza quedó de guarnición hasta Noviembre de 1828, que marchó para Bogotá. La tercera compañía del batallón regresó precipitadamente á Maracaibo, por haberse descubierto allí una revolución que Carreño sofocó al nacer. En Enero de 1829 llegó á Bogotá «en cueros y

con malos fusiles», al decir de Urdaneta. Allí fueron separados del Cuerpo, por sospechas, los capitanes Uzcátegui y Romero, á consecuencia de su intimidad con Pacho Barriga, antiguo oficial del batallón y conocido por sus opiniones contrarias al Libertador, y entró á regir la primera compañía el capitán Agustín Pérez, el 12 de Enero de 1829. Al siguiente día salió *Granaderos*, siempre al mando de Portocarrero, con destino á Popayán: constaba de ocho compañías. La tercera siguió á Mérida, donde se unió al batallón *Callao*, que salió de allí el 9 de dicho mes. Era médico del Cuerpo el doctor Dionisio Bremont.

En Febrero, ya completo *Granaderos*, siguió con Bolívar para el Sur. Entró á Quito en Abril y en Mayo siguió para Guayaquil, donde quedó de guarnición. El 20 de Septiembre se separó del Cuerpo el teniente coronel Simón García, y el 17 de Octubre se embarcó el batallón para el Norte. Constaba de 500 plazas, todas venezolanas, pues se le habían incorporado las compañías primera y sexta de *Caracas*. Venía conduciéndolo el general Ignacio Luque, quien lo trajo hasta Bogotá, conservándolo en las penosas marchas que tuvo que hacer para llegar á esta ciudad, donde quedó de guarnición al mando de Muguerza, siendo segundo el teniente coronel Ramón Soto. Regía para entonces la primera compañía el capitán Martín Díaz; la segunda, José Muguerza, y Francisco González estaba encargado del detall del Cuerpo.

El 1830 estalló en Venezuela el movimiento separatista. Al punto se puso de manifiesto la repugnancia de las tropas venezolanas á pelear contra sus paisanos, y fácil fué al general T. Portocarrero organizar la marcha á Venezuela de todos los cuerpos venezolanos. El 7 de Mayo se puso á la cabeza de *Granaderos*, y apoyado por los oficiales separó á los jefes y declaró su intención de marchar á Venezuela. Intervino el Libertador y no fué atendido, por lo cual se le dieron auxilios para su mar-

cha, y de acuerdo con Bolívar se nombró al general José Laurencio Silva para que condujera estas fuerzas á Pamplona y de allí siguiesen á Cúcuta. A las dos de la tarde del 7 salió el batallón de Bogotá, constante de 500 plazas; pero deseando dar al Libertador una prueba de afecto personal, quedó una compañía de *Granaderos* para hacerle la guardia y acompañarle en su viaje á Cartagena. Esta compañía estuvo á su lado hasta su muerte.

Incorporado *Granaderos* al ejército venezolano mandado por Mariño, siguió á San Carlos, donde fué mandado detener. El Congreso de Venezuela resolvió, á propuesta de Soublette, reformarlo, distribuyendo su fuerza en las demás tropas del país. En consecuencia, el 14 salió para San Carlos el coronel Juan José Conde, con encargo de desarmar el batallón y licenciar la oficialidad. Mariño se interpuso para ver si lograba que se conservase este Cuerpo; pero el Congreso insistió el 28 en su determinación, y *Granaderos* fué desarmado en San Carlos, privándole de sus honores y prerrogativas, para refundirlo en otros cuerpos de distinta denominación, quedando su oficialidad sin destino hasta nueva orden. Los oficiales vinieron á Caracas, y el 10 de Agosto ocurrieron al general Páez pidiéndole que se les concediera licencia absoluta ó se les diera puesto entre las fuerzas veteranas. Firmaban la petición el segundo comandante del Cuerpo, Francisco Javier Rosa, capitán Joaquín Fernández, teniente José Paredes y subteniente Domingo Ochoa. El Gobierno optó por darles licencia absoluta.

III

Vencedor.

Vencedor es el batallón de las cargas decisivas, de los últimos recursos, de las maniobras rápidas. Ágil como ninguno, se distinguió siempre por su escasa impedimenta; de ahí la rapidez de sus marchas. Formado de andinos venezolanos y de serranos de la Nueva Granada, era admirable por su frugalidad, asombroso por su facilidad para trepar por los más empinados caminos y era sufrido y conforme cual ninguno. No tenía en sus filas un solo extranjero, y aprendió con los llaneros de Páez á burlarse de los hombres de pluma. *Vencedor* era librepensador. Los sacerdotes fueron siempre objeto de escarnio para el Cuerpo. Su pasión dominante fué el juego, y es fama que la parte que le cupo en el millón del Perú corrió pronto por los tapetes verdes. En la vida de guarnición se ocupó de la política, y sirvió de instrumento á Bustamante en la insurrección de la tercera división colombiana en el Perú. La oficialidad hizo siempre gala de incredulidad volteriana: no iba nunca á la iglesia, pero sí visitaba las logias masónicas donde las había. Era, puede decirse, un Cuerpo bohemio, en el sentido francés de la palabra. Correcto en la disciplina, hacía sufrir á su jefe Pulido todo el peso de sus burlas, por sus modales ásperos y su manera de ser brusca y voluntariosa. Sucedióle Luque, el hombre de los des-

órdenes, de las tropelías, de las borracheras y de los asaltos en despoblado. El batallón nada perdió en disciplina, pero sí en moralidad. En Bolivia cargaba *Vencedor* una mujer vestida de monja que hacía creer era una monja robada. Para acentuar más la fisonomía del Cuerpo, las bajas que tuvo en la campaña del Perú fueron suplidas con reclutas de Guayaquil, tan incrédulos como los que más. Aparte estas que pudiéramos llamar «cosas» del batallón, no hubo nunca quejas contra él. Su conducta, aun en la época del desbandamiento, fué siempre buena para con los ciudadanos. No fué azote ni terror. Representaba en el Ejército el elemento que pugnaba por sustraer á los pueblos de la tutela y sumisión á los sacerdotes, y desautorizaba á éstos con sus burlas y con una serie de cuentos que los ponía constantemente en ridículo. De allí que *Vencedor* casi nunca tenía capellán.

Hasta en su banda era raro este Cuerpo, pues sólo se componía de cornetas, cornetines, pitos y tambores, y como tocaba siempre los aires nacionales, era la favorita de los venezolanos.

El 7 de Noviembre de 1816 dispuso el general Páez el asalto de Banco Largo, y encargó de esta operación al teniente coronel Juan Iribarren, á la cabeza de 500 dragones. La sorpresa fué tan completa que toda la Infantería realista, compuesta de trujillanos, fué hecha prisionera. Con ella se organizaron dos compañías que se llamaron al principio *Húsares de Páez* y luego sirvieron de base para la formación de un batallón que se llamó *Bravos de Páez*, compuesto de reclutas granadinos y de los Andes. Mandó este Cuerpo el teniente coronel Cruz Carrillo.

Para la instrucción y disciplina del Cuerpo envió Bolívar á Páez el 4 de Octubre de 1817 dos volúmenes de la Nueva Táctica, para que los jefes de instrucción se acomodasen á ella.

El batallón conquistó fama de arrojado en la toma

de San Fernando, el 7 y 8 de Marzo de 1818. Rechazados los patriotas en Caño del Negro, cargó la compañía de cazadores de *Páez*, al mando del capitán Alzuru, y destrozó á su vez á los realistas.

Incorporado á *La Guardia* salió el 26 de Mayo de 1819 para la campaña de la Nueva Granada. En *Gámeza* pasó el puente, el 11 de Julio, bajo los fuegos cruzados y vivos del enemigo, y este rasgo fué citado en el Boletín de esa victoria.

En *Boyacá* tocóle al batallón la parte mayor de la gloria; cúpole entrar por el centro con *Barcelona*. Anzoátegui ordenó el ataque á un batallón que el enemigo había desplegado en una cañada. Retirado el Cuerpo español, se incorporó al resto del ejército, que en columna sobre una altura y con tres piezas de artillería al centro, aguardó el ataque de los republicanos. El combate se generaliza y *Rifles* y *Albión* luchan desesperadamente. Bolívar manda cargar á *Páez*. El batallón cala bayonetas y casi sin disparar un tiro trepa fácilmente por la ladera y cae sobre *Cazadores del Rey*, que ocupaba una cañada á la derecha. Chócanse los dos cuerpos igualmente valerosos, pero *Páez* logra ocupar la parte alta de la cañada y *Cazadores* se ve obligado á replegar en desorden. Sigue cargando el Cuerpo republicano y lleva á las filas del Barreiro la confusión y el desorden. Anzoátegui entra por el centro y la batalla está ganada. La Caballería hizo lo demás. El batallón que decidió la victoria fué condecorado con el escudo de Boyacá y se le dió el nombre de *Vencedor en Boyacá*.

Vencedor fué desde entonces uno de los cuerpos de más confianza. En la toma de Cúcuta, el 25 de Septiembre, rechazó al enemigo fácilmente en el *Alto de las Cruces*, y fué siempre á la vanguardia. «El batallón *Páez*—dice Soublette—goza ya de una reputación que no puede aumentarse con acciones parciales.»

Elevada su fuerza á 700 hombres, quedó en Cúcuta el 11 de Octubre y eran sus soldados tan disciplinados, que

de él se sacaron dos compañías para organizar el batallón *Vargas*, separándose también el teniente coronel Juan Terrión, que venía ocupando el puesto de mayor del batallón, y que siendo capitán de una compañía del Cuerpo, fué herido en Pantano de Vargas. Sucedióle el mayor José Ignacio Pulido, y como á poco saliese Carrillo para Pamplona, se encargó Pulido accidentalmente del batallón. Mandaba la primera compañía el capitán Eugenio Peraza.

Organizada *La Guardia*, los batallones *Vencedor*, *Anzoátegui* y *Granaderos* formaron la primera brigada, al mando del coronel Ambrosio Plaza, que ocupó á Barinas durante el final del año de 1820 y principios de 1821. El 17 de Marzo se encargó del batallón *Vencedor* el coronel Juan Uzlar.

Este mando pudo decirse que fué *ad honorem; Vencedor* era un Cuerpo criollo y no recibía en su seno á los extranjeros. Uzlar lo comprendió así y dejó á Pulido hecho cargo del cuerpo, de modo que en Carabobo no peleó *Vencedor*, mientras que Uzlar sí tomó parte á la cabeza de *Granaderos*.

El 11 de Agosto se separa Uzlar y entra Pulido á mandar el batallón. Poco después sigue *Vencedor* para la campaña del Sur, llevando por segundo jefe al coronel Manuel Morillo. En esta campaña el uniforme del Cuerpo era azul, con cuello, botas y barras encarnadas.

El 28 de Febrero de 1822, después de penosísima marcha llega *Vencedor* á Popayán; azotado por la viruela dejó en el camino cerca de ochenta hombres. El 8 sigue su marcha y un mes después se encuentra en *Bomboná* formando la reserva. Comprometida la acción vuela Bolívar en busca de *Vencedor* y le manda tomar á la bayoneta las trincheras y los parapetos que el enemigo defendía con su Artillería y fusileros, para impedir de este modo que todas las fuerzas contrarias cargaran sobre *Rifles* y lo destruyesen. Destrozados *Vargas* y *Bogotá* y perdida la esperanza de superar los obstáculos que había

opuesto el enemigo en el descenso de la quebrada, los jefes y oficiales de estos dos cuerpos reunieron los restos de ellos, y ocupando las alturas se sostuvieron hasta que vino *Vencedor*. El ataque fué rápido y decisivo: veinte minutos duró, dejando 80 hombres en el campo y mortalmente herido al teniente coronel Morillo.

La noche llegó con la victoria y la luna alumbró el campo en momentos en que resonaban los vítores del ejército vencedor.

En Julio fué destinado *Vencedor* para formar parte de la división de Colombia, auxiliar del Perú. Va en la primera brigada con *Voltígeros*, al mando ésta del coronel Jacinto Lara. Quéjase la tropa de la conducta demasiado áspera de Pulido y del mal tratamiento que le da, y el Libertador dispone el 28 de Octubre que si esto es cierto se le separe del mando del batallón y se le advierta, que no sólo lo separará si continúa, sino que le quitaría el empleo. Resentido Pulido pide su baja; pero el Libertador sólo le concede su retiro, con agregación al Estado Mayor. El 15 de Noviembre entró á ser primer jefe del Cuerpo el teniente coronel Ignacio Luque. Para entonces era capitán de la compañía de granaderos Agustín Anzoátegui, y mandaba la primera compañía el capitán Alejandro Machuca.

Regresó en Febrero de 1823 esta división auxiliar con el general Juan Paz Castillo, que la fué mandando, y el Libertador procedió á organizar la segunda, la cual salió de Guayaquil el 18 de Marzo. *Vencedor* formó parte de ella, y llegó á Lima con 618 soldados. No parecía muy satisfecho Sucre con Luque, por lo que en 13 de Julio de 1823 pedía al Libertador un comandante para este Cuerpo.

Para fines del año, estaba el batallón acantonado en Trujillo. La conducta irreligiosa de Luque y de algunos oficiales subalternos produjo una queja del provisor del Obispado de Trujillo, por lo que el Libertador llamó la atención del caso al general Sucre el 19 de Enero de

1824, excitándole á coadyuvar á impedir los progresos de la impiedad en el Ejército.

Para Marzo contaba el batallón 530 soldados, teniendo el resto en los hospitales de Lima. Por orden de Sucre se le incorporaron los tambores y pitos del batallón *Istmo*, porque el Cuerpo carecía de ellos.

A principios de Diciembre se incorporó *Vencedor* al ejército colombiano en las cercanías de Ayacucho. El 3 de Diciembre pasaba el ejército la quebrada de *Corpahuaico*. La vanguardia y el centro estaban ya del otro lado, cuando cinco batallones y cuatro escuadrones realistas cayeron bruscamente sobre *Vargas*, *Vencedor* y *Rifles*, que cubrían la retaguardia, con el general Lara. *Vencedor*, como Cuerpo más ligero, se abrió paso, cargándose á la derecha, y con *Vargas* salvó á *Rifles* de una pérdida que parecía inevitable.

El 9 formaba *Vencedor* parte de la reserva en Ayacucho. La división española de Valdez, compuesta de cuatro batallones y dos escuadrones y seis piezas de Artillería, atacó fuertemente por la izquierda y amenazó la derecha de La Mar. La división del Perú se hallaba dispersa. *Vargas* vino al trote á llenar el claro dejado por ésta, pero no pudo contener á Valdez, que, ya dentro las líneas patriotas, amenazaba la retaguardia. *Vencedor* entra al combate, y, juntos los dos cuerpos, cargaron con la misma impetuosidad con que Córdova cargaba por la derecha. Parapetados los realistas tras de las barrancas, resistían con ventaja las cargas de los patriotas. Flameó entonces la bandera de Colombia en media falda de los altos de Condorcunqui y Valdez se vió perdido, pero no emprendió la retirada hasta no ver su división completamente destruída y amenazada por la Caballería. *Vencedor* dejó en el campo la mitad de su fuerza, contando al coronel Luque entre los heridos, quien fué sustituído en el combate por el sargento mayor Agustín Anzoátegui.

Á petición de Lara se concedió su paso para Colombia en el mismo Diciembre al capitán Machuca, que

mandaba la primera compañía, porque tenía que atender á su larga familia, y Sucre despidió del Cuerpo, por mala conducta, al teniente Cucalor, al subteniente Morlas y al abanderado Agustín Sáenz.

En 1825 marcha *Vencedor* para Bolivia. Llevaba de mayor al teniente coronel José Bustamante. Repuestas sus pérdidas con los soldados americanos; hechos prisioneros á los españoles, tenía en Cuzco el 17 de Enero 673 hombres. Para Agosto regresó á Lima, adonde llegó con el general Sandes el 18 de Octubre de 1826. Mandaba el Cuerpo Luque; hacía de segundo el teniente coronel Diego Whittle, y regía la primera compañía el capitán Juan Bautista Rodríguez y las otras Juan José Arrieta, Francisco García, Rafael Grueso, Nicolás Bernaza y Lorenzo Hernández, que mandaba la sexta desde el 1.° de Junio de 1825. El capitán Eustaquio Bernal ejercía las funciones de ayudante mayor.

Al amanecer del 26 de Enero de 1827 se insurreccionó la tercera división de Colombia en Lima, que estaba mandada por el general Jacinto Lara, y de la cual hacía parte *Vencedor*. Toda la oficialidad del Cuerpo entró en el plan, con excepción de Luque, Whittle, Rodríguez y el teniente Juan Pereira, quienes fueron reducidos á prisión. Arrieta se hizo cargo del batallón sublevado. Los presos salieron para San Buenaventura en el bergantín *Blucher*. Cuando el Gobierno de Bogotá tuvo conocimiento de esta insurrección, lejos de desaprobarla la aplaudió, y en oficio de 15 de Marzo el ministro de la Guerra, general Carlos Soublette, ensalzó «el patriotismo de la oficialidad, la lealtad de su corazón y la firmeza de carácter» de la división auxiliar del Perú. Bustamente, el jefe del movimiento, fué ascendido á coronel efectivo...

Vencedor con *Caracas* vinieron á Guayaquil, adonde llegaron el 24 de Abril y ofrecieron someterse si se les aprobaba su conducta; pero ya el Libertador la había desaprobado, como era natural, y por este motivo *Ven-*

cedor se resistió á embarcarse para Panamá al recibir esta orden en Cuenca, donde se hallaba para principios de Junio.

Por su cuenta quedó el Cuerpo en Samborondón. Flores envió al coronel José Manuel León para que, aprovechando la coyuntura que presentaba la insurrección de Arrieta, trajese á *Vencedor* á la obediencia, como en efecto lo logró, y marchó con él á Guayaquil, donde se apoderó de los cuarteles é hizo proclamar al Gobierno de Colombia y al Libertador, restableciendo así, el 22 de Septiembre, el orden constitucional turbado por la dicha insurrección. Flores, que había sido el alma de la contrarrevolución, entró á Guayaquil poco después.

Los capitanes Francisco García, Rafael Grueso, Juan José Arrieta, el ayudante mayor Eustaquio Bernal y varios oficiales abandonaron sus puestos, por lo cual fueron declarados desertores. Por decreto de 7 de Noviembre se mandó reformar el batallón *Vencedor;* pero como Flores lo había enviado á Loja, en previsión de la guerra con el Perú, difirió el cumplimiento de esta orden y así lo dijo al Libertador el 6 de Diciembre.

Como éste insistiese en la disolución del Cuerpo, Flores dispuso se cumpliese la orden, la cual se verificó en Febrero de 1828. Los soldados venezolanos fueron incorporados á *Caracas* y los ecuatorianos á *Quito* y á *Yaguachi.* La oficialidad fué toda licenciada, menos León, que pasó á mandar este último Cuerpo.

IV

Anzoátegui.

Anzoátegui representa en la guerra de la Independencia el espíritu del regionalismo oriental, que para entonces estaba profundamente arraigado en las provincias que componían la Nueva Andalucía.

A pesar de ese espíritu, *Anzoátegui* se hizo siempre querer por su índole alegre y jovial. Era un batallón en que se cantaba y donde la guitarra y la bandola no cesaban un momento. Su cuartel era el centro de una alegría sencilla, primitiva é inocente. Soñando con el Neverí, con el Manzanares y con el Guarapiche, los soldados distraían su nostalgia con el relato de las hazañas de sus compatriotas. No veían de buen grado en sus filas soldados de otras partes, y así lograron conservar siempre la fisonomía de su origen. Las reclutas entraban y salían, sin alterar para nada el modo de ser de aquel Cuerpo, tan alegre y tan amigo de fiestas. Por eso Páez le tomó gran cariño y al fin se lo apropió como cosa suya.

No había allí la melancolía de los llaneros del batallón *Apure*, ni la tiesura de los *Granaderos;* había el sol de Cumaná, la vida de las llanuras de Barcelona, la alegría de las costas orientales; el genio turbulento de los cumaneses, estaba contrapesado con la apacibilidad de los negros maturineses, á quienes todos admiraban por

el valor y la resistencia. Disciplinado por Arguindegui, que era de elevada estirpe, de educación esmerada, de posición acomodada y de instrucción militar no común, *Anzoátegui* tuvo siempre mucho del carácter de su jefe, con quien se identificó de tal modo, que al separarse de éste, casi todo el batallón se desertó y perdió el Cuerpo su seriedad y circunspección.

Ocupada Angostura en 1817, se organizó una división que se llamó *Bermúdez*, de la cual formaba parte el batallón *Restaurador*, creado en Cumaná, Barcelona y Maturín, y que mandaba el coronel Jerónimo de Sucre. Después de los combates de *La Madera*, el 30 de Marzo de 1818; *Güiria*, el 25 de Agosto, y *Río Caribe*, el 13 y 15 de Octubre, ya mermado el Cuerpo, vino á ser una columna que se llamó *Cumaná*, y siguió á las órdenes de Mariño hasta el 12 de Julio de 1819 en que se libró el combate de *Cantaura*, y quedó luego la columna obrando en Barcelona.

El 13 de Diciembre dispuso el Libertador en Angostura que el general Manuel Valdez tomase el mando de todas las infanterías de Barcelona reunidas en Santa Clara y siguiese con ellas al puerto de Parmana, sobre el Orinoco, donde debía embarcarse para San Fernando de Apure. Esta división, de la cual formó parte *Cumaná*, siguió á Guasdualito, pasó el Arauca y continuó camino de Soatá. Llamado al cuartel general el general Valdez, el 10 de Febrero de 1820, se hizo cargo del Cuerpo el coronel Justo Briceño, y con motivo de las bajas ocasionadas por las enfermedades, quedó reducida á una columna, que se conocía generalmente con el nombre de columna Briceño, hasta el mes de Abril, en que fué incorporada á *La Guardia* con el nombre de batallón *Anzoátegui*, siendo su primer jefe el teniente coronel J. M. Arguindegui. Constaba el Cuerpo de siete compañías, de las cuales la primera estaba mandada por el capitán Manuel Cola; la segunda, por Laureano López; la tercera, por Joaquín Jerez; la cuarta, por Narciso Gonell; la quin-

ta, por Gabriel Guevara; la de granaderos, por Francisco Domínguez, y la de cazadores, por Valentín Reyes. *Anzoátegui* era el primer batallón de la segunda brigada de *La Guardia.*

En 1821 fué reorganizada *La Guardia,* y *Anzoátegui,* regido por Arguindegui y Cala, pasó á formar parte de la primera brigada. Entró á mandar la primera compañía el capitán Pedro Rojas.

Anzoátegui hizo la campaña de Venezuela, y no disparó un solo tiro en Carabobo; pero sí prestó servicios importantes en las inmediatas operaciones de persecución al enemigo. Su gloria le estaba reservada en Puerto Cabello, á cuyo sitio fué destinado á las órdenes de Manrique. Durante el año 1821 el asedio de la plaza fué débil por falta de una marina capaz de combatir la realista.

Á principios de 1822 se activaron las operaciones, y *Anzoátegui,* después del combate de *La Vigía,* el 14 de Abril, se situó en Borburata, guarneciendo el flanco derecho y ocupando el fuerte del *Trincherón,* con avanzadas hasta la playa del pueblo exterior. Las fiebres obligaron á levantar el sitio, y Morales salió en Agosto sobre Valencia para sufrir reveses en *Agua Caliente* el 10, en *Sabana de la Guardia,* el 11, y el *Mirador de Solano,* el 17. El año de 1823 volvió á brillar *Anzoátegui* por su arrojo en el mismo *Mirador,* el 24 de Abril, y en *El Palito,* el 1.° de Mayo. Ya para Septiembre estaba establecido el sitio riguroso de Puerto Cabello, dirigido por Páez, á quien acompañaba Bermúdez. En Octubre se aproximaron las líneas de ataque con la ocupación del *Río* y de la *Casa Fuerte,* fuera del recinto atrincherado.

Así las cosas, el europeo D. Jacinto Iztueta, que merecía la mayor confianza de los jefes españoles y muy práctico de la plaza sitiada, reveló á Páez la existencia de un vado por el lado de Mangle, único punto que no se hallaba fortificado. El 5 de Noviembre en la noche reconocieron el paso los tenientes de *Anzoátegui* Juan

Albornoz y José Hernández, y encontraron practicable la entrada por allí.

Á las diez y media de la noche del 7, cuatro compañías de *Anzoátegui*, al mando de Domínguez, López, Jérez y Guevara, á las órdenes del mayor Cala y acompañadas de 100 lanceros, salieron de la Alcabala. Gracias á la correcta disciplina del batallón pudo marchar por un espacio de más de ocho cuadras de agua y fango, donde apenas se podía tener el soldado en pie. No se hizo ruido alguno. Parecía aquella marcha una cinta de acero que lentamente avanzaba por un lugar tenido hasta entonces por intransitable. A las dos y media de la mañana la columna hizo pie firme y asaltó y tomó las baterías Príncipe y Princesa á un mismo tiempo. Domínguez tomó la primera, y Pedro Rojas la segunda. Sus defensores hicieron heroica resistencia y murieron todos á lanza y bayoneta. Al mismo tiempo López ocupó el Muelle, Jérez el Corinto y Guevara la Constitución. La lucha fué rápida y tenaz. No había retirada para unos ni para otros, y de allí que en media hora que duró hubiese tantas bajas.

La plaza quedó en poder de los patriotas: 60 cañones, 620 fusiles y todo el material de Artillería é Infantería fueron los trofeos del vencedor. De 450 españoles que la defendían, 156 quedaron muertos, 59 heridos y 213 prisioneros. Todos fueron héroes. Sólo hubo un español cobarde, el coronel Manuel Correa y Colina, que dejó solo al brigadier Calzada, jefe de la plaza, y fué á refugiarse al castillo de San Felipe, para capitular tres días después.

La gloria de *Anzoátegui* está escrita en las fortalezas de Puerto Cabello. Aquel asalto no tiene igual en nuestros fastos militares. Es uno de esos actos de heroísmo inconcebibles, y pudiera decirse absurdos si no se piensa lo que puede una tropa disciplinada y llena de entusiasmo. Por siglos habían estado los españoles en Puerto Cabello, se habían hecho estudios científicos de la

plaza; el departamento de ingenieros había examinado detenidamente todos los alrededores, y unánimemente se consideró impracticable el paso por la laguna y el manglar que moran al Oriente para venir al centro de la plaza, salvando el istmo que unía entonces el recinto fortificado y la población exterior, y que se hallaba cortado bajo la muralla de la plaza por un foso que unía las aguas del manglar con las del mar. Desnudos venían los asaltantes para poderse reconocer en la obscuridad, y desnudos asaltaron las fortalezas y vencieron á Puerto Cabello.

El Gobierno de Colombia premió los servicios de este Cuerpo, concediéndole una medalla y el sobrenombre de *Valeroso*. Igualó á Páez con Bermúdez y á ambos concedió una medalla de oro y de brillantes.

Anzoátegui pasó de guarnición á La Guaira, habiéndose separado del Cuerpo el capitán Guevara, que pasó al batallón *Zulia*. La recepción que se hizo al Cuerpo en todo el tránsito fué suntuosa. En Caracas se reunieron 5.000 pesos para distribuirlos entre los vencedores de Puerto Cabello, y en La Guaira se le dió un lujoso banquete en *El Colorado*, cuyo obsequio fué promovido y servido por personas de distinción en aquel puerto.

Anzoátegui vino á ser el cuerpo mimado de Páez. Aún conserva en Valencia su nombre el cuartel donde moraba el batallón. Su equipo era lujoso. Su uniforme se componía de casaca corta de paño azul turquí con vueltas, cuello, forros y vivos encarnados; alto corbatín de suela negra, morrión de suela negra, pantalón blanco, capote de paño gris con mangas y cinturón, y camisa blanca. Con ese mismo uniforme permaneció hasta su extinción.

Para el 7 de Febrero de 1826 entró á mandar la segunda compañía el capitán Juan Albornoz. El 28 de Julio León Cazorla fué jefe de la primera, y Laureano López encargado del detalle del Cuerpo.

Como era de esperarse, *Anzoátegui* fué el Cuerpo en

que se apoyó Páez para su revolución de 1826. Cuando Bolívar vino á Caracas y perdonó á Páez, no tuvo una queja para nadie, una recriminación para ninguno. Sólo *Anzoátegui* mereció su reprobación, y en Febrero de 1827 removió á Arguindegui del mando del batallón, y puso en su lugar á Narciso Gonell, que para entonces era mayor del Cuerpo. En vano Páez intercede por el amigo; Bolívar fué inflexible. Seis días después, cerca de 300 hombres se habían desertado y el Cuerpo quedó reducido á 127 soldados. Un piquete que se hallaba en Valencia se desertó en cuerpo en Marzo. Bolívar dió orden el 16 para fusilar á todo el que se aprehendiera. Arguindegui recibió sus letras de retiro y Páez le dió recursos para irse á París á curar del mal de elefancía de que padecía, y á su regreso fué recluído en el Lazareto de Caracas.

Anzoátegui fué reorganizado en Caracas con reclutas de la costa de La Guaira. Constaba el Cuerpo de cuatro compañías mandadas por P. Rojas, F. Domínguez, Juan Albornoz y José Hernández. Era segundo del Cuerpo el mayor José María Pirela.

Muerto el Libertador y separada Venezuela, *Anzoátegui* quedó al servicio del Gobierno de esta República, al mando de Gonell. Para 1831 constaba de ocho c mpañías y 688 soldados; y para 1835 sólo tenía dos jefes, veinte oficiales y 344 soldados. Era segundo del Cuerpo el teniente coronel J. J. Anzoátegui, León Cazorla el ayudante mayor. Mandaba la primera compañía el capitán Pedro Mendoza, José Hernández la segunda, Juan A. Camejo la tercera, Julián Castro la cuarta, Domingo Reyes la de cazadores y Antonio Jelambi la de granaderos.

Para 1833 constaba el Cuerpo de dos jefes, 26 oficiales y 589 soldados, y el costo anual del batallón ascendía á pesos 174.352 (1).

---

(1) En la primera edición había un error de la imprenta, pues el mismo párrafo se repetía en esta forma:

Para 1833 constaba el Cuerpo de dos jefes, 26 oficiales y 580 soldados, y el costo anual del batallón ascendía á pesos 74.352.

En los primeros días del mes de Julio de 1835 se hallaba *Anzoategui* de guarnición en Caracas, y el ayudante Irene comunicó al jefe del Cuerpo sus temores de que el batallón se sublevase. Gonell se limitó á mandar al capitán Jelambi con su compañía á custodiar el parque. A la una de la madrugada del día 8 de Julio, el comandante Pedro Carujo sacó el batallón del cuartel y lo formó en la plaza de Catedral. A poco se le unió el general La Croix, quien siguió al parque, que le fué entregado sin resistencia, porque Jelambi dormía fuera, como también dormía Gonell. A las seis de la mañana salió el capitán Navarro con un piquete para la casa del presidente Vargas y le intimó arresto. A las siete de la mañana conferenció Carujo con Vargas y todo el día se pasó en la discusión de las bases de conciliación, para llegar á un arreglo pacífico. Como no tuviesen resultado alguno estos pasos, á las doce de la noche Vargas y el vicepresidente, Dr. Narvarte, fueron trasladados á la casa de Gobierno, y custodiados por la primera compañía de *Anzoátegui*, al mando de Julián Castro. De allí siguieron á La Guaira, donde fueron embarcados para Saint-Thomas, á las dos de la tarde del 10.

Debelada la revolución, *Anzoátegui* quedó de hecho disuelto. Parte de la tropa fué hecha prisionera en el combate de Valencia, y llegó á Caracas el 5 de Noviembre. El resto del batallón continuó resistiendo en Puerto Cabello hasta el 1.° de Marzo de 1836, en que se rindió la plaza. Para entonces, apenas quedaban de *Anzoátegui* 179 soldados, que fueron licenciados.

V

Tiradores.

En el deseo de hacer efectiva la unión de Venezuela y Nueva Granada, el Libertador, al organizar *La Guardia* creó batallones venezolanos y batallones granadinos. *Tiradores* fué uno de éstos en su comienzo; pero andando el tiempo fué entrando en él el elemento venezolano, de manera que bien pronto fué el único Cuerpo mixto que había en *La Guardia*, por lo cual formó siempre como aparte, considerándosele como una columna de la brigada. De ahí que no tuviese nunca una fisonomía bien delineada, ni caracteres especiales tan marcados como los otros cuerpos. Vivió siempre en la frontera, entre Maracaibo y Cartagena; tenía algo de ambos países hasta en sus opiniones políticas.

Cuando vino la época de las discordias civiles, *Tiradores* fué el único batallón que no tomó un camino decidido. Padilla no pudo dominarlo por completo, y el Cuerpo se dividió entre bolivianos y santanderistas, ó, lo que entonces era lo mismo, entre venezolanos y granadinos. Montilla lo creía un Cuerpo de confianza y como tal lo recomendaba al Libertador; pero nunca dió prueba de la firmeza de convicciones necesaria en las discordias civiles. *Tiradores* fué un Cuerpo de combate y bien educado en la escuela de tiro. Tiene en su historia una página negra. Fué el único Cuerpo que se sublevó

porque faltó puntualidad en su paga. Y fué tan fea esta conducta, que avergonzado el batallón, volvió casi por sí solo al camino del deber, y una Comisión del Cuerpo fué á dar satisfacción á sus jefes.

En el mes de Agosto de 1819 dispuso Bolívar tomar del batallón *Bravos de Páez* un cuadro de sargentos y cabos para formar otro batallón en Pamplona, del cual, por orden de 13 de dicho mes, tomó el mando el teniente coronel José Rafael de las Heras. El 10 de Septiembre fueron aprobadas las propuestas hechas para la oficialidad de Cuerpo. Llamóse éste *Cazadores de Pamplona;* el 20 entró á formar parte de la división de vanguardia y entró al combate en el Alto de las Cruces el 23, donde se batió valentísimamente según el parte oficial de la jornada. Ocupado San Cristóbal, fué completado el batallón con soldados del primero de línea y se le dió el nombre de *Tiradores* de Nueva Granada, por ser todos sus soldados naturales de esta sección.

Tiradores formó parte del ejército de Occidente, que mandaba el general Páez, situado en Apure. Pertenecía á la segunda columna de Infantería, de la cual era primer jefe el coronel Justo Briceño. Constaba el Cuerpo, según el estado de fuerza de 7 de Enero de 1820, de un teniente coronel, que era Heras; un mayor, que era Julio A. de Reinbold, incorporado al ejército el 30 de Mayo de 1820; cuatro capitanes, catorce oficiales y 467 soldados. Era ayudante mayor el capitán Trinidad Portocarrero; Mariano Gómez estaba encargado del detall y mandaba la primera compañía el capitán Manuel Álvarez.

Para Mayo volvió *Tiradores* á San Cristóbal, donde fué incorporado á *La Guardia*. Sus pérdidas en Apure fueron repuestas con los soldados de *Boyacá*, que se refundió en aquél, y el cuadro de éste se envió al Socorro para rehacer el batallón refundido. Ratificado el armisticio, *Tiradores* fué acantonado en Betijoque; constaba de seis compañías de á 140 plazas.

No obstante los esfuerzos hechos para sostener en pie

este batallón, sus bajas por la deserción eran tan considerables, que para esta fecha, y sin haber entrado en combate ni una vez, ya se habían alistado en sus banderas, entre veteranos y reclutas, más de 6.000 hombres, casi todos granadinos.

Para Enero de 1821 se acercó el Cuerpo á Maracaibo, por disposición de Urdaneta, llevando de ayudante mayor al capitán Rito Fuentes.

El 28 de Enero se pronunció Maracaibo por la independencia, y el 29 ocupó la plaza Heras con su batallón, sin esperar órdenes del comandante en jefe de *La Guardia*, «comprometiendo al Gobierno en una desagradable y delicada competencia con el español y á un rompimiento abierto de hostilidades», según dijo Bolívar al vicepresidente de Venezuela el 16 de Febrero. La verdad es que Heras, de acuerdo con Urdaneta, tomó generosamente sobre sí la responsabilidad del acto. La oficialidad del batallón declaró su resolución de seguir el camino de su jefe.

En Maracaibo, *Tiradores* aumentó el efectivo de su fuerza á 900 plazas, cambiando los soldados granadinos, que eran muy amigos de desertarse, por reclutas maracaiberos y corianos. Ocupó el puesto mayor del Cuerpo el capitán José Leal.

Rotas las hostilidades, salió de Maracaibo para Barquisimeto el 2 de Mayo, y de allí siguió al cuartel general libertador. Organizado el ejército en Tinaquillo el 23 de Junio, *Tiradores* formó parte de la segunda brigada de *La Guardia*, mandada por el coronel Antonio Rangel, la cual pertenecía á la segunda división que regía el general Cedeño. En la batalla de Carabobo *Tiradores* ocupaba la vanguardia de su división. Desbaratado *Apure*, diezmada la *Legión*, y en momentos en que la Caballería realista venía á rematar este Cuerpo, Heras, con dos compañías de su Cuerpo, entra tan oportunamente al combate que, unidas á *Apure* y á *Legión* dieron la famosa carga á la bayoneta que fué lo que realmente

decidió la batalla. El parte oficial dice así: «La firmeza del batallón *Británico* para sufrir los fuegos hasta que se formó y la intrepidez con que cargó á la bayoneta, sostenido por el batallón *Apure* que se había rehecho y por dos compañías de *Tiradores*, que oportunamente condujo al fuego su comandante el teniente coronel Heras, decidieron la batalla.»

Satisfecho el Libertador de la conducta de Heras, accedió gustoso á la petición que éste le hizo en el campo de batalla, de libertar á Cuba al concluirse la guerra de América, promesa que años más tarde fueron á recordarle á Lima los señores licenciado José Agustín Arango y general Antonio Valero, comisionados por la Junta Cubana de Nueva York.

Heras, con su cuerpo y dos batallones más, fué destacado de Tocuyito el 25 á tomar la espalda de Tello y cooperar á batirlo con Carrillo. Esta operación no tuvo efecto porque el jefe realista emprendió á tiempo su retirada á Puerto Cabello.

Nombrado el general Lino Clemente comandante general del Zulia, el Libertador dispuso que *Tiradores*, que ya estaba en Santa Marta destinado á la campaña del Sur, viniese á Maracaibo, adonde llegó el 16 de Enero de 1822, habiendo perdido por la fiebre cerca de 150 hombres en Santa Marta.

Fijo Morales en su idea de reconquistar á Maracaibo, hizo desembarcar cerca de 1.000 hombres en dos cuerpos, regidos por el teniente coronel Lorenzo Morillo y el capitán Juan Ballesteros. Este, con 216 hombres, se hizo fuerte en las empalizadas del hato de *Juana de Avila*, á media legua de Maracaibo. Atacóle Heras con su batallón el 24 de Abril, y lo destruyó completamente, haciéndole 47 muertos, incluso el jefe, 51 heridos y 118 prisioneros que tomaron partido entre las tropas patriotas.

Esta victoria costó la vida á Heras, y sucedióle en el mando Reinbold, que siguió sobre Morillo. Al saber

éste la derrota de Ballesteros, se rindió con todas sus fuerzas, en virtud de honrosa capitulación.

Derrotado Soublette en Dabajuro el 7 de Junio, salió *Tiradores* en su auxilio, y después de varias marchas se le incorporó en Juritiva el 19 de Julio é hizo la campaña de Coro y luego volvió á Maracaibo, de donde siguió á Río-Hacha á las órdenes del general M. Montilla.

Sublevada Santa Marta á fines del año, *Tiradores* desembarcó en Sabanilla, de donde siguió por tierra sobre aquella plaza, y el 20 de Enero de 1823 derrotó á los realistas en *San Juan de la Ciénaga* y en *Pueblo Viejo*, con lo cual fué recuperada Santa Marta el 21 de dicho mes, y poco después se embarcó *Tiradores* para Río-Hacha, dejando sometida la provincia.

Para Agosto de 1824 se hallaba acantonado *Tiradores* en Cartagena y se le sacaron 100 hombres para agregarlos á las fuerzas que el general Valero conducía al Perú. Estas bajas fueron reemplazadas con reclutas del Zulia. También se separaron con igual fin el capitán Juan E. Castañeda, tres tenientes y seis subtenientes. En 24 de Diciembre entró el capitán Silverio Fernández á mandar la primera compañía, en lugar de la quinta, que regía desde el 16 de Abril de 1821.

Termidada la guerra, *Tiradores* quedó de guarnición en el departamento del Magdalena, y en 28 de Julio de 1825 tomó el mando de la cuarta compañía el capitán Juan Escola.

Desde el 29 de Febrero de 1828 comenzaron en Cartagena los movimientos subversivos capitaneados por el general Padilla. Promovida una exposición por la gran Convención de Ocaña que debían firmar los jefes y oficiales de la guarnición del departamento, se negaron á hacerlo el segundo comandante de *Tiradores*, Mariano Gómez, los capitanes Francisco Espina, Marcelo Buitrago y Ramón Acevedo, y los oficiales Francisco Buitrago, Andrés Escarrá, Manuel de la Barrera, Francisco Sánchez y Manuel Hernández. De allí surgió la eferves-

cencia pública que obligó á Montilla á desocupar la plaza. Reinbold sacó el batallón; pero Gómez y los cinco primeros oficiales nombrados, desobedeciendo sus órdenes, se quedaron al lado de Padilla en Cartagena con parte del Cuerpo. Habiendo fracasado la intentona de Padilla y preso éste, lo fueron también los oficiales de *Tiradores* ya citados, y enviados á Bogotá para ser juzgados en consejo de guerra. Hallábanse detenidos en el cuartel de Vargas el 25 de Septiembre cuando la conjuración contra el Libertador, y hubo empeños para por medio de ellos hacer sublevar el batallón *Vargas*, lo cual se frustró por completo. El 14 de Octubre fueron sentenciados á muerte Gómez, Acevedo, Marcelo y Francisco Buitrago, Herrera, Espino y Escarrá. El Libertador conmutó la pena de Herrera en seis años de presidio y á los demás los confinó al lugar de su nacimiento.

Reorganizado el batallón constaba de 350 plazas; entraron á mandarlo en Diciembre el coronel José de J. García como primer jefe, y como segundo el teniente coronel José de J. Chirinos. Mandaba la primera compañía el capitán Rogerio Freites y la segunda Pedro Alvarado, todos venezolanos. Dos compañías del Cuerpo vinieron á Puerto Cabello en la *Colombia*, que zarpó de Cartagena el 13 de Diciembre. El resto del batallón, constante de 300 hombres, quedó de guarnición en Santa Marta, y cuando en 11 de Septiembre de 1830 se pronunció Río-Hacha contra el Libertador, *Tiradores* permaneció leal y sirvió á Montilla para la pacificación de la provincia. El batallón perdió una compañía en Laguna Grande el 26 de Octubre, que sorprendida por fuerzas al mando de Carujo, fué dispersada después de larga resistencia.

Muerto el Libertador, las tropas que sostenían su autoridad de hecho se dispersaron. *Tiradores* se dividió en dos partes: la una granadina, que entregó las armas y se quedó en su país, y la otra venezolana, que, con sus jefes García y Chirinos y los capitanes Freites y Alvarado,

llegó á Maracaibo el 9 de Agosto de 1831, en la goleta nacional *Samaria,* donde fueron licenciados los oficiales é incorporada la tropa á *Boyacá.*

Las dos compañías que antes habían venido á Venezuela, quedaron en servicio en Puerto Cabello, y en Noviembre de 1830 salieron á campaña á perseguir al coronel Castañeda, que se había levantado en favor del Libertador. Formaban estas compañías parte de la división que mandaba el coronel A. Torrellas. Pacificado el país fueron licenciadas.

VI

Carabobo.

Todavía á principios de este siglo había paladines de la Edad Media, caballeros de tiempos feudales, soldados por inclinación, que se encontraron de repente con la Europa en paz, y se hallaron fuera de su elemento. Habían visto caer los reyes y quisieron ver nacer las repúblicas. Ávidos de gloria estos aventureros del siglo, no venían á conquistar, como los castellanos del siglo XVI, ni á saquear, como los corsarios ingleses del siglo XVII, ni menos á dominar, como los españoles de todos aquellos tiempos: venían á pelear por pueblos *que no eran los suyos*. Crearon una patria y casi todos quedaron en ella muertos ó vivos.

Carabobo es el batallón *Británico*, formado de la *Legión Irlandesa*. Conquistó aquel nombre en el campo de batalla de Carabobo. Eran los restos de las expediciones venidas en nuestro auxilio, que un día dado asombraron con su serenidad á los soldados de las cargas impetuosas y brillantes, á los del ataque inesperado, á los del pelear por sorpresa, á los del morir siempre de frente. Lo que esos extranjeros hicieron, las tropas venezolanas no lo hubieran podido hacer nunca. En una carga, éstas habrían dejado atrás á *Carabobo*, con su andar reposado y tranquilo, su disciplina admirable, su tenida correcta, su flema sajona. Pero no habría sido fácil formar uno de

nuestros batallones para hacerlo matar fríamente, mientras los otros llegaban al campo de batalla. No habría reculado, pero no se habría hincado. Hubiera avanzado como quiso avanzar *Apure* y habría sido destruído, avanzando siempre. Por eso el servicio que nos prestó *Carabobo* es inmenso y nuestra deuda tan duradera como nuestra existencia. Sólo un cuerpo sajón es capaz de un acto semejante.

Carabobo fué un batallón difícil de manejar; el elemento inglés impregnó este cuerpo desde el principio de un espíritu exigente y amigo de las comodidades. Era el único cuerpo que recibía ración de ron. La oficialidad fué casi siempre inglesa en su totalidad; las clases fueron todas venezolanas, lo mismo que los soldados. Eran éstos escogidos entre los esclavos más robustos, pues los preferían á los indios, cuya debilidad no les permitía cargar el pesado equipo del cuerpo.

En Marzo de 1818 comenzaron á llegar á Angostura las expediciones organizadas en Inglaterra por Luis López Méndez, para servir á la causa de la independencia de Venezuela. Las fuerzas vinieron en los buques siguientes:

El *Príncipe*, 18 oficiales y 100 soldados de Caballería *Húsares Rojos*, al mando del coronel H. C. Wilson.

Esmeralda, de 30 oficiales y soldados cada uno, y 160 voluntarios mandados por los coroneles G. Hippisley y James T. English y mayor Trewren.

Con estos dos cuerpos se formó el primer regimiento de *Húsares de Venezuela*, á las órdenes del teniente coronel James Rooke.

Dowson, 37 oficiales y 200 soldados á las órdenes del coronel Campbell, los cuales pasaron al batallón *Rifles*.

Britania, 10 oficiales y 80 individuos de Artillería, á las órdenes del coronel Guilmore.

Grace, 20 oficiales sueltos á las órdenes del coronel Mac Donald, que pasaron á *Rifles*.

El *Indio*, con 300 hombres de tropa, mandados por el coronel Skeen, naufragó en las costas de Francia.

Estas tropas, menos *Rifles*, con casi todos sus jefes y oficiales, siguieron para el Apure á ponerse á las órdenes de Páez, y se llamaron desde el comienzo *Legión Irlandesa*.

En Junio se separó Wilson del mando de la Legión, después de haber promovido una especie de revolución en la cual se reconoció á Páez como capitán general. Sucedióle el coronel Rooke. El 22 del mismo mes fué aceptada la renuncia de Hippisley, quien se desagradó porque el Libertador no quiso concederle el grado de brigadier.

En Enero de 1819 llegaron á Angostura las fragatas *Tártaro* y *Perseverancia*, con cerca de 300 hombres, quienes marcharon para Apure con el Libertador, mandados por el mayor Juan Mackintosh y el capitán Juan Farriar. También llevó Bolívar un piquete de los 150 hombres que trajo la *George Canning*, llegada á Angostura el 16 de Febrero.

Además llegaron á Margarita el 9 de Febrero y 4 de Abril, cosa de 850 hombres de la expedición de English, que la muerte redujo á 500 hombres, y de ellos apenas pudo contarse con la mitad, pues el resto se hallaba en hospital. Estas tropas venían mandadas por el coronel Juan Blosset, siendo primer comandante Guillermo Harrison, sargento mayor Guillermo Davy y segundos Juan Carrer y Juan O. Lauler.

El 4 de Abril de 1819 desembarcaron también en Margarita 120 rifleros alemanes é ingleses, reclutados en Londres por el capitán Juan Uzlar y traídos en los buques *Plutus* y *Gamber*. Componían esta expedición, además de Uzlar, que fué reconocido como coronel de Venezuela con la antigüedad del 1.° de Septiembre de 1818, según decreto del Libertador, fechado en Barinas el 25 de Abril de 1821, los mayores J. Mamby y Augusto Fridental; capitanes, Juan Johson, Clauditz, Guillermo Smith, Luis Flégel, Cocket, Bothmann, Bidiwel, Henrique Weir, Heaves y Jorge Braun, 11 tenientes y 12 sub-

tenientes, según lista firmada por Uzlar, que figura en su hoja de servicios en poder de la familia de éste. Este cuerpo fué más tarde agregado al batallón *Rifles*.

Todas las tropas disponibles desembarcadas en Margarita, vinieron á Barcelona con Urdaneta. A poco se separó English con Mamby, y fué hecho prisionero Uzlar, por lo cual se encargó del cuerpo de rifleros el mayor Fridental, entrando el coronel George Woodberry á servir de mayor de toda la división.

Por último, el 19 de Abril llegaron á Angostura en la fragata *Héroe* 192 soldados veteranos mandados por Arturo Sandes, que siguieron el 15 para Apure, y fueron agregados al batallón *Rifles*.

Las fuerzas desembarcadas en Angostura hicieron la campaña de 1819, formando un cuerpo de Infantería y Caballería, que siguió llamándose *Legión Irlandesa*, y peleó en *Gámeza*, luego en *Vargas* el 25 de Julio, donde fué herido de muerte Rooke y muerto el teniente Casely, y, por último, en *Boyacá*, el 8 de Agosto. Terminada la campaña, dispuso el Libertador el 22 de Octubre reformar el Cuerpo que mandaba Mackintosh, incorporando los soldados á la *Legión Irlandesa*, y con la oficialidad, incluso Mackintosh, se mandó formar en Pamplona el batallón *Albión*, con 500 plazas.

La Legión regresó luego á Venezuela, y volvió á formar parte del ejército de Occidente que mandaba Páez. Para fines del año salió también de Guayana, para Apure, el resto de los ingleses desembarcados en Margarita, y que mandaban el coronel Juan Blosset y el mayor Fridental.

La fiebre había diezmado las tropas extranjeras. Para formarse una idea de los estragos del mal, bastará citar el hecho de que habiendo salido Minchin con un refuerzo de ingleses para Margarita, perecieron en el camino á bordo del buque que los conducía 360 hombres, de los cuales 21 eran oficiales.

Para Enero de 1820, y, según el estado de fuerza del

ejército de Occidente, constaba la Infantería de la Legión de un teniente coronel, cinco capitanes, seis tenientes, dos subtenientes, un corneta y 133 cabos y soldados.

En Junio se incorporó el coronel M. Power, con ciento y pico de hombres llegados de Inglaterra á Angostura en el mes de Abril.

La tropa inglesa sufría en Apure como no es para decirlo. En un informe pasado al Libertador en 9 de Mayo por el coronel Blosset, le dice que la Legión no recibía de ración sino una malísima carne, sin pan ni ron; que mucha parte de ella estaba sin calzones, y alguna sin ropa, absolutamente, que la moneda en que se les pagaba no corría sino con un descuento espantoso, y que los víveres enviados de Angostura, es decir, la harina y el ron, los vendía escandalosamente caros, en El Caujaral, el comandante Mora.

El 25 de Agosto la Legión dirigió una representación al Libertador, manifestándole su desagrado por el proceder de la Legión Irlandesa venida con D'Evreux á Río-Hacha el 12 de Mayo, y que luego se sublevó, negándose á seguir la campaña. Para entonces, la Legión estaba organizada así: coronel, comandante en jefe, Juan Blosset; teniente coronel, comandante de la Infantería, G. Davy; teniente coronel, comandante de la Infantería ligera, Blook Young; mayor, comandante de la Caballería, Juan Deighton; primer capitán de la Infantería, J. W. Hodgkinson; ídem de la Infantería ligera, James D. Paterson; ídem de la Caballería, Carlos Minchin.

Para fines del año de 1820 tuvo lugar un duelo entre Blosset y Power, y después del suceso dispuso el Libertador el 18 de Enero de 1821, que de toda la Legión, incluyendo la Caballería, se formase un solo batallón con un comandante y un mayor y los oficiales necesarios, y que los demás jefes y oficiales que quedasen sin colocación efectiva fuesen por Casanare á presentarse al vicepresidente de Colombia. Esta orden fué retirada el 5 de

Marzo, y en virtud de ella la Legión se llamó batallón *Británico* y quedó organizado así:

Primer jefe, coronel Rafael Ferrier; segundo jefe mayor, Guillermo Davy; ayudante, capitán Scott, y constaba el Cuerpo de 350 hombres distribuídos en primera compañía de cazadores mandada por el capitán Carlos D. Minchin, y cinco de tiradores regidas por los capitanes Eduardo Brandt, Ruperto Lee, Miles Hallowes y H. Hutble y Juan Ferrier. Era el abanderado el teniente G. Ashdown. Al romperse las hostilidades se completó en 100 plazas el efectivo de cada compañía.

Así entró á pelear este Cuerpo en Carabobo el 24 de Junio de 1821. *Apure* acababa de pasar la quebrada de La Mona; pero no pudo resistir la carga que le dieron tres batallones realistas, y replegaba perdiendo su formación. El batallón *Británico* entró como en una parada, se formó en batalla correctamente bajo el fuego de cuatro batallones enemigos y luego hincó rodilla en tierra. No hubo poder humano que lo hiciera moverse: diríase enclavado en la tierra. Cae Ferrier, y se encarga Davy, para caer en el acto; sigue en el mando Scott, que muere á pocos instantes; entra luego Minchin, ya contuso, á tiempo que ya rehecho *Apure*, entra al combate apoyado por *Tiradores*. Carga *Británico* á la bayoneta, y forma el cuadro para resistir el choque de la Caballería que viene sobre él. Vivos fuegos hacen replegar al enemigo y agotados los pertrechos de *Británico* replega en línea de batalla á municionarse bajo un fuego nutrido; verificada la operación vuelve á la carga; herido de gravedad Minchin se encarga Brandt del Cuerpo. Poco después recibía éste una herida en momentos en que entraba el ejército á la sabana y la victoria quedaba asegurada. *Británico* dejó en el campo dos jefes, 11 oficiales y 119 de tropa.

El servicio prestado era inmenso; los honores del triunfo le correspondían; la deuda de la Patria era eterna. Carabobo fué el batallón *Británico*. Los trofeos de la

victoria tocaron á Páez. Él absorbió la fama de esta batalla y la Historia patria ni aun siquiera recogió los nombres de los extranjeros que allí derramaron su sangre. Hoy, después de grandes esfuerzos, apenas podemos recordar algunos de ellos. Ferrier, Davy, Scott, Minchin, y Brandt; los tenientes Samuel Collinns, Otto Fritan, Jaime Patterson, Juan Hands; los subtenientes José Jervis, Guillermo Talbot y Pedro Brión.

El 14 de Julio concedió Bolívar la estrella de Libertadores de Venezuela á todos los individuos del batallón *Británico*, y el 23 de Julio el Congreso encargó al Libertador para que presentara muy especialmente, «á nombre del Congreso el testimonio de agradecimiento nacional al esforzado Batallón *Británico*, que pudo aún distinguirse entre tantos valientes y sufrió la pérdida lamentable de muchos de sus dignos oficiales, contribuyendo de esta suerte á la gloria de su patria adoptiva».

El batallón *Británico* recibió sobre el campo de batalla el nombre de *Carabobo*, y con él fué incorporado á *La Guardia*. Para reorganizarlo dispuso el Libertador en 25 de Julio que pasase á Caracas, donde el vicepresidente Soublette le daría los reclutas para su completo. Esta recluta debía ser escogida «entre los hombres esclavos de los más robustos, grandes y bien formados, tomando uno de cada propietario que tuviese esclavitudes». Además se ordenó que se vistiese y equipase el Cuerpo y se le diese paga entera, sin hacerle deducción de vestuarios, calzado ni lavado.

Ferrier murió de resultas de la herida recibida en Carabobo. Minchin quedó en hospital. Davey pasó á mandar á *Orinoco*, y Soublette propuso al coronel Stophord para jefe de *Carabobo*, pero el Libertador no creyó que tal nombramiento fuese recibido con agrado por el batallón, y dispuso el 12 de Septiembre que continuase mandándolo Brandt, que había sido ascendido á teniente coronel, siendo segundo del Cuerpo Juan Ferrier, her-

mano de Rafael. Ruperto Hand entró á regir la compañía de flanqueadores, de nueva creación.

Completado el nuevo batallón, fué destinado á Santa Marta para la campaña del Sur; pero en virtud de órdenes posteriores lo entregó Salom en Octubre al general Carreño para ir á Coro. Constaba el Cuerpo de 839 plazas, y después de la acción de Dabajuro salió *Carabobo* de Maracaibo para Coro por los Puertos de Altagracia en 1822 y vino persiguiendo á Morales hasta que éste se embarcó para Puerto Cabello. Á su vez se embarcó también el batallón en La Vela para La Guaira, y la goleta en que venía parte de su tropa fué cañoneada en Cabo Blanco por la fragata de guerra española *Ligera* y el bergantín *Hércules*. El buque patriota se defendió bizarramente, y el acierto de los fusileros que mandaba Minchin salvó la expedición, que llegó felizmente á su destino.

Separado Brandt, á causa de su sordera, le sucedió Juan Ferrier. El 3 de Febrero de 1823 salió *Carabobo* para Río-Hacha á reforzar el ejército del Magdalena, que obraba sobre Maracaibo. Ocupada esta plaza, *Carabobo* vino á servirle de guarnición. Tenía entonces de cirujano del Cuerpo al doctor Juan Stanton.

En 1825 entró Minchin á ser segundo jefe del Cuerpo hasta Abril 26 de 1827, en que se le concedió su licencia absoluta.

Con motivo de los sucesos de Venezuela en el año de 1826, salió Urdaneta con *Carabobo* el día 1.º de Julio de 1827 para acompañar al Libertador en su viaje á Bogotá, adonde se dirigía con fuerzas, á causa de su rompimiento con Santander. Como la mayor parte del Cuerpo se componía de andinos, la deserción fué considerable en el viaje á San Cristóbal, de manera que apenas llegó á esta ciudad cosa de 500 hombres. De allí siguió á Bogotá. El 24 de Septiembre salió para Tunja. Iba encargado de dirigir la marcha el coronel Diego José Jugo, que venía para Maracaibo. El 25 de Abril de 1828 pasó

de guarnición á Cartagena. Para entonces tenía el Cuerpo cuatro compañías de á 120 hombres, mandadas por los capitanes Juan R. Hutble, Samuel Collins, Otto Fritau, José Jervis. Era el primer jefe Ferrier y el segundo Milles Hallows.

Reorganizado el ejército, *Carabobo* fué declarado batallón *de Línea*, lo cual afligió mucho á la oficialidad, porque en Inglaterra se considera este cambio como una prueba de malísima conducta por parte de un Cuerpo. Acantonado se hallaba en Mampox desde Septiembre, cuando en la segunna quincena de Octubre se sublevaron en el Cauca los coroneles José M.ª Obando y José Hilario López, proclamando la Constitución de Cúcuta. *Carabobo* formó parte de la división puesta á las órdenes del general Córdova y marchó á Honda, Neiva, La Plata y Popayán, adonde entró el 27 de Diciembre. Allí se repuso de las pérdidas tenidas en las marchas, y Córdova le agregó la banda de música de Artillería que tenía el escuadrón *Granaderos*.

Siguió á Pasto, donde llegó en Marzo de 1829. El 18 de dicho mes murió el coronel Ferrier, que mandaba el Cuerpo; y Hallowes cayó en cama con disentería, por lo que no pudo hacerse cargo del batallón, á lo que se agregaba, según dijo Córdova al Libertador, que no tenía influencia ni inspiraba cariño á sus oficiales. Entró á mandar el coronel Guillermo Harris, siendo el capitán Felipe Plaza ayudante mayor.

De Popayán pasó *Carabobo* al Ecuador, y para Octubre salió de Guayaquil á Guaranda, en virtud de órdenes comunicadas á Flores por el Libertador.

Á principios de 1830 el segundo comandante de *Carabobo* promovió una rebelión contra el Libertador, por lo cual Flores dispuso en Mayo que aquél fuese preso á Quito, como en efecto sucedió, «para ser juzgado en consejo de guerra por haber promovido una revolución de colores, inobediencia á Harris y desafección al Libertador»; para el 6 de Mayo Flores anuncia á éste que el

mal estaba cortado, y *Carabobo* era en el día un Cuerpo de toda su confianza. Con motivo de este incidente entró como segundo del batallón el teniente coronel Clemente Zárraga.

Acuartelado en Cuenca se hallaba *Carabobo* cuando siguió el movimiento político iniciado en Guayaquil el 28 de Noviembre, encabezado por el general Luis Urdaneta, que tenía por objeto oponerse á la separación del Ecuador, iniciada por Flores. *Carabobo*, como todos los demás cuerpos, sostenían la integridad de Colombia.

En Febrero de 1831 se recibió en Guayaquil la noticia de la muerte del Libertador, lo que ocasionó un cambio de Gobierno. Al ocupar Flores esta plaza disolvió el batallón *Carabobo*, incorporando á *Vargas* los soldados venezolanos que tenía el Cuerpo.

El asta de la bandera que tenía el batallón en la batalla de Carabobo se conserva como el único recuerdo de aquel Cuerpo. La guardó el coronel Eduardo Brandt, y más tarde vino á manos del señor H. L. Boulton. Cuando en 1872 se hizo en Caracas una Exposición de prendas y objetos pertenecientes al Libertador ó relacionados con la independencia, figuró en ella el asta de la bandera de *Carabobo*, facilitada con tal fin por su poseedor.

VII

Caracas.

Creado en medio del entusiasmo producido por la victoria de Carabobo, *Caracas* no fué un batallón reclutado, sino formado de voluntarios de Barlovento, traídos por Soublette. Eran los valerosos negros enrolados en las fuerzas realistas, que ahora venían al campo patriota. Casi todos ellos eran soldados disciplinados, sufridos, arrojados y de índole tranquila. La especialidad de *Caracas* eran las marchas. Dotados sus soldados de una admirable resistencia, lo que para otro Cuerpo era una jornada forzada era para él una etapa ordinaria. Sin detenerse va de Maracaibo á Ayacucho en tres meses de andar y andar sin descanso, y llega fresco, sin pérdidas y en condiciones de combate.

Mezclado con maracaiberos y corianos, fué *Caracas* un Cuerpo libre de las fiebres. Es verdad que el frío al principio hizo mella en sus filas; pero ante la idea de quedar por la Cordillera en poblaciones desconocidas, los soldados sacaban fuerzas de su desesperación, y pronto se acostumbraron á las nieves y al granizo. Enseñado desde su creación al manejo de la bayoneta, tenía más confianza en esta arma que en las balas.

Paciente y sufrido, el cuartel de *Caracas* era alegre sin escándalo, divertido sin licencia. Los ejercicios, no muy correctos, pero lo suficiente para las necesidades

del momento. Andando el tiempo, todos los soldados venezolanos de *Caracas* pasaron á otros cuerpos, y el batallón vino á ser ecuatoriano.

La oficialidad era inclinada al licor, vicio tolerado por Andara, que fué su primer jefe.

Creóse en Caracas en Septiembre de 1821, y su primitivo objeto fué enviarlo al Llano, para que *Apure* quedase reforzando la línea de Puerto Cabello. Apenas organizado fué necesario mandarlo á Coro, á las órdenes de Piñango, á principios de 1822. Era primer jefe del Cuerpo el teniente coronel Vicente Andara; sargento mayor, Miguel Crespo; ayudante mayor, J. Joaquín Veroiz, y mandaba la primera compañía el capitán Juan B. Arévalo. El 1.º de Abril salió de Barquisimeto, y después de un gran rodeo por Cumarebo para penetrar en Coro, en que faltaron subsistencias al pasar por los insalubres bosques de Moroturo; el batallón llegó á Carora el 9 de Mayo, en un estado tan lamentable por las fiebres, que fué menester enviarlo al Tocuyo á reponerse. El 25 de Julio entró á Coro y quedó allí de guarnición. Para Septiembre salió *Caracas* en auxilio de Clemente á Maracaibo, y el 5 llegó á su destino. Dos horas después entraba en combate en *Salina Rica*, donde luchó infructuosamente por dos horas y media, dejando en el campo la flor de sus soldados. Escasamente contaba el Cuerpo un centenar de plazas, por lo cual fué reorganizado en Coro, con reclutas venidos de La Guaira y los alrededores de Caracas.

Repuestas sus bajas entra Arévalo en 13 de Diciembre á ser sargento mayor del batallón. Sigue la campaña del Zulia, y el 16 de Junio de 1823 se distingue en la toma de Maracaibo, habiendo sido mencionados en la orden del día los capitanes Braulio Guaita y Anacleto Canales, que mandaban la segunda y tercera compañías del batallón. Evacuada la plaza el 18, permaneció el batallón en Altagracia. Allí cometió Andara un acto de insubordinación, por lo cual fué sometido á juicio y sen-

tenciado á la pérdida de su empleo. Al ocupar á Maracaibo, *Caracas* vino á esta plaza en Julio siguiente, y allí, en virtud de órdenes venidas de Bogotá, *Caracas* y *Occidente* se refundieron en un solo batallón, al cual se llamó *Zulia*.

Para 1.° de Enero de 1824 constaba el nuevo Cuerpo de 1.171 plazas. Era su primer jefe el teniente coronel Manuel León, y segundo el mayor Juan B. Arévalo, y regía la primera compañía el capitán Salvador Córdova; la segunda, Gabriel Guevara, y la cuarta el capitán Francisco Campos. Este Cuerpo se embarcó el 5 de Marzo para el Istmo, constante de 819 plazas, habiendo tenido que hacer escala para tomar víveres en Cartagena y en Santa Marta, de cuyo puerto salió el 28. El 3 de Julio llegó la expedición á Santa Marta, en el Perú, en busca de agua y víveres, habiéndose perdido dos compañías del batallón que iban en el *Tritón*, cuyo buque fué apresado por un corsario español.

No había tiempo que perder, pues el ejército realista era superior al Libertador, y el batallón recién llegado marchó sin detenerse de Oyón á Huayanca, para de allí seguir en pos del ejército patriota. Después de una marcha penosísima, soportada admirablemente, atravesó la cordillera de Los Andes, y el 1.° de Agosto llegó á Pasco, donde volviendo á tomar su antiguo nombre de *Caracas*, «guirnalda de reliquias beneméritas», como lo llamó Sucre, entró á formar parte en la primera división del ejército, ó sea, la de vanguardia, que mandaba el general José María Córdova.

El 9 de Diciembre se libró la batalla de Ayacucho. Mandaba la derecha Córdova con *Bogotá*, *Voltígeros*, *Pichincha* y *Caracas*. Rubín de Celis, de la división Villalabos, con el primer batallón del primer regimiento se lanzó imprudentemente al llano, y Córdova, con los tres primeros batallones, los bate y dispersa instantáneamente, quedando Rubín muerto. El segundo batallón Imperial destinado á socorrerle participó de la derrota

sin disparar un tiro. Mientras tanto *Caracas* permanecía sentado, evitando los fuegos de la división Valdez, que peleaba con la división peruana. Monet entra con sus fuerzas á reparar el descalabro de la división Villalobos. Dos de sus batallones, *Infante* y *Burgos*, estaban ya formados al otro lado del barranco, al mando de D. Juan A. Pardo, cuando *Caracas* recibió orden de avanzar. Con pasmosa rapidez desbarata un escuadrón que lo amenaza.

En aquel instante pasa Sucre con su Estado Mayor y se detiene á ver desfilar el batallón querido. Los vivas atronadores se sobreponían al ruido de las descargas, y en medio de aquel épico entusiasmo se oye la voz de León que manda hacer alto al Cuerpo y ordena botar las cartucheras para sólo pelear á la bayoneta. Aquel rasgo sin igual de valentía, único en nuestra historia militar, fué el presagio de la victoria. Córdova lo aprovecha y vuela á ponerse á la cabeza de sus batallones para decidirla.

A la mitad del camino cae León herido y entra Arévalo á mandar á *Caracas*. El choque fué horriblemente sangriento por todas partes: herido Monet y muertos tres jefes de cuerpos, la brigada realista fué arrollada y el resto de la división de Monet no pudo acabar de cruzar el barranco sin desordenarse. *Caracas* derrumbó á la bayoneta todo lo que se le opuso, mientras que *Voltígeros* y *Pichincha* contenían á los dos *Gerona*, que venían en auxilio de Monet. Una carga brillante hace á Córdova dueño de las alturas del Cundurcunca, y la derrota se hizo general por toda la izquierda del ejército realista. *Caracas* dejó en el campo 30 muertos y 133 heridos.

Para recompensar la bizarra conducta de este batallón dispuso Sucre por decreto de 19 de Diciembre que llevase el solo nombre de *Vencedor en Ayacucho*, cuyo lema se inscribiría en sus banderas entre una corona de laurel.

Terminada la campaña del Perú, *Caracas* siguió á Bo-

lívar, llevando á Veroiz de sargento mayor, y llegó á La Paz el 25 de Febrero de 1825. Separado León, tomó Arévalo el mando del Cuerpo, y entró de segundo el teniente coronel Manuel González. Regía la primera compañía el capitán Oroncio Contasti y la segunda Miguel Arias. No agradó mucho á Sucre este nuevo jefe de *Caracas*, porque, en su concepto, Arévalo no era aparente para regir el batallón y era de temerse que se relajase la disciplina, pues le faltaba inteligencia y método y estaba en riña constante con los oficiales, hasta el punto de que éstos quisieron hacer una representación contra él, y sólo por respeto á Sucre desistieron de tal intento.

Impuesto el Libertador de lo que pasaba, llamó á *Caracas* y lo destinó al sitio del Callao. Arévalo pasó a otro puesto, y entró á mandar el batallón el coronel Pedro Guesh.

Apenas llegó el batallón á la línea tomó parte en los combates del 3 y 4 de Abril, necesarios para sostener la posición ocupada por la nueva batería Bolívar, levantada frente á los muros del Callao, y continuó en el sitio todo el año de 1825.

El 4 de Enero de 1826, una compañía de *Caracas* marchó á ocupar el castillo de *San Rafael*. No fué posible llegar al pie de esta fortaleza, porque los fuegos enemigos barrían el camino. El 5 los granaderos del batallón hicieron un movimiento de flanco con el objeto de llegar á un collado á tiro de metralla del Castillo de la Independencia, pero tampoco lo lograron. En vista de esto la compañía de granaderos citada se embarcó el 6 en la noche por Boca Negra, con el fin de llevar á cabo por mar la empresa intentada. El collado fué ocupado el 7 al amanecer y cortadas las guías que comunicaban las minas del Castillo de San Rafael, entraron á éste el 8 en la noche los granaderos y una compañía de Marina. Al amanecer del 9 intentó el enemigo recuperar la fortaleza, que no pudo hacer volar por estar cortadas las minas. En medio de un fuego horroroso atravesó la

compañía de cazadores de *Caracas* la llanura que bate la cortina del torreón de Casas Matas, para ir en auxilio de los defensores del castillo. El 11 parlamentaron los realistas y el 23 se entregó el Callao. La guerra de España había terminado.

Caracas quedó en Lima formando parte de la tercera división colombiana que permaneció en el Perú, bajo el mando del general Jacinto Lara. Constaba el batallón de una compañía de granaderos al mando del capitán Ignacio Rondón y cinco compañías de línea regidas por los capitanes Gabriel Guevara, Santos Echarte, Leonardo Guevara, J. José Rodríguez y Francisco Ortiz. Era primer jefe del Cuerpo el teniente coronel José Veroiz, ascendido el 25 de Febrero de 1826.

El 26 de Enero de 1827 se insurreccionó la división colombiana. Los capitanes de *Caracas* tomaron parte en ella; pero encontraron resistencia en la tropa, la cual fué vencida, después de algunas vacilaciones. Veroiz fué preso y Guevara y Echarte se hicieron cargo del Cuerpo. Manolita Sáenz, vestida de hombre, entró al cuartel y trató de promover un movimiento contrario y traer á su deber al batallón; pero Echarte lo descubrió y se frustró el plan. La Sáenz fué expulsada de Lima por esta circunstancia.

El batallón siguió en Marzo para Guayaquil, y después de algunas marchas y contramarchas volvió á la obediencia del Gobierno. Allí se le incorporaron todos los venezolanos que formaban parte de *Vencedor*, y aun así, su efectivo sólo ascendió á 400 plazas. El segundo jefe del Cuerpo, Manuel González, y el capitán Leonardo Guevara, se marcharon al Perú, por lo cual fueron declarados desertores.

Á pesar de esos desagradables incidentes, *Caracas* conservó su moral; pero no era un Cuerpo querido en Guayaquil, por ser la tropa y casi toda la oficialidad hombres de color; y era tal la odiosidad despertada contra el Cuerpo, que dos oficiales fueron afeitados con na-

vajas envenenadas, lo que produjo, como era natural un verdadero escándalo, en el cual el barbero salió mal librado.

El 22 de Noviembre de 1828 la escuadra peruana atacó inesperadamente á Guayaquil. Tocóle á *Caracas* la parte más peligrosa de la defensa, y con *Dragones* compartió las glorias de aquella lucha tan sostenida como infructuosa. Ambos cuerpos, dice el parte oficial, han manifestado el valor y el entusiasmo propios del ejército colombiano.

Organizado el Ejército para la guerra del Perú, *Caracas*, con *Rifles* y *Yagachi*, formó la primera división, á las órdenes del general Luis Urdaneta. El 13 de Febrero de 1829, la cuarta compañíade *Caracas* tomó parte en el glorioso ataque del *Puente* de Saraguro.

Rotos los fuegos en Tarquí el 27 del mes citado, *Rifles* y *Yagachi* sostienen el ataque del enemigo en momentos en que apareció sobre la colina una fuerte columna peruana conducida por La Mar. Para oponérselo entró *Caracas*, á tiempo que dos batallones enemigos, *Pichincha* y *Zepita*, conducidos por Gamarra, rompían sus fuegos.

Mil quinientos colombianos sostuvieron el empuje de la división peruana y dieron tiempo á que la segunda división llegase al lugar del combate y decidiese la batalla en favor de Colombia. *Caracas* mereció especial mención en la orden del día. Sus jefes y los capitanes de compañías Rodríguez, Ortiz, Juan J. Méndez, Verde, Juan Otamendi y Vicente Vanegas fueron recomendados en el Boletín de la victoria, y Natalio Méndez, capitán de la sexta compañía, fué herido en un brazo.

Continuando la guerra vuelve *Caracas* al fuego en la toma de Samborondón el 16 de Junio, y al firmarse la paz pasó de nuevo á Guayaquil.

Todos los soldados venezolanos que tenía el Cuerpo formaban la primera y sexta compañía del batallón, y por disposición de Flores estas dos compañías se agre-

garon á *Granaderos*, que regresaba al Norte el 17 de Octubre.

Reducido *Caracas* á 400 plazas, en su mayor parte granadinos del Sur, Flores indicó á Urdaneta la conveniencia de reformarlo ó de reorganizarlo, en lo cual no convino éste, por considerar á *Caracas* como un Cuerpo adicto al Libertador.

Al año siguiente, Flores, que aspiraba á la supremacía en el Ecuador, encontró peligrosos estos cuerpos veteranos y poco á poco los fué sustituyendo con tropas del país. Tocóle su turno á CARACAS, y habiendo nombrado á Guevara comandante de armas de Manaví, dispuso que el batallón fuese desarmado y licenciado, lo que se efectuó en Cuenca en Noviembre de 1830.

VIII

Voltígeros.

Nacido al calor de la guerra á muerte, disciplinado por los españoles para pelear contra los criollos de Venezuela, y enseñado por tácticos competentes, este batallón, en su origen realista, era un Cuerpo aguerrido que peleaba insconscientemente contra los suyos, y llevó en triunfo la bandera española desde Venezuela hasta el Perú. Era una arma que obedecía á sus conductores, con la estupidez de las máquinas. Recorrió la escala de las banderas: fué español con Yáñez, chileno con San Martín, peruano con este mismo, colombiano con Bolívar, boliviano con Sucre, y por último traidor. Prestó á todos sus servicios con la veleidosidad del que carece de convicciones propias.

Viciado desde su origen, era una mezcla de patriotas y criminales, condenados al servicio de las armas por el Gobierno español. Nunca tuvo cariño á sus jefes y fué el Cuerpo que con mayor frecuencia los cambió. En ocho años que sirvió á Colombia tuvo á Heres, Delgado, Guash, Cuervo, Jiménez, Morán y Fernández.

Hijo del rigor y acostumbrado á la mano fuerte de la disciplina española, no supo avenirse con la suavidad de la disciplina de Colombia. Ni supo apreciar la diferencia entre ser soldado por la fuerza y serlo voluntario. De ahí que este Cuerpo careciese del estímulo que agui-

joneaba á los demás batallones. *Numancia* fué siempre una masa embrutecida, y al cambiar de nombre y de bandera quedó siempre podrido por el mal que traía consigo. En la Edad Media se habría alquilado; en la Roma imperial se habría vendido; entre nosotros deshonró su nombre y su bandera.

En 1815 mandó Morillo formar un regimiento que llevaría por nombre *Numancia*, compuesto de tres batallones, distinguidos con los números 1, 2 y 3. El número 3 fué en su origen el batallón *Pardos de Caracas*, regido por D. Juan N. Quero, y tomó el nombre de tercero de *Numancia* en Barquisimeto, en Junio de 1818, en su marcha para la Nueva Granada, á ponerse á las órdenes de Barreiro. Muerto Quero en Febrero de 1819, le reemplazó D. Juan de Loño, enviado por Morillo desde Achaguas en Marzo 9. Este Cuerpo fué destruído en la batalla de Boyacá, y Loño apenas salvó 266 hombres, con los cuales se unió á Samano en Honda. Allí fué reformado.

El número 2 fué creado en Barinas por Calzada, y se componía también de pardos, siendo su jefe el coronel Juan Tolrá; fué también á la Nueva Granada con Morillo, y se distinguió en Cachirí. Una parte de este Cuerpo vino á Venezuela y quedó de guarnición en San Fernando, á las órdenes del capitán José María Quero. Esta parte se rindió á Páez el 11 de Marzo de 1818. Allí murieron Quero y los dos capitanes de compañía José Chamorro y Francisco López Guijarro. Rehecho el Cuerpo, marchó de nuevo á las órdenes de Barreiro, para ser destruído en Vargas y Boyacá. Los oficiales venezolanos prisioneros en esta última batalla, entre ellos el ayudante Trinidad Portocarrero, quedaron al servicio de Colombia.

El número 1 fué creado por Yáñez en Barinas, junto con el de *Sagunto*, en Septiembre de 1813. Muerto Yáñez en 1814, le sucedió en el mando Calzada, quien refundió los restos de estos cuerpos en 1815, incorporan-

do todos los criminales que había en las cárceles de Occidente. El nuevo Cuerpo se llamó primero de *Numancia*, constante de 600 plazas, con un lucido cuerpo de oficiales. Destinóse este batallón en Octubre de 1815, á reforzar las tropas realistas que á las órdenes de Samano obraban al Sur de la Nueva Granada, y á su paso por Bogotá se aumentó á 1.500 plazas, pues por orden de Morillo se le incorporaron cuantos venezolanos había allí, y muchos oficiales republicanos condenados á servir de soldados, tales como Cuervo, J. Bustamante, J. M. Tello, Juan Torres, Zornova, Geraldino, Antique, Puerta, Montoro, Canelones, Guzmán. Lo mandaba el coronel Carlos Tolrá, y después de la acción de la Plata, lo sucedió en el mando el teniente coronel Ruperto Delgado. A principios de 1817 fué destinado al Cauca, y allí se le uniformó y equipó lujosamente á expensas de los habitantes de Popayán. La ropa fué hecha por las principales señoras, á quienes se obligó á coserla.

El 6 de Febrero de 1819 salió el batallón por tierra para Lima, adonde llegó el 6 de Julio, después de marchas penosísimas. El rey de España, informado por Morillo de la disciplina y buen estado de este Cuerpo, dispuso su ida al Perú, como medida política, porque ya comenzaba á desconfiarse de los criollos. Llegado á Lima *Numancia*, formó la vanguardia del ejército español, mandado por Valdez.

La oficialidad del batallón fué siempre tratada con desprecio por los españoles; para éstos el criollo era un sér inferior y no les era posible libertarse de esta predisposición inveterada. *Numancia* fué siempre víctima de injusticias, de dolorosas humillaciones, y hasta de sangrientas burlas que se hicieron del dominio público en Lima, y San Martín se propuso ganarse el batallón. Para conseguirlo se valió de F. López Aldana y Joaquín Campino, y envió de Pisco documentos particulares para garantizar el dinero que fuera necesario.

Estos dos señores lograron seducir al teniente Joa-

quín Cordero, quien en unión del capitán Nicolás Lucena habló con el capitán de cazadores Tomás de Heras y éste se ofreció para dirigir el movimiento, ayudado por los patriotas de Lima. Campino entregó á Heras ciento cincuenta onzas de oro para ser distribuídas entre los soldados y atender á los gastos que ocurriesen. En el plan entró luego el capitán Ramón Herrera; pero el alma de todas estas gestiones fué la hermosa guayaquileña Rosa Campusano, querida de San Martín, á quien llamaban «La Protectora». Rosa tenía maneras suaves é insinuantes y se hizo muy amiga de Heras, hasta el punto de que se llegase á decir que hubo algo de celos en la enemiga que juró San Martín á Heras y por lo cual más tarde lo expulsó á Guayaquil. Lo cierto es que el batallón se comprometió á pasarse el 27 de Noviembre, pero no pudo hacerlo ese día.

En la madrugada del 3 de Diciembre se sublevó *Numancia*, puso preso á su comandante, el coronel Ruperto Delgado, y á todo cuanto había de español en el Cuerpo, que era poco, y emprendió una marcha de sesenta y cuatro horas, sin descanso alguno, hasta dar con la vanguardia del ejército de San Martín, acampada en la hacienda de Retes, á las órdenes del coronel Rudecindo Alvarado.

El 4 dispuso San Martín que el batallón conservase su nombre, añadiéndole el nombre de *Fiel á la Patria;* que se considerase el más antiguo del ejército libertador del Perú y que la bandera de este ejército libertador la conservaría *Numancia* mientras durase la guerra. En consecuencia, entregóse al Cuerpo la bandera de Chile.

Constaba el batallón de 996 soldados, de los cuales 671 eran colombianos y el resto peruanos; tenía ocho compañías, que vinieron á quedar mandadas el 13 de Diciembre así: Granaderos, capitán Simón Pachano; Cazadores, Pedro Hernández; primera, Juan González; segunda, Antonio de la Guerra; tercera, Pedro Guash;

cuarta, José María Sáenz; quinta, Joaquín Dabonza, y sexta, Manuel Taramena. Heres era el coronel del batallón; el segundo jefe era el teniente coronel Ramón Herrera; el mayor, Miguel Delgado; el ayudante mayor, José Bustamante; el abanderado, B. Rodríguez; el cirujano, Domingo Espinar, y el capellán, el presbítero Manuel Luces. Los colombianos eran barineses, corianos y barquisimetanos, y de estos últimos sacó San Martín un piquete para agregarlo á su guardia personal. Los tenientes Luis Urdaneta y León de Febres Cordero fueron destinados á Guayaquil.

En Junio de 1821 entró *Numancia* á Lima y cambió la bandera de Chile por la del Perú, lo que disgustó mucho á la oficialidad, por lo cual Heres pidió al general en jefe del ejército libertador de esta nación, D. Juan G. de las Heras, en 21 de Agosto, que se permitiera al Cuerpo el uso de la bandera y cucarda propias de Colombia, como Cuerpo perteneciente á aquel Estado libre, y de acuerdo con la promesa hecha á Bolívar por San Martín el 26 de Marzo. Negada esta solicitud, *Numancia* insistió en regresar á Colombia, y separado Heres en Octubre, la oficialidad representó á Sucre en este sentido, y Heres fué á Guayaquil á activar un resultado definitivo. El Cuerpo estaba á punto de disolverse y sólo esperaba el resultado de la misión de Heres para proceder como mejor le conviniera. Mientras tanto mandaba el batallón el teniente coronel Miguel Delgado, servía de mayor el teniente coronel Antonio de la Guerra y mandaba la compañía de granaderos el capitán José Bustamante.

Al abrir la campaña del Sur de Colombia en 1822, el general Sucre pidió al Gobierno del Perú el batallón *Numancia;* pero este Gobierno, con tal de no desprenderse de un Cuerpo en quien tenía toda su confianza y sus esperanzas, prefirió que la división de Santa Cruz siguiese la campaña con Sucre.

Por decreto de 22 de Julio, el Libertador de Colom-

bia dispuso que *Numancia* tomase la bandera de Colombia y fuese incorporado á la primera brigada de Infantería de la guardia con el nombre de *Voltígeros*. En las formaciones, su puesto era á la izquierda de *Vencedor*. Esta brigada estaba regida por el general J. Lara. Además se dispuso la reorganización del batallón, llevando á sus filas soldados de los otros cuerpos colombianos y distribuyendo entre éstos igual número de tropa sacada de *Voltígeros*. Se nombró primer jefe del batallón al teniente coronel Ignacio Luque; mandaba la primera compañía el capitán Florencio Jiménez; servía de pagador José María Alvaro y de ayudante el capitán José E. Andrade. En Septiembre se remitieron los despachos militares para la oficialidad del batallón.

En 15 de Noviembre se mandó encargar de *Voltígeros* al teniente coronel Miguel Delgado. Este Cuerpo regresó á Guayaquil, donde para principios de Enero de 1823 se hizo subir su fuerza á 1.200 plazas, para lo cual se le incorporaron reclutas de Guayaquil, Panamá y Quito. La deserción de éstos fué tan grande, que para Marzo sólo tenía 752 soldados y con ellos se embarcó el 18 para la campaña del Perú. *Voltígeros* formaba parte de la primer división colombiana, y no traía compañías de granaderos ni de cazadores, porque por la orden general del 13 de Febrero se mandó suprimirlas. Venía de ayudante mayor el capitán Florentino Doronzoro y mandaba la sexta compañía el capitán Rafael Grucos, en reemplazo de Pedro Izquierdo, que pasó á *Vargas*.

Á las órdenes de Sucre hizo *Voltígeros* la campaña de 1823. Tomóle especial cariño el jefe colombiano, y separándolo de las fuerzas de Valdez lo dejó á su lado y lo envió en Julio á Chala. Para entonces este Cuerpo era el más disciplinado y mejor equipado del Ejército. Su uniforme era de casaca de paño azul con cuello y botas celestes y barras encarnadas. La banda de *Voltígeros* se consideraba como la mejor que había en el Perú.

En Arequipa estaba acuartelado el batallón cuando el

8 de Septiembre se presentaron á Sucre el coronel Delgado y los tenientes coroneles Guash, Guerra y Cuervo, y le manifestaron que el general Lara no los trataba con la debida dignidad y les injuriaba con frecuencia, por lo cual pedían su separación del mando de la brigada ó la de ellos. Como no pudieron probar estos cargos fueron arrestados á bordo del *Barcarcel;* Delgado, Guerra y Cuervo fueron enviados al cuartel general libertador el 31 de Octubre, y Guash, menos culpable, quedó hecho cargo del batallón; Bolívar no quedó contento con el proceder de Lara, por lo que éste renunció el 18 de Septiembre; pero la intervención de Sucre dió fin á este incidente.

En Yungay se hallaba *Voltígeros* para Diciembre, y allí se le incorporaron los reclutas hechos en el Perú. También se proveyó el Cuerpo de ollas de rancho, hachuelas, baquetones, subemuelles y hachas y cuchillos, pedidos por Sucre el 21 de dicho mes.

En 7 de Enero de 1824 dispuso el Libertador que Delgado volviese á encargarse de *Voltígeros*, y Guash quedase de mayor. El Cuerpo vino á formar parte de la segunda división al mando de Córdova. La fuerza del batallón se aumentó con los restos del batallón *Istmo*, que llegó de Maracaibo. Delgado era de carácter díscolo y en Julio tuvo un desagrado con Córdova, por lo cual el 7 fué juzgado en consejo de guerra y condenado á la pérdida de su puesto. Entró á mandar el batallón el teniente coronel Pedro Guash, y vino á ser mayor Pedro Torres. El coronel Fergunson vino en Marzo á mandar la cuarta compañía.

Ayacucho fué el campo de batalla de *Voltígeros* y el único lugar donde combatió en favor de la independencia americana. Córdova mandaba el ala derecha; hallábase la izquierda muy comprometida cuando éste entró al combate, llevando á *Voltígeros* y á *Bogotá* á la vanguardia. La división marchó armas á discreción hasta cien pasos de las columnas enemigas; ocho escuadrones

españoles intentaron oponérsele, pero la Caballería patriota los despedaza en un momento; la Infantería continuó su marcha y toda plegó á su frente. La división trepó hasta la formidable altura del Cundarcuna y allí se tomó prisionero al virrey Laserna. Guash, Torres y Jiménez fueron ascendidos por su heroica conducta. El sargento Manuel Pontón se apoderó de un cañón enemigo. Las bajas del batallón fueron 19 muertos y 63 heridos.

Después de esta victoria, Sucre concedió licencia por dos meses á Guash, y durante este tiempo se hizo cargo del Cuerpo el teniente coronel Cuervo. Destinada á Bolivia, la división de Córdova se acantonó en La Paz el 22 de Febrero de 1825, regido por el teniente coronel Florencio Jiménez, por haber pasado Guash á mandar á *Caracas*. De allí pasó en Agosto á Cochabamba y en Octubre del año siguiente fué *Voltígeros* de guarnición á Chuquisaca.

En Marzo de 1827 se separó Córdova del mando de la división y le reemplazó Miguel A. Figueredo. Este jefe fué perjudicial á la disciplina de las tropas: les hacía falta una mano fuerte que las contuviese en el camino del deber, desde que Sucre nada tenía que hacer con ellas, y, por el contrario, instaba al Gobierno de Colombia para que las sacase de Bolivia. Figueredo, al decir de Sucre, era poco adecuado para el puesto, pues era muy condescendiente é impresionable. Además minaban la disciplina los trabajos hechos desde Bogotá para inducir los cuerpos á la rebelión, las órdenes inconsultas de Santander, que quería destruir el influjo que Sucre tenía sobre ellas, el miedo que Figueredo tenía á Santander, los impresos que venían de todas partes, y, por último, la separación de Morán y Andrade, que venían mandando á *Voltígeros* desde el 28 de Junio, habiendo entrado Fernández, que era mayor de *Pichincha*, á mandar á *Voltígeros*, con gran descontento de este Cuerpo.

Acuartelado se hallaba el batallón en La Paz, cuando

al amanecer del 25 de Diciembre se sublevó, acaudillado por el sargento primero Guaos; prendió á Fernández, á Figueredo y á las autoridades, entre ellas el general Urdinaena. Reconocido por el jefe del motín á Pedro Guerra, la rebelión arrastró á *Granaderos*, y á tres compañías de *Bogotá*. Urdinaena logra escaparse y se puso á la cabeza del batallón número segundo de Bolivia, que estaba en Biacha, donde encontró á los *Húsares de Colombia*. Al mismo tiempo el coronel Braun se presentó á *Granaderos* y lo hizo volver al deber, llevándolo á Biacha. *Voltígeros*, dueño de la ciudad, se encontró sin oficiales, porque ninguno tomó parte en la sublevación; dirigido por los sargentos se entregó al pillaje, saqueando los almacenes militares, y en especial el de *Granaderos*, donde existían prendas y vestuarios por valor de más de 30.000 pesos: extrajo 6.000 pesos de la tesorería y obtuvo 20.000 pesos de una contribución que pusieron al prefecto. Cargados de botín salieron las tropas de la ciudad; pero á tres leguas de distancia de ésta fueron alcanzados por las fuerzas leales y fácilmente destruídos con pérdida de 90 muertos y 80 heridos; la mayor parte de los cabecillas fueron hechos prisioneros y 13 de ellos pasados por las armas inmediatamente. El batallón quedó disuelto y las armas abandonadas. La oficialidad que permaneció fiel vino á Colombia á dar cuenta de su conducta.

Por decreto de 30 de Abril de 1828 *Voltígeros* fué reformado, por indigno de pertenecer á *La Guardia* colombiana; los pocos soldados que de él quedaron en Bolivia se incorporaron á los diferentes cuerpos del ejército de línea: sus banderas fueron destruídas y el Ejército de Colombia tuvo un batallón de menos en sus filas.

ÍNDICE

Páginas.

I

LA CONQUISTA DE GUAYANA

I.—Los aborígenes 7
II.—El descubrimiento........ 49
III.—La colonización........ 83
IV.—Las misiones........ 128

II

LA COLONIA

I.—El marqués de Varinas........ 163
II.—El marqués del Valle........ 171
III.—El gobernador Cañas........ 182
IV.—El gobernador Portales........ 191
V.—La inquisición........ 198
VI.—Un auto de fe........ 208
VII.—La Academia de Matemáticas........ 214
VIII.—1801—El año terrible—1801........ 223

III

LA PRIMERA PATRIA

I.—La independencia de Venezuela.—Causas externas... 233
II.—El 19 de Abril en Cumaná........ 246
III.—La declaratoria de la independencia........ 153

Páginas.

IV

LAS DERROTAS

I.—La Puerta (15 de Junio de 1814)........ 279
II.—Urica (Diciembre 5 de 1814)........ 290
III.—El Semen (15 de Marzo de 1818)........ 301

V

GRANDES CAMPAÑAS

I.—Las campañas de 1819........ 311
II.—Campaña de 1821........ 328

VI

CUADROS ANTIGUOS

I.—El armisticio........ 349
II.—El motín de la Legión Irlandesa........ 370
III.—Maracaibo........ 378

VII

FASTOS MILITARES

Los batallones de "la guardia"........ 387
I.—Rifles........ 389
II.—Granaderos........ 402
III.—Vencedor........ 410
IV.—Anzoátegui........ 418
V.—Tiradores........ 425
VI.—Carabobo........ 432
VII.—Caracas........ 442
VIII.—Voltígeros........ 450

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela) y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—J. E. Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Ídolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI.—Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Gurí y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pts.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas.
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios Críticos.*
XXIX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.*
XXX.—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea. Causas y pretextos.* Precio: 3,50 pesetas.
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.

II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*—Precio: 3,50 ptas.
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.

III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme. (Venezuela y Colombia).*—4 pesetas.
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).

IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*—Precio: 4,50 ptas.
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.* Precio: 3,50 pesetas.
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia.)

VI.—M. DE OLIVEIRA LIMA: *La evolución histórica de la América Latina.* Precio: 3,50 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.* Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana).*—Precio: 3 ptas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)* Precio: 3,50 pesetas
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.

X.—PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de sociología venezolana.* Precio: 4 pesetas.
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.

XI-XII.—J. D. MONSALVE: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—FERNANDO ORTÍZ: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 4,50 pesetas.

XIV—JOSÉ NICOLÁS MATIENZO.—*El Gobierno representativo federal en la República Argentina.*
Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.
Precio: 5 pesetas.

XV.—EUGENIO MARÍA DE HOSTOS: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. LASTARRIA: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las repúblicas del Plata y en Brasil, etc.
Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—CECILIO ACOSTA: *Estudios de Derecho internacional.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—WILLIAM R. SHEPHERD: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
Precio: 3,50 pesetas.

XX.—EMILIO RABASA: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
Exsenador del Congreso Federal de México.
Precio: 4,50 pesetas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

